Traducción de
LUCIANO PADILLA

LA VÍA ITALIANA AL TOTALITARISMO

Partido y estado en el régimen fascista

por
Emilio Gentile

siglo veintiuno editores

Siglo veintiuno editores Argentina s. a.
TUCUMÁN 1621 7º N (C1050AAG), BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

Siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D. F.

Gentile, Emilio
La vía italiana a[l] totalitarismo: partido y estado en el régimen fascista - 1a ed. - Buenos Aires : Siglo XXI Editores Argentina, 2005.
448 p. ; 21x14 cm. (Historia y cultura; 18 - dirigida por Luis Alberto Romero)

ISBN 987-1220-26-X

1. Fascismo. 2. Totalitarismo. 3. Historia Italiana. I. Título
CDD 320.553 : 945

Título original: *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista.*
© 2001, Carocci editore S.p.A., Roma

Portada: Peter Tjebbes

© 2005, Siglo XXI Editores Argentina S. A.

ISBN 987-1220-26-X

Impreso en Artes Gráficas Delsur
Alte. Solier 2450, Avellaneda,
en el mes de octubre de 2005

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina - Made in Argentina

Índice

Diez años después. Nuevas reflexiones acerca de la "vía italiana al totalitarismo" 11

Prefacio a la segunda edición 29

Nota preliminar 31

Una introducción 33

Primera parte: El carácter y la historia del Partido Nacional Fascista en las interpretaciones de sus contemporáneos y de los historiadores 35

1. El Partido Fascista en el análisis político de sus contemporáneos 37
La novedad del "Partido Fascista" en las interpretaciones de los años veinte 39
La trayectoria del PNF según la interpretación de los fascistas 52
Interpretaciones antifascistas durante los "años del consenso" 58
El partido único y los orígenes de las teorías acerca del totalitarismo 73

2. Después de 1945: memorialística y primeros intentos de análisis histórico 89
La memorialística fascista 90
De la propaganda y la prensa escrita a la historiografía 95

3. Las investigaciones y el debate en la historiografía de los últimos treinta años 109
El partido entre mussolinismo y fascismo 110
Mussolini y el estado 114

El partido en el régimen: sugerencias para una nueva perspectiva 143
El PNF en la definición histórica del totalitarismo fascista 159

Segunda parte: El cesarismo totalitario 169

4. Partido, estado y Duce en la mitología y en la organización del fascismo 171
Mito de la organización y organización del mito 173
Fascismo autoritario y fascismo totalitario 180
Fascistizar a las masas 186
El mito del Duce 191
La vía fascista al totalitarismo 196

5. El rol del partido en el laboratorio totalitario fascista 203
El embrión totalitario del "partido milicia" 203
Crisis y metamorfosis del partido en el poder 210
Simbiosis entre partido y estado 216
El Duce y el partido 221
El prefecto y el secretario federal 227
La política del secretario federal 231
La "estrategia de expansión" del PNF 237
Un pueblo de matriculados en la escuela del "Gran Pedagogo" 245
La cantera de "verdaderos fieles" 252

6. El edificio inconcluso. El estado totalitario del fascismo 263
Una nueva Constitución para el estado fascista 263
Teoría fascista del estado totalitario 265
El estado-partido 270
El Duce: ¿héroe o institución? 274
La incógnita del "nuevo Duce" 279

7. La constante revolución. El proyecto totalitario de Adelchi Serena 287
La agitación institucional del Partido Fascista 287
El partido en disgregación 290
Crisis del partido en la crisis del régimen 296
La potenciación del partido 311

¿Un nuevo *staracismo*? 323
Cómo se contruye una "constante revolución" 330
El partido de la constante revolución 338
Los jóvenes, el partido y la moralidad totalitaria 347
De la reforma del partido a la reforma del estado 363

Apéndice. Documentos 377
PNF. Despacho de Estudios y Legislación. Informe 379
Reforma del Partido 384
Lineamientos para una modificación de la organización estatal 396

Notas 399

Diez años después. Nuevas reflexiones acerca de la "vía italiana al totalitarismo"

Este libro indaga las relaciones entre partido y estado en el régimen fascista. La primera parte presenta una amplia reseña historiográfica de los estudios e interpretaciones del fascismo como partido y régimen, desde mediados de los años veinte hasta mediados de los noventa del siglo pasado. La segunda parte se refiere a la historia del partido y el papel que este desempeñó como artífice y protagonista del experimento totalitario. El nexo entre ambas partes estriba en el análisis de los rasgos específicos del totalitarismo fascista, tal como se fue configurando en las instituciones y en la política concreta del fascismo en el poder, tanto en lo concerniente al sistema político como en lo concerniente a la sociedad y la vida pública y privada de los italianos que vivieron bajo el régimen. Ese análisis brinda el marco teórico para interpretar al fascismo como "vía italiana al totalitarismo", que se plasma en la definición del sistema político fascista como *cesarismo totalitario*. Sin ambicionar proponerse como modelo en ese campo, este libro es un intento metodológico que conjuga la reconstrucción histórica con el análisis teórico, en una trama narrativa en que de todas formas prevalece la necesidad historiográfica de identificar los rasgos específicos del fascismo en la realidad histórica de su *concreto devenir*. En cuanto tal, el libro nunca deja de ser la única historia de conjunto del Partido Fascista basada sobre documentos inéditos y sobre criterios estrictamente historiográficos.

Las dos partes de este volumen, diferentes pero complementarias, colmaron una laguna de la historiografía y del debate respecto del fascismo. Esa doble laguna atentó durante largo

tiempo contra el conocimiento del desempeño del fascismo en el origen y la puesta en marcha del experimento totalitario italiano y, en términos más generales, fue un obstáculo para el avance de una interpretación más realista y adecuada del fascismo en sí, como primera expresión de totalitarismo en Europa occidental. Publicado a comienzos de 1995, *La vía italiana al totalitarismo* se reimprimió pocos meses después. En el prefacio a la segunda edición, publicada en 2001, me había limitado a señalar la nueva tendencia en las investigaciones acerca del totalitarismo fascista, a la cual este libro había dado origen, brindando datos acerca de los nuevos estudios que directa o indirectamente se remitían a mi interpretación del fascismo como "vía italiana al totalitarismo". El debate que suscitó, las investigaciones que directa o indirectamente estimuló, las traducciones al francés y al inglés, a las cuales se suma ahora esta traducción argentina, demuestran el interés de los estudiosos por las tesis allí propuestas, y por los documentos y las argumentaciones que las respaldan.

Al respecto, es oportuno recordar que cuando inicié las investigaciones que me llevaron a este libro, a principios de los años ochenta, los estudios acerca del régimen fascista eran escasos, y los referidos al Partido Fascista inclusive inexistentes. Además, el concepto de "totalitarismo" no era muy utilizado en historiografía y ciencias sociales, porque la mayor parte de los estudiosos –que lo consideraban un instrumento de la propaganda anticomunista de la Guerra Fría– lo veían con recelo. Es más, los historiadores del fascismo coincidían en sostener que el régimen fascista no había sido totalitario, pese a que fue el único, entre los regímenes de partido único surgidos después de la Gran Guerra, en definirse y ser definido por sus opositores, ya en sus orígenes, como totalitario. Si toma en cuenta la situación de los estudios acerca del fascismo y del totalitarismo durante el período en que se realizaron las investigaciones y las reflexiones que constan en este volumen, resultará más fácil para el lector evaluar el aporte brindado a la renovación de los estudios sobre el fascismo y de la interpretación del partido y del

régimen fascista, proponiendo a la vez una redefinición del concepto de totalitarismo, que considero más coherente con su significado histórico originario y más adecuado para definir los fenómenos que lo originaron y sobre los que originariamente fue aplicado. Las problemáticas abordadas en este libro no involucran sólo al fascismo, sino que inciden sobre el análisis y la interpretación del fenómeno totalitario durante el siglo XX.

Del fenómeno fascista se estudian aquí por sobre todo la organización y la actividad del PNF durante los años del régimen, mientras que se asigna menor espacio a los orígenes del Partido Fascista y al análisis de los aspectos ideológicos y culturales del fascismo. De esos aspectos me ocupé en otros volúmenes, aparecidos en las dos décadas previas a la publicación de este libro.[1]

Que el estudio de la ideología fascista antecediera al estudio de la historia del partido y del régimen se debió únicamente a dificultades contingentes para hallar documentación y a necesidades expositivas; por ende, no representa en modo alguno un criterio de interpretación, no teoriza una antelación histórica de la ideología respecto de la acción ni atribuye una posición privilegiada a la dimensión ideológica. La premisa metodológica de mis investigaciones acerca del fascismo es la convicción de que un análisis serio del fascismo no puede obrar escindiendo los aspectos ideológicos de los aspectos organizativos, los aspectos culturales de los aspectos institucionales, sino que debe considerarlos reunidos merced a su recíproca conexión en la realidad histórica concreta.[2] Con ello deseo puntualizar que mi interpretación del fascismo como "vía italiana al totalitarismo" no deriva del estudio de la ideología sino del análisis de su concreta acción de partido y de régimen. Según mi punto de vista, el totalitarismo fascista es un emergente de la lógica de los hechos y de las conductas, no de los enunciados teóricos. De por sí, la ideología del fascismo, que definí en sentido específico como "ideología antiideológica", fue analizada en tanto parte integrante de la acción y de la conducta fascista, y no como una teoría intelectual elaborada antes de la acción, como sostienen

–en cambio– los estudiosos del fascismo que postulan la existencia de una ideología fascista antes del nacimiento del movimiento fascista. Ellos creen que para comprender y definir la esencia del fascismo debe privilegiarse la dimensión ideológica, y consideran que la realidad histórica del fascismo, su acción y su comportamiento como partido y como régimen fueron una constante desmentida y contradicción de su ideología.[3] Esos puntos de vista tienen en común la arbitraria escisión entre ideología fascista e historia del partido y del régimen. Los resultados a los que llegué gracias a mis investigaciones me incitaron a afirmar que –tal como ya he dicho– debe comprenderse la efectiva índole del totalitarismo por medio de la lógica de los hechos y de las conductas del PNF, antes que por medio de sus programas y estructuraciones teóricas.

El fascismo era totalitario aun antes de instaurar el régimen de partido único y elaborar la ideología del estado totalitario, era totalitario ya cuando se afirmó como nuevo partido de masas organizado militarmente, un *partido-milicia*, según la definición propuesta en este volumen, que usaba la violencia para destruir a sus adversarios y para conquistar el monopolio del poder político. Al respecto, es imprescindible recordar que los términos "totalitario" y "totalitarismo" fueron inventados y utilizados entre 1923 y 1925, esto es, antes de la instauración del régimen de partido único, por antifascistas italianos, liberales, demócratas y católicos, justamente para definir el carácter del fascismo y el experimento inédito puesto en marcha por el Partido Fascista después de su llegada al poder en octubre de 1922.[4] El concepto de totalitarismo es resultado de la experiencia del fascismo, y a partir de la experiencia del fascismo se tomaron originariamente los elementos esenciales para definir lo novedoso y la índole de ese fenómeno: el partido antidemocrático, organizado militarmente, las prácticas violentas y terroristas contra los adversarios, la imposición de los mitos fascistas como una religión política integralista e intolerante, la instauración del culto al Duce, la subordinación de las instituciones estatales y de la vida pública a las directivas del Partido Fascista, la organización y movili-

zación de las masas bajo la égida exclusiva del fascismo, la creación de un *estado-partido*, otra expresión acuñada por los antifascistas simultáneamente al término *totalitario* para definir la situación de la política italiana desde los primeros meses que siguieron al arribo de Mussolini al poder.

Inventado por el antifascismo para definir el fascismo, hecho propio por los fascistas en 1925 para categorizar su propia concepción de la política y del estado, el concepto de "totalitarismo" también fue desarrollado y utilizado en los años siguientes por los antifascistas liberales, demócratas, católicos y socialistas para definir el bolchevismo y, después de 1933, también se aplicó al nacionalsocialismo. Las primeras teorías acerca del totalitarismo, elaboradas por los antifascistas en los años treinta y cuarenta, se referían a los rasgos afines entre esas tres nuevas expreriencias de régimen de partido único, creadas por movimientos revolucionarios de masas.

La exclusión del fascismo del fenómeno del totalitarismo comenzó en 1951 con la publicación de la obra de Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*. La estudiosa alemana no consideraba totalitario el fascismo porque no había tenido las características que, según su teoría, constituían la esencia del totalitarismo, esto es, el predominio del partido por sobre el estado y el terror de masas. Si bien otro clásico análisis del totalitarismo, realizado por Carl J. Friedrich y Zbigniew K. Brzezinski en su libro *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, publicado en 1956, consideraba una dictadura totalitaria el fascismo, el mayor éxito alcanzado por el libro de Arendt tuvo una influencia decisiva al condicionar el juicio de los estudiosos del fascismo, persuadiéndolos de la validez de la tesis acerca de la índole no totalitaria del régimen fascista, independientemente de cualquier constatación empírica de su solidez histórica y validez teórica. Alberto Aquarone y Renzo De Felice, los primeros historiadores italianos que, en la década de 1960, emprendieron el estudio del régimen fascista, se remitían explícitamente a la obra de Arendt para negar el carácter totalitario del estado fascista y para sostener que Mussolini había llevado a cabo una dictadura personal

sobre la base de un pacto con las instituciones tradicionales del estado monárquico, dejando sin cambios la estructura fundamental del viejo régimen. La consecuencia histórica de ese compromiso, según Aquarone y De Felice, fue la "liquidación política" del Partido Fascista, que se vio privado de poder y transformado por el Duce en un inmenso aparato burocrático, dedicado solamente a la puesta en escena de los desfiles, a organizar el consenso y repartir cargos, misiones, empleos y salarios. La reconstrucción de la historia del partido bajo el régimen fascista presentada en este volumen demuestra inequívocamente cuán infundada era esa tesis desde el punto de vista documental tanto como del analítico. A la interpretación de Aquarone y de De Felice se remitieron a continuación la mayor parte de los estudiosos del totalitarismo y del fascismo, confirmando el juicio de Hannah Arendt, sin hacer constatación alguna respecto de su atendibilidad histórica, sin corroborar sobre qué datos de conocimiento de la realidad se basaba dicho juicio. De hecho, un cotejo de ese tipo habría demostrado que los datos de Arendt acerca del fascismo eran escasos, aproximativos y en gran parte errados, obtenidos de una documentación muy exigua y de citas de segunda o tercera mano, ni siquiera verificadas con las fuentes originales. Los únicos documentos citados directamente por Arendt para aportar argumentos a su juicio acerca del fascismo son una compilación de cuatro discursos de Mussolini y un opúsculo de la Confederación Fascista de Industriales. Aun sobre problemáticas importantes, como los vínculos entre Partido Fascista, Duce y estado, Arendt se limitaba a remitir a las breves y superficiales observaciones incluidas en el sin embargo valioso libro *Bemouth*, de Franz Neumann (que únicamente citaba declaraciones de Mussolini y del filósofo Giovanni Gentile), sin tomar en consideración ninguno de los estudios acerca del totalitarismo publicados en las décadas de 1930 y 1940, en los que se abordaba el fascismo como régimen totalitario a la par del comunismo y el nazismo.

Resulta evidente, entonces, que el juicio de Arendt respecto del fascismo no derivaba de un conocimiento efectivo de su

historia, de su origen como movimiento y partido de masas, de su dinámica política e institucional después de la conquista del poder, del rol del partido en el estado y en la sociedad, y de la realidad empírica del régimen fascista. No obstante ello, debe observarse que ni siquiera la propia estudiosa alemana estaba convencida de la total exclusión del fascismo del fenómeno totalitario. De hecho, ella afirma que el régimen de Mussolini "hasta 1938, no era totalitario, sino una común dictadura nacionalista surgida lógicamente de una democracia multipartidaria".[5] Ahora bien, si se entiende correctamente el sentido de esa afirmación, debe deducirse que según Hannah Arendt el fascismo se habría tornado totalitario *después de 1938*. Por desgracia, ella no nos brinda especificación alguna al respecto, ni mayor explicación. De todas formas, su aserto parece introducir una variación sustancial en el juicio acerca del carácter no totalitario del fascismo, limitando su validez "hasta 1938". ¿Acaso la fecha de 1938, el año en que se adoptaron en Italia las leyes racistas y antisemitas, representaba para Arendt la puesta en marcha de una totalitarización del régimen fascista?

No contamos con elementos para dar respuesta a esa pregunta; pero los problemas que plantea son, con todo, importantes no sólo para interpretar el fascismo, especialmente con relación al momento, el modo y los motivos por los que una dictadura se vuelve totalitaria o va en camino a volverse tal. Llegados a este punto, el pensamiento de Arendt se muestra, precisamente en lo atinente a problemáticas tan cruciales para cualquier definición del totalitarismo, contradictorio y ambivalente, no sólo en su juicio sobre el fascismo, sino también en el juicio sobre el régimen nazi y el régimen estalinista, que Arendt considera indiscutiblemente totalitarios. De hecho, respecto del caso alemán, Arendt afirmó en la edición de 1966 de su libro que tampoco el régimen hitleriano fue por entero totalitario hasta la Segunda Guerra Mundial, porque –según afirma la estudiosa– el nazismo estuvo en condiciones de instaurar un régimen verdaderamente totalitario sólo durante la guerra; además, añade que únicamente en caso de haber ganado la guerra Alema-

nia habría conocido "un dominio totalitario completo".[6] En lo referente a la Rusia comunista, la estudiosa sostenía que el régimen totalitario soviético no había sido preparado por un movimiento totalitario, como había sucedido en Alemania, y que la transformación de la dictadura revolucionaria de Lenin en régimen totalitario tuvo lugar por exclusiva voluntad de Stalin.[7] Por consiguiente, en opinión de Arendt, no sólo la dictadura bolchevique previa a Stalin no había sido totalitaria: tampoco podía considerarse movimiento totalitario el bolchevismo. En suma, para la estudiosa alemana el totalitarismo en Rusia era exclusivamente resultado de la voluntad de Stalin. De por sí, en el prefacio de 1966, Arendt hacía otras afirmaciones contradictorias o ambiguas acerca del totalitarismo de la China comunista. En efecto, parece muy indecisa de considerar dictadura totalitaria la China comunista porque, pese a los quince millones de víctimas que ella misma atribuía a los primeros años de la dictadura comunista, Mao no era un asesino por naturaleza como Stalin o Hitler, y el sentimiento nacional fue lo suficientemente fuerte para poner límite al dominio totalitario. Lo que causa gran perplejidad, en una modalidad argumentativa de ese tipo, es el carácter por así decir intermitente de la aplicación del concepto de totalitarismo y del fenómeno totalitario en sí, que parece depender principalmente de la personalidad más o menos "homicida" de su jefe. La perplejidad aumenta si tomamos en consideración que Arendt afirma, respecto del Partido Comunista chino, que sus rasgos totalitarios estaban presentes desde el comienzo, y se tornaron preeminentes durante el conflicto chino-soviético.

De esos pareceres contradictorios surge, además, un problema fundamental para la comprensión del fenómeno totalitario, esto es, los vínculos entre "movimiento totalitario" y "régimen totalitario", un problema crucial para la interpretación histórica y la definición teórica de este fenómeno. Sin embargo, justamente respecto de esos vínculos, las respuestas de Arendt parecen divergentes para todos los casos antes citados: según ella, el fascis-

mo se proclamó totalitario, y fue un movimiento totalitario, pero hasta 1938 no produjo un régimen totalitario; el bolchevismo no fue un movimiento totalitario, la dictadura de Lenin no fue un régimen totalitario, pero Stalin, vuelto jefe del Partido Bolchevique y de la dictadura creada por este, transformó el bolchevismo en un régimen, que no obstante ello dejó de existir después de su muerte; el nazismo era un movimiento totalitario, pero sólo si Alemania hubiera ganado la guerra habría plasmado un régimen totalitario completo. El Partido Comunista chino era un movimiento totalitario; pero, pese al terror y el exterminio masivo, el régimen comunista creado por él no era totalitario. En definitiva, según la argumentación de Arendt, incluso el estalinismo, el nazismo y el maoísmo podrían ser reputados, como el fascismo, experiencias de totalitarismo "imperfecto" o "incompleto", o de un totalitarismo "intermitente", que aparece y desaparece en correlación con el instinto asesino de la personalidad dominante.

No creo que los límites de cualquier totalitarismo –fascista, comunista o nazi– sean motivo suficiente para invalidar la utilidad analítica e interpretativa de ese concepto, que surgió de la historia, y a la historia pertenece, de igual modo que otros conceptos habitualmente utilizados en el análisis histórico, de origen antiguo, como democracia, monarquía, república, oligarquía, dictadura; o de origen reciente, como cesarismo o bonapartismo. Los historiadores no pueden arrogarse la facultad de borrar lo que pertenece a la historia, sólo porque les dificulta su tarea de conciliar el análisis teórico con la realidad empírica. De igual modo, no creo que pueda excluirse del fenómeno totalitario el fascismo, el cual inclusive dio origen a ese concepto. No puede encararse el problema del totalitarismo fascista mediante el recurso a un supuesto totalitarismo "consumado" y "perfecto" nazi o comunista como término de comparación. Al respecto, debe recordarse que sobre la base de la inevitable discordancia entre modelo teórico y realidad histórica otros estudiosos pusieron en duda la índole totalitaria del nazismo. "Suele definirse la Alemania hitleriana –escribió Gordon

Craig– como un estado totalitario o policíaco; pero lo fue sólo de modo limitado" porque a excepción de judíos, opositores, homosexuales y gitanos "la mayor parte de la gente, al menos hasta los años de guerra, permaneció sorprendentemente libre del control estatal, e inclusive para aquellos que complotaban para derrocar el régimen era relativamente fácil viajar al extranjero en busca de ayuda. En Hitler era infrecuente el uso de la expresión 'total' y negaba haber deseado volverse un dictador."[8] De idénticos argumentos se valieron estudiosos del régimen soviético para negar su índole totalitaria, aun en el período estalinista. El sistema soviético no era totalitario, por más que Stalin hubiera querido volverlo tal –señaló Eric Hobsbawm–,[9] pues no logró ejercer efectivamente el control del pensamiento, aunque, de hecho, despolitizó a los ciudadanos en magnitudes increíbles.

También tengo dudas acerca de la validez de un concepto de totalitarismo basado únicamente sobre el terrorismo y el exterminio masivo. El terror masivo no es una característica peculiar de los regímenes totalitarios, aunque el terrorismo pertenece al método de lucha política del movimiento colectivo que produce un régimen totalitario. Además, hubo regímenes autoritarios, como el de Franco en España, que aplicaron un despiadado terror masivo sin por ello ser totalitarios. De hecho, antes de 1945 no todos los teóricos del totalitarismo consideraron esencia del fenómeno totalitario el terror. Ni siquiera los estudiosos que indagaron ese fenómeno después del libro de Arendt consideran esencial para definir el totalitarismo el terror masivo. Hans Buchheim afirmaba en 1962 que el terror inhumano del siglo XX no se limitaba sólo al dominio totalitario: por ende, ese no es elemento suficiente para definirlo.[10] Lo mismo opina Juan Linz, quien considera que el terror no constituye una de las características distintivas del totalitarismo.[11] Una teoría esencialmente "terrorista" del totalitarismo tiende a desembocar en una metafísica del "mal absoluto", que trasciende la dimensión estrictamente histórica del fenómeno y reduce el totalitarismo al producto de una contingente patología criminal de

algunos individuos, Hitler y Stalin, mientras que excluyendo del fenómeno totalitario el fascismo lo absuelve de la responsabilidad histórica de haber sido el primer experimento totalitario efectuado en Europa occidental. Más que el terror masivo, para comprender el tenor del totalitarismo y el carácter totalitario del fascismo hace falta analizar, como propuso Gino Germani, el rol del "movimiento colectivo", su origen social, su ideología, su organización, conducta, método subversivo y su política de masas después de conquistar el poder, porque –como supieron intuir precozmente los antifascistas que acuñaron el término *totalitarismo*– la índole totalitaria del fascismo surge del conjunto de esos elementos, los cuales habrán de tenerse presentes en la reconstrucción histórica y en el análisis teórico, para diferenciar del autoritarismo tradicional, como el fascismo, tanto como del autoritarismo nacionalpopulista, como el peronismo, el totalitarismo fascista.[12] Según sostenía Germani, el totalitarismo era inherente a la índole originaria del fascismo, en su función histórica y en su concreta política de masas, que lo diferenció de otros regímenes autoritarios tradicionales: "El totalitarismo no tiende a tener súbditos pasivos no participantes, sino soldados fanáticos y 'convencidos'. Consiste, pues, en el intento de movilizar a la población completa, transformando según un modelo específico el conjunto de roles y formas de participación. En eso consistía, en suma, el intento de 'construir' el hombre fascista".[13] Por mi parte, me remití explícitamente a esas observaciones de Germani[14] y, en mis investigaciones acerca del fascismo y en mi interpretación del totalitarismo, tomé en consideración el movimiento colectivo, esto es, el partido, y la búsqueda de participación activa de las masas, mediante la organización y la movilización, elementos fundamentales para definir el fascismo como la "vía italiana al totalitarismo"; por *totalitarismo* se entiende:

> Un experimento de dominación política, puesto en práctica por un movimiento revolucionario, organizado en un partido rígidamente disciplinado, con una concepción integralis-

> ta de la política, que aspira al monopolio del poder y que, después de conquistarlo, por vías legales o extralegales, destruye y transforma el régimen preexistente y construye un estado nuevo, fundado sobre el régimen de partido único, con el objetivo principal de efectuar la conquista de la sociedad, esto es, subordinar, integrar y homogeneizar a sus gobernados, conforme al principio de politicidad integral de la existencia, tanto individual como colectiva, interpretada según las categorías, los mitos y los valores de una ideología sacralizada en la forma de una religión política, con el propósito de modelar al individuo y a las masas merced a una revolución antropológica para regenerar al ser humano y crear un hombre nuevo, consagrado en cuerpo y alma a realizar los proyectos revolucionarios e imperialistas del partido revolucionario, en procura de crear una nueva civilización de carácter supranacional.[15]

En los orígenes del experimento totalitario se encuentra, como promotor y artífice, un partido revolucionario que considera irrevocable el monopolio del poder, no admite la posibilidad de existencia para otros partidos y otras ideologías, y concibe el estado como un medio para plasmar sus proyectos de dominio y regeneración. El presupuesto fundamental del régimen totalitario es un movimiento revolucionario de masas, con una ideología integralista y la vocación por la conquista del monopolio del poder político. El régimen creado por el partido revolucionario totalitario es un sistema político fundado sobre la simbiosis entre estado y partido y sobre un complejo de potentados institucionales, regidos por los principales exponentes de una nueva aristocracia de mando, elegidos por el jefe del partido, que con su autoridad carismática domina la estructura completa del régimen. Entre 1942 y 1943, en Italia el Partido Fascista echó a andar el experimento totalitario, con todas las características recién descriptas. No sólo involucró la política interna, las instituciones, la sociedad, la cultura, sino que también influenció la conducta y los objetivos de la política exterior.

Los documentos y los argumentos que sostienen la inter-

pretación del fascismo como "vía italiana al totalitarismo" expuesta en este libro indujeron a otros autorizados estudiosos, ya sea politólogos o historiadores, a rever su juicio acerca de la índole no totalitaria del fascismo. Con el paso de los años, Renzo De Felice, por ejemplo, modificó sustancialmente su parecer, tanto como para en 1988 escribir, haciendo explícita referencia a mis estudios acerca del partido y el estado fascista, que "puede considerarse régimen totalitario el fascismo italiano, y negar esa realidad sería no sólo moral y políticamente erróneo, sino que lo tornaría incomprensible desde una perspectiva histórica".[16] También el historiador Stanley Payne y el politólogo Juan Linz, que durante largo tiempo excluyeron el régimen fascista del fenómeno totalitario, modificaron su juicio tomando en cuenta los resultados de mis investigaciones, aunque no compartieran por completo mi interpretación. Payne escribió que *La vía italiana al totalitarismo* contiene "una impresionante cantidad de evidencias para sostener su conclusión de que durante la segunda mitad de los años treinta el régimen fascista estaba sufriendo un proceso de totalitarización, si bien desde el punto de vista institucional dicho proceso no estaba concluido en el momento de la caída de Mussolini en 1943".[17] Aunque declarase sostener aún una "posición ambivalente" acerca de la caracterización del régimen italiano como totalitario, previamente definido por él como "totalitarismo inconcluso", escribió que "justamente Gentile logró hacerme aceptar su punto de vista, según el cual el fascismo no sólo contaba con un potencial totalitario, sino que especialmente en los años treinta estaba mutando hacia un régimen totalitario".[18]

El experimento totalitario fascista concluyó, por cierto, en un fracaso. Acerca de las causas históricas de ese fracaso sólo es posible hacer aquí algunas observaciones, que se enlazan con lo expuesto ampliamente en la segunda parte del libro. En realidad, también fracasaron los otros totalitarismos surgidos en Europa entre ambas guerras. Con la derrota en la Segunda Guerra Mundial, fracasó el totalitarismo nazi. Y también fracasó el experimento totalitario que tuvo origen en la revolución bol-

chevique, no por efecto de una derrota militar –aunque el deterioro del desafío a la carrera y la modernización armamentistas ("Guerra Espacial") y la derrota militar en Afganistán pueden haber contribuido a la decadencia del imperio soviético– sino principalmente por colapso interno.

La historia del experimento totalitario fascista fue, al igual que la de otros experimentos totalitarios, una historia de constantes tensiones, resistencias y conflictos, en las instituciones, en la sociedad, en la conciencia colectiva, y dentro del fascismo. Desde luego, la "vía italiana al totalitarismo" encontró durante su puesta en marcha gran cantidad de obstáculos en la sociedad, en el aparato del viejo estado monárquico, en la Iglesia; de todos modos, esos obstáculos no impidieron que el fascismo prosiguiera con gradualidad aunque con pertinaz voluntad y determinación la realización de su experimento totalitario, aun cuando era consciente de que ello implicaba crisis o pérdida de consenso. Como se demuestra en este libro, el totalitarismo fascista fue un experimento que se fue concretando paulatinamente en las instituciones y en el estilo de vida del régimen fascista, mediante una compleja relación entre ideología, partido y régimen, que condicionó todas las opciones fundamentales de la política interna –desde la acción represiva hasta la organización de las masas, desde la educación de las nuevas generaciones hasta la adopción de la legislación racista y antisemita–, las cuales, por más que se hallaran sujetas también a la influencia de motivos y factores contingentes, parecen coherentes, sin embargo, con el principio totalitario de *primado de la política* y de subordinación de lo *privado* a lo *público*, merced a la constante intensificación y expansión del control partidario sobre el estado y la sociedad. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial el estado italiano era ciertamente totalitario en medida mucho mayor que a fines de los años veinte, tal como confirmaron ampliamente las nuevas investigaciones acerca de las instituciones del régimen, de su clase política, de la "estrategia expansionista" del Partido Fascista y de sus organizaciones, acerca de la política cultural del régimen y su pedagogía totalitaria.[19]

Ya es un hecho corroborado que la caída del régimen fascista, el 25 de julio de 1943, se debió a la derrota militar, que abatió el carisma y el poder de Mussolini, y no a la iniciativa de la monarquía o de otras instituciones del viejo aparato estatal, que intervinieron recién después de que el voto del Gran Consejo marcó de hecho el fin del régimen fascista. Como reconoció el propio mariscal Pietro Badoglio, nombrado jefe de gobierno tras la caída de Mussolini, en un discurso del 18 de octubre de 1943: "Y bien, el fascismo no fue abatido por nosotros: por Su Majestad o por mí. El fascismo cayó, no por fuerza externa, sino por su crisis interna; ya no podía resistir. Lo derribaron los propios integrantes del Gran Consejo".[20] Ni siquiera los partidos antifascistas tuvieron actuación alguna en la caída del fascismo, por el contrario, fueron por completo impotentes para provocar su crisis, tal como reconocieron sus dirigentes más honestos o más realistas.[21] Tampoco puede afirmarse, a contrapelo de las investigaciones más recientes, que al final del totalitarismo fascista hayan contribuido las elites económicas y militares, las cuales en cambio compartieron en gran medida, al menos hasta el verano de 1942, la ilusión en la posibilidad de plasmar las ambiciones imperiales del fascismo.[22]

En cuanto atañe al problema del modo en que terminó el régimen fascista, bajo la luz arrojada por las nuevas investigaciones acerca del período posterior a 1943 y acerca del neofascismo después de 1945, debe rectificarse el juicio que todavía se lee en la mayor parte de las historias del fascismo, esto es, que el régimen fascista se desplomó como un castillo de naipes y el fascismo se disolvió como nieve bajo el sol. Esa afirmación sólo es aparentemente cierta; y el juicio que implica acerca del final del fascismo es muy superficial y simplista, y no explica cómo, tras sólo cuarenta y cinco días, pudo reconstruirse ese "castillo de naipes" en un nuevo estado fascista que, si bien subordinado a la Alemania nazi, fue, con todo, una realidad política y administrativa muy compleja, dotada de autonomía propia. Además, muchas estructuras, instituciones, leyes y personal dirigente del "castillo de naipes" siguieron en acción durante el gobierno de

Badoglio, y subsistieron también en el nuevo estado republicano. Igualmente discutible es la afirmación de que el 25 de julio el fascismo "se disolvió como nieve al calor del sol". Es cierto que, tomados por sorpresa, los fascistas no reaccionaron ante la caída de Mussolini; pero también es cierto que después de cuarenta y cinco días el fascismo dio vida a un partido fascista republicano y a nuevas organizaciones masculinas y femeninas fascistas, en gran parte constituidas sobre bases voluntarias y formadas por jóvenes varones y mujeres nacidos y crecidos en el régimen fascista. La caída del régimen fascista, en julio de 1943, no fue precisamente el final del experimento totalitario, que en cambio fue retomado por el nuevo partido republicano, con mayor intransigencia y virulencia, hasta la derrota definitiva del fascismo en 1945. La más reciente historiografía acerca de la República Social Italiana invalidó muchos lugares comunes con relación a la última etapa de la experiencia fascista, echando luz, con nuevas investigaciones y reflexiones críticas, sobre cómo el fascismo republicano, si bien caracterizado por muchos factores contingentes, era en otros aspectos una continuación, en forma más radical, del experimento totalitario.[23] Así, en la República Social encontramos acciones, comportamientos y procesos institucionales –amén de actitudes ideológicas– que en gran parte son la prosecución de los movimientos dentro del régimen y del partido fascista, desde la primacía del partido hasta la revolución institucional y el radicalismo totalitario de las nuevas generaciones, expuestos en los dos últimos capítulos de *La vía italiana al totalitarismo.* También debe destacarse que esas nuevas indagaciones confirmaron la tesis, presentada en este libro, del rol cardinal del "partido milicia" en el experimento totalitario fascista. Un importante elemento de continuidad entre el régimen y la experiencia de la República Social fue el lugar central ocupado por el *problema del partido*[24] y el resurgimiento de todas las motivaciones que habían llevado al proyecto de reforma del partido y del estado elaborado en 1941, durante el período de Adelchi Serena al frente de la secretaría general; un proyecto que por primera vez se divulgó en

este libro, sobre la base de nueva documentación inédita de extraordinario valor para comprender la efectiva índole del Partido Fascista y su rol en el experimento totalitario. El final de la República Social fue, por supuesto, la etapa definitiva del experimento totalitario fascista; en mi opinión, sin embargo, para comprender el significado que este tuvo en la vida de los italianos es oportuno reflexionar acerca de que, ya desde 1946, en la Italia republicana se hizo presente el más fuerte partido neofascista europeo, con una consistente cuota electoral, y que este partido, transformado a comienzos de la década de 1990 en partido postfascista, con un considerable aumento de su electorado y de su representación parlamentaria, se tornó un partido de gobierno en 1994 y luego desde 2002 hasta hoy.

Una última observación concierne al rol de los italianos al final del experimento totalitario fascista. Los italianos bajo ningún aspecto fueron protagonistas de la caída del régimen; tampoco puede decirse, ante los resultados de las investigaciones más recientes, que hubo un decisivo aporte a la caída del fascismo en una crisis de consenso, iniciada aun antes de la guerra y acelerada por la guerra. Al menos hasta el verano de 1942 el consenso que obtuvo el régimen por parte de la mayoría de los italianos y de las clases dirigentes no se había desplomado aún en forma alguna, si bien había oscilado.[25] Los italianos se mostraron exultantes con el final del régimen fascista, pero con ello pretendieron conjurar retroactivamente cualquier acto suyo de adhesión emotiva o ideológica a los mitos del fascismo, aduciendo para justificarse la imposición, el miedo, el conformismo coaccionado. No obstante ello, es lícito preguntarse cuánta influencia tuvo la actitud autoabsolutoria de los italianos de hace sesenta años en los sesenta años siguientes, para impedir que la conciencia italiana hiciera un balance serio de su modo de involucrarse en el primer experimento totalitario efectuado en un país de Europa occidental.

Prefacio a la segunda edición

La publicación de la primera edición de este libro en 1995 coincidió con el inicio de un renovado interés científico por el problema del totalitarismo, que en su mayor parte fue consecuencia de la disolución del sistema soviético después de 1989. Así, el concepto de totalitarismo se vio librado del ostracismo que había pesado sobre él durante algunas décadas y casi lo había proscripto de la historiografía contemporánea: se lo había reputado una mera herramienta de la dotación propagandística anticomunista, movilizada durante la guerra fría para desacreditar a la Unión Soviética al compararla con la Alemania nazi. En los últimos años no dejó de aumentar la cantidad de libros, ensayos, simposios que se ocupan del totalitarismo o aplican ese concepto en la interpretación histórica.[26]

La novedad de mayor importancia en el ámbito de estos estudios y debates recientes acerca del totalitarismo consiste indudablemente en el retorno del fascismo italiano a la dimensión de los fenómenos totalitarios, de la que había sido excluido por considerarlo la mayor parte de los estudiosos del totalitarismo y del fascismo –a veces con espontánea indulgencia, más a menudo por escaso conocimiento de la realidad histórica– un régimen en nada totalitario, o totalitario sólo en tendencia o de manera imperfecta con respecto al "auténtico" totalitarismo, cuyos únicos representantes habrían sido el comunismo y el nacionalsocialismo. Al reingreso del fascismo en el debate acerca del fenómeno totalitario dio determinante impulso este libro, que con una perspectiva original trata de modo sistemático el problema de los vínculos entre partido y estado en el régimen fascista, mediante una reseña crítica de la historiografía y la utilización de importante caudal documental inédito, alcanzando

resultados que modificaron o renovaron sustancialmente la historia y la interpretación del rol del partido en dicho régimen. Así, este libro contribuyó a inaugurar una nueva historiografía que enfrenta con nuevas categorías interpretativas el problema del totalitarismo fascista, introduciéndolo con originalidad y eficacia en el debate internacional.

El interés del autor por el problema del totalitarismo no fue suscitado por la reciente oleada de renovada atención destinada a este fenómeno, sino que tuvo origen en sus primeros estudios acerca de la ideología fascista, publicados a comienzos de los años setenta. Su interpretación del totalitarismo fascista se fue organizando más tarde a lo largo de las investigaciones sobre la cultura, los mitos, la organización y las instituciones del partido y del régimen fascista, aplicando una metodología que procura imbricar en un nexo interpretativo unitario la narración histórica con el análisis teórico.[27] En cierto sentido, este libro incluye un compendio orgánico de los resultados obtenidos por el autor en su estudio del fascismo hasta 1994. Más adelante, se sumaron nuevas indagaciones y nuevos estudios, que ampliaron el campo de la investigación histórica y desarrollaron las reflexiones acerca del totalitarismo fascista y de la índole del fenómeno totalitario.[28]

Presta testimonio sobre la utilidad de la interpretación propuesta en este libro el consenso que encontró en Italia y en el extranjero por parte de estudiosos que, con sus propias investigaciones, corroboraron y reconocieron su validez ya sea como modelo interpretativo del fascismo o como representación histórica de los vínculos entre el partido y el estado en el régimen fascista.[29] Naturalmente, el autor espera que con esta nueva edición el libro pueda seguir ejerciendo una influencia útil y fecunda para la renovación y la profundización del conocimiento del fascismo y del totalitarismo, fenómenos que considera fundamentales para comprender la naturaleza humana a lo largo de la historia del siglo XX.

Nota preliminar

Los ensayos que integran ambas partes de este volumen fueron concebidos y escritos conforme al entramado de un proyecto unitario. Son, efectivamente, resultado de investigaciones y reflexiones acerca de la política de masas, y acerca del problema del partido y del estado en el régimen fascista, que llevaron al autor a considerar que el fascismo fue un experimento totalitario. El lector conocerá los motivos de esta interpretación a lo largo de las páginas de este volumen, que propone una definición del totalitarismo según una metodología que es propia del oficio historiográfico, al cual se dedica el autor.

Durante el transcurso de las investigaciones, nos valimos de un aporte financiero del Ministerio de Instrucción Pública italiano, amén de la colaboración y el consejo de estudiosos y de amigos. Entre ellos nos complace recordar con especial gratitud, junto con el profesor Renzo De Felice, a los amigos Giuseppe Conti, Maria Fraddosio, Donatella Giglio, Luigi Goglia, Leonardo Lisanti, Mario Missori, Giuseppe Parlato. Un agradecimiento especial debemos a los herederos del abogado Adelchi Serena y a la señora Laura Serena Sarnari, quien nos permitió, con loable liberalidad, consultar los documentos del archivo Serena.

Por más de veinte años el autor compartió con Niccolò Zapponi una amistad de humanidad y pensamiento, que ni siquiera su desaparición física podrá menguar. Faltará para siempre al autor, en el estudio y en la investigación, el auxilio de su cultura, la lealtad de su crítica, el aliento de su consenso, la agudeza de su genialidad. Y faltará para siempre el entusiasmo que en ocasiones provocaba, durante nuestras conversaciones, la conciencia de haber superado juntos los límites de los territorios

conocidos. Dedicarle este libro es imaginar tener al lado al amigo durante la travesía en común hacia nuevas indagaciones.

Del primero al quinto capítulos se reproducen, con algunas revisiones y actualizaciones, ensayos publicados durante los últimos diez años; el sexto y el séptimo son inéditos.

A propósito de ello, deseamos agradecer a los primeros editores de los ensayos publicados. Para citarlos seguiremos el orden en que figuran en el volumen: "La natura e la storia del partito nazionale fascista nel giudizio dei contemporanei e degli storici", *Storia contemporanea*, junio de 1985 [capítulos 1-3]; "Partito, Stato e Duce nella mitologia e nella organizzazione del fascismo", K. D. Bracher y L. Valiani (eds.), *Fascismo e nazionalsocialismo*, Bolonia, Il Mulino, 1986 [capítulo 4]; "Il problema del partito", *Storia contemporanea*, enero de 1984 [capítulo 5]; "Le rôle du parti dans le laboratoire totalitaire italien", *Annales Économies Sociétés Civilisation*, mayo-junio de 1988 [capítulo 5].

Una introducción

A veces me sonríe la idea de las generaciones de laboratorio, esto es, de crear la clase de los guerreros, siempre dispuesta a morir; la clase de los inventores, que persigue el secreto del misterio; la clase de los jueces; la clase de los grandes capitanes de la industria, de los grandes exploradores, de los grandes gobernantes. Justamente a través de esa selección metódica se crean las grandes categorías, las que a su vez crean los imperios.

Nuestra fórmula es esta: todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado.

Un partido que gobierna totalitariamente una nación es un hecho inédito en la historia. No hay referencias y comparaciones posibles.

B. MUSSOLINI

Siempre sucede que los individuos pertenezcan a más de una sociedad específica, y a menudo a sociedades que esencialmente están en conflicto entre sí. Una política totalitaria tiende precisamente: 1) a obtener que los miembros de determinado partido hallen sólo en ese partido todas las satisfacciones que antes hallaban en una multiplicidad de organizaciones, vale decir, a romper todos los lazos que ligan a estos miembros a organismos culturales ajenos a él; 2) a destruir las restantes organizaciones o a incorporarlas a un sistema cuyo único regulador sea el partido.

A. GRAMSCI

Las definiciones no son verdaderas o falsas, sino más o menos útiles y convenientes [...] el concepto nos sirve sólo para aprehender ciertos fenómenos y ver con claridad dentro de nuestro pensamiento.

R. ARON

Ello es inherente a la esencia de la "formación de los conceptos históricos", la cual, a los fines de su método, no se esfuerza por encasillar la realidad en abstractos conceptos de especie, sino de articularla en nexos genéticos concretos que en todo momento tienen inevitablemente una tonalidad específicamente *individual*.

En cualquiera de los casos, nada es más peligroso que una mezcolanza de teoría e historia que derive de prejuicios naturalistas, ya sea que se crea haber fijado dentro de esos marcos conceptuales de carácter teorético el contenido "propio", la "esencia" de la realidad histórica, o bien que se los emplee como un lecho de Procusto al que deba verse constreñida la historia, ya sea que subsista dentro del fluir de los fenómenos, vale decir, como "fuerzas" reales que se manifiestan en la historia.

M. WEBER

Nunca disputar acerca de las palabras.

K. POPPER

Primera parte

El carácter y la historia del Partido Nacional Fascista en las interpretaciones de sus contemporáneos y de los historiadores

1. El Partido Fascista en el análisis político de sus contemporáneos

Es llamativa la escasa atención que durante largo tiempo los historiadores demostraron por la historia del Partido Nacional Fascista (PNF). Eso no significa, desde luego, que el tema haya sido por completo ignorado: cualquier estudio acerca del fascismo, acerca de Mussolini y otras figuras y momentos de la realidad fascista inevitablemente incluye referencias más o menos extensas y precisas al PNF; pero en la mayor parte de los casos consisten en referencias *externas*, que no derivan de un conocimiento profundo de las alternativas de esa organización, situada con precisión en su desarrollo y conforme a su propia fisionomía. Por ejemplo, todavía no contamos con una historia general del PNF comparable, en seriedad científica, a los dos volúmenes de Dietrich Orlow sobre el Partido Nacionalsocialista y al libro de Stanley Payne sobre la Falange.[30] Tal como señalaba en 1968 Geneviève Bibes, pese a la importancia del fenómeno se habían dedicado pocos estudios al Partido Fascista en cuanto tal.[31] En 1974, los dos compiladores de una antología sobre el régimen fascista dieron cuenta de la falta de

> ... una historia satisfactoria del Partido Nacional Fascista en su dinámica interna, en su composición social, en sus relaciones con las demás fuerzas y los demás organismos del régimen, en su capacidad efectiva de estimular y condicionar, a escala nacional tanto como local, las opciones básicas que decidían la suerte de la sociedad italiana.[32]

Casi como para tornar más evidente esa ausencia, los compiladores no incluyeron estudio específico alguno acerca del

PNF.[33] Tampoco las ciencias sociales tomaron en consideración la trayectoria del PNF en la misma medida en que se estudiaron otras experiencias de partido único: por ejemplo, en la recopilación de artículos *Authoritarian Politics in Modern Society. The Dinamics of Established One-Party Systems*, a cargo de Samuel P. Huntington y Clement H. Moore,[34] hay estudios acerca de distintos partidos únicos en Europa, Asia, África y América; pero el caso del PNF apenas es aludido en el ensayo de Gino Germani acerca de la socialización de los jóvenes en el régimen fascista y en la España de Franco.

La escasez de estudios específicos acerca del PNF tuvo notables consecuencias para la interpretación del fenómeno fascista, porque con el problema del partido tienen conexiones otros problemas importantes que atañen al carácter del fascismo, su sistema político, su relación con las masas, su ubicación entre las formas del autoritarismo moderno. También es lícito preguntarse si esos problemas no se hallan más enmarañados –o inclusive planteados de modo incorrecto, y por ello discutidos de modo errado– justamente por la falta de un conocimiento adecuado de la historia del PNF, que fue un componente fundamental de la realidad fascista. La consecuencia de eso fue la cristalización de interpretaciones opinables, que no fueron sometidas a una cuidadosa comprobación historiográfica, a la vez que adquirieron el valor de juicios casi definitivos y usualmente aceptados. Sin embargo, justamente en este caso, resulta evidente que las interpretaciones que no estén fundadas sobre una reconstrucción de los hechos, en la medida de lo posible rigurosa, aunque en ocasiones pueden brindar alguna referencia útil para orientar la investigación histórica, no constituyen la sólida base para un avance efectivo de esas nociones, y no contribuyen a superar posiciones anquilosadas o confusas, que todavía obstaculizan la historiografía acerca del fascismo.

Para dar inicio a una formulación más correcta y consciente del problema histórico del Partido Fascista puede resultar útil una reseña de las interpretaciones más significativas desde el punto de vista historiográfico, que acompañaron su trayectoria

histórica o se elaboraron tras su desaparición. Precisamente a causa de lo que se hizo constar más arriba a propósito de las consecuencias producidas por la escasez de estudios históricos acerca del PNF una reseña de ese tipo también es oportuna, si se acepta como criterio metodológico el principio de que no es "lícito abordar un tema histórico sin información precisa de todo el trabajo ya realizado en torno a aquel".[35] Sin pretender hacer una reseña exhaustiva y pormenorizada, con este estudio se espera hacer un aporte para situar el problema del Partido Fascista en una perspectiva cabalmente historiográfica y permitir a la vez recuperar, en pro de la reflexión actual, juicios enunciados por observadores contemporáneos especialmente agudos al percibir los aspectos peculiares de la índole y de la historia del PNF. Este reconocimiento puede, en último término, servir para evitar que imágenes del Partido Fascista, transmitidas por la vivencia inmediata de los acontecimientos o construidas superficialmente sin conciencia histórica, lleguen a sustituir –o superponerse con ellas– las imágenes que deben surgir de la reconstrucción de los hechos tanto como para eludir el riesgo de dar respuestas viejas a interrogantes nuevos sin dejar de hilar el mismo hilado ya tantas veces labrado, deshecho y vuelto a hilar, sin tomar en cuenta nuevas adquisiciones de material documental y nuevas perspectivas de investigación.

La novedad del "Partido Fascista" en las interpretaciones de los años veinte

Es conocida la definición dada por Mario Missiroli del Partido Fascista en el momento de su constitución: un "partido de heréticos" donde convivían "pensamientos opuestos y almas opuestas", pero que pese a la transformación de "movimiento" a "partido" seguía siendo un conglomerado heterogéneo de distintas actitudes, "intérprete de las más diversas pasiones y de los sentimientos más contradictorios".[36] El carácter anómalo del nuevo partido, señalado por Missiroli, amén de la mayor parte

de los observadores del momento, era un aspecto peculiar de la nueva organización política, tal como había surgido a continuación del veloz, y en gran medida espontáneo, crecimiento de los *Fasci di combattimento,* y tal como permaneció hasta la segunda mitad de los años veinte. En el breve lapso de tiempo que medió entre la reunión (*adunata*) en Piazza San Sepolcro en marzo de 1919 y el congreso de Roma en noviembre de 1921, cuando se constituyó el PNF, no hubo en el fascismo un proceso de sedimentación y de fusión entre las múltiples realidades –locales, sociales, psicológicas, políticas e ideológicas– que confluyeron en el nuevo partido. Algunos observadores habían asignado especial énfasis a ese aspecto del PNF, y habían identificado en su "amalgama informe de fuerzas discordantes y contradictorias, que mantiene unidas el prestigio personal de un hombre",[37] posiciones y tendencias diferentes, destinadas a chocar después de la marcha sobre Roma, cuando el PNF, a menos de un año de su constitución, se vio en posesión del comando del país con repentinas responsabilidades de gobierno.

Guido Dorso fue uno de los primeros observadores en formular un diagnóstico bastante preciso de la crisis del partido fascista en el poder, señalando como causas su heterogénea composición y el llamativo vínculo entre el Duce y el partido. Según Dorso, la crisis estalló por "el cruce de acciones y reacciones que constituían la amalgama del partido": por una parte, los grupos "constitucionales", que adherían al PNF para hacer reabsorber la revolución pequeño burguesa en el sistema antiguo, y por la otra, "las originarias fuerzas revolucionarias de la formación fascista, las cuales, temerosas de que se las transfigurara en función de conservación y, por lo demás, sin saber cómo cumplir con su deber, se estrechaban cada vez más en el escuadrismo".[38] Mussolini adoptó una política "pendular" entre esas dos posiciones opuestas, dejando todas las alternativas abiertas, comportándose como duce de la revolución, pero sin espolear coherentemente su acción con el propósito de crear el estado-partido, mostrándose antes bien como restaurador de la autoridad del estado incluso al dirigirse a su partido. En realidad, apuntaba

correctamente Dorso, el escuadrismo era la verdadera fuerza del PNF, la única base sólida del poder de Mussolini, pero era también el adversario más encarnecido de su política de "normalización", que apuntaba a la liquidación del escuadrismo. Ante esa amenaza, los escuadristas de las provincias, expresión de la revolución pequeño burguesa, "a contrapelo del gobierno retomaron su función totalitaria" y lograron impedir el triunfo de la "normalización".[39] El espíritu "ciegamente totalitario del fascismo" hizo vana la maniobra neotransformista de Mussolini, en ocasión de las elecciones de 1924 y, después del caso Matteotti, impulsó al Duce "hacia el extremismo farinacciano".[40] De todas formas, pese a ese éxito de los intransigentes, Dorso consideraba que la eficacia de la "maniobra propia de fautores" de los "constitucionales" no llegaría a agotarse y previó, al menos en el futuro inmediato, que habría de lograr estrechar a Mussolini y el PNF dentro de las redes de un nuevo compromiso transformador, que afianzaría el dominio de los estratos tradicionales en perjuicio del fascismo revolucionario.[41]

Formulado durante el año 1924, el diagnóstico de Dorso estaba inevitablemente condicionado por la situación confusa en que se encontraban el Partido Fascista y la vida política italiana. No obstante ello, incluía algunos elementos interpretativos que la historiografía más reciente acerca del fascismo hizo propios, corroborando su validez en la reconstrucción de las coyunturas internas del Partido Fascista después de la marcha sobre Roma.[42] Especialmente significativa era la alusión al imperio totalitario del escuadrismo, que constituye la auténtica novedad del Partido Fascista, aunque en ese entonces pocos comprendieron que el escuadrismo no sólo era un residuo de la guerra, un conjunto de bandas armadas a sueldo de los propietarios rurales o una modalidad contingente de lucha política, sino que expresaba un fenómeno social y una nueva orientación política, antiliberal y potencialmente totalitaria, tendiente a crear situaciones de conflicto en el seno del estado liberal con el propósito de conmocionarlo y subvertirlo desde su interior. Ese aspecto fue captado con agudeza por Luigi Salvatorelli ya en 1921, momen-

to en que él observó que el fascismo, incluso transformándose en partido, seguía siendo sobre todo "milicia", vale decir, organización armada que reivindicaba el derecho a identificarse con la nación y tomar el lugar del estado en la represión de los supuestos "partidos antinacionales": en las regiones donde se había impuesto, el escuadrismo era claro exponente de la índole y la orientación del nuevo partido. Así, Salvatorelli escribía el 24 de noviembre de 1921: "Precisamente aquí el fascismo 'suplantó al Estado', y estableció su propia dictadura, aplastando a los adversarios, a quienes se niega cualquier derecho político y civil, e incluso el de vivir".[43] Bajo la luz arrojada por esa eficaz intuición, Salvatorelli siguió las alternativas del PNF con una atención siempre alerta para captar el fenómeno esencial más allá de la incerteza de las contingencias, considerando que el fascismo era, como escribió el 1º de noviembre de 1922, un "auténtico movimiento político", expresión de una "nueva clase social", organizado conforme a fines propios y "con aspiraciones a la conquista del poder por sí solo".[44] Por ello no se hizo ilusiones, como sucedió con muchos liberales, de que "las palabras y los actos antiliberales de los fascistas sean desviaciones ocasionales y momentáneas, cuando entrañan el más auténtico carácter del fascismo"; y, habiendo intuido la naturaleza antiliberal y totalitaria de aquel, Salvatorelli pudo hacer previsiones realistas respecto de la actitud del Partido Fascista después de la conquista del poder. El 23 de febrero de 1923 escribió:

> ... el pensamiento teórico del fascismo sigue siendo hoy extremadamente incierto y nebuloso. Con todo, un espíritu animador y unificador de cada una de esas manifestaciones existe realmente, y tiene una fisonomía muy propia, nunca pasible de generar equívocos. De entre toda la verbosidad retórica y confusionaria surge con plena claridad, en el fascismo, este pensamiento fundamental: el Estado fascista no admite oposición política activa.[45]

La identificación del fascismo con la nación y el estado era inherente a la mentalidad del PNF y hacía catalogar el "no fascismo" como antiestatal y antinacional. Una mentalidad de ese tipo llevaba directamente al "partido único". Observaba Salvatorelli el 21 de febrero de 1923:

> Por un lado los espartiates, por el otro los ilotas. Y por consiguiente ninguna coexistencia de partidos, sino el único partido legítimo y autorizado, al cual quienquiera que no se adapta a hacer de ilota corre a inscribirse; hasta que, una vez inscritos todos, inclusive el partido privilegiado desaparece, en la armonía universal o en el universal marasmo. Así, al correr en pos de la vida perfecta se llega a la muerte política de la nación.[46]

Según Salvatorelli, la demostración de que no se las habían con una situación contingente y transitoria era la congruencia de la orientación totalitaria del fascismo con una tendencia que se iba configurando en Europa, a causa del languidecer de la conciencia liberal y del desplazamiento del movimiento revolucionario desde la izquierda hacia la derecha: era el fenómeno de una reacción inédita del absolutismo estatal, un estatalismo de un nuevo tipo, por nacionalista y belicoso, demagógico e invasivo, que no habría de limitarse a imponer una disciplina exterior sino que pretendería la sujeción de las conciencias, elevando a finalidad suprema la guerra de conquista.[47]

Las previsiones de Salvatorelli no surgían de un don profético sino de la capacidad para conectar la dinámica del fascismo con la índole propia del "partido armado". Idéntica capacidad de observación llevó a que Giovanni Amendola escribiera, después de un año de gobierno fascista:

> En verdad la característica más destacada del movimiento fascista seguirá siendo, para quienes lo estudien en el futuro, su espíritu "totalitario"; dicho espíritu no permite al porvenir

> llevar albas que no hayan de saludarse con el gesto romano, tal como no permite al presente nutrir almas no prosternadas en confesión: "credo".[48]

De igual modo, en 1924 Antonio Gramsci puso de manifiesto que la originalidad del fascismo

> ... consiste en haber hallado la forma de organización adecuada para una clase social que siempre ha sido incapaz de tener una cohesión y una ideología unitaria: esa forma de organización es el ejército en campo de batalla. Por ende, la milicia es el eje del Partido Nacional Fascista: no puede suprimirse la milicia sin anular también todo el partido. No existe un partido fascista que torne calidad la cantidad, que sea un aparato de selección política de una clase y de un estrato: sólo existe un acervo mecánico indiferenciado e indiferenciable desde la perspectiva de las capacidades intelectuales y políticas, que vive solamente porque adquirió en la guerra civil un fortísimo espíritu de cuerpo, identificado de forma ramplona con la ideología nacional.[49]

Sin embargo, Gramsci erró al pensar que el fascismo no sería capaz de consolidar su poder y traducir a práctica su "ideología nacional", aunque intuyó correctamente que uno de los problemas más graves para el Partido Fascista lo plantearía, en ese período, la urgencia de superar la condición de "acervo mecánico indiferenciado e indiferenciable desde la perspectiva de las capacidades intelectuales y políticas", para volverse una organización unitaria. La superación de esa situación se produjo merced a una serie de hechos políticos que modificaron de modo perceptible el carácter originario del PNF, sin anular, no obstante ello, la influencia decisiva de la forma del "partido milicia" en la evolución de la organización fascista, incluso después de la instauración de la dictadura.

La crisis del PNF después de la marcha sobre Roma se debió al enfrentamiento entre sus heterogéneos componentes: Salvatorelli, Dorso, Gramsci y otros observadores atribuyen la ma-

triz de ese enfrentamiento al conflicto social entre la pequeña burguesía, con aspiraciones revolucionarias, y la burguesía conservadora, que persiguió un diseño de fascistización del estado en sentido autoritario-constitucional. Esa evaluación captaba, desde luego, un aspecto del fenómeno, pero seguía siendo vaga, y no era sufragada por sondeos acerca de la composición social del PNF: aparte de los datos brindados por la secretaría del movimiento en el congreso de 1921, y algún esporádico análisis local, faltaban –y aún hoy faltan– datos suficientes para plantear de modo preciso y con apoyo de evidencia cuáles eran los nexos entre conflictos políticos y conflictos de clase dentro del PNF. El único intento en esa dirección fue el de Ignazio Silone entre 1927 y 1928, sobre la base de datos referentes a la composición social del PNF brindados por militantes comunistas que operaban clandestinamente en el país.[50] En el estado actual de conocimientos, no es posible cotejar el análisis sociológico propuesto por Silone: una confirmación acerca de su fiabilidad fue aportada, sin embargo, por el propio secretario del PNF en esa época, Augusto Turati, quien había quedado en posesión de algunos informes redactados por comunistas, probablemente del tipo de los utilizados por Silone, y reconoció que estos contenían sondeos hechos "con mucha atención y perspicacia", que "profusamente se refieren a las diversas situaciones locales, a los hombres, y en especial a los disensos que existen entre grupo y grupo", revelando "un exacto conocimiento de la situación general de nuestro país".[51]

El estudio de Silone era un notable intento de graficar según los cánones del análisis clasista la evolución y la situación a la que había llegado el PNF. Él partió de la exacta intuición de que el fascismo era un fenómeno social vasto y heterogéneo, formado por la estratificación sucesiva de grupos y sectores que se habían congregado en su organización, influenciando su carácter y comportamiento.[52] El agnosticismo ideológico permitió al fascismo incorporar "estratos cada vez más amplios del antiguo personal dirigente de la burguesía italiana, ya organizados en torno a los jefes liberales y democráticos", pero también sacar

ventaja del aporte de "grupos compactos provenientes de todos los partidos políticos italianos, excepto el Partido Comunista".[53] A lo largo de un veloz y caótico desarrollo, que no procedió según "la puesta en práctica de un plan elaborado previamente", el PNF se volvió "un movimiento político autónomo y pudo concebir y concretar un plan de conquista del estado en contraposición con los antiguos grupos dirigentes". El PNF se presentó como "el autor de la unidad política de la burguesía y el constructor de un nuevo tipo de estado, emanación de la clase dominante".[54] Ese proceso no tuvo tregua en el conflicto interno entre las masas originarias, formadas por la pequeña burguesía de los productores, que aspiraba a una revolución propia, y las componentes sociales de burguesía alta y media, que confluyeron en el PNF sobre todo después de la marcha sobre Roma.[55]

El objeto del enfrentamiento fue precisamente el partido, vale decir, su papel dominante tras la conquista del gobierno. Silone delineó dos posiciones principales dentro del fascismo: el "plan Farinacci", conforme al cual el partido debía dominar y, mediante el partido, debía plasmarse el poder de la pequeña burguesía sobre el estado; y el "plan Federzoni", para el cual tras haber ya agotado su función de partido el PNF también habría podido liquidarse, o bien conservarse como mero soporte propagandístico para la política del gobierno. Mussolini osciló largo tiempo entre ambos "planes": sabía que sin el respaldo del partido no podría mantenerse en el poder y llegaría a verse por completo prisionero de las fuerzas tradicionales, pero además era consciente de que la adopción del "plan Farinacci", "la superposición total del PNF sobre el aparato estatal, para una política propicia a las capas medias fascistas habría implicado riesgos mayores, si acaso hubiera sido realizable". Al final prevaleció un plan intermedio, que Silone identifica erróneamente con el de Federzoni, cuando puede considerarse más exactamente un "plan Mussolini", que mitigó los efectos negativos del disenso entre partido y cúpula gubernamental, aunque no resolvió definitivamente el conflicto entre sectores medios revolucionarios y burguesía conservadora. Ese plan fue "el intento de modificar

radicalmente la composición social del PNF abriendo de par en par las puertas a la genuina burguesía y a los empleados del estado y de los organismos paraestatales y expulsando a gran escala la mayor cantidad posible de fascistas de la primera hora".[56]

Ese plan logró sólo en parte hacerse realidad, especialmente en lo referido a modificación de la organización y a la subordinación de esta última al gobierno central.[57] Valiéndose del examen de muchas situaciones locales del Partido Fascista, y sobre la base de algunos datos acerca de su composición social,[58] Silone arribó a la conclusión de que entre los años 1926 y 1927 la transformación del PNF se había producido en estos términos: "1) en todas las Federaciones fascistas hay una absoluta predominancia *política* de los productores industriales y rurales; 2) en todas las Federaciones hay una absoluta predominancia *cuantitativa* de sectores medios; 3) en todas las Federaciones hay una cantidad sumamente acotada, soslayable, de obreros industriales y de jornaleros agrícolas".[59] Pero la constatación de que la masa del PNF estaba formada sobre todo por los sectores medios no quería decir, para Silone, que el partido hubiera alcanzado una homogeneidad estable. La relación entre burguesía y capas medias seguía en una situación de tensión, a la que se sumaban otros motivos de conflicto latente entre –por una parte– los sectores medios de la burocracia, de los servicios públicos, de las profesiones liberales y –por la otra– los sectores medios de la producción, agricultores, industriales, comerciantes y artesanos, que habían aportado al fascismo los primeros núcleos constitutivos. Silone consideraba un error "juzgar las actuales correlaciones de fuerzas internas del fascismo y la estratificación social [...] como algo definitivo y cristalizado", porque la situación del PNF era "una posición en tránsito hacia un ordenamiento de fuerzas diferente".[60] Él pensaba que "en muchas provincias la hegemonía política de la burguesía dentro de la organización fascista entra en colisión con una serie de dificultades objetivas, habida cuenta la diversidad de los grupos, muchas veces contrastantes entre sí, en que se divide la burguesía italiana, y habida cuenta la debilidad relativa

de la burguesía, en algunas provincias, frente a las otras clases de la población".[61] Por ello, Silone rechazaba las interpretaciones usuales en ese entonces respecto del fascismo, que lo presentaban como un fenómeno uniforme y estático: él consideraba que era preciso tener presentes la tensión, el dinamismo, el proceso interno del Partido Fascista para comprender su carácter y su evolución.

Al igual que Dorso, Silone intentó identificar las componentes internas del fascismo, dando mayor énfasis a los factores de clase que determinaban el conflicto y la dialéctica entre los distintos grupos del PNF. Sin embargo, su sondeo permanecía dentro de los límites de un esbozo, inteligente pero por cierto no exhaustivo, y demasiado condicionado por el sesgo interpretativo clasista, con tendencia a vincular mecánicamente cualquier posición política con una situación de clase; así, no se ocupaba de extender el análisis a otras componentes estrictamente políticas e ideológicas, que no podían remitirse a una matriz específica de clase ni reducirse al enfrentamiento personal entre Farinacci y Federzoni o entre Farinacci y Mussolini. Todo consistía en corrientes y grupos, como por ejemplo los revisionistas, que desempeñaron un papel importante, siquiera de modo distinto, en la trayectoria del PNF, y dejaron su impronta en su desarrollo, incluso cuando después de 1926 el partido pareció estabilizarse como organización unida y monolítica, y las corrientes internas parecieron disueltas en la unanimidad exterior del "régimen".[62]

Entre los estudios publicados durante la segunda mitad de la década de 1920, el más interesante en lo concerniente al análisis de las componentes internas del PNF es sin duda el libro de Herbert W. Schneider, *Making the Fascist State*, publicado en 1928.[63] No sin simpatía, Schneider había examinado personalmente, por encargo del National Social Research Council, la realidad fascista en formación; y su estudio se basa sobre un buen conocimiento de esa realidad, con una copiosa utilización de las publicaciones periodísticas y de propaganda fascista y antifascista. Si se toma en consideración la época en que se llevó a

cabo, el panorama presentado por Schneider resulta claro en su conjunto, aunque no falten inexactitudes y zonas soslayadas por su enfoque. El aspecto más interesante es en verdad su descomposición del fascismo en "muchos fascismos", cada uno con un carácter peculiar de tipo social, ideológico y político.[64] Según Schneider, sólo el fascismo milanés tuvo desde sus orígenes una visión nacional respecto de las visiones localistas de los otros fascismos: la configuración del PNF es interpretada por Schneider justamente como una operación del fascismo milanés para afianzar los lazos entre los "muchos fascismos" y preservar la unidad del movimiento en una dimensión nacional. La constitución del partido trajo aparejado un cambio en gran medida sólo exterior, sin que imprimiera efectivamente una cohesión, pese a la organización jerárquica y centralizada, la cual ocultó formalmente la fragmentación del nuevo partido. La conquista del poder multiplicó los factores de división y conflicto, en especial entre la masa de los escuadristas, ávidos de cargos y de poder, en su convencimiento de haber realizado una revolución, y la masa de inscriptos recientes que afluyeron después de la marcha sobre Roma, quienes sin haber enfrentado los peligros del período de luchas, a último momento se habían trepado al carro del vencedor, pujando para alejar a los últimos rangos a los fascistas de vieja data. Todo eso modificó en pocos meses los rasgos del PNF, que asistió a su desagregación por obra de los conflictos entre sus numerosas tendencias en competencia, debidos a rivalidades de intereses y de ambiciones, en la conquista de la hegemonía dentro del partido.

Schneider hizo un seguimiento diligente y suficientemente munido de información de ese intrincado proceso, asignando a cada uno de los grupos una fisonomía propia, buscando sus móviles sociales e ideológicos.[65] El único elemento que en ese período mantuvo cohesionado el PNF fue Mussolini, al cual todos declaraban *in voce* fidelidad: inclusive, para Schneider, precisamente la disgregación y los conflictos en el partido propiciaron el surgimiento, por reacción, del mito del Duce, ya que cuanto más acentuaban los fascistas sus divisiones, mayor

era el incremento provocado por ellos en la función unificadora del Duce y la exaltación de prestigio y autoridad propios de aquel, en su condición de líder único del fascismo.[66] Con todo, ni siquiera la posición de Mussolini era estable en ese momento, sometida como estaba a tensiones contrapuestas y a la pugna entre corrientes, continuamente embestida por rencillas y hechos de violencia de los fascistas locales, y seriamente comprometida por la crisis que siguió al caso Matteotti. Según Schneider, solo el apoyo del escuadrismo permitió a Mussolini superar esa crisis, en el momento en que el Duce debió aceptar, aunque fuera por un período breve, la consolidación de Farinacci en la conducción del PNF. Farinacci fue, para Schneider, un organizador y un propagandista muy hábil, que logró dar unidad al partido, pero no tuvo la ductilidad política necesaria para convivir en el poder con Mussolini y Federzoni: su error capital, siempre según Schneider, fue haber dado la impresión de querer situar su imagen por encima de la imagen de Mussolini en la cumbre del partido, y desear imponer la autoridad del PNF sobre el gobierno central.[67] La política de Farinacci suscitó que una cantidad muy grande de opositores se encolumnaran en contra de él; y ello facilitó que fuera liquidado tras sólo un año de permanencia en la conducción del PNF. Su sucesor, Augusto Turati, a criterio de Schneider, parecía ser una figura neutra, deslucida, inofensiva, dócil instrumento en manos del Duce, quien le había asignado la tarea de subordinar el PNF al gobierno y a su jefe: sin embargo, esa es una evaluación sustancialmente errada, por escaso conocimiento del personaje y de su política al mando del PNF.[68] De hecho, la reconstrucción realizada por Schneider es menos eficaz en lo referente a las alternativas del partido después de los años 1925-1926, quizá porque él estaba convencido de que hacia esa época el PNF ya había perdido importancia después del estatuto de 1926 –que había decretado el final de la democracia interna y subordinado el partido al Gran Consejo y al Duce–, transformándose en una suerte de "club nacional" para la clase dirigente,[69] con tareas más "culturales" que "políti-

cas", como la educación de las nuevas generaciones y la fascistización de los italianos. En un estudio publicado en 1929 en colaboración con Shepard B. Clough, Schneider modificó esa evaluación y, en especial, su juicio acerca de Turati, reconociendo que su política tenía una fisonomía propia y respondía a las nuevas necesidades de un partido que se había vuelto la única institución política legítima del "régimen": el PNF había tomado a su cargo nuevas tareas, y no de importancia menor, dado el carácter de la dictadura fascista que no se pensaba transitoria sino que se desarrollaba como un nuevo sistema político y aspiraba a perpetuarse y expandirse.[70] Ambos autores consideraban, por tanto, que con las leyes relativas a la reforma electoral y al Gran Consejo en 1928 la posición del PNF había adquirido mayor prestigio en el seno del "régimen", y además que el PNF había reforzado su estatus político.[71] Ese es un juicio que, aun en su esquematismo, intentaba enfrentar el problema de la metamorfosis del PNF.

Ese problema se volvió el tema dominante en las interpretaciones de los años treinta, tanto en el interior del fascismo como entre los observadores externos. Obviamente, la metamorfosis del PNF modificaba también la perspectiva desde la que se contemplaba entonces su desarrollo histórico. ¿Qué relación existía entre el origen del PNF y su posición en el régimen? ¿Era un proceso sin lógica interna alguna, fruto de circunstancias y de contingencias, un devenir a los saltos y por obra de decisiones extemporáneas, o bien había existido una íntima, coherente conexión entre sus distintas etapas de desarrollo, entre las distintas posiciones? Esas problemáticas podían resumirse en un interrogante aparentemente banal, al que los contemporáneos intentaron dar una respuesta: qué era el PNF y cómo se ubicaba en la tipología de los partidos políticos. El problema acució a los propios fascistas, para quienes no sólo era un tema de análisis sino un hecho pasible de ser vivenciado, al que se ligaba la vida y la evolución futura del fascismo en conjunto, partido y régimen: el interés de ellos era directamente político; pero no por eso puede soslayarse del todo, en una reseña como esta, al

menos echar un vistazo sobre el modo en que los fascistas intentaron "pensar" la historia de su partido.

La trayectoria del PNF según la interpretación de los fascistas

Existe una literatura fascista acerca del PNF sumamente copiosa; pero su valor historiográfico es muy modesto. En su enorme mayoría consiste en escritos apologéticos, teóricos, ideológicos o jurídicos, en los cuales se describe sumariamente la reconstrucción del proceso histórico del PNF, en función de una tesis: no se estudia aquello que había sido el PNF en el proceso de génesis y desarrollo, sino que se describe cómo debería haber sido o se imaginaba que era, y simultáneamente se discutía, a veces con sofisticada doctrina, acerca de la posición del PNF, acerca de su función y del modo más apropiado de definirlo.[72] El historiador del PNF no puede dejar de lado, ciertamente, esa literatura, que sin duda es interesante como material documental valioso para conocer la ideología y la mentalidad fascista y para descubrir, más allá de las elucubraciones teóricas, actitudes concretamente políticas, conflictos de posiciones reales dentro del fascismo. Sin embargo, sólo raras veces puede tomarse de entre los escritos que se ocupan de manera más amplia de los sucesos históricos algún elemento útil para el análisis historiográfico. Algunos ejemplos de esa literatura seudohistórica puede aportar el libelo de Arturo Marpicati, *Il partito fascista*, o bien el ensayo, dedicado sobre todo a dejar en claro la organización del PNF, de Antonio Canepa. Por lo general puede notarse que la perspectiva histórica de los fascistas sufre, con el afianzamiento del "régimen", un progresivo achatamiento, merced al cual el tortuoso y convulsionado pasado del PNF se reduce a una uniforme representación teleológica y apologética. Como prueba de lo afirmado, bastará citar dos volúmenes, de valor muy desigual, que durante el fascismo tuvieron cierta notoriedad "oficial": nos referimos a la *Storia del fascismo*, de Giorgio Pi-

ni y Federico Bresadola,[73] y a la *Storia del movimento fascista*, de Gioacchino Volpe.[74]

En el libro de Pini y Bresadola, el itinerario del PNF, recubierto con una pátina retórica y apologética, una vez más está representado con un dramatismo, si bien burdo, de contrastes entre distintas posiciones, claramente señaladas. Desde luego, predomina la figura de Mussolini; pero el partido todavía conserva cierta individualidad, formada por elementos heterogéneos ligados por actitudes unitarias, como por ejemplo el escuadrismo, el antisocialismo y la aversión por el régimen liberal. Los acontecimientos del partido todavía tienen otros protagonistas, además del Duce, aunque el retrato de ellos está pintado en tonalidades de polémica o de apologética retrospectiva: Rossi, Rocca, Curzio Malaparte, Farinacci.

La crisis del PNF después de la marcha sobre Roma se describía con cierto realismo, no exento de un dejo faccioso y de alteraciones debidas a la evidente simpatía por las actitudes del fascismo escuadrista e intransigente, y la igualmente manifiesta antipatía por aliados, nacionalistas y revisionistas. Según ambos autores, la crisis tuvo origen en el enfrentamiento entre la "falange de los recién llegados, muchos de los cuales al ufanarse de una pretendida preparación técnica y política intentan compensar su falta de pasado escuadrista", y las "masas fascistas de vieja data" de los escuadristas, quienes sentían que "no se ha completado la revolución" y que la política del gobierno central seguía condicionada por hombres del pasado, opositores lavados, los cuales ocupaban los cargos de prefecto, de cuestor y comandaban los cuerpos de policía política.[75] El enfrentamiento causó crisis locales, roces, disputas, escisiones, hechos de violencia escuadristas, mientras que "la dirección del Partido, confiada como está no a un solo responsable, sino a triunviros y cuadrunviros, a menudo en discordia entre sí, termina por ser casi inexistente". El fascismo de las provincias se rebeló "contra la contaminación del Fascismo y contra ciertos personajes que, abusando del nombre y de la confianza del Jefe, se afanan exclusivamente en aras de su propio interés", mientras

los revisionistas llevan adelante su acción contra los Fasci de la cuenca padana y contra "los jefes de las 'cabeceras de puente' del Fascismo", con el apoyo de "todos los aprovechadores y portadores de falsas credenciales" que "pusieron en escena un grotesco movimiento definido como 'mussolinismo' [...] pues ellos confían en distinguir y separar al Jefe de los gregarios, exaltando a aquel en procura de abatir a estos".[76] Sin embargo, después del caso Matteotti, la crisis tuvo como vencedor al fascismo de las provincias, que remedió la situación al reafirmar "enérgicamente su resuelta voluntad de continuar la revolución, según el más intransigente de los programas" propugnado por los grupos de *L'Assalto* de Bolonia, de *Il Selvaggio*, de *La Conquista dello Stato*. Una vez superada la crisis y aniquiladas las oposiciones, el partido volvió a quedar bajo un mando único con Farinacci, "uno de los más tenaces y fervorosos sostenedores de la intransigencia",[77] quien llevó a cabo "una obra asidua de reordenamiento de los cuadros [...] ingrata y desgastante, pues en verdad no faltaban disputas, rivalidades y divergencias". A esa "primera actividad indispensable" y meritoriamente realizada por Farinacci siguió, con Turati, el "definitivo orden en el Partido", esto es, una transformación radical que hizo "desaparecer cuanto resta aún de andamiaje democrático y electoral" en el PNF, procediendo a una "revisión general de las situaciones en cada una de las provincias" que selló "verdaderamente la palabra *fin* en todas las escaramuzas de ardor pueblerino y a todas las crisecillas crónicas a escala local". De ese modo, el PNF adoptó "una fisonomía nítida y una sólida disciplina interna", volviéndose "una poderosa y segura herramienta en manos del Duce: ejército de milicianos antes que Partido de portadores de afiliados". Turati acompañó la acción y de disciplina con una actividad "orientada a encuadrar bajo la égida fascista todas las fuerzas intelectuales, sociales y deportivas del país", con el propósito de extender la influencia del fascismo sobre la nación y garantizar al PNF una "posición de preeminencia, influyente y sólida que le es necesaria para lograr coordinar su propio accionar con el del Gobierno".[78]

A partir de estos lineamientos de historia del Partido Fascista resulta evidente que el libro de Pini y de Bresadola, si bien de modesto valor historiográfico, es al menos interesante porque expresa la perspectiva histórica del fascismo intransigente, mitigada por una omnipresente exaltación del Duce, en un momento en que la posición intransigente de tipo escuadrista y farinacciano era un paria en el partido, y habría de serlo hasta en la memoria del fascismo: durante los años del "régimen", el recuerdo de ese período de historia del PNF se vio sometido a una revisión del pasado para brindar la imagen de una sustancial uniformidad y coherente continuidad de desarrollo del fascismo. La imagen histórica oficial del PNF representaba el fascismo como un movimiento forjado por la voluntad creadora del Duce para la revolución nacional, iniciada en 1914, y conducido por él como un ejército de creyentes y combatientes hasta la conquista del poder y la construcción del estado fascista: el proceso histórico del PNF era una marcha triunfal, apenas turbada por algunos problemas internos, hacia la conquista del estado. Desde esa perspectiva, el PNF perdió casi del todo su individualidad para confundirse y sumergirse en un genérico fascismo, monolítico y totalitario; y sus protagonistas desaparecieron ante la figura dominante del Duce.

En el libro de Volpe, el PNF apenas aparece en la lucha por el poder y, después de la marcha sobre Roma, casi sale de escena. Esa relativa anulación puede explicarse con la especial visión que Volpe tenía acerca del fascismo, como "un modo de renovarse de la nación italiana", surgido –en principio– de un movimiento de facción pero que más tarde llegó paulatinamente a identificarse con la nación, perdiendo sus rasgos de "partido". Las pocas páginas acerca del fascismo se refieren al período de su constitución y los primeros momentos después de la marcha sobre Roma, y demuestran un evidente menosprecio del partido en cuanto tal. Después de describir eficazmente el modo caótico en que se había conformado el fascismo, Volpe atribuía solamente a Mussolini la transformación del "movimiento" en "partido", por exigencia de cohesión, disciplina y definición

con respecto a otros partidos: de hecho, más que la trayectoria del PNF, a Volpe le urgía resaltar la figura de Mussolini, que emerge ya en los orígenes del fascismo como el *jefe* (*capo*), esto es, aquel que "encarna el movimiento, que él mismo hizo surgir, en sus elementos esenciales". El triunfo del fascismo dependió por entero de Mussolini, y el fascismo –destacaba el historiador– "no se agota en su totalidad en el partido" porque, creciendo en cantidad y fuerza, formado por la voluntad del Duce, aquel se identificaba cada vez más con "el interés general" y "cada vez mejor con Italia".[79] Las pocas alusiones a las circunstancias internas del PNF antes de la marcha sobre Roma se limitaban a señalar a "quienes con impaciencia acariciaban la idea de mayores y más revolucionarios golpes de estado", que asediaban y obstaculizaban la juiciosa estrategia del Duce; después de la conquista del poder, esas alusiones evocaban muy sumariamente las

> ... ambiciones de caciques provinciales del fascismo (¡los ras!), cierta tentación de hacer más de la cuenta por parte de los muy diligentísimos y no siempre sinceros (que por consiguiente, repelían más que ganaban simpatías), cierta voluntad de someter los poderes del estado por parte de los impacientes por seguir avanzando o intolerantes de frenos o límites.[80]

La situación del fascismo, durante los años 1922-1925, período convulsionado, se interpreta como una demostración de fuerza entre el Duce, decidido a imponer orden y restaurar la autoridad del estado, y una masa de fascistas, sin mayor identificación ni diferenciación, que se resiste e impone obstáculos a la obra de restauración nacional del gobierno, invade y usurpa los poderes locales del estado, y prosigue con las prácticas violentas en contienda con la acción de disciplina nacional a la que apunta Mussolini:

> Muchos tipos de etiqueta: tal como había sucedido en el socialismo de los años previos, sucedía en ese fascismo, muy prontamente engrosado además con despojos de los restantes partidos, con oportunistas, con gente a la que resultaba difícil llevar una vida tranquila en contra y siquiera, a menudo, fuera del fascismo. Y hubo una crisis de superabundancia, esto es, demasiada gente en la que no existía correspondencia entre sus palabras y sus sentimientos, entre sus palabras y sus actos; demasiados jerarcas improvisados, quienes –al igual que de obedecer cabalmente– también eran incapaces de dar órdenes cabales; excesiva abundancia de aprovechadores. Y luego no edificantes rivalidades y antagonismos por la primacía entre los magnates, especialmente en las provincias; dualismo persistente, entre las diversas jerarquías; extendida impresión de que se desacreditaba, mientras se lo predicaba, el principio de autoridad, con tanta gente que se arrogaba el mando.[81]

En esas condiciones, Mussolini y el fascismo afrontaron la tempestad después del caso Matteotti, que produjo "nuevo y peor caos" hasta el 3 de enero de 1925, cuando Mussolini, dispuesto a acometer el combate decisivo, retomó plenamente el timón del barco ante la Cámara [Legislativa]. En consecuencia, una vez más, por voluntad del Duce y bajo su sólida guía, el fascismo salía de la tempestad "algo decrecido, pero más homogéneo y con mayor vigor de voluntad y de propósitos".[82] A partir de ese momento, ya aplacado el tumulto interno e impuesta la dictadura, el PNF casi dejaba de existir en la historia de Volpi: en el período posterior a 1925, en los años de construcción del régimen fascista, vemos citados con palabras de elogio por su obra a Federzoni, Bottai, Rocco, Balbo; pero no constan los secretarios del PNF, de Farinacci a Starace, y no hay referencia alguna a la trayectoria del partido, a sus transformaciones y a su incidencia en el "régimen". La conciencia histórica fascista se adecuaba al *cesarismo totalitario*, y producía una historiografía congruente con ello.[83]

Interpretaciones antifascistas durante los "años del consenso"

Muchos observadores del exterior, en especial los extranjeros que visitaron Italia durante la década de 1930 para estudiar de cerca el régimen fascista, tuvieron la impresión de que el país estaba encerrado dentro de un sistema de organizaciones sobre las que imperaba el partido. Durante un viaje realizado en ocasión del *decennale*, Emil Schreiber notó el éxito obtenido por el fascismo, que había logrado crear una red unitaria de organizaciones en toda la nación, absorbiendo las asociaciones preexistentes y brindando al sistema entero una "armadura nacional" que fijaba las directivas y garantizaba su poderío: "Lo que facilita mi trabajo –le dijo Mussolini durante una entrevista– es la organización del partido que me ayuda [...] antes de dejar Roma, visite a Starace: él le explicará cómo el partido fascista se volvió la armadura de la nueva Italia".[84] En ese mismo período, Egidio Reale, republicano, hizo desde el exilio un balance de los diez años de dictadura fascista, señalando los cambios producidos en la vida política y en las estructuras del estado, transformado en una dictadura del partido y del Duce, que era amo absoluto de aquel.[85] La originalidad de esa dictadura, con respecto a otros regímenes absolutos, era su organización unitaria y jerárquica, que encuadraba a los italianos de toda edad, condición y actividad:

> ... resulta difícil comprender, conforme a las categorías políticas comunes, qué es el partido fascista y qué lugar ocupa en el estado [...] más que un partido, es [...] al mismo tiempo estado, nación, gobierno y *organización* productiva [...] Resulta muy difícil encontrar en la historia un régimen y un partido con una fuerza tan cuantiosa e imponente a su entera disposición, encuadrada en una organización perfecta, que obedece a la voluntad de un solo hombre.[86]

Otros observadores, como por ejemplo Maurice Lachin, quien conocía de cerca la realidad italiana, tenían dudas fundadas acerca de la efectiva cohesión de esa organización y acerca de su capacidad para plasmar la conciencia de los italianos según los ideales fascistas; sin embargo, también para Lachin era importante que, desde el Gran Consejo hasta el último fascio de aldea, el Partido Fascista había estrechado entre sus tentáculos las instituciones y la nación.[87] Como observó Lelio Basso, el fascismo era ya para los italianos "un hábito, una realidad, acaso fastidiosa, a cuyo respecto uno puede en cada caso reír o farfullar su ira; pero que nadie pensaría poner en entredicho".[88]

Durante la segunda mitad de los años treinta, el Partido Fascista proyectaba hacia el exterior la imagen de organización dominante en la realidad fascista; así parecía ser, por ejemplo, para observadores comunistas en 1930:

> Día a día todos vemos que el partido fascista mantiene sojuzgada a su control toda la vida del pueblo italiano: las grandes masas de pequeños burgueses, de obreros y campesinos, de intelectuales sólo pueden vivir sometiéndose al control ejercido por el fascismo. La organización del estado no permite sino excepcionalmente vivir por fuera de los cuadros, por fuera del control del partido fascista y de sus distintos organismos. No hay salida: quien debe vivir en Italia, debe pegarse el rótulo fascista [...] De quince a esta parte se desfila en retreta, se siguen los estandartes, y sobre todo está la imposición de no pensar, porque de pensar se ocupa uno solo, Mussolini; y de obedecer, todos. Todo eso repetido día tras día, durante dieciséis años completos, *rebajó la conciencia humana y la mentalidad política del magnífico pueblo italiano.*[89]

En el centro de esa "realidad dura y degradante, pero de todos modos realidad, de la vida italiana" estaba la organización del PNF, que constituía la piedra fundamental del régimen. El partido, aunque carente de una facultad autónoma de decisión, extendía su control sobre todos los aspectos de la vida social, y estaba presente en todas las estructuras del estado. Pese a ello,

puede decirse que en ese entonces se hicieron pocos esfuerzos para superar los apuntes de impresiones con un análisis más profundo y realista del Partido Fascista, tal como había llegado a ser después de un proceso de transformación que lo había vuelto muy distinto del "partido armado" de 1921.

Los estudios dedicados al sistema político fascista no solían ir más allá de la descripción exterior de la organización del PNF y la definición jurídica del estado fascista. Como veremos en el próximo parágrafo, el problema más discutido concernía a su índole de "partido único", examinada en los primeros intentos de elaboración teórica de ese nuevo fenómeno del siglo XX. La retórica del monolitismo en la literatura fascista acerca del partido no permitía por cierto penetrar más allá de la escenografía de la organización totalitaria. Por lo demás, la literatura antifascista se limitaba en gran parte a constatar la función de control y de coerción ejercida por el Partido Fascista, a denunciar las formas de corrupción y de manipulación que este ponía en práctica, a escarnecer su manía ceremonial e indumentaria. En ese sentido, resulta muy importante y apreciable el afán de políticos como Togliatti o estudiosos como Herman Finer por ir más allá de la superficie de la evidencia y las imágenes usuales, por comprender la lógica y la realidad del Partido Fascista.

El análisis efectuado por Togliatti nació de una necesidad política: reflexionar acerca de la situación del régimen fascista en los años treinta, después de que muchas evaluaciones enunciadas por los comunistas en los años previos, acerca de la crisis inminente del fascismo, habían demostrado ser infundadas. El fascismo se había afianzado firmemente; era un régimen basado sobre la coerción y el terror, pero también había logrado munirse de formidables organizaciones que ejercían sobre las masas una acción de control y de penetración ideológica.[90]

Togliatti deseaba comprender cómo obraba concretamente el fascismo, cómo había arribado a consolidar su poder y cómo había logrado organizar a millones de hombres y mujeres: para eso era preciso relegar las definiciones acerca de la esencia del fascismo y las afirmaciones de carácter general, para compro-

meterse "en un análisis de la política fascista mucho más concreto". [91] Remitiéndose implícitamente a la interpretación de Gramsci, Togliatti hallaba la novedad histórica del Partido Fascista en que este fuera el primer partido organizado de la burguesía y por la burguesía para defender su dominio de clase.[92] El carácter y la evolución del PNF dependían estrechamente de la función que este ejercía como instrumento de la dictadura abierta y terrorista de los elementos más reaccionarios de la burguesía: para Togliatti, las transformaciones del PNF, el pasaje efectuado por el gobierno fascista de una política de coalición al totalitarismo, la adopción de una política de masas eran explicables como respuestas de la burguesía a la crisis económica y a la actitud de las masas trabajadoras. Dentro de esa interpretación general, que no se apartaba de la perspectiva general marxista, Togliatti volvía a recorrer las alternativas del Partido Fascista siguiendo –sin referencias explícitas, pero de un modo que resulta evidente– el análisis de Silone en lo referente al enfrentamiento entre la pequeña burguesía revolucionaria y la burguesía tradicional, la relación Mussolini-Farinacci-Federzoni, la liquidación de la autonomía política del PNF, la eliminación de muchos de los antiguos cuadros de las filas de los subalternos y de la jerarquía, la abolición de la democracia interna y la completa subordinación del partido al gobierno central y al Duce.[93] En el régimen el PNF dejó de ser un "partido" en sentido estricto: sus miembros no tenían peso alguno en la política de la organización, la vida interna estaba prácticamente suprimida, el partido se había burocratizado con la instauración de una jerarquía que dependía de lo alto: "El carácter del partido fascista se corresponde con ese carácter de la dictadura: liquidación de cualquier forma de democracia".[94]

De todas formas, Togliatti no se limitó a constatar esa situación, sino que intentó escrutar en el interior de la realidad burocrática del PNF, y logró vislumbrar las evidencias de una vitalidad no del todo complicada o desaparecida. Por ejemplo, él consideraba que en los cuadros intermedios del partido, es decir, en los jerarcas más cercanos a las masas, había una sincera

sensibilidad por los problemas de esas masas, especialmente en las zonas rurales, y eso producía "reacciones políticas" dentro del PNF.[95] Otra evidencia de vitalidad se encontraba entre los dirigentes de las organizaciones premilitares, los que estaban en contacto permanente con los jóvenes y representaban un "núcleo activo", "el tejido conectivo de todo el régimen".[96] Otros fermentos de vida activa en el PNF provenían justamente de los jóvenes que deseaban ser partícipes de la política fascista, y por ello tendían a ser "intelectualmente activos [...] a plantearse los problemas de la dictadura fascista, a discutirlos", y con ello preservaban en el partido cierta vivacidad crítica, especialmente en las organizaciones de los GUF [Gruppi Universitari Fascisti] y en ocasión de los *Littoriali.** Además, de por sí el crecimiento numérico del PNF, según Togliatti, debido precisamente al ingreso de centenares de miles de inscriptos –más de 800.000 sólo en 1933– producía de todos modos "la existencia de determinadas formas de vida política en los confines del Partido Fascista, que se hace sentir más en el campo que en la ciudad".[97] Así, pese al "exceso de burocratización" y de "homogeneidad puramente exterior que lo reduce a algo árido", el Partido Fascista, como organización de masas, transfería a su interior situaciones de conflicto "inevitables, que en un régimen democrático se habrían expresado en lucha entre los partidos".[98] Tampoco se menospreciaba, pues involucraba la influencia ideológica del Partido Fascista sobre las actitudes de sus inscriptos recientes, el efecto que la "militarización de las masas" podía tener sobre el proletariado, especialmente en las nuevas generaciones, crecidas con el fascismo, impregnándolas de mentalidad fascista, y por ende volviendo más arduo el trabajo de los militantes comunistas para cortar los lazos que unían a los trabajadores inscriptos con el PNF.[99] Sin embargo, el Partido Fascista no podía dar mayor cabida a ese tipo de vitalidad interna, porque una ac-

* Los *(Ludi) Littoriali* [lat. *lictorius*, por los *fasces* que portaba el lictor] eran torneos culturales y deportivos a escala nacional. [T.]

tivación de sus miembros habría entrañado un peligro para el fascismo en sí, y quebrado el frente único de la burguesía concretado por el PNF.[100]

En suma, para Togliatti el significado de la historia del PNF estaba incluido en su función de herramienta de la reacción antiproletaria, como partido de "tipo nuevo" de la burguesía, para ejercer abiertamente su propia dictadura terrorista sobre las masas trabajadoras: "El fascismo no sólo se propuso la tarea de crear una sólida organización política unida de la burguesía, sino que logró cumplir con esa tarea".[101] Con ello, si bien Togliatti por una parte presentaba una imagen de la historia del PNF como una sucesión de etapas no resultantes de un plan fijado de antemano, por la otra volvía a afirmar la existencia de un plan premeditado y consciente, exactamente como era el concebido por la burguesía al adoptar el fascismo como instrumento de dominio.

En los años treinta no faltaron objeciones fundadas a la interpretación del Partido Fascista como instrumento de la burguesía. Carlo Rosselli impugnó que hubiera identidad de intereses entre fascismo y burguesía, y llamó la atención sobre la "autonomía del mecanismo dictatorial de las fuerzas sociales que se concitaron para crearlo".[102] Salvemini sostuvo que no podía definirse el fascismo como una dictadura capitalista, porque en la oligarquía fascista "los grandes capitalistas están muy lejos de ejercer un dominio indiscutido"; después de más de un decenio de dictadura, el Partido Fascista se había vuelto una fuerza independiente: "Si los capitalistas dejaran de aceptar las directivas políticas del partido, el partido podría fácilmente virar hacia la izquierda"; la maquinaria de poder del fascismo escapaba al control de los capitalistas y también podía dirigirse en contra de ellos, y era una maquinaria integrada por la burocracia del Partido Fascista y de sus organizaciones subsidiarias.[103] Durante el fascismo –observó Angelo Tasca– se había formado una nueva clase dirigente que constituía la "inmensa burocracia fascista", nacida de un compromiso entre capitalistas y pequeña burguesía, pero dominada sobre todo por *homines novi* que imponían

"su espíritu formado por nacionalismo exasperado y estadolatría, congruente con su 'ideología' y con sus intereses". Era una clase dirigente que vivía *del* régimen fascista.[104]

Herman Finer había hecho una observación análoga: amplios sectores del PNF estaban conformados por fascistas de la burguesía alta y media; pero su fuerza concreta residía en los centenares de miles de fieles fautores, quienes independientemente de su proveniencia social se veían simbióticamente ligados al PNF como funcionarios, propagandistas, jerarcas. Debían al partido sus fortunas, poder, carrera, prestigio; y por ello identificaban su propio futuro con aquel.[105] Con todo, ninguna de esas observaciones era sufragada por datos referentes a la composición social del PNF, sus cuadros, las transformaciones que habían tenido lugar con la llegada del fascismo en la clase dirigente y la construcción del "régimen". El único estudio al respecto, con un radio de análisis no limitado, era el breve artículo de Harold D. Lasswell y Renzo Sereno: "The Fascists: The Changing Italian Elite",[106] basado sobre datos relativos a la situación previa a la guerra de Etiopía. Según su análisis, el fascismo había llevado al poder amplios estratos de la pequeña burguesía ("*lesser bourgeoisie*"), renovando la clase dirigente con elementos jóvenes, que habían llevado a cabo su ascenso mediante la militancia política y las prácticas violentas durante los años de escuadrismo y se habían establecido en el poder por intermedio de los nuevos organismos (*rising agencies*) introducidos por el fascismo, como el partido, los sindicatos, las organizaciones sociales, mucho más que merced a los organismos tradicionales (*declining agencies*) como el Senado, la Cámara de Diputados, el sector directivo de las administraciones locales. Las tres cuartas partes de los secretarios provinciales del partido, y parte predominante de los restantes cuadros de las organizaciones fascistas, provenían de la pequeña burguesía. De 66 secretarios provinciales, 3 provenían del proletariado, 50 de la pequeña burguesía, 9 de la "plutocracia" y 4 de la aristocracia; pero, al tomar en consideración su nuevo estatus, obtenido por intermedio del partido, Lasswell y Sereno evaluaban que, mien-

tras que ya no había secretarios proletarios y la cantidad de secretarios pertenecientes a la aristocracia no había variado, en ese momento pertenecían a la pequeña burguesía 20 secretarios; entretanto, los adscriptos a la "plutocracia" habían llegado a 42. El otro hecho significativo era la base relativamente acotada de los sectores de actividad y competencias de entre los que se había reclutado a quienes pertenecían a los organismos de reciente creación: la mayor parte de ellos había ingresado por primera vez en la política por intermedio de la violencia del escuadrismo, la práctica de la organización fascista y de la propaganda, y la mayoría había participado en la guerra mundial y alcanzado el grado de oficial, y por consiguiente un estatus social más alto con relación al pasado. Con el paulatino perfeccionamiento de la organización del partido, Lasswell y Sereno detectaban una creciente burocratización de la jerarquía, con tendencia a nombrar en las provincias a secretarios que nunca habían desarrollado una actividad política *in situ*, y con total dependencia respecto de las nóminas superiores. En cuanto a la formación político ideológica, 46 secretarios federales eran fascistas de la primera hora, 2 eran de proveniencia nacionalista e inscriptos en el PNF antes de marzo de 1923, vale decir, antes de la fusión entre la Associazione Nazionalista y el Partido Fascista; 4 eran nacionalistas devenidos fascistas con la fusión, y uno era clasificado como liberal inscripto en el PNF entre octubre de 1922 y el 3 de enero de 1925. La exigüidad de los datos elaborados apenas permitía una cauta generalización: prevalecía el amplio aporte realizado por la pequeña burguesía al liderazgo estatal, y en idéntica medida era evidente el ascenso al nivel de la plutocracia de una porción considerable de esos pequeños burgueses emergentes, con la formación de nuevos intereses consolidados, en contraste con el lógico desarrollo de una política pequeñoburguesa. Para muchos de esos pequeños burgueses, originariamente desprovistos de cualquier actividad y competencia específica, la organización y propaganda del partido habían sido el comienzo de sus carreras; entre las nuevas actividades vinculadas con la burocratización del PNF se volvía ca-

da vez más preeminente la que Lasswell y Sereno denominaron "skill in fixing", el arte de obtener lucrosos beneficios del poder y de la influencia adquirida gracias a los lazos con el partido.

El estudio de la composición de la clase dirigente del régimen y del cuerpo social entero del PNF, jerarcas y subordinados, difícilmente podía superar los obstáculos derivados de la escasez de datos disponibles, por la falta de estadísticas, siquiera oficiales, de la condición profesional de los inscriptos, preparadas por el PNF. En lo relativo a las jerarquías provinciales, según nos consta, los únicos datos disponibles son los aportados por Starace en 1933, acerca de los títulos de estudio y los grupos etarios: de 98 secretarios federales, 60 no habían llegado a los 40 años –y de estos, 10 tenían menos de 30 años–; además había 37 doctorados en leyes, 2 en leyes y ciencias políticas, 1 en ciencias sociales, 3 en ciencias económicas y comerciales, 1 en ciencias agrarias, 2 en ciencias físico-matemáticas, 5 en ingeniería, 7 en medicina, 7 profesores en escuelas superiores y medias y 26 recibidos en escuelas medias.[107] Pero aunque ese aspecto del Partido Fascista era poco estudiado por los observadores contemporáneos, tampoco eran muchos los estudios acerca de la Italia fascista que concedieran espacio adecuado al análisis de la organización del PNF en su realidad concreta.[108] La única excepción todavía digna de mencionarse era el libro de Finer, *Mussolini's Italy*.

Después de analizar las etapas de desarrollo del PNF,[109] Finer asignaba una posición central al problema de definir el carácter del PNF en el régimen fascista. Para ese autor no había duda posible: después de tornarse el único partido legítimo, el PNF ya no podía ser tomado como un "partido" en el sentido habitual del término, esto es, como una organización política en competición con otras organizaciones por el gobierno. El cambio sustancial se había producido no sólo tras la supresión de los otros partidos, sino especialmente con el nuevo orden constitucional del PNF en el estado fascista. La ley del 9 de diciembre de 1928, número 2693, acerca de la instauración y las atribuciones del

Gran Consejo, había transformado el órgano supremo del partido en un órgano estatal; las normas acerca del PNF incluidas en la ley del 14 de diciembre de 1929, número 2099, establecieron que el estatuto del partido era aprobado por decreto real a propuesta del jefe de gobierno, después de escuchar el parecer del Gran Consejo y del Gabinete de ministros; también, que el secretario del PNF era designado por decreto real a propuesta del jefe de gobierno, y por ley era miembro de la Comisión Superior de Defensa, del Consejo Superior de Educación Nacional, del Consejo Nacional de Corporaciones y del Comité Central Corporativo, y podía ser convocado, por decreto real y a propuesta del jefe de gobierno, a participar de las reuniones del Gabinete de ministros. Nunca, antes que el PNF, partido alguno había tenido una posición similar; y en muchos aspectos esa posición era absolutamente única incluso en comparación con otros regímenes de partido único existentes en ese entonces.

Devenido organismo estatal, el PNF no podía definirse en los términos convencionales con que se definía a los partidos políticos que funcionaban en un sistema liberal.[110] Según señaló Finer, los propios fascistas se esforzaban en procura de hallar una definición adecuada para la posición y el papel del partido –milicia, institución de derecho público, "iglesia", etc.– sin lograr librarse de la maraña conceptual del partido como "facción" y del "partido único" que de modo confuso pretendía identificarse con la nación y el estado. Por más que no menospreciara el significado de esas definiciones, para comprender las actitudes de los fascistas hacia el partido, Finer consideraba que la única definición que cabía para un partido como el PNF era: *oligarquía,* esto es, una minoría de ciudadanos privilegiados que poseían el monopolio del poder y que de todas las maneras posibles acentuaban en las mentalidades y en los hábitos, desde el uso de uniformes hasta el goce de prerrogativas reconocidas legalmente para ellos, su "diferencia" con respecto al resto de la población. El fin último de esta oligarquía era la fascistización de todos los italianos; y su praxis cotidiana apuntaba fundamentalmente a suprimir cualquier forma de compor-

tamiento y de ideas que estuvieran en conflicto con los propios de la oligarquía. En ese sentido, según Finer el PNF era y seguiría siendo una organización insuprimible y fundamental, a la que se encomendaba la tarea de preservar y perpetuar el régimen fascista en la "revolución permanente", que correspondía al partido proseguir.[111]

Por consiguiente, para Finer el PNF no era una organización vacía de poder y de poderío efectivo en la estructura del régimen y en la sociedad: aunque estuviera formalmente subordinado al estado –pero, observaba correctamente este autor, en cuanto *estado fascista* y no en cuanto expresión abstracta de la autoridad constituida[112]– el PNF tenía apreciables poderes de control, de presión, de represión y de influencia sobre casi todos los sectores de la vida nacional, poderes devengados del monopolio de la actividad política. En los hechos, el PNF era un conjunto de poderes e intereses considerable, bien consolidado tras años de dictadura; una fuerza que habría resultado difícil de suprimir, mientras que por cierto podía obstaculizar y paralizar, con interferencias y resistencias, la actividad habitual de los organismos tradicionales del estado.[113] Motivos ideológicos e intereses, fidelidad al Duce y a los mitos del fascismo, así como ambiciones y oportunismos personales, se mezclaban al dar forma a la amalgama que unía a la oligarquía fascista y la masa de subordinados: el PNF aseguraba prestigio, privilegios, carreras políticas y administrativas, y también era el ente de mayor envergadura en la distribución de puestos y prebendas.[114] La oligarquía dirigente del PNF estaba formada, según Finer, en enorme medida por elementos de la burguesía alta y media, que intentaban preservar esa hegemonía del partido; sin embargo, Finer consideraba que con el paso del tiempo el método de reclutamiento interno de nuevos militantes, por intermedio de las organizaciones juveniles, habría de ampliar la presencia de elementos provenientes de las clases inferiores, y con ello produciría las condiciones para un conflicto de clase dentro del PNF.[115]

El problema del reclutamiento, escasamente considerado

por los observadores anteriores, era para Finer el asunto de mayor trascendencia para el fascismo y para la oligarquía del partido: ideales e intereses, no fácilmente separables, influenciaban las controversias teóricas entre los fautores de un partido "abierto", que debía englobar masas cada vez más cuantiosas de italianos, y los propiciadores del partido "cerrado", que únicamente habría debido acoger a los *verdaderos* fascistas, hombres selectos para la aristocracia del comando, los italianos mejores y los custodios de la "fe fascista".[116] El dilema parido de masas/partido de elite se había resuelto, en teoría, con el oxímoron que entrañaba el "partido aristocrático de masas"; en la práctica, con una oligarquía de jerarcas, que se renovaba por cooptación, y una inflación creciente de subordinados. Ese problema se entrelazaba con el otro debate fundamental en el "régimen", el problema de la clase dirigente, en el que tenía fuerte injerencia la tensión, no siempre latente, entre los "revolucionarios *della vigilia* [de la víspera]" y la "segunda generación fascista". Para Finer era evidente que todavía no se había encontrado un elemento cohesivo entre los fascistas de la primera y los de la segunda generación, mientras que era igualmente ostensible que la oligarquía dirigente, si bien parcialmente renovada con el ingreso de jóvenes, seguía sustancialmente restringida a los grupos originarios: por ejemplo, el artículo 6 del estatuto de 1932 establecía que los cargos directivos del partido estaban reservados a los camisas negras que habían luchado u obrado por la revolución o a los fascistas provenientes de las organizaciones juveniles: aunque la aplicación rigurosa de esa norma –el comentario pertenece a Finer– formalmente permitía una rotación de elite formada sólo por los "puros", de hecho aseguraba que los jerarcas de la primera generación conservaran el poder y por ello no consentía una renovación cualitativa de la clase dirigente.[117] Según Finer, eso tenía consecuencias especialmente graves para la "moralidad" del partido: en efecto, era difícil evaluar lo genuino de la "fe" de millones de fascistas, habida cuenta de que el PNF detentaba el monopolio de la actividad política, era la única sede legítima para desarrollar esa actividad y era una maquinaria vigilan-

te e insidiosa de control. Como la pertenencia al partido se había vuelto requisito indispensable para trabajar en la administración del estado y otorgaba un grado de prelación a la hora de tomar empleados, era verdaderamente arduo imaginar cómo un partido de ese tipo podía llegar a ser una organización de "auténticos creyentes" desinteresados, consagrados en cuerpo y alma a la causa de la revolución.[118]

Las observaciones de Finer al respecto todavía pueden seguirse con provecho, más aún al saber que él evaluaba esta problemática sin tonos moralistas, limitándose a corroborar de manera realista la contradicción funcional inherente a la posición del PNF en el régimen, una contradicción que se manifestaba cotidianamente en la vida concreta del partido, a escala nacional y a escala local. Finer tenía conocimiento directo de la vida del PNF y describió con eficacia, por ejemplo, el formalismo de las asambleas de los Fasci locales, donde no había una verdadera discusión y los fascistas se limitaban a asentar, por aclamación ritual, las decisiones transmitidas por los jerarcas; señaló el conformismo de la prensa provincial del partido, su ceremonialismo retórico, su ritualismo estandarizado: todas eran manifestaciones que inequívocamente contrastaban con la pretensión del PNF de formar una conciencia activa y responsable en los fascistas y, en términos más generales, en los italianos. En suma, Finer consideraba que la verdadera función del partido en el régimen fascista era la de un "departamento de producción de obediencia".[119] Ateniéndose a esa definición, acertadamente Finer tomó en serio, y examinó con inteligencia, la política de masas del fascismo, sus técnicas de seducción y de persuasión entre los jóvenes, la exaltación del mito del Duce, los ritos y los símbolos, las ceremonias y las fiestas públicas, dejando en plena evidencia las conexiones de esas manifestaciones con la mentalidad y la ideología del fascismo. Todas esas manifestaciones tenían la finalidad de formar una nueva ética colectiva, basada sobre el principio "creer, obedecer, combatir": una ética que exaltaba el carácter por sobre la inteligencia, la fe por sobre la racionalidad, la uniformidad por sobre la iniciativa individual.[120]

El objetivo del PNF era la fascistización permanente de los italianos a lo largo de las generaciones. Desde esa perspectiva totalitaria, la oligarquía del partido justificaba su posición privilegiada, reivindicaba como indispensable su función, legitimaba el monopolio del poder y el control totalitario sobre el país.

Con todo, la gran maquinaria de poder y de consenso constituida por el Partido Fascista, si bien vigorosa, era intrínsecamente frágil, según Finer, pues se regía completamente a partir de la personalidad de Mussolini: "El fascismo es Mussolini [...] visto que él es mortal, el fascismo perecerá con él", porque sin el vínculo de fidelidad personal hacia el Duce, el sistema fascista se habría fraccionado en las distintas partes que lo constituían, no bien amalgamadas: Mussolini hacia esos días está en Italia "en la cumbre y en el centro de todo; sus seguidores lo obedecerán sin objeciones –no diré a muerte– pero no obedecerán a sus lugartenientes con idéntica devoción; es más, sus colaboradores no obedecerán uno al otro, y no colaborarán entre sí, con la misma deferencia que tributan al Duce".[121] Finer pensaba, acertadamente, que el problema de la clase dirigente era crucial para el fascismo y planteaba al partido tareas graves, para las que parecía estar escasamente pertrechado, precisamente a causa de su índole. El conformismo fideísta y la selección de los mejores eran objetivos enfrentados, términos de una antítesis, la cual socavaba el partido y dejaba perplejos a muchos observadores contemporáneos acerca de sus posibilidades de supervivencia después de la desaparición del Duce.[122]

De todas formas, respecto de ese problema la evaluación-previsión propuesta por Finer demuestra ser inaceptable: la identificación Mussolini-fascismo lleva de hecho inevitablemente a vaciar al partido de realidad propia, haciendo que parezca una tenue capa protectora excretada por la voluntad del Duce. En efecto, el problema de la relación Mussolini-fascismo era ampliamente discutido en los años treinta, y no pocos observadores llegaban a conclusiones análogas a las de Finer. Por ejemplo, Hermann Heller hacía coincidir la historia del fascismo con la biografía de Mussolini, por considerar que no existía el *fascismo*

sino únicamente el *mussolinismo*: en consecuencia, el Partido Fascista había sufrido un proceso de despolitización en el régimen, al haber sido remodelado por el Duce para servir a su voluntad.[123] Según Maurice Parmelee, las rivalidades entre los jerarcas habrían dificultado la sucesión del Duce: "Es posible que cuando Mussolini desaparezca de la escena el partido se descomponga en distintos partidos con jefes rivales".[124] Todavía en 1942, Sigmund Neumann, evaluando el papel de Mussolini en el triunfo del fascismo y en la vida del régimen, emitía un juicio análogo, aunque, como se verá más adelante, no menospreciaba la importancia del partido. Él hizo la observación de que el régimen fascista "más que cualquier otra dictadura de posguerra (excepto acaso la Turquía de Kemal-Ataturk) es, sobre todo, reflejo y expresión de su dinámico duce. Mussolini es parte esencial de la definición del fascismo. Aun hoy fascismo es mussolinismo".[125] De todos modos, no faltaron objeciones a ese parecer: por ejemplo, Herbert Schneider estaba convencido de que la organización fascista tenía una autonomía propia y no podía considerársela mero apéndice de una dictadura personal: "Aquellos que contemplan el presente régimen simplemente como dictadura personal menosprecian mucho la construcción política realizada en Italia desde el año 1922". También Emil Lederer pensaba que la reducción del fascismo a *mussolinismo* era insostenible, dado el carácter del fascismo como movimiento de masas: la personalidad del jefe, en un movimiento de masas, es de importancia decisiva, porque quien organiza las masas e impulsa su accionar es el jefe; pero él no actúa por mero arbitrio, pues debe intuir y percibir las emociones colectivas. El duce guía a las masas pero a su vez debe seguir las tendencias preeminentes de aquellas; por ello, para Lederer, "el fascismo no es Mussolini". El partido constituía el órgano de enlace entre el Duce y las masas. Justamente por esa función el partido adquiría una importancia determinante en la estructura y en el accionar del sistema fascista, cada vez con mayor poder: "Cuanto más tiempo vive el sistema, mayor es la exclusividad de las posiciones de poder real para quienes se forman en el partido".[126]

El partido único y los orígenes de las teorías acerca del totalitarismo

El enfrentamiento entre las interpretaciones del problema Mussolini-fascismo, en los términos descriptos, podría considerarse resuelto por la conclusión de los acontecimientos que produjeron, simultáneamente, la caída de Mussolini, el final del fascismo y la disolución del PNF. No obstante ello, una solución por el estilo se basaría, con toda seguridad, sobre la "sensatez ex postfacto" y entonces sería inaceptable desde un criterio historiográfico si se aplicara a la indagación acerca de la relación entre Mussolini y el partido fascista durante el período del "régimen". De hecho, así se eludirían otros problemas estrechamente vinculados con la historia del Partido Fascista, pero que van más allá de la experiencia específica del fascismo, e involucran el fenómeno más amplio del "partido único" en la historia contemporánea.

El fenómeno de los "partidos únicos" generalmente fue representado por "sujetos históricos" que le dieron su impronta decisiva, pero, por su índole política y social, dicho fenómeno no puede ser reducido banalmente a mera expresión de esas personalidades. Uno puede considerar que el propio Mussolini era consciente de ello. En la *Dottrina del fascismo* afirmó con orgullo que el régimen fascista era una creación original, sin precedentes en la historia: "Un partido que gobierna totalitariamente una nación es un hecho único en la historia. No hay referencias ni comparaciones posibles". El partido único era una novedad del siglo XX; y el Partido Fascista era una novedad entre las novedades, dadas sus características históricas, su posición en el régimen fascista y la prelación de su surgimiento en comparación con otros partidos únicos de la derecha radical y nacionalista. En efecto, el PNF había sido el primer partido de masas del nacionalismo revolucionario en conquistar el poder dentro de una democracia parlamentaria y en construir un régimen inédito en su tipo; así, se volvió el fundador de un linaje y modelo para otros partidos y regímenes, en Europa y también

fuera de Europa, en el período de entreguerras. Además, que el partido único también fuera una realidad propia del régimen comunista era una confirmación de que la mayor parte de los factores de ese fenómeno debía aprehenderse más allá de las ideologías, divergentes y opuestas, de que eran portadoras sendas manifestaciones concretas: entre los años veinte y treinta se plasmaron experiencias de partido único en sociedades profundamente disímiles, en países sumamente distintos, situados en una latitud geográfica que abarcaba desde el Portugal de la Unión Nacional a la China de la Kuo-Min-Tang.

El fenómeno del partido único fue una nueva realidad en la situación europea producida por la guerra mundial. La diferencia de esos partidos respecto de los partidos tradicionales fue intuida con su habitual inteligencia por Roberto Michels, quien los definió como "partidos de elite", captando en especial su vínculo con las masas y la institución –por ellos exaltada– de la figura del *duce*: "Dado el despertar de las multitudes obreras y campesinas –escribía en 1928–, no es posible, en la época presente [...] que la elite pueda consolidarse triunfante sin el constante tácito consenso de las masas, de las cuales depende, en distintos aspectos, su suerte". Y refiriéndose especialmente al caso del fascismo, ya examinado en el ensayo *Sozialismus und Faschismus in Italien*, de 1925, Michels comprendió con agudeza el significado de la política de masas del PNF:

> Por ello, al menos en Italia no sólo la elite nunca debe fatigarse de obtener y de conservar la simpatía de las masas sino que también debe ocuparse con suma atención de proclamarse por cualquier motivo ante los estados extranjeros, máxime aquellos embebidos de ideas mayoritarias y regidos por un sistema democrático, representación auténtica y autóctona de la voluntad popular.

De ello derivaba, según Michels, el drama de ese muevo tipo de "partidos de elite", que constantemente oscilaban entre la necesidad, planteada por la sociedad de masas, de ampliar so-

bremanera sus filas y la urgencia, por su carácter elitista, de preservarse como minoría merced a purgas e impedimentos a las inscripciones. El otro elemento importante del "partido de elite" –y también en este caso el ejemplo del fascismo era fundamental– lo constituía la figura del *duce*, el líder carismático, a cuyo respecto Michels, desarrollando la teoría de Weber con referencia específica a Mussolini, formulaba observaciones de gran interés tanto en lo referido al vínculo entre el Duce y las masas como para el existente entre el Duce y la elite.[127]

Las comparaciones entre Partido Fascista y Partido Bolchevique comenzaron a ser frecuentes desde la mitad de la década de 1920. Ya en 1926, por ejemplo, Luigi Sturzo, haciendo un paralelo entre bolchevismo y fascismo, puso al descubierto la afinidad entre ambos regímenes en el sistema totalitario, esto es, en la dictadura del partido que detentaba el monopolio del poder después de eliminar por medio de la violencia a sus adversarios y proscribir el método de libre competencia. El liberal alemán Erwin von Beckerath halló una simetría entre estas dos nuevas alternativas a la democracia liberal: la conquista del poder por parte de una minoría por medios violentos era similar; similar la configuración del partido de elite, flanqueado por organizaciones de tipo social y profesional; similar la actitud antiparlamentaria y la aversión por el individualismo; por último, similar la estructura de ambos sistemas de dictadura, en los que Beckerath veía, aunque tomara en cuenta la diversidad de las dos experiencias históricas y la contraposición de las ideologías, los rasgos de un nuevo absolutismo.[128]

Observaciones similares se encuentran en otros escritos de observadores católicos y liberales: son, en sustancia, los elementos embrionarios de las futuras teorías acerca del totalitarismo, que no derivan sólo de una actitud polémica, conservadora o progresista, contra fascismo y bolchevismo, sino de la necesidad, que más tarde se volvió cada vez más acuciante, de fijar y comprender, por comparación, el fenómeno inédito de las nuevas dictaduras de partido único. Tal como empezó a resultar evi-

dente a fines de la década de 1920 y sobre todo en la de 1930, ese fenómeno marcaba una profunda cesura en la tendencia a la democracia parlamentaria que había parecido predominar en la evolución de la vida europea, hasta el día después de la Gran Guerra. El surgimiento de los partidos únicos fue visto como un resultado de la crisis del liberalismo y un preludio a la transformación del estado moderno: hemos ingresado –observó en 1931 Otto Hintze– en la "etapa tardía del estado moderno" que "coincide con el comienzo de un nuevo estado del futuro, del que aún no es posible dar una definición exacta y completa". Ya parecía evidente que nuevas formas de estado estructuradas según una matriz dictatorial y colectivista estaban suplantando el estado nacional burgués, esto es, el estado modelado conforme al espíritu liberal individualista y con base económica capitalista privada. Según Hintze, no era posible "liquidar en pocas palabras estos fenómenos nuevos de la vida del estado, tachándolos de deformaciones o anomalías de significado e importancia sólo transitorios", pues aquellos "son fuertes y eficientes, y con sus principios pueden causar conmoción en el mundo, al menos tanto como la Revolución Francesa en su momento".[129] En la década de 1930 el fenómeno del partido único mostraba la tendencia a expandirse y consolidarse: de la crisis del "estado de partidos" se llegaba –según señalaba Robert Pelloux en 1934– al "partido de estado".

> En este sistema, el partido se muestra completamente distinto de lo que es en el estado de partidos. El partido de estado reúne a los individuos que tienen la mística del régimen nuevo, y en la cima del estado debe desempeñar el mismo papel que una vanguardia a la cabeza de un ejército. Por lo tanto, el partido ya no es una facción, sino un organismo constitucional que colabora con el gobierno y la administración central según distintas modalidades idiosincrásicas.[130]

En los años treinta, la dictadura totalitaria surgía como un fenómeno general, derivado de distintos procesos nacionales,

con rasgos disímiles, que sin embargo encontraban un denominador común en la simbiosis entre el partido único y el estado: dictadura totalitaria, para Pelloux, significaba no sólo que el estado debe inmiscuirse en todos los ámbitos de la actividad nacional, sino que debe unir, bajo una rígida disciplina, a todas las personas que lo componen. Otro elemento en común lo aportaba la circunstancia de que en las distintas experiencias de dictadura totalitaria se daba el mismo proceso de afirmación de la dictadura de un hombre en la dictadura del partido: "Los dictadores son hoy los verdaderos *duci* del partido y del estado".[131]

Dictadura del partido y dictadura del jefe eran dos aspectos fundamentales del nuevo autoritarismo, sustancialmente distinto de la dictadura tradicional porque, como observó Mirkine-Guetzévitch, la dictadura totalitaria era un "cesarismo social fundado sobre una metafísica popular", sobre "cierta comunión metafísica entre el poder y el pueblo".[132] La mayor novedad de los regímenes de partido único era la presencia de las masas, y la relación entre Duce, masas y partido. Esas tres entidades estaban ligadas por un sistema de relaciones organizativas, institucionales y emotivas, que representaba el aspecto más original del "Estado de masas", según la definición de Lederer: "Este período de dictaduras es una época nueva en la historia, en que las potencialidades de un movimiento de masas destructivo son transformadas en sistema político". La dictadura totalitaria es "un sistema político moderno que se sustenta sobre las masas amorfas. Las masas constituyen la sustancia de un movimiento, en el cual –y gracias al cual– llegan a ser institucionalizadas y, como tales, llevan al dictador al poder y lo mantienen allí".[133] Se consideraba, pues, que el partido único era producto de la masificación de la sociedad y de la política, una suerte de respuesta a la incapacidad del estado liberal tradicional, de base parlamentaria, de elaborar una solución adecuada a ese proceso, del que habían surgido los partidos políticos. A los observadores contemporáneos el surgimiento de partidos únicos parecía a un tiempo producto y factor de la crisis del estado moderno parlamentario, pero también una solución –despreciada y com-

batida por algunos, exaltada y auspiciada por otros– para esa crisis. Para unos el partido único representaba el triunfo de una tiranía moderna, sostenida por los sectores reaccionarios y conservadores, con el apoyo de las masas amorfas; para otros, en cambio, el partido único era el primer estadio hacia la construcción de un Estado Nuevo posmoderno, el inicio de una "nueva cultura (*civiltà*) política", que se caracterizaría por regímenes totalitarios respaldados por poderosas organizaciones de masas.[134]

A lo largo de la década de los años treinta y comienzos de los cuarenta. La cultura occidental hizo algunos intentos por tomar conciencia del fenómeno de los regímenes de partido único para explicarlo teóricamente. En esas reflexiones, el caso del Partido Fascista ya no se examinaba como un hecho que se pudiera cinscunscribir sólo dentro de límites nacionales, inclusive folclóricos, o bien como una proyección voluntarista e instrumental de la voluntad de poderío de Mussolini: bajo la óptica de los primeros análisis comparativos entre los distintos regímenes de partido único, duce, partido y masas eran considerados elementos, complementarios e inescindibles, de una realidad que estaba asumiendo dimensiones europeas. El PNF adquirió el valor de modelo, para muchos observadores, al menos hasta que lo suplantó el NSDAP [NationalSozialistiche Deutsche ArbeiterPartei, "Partido Nacionalsocialista de los trabajadores alemanes"]: "Es preciso reconocer –escribía Marcel Prélot en 1936– que el régimen italiano es la primera autocracia que en verdad comprendió las nuevas condiciones de la dictadura contemporánea", vale decir, la expansión del poder del estado en la sociedad y la organización de las masas".[135]

A ese estudioso, jurista católico y exponente de la democracia cristiana francesa, corresponde una de las primeras síntesis conceptuales del sistema político fascista, rica en intuiciones notables y desprejuiciada en su actitud crítica. Al analizar los orígenes, tendencias y formas institucionales del fascismo, Prélot reconocía que el régimen fascista había sido construido con materiales tradicionales y materiales revolucionarios, pero que el factor constitutivo de la unidad de esa edificación era –amén de

la presencia constante de la dirección de Mussolini– la "lógica totalitaria" que podía rastrearse en la mentalidad y en la praxis del fascismo, en toda la extensión de su trayectoria histórica e ideológica. Esa lógica daba impulso al dinamismo inherente a la continua experimentación institucional del fascismo en aras de la creación del estado totalitario; el fascismo afirmaba el primado del estado, pero de un estado concebido como un mito, en el sentido soreliano, como "creencia y fe, fuente de pasión y de acción".[136] El impulso totalitario del mito fascista, si bien parecía disminuir en la gradualidad de la construcción estatal fascista y frente a la persistencia de instituciones tradicionales, no dejaba de obrar dentro del fascismo:

> La naturaleza atribuida al estado como unidad total y completa necesariamente lo lleva, de por sí, a superar los cuadros tradicionales. Su ideal de integralismo lo incita a encuadrar a las masas de modo tal que se concrete dinámica y orgánicamente la fusión completa y perfecta de los elementos que lo componen.

Eso diferencia al fascismo del totalitarismo y del estatalismo tradicional, porque mientras este último se da por satisfecho con mantener a los individuos atomizados y dispersos, el totalitarismo exige la organización: "La pasividad y la indiferencia no le bastan: desea, exige, impone la adhesión activa e inclusive entusiasta".[137] El fascismo asignaba al partido único, institución del estado, la tarea de lograr ese objetivo: permanentemente hacer realidad el ideal totalitario. Por consiguiente, la índole del estado, concebido de manera tradicional, resultaba modificada profundamente en el experimento fascista: el estado totalitario extendía su radio de acción mucho más allá de los espacios reconocidos al estado clásico, pretendía "constituir, junto con la unidad política, la comunidad ética y espiritual a la que necesariamente pertenecen los ciudadanos, no bien el estado es en sí una iglesia", con su fe, su moral, su mística, y con una organización pedagógica propia, la cual plasma una nueva humanidad,

para defensa y propaganda de la fe. En el estado-iglesia, "el partido desempeña el papel principal; asegura esa 'eclesiasticidad' del estado cumpliendo la función doble de elemento dinámico y de custodio del estado".[138]

Para comprender la función y la posición del PNF no se puede prescindir de indagar la naturaleza del totalitarismo fascista, de su mito del estado: esa parece ser la indicación sugerida por el análisis de Prélot en procura de evaluar la relación entre el partido y el estado, visto por él precisamente como un proceso simultáneo de "fascistización del estado y estatización del Partido Fascista".[139] La transformación del PNF en un órgano estatal no significa que el partido careciera de importancia, en cuanto se le reservaban las funciones primordiales del estado totalitario, esto es, "la misión fundamental de guiar la opinión pública y administrar las conciencias".[140] Se reconocía al secretario del PNF el rango de segundo dignatario del régimen después del Duce, con funciones destacadas en el Gran Consejo y en los demás organismos del estado, y con un poder de control muy amplio sobre todas las instituciones del régimen, aunque fuera en una posición subordinada con respecto al Duce y al gobierno. Para Prélot, en el régimen fascista se manifestaba un fenómeno de "simbiosis que identifica el partido con el estado".[141] Que esa simbiosis se viera limitada por la supervivencia de muchas estructuras tradicionales del estado monárquico liberal no impugnaba en modo alguno, para Prélot, su interpretación, la cual intentaba captar, más allá de las contradicciones obvias y ostensibles, la sustancial coherencia del sistema político fascista, que él había detectado en la presencia de la "lógica totalitaria".[142]

Al tema específico de la evolución del PNF y de sus relaciones con el estado se dedicaba el ensayo de Jean Hussar, *Du Parti à l'État*,[143] que puede considerarse típico de la actitud de los observadores que creían en la crisis irreversible del estado liberal y profetizaban el final del régimen de partidos. Sobre las ruinas del liberalismo, las "revoluciones del siglo XX tienden a edificar nuevos órdenes":

> ... el alma de este movimiento de renovación es el partido, el partido único, que logró concentrar en sí todas las fuerzas vivas de la nación, después de absorber o expulsar los demás partidos y reunir, tras las luchas internas y la extrema dispersión, las fuerzas del país en una unidad de opiniones para una unidad de acción.[144]

Para Hussar, el caso del PNF era una experiencia ejemplar por su peculiar desarrollo –"del partido al estado"– en dos etapas distintas: en la primera, el partido es "la fuerza espiritual y revolucionaria, creadora del estado nuevo"; en la segunda, después, ya conquistado del poder, el partido se torna "elemento integrante y fuerza constitutiva del estado", pero sometido a su soberanía jurídica.[145] Había dado origen a este proceso, según Hussar, la necesidad de superar el individualismo y la falta de una cohesión nacional –que él consideraba propios de los italianos–, en aras de obtener una sólida y disciplinada unidad política y moral, tal como requerían los tiempos modernos, en una época dominada por la expansión del estado y por la organización de las grandes colectividades sociales y nacionales.[146] Hussar no abrigaba dudas de que el PNF hubiera llegado a un estadio muy avanzado en la realización de ese ideal con la edificación del régimen fascista, en que el partido era "el elemento vital, el elemento de sostén y de equilibrio, en contacto constante con las masas que educa, y con la clase dirigente, cuyas directivas recibe y a la cual provee sus hombres".[147] El PNF había desarrollado, y seguía haciéndolo, una acción decisiva para la transición del estado liberal al nuevo estado corporativo, todavía en formación: según Hussar, una vez concretado ese estado nuevo, el partido se volvería una corporación política, con la tarea de organizar y promover la "profesión política", y de brindar al país una clase dirigente.[148]

En esa misma corriente de adhesión al mito de la "nueva cultura política" podemos situar el libro de Mijaíl Manoilesco, *Le parti unique*,[149] un ensayo animado por una ditirámbica participación ideal en la celebración del próximo triunfo epocal del

partido único por sobre la democracia liberal, y no obstante ello interesante por cuanto es el primer intento de producción teórica de un "tipo ideal" de partido único. Manoilesco derivó los elementos de su modelo de la experiencia de los partidos únicos en Rusia, Turquía, Italia, Portugal y Alemania; pero la experiencia que en mayor medida influenció su obra fue la del fascismo, al cual atribuyó "el mérito glorioso de *haber sido el primero en crear la ética política superior* que de ahora en adelante será el modelo para todas las formaciones políticas de este siglo".[150] Corroboraba lo generalizado del fenómeno, según este autor, la formación espontánea de regímenes de partido único en países muy diferentes, con ideales y objetivos profundamente distintos, pero equiparados por una concepción en común acerca del estado, tomado en su aspecto morfológico: "El estado nuevo, el estado del siglo XX es [...] *el estado portador de ideal*; es el estado *militante* por un ideal político y social bien determinado": ese nuevo tipo de estado habría de suplantar al estado neutral y agnóstico del liberalismo.[151] Todos los regímenes de partido único mostraban la tendencia a concretar los rasgos esenciales del estado nuevo: organización unitaria de la producción, monismo político, unión mística entre el estado y el pueblo, educación unitaria de las asas, ideal de vida comunitaria y jerárquica, ética heroica y guerrera, primado de la colectividad por sobre el individuo.

El nuevo estado nacía del proceso de transformación de la sociedad moderna, y daba una respuesta adecuada al problema de la participación de las masas en la política, a los imperativos de la organización unitaria de la nación, a los requerimientos de la economía organizada para el máximo de producción con finalidades colectivas. El artífice y la herramienta de esa revolución política era el nuevo tipo de partido revolucionario, que luchaba para conquistar el monopolio del poder político y para unificar de modo totalitario la nación: ese partido, según Manoilesco, surgía de profundas necesidades "biológicas" de los pueblos, necesidades que se expresaban en las figuras de los "grandes hombres de estado", personificaciones del ideal revo-

lucionario –el mito– del partido.[152] Ya desde sus orígenes ese partido nuevo se presentaba como un *orden* y un *ejército*, organización armada, jerárquica y elitista, animada por la fe en el mito, con un poder absoluto sobre los militantes-creyentes, que se consagran voluntariamente a aquel, en alma y cuerpo. En el punto más alto de la organización del partido y del estado nuevo estaba el *jefe*, "el primer rasgo de originalidad del partido único es *su jefe*. El jefe y el partido son dos realidades complementarias [...] El principio de unidad comienza por el mando único. El *principio del jefe* es una necesidad orgánica de cualquier organización totalitaria de la nación".[153] El jefe era el símbolo vivo de la revolución, el creador de nuevas instituciones, el detentador supremo del poder y el "gran pedagogo" de la nación; en el jefe se plasmaban la unidad del partido y del estado, la cohesión mística entre el régimen nuevo y la nación, y de él recibía impulso el dinamismo de la colectividad organizada para la puesta en práctica del mito: "El gran jefe no está hecho para representar *aquello que existe* sino para mostrar *aquello que debe crearse*. Es un visionario y un educador. Él no hace realidad una unión *estática* de la nación, sino una unión *dinámica*".

El énfasis en la figura del jefe no disminuía la incidencia del partido único en el régimen: el jefe, elemento originario y esencial del partido único, adquiría especial importancia precisamente en relación con el nuevo tipo de organización del partido, por su estructura y su función; y por ello resultaba imposible aislar su figura institucional del contenido que le era propio y contribuía a exaltar cuán excepcional era su persona. Manoilesco hallaba un nexo de complementariedad análogo en la relación entre el partido único y el estado y, aunque diferenciaba tres posiciones en las experiencias nacionales –1) el partido está por encima del estado y guía el estado en Rusia; 2) el partido está sometido al estado y encuadrado en sus estructuras como institución subordinada, en Italia; 3) el partido va a la par del estado con relaciones de recíproca interpenetración en Alemania–, él consideraba que "*en todos los casos el partido, en realidad, está por encima del estado*. El partido ha conquistado el estado, es

el amo del estado y señala al estado en qué dirección marchar, y ejerce estas funciones disponiendo de todos los puestos de mando del estado".[154] De todas formas, en el caso del fascismo Manoilesco, no lograba superar la incertidumbre para situar el PNF en su esquema teórico, que sin embargo se basaba, como ya se dijo, en gran medida sobre la experiencia italiana, no poco idealizada. La situación del PNF le resultaba "un poco llamativa, porque si, según las leyes fundamentales, el partido es mero organismo del estado, en realidad el manejo del estado es asumido por el Duce y sus colaboradores, los cuales son la más alta expresión del partido".[155] No obstante ello, esa situación parecía aun más complicada por la posición del partido respecto del jefe del estado, dado el rol fundamental de la monarquía que seguía siendo el límite más gravoso para el monopolio político del fascismo. Manoilesco intentó librarse de esa maraña invocando la vitalidad del principio monárquico, capaz de adaptarse al nuevo régimen, y empleó una fórmula sofisticada para salvar el modelo teórico: "Puede decirse que *el estado mayor del partido comanda el estado; luego, que está por encima de este, y que la masa del partido está a las órdenes del estado; luego, por debajo de aquel*".

Pese a lo anterior, más allá de la intrincada situación institucional del PNF, su función resultaba inequívoca a partir del modo en que se desenvolvía concretamente en las actividades cotidianas, mediante una acción "pedagógica" que, para Manoilesco, era otro elemento importante de la tipología del partido único, el elemento que mejor definía su carácter como institución fundamental del estado "portador de un ideal".[156] El partido era omnipresente y cumplía una permanente función de control, para modelar el sentimiento popular según los ideales del régimen. En sentido estricto, los regímenes de partido único eran "regímenes de opinión pública" y tenían una actitud *activa* para con la política de masas, una actitud que los autores hasta ahora mencionados consideraban uno de los rasgos distintivos de mayor originalidad en el régimen de partido único.[157] A criterio de Manoilesco, el vínculo permanente con las masas era la razón de ser del partido totalitario: de no realizar constante-

mente su obra pedagógica, tendiente a conseguir la unificación política y moral de las masas, para conquistar su consenso, el partido único habría perdido su legitimidad histórica, volviéndose únicamente *"un instrumento de dominio brutal"*,[158] "una violencia disfrazada de hipocresía".[159]

El ensayo de Manoilesco documenta la euforia ideológica de los observadores que quedaron fascinados por la "nueva cultura política". No nos parece necesario insistir sobre los límites de un análisis efectuado más por aserciones perentorias, dictadas por una suerte de *Einfühlung*, de "intuición participante" con el objeto estudiado, que por intermedio de argumentaciones sistemáticas, recabadas del conocimiento de la realidad de los regímenes totalitarios. De todos modos, debe recordarse, tal como recientemente hizo Juan Linz, que los temas señalados por Manoilesco son aún los problemas teóricos fundamentales para el estudio del partido único.[160] Las respuestas dadas por Manoilesco son interesantes por las observaciones acerca de los lazos, conectivos y no extrínsecos, entre los distintos elementos del régimen totalitario, nexos que el historiador debería examinar y reconstruir en su dinámica interrelación. Desde esta perspectiva, la tipología de Manoilesco acaso haya influido sobre el análisis del partido único totalitario realizado por Sigmund Neumann en su ensayo *Permanent Revolution: Totalitarianism in the Age of International Civil War*, publicado en 1942.[161] El ensayo da una buena demostración de la eficacia del abordaje metodológico sugerido por el estudio de Manoilesco, para reconstruir el entramado de las interrelaciones que entablaron partido único y sociedad de masas. Como Manoilesco, pero con muy distinta capacidad de análisis y con mayor percepción histórica, Neumann basó su teoría sobre la experiencia del fascismo, del nazismo y del comunismo ruso, intentando reunir en un planteo orgánico los temas que, de modo disperso y fragmentario, habían surgido de las observaciones acerca del fenómeno de los partidos únicos o –como él los denominó– de los "partidos dictatoriales".[162]

Neumann dio esa denominación a los partidos que surgen en un sistema democrático multipartidario con la finalidad de

subvertirlo. Los partidos dictatoriales, tal como los partidos democráticos, son hijos de la democratización de la sociedad, pertenecen a la época de las masas y cumplen funciones análogas a las de los partidos democráticos: organizar la voluntad pública caótica, integrar al individuo al grupo, representar el instrumento de enlace entre gobierno y opinión pública, seleccionar a los dirigentes. Sin embargo, el partido dictatorial cumple esas funciones según una perspectiva tendiente a la adquisición y a la conservación irreversible del monopolio del poder político y del control sobre la sociedad, para instaurar un "nuevo orden político": desde sus orígenes, el partido dictatorial se presenta como la vanguardia de un estado futuro; y ya su presencia es, de por sí, un síntoma grave de la crisis de una democracia de partidos. Con todo, determinar ese objetivo no implica una coherencia de comportamientos para obtenerlo: refiriéndose sobre todo al caso del PNF, Neumann recordaba que el partido dictatorial nace originariamente como movimiento y antipartido, y puede conciliar su tendencia totalitaria con la participación en la política parlamentaria, como precisamente demostraba el caso italiano, en el cual el PNF utilizó cuatro años, después de la conquista del poder, para afianzarse como partido único. Pero la referencia a esa ambigüedad no invalida, según Neumann, la presencia de elementos originariamente totalitarios. Incluso para la detección de esos elementos el modelo teórico de Neumann se atiene mucho más al ejemplo de la experiencia fascista que a la comunista: la principal novedad del partido dictatorial totalitario, según Neumann, era su organización militar, el ordenamiento jerárquico, rígidamente configurado desde lo alto, con una red de estructuras que tendían al control capilar de la sociedad, y su carácter de "orden religiosa" y de "milicia civil".[163] Esos elementos eran esenciales para la definición del Partido Fascista, creador del "estado-cuartel".

En la evolución del partido había, para Neumann, una sustancial unidad de actitudes y orientaciones, desde el período de los orígenes hasta el despliegue de las ambiciones totalitarias, aunque en la persecución de su objetivo totalitario el PNF fue

menos sistemático y coherente que el Partido Nazi y el Partido Bolchevique. Ello no obstó para que Neumann considerase que el PNF tenía un papel de escasa importancia en el régimen fascista: en primer lugar, él observó que pese a la subordinación formal al estado el PNF permanecía frente a aquel en una situación de "precario dualismo", porque bajo ningún concepto había abandonado su pretensión de identificarse con el estado e incluso con la nación; por lo demás, no debían descuidarse las condiciones de conflicto entre la burocracia tradicional del estado y la nueva burocracia, en constante expansión, del partido fascista y de las organizaciones dependientes de él. Esa nueva burocracia se había aproximado a la burocracia tradicional y seguía erosionando su poder.[164]

En cuanto a las relaciones entre el PNF y el Duce, Neumann notaba la centralidad de la figura del líder en los partidos totalitarios; pero él colocó en primer plano también a las figuras de los *subleaders*, llamando la atención sobre la importancia que estos "hombres de segundo rango" del régimen, "los hombres olvidados en la mayor parte de las discusiones acerca del estado totalitario", tenían en la vida de los partidos y de los regímenes totalitarios: su presencia constituía "un aspecto esencial que diferencia la versión moderna del dominio dictatorial de su prototipo clásico". De hecho, a esos hombres se confiaba la administración del sistema totalitario en sus relaciones con la sociedad, y de ellos dependía la posibilidad de supervivencia del régimen después de la desaparición del líder fundador: "Ellos son la fuerza motriz de la forma moderna del dominio demagógico, la espina dorsal de sus instituciones".[165] En las experiencias concretas de los regímenes totalitarios, para Neumann resultaba evidente que el líder impedía de cualquier modo que una figura de jerarca menor se volviera poderosa y prestigiosa en medida tal que amenazara o siquiera opacara su poder supremo; sin embargo, a la vez, el líder estaba atado por un lazo simbiótico con sus *subleaders*, no podía renunciar a su colaboración y no podía privarse del apoyo del partido, indispensable para la gestión de una dictadura totalitaria. La oligarquía del partido era, en suma, complementaria del

Duce, estaba ligada a él por relaciones casi feudales, porque cada jerarca recibía personalmente la investidura a partir de la confianza del Duce; pero a su vez la oligarquía era el sustento del poder y de la autoridad del Duce, la cabecera de puente más vigorosa para la vida futura del régimen.[166]

Neumann aportaba, con una generalización por cierto discutible, un esquema conceptual que a nuestro criterio encuadra correctamente el problema de la relación entre el Duce, los jerarcas y el partido, y planteaba en términos bastante realistas la hipótesis de la sucesión, en una modalidad que se condecía con la lógica y la dinámica del régimen totalitario italiano. Según Neumann, la perspectiva de la sucesión habría dado impulso para reforzar el partido, pues únicamente eso habría podido hacer frente al intento de las instituciones y de las fuerzas tradicionales, una vez desaparecido el Duce, por recuperar completo el poder perdido o cedido. El posible sucesor del Duce habría sido entonces uno de los "Number Two Men" que formaban los cuadros jerárquicos del partido, alguien por quien no se daría dos cobres *(un "dark horse")* como lo define Neumann, esto es, una figura no tan prominente como para desencadenar una lucha de facciones y de rivalidades entre los mayores jerarcas, pero capaz de mantenerlos unidos sin lesionar sus feudos personales. Neumann pensaba que ese sucesor sería, sin embargo, completamente distinto del fundador del régimen, y daría a este último otro aspecto.[167]

Por intermedio de esos primeros estudios comparativos acerca de los regímenes totalitarios, directa o indirectamente condicionados por el ejemplo todavía vigente del Partido Fascista, iba emergiendo un conjunto de hipótesis y de observaciones que nos parecen especialmente significativas para definir mejor la perspectiva en que desarrollar nuevas investigaciones respecto de la historia del PNF. La sugerencia más importante es, como ya hemos notado, la observación de los nexos de interrelación con que se enlazan las distintas componentes de la realidad histórica del PNF: el Duce, la organización, los jerarcas, así como la ideología, la mentalidad, el mito, que forman y expresan la cultura política del partido y, por tanto, son parte esencial de su historia.

2. Después de 1945: memorialística y primeros intentos de análisis histórico

Tras la caída del fascismo, y durante un período más bien prolongado, los historiadores soslayaron abordar la historia del PNF. La mayor parte de las obras que en ese entonces examinaron el tema del fascismo era producida por fascistas, tanto que en 1952 la revista *Il Ponte* incluso pudo afirmar que después de la caída del régimen la historia del fascismo había sido escrita casi exclusivamente por los fascistas.[168] La afirmación era paradójica: en verdad, la mayor parte de la producción de los fascistas consistía en obras de memorialística, escritas por ex jerarcas y personalidades eminentes del fascismo, generalmente con intenciones apologéticas, para justificar su proceder, reivindicar la buena de fe sus propósitos y acciones, revelar a posteriori su íntima aversión por el totalitarismo durante los años de la dictadura, y mostrar sus presagios, cual Casandra ante Tebas, al advertir prematuramente el desastre al que el fascismo precipitaba el país. Para el historiador del PNF, esas memorias tienen valor exclusivamente documental, por los datos que pueden obtenerse de ellas y por los tipos de mentalidad, estados de ánimo, experiencias formales que ofrecen al análisis historiográfico. No obstante ello, merecen por lo menos una alusión en esta reseña, ya que a menudo dedicaron especial atención al problema del PNF, contribuyeron a formar una imagen de esa organización que no resultó desprovista de influencia sobre las primeras tentativas de reconstrucción histórica de la trayectoria del Partido Fascista.[169]

La memorialística fascista

Entre los autores de la memorialística fascista, tras la caída del régimen, prevaleció la convicción de que el partido había sido una de las causas principales de la crisis y del derrumbe del fascismo; según manifestaban, el PNF no había sido capaz de cumplir la función de formar una clase dirigente mejor que la que le precedía, mientras que había contribuido de manera decisiva a la degeneración del fascismo en dirección al totalitarismo y a la esclerosis de la dictadura personal del "mussolinismo". En ese sentido, era típico el parecer de Giuseppe Bottai.[170] Aunque consideraba que el partido único era una institución necesaria en la evolución de la sociedad de masas, él atribuyó al PNF la tendencia "a reducir la vida de la nación, el estado después de la conquista del poder, y del régimen, al partido, en el seno del partido, y al desarrollo autónomo de su aparato", expandiéndose como "hiperpartido" hasta llegar a la pretensión de "abarcar a la totalidad de los ciudadanos".[171] Desplazándose en esa dirección, el partido terminó por "perder todo talante dialéctico en el totalitarismo, que al llevar la exigencia de unidad a sus límites extremos, y a menudo ir más allá de ellos, centraliza y concentra facultades, funciones, tareas en los organismos de administración y de mando, en graduales empobrecimiento y aniquilación de iniciativas provenientes de los sectores inferiores".[172] El partido, según Bottai, tomó una posición central y dominante en el "régimen"; pero su accionar causó daños irreversibles ya que, por "su pretendida ubicuidad", el PNF transmitió a todos los organismos del estado y a los nuevos institutos creados por el fascismo, como las Corporaciones, "los efectos paralizantes o mortales de su carencia de vigor crítico y de su inacción política".[173] Para Bottai, fue responsabilidad principal del partido haber sofocado, en su elefantiásica burocracia, el espíritu innovador del fascismo, mientras facilitaba que el régimen se transformase en dictadura personal del Duce, y el fascismo en *mussolinismo*.[174]

En una línea similar de observaciones negativas acerca del papel del fascismo se movía la mayor parte de los autores de la

memorialística fascista; igualmente acorde era el juicio que situaba el comienzo de la degeneración del partido a principio de los años treinta, y atribuía la responsabilidad máxima de ello a Achille Starace, si bien para algunos autores, la carga de responsabilidades debía recaer también sobre el Duce, quien había querido que estuviera al mando del PNF durante casi una década. También en este aspecto resulta emblemático el parecer de Bottai, que puede citarse ahora:

> ... después de los secretariados de tres hombres de temperamento divergente en grado sumo, Farinacci, Turati y Giuriati quienes sucesivamente –cada cual en modo acorde al planteo de ese problema, que fue cambiando con el paso del tiempo– intentaban atribuir al partido una *función crítica* autónoma, tuvimos los dos lustros de Starace [y en ese período] el partido perdió su ductilidad de intérprete de los estados de ánimo de las masas [...] Dejó de ser partido, para volverse una administración ya no abierta y sensible a los mínimos cambios de registro [...] En definitiva, con Starace el partido comienza y lleva hasta las últimas consecuencias su propio retiro de la política.[175]

El partido staraciano se volvió una institución munida de un aparato poderoso, pero incapaz de insuflar fe en sus militantes y de custodiar la vitalidad del fascismo, al menos del fascismo tal como aparecía en las ensoñaciones retrospectivas por obra de Bottai y por otros fascistas que con ellas robustecían y daban coherencia a actitudes acaso sinceramente sentidas, pero que durante los años del régimen nunca se volvieron una alternativa explícita y real al curso efectivamente seguido por el Partido Fascista: al respecto, bastará con recordar que justamente la revista de Bottai hizo el elogio más comprensivo y caluroso de la política de Starace cuando este último fue cesado en su cargo por el Duce. En esa ocasión, afirmó que la obra de Starace había sido "necesaria" e "inevitable".[176]

Es fácil percibir en la memorialística fascista el eco de riva-

lidades pasadas y notar en ella el uso ponderado de la "sensatez ex postfacto" que al personalizar la trayectoria del PNF descarga sobre uno o pocos individuos responsabilidades colectivas de una organización, de un régimen y de una clase política, en el intento de acreditar disociaciones póstumas como revelaciones de un fascismo "diferente", que el fascismo "real" –representado emblemáticamente por el partido de Starace y por el *mussolinismo*– habría desviado, manchado y llevado a formas perversas de dictadura destinada al desastre.[177] Con esa observación no se pretende negar la existencia de concepciones dispares acerca del papel desempeñado por el partido o excluir la hipótesis de que bajo otro mando el PNF habría podido llevar a cabo una acción menos formalista y ritual. Sin embargo, debe rechazarse un tipo de interpretación, como la propuesta por la memorialística fascista, que elude preguntas comprometedoras acerca de la índole del partido, acerca de la continuidad y coherencia de su evolución, acerca del aporte y las responsabilidades de diferentes secretarios, de jerarcas y personalidades prominentes del régimen en la formación del PNF tal como este fue realmente. Resulta difícil imaginar un Partido Fascista distinto del que existió en los años treinta, sin tener que imaginar también un rumbo completamente distinto para las cuestiones históricas del PNF. Sin embargo, la interpretación de la memorialística fascista influenció los primeros intentos de reconstrucción histórica, de sesgo fascista, que propusieron dos juicios fundamentalmente errados, pero en todo momento extendidos en lo específicamente ligado a la evolución histórica del PNF: que no hubo una continuidad lógica en el desarrollo del Partido Fascista desde los orígenes hasta el período tardío del régimen, y que el "staracismo" fue una etapa de degeneración en la historia del partido, no un estadio –por así decir– ontogénico de su desarrollo, que tenía sus premisas en la tradición del PNF y en la obra de los predecesores de Starace. Sin deseos de menguar la importante gravitación de la impronta personal dejada por Starace, es imposible hallar en el PNF de la década de 1930 un cambio radical, en la orientación y en la praxis, con respec-

to al rumbo seguido por el partido desde el momento de su instalación en el poder como partido único. Atribuir a Starace la responsabilidad de un viraje "degenerativo" del partido permitía en realidad distinguir (para legitimar su validez y rehabilitación) un "fascismo con buenas intenciones", el cual habría sido violentado y ahogado entre las garras del "staracismo" por un "fascismo con malas intenciones" que, según el caso, se identificaba con la política de Farinacci, de Starace o del propio Mussolini.

Una interpretación análoga proponían, por ejemplo, Attilio Tamaro en *Venti anni di storia*[178] y la biografía *Mussolini. L'uomo e l'opera*, de Giorgio Pini y Duilio Susmel.[179] En esa biografía, reconstruida con criterios meramente cronológicos y con intenciones apologéticas, es significativo, entre otros, el juicio acerca de la política de Starace, a la que ambos autores hacían remontar "el ocaso de toda iniciativa y vitalidad sustancial del partido fascista, completamente suplantado por el gobierno", porque con Starace llegaron a ser "cada vez más escasas y carentes de debates las asambleas; todos los jerarcas, incluso los menores, elegidos desde lo alto; muchas las ceremonias y los desfiles",[180] mientras se soslayaba la advertencia al lector acerca de la codificación por parte de Turati, en 1926, del final de la democracia interna en el seno del PNF. También Tamaro, en una obra que habría querido ser una reconstrucción historiográfica del "ventenio" y que, para lo tocante a la trayectoria del partido, pudo valerse de las memorias aún inéditas de Turati y Giuriati, expresó una opinión análoga a la de Pini y Susmel, afirmando que la fecha del nombramiento de Starace "debe considerarse funesta para el partido fascista, pues ese día comenzó la actividad del hombre que, con sus grandes errores, se contó entre los elementos que más contribuyeron a disolver el poderío del régimen".[181] En la obra de Tamaro, donde no faltan algunas anotaciones descriptivas interesantes respecto de la vida interna provincial del PNF, respecto de las relaciones entre los jerarcas, o del carácter de la clase dirigente del partido en la periferia, prevaleció el propó-

sito de dar énfasis sobre todo a la antítesis entre Mussolini y el partido y, dentro de este, entre los moderados y los extremistas, estableciendo nexos meramente extrínsecos y empíricos entre las distintas componentes del fascismo. Se insistía, por ejemplo, en la que se aseveraba como contraposición entre la dirigencia central del PNF –esto es, el Duce y los secretarios Turati y Giuriati– y las jerarquías provinciales: se valorizaba positivamente la primera, mientras que se describían las últimas en términos muy negativos, sin que siquiera se suscitara el interrogante de cuáles eran los vínculos entre dirigentes centrales y jerarcas provinciales en una organización rígidamente controlada desde lo alto y con un sistema de reclutamiento cerrado, mediante cooptación interna. Así, se halla además en este tipo de interpretación una evidente incongruencia entre la valoración fuertemente crítica de la política de Farinacci, que había intentado asignar al partido una función revolucionaria y activa, y la tesis de que la principal causa del "staracismo" y de la decadencia del partido fue la falta de iniciativa revolucionaria.

Podrían citarse otros ejemplos para patentizar una interpretación, oscilante entre memorialística e historiografía, en que evidentemente traslucen los motivos apologéticos que inspiran el criterio de distinción entre "fascismo con buenas intenciones" y "fascismo con malas intenciones", diferenciación inaceptable en un abordaje historiográfico por los efectos que produce, al fragmentar la realidad histórica e introducir "disociaciones" que nunca adquirieron el aspecto de oposición explícita al rumbo que llevaban las cosas. Este tipo de interpretación da como resultado una imagen reversible del PNF que parece ora una "expresión institucional" desdeñable, apéndice de la dictadura mussoliniana, ora una maquinaria inmensa e invasiva, capaz de impedir que la política del Duce y de los "fascistas con buenas intenciones" pudiera aportar eficazmente sus consecuencias positivas.

De la propaganda y la prensa escrita a la historiografía

En contraste con esa interpretación se planteó el ensayo de Antonio Gambino, *Storia del PNF*.[182] Consiste en "un rápido y esquemático perfil" de las peripecias del PNF, con finalidades de divulgación, sin indicación de las fuentes utilizadas y, si se lo compara con lo ya sabido gracias a las historias generales del fascismo existentes en ese momento, portador de pocas noticias nuevas en la reconstrucción de los hechos: sobre todo, falta un examen más profundo de la formación y la evolución de la estructura organizativa del PNF, de su vida interna, de su posición en el régimen y frente al estado, de su concreta actividad social y sus aparatos: temas que deberían ser centrales en una historia del PNF. La escasa atención prestada a esos temas acaso se debiera a que Gambino atribuía poca importancia al PNF en cuanto partido que, en su opinión, había surgido "casi por azar", había desempeñado "un papel subsidiario en el momento de la conquista del poder" y después de entonces nunca había vivido una vida propia, volviéndose cada vez más "una organización inútil y parasitaria".[183]

Desde sus orígenes, el PNF fue una "superestructura", construcción artificiosa, destinada a desvanecerse: sin la entrada en la guerra de 1940, "aquella enorme estructura necesariamente se habría desplomado". ¿Qué había vuelto insoslayable, entonces, constituir y preservar durante veinte años ese partido? Según Gambino, la constitución del PNF había sido impuesta por una necesidad de los tiempos, que reclamaban una organización de masas para experimentos bonapartistas;[184] después de la marcha sobre Roma mantener el partido de masas servía para dar una apariencia de legitimación popular a la dictadura de Mussolini.[185] Pero tras la conquista del poder sobre las opciones de Mussolini en pro de la existencia y la conservación del partido obró también la presión del escuadrismo, el cual tuvo una incidencia decisiva para superar la crisis Matteotti y para que subsistiera el poder fascista, merced al replanteo del

PNF con Farinacci, quien logró "varias veces obligar a Mussolini a seguir su esquema".[186] Sin embargo, la política de Farinacci contrastaba con la estrategia del Duce, bajo ninguna circunstancia dispuesto a tolerar una dictadura de partido de tendencia rebelde, caótico e indisciplinado. Una vez liquidado el escuadrismo, fue mérito de Turati dar al PNF una disciplina, una doctrina y una función, como educador de la nueva clase dirigente, y con ello lograr ampliar las bases sociales del partido con una suerte de acuerdo con la alta burguesía.[187] De todas formas, justamente en ese período, el partido empezó a adoptar los rasgos definitivos de "organización pletórica e inconducente", donde arreciaban arribismo y corrupción en ámbitos jerárquicos y subordinados a los que se aseguraba una posición efectiva y formal de privilegio.[188] Giuriati intentó moralizar el partido, pero manejó su obra con tan insospechada intransigencia que indujo a Mussolini a retirarlo de su cargo después de apenas un año de secretariado.[189] La víspera del *decennale*, que marcó "el período más feliz" del régimen fascista, Mussolini encontró finalmente en Starace al hombre adecuado para el partido. Según Gambino, es una leyenda atribuir a Starace la responsabilidad de la política del partido, porque esa política fue ideada y sostenida por el propio Mussolini, "feliz de haber puesto, a la cabeza de un partido que (con la reapertura de la inscripción a comienzos de 1932) contaba por millones sus afiliados, a un hombre preocupado por mantener la disciplina".[190] A no ser por algunos grupos de jóvenes que confusamente acariciaban la idea de un fascismo heterodoxo y de tendencia izquierdista, nadie se opuso concretamente al sesgo burocrático y formalizador de Starace.[191] Poco antes del inicio de la guerra, el PNF se presentaba como una organización enorme, provista de notables recursos financieros, pero relegada a la práctica de actividades lúdicas y asistenciales, dando de sí, como partido político, un espectáculo de "completo patetismo".[192] El sentido de inutilidad del PNF, como por lo demás la confirmación de su esclerótica ineficiencia, fue puesto en evidencia por la guerra, durante la precipitada y vana sucesión de cuatro se-

cretarios. El último, Carlo Scorza, exponente del viejo escuadrismo, dio señales de devolver el PNF al espíritu belicoso de sus orígenes, pero él mismo –en palabras de Gambino– no creía realmente en la posibilidad de devolver al partido una función vital ante la inminencia del desastre absoluto. El 25 de julio el PNF se disolvió sin dar batalla. Gambino constataba, como conclusión de su volumen, un resultado que, a lo largo de su narración, se daba ineluctablemente por descontado, por cuanto, ya en sus orígenes, se había presentado al PNF como una organización carente de consistencia real.[193]

Es llamativo que en ese escrito de Gambino no se encuentre rastro alguno de los problemas que la trayectoria histórica del PNF, como experiencia de partido único, había suscitado durante la década del 30, y que volvieron a discutirse precisamente en la del 50, dentro del debate acerca de la problemática del totalitarismo. Acaso esa falta dependiera de que para Gambino las alternativas del PNF eran "una historia italiana", únicamente interesante por presentar, "en un momento y una expresión peculiares, aspectos y tendencias recurrentes en la vida de nuestro país".[194] Esa ausencia se muestra, con todo, como singular si se toma en consideración que los problemas del totalitarismo ya habían sido tema principal del ensayo acerca del PNF de Dante L. Germino, *The Italian Fascist Party in Power. A Study in Totalitarian Rule.*[195] Ese ensayo merece la atención del historiador del PNF, aunque más no fuera por haber representado durante muchos años el único estudio específico que intentaba analizar científicamente la índole del PNF por medio del análisis de su estructura, de la ideología, de las funciones y de las relaciones con las demás componentes del estado y del régimen fascista.

El libro de Germino maduró en el seno del debate acerca del totalitarismo, lanzado durante la década de 1950 por Maurice Duverger, Hannah Arendt, Carl J. Friederich y Raymond Aron. Por obra de sus estudios, los problemas surgidos en los años treinta en lo referente al fenómeno de los regímenes de partido único se replantearon con análisis sistemáticos respecto

del origen y el carácter del totalitarismo, con un esfuerzo considerable –aún vigente– por llegar a su conceptualización. Sin duda, ese esfuerzo también es importante para la investigación historiográfica: a lo largo de la reflexión acerca del totalitarismo, puede hacerse ingresar la historia del PNF en una perspectiva menos estrecha que la historia "aldeana", acometida con criterios más conscientes de la índole del autoritarismo en la sociedad de masas moderna. No es esta ocasión para entrar en el campo de la copiosísima literatura acerca del totalitarismo, que en esta reseña sólo tiene interés para las observaciones directamente referidas al problema histórico del PNF. Directa o indirectamente, ese problema fue encarado por los estudiosos del totalitarismo y del partido único; y sus opiniones al respecto influyeron sobre la orientación de los historiadores, especialmente en lo que respecta a la posición ocupada por el PNF en el estado, posición que según algunos estudiosos condiciona la definición del carácter "totalitario" (o casi) del sistema político fascista. A propósito de ello, las opiniones de los estudiosos que hemos mencionado no eran coincidentes, mientras que coincidían sustancialmente en reconocer la índole totalitaria del régimen fascista, sobre la base de lo que consideraban elementos constitutivos del "síndrome totalitario" (partido único, ideología totalizadora, figura del "jefe", primado de la política por sobre la economía, invasión del partido en la esfera privada, control terrorista, monopolio de los medios de comunicación y educativos, aparato estatal de propaganda, organización y movilización de las masas, sistema concentrador), aunque los estudiosos del totalitarismo no eran, y bajo ningún aspecto son, unánimes al definir la esencia "ideal típica" del totalitarismo y al medir la incidencia de todos y cada uno de los elementos, en relación con los demás, para caracterizar ese fenómeno.[196] Duverger, por ejemplo, consideraba que el Partido Fascista era taxativamente totalitario por su origen, su estructura, su ideología y su función.[197] Según Aron, el partido impuso el monopolio del poder político, no tuvo una ideología total y preservó algunas instituciones tradicionales, con lo cual obtuvo un grado me-

nor de totalitarismo en relación con el del nazismo.[198] En cambio, Hannah Arendt consideraba que el Partido Fascista era sólo aparentemente un "movimiento" totalitario, en el sentido dado por ella a ese término, y que al menos hasta 1938 no fue totalitario bajo concepto alguno, sino que fue una corriente pro dictadura nacionalista producida por la crisis de una democracia de partidos.[199] En pugna contra este último parecer, Germino afirmó la tesis del carácter totalitario del partido y del régimen fascistas, considerando que hallaba en el fascismo los elementos constitutivos que Carl Friederich había señalado como propios del totalitarismo: una ideología oficial de tipo milenarista; un partido único comandado por un "jefe", organizado jerárquica y oligárquicamente, superpuesto al estado o entrelazado con aquel; un sistema de control policial contra los enemigos del régimen y contra categorías de la población elegidas arbitrariamente; monopolio casi completo, condicionado tecnológicamente, de todos los medios existentes de comunicación de masas.[200]

En polémica con una imagen caricaturescamente benévola del autoritarismo fascista, considerado exento de los aspectos de perversión y de trágica seriedad del nazismo y del estalinismo, Germino afirmaba decididamente su tesis:

> ... el fascismo italiano no fue una ópera bufa ni una revolución de palacio de tipo sudamericano. El fascismo fue una religión política, munida de la dotación necesaria para hacer realidad su programa. Durante sus veinte años de existencia, la dictadura fascista se desarrolló constantemente hacia el totalitarismo. Las sombras crepusculares del fascismo tardío iban desplomándose inexorablemente en la noche totalitaria.[201]

Respecto del nazismo y del estalinismo, el totalitarismo fascista difería en intensidad, no en complejidad de sustancia:

> La Italia fascista no estuvo tan cerca de alcanzar su *télos* totalitario como la Alemania nazi y la Unión Soviética. Sin embargo, esos hombres singulares que gobernaban Italia nunca

apartaron la mirada de su objetivo totalitario. Sólo el paso del tiempo impidió la maduración de proyectos inclusive más monstruosos, ya concebidos en las mentes fértiles de los jefes fascistas.

Germino consideraba, acertadamente, el estado fascista no como un estado consumado sino como un proceso en devenir, bajo ningún aspecto uniforme, asediado en su interior por conflictos de facciones, por purgas periódicas, por rivalidades entre jerarquías e instituciones, entre los aparatos tradicionales del gobierno central y la nueva burocracia del partido único. El PNF encontró en la monarquía, en el ejército, en la iglesia, en la burocracia tradicional, límites consistentes para su ambición totalitaria. Germino hacía patente, gracias a gran cantidad de ejemplos, la situación de combate, franco o abierto, entre el partido y esas instituciones, al igual que no descuidaba señalar los límites de los triunfos obtenidos por aquel en la obra de fascistización totalitaria de la población, en especial de las generaciones jóvenes. Pero él insistía, refrendándola con gran cantidad de ejemplos tomados de las peripecias del partido después de 1925, la tesis de que el régimen fascista era mucho más similar al nazi y al comunista ruso que a las dictaduras no totalitarias tradicionales.[202]

De hecho, más que una *reconstrucción histórica* de las alternativas del PNF, el ensayo de Germino es la demostración descriptiva de su tesis, con cierta tendencia a rastrear una organicidad de actitudes y orientaciones que por cierto no tuvo el totalitarismo fascista. Ello explica la elección de examinar el PNF en el período que va de 1925 a la guerra, y de descomponer el análisis en las partes consideradas más idóneas para demostrar el carácter totalitario del partido: la estructura flexible de la organización, adecuada precipitadamente a la gradual adquisición de poder; la preservación de la oligarquía de jerarcas mayores o, como la definía Germino, "the inner circle" de los primeros fascistas violentos y fanáticos, y la asignación de un papel privilegiado, legalmente reconocido, a los inscriptos del par-

tido; el control cada vez más extendido, material y espiritual, sobre las nuevas generaciones; la tendencia a extender los tentáculos del partido hacia las instituciones tradicionales –como policía y ejército– y al interior de ellas; el conflicto con la Iglesia por el monopolio de la educación.

Fungía de sustento ideológico para la praxis política del partido una ideología ecléctica pero cada vez más dominada por la concepción totalitaria del estado y por el mito de la romanidad imperial, que permeó la mentalidad, la indumentaria, la arquitectura y las ambiciones imperiales del fascismo, adquiriendo carácter quiliasta e imponiéndose en las conciencias y en las instituciones como una religión política.[203] La etapa extrema de la evolución hacia el totalitarismo se alcanzó en los años 1936-1940: sus manifestaciones fueron la "reforma de las costumbres", la utopía del "hombre nuevo", el antisemitismo y la política exterior belicosa y agresiva. En la política del partido se produjo una ampliación de su presencia en la sociedad y en las instituciones, bajo el mando de Starace, que –según Germino– dejó más que otros dirigentes su impronta en el partido:

> Bajo ese infatigable y eficiente custodio, el fascismo entró en su etapa más totalitaria. Los tentáculos del partido penetraron hasta el último rincón. Las organizaciones juveniles y las actividades de propaganda se intensificaron en gran medida. Fue el período de la reforma de las costumbres y de la campaña racial, tanto una como otra proyectos predilectos del secretario. Bajo su obstinada dirección, el partido se comprometió directamente en la más minuciosa reglamentación de los pensamientos y de los hábitos personales de los ciudadanos.

Hacia el final de los años treinta, el PNF se había vuelto "el auténtico núcleo íntimo de la dictadura. La constante expansión del partido y su desarrollo monolítico eran inevitables, dado el *animus* totalitario que había llegado a impregnar el régimen mussoliniano".[204] En cuanto a la injerencia de Mussolini, Germino consideraba que al menos durante los primeros años

de poder, el Duce no era propenso a tomar la senda del totalitarismo; "su temperamento eminentemente totalitario" se puso de manifiesto a fines de la década de 1920, cuando decidió asignar al PNF una posición central en el régimen fascista; según Germino, sin esa decisión de Mussolini el partido no habría podido por sí solo –*motu proprio*– llevar el país hacia el totalitarismo: aunque sin el partido Mussolini no habría podido echar a andar la totalitarización de la sociedad, como decidió hacer después de 1935. El partido era la herramienta indispensable para las ambiciones totalitarias del dictador.[205]

Germino se había valido de buena documentación para su estudio, utilizando en lo referente al plano nacional las actas oficiales del PNF, y a escala local, la prensa del partido; la memorialística, los testimonios personales de ex jerarcas y la asesoría de historiadores como Salvatorelli y Salvemini. Si se lo toma en relación con el estado de los estudios acerca del fascismo a comienzos de los años cincuenta, época en que se realizó la investigación, puede apreciarse mejor el aporte de ese ensayo a la historia del PNF, por más que hoy parezca insatisfactorio, tanto por los avances realizados en el conocimiento historiográfico del fascismo como por los múltiples problemas en discusión en nuestros días, y apenas aludidos en el ensayo de Germino; en especial, falta en dicho ensayo un análisis más atento de la política de cada uno de los secretarios, de sus relaciones con Mussolini, así como aparecen bastante mal enfocados los vínculos entre Mussolini y el partido, la posición del PNF en el estado, su rol y su actividad concreta en la vida cotidiana de los italianos.

El ensayo de Germino seguía siendo impreciso en la reconstrucción histórica, también como consecuencia de los criterios –más teóricos que historiográficos– con los que se efectuaba, y por la imposibilidad de utilizar documentación de archivo, no disponible para ese entonces. Pero no por ello deben menospreciarse los problemas encarados por Germino en procura de identificar la lógica totalitaria del fascismo, si bien condicionados por los patrones teóricos del momento; tampoco es soslayable el esfuerzo realizado, en años no propicios para el planteo

desprejuiciado acerca del fenómeno fascista, por superar la imagen de tipo folclórico, usual en esa época, de un Partido Fascista descompaginado y jaranero, arribista pero carente de poderío, que parecían corroborados por la memorialística fascista y el anecdotario de la época, y también se filtraron en los primeros intentos de reconstrucción historiográfica. Que la trayectoria del PNF, especialmente durante los años del régimen, solieran ir acompañadas por manifestaciones ridículas es una constatación irrefutable: Además, debe tenerse en cuenta la incoherencia de muchas iniciativas del partido, el procedimiento sinuoso, complicado, contradictorio de su accionar con una notable discrasia de finalidades y efectos. No obstante ello, aquel que de 1921 en adelante se había detenido a estudiar el PNF, por cierto sin ignorar esos aspectos, no había descuidado indagar, comprender la índole del PNF, la lógica de su trayectoria histórica, llegando inclusive, sin que sea fruto de la casualidad, como hemos señalado, a resultados interesantes para comprender el fenómeno del partido único totalitario. Por eso, pese a las carencias que ya hemos señalado, el estudio de Germino puede apreciarse como una reacción útil contra la tendencia preponderante en la época de su publicación, y no desaparecida siquiera hoy, a abordar el Partido Fascista principalmente en un aspecto grotesco, mientras se hace retroceder la conciencia histórica aun más allá de los resultados obtenidos por las interpretaciones de sus contemporáneos, para terminar, como era inevitable, por relegar largo tiempo el problema histórico de una organización que había condicionado la vida de millones de hombres y mujeres durante veinte años.

En la práctica, los observadores contemporáneos al PNF habían demostrado ser poseedores de una mayor conciencia en lo tocante a los aspectos peculiares de esa organización, como su índole marcadamente militar y el aspecto "seudorreligioso" que la caracterizaba; así, reconocían que incluso lo ridículo y lo grotesco cuando se tornan fenómeno que involucra a millones de personas dejando una impronta sobre sus existencias son problemas históricos merecedores de un tratamiento serio. Desde

una perspectiva de historia de la historiografía, en nuestros días resulta inequívoco que la situación de estasis en el examen de este problema, suscitada tras la caída del fascismo, no podía superarse con definiciones generalizadoras privadas del sustento de la reconstrucción histórica, que cristalizaban evaluaciones no corroboradas, sino con la investigación concreta, con una verificación lo más precisa posible de los hechos y, sobre todo, con una nueva actitud cultural para encarar el problema del fascismo: en suma, el cauce tomado por algunos historiadores en época reciente.

Un cambio significativo en la actitud de los estudiosos respecto del fascismo ya es evidente en el libro de Ernst Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche*, publicado en 1963.[206] Aunque sea en el ámbito de un tratamiento general acerca del fascismo y dentro de los límites de la documentación conocida, las reflexiones de Nolte acerca del PNF demostraban un tajante distanciamiento de la corriente predominante y señalaban, con firme intuición histórica, los lineamientos fundamentales de una visión distinta del problema del PNF en términos estrictamente historiográficos. Nolte enfatizó acertadamente la injerencia determinante y decisiva del escuadrismo, como organización armada pero también como *estilo de vida*, en la formación de la estructura del Partido Fascista, que desde sus comienzos estuvo "mucho más militarizado que el Partido Nacionalsocialista alemán", mientras que los factores democráticos del estatuto de 1921 sólo eran "supervivencias del desempeño caótico de los comienzos".[207] La impronta del escuadrismo influenció la evolución del PNF aun en los tortuosos cambios institucionales; el partido acentuó prontamente el aspecto centralizado y jerárquico, a partir de los nuevos encuadramientos de la organización armada emanados la víspera de la marcha sobre Roma, que fijaron de modo inconfundible la militarización del partido.[208] El escuadrismo representó la fuerza originaria del PNF, y dictó sus directivas hasta a Mussolini: "En el momento de ascenso al poder, podía, sin más, considerarse a Mussolini el jefe del partido;

pero [...]de todas formas este era más fuerte que él, pues en cuanto estructura contaba con un planteo unívoco y totalitario".[209] Durante los años que siguieron a la marcha sobre Roma el partido desarrolló, con una coherencia sustancial, su índole originaria, mediante un proceso de *autodelimitación* que, con todo, no entrañó una renuncia completa a su independencia ante las fuerzas que lo habían apoyado en su conquista del poder. Si bien el partido se tornó un "instrumento poderoso y carente de voluntad" en manos del Duce, conservó una incidencia fundamental en la transformación del estado, como constaba sin ambages en su voluntad de identificarse con la nación –en un grado tal que proscribió de la vida pública a los traidores al partido–, y en su constante refuerzo de la posición ocupada por el secretario general del PNF.[210] La importancia del partido fue observada por Nolte no tanto en la relación con el estado como en el sitial adquirido por su organización en la sociedad y en la vida de los italianos. Pese a todo, en lo que respecta al estado Nolte detectó muy bien el doble proceso de subordinación del partido al Duce y de "partidización" del estado, intuyendo la posibilidad de una más precisa valoración del vínculo partido-estado en comparación con la acreditada tesis de una liquidación del PNF en virtud del estatalismo expresado en la célebre fórmula de Mussolini: "Todo en el Estado, nada en contra del Estado". Según Nolte, esa fórmula

> ... no debe entenderse, con un sesgo estatalista, como una contraposición entre estado y una particularidad de tipo individual y colectivo. Ese estado se caracteriza antes bien por no poder ser separado del partido o contrapuesto a aquel: el aparato estatal y el partidario son herramientas de dominio en manos de Mussolini, e inclusive –gracias a su mayor modernidad o también por su dignidad ideológica– cada año que pasa el partido se vuelve más importante, mientras que simultáneamente se desarrolla la "mussolinización del estado".[211]

La evaluación de Nolte es una generalización que sin duda da pie a distintas objeciones y especificaciones en cuanto concierne al carácter, las etapas, la incidencia concreta de la "partidización del estado"; pero lo interesante es la importancia atribuida por él a la organización del PNF como "primer partido de masas organizado" que tiende a abarcar "a virtualmente toda la población".[212] Esa tendencia, para Nolte, fue una constante en las alternativas del fascismo, y se afirmó decididamente en el momento más alto de la parábola fascista, durante el secretariado de Starace. Este fue un secretario con menos personalidad que los anteriores y menor independencia respecto de Mussolini; pero su sumisión se vio compensada con la función efectiva de "amo absoluto del partido", el cual bajo su dirección alcanzó "la cima en su expansión e influencia" sobre la vida italiana, no solo en sentido cuantitativo, sino también en el de una intensificación mayor del compromiso requerido a los inscriptos, con lo que se afianzó la preeminencia del partido en la vida pública del estado. Según Nolte, la era Starace fue "el último período fundamentalmente determinado por el partido"; de todos modos, este no perdió su preeminencia siquiera durante los años de la guerra: con una masa imponente de inscriptos, que superaba los veinte millones, con el control capilar sobre la sociedad, con el deber de efectuar la movilización civil y salvaguardar el "frente interno", la presencia del PNF aún era, según Nolte, dominante en la vida pública y "no había ciudadano alguno que en la realidad cotidiana no se viera continuamente frente a los requisitos y a las directivas del partido".[213]

Nolte no examinó en concreto el peso efectivo de la presencia del PNF en la sociedad, si bien observó que la creciente expansión del partido causaba "el mismo efecto que el crecimiento absurdo y siniestro del cabello y las uñas en un cadáver".[214] Según Nolte, la decisión de enviar al frente, en 1941, a ministros y jerarcas –"una de las decisiones repentinas más fatales para el partido"– dio el tiro de gracia a la organización del partido. Habida cuenta la "estrecha unión existente entre estado y partido y vida popular", esa medida causó "una desorgani-

zación en gran forma" y un profundo malestar entre los jerarcas, que tuvo influencia sobre los acontecimientos del 25 de junio de 1943. Con el paso de los años, el ímpetu inicial del fascismo de combate y confusamente renovador se había "dispersado en un sistema refinado de camarillas, favoritismos y corrupción". Eso determinó que la disgregación fuera rápida; sin embargo, a partir de la crisis de la guerra resurgió el núcleo originario de revolucionarios y de ideólogos radicales, en contraposición con "la gran masa de esa milicia de ciudadanos que había solapado con discursos revolucionarios su voluntad de *no* salir de la escena política".[215] Sin embargo, el vínculo entre ambas componentes era esencial para la vida de la organización fascista; por ello, cuando dicho vínculo fue interrumpido por la guerra y "dejó a uno de los grupos en situación de poder amenazar seriamente los intereses del otro sacando provecho de una coyuntura que todos odiaban", inevitablemente debía desplomarse, entonces, el gigantesco edificio de la organización; así, devolvería vitalidad a las componentes originarias, radicales y fanáticas, del primer fascismo.

Realizadas dentro del marco de un examen general del problema del fascismo, las observaciones de Nolte acerca del PNF no cuentan con el respaldo de una reconstrucción analítica de su trayectoria. Pese a todo, su valor nos parece notable, sobre todo en lo concerniente al juicio respecto del vínculo entre el PNF y el estado en el régimen fascista, y respecto de la influencia del partido en la vida pública. Igualmente interesantes son las breves pero agudas anotaciones acerca de la lógica inherente a la organización fascista ya desde el período del escuadrismo; para la visión de Nolte –acertada, según nos parece–, su operatoria se extiende durante toda la experiencia fascista. Con el volumen de Nolte, el problema del PNF entraba en el ámbito de la historiografía propiamente dicha.

3. Las investigaciones y el debate en la historiografía de los últimos treinta años

Hasta la segunda mitad de la década de 1980 la literatura acerca del fascismo, que se ha ido configurando y engrosando sin pausa a partir de la mitad de la década del 60, no produjo ninguna investigación sistemática de conjunto acerca de la historia del PNF. Es superfluo decir que, al ampliar la gama de conocimientos acerca de aspectos específicos, todas las investigaciones acerca del fascismo también acarrean elementos nuevos para conocer el PNF.[216] Pensamos, por ejemplo, en la gran cantidad de estudios de historia local, que ahora permiten contar con una imagen más concreta y matizada de los múltiples "fascismos" y seguir más de cerca la formación embrionaria de los variados elementos que confluyeron en la heteróclita realidad del partido. Junto a esos estudios, realizaron un aporte importante estudiosos que realizaron investigaciones acerca de aspectos específicos de la organización fascista, como –por ejemplo– los sindicatos,[217] la milicia,[218] las organizaciones juveniles, femeninas y de colonos,[219] el *dopolavoro*;[220] acerca de las tendencias políticas y las corrientes ideológicas, acerca de la escuela y la organización de la propaganda.[221] Nuestra intención, en este capítulo, no es examinar todos esos aportes: nos limitaremos a concentrar nuestra atención en los estudios que encararon el problema del Partido Fascista de modo más directo y explícito, y reservaremos mayor espacio a las investigaciones que presentaron o suscitaron nuevas reflexiones acerca del carácter, la evolución y el rol del partido en el fascismo.

El partido entre mussolinismo y fascismo

La investigación de Alberto Aquarone respecto de la organización del estado totalitario fue uno de los primeros aportes de importancia que la nueva historiografía realizó al estudio del PNF.[222] Como es natural, sobre su indagación –concebida en el ámbito de una serie de estudios acerca del fascismo– repercuten los límites de un sondeo sectorial, atento a las realidades jurídica e institucional del régimen fascista, en el cual la porción asignada a los sucesos históricos del PNf es, desde luego, reducida. Aquarone reconstruyó, valiéndose de documentación inédita, las etapas legislativas de la construcción del régimen, investigando también la lógica política que acompañó la transformación del fascismo de partido a régimen. En nuestra opinión, Aquarone detecta dicha lógica en la constante voluntad de Mussolini de imponer su propia supremacía sobre el partido y de transformar el régimen en una monocracia personal. La ambición de poder de Mussolini inicialmente se hizo acorde con la vocación totalitaria del fascismo: la institución de la Milicia y la creación del Gran Consejo fueron los primeros actos en que se plasmó la voluntad del fascismo de consolidar su poder por fuera de las instituciones tradicionales:

> De por sí, en la lógica del fascismo, como movimiento que se proponía como finalidad el monopolio del poder sobre base autoritaria, la paulatina confusión de facultades entre gobierno y partido, con una feudalización cada vez más pronunciada de los organismos y de las funciones del primero ante los requisitos del segundo, únicamente podía avanzar a la par con una orientación cada vez más decidida de la lucha política en aras de desautorizar el sistema multipartidario y eliminar lenta pero inexorablemente –merced a recursos legislativos adecuados tanto como al mero recurso a la presión psicológica y a la violencia– las oposiciones por parte de la vida pública concreta del país.[223]

A fines de 1924, la voluntad del extremismo fascista, que expresaba de modo más ostensible la ambición totalitaria del PNF, se impuso al propio Mussolini, y dio vía libre a la "dictadura a cara descubierta".[224] A propósito de esa iniciativa del extremismo, y bajo presión de la política antiliberal del Partido Liberal, se insertó la voluntad de poder personal de Mussolini: según Aquarone, de hecho el 3 de enero representó no solo la instauración de la dictadura sobre el país sino también la afirmación de la "autoridad personal y absoluta del Duce sobre el partido", en modo tal que esa fecha marcó "que triunfaba no tanto el fascismo cuanto Mussolini, y Mussolini no tanto como jefe del partido cuanto como jefe de gobierno".[225] De allí en adelante, la suerte del PNF estaba echada: condenado a tornarse un organismo desprovisto de vitalidad y de autonomía, se vio reducido a mero instrumento de la dictadura personal de Mussolini. Este se valió de la corriente intransigente, liderada por Farinacci, para desbaratar las oposiciones; pero, una vez obtenido ese objetivo, el Duce rápidamente se ocupó de liquidar cualquier ambición de autonomía en el partido, encaminándolo a un proceso paulatino de despolitización, de burocratización y por ende, fundamentalmente, de degeneración continua, hasta llegar a la esterilidad completa como partido político. El PNF impuso una disciplina de masas, totalitaria solo en su frente exterior, pero no logró crear "verdaderos fascistas" y fracasó en uno de sus principales cometidos, esto es, crear una clase dirigente nueva.

Tal como consta en la reconstrucción realizada por Aquarone sobre la base de esa tesis de fondo, después de 1926, el partido siguió con vida y en crecimiento durante otros diecisiete años; pero la suya fue una existencia minada en su frente íntimo. El crecimiento era meramente exterior, como sucede con un cuerpo edematoso privado de funciones cerebrales activas. Llegada al ocaso –con Farinacci– la tentativa de instaurar la preeminencia del partido por sobre el gobierno central, entre 1926 y 1929 el PNF expandió, bajo la guía de Turati, "la esfera de sus iniciativas y atribuciones, en el área asistencial, deportivo, escolar, sindical"; pero esa expansión fue simultáneamente "causa y

efecto de esa constante apolitización y burocratización del partido que había comenzado, con impulso irreversible, en paralelo con la gradual transformación en sentido autoritario del estado".[226] El efímero afán de Giuriati, quien advirtió la "urgencia de encarar una obra de saneamiento moral y de revitalización política del PNF",[227] no bastó para detener ese proceso; finalmente, se llegó a un ineluctable "staracismo" que, para Aquarone, en coherencia con su tesis fundamental, no debe considerarse causa sino "expresión emblemática de ese proceso de despolitización, de reducción a una actuación eminentemente de comparsa para el partido".

En oposición al juicio predominante hasta ese entonces, Aquarone hacía retroceder el origen del "staracismo" a la fecha de inicio del "régimen", considerando acertadamente que el principio desvirtuador era "inherente al sistema *per se*" y que "ya se había puesto de manifiesto en todos sus factores esenciales durante el secretariado de Turati". Sin duda, con Starace el proceso de pérdida de vigor político del partido alcanzó su clímax; pero eso sucedió sobre todo por responsabilidad de Mussolini, "que con mayor o menor conciencia mostraba una creciente propensión a hacer del fascismo un régimen personal aun antes que de partido".[228] Con Starace, "sumo sacerdote del culto del Duce", el PNF se redujo a la función de oficiante litúrgico de los ritos del régimen en esas manifestaciones coreográficas, mientras la "vida interna [...] languidecía y se estancaba en la administración ordinaria"; "por tanto, en la práctica [la] dialéctica interna terminó por agotarse en las rencillas entre jerarcas" y, así, se fue difuminando cada vez más "la componente política de la actividad del partido, para ese entonces sofocada de modo definitivo por la rígida centralización, la ausencia absoluta de discusión, la concepción cada vez más rigurosamente burocrática de las funciones de sus distintos organismos".[229] Si crecía la carga de tareas y funciones para el PNF, que llevaban al máximo el impulso en pro de su presencia en la sociedad civil y del control ejercido sobre la vida pública y lograban la adquisición formal de una importancia en ininterrumpido aumento

dentro de las estructuras del régimen –por ejemplo, después de que se confiriera el rango de ministro de estado al secretario general del PNF, o a continuación de la entrada en funciones de la Cámara de los Fasci y de las Corporaciones–, se acentuaba en idéntica medida el proceso de apolitización y burocratización, pues "precisamente el poder y el influjo con que contaba el partido constituían un elemento de fuerte incidencia negativa".[230] En suma, Aquarone considera que, tal como se había ido formando y desenvolviendo concretamente, el régimen

> ... no era partido, pero por cierto tampoco era sólo estado; sin embargo, no dejaba de avanzar en camino a ser una monocracia personal [...] Para muchos fascistas ese era un epílogo muy desmoralizador para aquello que habían considerado una revolución con objetivos muy distintos, aunque más adelante resultaba difícil que el malestar contase con el modo de expresarse en forma articulada y precisamente nada estéril.[231]

En definitiva, el "mussolinismo" triunfó y se impuso definitivamente sobre el partido, privándolo de vitalidad. Desde 1926, Mussolini quitó al PNF la capacidad de volverse el órgano de formación y selección de una nueva clase dirigente, mejor que aquella removida previamente por el fascismo, una clase de "verdaderos fascistas" con la cual coordinar el futuro de la revolución y la perpetuación de ese mismo fascismo. La lógica del "mussolinismo" y la lógica del partido habrían de ser, en cierto sentido, incompatibles: una no podía consolidarse sin confrontar y someter a la otra.

Sin duda, el problema encarado por Aquarone es muy importante para el análisis de los vínculos entre el jefe y el partido en el régimen fascista. No obstante ello, en su libro no se ponen en evidencia los nexos históricos, ideológicos y estructurales, es decir, los inherentes al carácter y a la lógica de desarrollo de la organización fascista, de los vínculos entre el Duce y el partido. Con todo, el triunfo del *mussolinismo* sobre el PNF se presenta como resultado de un voluntarismo maquiavélico, como

producto de una acción de astucia y de fuerza que sojuzgó al Partido Fascista, volviéndolo una herramienta dócil en manos de Mussolini. Por consiguiente, después de 1926 la trayectoria del PNF se ve reducida a un apéndice de la política mussoliniana, dando la imagen de un partido uniforme y estático, pletórico de altercados y arribismos entre sus miembros, que sufre cambios exteriores, jurídicos e institucionales, por los cuales se incorpora y subordina al estado, mientras que en su realidad interna sufre una constante degradación, para volverse un partido único con veleidades totalitarias pero, de hecho, carente de poderío empírico en la política del régimen, y sin influencia determinante alguna, más allá de la ejercida mediante coerción, sobre la vida de millones de hombres y mujeres aunados en sus organizaciones. La degradación del partido era, para Aquarone, prueba y confirmación del fracaso del totalitarismo fascista en su pretensión de integrar sin rémoras la sociedad al estado.

Mussolini y el estado

La interpretación propuesta por Aquarone para los sucesos del PNF durante el régimen y sus relaciones con el estado concordaba con la evaluación que al respecto había dado concisamente Renzo De Felice en un ensayo de 1962,[232] donde sostenía la tesis de la liquidación del Partido Fascista después del secretariado de Farinacci. "En el lapso de un decenio, e incluso menos –escribía De Felice–, el partido dirigido por hombres cada vez más mediocres, carentes de prestigio y de iniciativa personal, para quienes todo era obra y responsabilidad del 'duce', perdió toda eficacia y toda capacidad política". Ese juicio incluía de forma embrionaria la visión del problema del partido en el seno del régimen fascista, que De Felice desarrolló con mayor amplitud en su biografía de Mussolini, enriqueciéndola y renovándola mediante un examen histórico más profundo, pero confirmando su validez en los lineamientos esenciales.

La relación entre Mussolini y el Partido Fascista es obviamente uno de los temas dominantes en la biografía de Mussolini, publicada por De Felice a partir de 1965. El origen de esa obra entrañaba una convicción fundamental, ya enunciada por su autor en la *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo* (1961): el fascismo fue un fenómeno unitario pero "extremadamente heterogéneo y complejo con especto a su realidad íntima y su dialéctica interna", por cuanto fue la resultante de distintos *fascismos*:

> ... la fuerza de esos fascismos, su dialéctica, siempre fue notabilísima [...] el propio Mussolini, sólo en apariencia "duce" indiscutido, debió ajustar cuentas constantemente con esas fuerzas y con su dialéctica [...] Inclusive puede decirse que ningún aspecto de la política y, en términos todavía más latos, de la realidad fascista quedó exento de la dialéctica de esas fuerzas.[233]

De esa convicción derivó lógicamente, como corolario, el criterio interpretativo expuesto en 1965 como apertura de la biografía de Mussolini:

> Del fascismo, Mussolini fue sin duda un factor importantísimo; sin embargo, agotar el fascismo en Mussolini sería absurdo, sería un esquematismo que falsearía todas las perspectivas, [porque el fascismo] fue mucho más que su "duce", quien inclusive muy a menudo fue determinado y obligado a posiciones que no habrían sido las suyas [...] el fascismo no fue "mussolinismo".[234]

Partiendo de esas premisas, De Felice reconstruyó el complejo entramado que imbricó la vida política de Mussolini con la historia del PNF y, sobre la base de una vasta documentación inédita y con una ponderada utilización de la literatura crítica acerca del fascismo, arribó a resultados originales, y de fundamental importancia para la historia del PNF, tanto por la compilación documentaria que significó como por las evalua-

ciones y los juicios vertidos. Al consistir en una biografía –si bien durante el transcurso del trabajo también se fue desarrollando, en amplias franjas, como historia del fascismo– es lógico que la escena esté dominada por Mussolini, y que los acontecimientos del PNF se examinen sobre todo en relación con la política mussoliniana. Preliminar a ese tipo de análisis es la evaluación de la actitud de Mussolini en cuanto a la realidad del partido político moderno y, por ende, respecto del Partido Fascista. Según De Felice, Mussolini tuvo una concepción del partido "incierta e indefinida" en que

> ... motivos de índole personalista y recelos psicológicos (acarreados por la "traición" socialista de 1914), sugestiones culturales de vieja data y felices intuiciones de las transformaciones con las cuales colisionarían los partidos de masas, tal como habían ido tomando cuerpo hasta entonces, se confundían con una tendencia típica suya a resolver todos los problemas políticos con su habilidad personal y su vínculo directo con las masas.[235]

Esa concepción no era "fruto de un real conocimiento del partido en sí, de sus humores, de sus exteriorizaciones concretas, de sus lazos y relaciones con las demás fuerzas" y, por consiguiente, llevó a que Mussolini menospreciara el grado de autonomía de los partidos revolucionarios y a actuar

> ... no como un líder de un partido de masas moderno –que siempre debe tomar el pulso a sus seguidores, cuidar su organización y, concretamente, preparar cualquier movida propia a través de las estructuras intermedias del partido– sino en cierto modo como el director de un diario, que habla a las masas pero no dialoga con ellas, y en cierto modo como un hombre político de tipo tradicional, que despliega su acción a escala parlamentaria y gubernamental sin preocuparse por su base, que es tal por propia y consciente elección o bien por motivos clientelistas.[236]

Una concepción de ese tipo era fácilmente proclive a chocar contra una organización que, como la fascista, antes de la marcha sobre Roma, y durante mucho tiempo, era algo completamente distinto de una estructura unitaria y, por ello, difícilmente controlable por una autoridad central y personal: el fascismo, antes y después de su transformación en partido, era una "unión de realidades locales minadas por sumamente intensas rivalidades latentes, ligadas a distintos hombres y situaciones locales"; su verdadera fuerza, la única estructura de que lograba disponer el fascismo, eran las *squadre*, mientras que la dirección central y el propio Mussolini tenían una autoridad débil sobre la periferia.[237] Que el fascismo se constituyera en partido fue sin duda una victoria de Mussolini; pero, como resulta evidente en la reconstrucción de las sucesivas etapas de su biografía política, esa transformación y esa victoria no resolvieron definitivamente el problema del vínculo entre el Duce y los jefes provinciales del escuadrismo: ellos estaban dispuestos a seguirlo pero no a dejarse guiar hacia su propia liquidación sin oponer una tenaz resistencia. Durante el período del secretariado Farinacci también lograron imponer su orientación intransigente y totalitaria a la política del gobierno.

De Felice considera, con razón, los años entre 1923 y 1929 el período crucial de la relación entre Mussolini y el PNF. El análisis de esa relación se efectúa sin prefigurar resultados dados por descontados: así, se logra representar de un modo vívido y dramático el conflicto de poderes y de orientaciones en el interior del fascismo, y se otorga la relevancia justa a las distintas alternativas posibles –si bien no todas realmente dotadas de autonomía– que fueron surgiendo después de la marcha sobre Roma y, especialmente, después del caso Matteotti. Indudablemente, en ese período se afirmó en Mussolini, para no modificarse ya, el sentimiento de aversión por su mismo partido, y se afianzó la determinación de privar al PNF de cualquier autonomía política: después de la marcha sobre Roma "el mayor impedimento en su camino habría de ser –al menos en un primer momento– su partido", al que Mussolini siempre había

considerado "nada más que un instrumento militar al servicio de su política", un instrumento que ya le había causado "a menudo amarguras y creado considerables dificultades" y por el cual alimentaba "un sentimiento de desconfianza y desprecio". Pese a ello, el Duce era consciente –y eso engendraba el verdadero drama de su posición respecto del PNF– de que no podía renunciar al partido, porque este era su única fuerza verdadera, porque, "con todos sus límites, nunca dejaba de constituir el origen y la cabecera de puente de su poder y la ponía a resguardo respecto de la monarquía, de la que Mussolini no se fiaba en lo más mínimo.[238] Esa situación parece ser, para De Felice, la premisa más importante para comprender la evolución de las relaciones entre el Duce y el PNF y, de modo más específico, para reconstruir las motivaciones, los propósitos y las operaciones concretas que configuraron el plan mussoliniano de subordinación del PNF a su exclusivo control. Que ese plan no estuviera plenamente articulado como un diseño elaborado de antemano a los acontecimientos queda demostrado claramente por el relato de De Felice, que echó luz sobre el difícil y sinuoso ajetreo de Mussolini para domeñar el escuadrismo y para llevar al partido a rendirse del todo ante su autoridad de "duce" y de jefe de gobierno. De Felice analizó los móviles psicológicos y políticos de las actitudes e iniciativas de Mussolini respecto del PNF, que en un sondeo superficial de los acontecimientos pueden parecer dispersos e incoherentes, mientras que estaban ligados por una lógica propia, que funcionó a lo largo de toda la experiencia fascista.

Según De Felice, el plan mussoliniano ya maduró a mitad de 1923, cuando la "valorización de la autoridad estatal" contra los fenómenos de tónica rebelde por parte de los fascistas adquirió para Mussolini "un significado que iba más allá de las necesidades prácticas del momento y que anticipaba opciones políticas que –por lo general– plantean tres o cuatro años después algunos estudiosos". Él se refiere en especial a la decisión mussoliniana de afirmar explícitamente, por intermedio de los prefectos, la autoridad del gobierno central y del estado sobre el

partido y sobre sus exponentes periféricos; una decisión generalmente vinculada a la célebre circular de 1927, pero que ya era evidente en las instrucciones dadas en 1923 a los prefectos y entraba en el rango de la lógica de la acción mussoliniana: para el Duce, el PNF "era elemento esencial del poder fascista", pero no podía ser "el único instrumento de dicho poder", ni en su presente ni en su futuro próximo. El pacto con las instituciones tradicionales y la falta de una clase dirigente fascista hacían difícil "una efectiva fascistización del estado", como reclamaban los escuadristas y los intransigentes; el partido podía tomar en sus manos cada vez más el poder político, por obra de sus propios hombres o por la absorción de cuadros de los demás partidos, pero no podía ambicionar y adquirir, si no en parte mínima y con tiempo, otros poderes –militar, económico, burocrático– que permanecían en manos de las fuerzas tradicionales.

De la constatación realista de los límites aún existentes para su poder, Mussolini derivó su estrategia política: "El poder fascista debía articularse, pues, en dos instancias, la del partido y la del estado, y a fin de cuentas de entre las dos debía prevalecer la última, no la primera". Eso permitía a Mussolini valorizar su persona, y por tanto su poder personal, como "símbolo del estado en sí, símbolo del que este emanaba y hallaba justificación política", en un grado tal que, ya en las primeras épocas del poder fascista, parecían evidentes "los síntomas de un gradual difuminarse de la figura de Mussolini como jefe del Partido Fascista", cada vez más suplantada por la de *duce del fascismo*, en cuanto "menos determinada y más abarcativa", "patrióticonacional y no meramente partidaria", mientras que en la periferia el prefecto era puesto por encima del secretario federal.[239]

Sin embargo, el éxito de esa estrategia bajo ningún aspecto fue fácil ni se dio por descontado, porque el voluntarismo mussoliniano chocó contra la realidad del escuadrismo y del fascismo intransigente, que oponían fuerte resistencia contra la subordinación y el acuerdo, y reclamaban una fascistización revolucionaria del estado al mando del partido. Y en efecto, como constata De Felice, si bien Mussolini logró, desde la crea-

ción del Gran Consejo y con las sucesivas transformaciones de la dirección central del PNF, tomar formalmente las riendas de los órganos centrales de la organización, no pudo eliminar inmediatamente el escuadrismo, que después de todo aseguraba su poder contra las fuerzas tradicionales: de ahí en más, característica de la actitud mussoliniana en ese período, pero también, en ciertos aspectos durante los años siguientes, la

> ... íntima contradicción de la posición de Mussolini con respecto al fascismo. Deseaba el *consenso*, pero en los hechos no sabía librarse de la sugestión, del mito de la *fuerza*. Aquello era más aleatorio; conquistarlo insumía más dificultades y más tiempo. En cambio, la otra estaba a su disposición; abarcaba su hipoteca y sus riesgos a futuro, pero por el momento –y este hombre vivía en un constante *carpe diem*– parecía más segura.[240]

Ello explica por qué, sin renunciar a su estrategia en lo tocante al PNF, el Duce se vio inducido por la urgencia a alcanzar la "normalización" con el apoyo decisivo de los intransigentes, e incluso a padecer la iniciativa de estos últimos en el momento en que se resolvió la crisis Matteotti y se encauzó el régimen.

Desde ese punto de vista, De Felice reconstruyó exhaustivamente –para el período entre 1923 y 1925– la dialéctica y la dinámica de los distintos *fascismos*, mostrando su confusa vitalidad, y puso de relieve la lógica del "mussolinismo", que obedecía tanto a un cálculo de ambición personal como a la evaluación del contexto pactado, sobre el que se cimentaba el poder del Duce, pactado tanto con las fuerzas tradicionales como con la fuerza esencial del PNF, esto es la corriente intransigente y la escuadrista. Es un entramado complicado y sumamente móvil, que no puede simplificarse con la reducción de una componente con relación a la otra, ni resolverse banalmente en el juego personal, por más hábil que fuera, de Mussolini; debe seguírsela, como hizo De Felice, en cada uno de los elementos empleados para urdirla, y en su recíproco condicionamiento. Ese crite-

rio de análisis permitió, de hecho, devolver una fisionomía propia autónoma al intransigentismo y a su mayor exponente, Farinacci, sin duda una figura pública de importancia, en el restringido círculo de la elite fascista, que desempeñó un papel importante en el pasaje del gobierno de coalición nacional de 1922-1924 al régimen fascista.

Para De Felice, que se eligiera a Farinacci como secretario del PNF fue una coyuntura oportuna como ninguna otra para el fascismo y para el propio Mussolini, porque el *ras* de Cremona era "hombre capaz de controlar el fascismo y de mantener bajo freno con su amenazante presencia tanto a los opositores como a los aliados", proponiendo soluciones intransigentes que Mussolini hizo propias, allanando el camino al Duce y resolviendo situaciones difíciles del partido con la eliminación de la tendencia disidente, el replanteo organizativo, la reducción de los conflictos entre corrientes, y una restauración, si bien limitada, de la disciplina de partido por sobre los elementos recalcitrantes y rebeldes del escuadrismo. Desde el punto de vista de la política fascista, y sin más que compartir el juicio positivo enunciado por De Felice acerca de la acción de Farinacci en su breve período al frente del PNF, juicio que fue confirmado por estudiosos que analizaron más directamente esa figura, dejando de lado los lugares comunes de la imagen tradicional del fanático díscolo pero sin una política propia.[241]

Así es: el interrogante de mayor importancia suscitado por la rapidez con que se agotó la secretaría de Farinacci, y la facilidad de su liquidación política, con el destierro de las cumbres del "régimen" por un largo período, así como, en contraposición con lo anterior, la tenaz resistencia con que el *ras* de Cremona logró sobrevivir a la amenaza, en nada hipotética, de una más drástica eliminación política. Sin embargo, para De Felice, Mussolini no hizo su elección con entusiasmo porque demasiados factores psicológicos y políticos separaban al Duce del *ras* cremonés, sobre todo una visión fundamentalmente distinta acerca del partido. El Duce pensaba en un partido subordinado al gobierno central; Farinacci, en un partido vanguardia de la

revolución e inspirador de la política de gobierno. Además, aunque haya resaltado la significación y la importancia de la acción de Farinacci, De Felice no considera que la política de aquel realmente habría podido volverse una alternativa a la política mussoliniana, y por ende imprimir un viraje radical al poder fascista y al proceso de fascistización del estado. Eso se debe no solo a las divergencias y a los roces que signaron la relación entre el Duce y el secretario sino –circunstancia más importante– a que la política de Farinacci no contaba con una base propia suficientemente sólida para poder desafiar al "mussolinismo". Farinacci representó en el fascismo "en la dimensión política, las aspiraciones y las decepciones del fascismo 'revolucionario' de los años previos a la 'marcha sobre Roma'; del fascismo de la burguesía media y pequeña (en gran parte expresión de los nuevos propietarios agrícolas constituidos como clase encabalgada en la guerra) en busca de una consolidación política autónoma propia y decisiva justamente en cuanto estratos sociales que tendían a diferenciarse de los demás valorizando su propia función en contra de ellos" y, en ese sentido, De Felice lo define como representante de la porción más genuina, pero también más débil, del fascismo. Para triunfar, el *farinaccismo* debería haberse encargado del manejo no solo de la burguesía pequeña y media sino también de los restantes estratos sociales que sinceramente aspiraban a una profunda renovación política y social, "en primer lugar, del proletariado industrial y campesino", cosa que, por la profunda fractura existente –agravada en esos estratos sociales precisamente a consecuencia del fascismo–, era por completo inalcanzable.[242] Desde luego, proponer hipótesis respecto de la evolución del régimen en esa dirección resultaría inútil; pero eso no implica que deba soslayarse tomar en consideración la impronta que la breve experiencia farinacciana dejó en el Partido Fascista, aun cuando con el paso de pocos años este asumió una posición y una función profundamente distintas de las anheladas por el *ras* cremonés.

Por todos esos motivos, las renuncias de Farinacci tienen un significado decisivo para la periodización propuesta por De

Felice en su interpretación: marcan tanto el final de cierto fascismo de los orígenes, con las características recuperadas por el "farinaccismo" como el inicio de una nueva etapa en las relaciones entre el Duce y el PNF, caracterizada por la realización del plan mussoliniano de subordinación del partido a su autoridad y al estado. Precisamente la experiencia de Farinacci había mostrado al Duce cuán peligroso era para su poder un comando autónomo e intransigente en la cumbre del PNF y había confirmado la convicción acerca de la bondad de su plan, induciéndolo a acelerar el proceso de subordinación del PNF, con hombres más idóneos para llevarlo a la práctica:

> ... para "encuadrar" el PNF y para insertarlo completamente en el régimen fascista, Mussolini precisaba quitar al partido cualquier personalidad propia, cualquier especificidad no solo política sino también social, le hacía falta volverlo una realidad por entero igual a aquella más amplia sobre la que se apoyaba su poder en el país, para así evitar que con el tiempo el partido pudiera volver a hacer el intento de expresar una política distinta de la suya, y sobre todo a perjudicar la unidad de los estratos medios plasmada, bien o mal, alrededor del gobierno central y a crearle dificultades en su accionar de mediador entre los intereses y los requerimientos de todo el cuerpo social.[243]

En definitiva, llegado 1926 se echó a andar la "liquidación política" del PNF, que se llevó a término en los años del secretariado de Starace y, según la visión de De Felice, contribuyó a caracterizar de modo sustancial el régimen como nueva realidad política e institucional, y a diferenciarlo del régimen nazi y del estalinista, al hacer una evaluación comparativa de su totalitarismo. Los sucesos del PNF, en el período incluido entre el nombramiento de Augusto Turati y el largo secretariado de Starace, están ligados por una sustancial unidad de desarrollo, que De Felice detecta en la paulatina subordinación del partido al estado, en su despolitización y burocratización. Esa evaluación de

De Felice confirma los lineamientos esenciales de Aquarone, pero se desarrolla de modo más articulado y complejo. No obstante ello, con relación al análisis del período 1923-1926 el sondeo de De Felice acerca de la vida interna del fascismo como partido se limita a observaciones generales, con menor atención a las variedades locales de la organización. Eso es lógicamente comprensible en cuanto la figura de Mussolini adquiere de hecho, dentro de la realidad del régimen, una dimensión dominante, y otros problemas, otros temas se tornan más importantes en la reconstrucción de su biografía política. Pero en nuestra opinión otro motivo para el menor grado de atención prestado al PNF como tal debe buscarse en la interpretación defeliciana del rol y de la función del Partido Fascista, sintetizada en la fórmula de la *liquidación política*: "Por cierto, no es erróneo afirmar que con el año 1933 se liquidó definitivamente el PNF en su aspecto político y únicamente permaneció en la retórica fascista como uno de sus pilares que sustentaban el régimen".[244] En consecuencia, aunque no renunciara a formular juicios generales acerca de la situación del PNF en el "régimen", con referencia tanto a la problemática del consenso como al régimen, De Felice examinó principalmente las relaciones entre el Duce y cada uno de los secretarios del partido, desarrollando, sobre todo, el análisis de la política mussoliniana.

En lo que concierne al primer problema, el de la actitud de Mussolini hacia el PNF, De Felice halla una sustancial coherencia en la política de Mussolini hacia el partido, encuadrándola en la visión más general del problema del régimen, tal como Mussolini percibía y afrontaba dicho problema. La consolidación de su propio poder personal después de 1926 y la estabilización del régimen, alcanzada con la Conciliación y proclamada en el plebiscito de 1929, no indujeron a Mussolini a modificar su visión del partido, que en lo fundamental seguía siendo negativa, instrumental, sin que por ello se volviera además "liquidacionista".[245] Mussolini siempre excluyó la posibilidad de que el PNF se hiciera cargo, en el sistema de poder fascista, del rol y la función que el partido único tenía en el régimen nacionalso-

cialista y en el régimen estalinista: una vez puestas en fuga las oposiciones y asegurado el monopolio político al fascismo, Mussolini consideraba que el partido había perdido "cualquier función política autónoma efectiva, inclusive la disuasoria". Según De Felice, mientras en el nazismo y en el estalinismo el partido "había sido y habría de ser la piedra angular del *régimen*, y en ningún caso la conquista totalitaria del poder habría disminuido el rol decisivo del partido, sino que incluso lo habría intensificado", subordinando por completo a este el estado en cuanto aparato y en cuanto idea, para Mussolini, el régimen fascista debía seguir otro camino: "Eje, sustancia, guía del régimen, única y exclusivamente debía ser el estado". Entretanto, debía subordinarse a éste el partido, e integrarlo al régimen "con funciones fundamentalmente secundarias y burocráticas y, llevado al límite, aun transitorias".[246]

En esa nueva etapa de las relaciones entre Mussolini y el PNF, De Felice localizó otras motivaciones, que imprimieron su sesgo al accionar mussoliniano, guiándolo decididamente en una dirección distinta del nazi y el estalinista, para "hacer que todo tendiera al estado y [...] sacrificar a aquel el partido". Ante todo, el fascismo había conquistado el monopolio del poder político siguiendo una senda distinta de la del nacionalsocialismo y del bolchevismo, y por ello se veía más condicionado por la supervivencia de las fuerzas y de las instituciones tradicionales, especialmente la monarquía, que tornaban difícilmente practicable la completa dictadura del partido sobre el estado. En segundo lugar, refiriéndose a la segunda mitad de los años veinte, De Felice considera que el ejemplo de lo que sucedía en Rusia después de la desaparición de Lenin –allí, el Partido Bolchevique no lograba encontrar unidad de dirección política– persuadió a Mussolini de predisponer las condiciones para evitar una experiencia análoga en Italia, que se habría resuelto en pleno favor de las fuerzas tradicionales y de la monarquía. Por último, la posibilidad de una fórmula intermedia, de equilibrio entre partido único y estado, como la que De Felice considera aplicada por el nazismo, era excluida por Mussolini, pues ha-

bría activado conflictos de poder y de competencia, debilitando más adelante, en beneficio –también en este caso– de las fuerzas tradicionales. Por todos esos motivos, según De Felice, Mussolini decidió exaltar el rol preeminente del estado, utilizando el mito tradicional del "estado nacional" suprapartidario, para reforzar el prestigio y la autoridad de su poder y del régimen: "Reforzar y dar nuevo prestigio al estado y simultáneamente fascistizarlo por completo en las leyes, en la mentalidad y en los hombres" habría eliminado gradualmente la posibilidad de conflictos internos, habría generado una "aparente 'apolitización' del fascismo (el cual se habría identificado cada vez más con el estado y cada vez menos con el partido", y habría favorecido la fusión de las distintas componentes del régimen, debilitando su autonomía: el resultado de esa compleja operación serían un mayor vigor y la exaltación del régimen y, principalmente, de la figura del Duce, "que era la cima del régimen –si bien diárquico– y sobre todo su auténtico *motor*".[247]

Los momentos fundamentales de esa operación de "vaciamiento político del Partido Fascista" fueron, en síntesis, después de la dimisión de Farinacci, el estatuto del PNF de 1926, la circular a los prefectos de 1927, la ley acerca del Gran Consejo de 1928 y, por último, el nuevo estatuto del PNF de 1929: esos momentos estaban vinculados "entre sí por un hilo rojo y se correspondieron con tan solo una necesidad política plenamente concretada: quitar al PNF cualquier autonomía empírica e iniciativa políticas y hacer de él una correa de transmisión en sentido único, desde el centro hacia la periferia, del poder político mussoliniano".[248] Siguiendo esa línea, que no siempre fue coherente ni se vio libre de obstáculos, Mussolini hizo realidad su plan de subordinación del PNF al estado, mediante la rendición total del partido ante su autoridad. El éxito de esa operación no se debió solo a su habilidad, sino que –como nos parece inequívocamente probado por la reconstrucción de De Felice– también dependió de un contexto objetivo que difícilmente habría podido ser modificado en otra dirección. Sobre la base de cuanto se desprende del relato de De Felice, y a falta de refutaciones

con mayores testimonios contra su reconstrucción de los hechos objetivos y subjetivos, puede afirmarse que en cierto sentido la victoria del "mussolinismo" sobre el "farinaccismo" estaba determinada por las condiciones reales en que se hallaba el fascismo. Alternativas al fascismo son pasibles de hipótesis, por cierto, y también podrían haberse intentado, porque nada de inevitable había en el triunfo del "mussolinismo". Pese a ello, es difícil imaginar cómo habría podido tener éxito una solución distinta, sin el consenso de Mussolini y, sobre todo, sin el empuje para volver a poner en tela de juicio el frágil equilibrio sobre el que, al menos durante la primera década, se sostenía el acuerdo entre el fascismo y las fuerzas tradicionales. Por otra parte, el análisis de De Felice lleva a relegar definitivamente, en nuestra opinión, también cualquier interpretación que privilegie los factores personales y voluntaristas en los buenos resultados para el plan mussoliniano, no bien en ese análisis consta, ostensible, el aporte decisivo realizado por los fascistas, a quienes el Duce confió la realización de dicho plan, ya fuera a escala gubernamental y de aparato estatal o a escala de organización del Partido Fascista y de las restantes organizaciones introducidas por el fascismo en las estructuras del estado tradicional.

Los mejores colaboradores del Duce para la ejecución de su plan fueron, según De Felice, los propios secretarios del partido, esto es Turati, Giuriati y Starace. A cada uno de ellos De Felice dedicó un sucinto perfil, echando luz, por un lado, sobre el modo en que se hicieron cargo de las directivas de Mussolini y las aplicaron y, por el otro, cómo intentaron bosquejar también los motivos y las iniciativas más personales de su accionar al mando del partido: "La presencia de esos tres hombres en la jefatura del PNF –escribía De Felice– se correspondió con tres momentos bien definidos de la historia del partido y del régimen".[249] El primero, Augusto Turati, fue para De Felice el mejor secretario del PNF; munido, como Farinacci, de mayor personalidad política; un colaborador "activo y sincero" del Duce "sin renunciar a la vez a una visión política propia acerca de las tareas por cumplir del partido y al intento de traducirla en práctica".[250]

Después de librarse de un secretario con ambiciones de rivalidad, el Duce encontró en Turati al hombre capaz de concretar la subordinación del partido, encuadrándolo y disciplinándolo, eliminando restos de escuadrismo e imponiendo el sistema jerárquico de nombramientos desde lo alto. Turati dio una marcada impronta "mussoliniana" al partido, volviéndolo un instrumento dependiente, sin autonomía, de la voluntad del Duce, y logró obtener gran parte de los objetivos que el Duce le había asignado, de modo que De Felice considera que, cuando en 1930 Turati dejó a Giuriati el secretariado, "la supremacía del estado por sobre el partido ya sería un hecho consumado".[251] Con drásticas y amplias expulsiones y revisiones de inscriptos, Turati llevó adelante también una profunda transformación social en el cuerpo del partido, dando cabida sobre todo a sectores propietarios y moderados. Tanto es así que el PNF resultó "aplacado políticamente y privado de cualquier autonomía política empírica".[252]

Turati logró dar al partido "un carácter verdaderamente unitario, modificar su fisonomía [...] y plasmar su efectivo encuadramiento en el régimen".[253] Sin embargo, su acción también se inspiró en una concepción personal acerca del partido, que no coincidía del todo con la de Mussolini, y no preveía el "vaciamiento" y la "liquidación" política del PNF; el partido tendría que hacerse cargo de tareas "múltiples y de suma importancia, hasta decisivas para el destino del fascismo", tareas "ejecutivas y sobre todo ideológicas": avanzar hacia la fascistización del estado en aras de –especialmente– formar una dirigencia fascista que sustituyera a la tradicional; "servir al régimen como herramienta para vincular e incorporar en sí mismo a las masas proletarias; en primer lugar, las masas obreras"; formar a las nuevas generaciones en el fascismo y garantizar las condiciones para una sucesión de Mussolini en el ámbito del partido. Pero el accionar de Turati en esa dirección fue en gran parte un fracaso: debe buscarse la causa, según De Felice,

> ... en el carácter inconciliable del momento desvitalizador y del momento revitalizador de su política dentro del partido,

> en la pretensión de dar una conciencia política y tornar activo un organismo que simultáneamente era desprovisto de cualquier autogobierno, frustrado moralmente y desfigurado en su base y en sus cuadros intermedios y –por último– [debe buscarse] en lo absurdo de creer que un partido de esa envergadura podía efectuar una política que sólo interesaba a una minoría de sus miembros y estaba en contraste con los intereses de la mayoría de ellos.[254]

El punto débil de la política de Turati residía en el conflicto entre la fiel ejecución de las directivas del Duce y la aspiración a hacerlas realidad sin liquidar políticamente el partido: eso provocó su dimisión, aceptada por parte del Duce, quien apreciaba mucho la obra de su secretario pero no toleraba el espíritu de autonomía y el fervor moralista que lo animaba.

También el nuevo secretario, Giovanni Giuriati, decepcionó las expectativas de Mussolini, "ya firmemente decidido a hacer del PNF un instrumento sometido en un ciento por ciento a su voluntad, con tareas meramente *técnicas* y ornamentales, sin autonomía política alguna".[255] Según De Felice, se eligió a Giuriati como "figura superadora", porque era un fascista con prestigio personal pero no ligado a ningún tipo de *rassismo*. Desprovisto de cualquier intento de rivalizar con el Duce, militante moderado y fiel, Giuriati pareció ser el secretario "en condiciones de finalmente llevar a cabo el 'encuadramiento' del PNF según la voluntad de Mussolini", mediante una depuración adicional en las filas del partido, expandiendo y potenciando el control del PNF sobre los jóvenes, las mujeres, las asociaciones de burócratas, convirtiendo la estructura del partido en una "herramienta moral, organizativa y propagandística capaz de crear en el país ese 'clima rígido' que, según Mussolini, hacía falta para unir a todos los italianos detrás del régimen".[256] Según De Felice, Giuriati obtuvo resultados no desdeñables; pero también su posición, como la de Turati, fue minada por oposiciones internas y terminó por descontentar al Duce, induciéndolo a abreviar el "ciclo Giuriati" y a confiar la maquinaria del partido a un hombre más proclive y dó-

cil a su voluntad, como le pareció ser Achille Starace, desde 1921, salvo un breve intervalo, vicesecretario, y designado en ese presente por el Duce para el segundo cargo dentro del "régimen", con la precisa consigna de configurar el partido tal como lo deseaba Mussolini, sin el espíritu independiente y sospechoso de Giuriati ni el moralismo intelectual de Turati.

De Felice examinó ampliamente las motivaciones que indujeron al Duce a elegir como secretario del PNF a una personalidad tanto más inferior, en prestigio personal y en dotes intelectuales, a sus antecesores, y también intentó dejar en evidencia los elementos que caracterizaron la gestión de Starace, que duró casi ocho años, precisando sus propósitos y objetivos. Tarea nada fácil, por cierto, en lo concerniente a una figura a la que por lo general se consideraba carente de una auténtica personalidad política, y presentada por la literatura tradicional –prensa y propaganda tanto como historiografía– como un fantoche, un maníaco del estilo, de los uniformes y los desfiles, y rodeado, ya cuando estaba en auge, por un extendido descrédito. La importancia de la "era Starace" en la historia del PNF y, en términos más generales, del fascismo, es tal que no permite una descripción meramente caricaturesca del accionar de Starace: el análisis de De Felice allanó definitivamente el campo, y lo libró de la imagen usual, marcando los lineamientos de una interpretación más realista, que sitúa incluso los aspectos más ridículos de la política staraceana en un abordaje racional de su significado. Ante todo, De Felice insiste en atribuir la principal responsabilidad sobre el accionar de Starace, y de sus consecuencias sobre la vida del régimen, al propio Mussolini, porque "en todas las cuestiones básicas Starace no fue, en la práctica, más que un fiel y celoso ejecutor de la política trazada por Mussolini",[257] de modo tal que la influencia sustancialmente negativa que el *staracismo* tuvo sobre "todo el tejido moral del régimen"[258] debe explicarse, según De Felice, en referencia con la política de conjunto del Duce y, una vez más, con su concepción meramente instrumental del partido.

Las tareas puramente ejecutivas asignadas a Starace estaban englobadas en la lógica de esa concepción y excluían "cualquier

forma de participación del partido no sólo en la dirección del estado" sino también "en la elaboración de las soluciones y medidas para afrontar la crisis económica", mientras quedaban circunscritas "al terreno propagandístico, asistencial y policial".[259] Starace ejecutó la consigna del Duce con un celo personal casi maníaco en procura de una disciplina formal y de una estructura organizativa lo más capilar posible, tal "como para hacer del partido la piedra basal, el centro de organización y disciplina de sectores cada vez más amplios de la vida nacional". Según De Felice, los resultados, en lo concerniente al PNF, fueron completamente negativos, porque la realización del plan del Duce y del secretario no fueron más allá del aspecto puramente organizativo, "con un punto de vista de tendencia burocrático-militar", por ende sin alcanzar, en la vida colectiva de las masas cada vez más numerosas aunadas en el partido y en las asociaciones dependientes de este, "una verdadera participación y un compromiso personal capaz de desarrollar nuevas energías, nuevas ideas, nuevos cuadros".[260]

El alcance de ese resultado negativo va mucho más allá del terreno del PNF, porque, como ya se ha mencionado, incide sobre la política entera del Duce y del régimen en los años treinta, tanto que es tomada por De Felice, en su volumen dedicado al período 1929-1936, como una de las más graves causas *internas* de la crisis del régimen fascista, cuya etapa inicial se identifica en los años 1932-1934, momento en que el régimen "comenzaba su curva descendente, empezaba a corroerse en su *propia* sustancia íntima, casi diríamos en su *propia* moralidad particular", mientras que "la lógica del poder dictatorial empezaba a obstaculizar profundamente a Mussolini y a volverlo cada vez más prisionero de su propio mito y de su propia envergadura".[261] Para De Felice, hay una "conexión sumamente estrecha, de causa-efecto, que vincula la despolitización y la burocratización del partido con la crisis del PNF como instrumento de la política mussoliniana y como columna que sustenta el régimen", generada irreparablemente por la liquidación política del PNF llevada a cabo definitivamente por Starace.[262] Al optar por la

"despolitización" del PNF, Mussolini apuró los tiempos de la crisis del régimen, cuya "verdadera y auténtica razón", la que aun sin los errores de Mussolini y la derrota en la guerra lo habría llevado "igualmente a su fin", fue

> ... la imposibilidad, por la contradicción *che nol consente*, de crear esa nueva clase dirigente propia, la única que le habría permitido perpetuarse en las nuevas generaciones y de allí proyectarse al futuro. Según esa perspectiva, el fracaso de la política de Starace –esto es, usualmente, de Mussolini– orientada precisamente a hacer del PNF el instrumento para educar y formar a los nuevos cuadros fascistas es verdaderamente ejemplar.[263]

Malogrado en esa función fundamental, el PNF estaba destinado a la decadencia: ni siquiera la desaparición política de Starace pudo invertir un rumbo que estaba casi fatalmente ligado a la lógica misma del partido y del régimen fascista. Las anotaciones más sucintas, dedicadas por De Felice al nuevo secretariado de Muti, siguen la misma línea interpretativa; es más, acentúan el aspecto de la decadencia del partido, ahora agravada por la falta de cualquier tipo de guía política en el nuevo secretariado. Pero, también por ese motivo, De Felice devuelve por entero al Duce la responsabilidad primaria por el estado de cosas del PNF, que difícilmente habría podido ser modificado sin un cambio sustancial en la actitud del Duce hacia el partido y su función. En cambio, Mussolini seguía considerando que el partido era un instrumento de su política personal y "sólo una guarida de fascistas de vieja data que pensaban valerse de este para sus intenciones de poder, 'mezquinas' y antitéticas a las suyas, de modo que, en definitiva, deseaba todo menos una revitalización de aquel".[264]

Durante los años de la guerra, a través de la reconstrucción de la "crisis y agonía del régimen" realizada por De Felice, la decadencia del Partido Fascista se muestra a la vez como síntoma y como factor del agravamiento de esa crisis, sobre la que gravita-

ron decisivamente, sin duda, los sucesos bélicos, pero cuyos orígenes –y, podría decirse, la índole misma de la crisis, al menos en lo concerniente al problema del partido– deben buscarse ante todo en el modo en que se había ido consolidando, durante los años treinta, el vínculo entre el Duce y el partido, entre el Partido Fascista y el estado, entre el Partido Fascista y la sociedad.

La tesis fundamental de la interpretación defeliceana afirma que "ya después de los primeros meses de guerra el régimen fascista [...] exhibió, *precisamente en cuanto régimen*, graves señales de descompaginación, de degeneración, de esclerosis que –siquiera merced a aceleraciones y frenadas ligadas al rumbo de los sucesos de la guerra– poco a poco fueron aumentando e influenciando todo el clima del país y su actitud hacia el régimen". En esa situación, el Partido Fascista, en vez de ser "el instrumento para dinamizar a todo el pueblo" y para hacer frente a la guerra, fue "una de las causas –y no la menos importante– de la descompaginación del régimen".[265] La liquidación de Starace en 1939 no había contribuido en medida alguna a volver a poner en pie el partido, cuya situación resultó agravada por el "completo fracaso de la gestión Muti",[266] e inclusive precipitó, pese a una señal de mejoría inicial, durante el secretariado de Adelchi Serena, con la gestión del joven Aldo Vidussoni, representante de la nueva generación criada por el régimen, ubicado por Mussolini en la secretaría con el propósito de valerse de ello para un comando propio más directo del partido; y de nada valió el ímpetu activista del último secretario, Carlo Scorza, exponente del antiguo escuadrismo, para que recobrase fuerza y vigor un partido que, llegado a ese punto, era arrastrado a la "agonía del régimen". Para De Felice, ninguno de los hombres que se sucedieron en el mando del partido durante los años de la guerra estuvo a la altura de las circunstancias, pese a sus intenciones. Aunque en esa parte de la biografía de Mussolini el análisis dedicado a la política de Serena, Vidussoni y Scorza demuestra ser menos exhaustivo que el reservado a los secretarios anteriores, De Felice pone en evidencia, para cada uno de ellos, las opciones y las iniciativas que, en vez de ser útiles para resol-

ver la crisis del partido, contribuirían después a empeorarla. Entre las responsabilidades más graves, comunes a todos los secretarios que se sucedieron en la conducción del PNF en el período bélico, estuvo haber "propiciado el crecimiento hipertrófico del partido y de las organizaciones dependientes de este, creando inclusive algunas nuevas, casi como si la fuerza del partido y, por tanto, del régimen, dependiera no de la calidad y del activismo de sus miembros, sino de la cantidad de ellos y de las 'categorías encuadradas y controladas'". Otra "y aun más grave responsabilidad" de los dirigentes del PNF fue "haber expandido enormemente la esfera de competencias y actividades del partido y de sus organizaciones dependientes, proyectándose en zonas y sectores en que su presencia antes de la guerra había sido relativamente modesta (por ejemplo, en las tierras de ultramar) y, por ende, carecía de experiencia, y dando vida a una compleja telaraña de oficinas de enlace con los ministerios y los organismos militares y de relaciones con toda una serie de instituciones, entes y empresas públicos y privados que muy pronto reveló ser causa de dispersión de energías, de superposiciones, interposiciones y retrasos funcionales y, por consiguiente, de malentendidos y enfrentamientos que no pocas veces adquirían tonalidades políticas a causa de la animosidad hacia los militares y del populismo que caracterizaban a una amplia porción de la dirigencia del partido y de los cuadros fascistas involucrados en esas actividades".[267]

La veloz sucesión de cuatro secretarios en los tres años de guerra era de por sí evidente demostración de la grave situación a la que se orientaba el Partido Fascista justamente en el momento en que, por las necesidades de la guerra, por el rol del PNF en la vida del régimen y por su omnipresencia en la sociedad italiana, este habría debido dar muestras de solidez, de acción orgánica, de eficiencia. La víspera del derrumbe, el regreso a la secretaría de un exponente del escuadrismo puritano y populista pareció por un instante volver a encender el ánimo del partido con la incitación a una "tercera oleada": el Duce se ilusionaba con que, gracias a ella, haría recobrar vigor a un par-

tido que él mismo había atrofiado, para volver a tomar el control sobre una realidad que para entonces ya había dejado definitivamente exangües y agotadas sus postreras, residuales energías de animal político.

Cualesquiera hayan sido las responsabilidades personales de cada uno de los secretarios, no nos parece factible dudar de que la responsabilidad de la situación en que se encontró el partido durante el período más grave de su historia debe atribuirse ante todo principalmente a quien había puesto a esos hombres al mando del partido, como ejecutores de sus directivas. A partir de la reconstrucción efectuada por De Felice de los vínculos entre Mussolini y el partido, queda en claro que el Duce, por una suerte de némesis histórica, inherente a la misma índole del sistema político construido por él, al final de un ventenio de poder personal indiscutido purgaba la pena de haber querido encauzar rígidamente su propio partido, considerándolo más un antagonista que un colaborador, en absoluto un heredero a quien encomendar el futuro del régimen. El Duce pagaba, por así decir, la caución por una opción realizada cuando había decretado la "liquidación política" del partido, posteriormente agravada por su actitud y su comportamiento incoherente en lo respectivo a la administración del partido por intermedio de sus "lugartenientes". Desde ese punto de vista, las invectivas públicas y privadas que Mussolini no escamoteó en lo atinente a los secretarios del PNF, especialmente durante la guerra, parecen una irresponsable pretensión de declararse ajeno a un rumbo de las cosas que tenía en el Duce a su principal responsable. De hecho, semejantes invectivas y la pretendida ajenidad a la crisis del partido, que hacían recaer la culpa sobre la mala administración de los secretarios, debieron sonar, incluso a oídos de los más fieles seguidores, como una involuntaria confesión por parte de quien siempre se había proclamado absoluto e indiscutido. La desenvoltura con que el Duce denunciaba durante los años de guerra las carencias del partido y procedía a sustituir a sus secretarios probablemente fue un factor no secundario del veloz declive de su prestigio personal, aun en el seno del movi-

miento que lo había llevado al poder y lo había erigido sobre el altar de un culto fanático.

El problema central en la interpretación de De Felice, en lo referente a la historia del PNF, es constituido por la actitud y el comportamiento de Mussolini hacia el partido. Como ya hemos observado, la perspectiva biográfica determinó necesariamente una variación en el grado de atención dedicada al partido en cuanto tal, siempre contemplado con relación y en función de la acción política de Mussolini. En ese aspecto, las evaluaciones y los juicios de De Felice se fundan sobre una reconstrucción que brinda al historiador del PNF una dotación de datos corroborados para situar la figura de Mussolini en las alternativas del partido. No obstante ello, esa interpretación, que toma como punto de partida la peculiar visión del vínculo entre Mussolini y el PNF, incide sobre el conjunto de problemas tocantes al carácter y la dinámica del PNF, la especificidad del régimen fascista y la problemática del carácter totalitario, o no tanto, de ese régimen. Al menos en la etapa de su reflexión acerca del fascismo, que *grosso modo* coincide con el volumen *Mussolini il fascista*, de 1968 y, en parte, con el primer tomo de *Mussolini il duce*, de 1974, De Felice insiste especialmente en la tesis de la "liquidación política" del PNF, en el carácter marcadamente personalista, *mussoliniano* antes que *fascista*, del "régimen". La aniquilación del PNF, la fagocitación del fascismo en el "mussolinismo", la transformación del "régimen" en una dictadura personal basada sobre el mito del Duce, la esclerosis de los tejidos conectivos del sistema fascista fueron las sucesivas etapas que escandieron la marcha del fascismo hacia la ruina, y que aun sin los errores del Duce y los efectos traumáticos de la derrota militar habrían de llevarlo a su autodestrucción, "aun antes y con prescindencia de las que más tarde fueron las causas 'externas' de su final (que estas anticiparon y tornaron más dramático, pero que, si no hubieran tenido lugar, no por ello se habría evitado, sino que solo se habría producido en distintas formas)".[268] Para De Felice, en efecto, el régimen fascista tal como se había configurado hacia el final de la década de 1920 en sus rasgos definidos, era esencialmente "el

viejo régimen tradicional, aunque usara camisa negra y rigiera toda una serie de transformaciones en sentido autoritario (pero de un autoritarismo aún sustancialmente 'clásico', en el cual las inserciones demagógico sociales más típicamente modernas no habrían sido suficientes por mucho tiempo para caracterizarlo como un verdadero totalitarismo, como habría sucedido con la Alemania nazi)", mientras que el fascismo era la forma exterior "que sólo tarde y en medida relativamente modesta lograría incidir sobre la sustancia". La "amalgama superficial" que mantenía cohesionado el "laborioso pero aun más débil edificio" del régimen fascista era "el mito-hábito del líder (*capo*)" y la confianza en su capacidad de "grandeza": por eso, ante la primera señal de crisis, "todas las fuerzas centrífugas más o menos latentes, adormecidas o comprimidas" volvieron a entrar en acción, como sucedió el 25 de julio de 1943, haciendo que se desplomara el "régimen" y con él, el fascismo.[269]

Esa interpretación tiene un peso de importancia en la configuración de la imagen histórica del PNF, y constituye un punto de referencia obligado para cualquier profundización posterior de la investigación, tanto por su aporte de muchísimos elementos nuevos en la reconstrucción de los hechos como por los muchos problemas de evaluación que esta plantea al historiador que pretenda estudiar la trayectoria del Partido Fascista en cuanto tal, como realidad histórica con una individualidad propia, que no puede comprenderse solamente merced a la relación con la política de Mussolini y los aspectos jurídicos e institucionales del régimen fascista.

En un enfoque interpretativo bastante similar al de Acquarone y De Felice se sitúa el estudio de Adrian Lyttelton, *The Seizure of Power. Fascism in Italy 1919-1929*, publicado en 1973. Ese libro es un modelo de síntesis entre literatura historiográfica e investigación original, que intentó dar un tratamiento general del fascismo desde sus orígenes hasta el afianzamiento del régimen, ubicando en la posición central el problema de la incidencia que el nuevo movimiento político tuvo sobre las instituciones y sobre la sociedad italiana. Aunque considere que las

aspiraciones totalitarias del fascismo se hicieron realidad solo de modo limitado, Lyttelton reputa un error pensar que "el fascismo no ha marcado una ruptura neta en la historia de Italia, [porque] en una sociedad en camino a la modernización cambios de amplio alcance en los métodos para ejercer el control político no podían dejar de tener repercusiones sobre la vida económica, social e intelectual".[270] Una intervención decisiva en esos cambios se debió a la existencia de un movimiento de masas y de un partido organizado en sentido moderno: el "papel decisivo desempeñado en la toma del poder por parte del partido y de sus auxiliares diferencia al régimen fascista de todos esos estados autoritarios que deben su existencia al respaldo de los grupos dominantes tradicionales, o del ejército", y el vínculo entre partido y estado "tuvo una importancia crucial para determinar la forma y el carácter adoptados a la postre por el régimen".[271] Planteada en esos términos la cuestión del PNF, Lyttelton asignó una importancia especialmente amplia, en la economía general de su trabajo, a la historia del partido durante el período de los orígenes y de la conquista del poder, pero sobre todo durante el período que se extiende desde la marcha sobre Roma y 1929, con nuevas investigaciones que ampliaron el contexto descripto por De Felice.

De especial interés es el análisis del escuadrismo –que según Lyttelton encarnaba no solo la verdadera novedad del fascismo, sino una realidad y un mito que "ejercieron sobre el fascismo una influencia poderosa y tenaz"[272]– y el análisis, aun más detallado, del fenómeno del *rassismo*, tanto desde el punto de vista sociológico como del político. La formación de la organización fascista, con sus características de fenómeno con fuertes connotaciones localistas, generalmente representó "un estadio posterior de la revuelta general contra el liderazgo tradicional de los propietarios rurales", llevada a cabo por "una nueva clase de pequeños inversores en el agro" que entrañaba "la espina dorsal del fascismo". Aún después de la marcha sobre Roma, la colaboración entre la burguesía fascista y los propietarios agrícolas fue difícil, obstaculizada por la voluntad de dominio de los jefes fascistas,

los cuales "aspiraban a dominar por entero la vida de provincias sobre la que se ejercía su poder" y por ello deseaban "despedazar la independencia de los dadores de trabajo y llevarlo a la órbita del partido". En la usual aceptación de la idea de colaboración de clase, los propósitos de los *ras* y los de los propietarios agrícolas no coincidían: aunque procuraran utilizarse recíprocamente, ellos apuntaban a enfrentarse en el ejercicio del poder efectivo, los propietarios agrícolas para conservar su propia libertad de acción, los jefes fascistas para "crear un sistema de control total en que todos los intereses fueran integrados por el movimiento y subordinados a él".[273] Los *ras* consiguieron imponer sus dictaduras locales, en el bienio 1921-1922, gracias a la prevalencia, en el fascismo, "del ala militar por sobre el ala política del movimiento", con lo cual acopiaba "en sus manos un poder que, dentro de los límites de su provincia, era casi ilimitado": eran una elite política en formación de orígenes sociales no homogéneos (cadetes de la aristocracia, propietarios de haciendas, *parvenus* de orígenes modestos, inmigrantes de regiones del sur y notables locales), por lo general poco cultos, surgidos principalmente como comandantes de escuadra que ejercían una suerte de poder carismático sobre su séquito de escuadristas.[274]

Después de la marcha sobre Roma, el *rassismo* escuadrista representó el elemento más turbulento en el calidoscopio de corrientes, desde los revisionistas hasta los disidentes, contra la voluntad de normalización del gabinete Mussolini y, después del asesinato de Matteotti, fue el elemento decisivo para superar la grave crisis de fuerza y de organización del PNF. Lyttelton mensura en sus debidas proporciones el significado de cada una de las corrientes, echando luz sobre los distintos grupos de la corriente disidente fascista y el accionar de los intransigentes durante el viraje de 1925.[275] La importancia de la política de Farinacci, como secretario del PNF es evaluada especialmente en relación con la reorganización del partido, aunque Lyttelton no cree que Farinacci se haya propuesto deliberadamente el objetivo preciso de centralizar monolíticamente y jerárquicamente el partido. De ello deriva la debilidad de su política: Farinacci perma-

neció ligado a la visión principal del poder fascista, al "feudalismo local" de los *ras*, que no podían aceptar esa centralización sin renunciar a su poder: la contradicción interna de la corriente intransigente, entre ambiciones totalitarias de dominio del partido sobre el estado y celosa conservación del poder local, hizo que fracasara la política de Farinacci dejando que emergiera el triunfo de Mussolini, de los moderados y sus aliados. Si bien en 1926 la situación política general del vínculo entre el PNF y el estado todavía no se había estabilizado, en los años siguientes, hasta 1929, Mussolini logró liquidar las resistencias del movimiento fascista y obtener la "derrota del partido", despedazando la independencia de aquel.[276] Más allá de los motivos ya señalados por Acquarone y por De Felice, Lyttelton también toma en consideración los factores presentes en la evolución del PNF, como partido único, que favorecieron el final de su autonomía política: ante todo, la separación del flanco militar, con la creación de la MVSN [Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional], privó al partido del principal elemento de su fuerza, introduciendo motivos de conflicto y de rivalidad entre los hombres del PNF y los hombres de la MVSN; en segundo lugar, la organización a escala de gobierno y subgobierno alejó a muchos jefes del fascismo de la vida del partido dándoles cabida en la burocracia estatal; finalmente, las constantes transformaciones en la conformación social del partido, a través de nuevas inscripciones y amplias depuraciones, modificaron su masa originaria, relegando el elemento escuadrista en pro del moderado y más dispuesto a absorber las directivas del Duce.[277]

Los efectos de estos hechos sobre la vida del PNF fueron decididamente negativos, y acentuaron el declive moral y la decadencia de la cohesión política. Mientras Turati y Giuriati intentaron infructuosamente hacer que el PNF adoptara el carácter de un partido de excepción y culto, Starace "destruyó el partido de elites con no menor eficacia que Turati al aplastar previamente las masas escuadristas"; de todas formas, según Lyttelton, eso no implicó una menor influencia del PNF sobre la vida italiana: de hecho, mientras el partido perdía paulatina-

mente su independencia política y su capacidad de influir sobre las decisiones fundamentales del régimen, "en cambio, su esfera de intervención administrativa seguía expandiéndose conforme el régimen intentaba subsumir bajo su control a nuevos sectores de la vida política y social", por lo cual, merced a la creciente cantidad de organizaciones auxiliares, el partido "seguía teniendo una actuación de primer orden en el mundo del subgobierno" y, además de las actividades legales, "seguía ejerciendo una considerable influencia informal (e ilegítima) sobre la distribución de favores y recursos", de modo que su actividad era considerada en muchos aspectos "un obstáculo inesencial y pernicioso para el funcionamiento del aparato gubernamental legal".[278] Todo eso implicó, además, una mutación en las actitudes y en los comportamientos de la elite fascista: los jefes que habían accedido a la administración estatal perdieron su lazo con la base provincial y, por ende, con la fuente de su poder originario; el creciente entramado de negocios y poder se superpuso con el espíritu agresivo y, a su modo, puritano del primer fascismo: la falta de vitalidad en las federaciones desmoralizó el sentido de participación de los fascistas más activos, alejando de la vida partidaria a los elementos más capaces; la "vieja guardia" fue, si no eliminada, alejada o reducida a una completa dependencia respecto del Duce, quien en 1929 asentó los cimientos de su "dominio personal sobre el estado italiano".[279]

Haciendo una evaluación de conjunto de esa situación, y ampliando su juicio más allá del límite cronológico de su estudio, Lyttelton examinó la relación entre el Duce y el partido, bajo la luz echada por una concepción de la dictadura moderna. El dominio personal de Mussolini se fundaba sobre la capacidad de combinar el control desde lo alto (ejercido a través de su dominio de los aparatos de gobierno y de partido) con el control desde abajo (ejercido gracias a la popularidad que gozaba entre sus súbditos)". Pero más allá del vínculo directo y personal con el aparato estatal y con las masas, según Lyttelton, para comprender este tipo de dictadura también es preciso tomar en consideración los niveles de poder intermedios repre-

sentados por la elite de gobierno y por los cuadros partidarios. Aunque el tirano moderno –sostiene Lyttelton– ataca y destruye la autonomía del partido, la existencia del partido sigue siendo esencial para su poder, y por eso no puede ser abolida: "Ello explica por qué todas las dictaduras modernas están caracterizadas por una tensión no resuelta entre una autocracia que reposa sobre una jerarquía ligada a la persona del tirano y una oligarquía estable, usualmente basada sobre el partido".[280] Aplicando esa concepción al caso italiano, él detecta una situación de tensión constante y de potencial conflicto entre oligarquía y tiranía, entre los propiciadores de un avance del régimen fascista en sentido "español", esto es, tendiente a una mayor reducción de la incidencia del partido en pro de las instituciones tradicionales, y los partidarios de un avance del régimen en sentido "alemán", esto es, por obra de una recuperación del movimiento con la expansión del control totalitario y la eliminación del poder autónomo de la monarquía, de la Iglesia y de las fuerzas económicas. Visto que pese a todos los compromisos Mussolini nunca había renunciado a sus aspiraciones totalitarias –como, según Lyttelton, demostró su opción de bando a favor de Alemania–, él no podía pensar en suprimir el partido o disminuirlo "demasiado abiertamente sin debilitar el régimen", no bien la presencia de elementos no totalitarios como la monarquía y el ejército "tornaban tanto más urgente aun preservar el partido como corroboración y fuente de legitimidad".[281]

Obviamente, el cese de su reconstrucción en 1929 no permitió a Lyttelton profundizar, con un análisis concreto, la interpretación de la evolución del Partido Fascista en los años treinta, sobre la base de observaciones realizadas en la conclusión de su volumen, que parecen el ingreso de elementos nuevos para evaluar el rol del PNF en el régimen fascista. El desarrollo de esas observaciones debería llevar, según nuestro criterio, a reconsiderar los términos del problema de la "derrota del partido" y de su "liquidación política", tal como fue planteado por las interpretaciones de Aquarone, De Felice y Lyttelton. Expresado de otro modo, consideramos que el historiador del PNF

deberá plantearse el problema, preliminar a cualquier investigación posterior que desee avanzar más allá de los resultados hasta ahora obtenidos, de evaluar si la interpretación de conjunto de la trayectoria del Partido Fascista, tal como se desprende de los trabajos de Aquarone, De Felice y Lyttelton, puede ser tomada como una imagen válida de la realidad histórica del PNF, que habrá de enriquecerse tan solo con nuevos detalles; o bien si hará falta adoptar un enfoque interpretativo diferente, que permita echar luz sobre otros aspectos fundamentales de la historia del PNF, con que dar mayor relevancia a los rasgos propios, específicos de la organización y de la conducta del PNF, hasta ahora por lo general descuidados.

El partido en el régimen: sugerencias para una nueva perspectiva

Algunas indicaciones para una perspectiva en el estudio del PNF no faltaron en escritos aparecidos entre los años setenta y ochenta. En una ponencia de 1971, por ejemplo, Ernesto Ragionieri observó que, de señalar "en la índole del PNF el punto de crisis y de disolución del régimen fascista", se "terminaría por menospreciar el indiscutible impacto que ese especial tipo de organización tuvo sobre vastísimas masas de la población italiana".[282] Aun más interesantes son los observaciones acerca del Partido Fascista realizadas por Giorgio Galli en un estudio acerca de los partidos políticos italianos.[283] Buscando los orígenes y los factores del régimen totalitario, Galli excluyó que este haya sido producido por necesidades de la economía capitalista o por la deliberada estrategia de Mussolini, mientras que sostuvo que "adquirir todo el poder político del fascismo fue la aspiración de una elite emergente que se impuso, en momentos cruciales, al propio Mussolini". Esa elite, impregnada de cultura antidemocrática y excluida del establishment, despreciaba el Parlamento y rechazaba la mediación en los conflictos, exaltando en cambio la solución de la violencia, a punto tal que la institucionalizaba en

el nuevo régimen. "Este empuje de una elite emergente, mucho más que los requerimientos de los industriales y de los propietarios rurales, hace salir al fascismo de los esquemas del estado democrático representativo de derivación liberal burguesa."[284] En el nuevo régimen, Galli detectó dos características fundamentales, cuya influencia sobre el sistema político italiano habría de perpetuarse más allá del final del fascismo: la primera era "la concepción del partido como organismo capilar, presente en todos los sectores de la vida social, capaz de organizar e influenciar permanentemente a millones de inscriptos, en lugar de las decenas de miles del período anterior al primer conflicto mundial y de los centenares de miles de 1921-1922"; la segunda era "la concepción del partido como canal de relativa promoción social, en los niveles inferiores de su jerarquía, de miles (ya no centenares) de cuadros intermedios provenientes de las clases bajas de la sociedad capitalista; pequeña burguesía, pero también obreros".[285] El significado históricamente más relevante de esa presencia del Partido Fascista en la sociedad italiana fue, según Galli, un aumento de la politización de masas, la estrecha conexión entre partido y administración pública, y el vínculo sumamente estrecho entre partido y sindicato. Los efectos sobre la sociedad política, para Galli, fueron igualmente innovadores: el Partido Fascista sustituyó a la vieja clase política con "una clase política más joven, menos culta, con una cantidad mayor de origen proletario, pero que se asimila a la burguesía [y] organiza políticamente la sociedad por intermedio de un partido capilar de masas", efectuando, así, la promoción social de decenas de miles de nuevos cuadros, provenientes también de las clases bajas, amén de una suerte de participación política que involucra a masas cada vez más cuantiosas:

> El Partido Fascista es, sin duda, también un ámbito de participación política: sus sedes, sus organizaciones favorecen un proceso de socialización política, desde ya impuesta autoritariamente desde lo alto; pero consiste en una participación y en una politización, sobre todo, de los estratos medios rurales y pequeño burgueses.[286]

Como partido de masas, el PNF sumó a las filas de su organización elementos viejos y nuevos, tradicionalistas e innovadores, pasivos y dinámicos; pero si, hasta los años treinta, según Galli, prevaleció la hegemonía política y cultural de la burguesía agraria, en los años treinta surgieron en el partido elementos de dinamismo, introducidos por los modificados vínculos del estado con el mundo económico y por la más amplia y capilar penetración del PNF en la sociedad, con un proceso de movilización vertical, que surcó su organización e involucró también a algunos integrantes de la clase obrera. Por último, Galli considera que gracias a esos efectos el partido y el régimen fascista alcanzaron un notable nivel de estabilidad y de consenso, que solo entró en crisis con la guerra y la derrota militar. Aun ante los síntomas de crisis de 1939-1942, el régimen fascista, según Galli, todavía estaba en condiciones de afrontar con sus instrumentos represivos a sus opositores, al igual que de "recuperar para el ámbito de la dialéctica cultural bajo control del partido a la mayoría de los jóvenes con tendencias críticas, pero aún mucho más cercanos, sobre todo después de la experiencia española, al fascismo victorioso que a las distintas tendencias del antifascismo una vez más derrotado". Recién a continuación de la derrota militar, el régimen se desplomó y el Partido Fascista se disolvió, disgregado por sus contradicciones internas, acumuladas durante su experiencia, dejando que resurgiese con violencia el conflicto entre los moderados y los intransigentes, entre los fascistas que ponían a la patria por encima del partido y los fascistas que exaltaban el primado del partido y reclamaban el "regreso a los orígenes" encarnado en el fascismo escuadrista y revolucionario.

En los pocos estudios recientes, explícitamente dedicados al Partido Fascista y a sus organizaciones, se encuentran varios elementos útiles para más adelante profundizar y ampliar sistemáticamente la indagación acerca de la formación organizativa del PNF, acerca de su composición social, acerca de sus actividades en el régimen. Wolfgang Schieder,[287] por ejemplo, hizo foco sobre la interdependencia entre mutación social de la masa

fascista y cambio estructural del Partido Fascista durante el período de su constitución y de sus primeros años de gobierno, aportando una representación sintética de la movilidad y de los conflictos internos entre las distintas componentes, que chocaron por intereses de clase y por orientaciones políticas contrarias, produciendo esa mezcolanza de poderes personales que representaban, además de la fachada formal de la unidad del partido, la realidad del PNF. Schieder puso en evidencia el vínculo entre esa realidad y el posterior conflicto entre grupos dentro del PNF después de la marcha sobre Roma, advirtiendo que al menos hasta 1926 bajo ningún concepto se había definido la forma que el PNF iba a adoptar en el "régimen". En especial, Schieder examinó la actitud del fascismo extremista que, después de la marcha sobre Roma, constituyó el grupo de mayor fuerza y de mayor poderío en el seno del fascismo, pero que de todas maneras, precisamente por su carácter de conglomerado de feudos personales, fue incapaz de conquistar, siquiera durante el secretariado de Farinacci, la hegemonía en el PNF y oponerse a la acción de los "mussolinianos" y de los nacionalistas para someter el partido al gobierno central, después de que el mismo partido, por la contundente introducción de grupos burgueses provenientes de posiciones políticas moderadas, había adoptado una forma distinta del partido de vanguardia y de elite de los fascistas "puros". No cabe duda de que entre 1923 y 1925 el PNF atravesó su crisis más grave, mucho más por causas internas que por obra de las oposiciones, y que el resultado del enfrentamiento entre sus componentes no se daba en nada por descontado. Justamente por causa del desgarro interno del PNF Mussolini pudo ascender a líder (*duce*) supremo, imponiéndose como elemento insustituible de cohesión, de mediación y de arbitraje entre las facciones fascistas contrarias. Los revisionistas, los nacionalistas, los fascistas moderados afluidos desde los partidos tradicionales apoyaron al Duce en su maniobra de absorción de las elites tradicionales y de debilitamiento del extremismo fascista. Después de 1926, según Schieder, fracasado el proyecto de Farinacci, el partido se volvió una organización bu-

rocrática para la formación de advenedizos en busca de hacer carrera, sin genuinas motivaciones políticas. Derrotado el extremismo, los extremistas que aceptaron la dictadura del Duce permanecieron en el sector jerárquico del partido: después de diciembre de 1929, de noventa secretarios provinciales, no menos de setenta pertenecían al fascismo de los años de combate, previos a la marcha sobre Roma. Mussolini se mostró dispuesto a truncar cualquier recuperación de un partido munido de poder efectivo en el estado, sin por ello abandonar del todo la idea de un partido dinámico en la esfera política, en continua oscilación de propósitos y ambiciones, reclamando del PNF vitalidad y funciones que él mismo desalentaba y privaba de eficacia.

Más allá de las observaciones generales acerca de la evolución del PNF, los estudios de carácter local que superen el límite de 1926 pueden dejar en evidencia con mayor precisión cuál fue el desempeño del partido en el régimen y su función *activa* en la "politización" de la sociedad civil y en la consolidación del poder fascista a escala periférica. Según Marco Palla, si bien el partido, entre finales de los años veinte y comienzos de los años treinta no era el sitio en que se elaboraban las directivas políticas fundamentales,

> ... conservaba a escala periférica una elasticidad y una gravitación sobre la sociedad que hacían de él un importante instrumento de coordinación de la vida política local, esencial para el funcionamiento, en la periferia, de un estado y de una dictadura que precisamente en las distintas situaciones locales parecían mucho menos totalitarios y monolíticos.[288]

Afrontar el problema de la función del Partido Fascista en las realidades provinciales es por cierto una de las sendas útiles de transitar para profundizar el conocimiento de los vínculos entre partido y estado y, en términos más generales, para sustanciar de nuevos argumentos y materiales de investigación el estudio de la experiencia totalitaria fascista. Pero según nuestro criterio ese problema puede encararse adecuadamente sólo si se lo encuadra

en el problema más general de la índole y del significado de la intervención y la coordinación de la vida política, desde el centro hacia la periferia, efectuada por el régimen y, en primer lugar, por el Partido Fascista, con criterios y métodos hasta ese entonces nunca experimentados en la sociedad italiana.

Al examinar el rol del Partido Fascista en la sociedad italiana, hace falta partir de la constatación de que la red organizativa del partido, extendida por todo el territorio nacional con creciente capilaridad, constituía un fenómeno completamente nuevo en la historia de la sociedad italiana. Por más condicionada que estuviera por la múltiple variedad de las provincias italianas, no debe menospreciarse la incidencia del PNF sobre la vida local en su aspecto peculiar de ser la primera experiencia de organización unitaria de masas del pueblo italiano, efectuada según rígidos principios centralizadores y totalitarios, en aras de la formación de una identidad colectiva y de la nacionalización de las masas mediante la integración política realizada por el Partido Fascista. En ese proceso de integración totalitaria se hace realidad también, junto a fenómenos de más o menos repentino transformismo, el ascenso al poder de "hombres nuevos". La selección y la formación de nuevas elites políticas que en forma más o menos pronunciada modifican los cauces tradicionales de poder local y encaminan, en las formas propias del sistema totalitario, un proceso de politización de las masas que recibe su impulso uniforme del poder central del PNF.

La adopción de una nueva perspectiva en el estudio de las realidades locales que tome en cuenta la peculiaridad, en el sentido recién especificado, de las relaciones entre centro y periferia en el régimen fascista, es posible, a nuestro parecer, en el ámbito de una reflexión más amplia acerca del carácter del totalitarismo fascista, acerca de sus matrices culturales, acerca de sus distintas formas de desenvolvimiento –o de sus racionalizaciones– ideológicas, acerca de los objetivos que este se proponía alcanzar, acerca de los métodos adoptados para obtenerlos, para más tarde poder evaluar en qué modo se puso en práctica ese experimento totalitario en la realidad concreta de los distin-

tos contextos locales, qué adaptaciones sufrió, qué resistencias o respaldos encontró, qué resultados obtuvo, cómo y cuánto incidió en las estructuras locales de organización del poder político, en las relaciones entre las distintas capas sociales, en la vida y en los hábitos de la población y, finalmente, qué efectos de reflujo tuvo todo ello, si es que existieron tales efectos, sobre la estrategia del partido y del régimen. Pero esa es una sumatoria de preguntas a las que no es posible dar respuesta sin antes poner en claro y definir el carácter del totalitarismo fascista.

Hasta ahora, en el ámbito de los estudios de historia local prevaleció, como única clave de interpretación, la teoría que podríamos definir como "derrotista", esto es, una teoría a contrapelo de la historia tendiente a demostrar que la trayectoria del fascismo es, desde sus orígenes, una seguidilla de fracasos, culminada en la derrota final. El resultado fue, en conjunto, un achatamiento de la multiplicidad de experiencias fascistas a escala local en un modelo único, con la representación de historias cuyo desenlace se da por descontado desde el principio, que se desarrollan con monótona repetitividad, idénticas unas a las otras, a excepción de los nombres y los lugares, y se recortan sobre un telón de fondo que, de región en región, sigue siendo sustancialmente estático y uniforme a pesar de la pertinaz sucesión de eventos, que nada tienen de cotidiana normalidad para la vida local.

Con lo anterior no se pretende impugnar la plausibilidad de la teoría "derrotista", cuya validez resulta indiscutiblemente convalidada por el resultado final de la historia del fascismo. Lo que, según creemos, vuelve escasamente fecunda la teoría "derrotista" del totalitarismo, en la investigación histórica concreta –tanto a escala nacional como a escala provincial–, es su igualmente indiscutible obviedad.

Eso debe tenerse presente sobre todo para la actividad del PNF en las regiones del sur, donde, según la interpretación usual, "transformista", del fascismo meridional, su presencia habría sido menos incisiva e innovadora. Por esa circunstancia, aportes novedosos y útiles provienen de algunas investigaciones sobre la realidad fascista a escala local, aunque la falta de un marco

de referencia actualizado sobre la historia del partido a escala nacional vuelve a veces oscilantes entre viejas y nuevas vertientes, y a menudo vagamente generalizadoras, las interpretaciones acerca de la índole del Partido Fascista, sobre su situación y su acción en el régimen, acerca de la concordancia entre las directivas del centro y las peculiares situaciones locales, y del modo en que recibían y aplicaban dichas directivas los responsables del PNF. Frente a declaraciones de derrota de la política totalitaria –previsibles y descontadas de antemano– algunos de esos estudios, efectuados según perspectivas menos convencionales, demuestran a las claras cómo no pueden soslayarse, en sus expresiones idiosincrásicas, los efectos que producía en la estructura del viejo mundo político de provincias y de notables la consolidación a escala local, como se observa a propósito de Sicilia, de una "estructura unitaria que, formalmente, se presenta como partido político, pero que deja traslucir tras de sí el estado";[289]

> Surge por primera vez en la historia de la organización del consenso en Italia el partido-estado que no sólo se torna el gerenciador único de lo "político", sino que infiltra las realidades sociales del Sur con técnicas absolutamente desconocidas para los *partidos tradicionales de la era liberal*. Mediante una red abarcativa de organizaciones aglutinantes por sexo, edad, situación profesional y social, el partido filtra el acceso a los recursos disponibles; administra el mercado del trabajo ligado al empleo público; pero además reparte estatus y roles –siquiera meramente honoríficos– que sin embargo hacen sentir a un interminable tropel de secretarios de federaciones provinciales, secretarios de *fasci*, responsables de grupos barriales, jefes de sector, jefes de un bloque habitacional, voluntarios de la MVSN, etc., que el universo circundante está compuesto jerárquicamente por hombres peores y mejores que ellos.[290]

Observaciones análogas se hicieron para Calabria, donde "la fundamental novedad de una politización de masas capilar y organizada, que surca los nuevos espacios ofrecidos por el fun-

cionamiento político y sindical y por la intervención económica del estado" se expandía "incluso hasta las más remotas aldeas de montaña, tenía éxito allí donde hasta ese momento habían fracasado tanto los socialistas como los *popolari*: la constitución de un movimiento de masas que hiciera de los sectores medios su columna dorsal y su fuerza. Un pequeño ejército de personas dedicadas a las profesiones liberales (abogados, médicos, profesores), amén de farmacéuticos, maestros de escuela, empleados municipales, pero también desocupados e indigentes, se aunaron bajo los estandartes fascistas, al ver por fin la posibilidad de acceder en primera persona al poder político".[291]

Bajo la luz arrojada por estas observaciones, y con la esperanza de un incremento posterior, ciertamente augurable, de los estudios acerca de las realidades locales del Partido Fascista, parece escasamente provechoso seguir valiéndose, para el estudio de la historia del PNF durante el régimen, de la teoría "derrotista": esta terminaría por volver cuanto menos superflua una nueva proliferación de estudios respecto de los llamados "fascismos locales", que vuelven a presentar patrones interpretativos habituales, con la representación uniforme de las múltiples y variadas realidades fascistas locales, todas reducidas a una interminable historia de operaciones de transformismo, de incansables disputas entre ambiciosos contendientes por los cargos partidarios, que desembocan en el fracaso.[292] Más proficuas resultan las investigaciones acerca de la historia local que ponen de relieve las características peculiares, totalitarias, del Partido Fascista en cuanto *partido milicia* y *religión política*, para poder evaluar, en su especificidad, las motivaciones, las formas, las herramientas y los efectos de la acción fascista en las instituciones y en la sociedad, desde la etapa de combate por conquistar el poder hasta el período de consolidación del régimen.[293]

De mayor utilidad para el estudio de la relación entre partido y sociedad son también las inverstigaciones acerca de aspectos específicos de la organización política hasta 1922, de Denise Detragiache, acerca del fascismo femenino desde 1919 hasta 1925, de Niccolò Zapponi acerca de las organizaciones juveni-

les fascistas desde 1926 hasta 1943, de Carmen Betti sobre la ONB [Organización Nacional Balilla], de Luigi Goglia acerca de las organizaciones coloniales del PNF, de Maria Fraddosio acerca de la militancia femenina fascista en los años de la guerra: con estudios de este tipo, por medio de reconstrucciones precisas basadas sobre una documentación en gran parte nueva o inédita, es posible articular las etapas de formación de la organización del Partido Fascista, y conocer mejor las estructuras con que el PNF puso en práctica, empíricamente, su política de control e integración totalitaria.[294] La fertilidad inventiva del fascismo para organizar a las masas sacó amplia e indiscriminada ventaja de las experiencias de los otros partidos de masas y de organizaciones colectivas seculares, como la Iglesia, imitando y adaptando, absorbiendo y manipulando organizaciones preexistentes, creando algunas nuevas, concretando proyectos que circulaban desde hacía bastante tiempo, ordenando y perfeccionando las que habían surgido espontáneamente alrededor del movimiento fascista o por impulso de este. El mismo Partido Fascista, desde sus orígenes en adelante, sufrió gran cantidad de transformaciones que, para quien se limite a una observación superficial, parecen ser producto de improvisaciones extemporáneas y de adaptaciones contingentes. Hasta ahora la escasa atención prestada por la mayor parte de los historiadores a la ideología de los fascistas y a su modo de concebir el partido contribuyó a generar distintos equívocos y evaluaciones erradas, con el riesgo, como observó Zapponi, de "no entender correctamente la *lógica* subyacente a la metamorfosis del PNF: renuncias voluntarias a determinadas tareas podrían parecer abdicaciones impuestas, y viceversa; trabajosas conquistas de deberes adicionales podrían ser imagen de concesiones consolatorias, y viceversa". Avanzando más allá de los juicios usuales, Zapponi intuyó la paciente y metódica labor realizada por el secretario Starace con la intención de ampliar, mediante la creación de la GIL (la Juventud Italiana del Lictorio; sobre esta organización véase el capítulo 5), los territorios sometidos al partido: el PNF, con Starace, se autodelimitaba voluntariamente, declarando su

sumisión al único detentor del poder público, pero a la vez avanzaba hacia la infiltración en las estructuras del estado, para

> ... ejercer sobre este una presión –no declarada, sino efectiva– de tipo *destructivo*, que a largo plazo ninguna autoridad, por fuera del "duce", habría podido impugnar [...] Starace no pedía la asignación oficial del poder político al PNF, sino que de hecho esperaba tarde o temprano su asignación, en una ceremonia informal, por parte de un estado engrillado.[295]

Un estudio más analítico del secretariado de Starace dejaría en evidencia que el "fiel mastín" del Duce había entendido bien la lógica del totalitarismo fascista, y obró en consecuencia: sólo con la ostentosa renuncia a cualquier pretensión de interferir con el "cerebro político" del régimen fascista y, simultáneamente, con el desarrollo meticuloso de las funciones ejecutivas asignadas al partido, hasta desafiar el ridículo, alcanzando gradual pero decididamente la expansión capilar de la influencia del partido en la vida pública, se hacía afluir, casi inadvertidamente, a manos del secretario del partido el máximo de poder efectivo, con el asentimiento, acaso distraído, del Duce, quien inmerso en los problemas de la política mundial dejaba a Starace la plena administración del partido.

La figura de Starace, así como la de los otros secretarios del PNF, merecería una atención mayor que la recibida hasta ahora con anotaciones de color, excesivamente fáciles.[296] La biografía de Farinacci de Harry D. Fornari y el perfil biográfico de Augusto Turati de Philip Morgan contribuyen a dar a conocer mejor el funcionamiento del partido que, por su propia índole, trasuntaba fuertemente la impronta del secretario general.[297] La publicación del texto completo y original de las memorias de Giovanni Giuriati dio la ocasión, a quien ahora escribe, de reconsiderar, sobre la base de documentación inédita, la importancia de su breve secretariado.[298] Faltan aún estudios específicos acerca de los secretariados de Muti, Vidussoni y Scorza, indudablemente de menor relevancia en la evolución del PNF, ya arribado a su

etapa de declive en su parábola: respecto de ese período, es preciso hacer referencia –para la política de cada uno de los secretarios– a los estudios acerca de la crisis del régimen fascista de Fredrick W. Deakin, de Gianfranco Bianchi y al volumen ya citado de la biografía mussoliniana de Renzo de Felice relativo a los años 1940-1943.[299] En términos más generales, sería útil una investigación sistemática acerca de la clase dirigente fascista, acerca de la jerarquía y las masas inscritas en el PNF: una sociología del Partido Fascista podría proporcionar consideraciones muy importantes, especialmente en lo referente al período de formación, para el análisis histórico del carácter del PNF y de sus coyunturas. Tampoco faltan en ese sector indicadores dignos de mención, como los ensayos de Juan J. Linz, de Paolo Farneti y de Jens Petersen. En un análisis comparativo de los movimientos fascistas, Linz especificó mejor las características sociales del Partido Fascista como movimiento juvenil, con una elite en gran parte de formación reciente, que había hecho su propio descubrimiento de la política por intermedio de la experiencia de la guerra, y con una base de masas heterogénea pero ampliamente constituida por estratos medios, situada principalmente en las regiones del norte y del centro de Italia, donde se había desarrollado una moderna agricultura capitalista. En contraposición con el Partido Nazi de 1930, en 1921 el PNF tenía un liderazgo formado por elementos con un grado más alto de formación técnica y profesional, contaba con una casa de afiliados menos caracterizada por el elemento agrario y con una proporción mayor de elementos obreros, pero sobre todo con una parte importante, si se toma como base para mensurarla la estructura ocupacional de Italia, de miembros provenientes de los "cuellos blancos", de la burocracia estatal y municipal, de las profesiones liberales y de la docencia, y del ámbito estudiantil.[300] A observaciones análogas llegó Petersen, estudiando la base social del fascismo durante la década de 1920, con relación al proceso de sustitución de la elite liberal con una nueva elite fascista. Ya en los comicios de 1921, cuando los fascistas participaron en coalición con otros partidos burgueses en los Blocchi Nazionali, fue consi-

derable el éxito fascista, porque de 23 listas con candidatos fascistas, en diez casos se situaron en la primera mayoría, en cinco casos en la segunda, en ocho alcanzaron el tercer puesto y en seis el cuarto; en los comicios de 1924 el recambio fue aun más marcado, porque el fascismo envió a la Cámara de Diputados a un grupo de "hombres nuevos" y jóvenes, con una edad promedio de 37,2 años, contra 48,4 de los aliados: el 80% de los diputados fascistas –cuyas dos terceras partes no llegaban a los 40 años de edad– era nuevo en la actividad parlamentaria. También según Petersen, el PNF, más que el Partido Nazi, tenía la impronta de grupos del nuevo sector medio y de la burguesía de formación universitaria que, junto con miembros del viejo sector medio, formaban casi la mitad de los adherentes al partido y cerca del 90% de sus cuadros.[301] Paolo Farneti detectó la masa de maniobra del fascismo, hacia 1920-1922, en la nueva clase media rural constituida por un millón de nuevos propietarios, que con sus familias alcanzaban cerca de cinco millones de unidades, surgidas entre 1911 y 1921: la novedad política del fascismo fue la convergencia de intereses, este también fenómeno social inédito, entre "clases habientes (medias y pequeñas) rurales" y las "clases adquirentes (medias y pequeñas) urbanas", esto es, entre propietarios y consignatarios, ahorristas y asalariados. Según Farneti, "justamente al régimen fascista se remonta el comienzo de ese ascenso de las clases medias, un ascenso político y económico" que prosiguió tras la Segunda Guerra Mundial.[302] Más amplios y sistemáticos análisis sociológicos acerca de la formación de la organización fascista, y en especial del PNF, probablemente podrían dar un panorama más detallado y exhaustivo de ese fenómeno, que representa uno de los aspectos más importantes de la movilización política puesta en práctica por el fascismo.

La mayor parte de los problemas y de los temas examinados hasta ahora quedó fuera de una amplia investigación específicamente dedicada al PNF por Paolo Pombeni.[303] Después de constatar acertadamente, con una breve y trunca reseña de la literatura crítica al respecto, el interés marginal de los estudiosos

por el problema del partido en el fascismo, Pombeni presenta un análisis de la "forma partido" fascista, basado sobre una lectura de los estatutos del PNF, de los informes editados por el Gran Consejo y de la legislación acerca del PNF. Con ese proceder, quiso demostrar, en contraste con los que afirmaron y aún afirman la tesis del "final del partido" o de su "vaciamiento político", que la posición del PNF en el régimen fascista siempre fue importante. En cuanto ensayo de historia política, como tiene intención de ser, el libro tiene carencias en la porción estrictamente histórica, por la exigüidad de sus fuentes, por su uso limitado de los ya limitados estudios acerca del tema, por el tratamiento a veces farragoso, y por descuidos y errores, a veces veniales, a veces más serios, cuando involucran juicios de valor.[304] La parte histórica del ensayo depende explícitamente de los trabajos de Aquarone, De Felice y Lyttelton, a los cuales suma una exégesis de los artículos de *Gerarchia* y una lectura crítica de la literatura jurídica de ese momento acerca del problema del PNF. En esa última parte, el ensayo de Pombeni hace un aporte nuevo, que permite valorar la amplitud del debate respecto de la posición constitucional del partido en el régimen fascista, problema en torno al cual formaron corrillo ideólogos y juristas incluso muy destacados, que no obstante ello no lograron llegar, según Pombeni, "a una racionalización de los poderes capaz de imponerse" porque "en la construcción de lo que indudablemente era un intento de 'constitución fascista' faltaba cualquier voluntad de racionalidad tanto a favor como contra la corriente de cada uno de los actos legislativos".[305] En cambio, permanece inexplorada en el libro, aparte de las noticias derivadas de los trabajos de Aquarone y De Felice, la realidad histórica concreta de la organización, de su modo de ser y de obrar, de la vida interna y de los vínculos entre sus integrantes, de las distintas actividades que desarrollaba el partido, y poco de nuevo se percibe acerca de la acción de los hombres que, en las cumbres y en la periferia, eran los animadores de esa organización. Pombeni sostiene acertadamente la importancia del PNF en el régimen, pero sin mostrar en qué manera funciona-

ba esa maquinaria y cómo ejercía su acción en el ámbito de las instituciones y de la vida social. Aproximativas respecto de lo ya sabido y, en algunos puntos, discutibles son las páginas dedicadas a la política de los distintos secretarios generales: el examen de ese aspecto fundamental para el conocimiento de la historia del PNF, en el desarrollo de la organización y de sus funciones, habría requerido al menos una lectura analítica, y no ocasional, de las circulares de la secretaría del PNF, de los *Fogli d'ordini*, de los *Fogli di disposizioni*, de los *Atti del PNF*, de los órganos de prensa oficiales u oficiosos del partido, así como una búsqueda en las fuentes de archivo del material documental relativo al PNF.

Además, incluso en el estado actual de conocimientos y bajo la luz arrojada por los problemas surgidos del debate acerca del PNF ya desde el primer período de su formación, en el ensayo de Pombeni resultan especialmente discutibles las evaluaciones con respecto a algunos momentos decisivos de su historia. Desde un punto de vista general, la representación de las coyunturas históricas del PNF resulta invalidada por la malograda percepción de su unidad de desarrollo, falta probablemente debida a la adopción de una tesis que hace desviarse del punto central, si es cierto que toda organización "lleva consigo la impronta de sus modalidades de formación y de las decisiones político administrativas cruciales efectuadas por sus fundadores, decisiones que 'modelaron' su organización":[306] Pombeni sostiene la tesis de que, en sus orígenes, el PNF no era "un partido muy distinto de los demás, si se exceptúa el aspecto que concierne a las *squadre di combattimento*"; ostensiblemente, con ello él no presta toda la atención requerida a la decisiva influencia que el escuadrismo tuvo al modelar la índole del PNF y condicionar su evolución, tanto en la vida interna como en los vínculos con los otros partidos políticos y respecto del orden constituido.

En realidad, el PNF nació como un "partido armado" y desde su nacimiento su fisonomía estuvo dominada por el carácter de *milicia*, que determinó las modalidades de organización del partido, en medida decisiva y prevalente respecto de los restantes lineamientos previstos por el estatuto, los cuales eran comu-

nes a otros partidos de masas; de ese mismo modo determinó el tipo de vínculos jerárquicos, el estilo, la mentalidad y la ideología. La *militarización* del partido, formalizada de manera estable en 1922, dejó una marca indeleble en la organización del PNF y en sus transformaciones institucionales. Una mayor atención al problema del escuadrismo, como fenómeno originario y constitutivo del PNF, durante el período de su formación, habría permitido definir mejor la idiosincrasia y la lógica propias de la "forma partido" fascista. Para los acontecimientos que siguieron nos parece inaceptable, en la interpretación de Pombeni, la evaluación de Farinacci como personaje desprovisto de estatura política, que "tenía apetencias de poder, no un programa político", porque ese juicio no sólo soslaya lo emanado de otros estudios sino que desdeña examinar cuál fue su acción, cuáles las directivas de su política partidaria, en uno de los momentos más cruciales para la existencia del PNF,[307] mientras que Farinacci afrontó esa situación exhibiendo notables dotes de organizador y encaminando una obra decisiva de transformación y reestructuración del partido. Su acción incidió sobre el sucesivo ordenamiento del "partido único", aunque el *ras* de Cremona no logró conseguir los ambiciosos objetivos que se había propuesto. Del mismo modo se presenta a Giuriati (erróneamente mencionado en ese ensayo siempre como *Giurati*) como una "figura transitoria", un fiel "de modesta estatura"; se define su secretariado como un "intervalo sin historia".[308] En realidad, por sus notables antecedentes políticos, Giuriati era todo lo contrario a un personaje de "modesta estatura", al menos dentro de los límites del mundo político fascista, y la documentación disponible ya arrojó luz sobre el significado de su administración del partido, todo, menos desdeñable, en la política del PNF: bastará recordar que, mientras Giuriati era secretario, se crearon los *Fasci giovanili di combattimento*, se acentuó la militarización del partido y las características del fascismo como "religión civil"; se puso orden en las organizaciones dependientes del PNF; se abrió un conflicto muy grave con la Iglesia por la cuestión de la educación de los jóvenes, y se reivindicó enérgicamente una definición de la posición

política activa del partido en la vida del régimen.[309] Mayor atención presta Pombeni a los períodos de Turati y de Starace, sobre la base de la investigación de Aquarone y en especial de De Felice, con algunas observaciones críticas con respecto a la cuota de poder efectivo reservada al PNF después de 1926, cuando la actividad del Partido Fascista, "más que restringirse, se expandía", con el nuevo estatuto que, señala correctamente Pombeni, "garantizaba esferas de injerencia sumamente amplias en la vida social, que eran desconocidas acaso no en la práctica sino indudablemente en la representación normativa inclusive dentro de los partidos de masas anteriores". Por tanto, el peso político del PNF no había "disminuido y desaparecido" sino que "más bien se había transformado": el PNF, aun perdiendo su "función de elaboración de proyectos políticos [...] había ganado muchos poderes sociales codificados: en sus manos estaba la organización del consenso y la mediación extrainstitucional".[310] Como demuestra con gran cantidad de ejemplos Pombeni, durante el secretariado de Starace el partido recibió cada vez mayores atribuciones de control formal sobre la vida pública y estatal, con prerrogativas que "intensificaban el poder del partido" y, por ende, a su entender, "quiebran la leyenda de un PNF cada vez más burocratizado y desprovisto de poder".[311]

El PNF en la definición histórica del totalitarismo fascista

En las distintas interpretaciones de la trayectoria del Partido Fascista tomadas en consideración hasta ahora se destaca sobre todo el problema del rol político del partido durante el régimen, especialmente en lo relativo a la cuestión de la "politización" de las masas y, en términos más generales, al problema del totalitarismo en el fascismo. Es evidente que se pueden dar distintas respuestas a dicho problema, conforme a los criterios con que se evalúan la índole y la historia del Partido Fascista y su actuación en el régimen, pero también con referencia a lo que se entiende cuando se habla de "participación", de "politi-

zación", de "totalitarismo", en el caso del fascismo. Al respecto, creemos oportuno evitar terminar en una de esas disputas verbales acerca del significado de los términos empleados, las cuales suelen obstaculizar la investigación histórica, suplantando la detección, el análisis y la definición conceptual de problemas históricos concretos con el duelo entre definiciones abstractas de conceptos fuera de contexto y carentes de cualquier contenido histórico. No cabe duda de que si se vincula el sentido de "participación" y de "politización" a una idea de política como "actividad libre y libre debate", para valernos de términos de Aquarone, entonces no puede sostenerse que el Partido Fascista haya deseado, promovido, concretado la "participación" y la "politización" de las masas y aceptar también sin vacilaciones la tesis de la "despolitización" del partido y de la sociedad italiana en los años del fascismo. Fundadas sospechas pueden proponerse, sin embargo, acerca de la legitimidad de aplicar al análisis y a la definición de la política de masas de un movimiento totalitario categorías de juicio que se identifican con los valores del pensamiento liberal. En realidad, si se toma ese tipo de valores y se lo eleva a categoría de juicio histórico, simplemente se renuncia a afrontar un tema fundamental para la comprensión del significado histórico del fascismo, de la índole de la política de masas y del rol del Partido Fascista, el cual elaboró –como hemos demostrado ampliamente en otra oportunidad[312]– su propio ideal de "politización" de las masas y en todo momento buscó hacerlo realidad, siquiera con mucha empiria, promoviendo formas de "participación" colectiva en la política del régimen que se condecían con la representación totalitaria fascista de la política y con su visión del hombre y de las masas en la sociedad moderna.

Los orígenes culturales, las motivaciones, las finalidades, las formas concretas de plasmarlas, y la práctica de organización y de concreción de la política de masas del Partido Fascista son parte esencial e integrante, junto con los fracasos y las derrotas, de la historia del PNF. Por ello, hay que tomar en cuenta las sugerencias provenientes, por ejemplo, del libro de Nolte, tam-

bién de los primeros estudiosos en encarar el problema del Partido Fascista como organización de masas y partido único. En los trabajos de Aquarone y de De Felice se encuentran indicaciones que, si se desarrollan de manera consecuente, llevarían, en nuestra opinión, a corregir su planteo interpretativo, en lo que hace al carácter del PNF, su posición y su actuación en el régimen. Aquarone, por ejemplo, al realizar un balance del PNF que en conjunto es derrotista, hizo constar, sin embargo, que aquel obtuvo "resultados más halagüeños", aunque limitados, en la obra de fascistización de las masas, en la obra de "creación de un clima general en la opinión pública que reflejase de cerca las directivas del régimen y la voluntad del Duce".[313] Él también señaló que el PNF tuvo una "capacidad de penetración formadora más incisiva" en relación con los jóvenes, para los que representaba,

> ... de modo hegemónico y monopólico, la dimensión política de la vida en comunidad, y por ende la apertura a un mundo de luchas, pasiones, idealidades y también, por qué no, de logros materiales y ambiciones saciadas, que inevitablemente ejercía una profunda sugestión sobre muchos [y mostraba ser] el único instrumento auténtico para concretar perspectivas efectivamente revolucionarias, [al que] quedaban aferrados sin alternativa posible.[314]

Ahora bien, si se reconoce que el PNF obtuvo resultados concretos en dos terrenos tan importantes, aunque fueran resultados limitados y con mucho inferiores a los puestos en circulación por el fascismo, forzosamente debe afrontarse el problema de mensurar el alcance, el carácter y los propósitos de esa influencia, y sus motivos, como elemento esencial para la interpretación del rol y de la función del PNF. Además, el propio Aquarone puso de relieve la posición predominante que el PNF logró alcanzar y mantener en otro sector importante, como el de la organización sindical y de las Corporaciones, y así abrió otro asunto en que evaluar el rol efectivo ejercido por el partido, pese a la pérdi-

da de autonomía política, en el sistema de poder fascista. Para todos esos problemas son de especial importancia las observaciones realizadas por De Felice en recientes aportes acerca de la temática de la política de masas y del totalitarismo en el fascismo.[315] Enfatizando y desarrollando, de modo más orgánico, algunas alusiones incluidas en sus estudios anteriores, acerca de la autonomía del mecanismo dictatorial respecto de las fuerzas que habían propiciado y respaldado el triunfo del fascismo, De Felice señaló 1936 como el momento del "viraje totalitario" del fascismo, considerando que dicho viraje fue consecuencia de "un proceso en marcha desde hacía ya tiempo", "pero que estaba en la lógica del propio régimen y de cómo aquel se [había] ido desarrollando en esos últimos diez años", esto es, el proceso de "gradual totalitarización del régimen", que el fascismo no llegó a obtener por completo pero que, con todo, caracterizó la vida del fascismo después de 1936.[316] De ese modo, si se observa con detenimiento, De Felice introdujo en su visión general acerca del fascismo elementos que ciertamente, en nuestra opinión, modifican la interpretación y la imagen del régimen fascista (y por tanto, de sus principales componentes, como el partido) tal como se deriva de sus trabajos previos, en los que De Felice insiste en los elementos de continuidad entre viejo régimen y régimen fascista, compartiendo, en la cuestión del totalitarismo, el juicio de Hannah Arendt.[317]

Según De Felice, el impulso para ese "viraje totalitario" fue determinado principalmente por la perspectiva del "después de Mussolini" y por la urgencia, para el Duce, de actuar rápidamente para modificar a favor del fascismo los vínculos con las fuerzas tradicionales, "expandir el carácter totalitario del régimen, valorizando su índole estrictamente fascista y dilatando directa e indirectamente su poder empírico" en perjuicio de las componentes tradicionales ligadas a la monarquía. Entre las distintas iniciativas tomadas en esa dirección que obedecen a una lógica única, De Felice señaló el decreto ley número 4 del 11 de enero de 1937, que otorgaba al secretario del PNF la calificación de ministro-secretario de estado; el nuevo estatuto del PNF emanado el 28 de abril de 1938, con que se proclamaba oficial-

mente al PNF (art. 11) "partido único del Régimen", con personería jurídica, y se le asignaban oficialmente como tareas "defender y potenciar la Revolución Fascista" y "la educación política de los Italianos"; y la instauración, en 1939, de la Cámara de los Fasci y las Corporaciones. Con el "viraje totalitario", el fascismo no sólo acentuó de manera más radical su toma de distancia de la antigua constitución del reino, como observó Aquarone, sino que perfeccionó la inserción del partido en las cumbres del estado fascista en construcción, dándole un rol constitucional de primordial importancia –si se lo contempla desde la perspectiva del "después de Mussolini"– con el reconocimiento jurídico de la presencia, invasiva y dominante, que el PNF había alcanzado en la vida pública. Desplazándose hacia una más rápida puesta en práctica de su propio totalitarismo, diferente del nazi y del comunista por la ausencia del sistema de concentración y de la superposición del partido con el estado, el fascismo también dio muchos pasos importantes hacia la "completa politización de la sociedad civil hasta eliminar la distinción entre estado y sociedad civil": un objetivo que se correspondía con "la ideología y la lógica interna del fascismo" y que en ese momento "para aquel se configuraba como el más importante y el más urgente de todos". Según ese enfoque, aunque se excluya –por el carácter en sí del totalitarismo fascista, que afirmaba el primado del estado–, una superposición del partido con el estado, en el sentido nazi o comunista, se reservaban al PNF "tareas mucho más importantes para el desarrollo del régimen y, por consiguiente, un vasto poder, que aquel sólo podía ejercer, sin embargo, en la sociedad civil", y que no debía interferir con el del estado y del gobierno central.[318]

Planteada en esos términos, por parte de De Felice, la cuestión del totalitarismo fascista nos parece que implica una revisión de su interpretación del problema del partido en el régimen, y también de la definición de "viraje totalitario" referida a la política fascista posterior a 1936. Y eso justamente habida cuenta el carácter específico del totalitarismo fascista y de la lógica inherente a este último.

Una vez reconocida la existencia de una forma *fascista* de totalitarismo, hace falta plantearse el problema de la actuación que tuvo el partido en la formación del *totalitarismo fascista*, estudiar de qué modo el partido en el poder contribuyó a la elaboración y a la realización de un experimento totalitario con miras a la "politización", en *sentido fascista*, de la sociedad civil, y a la "participación", en *sentido totalitario*, de las masas en la vida del sistema político fascista, siguiendo en la praxis una lógica de conducta que era del todo coherente con los principios fundamentales de la ideología fascista, según la definición que propusimos en 1974 de totalitarismo fascista, y que consideramos oportuno citar ahora, para precisar nuestro punto de vista acerca de ese tema, sobre todo en consideración de las consecuencias que derivan del reconocimiento del carácter totalitario del fascismo para la evaluación del rol del partido:

> El elemento esencial característico de la ideología del fascismo italiano fue la *afirmación de la primacía de la acción política*, esto es, el totalitarismo, concebido como resolución total de lo *privado* en lo *público*, como subordinación de los valores atinentes a la vida privada (religión, cultura, moral, afectos, etc.), al valor político por excelencia, el estado. El núcleo central y constante de la ideología fascista fue la concepción del estado como concreción de la voluntad de poderío por parte de una minoría activista que se orientaba a hacer realidad su mito y dentro de la sociedad tendía a consistir en un grupo político autónomo por sus opciones e independiente de todas las fuerzas que lo habían respaldado y condicionado en su ascenso al poder. Dicho grupo era imaginado como una clase de modernos Platones, que debían construir un estado orgánico y dinámico en que incubar al hombre nuevo fascista [...] *la ideología fascista fue la más completa racionalización del estado totalitario* [...] El fascismo resumía en el mito del estado y en el activismo como ideal de vida los rasgos esenciales de su ideología [...]. El fascismo fue, sobre todo, una *ideología acerca del estado*, cuya realidad insuprimible y totalitaria –necesaria para imponer

un orden a las masas e impedir la degeneración de la sociedad en el caos– afirmaba [...] por ello, no fue una ideología *de* masas sino *para las* masas, pues si bien comprendió la importancia de las masas en la sociedad contemporánea no les reconoció el derecho y la capacidad, en cuanto "masa", de expresar una idea política y de autogobernarse conforme a principios de igualdad y de libertad, a los que se consideraba derechos naturales [...] En el estado totalitario imaginado por el fascismo y plasmado, al menos en su aspecto exterior, con el uso de los medios de propaganda modernos, la vida civil se volvía un constante *espectáculo*, donde el *hombre nuevo* fascista se exaltaba en el fluir de la masa ordenada, con la repetición de sus ritos, con la exposición y la veneración de sus símbolos, con la sugerente apelación a la solidaridad colectiva, hasta alcanzar en momentos de alta tensión psicológica y emotiva la fusión mística de la individualidad de cada cual con la unidad de la nación y de la estirpe, merced a la mediación mágica del Duce, que realizaría una *democracia de masas*, sin diafragmas de falsas representatividades [...]. La organización del consenso se cimentaba sobre esos ceremoniales, que a menudo terminaban por volverse la sustancia del régimen [...] Los símbolos y los ritos, las ceremonias masivas y el carácter sacrosanto asignado a hechos banales de la vida social se vuelven finalmente la única forma de participación real de las masas en el poder político, como protagonistas de un drama que se desarrolla con ellos, pero por encima de ellos.[319]

Ahora bien, esa definición del totalitarismo fascista –con la que concuerda, por lo demás, el propio De Felice[320]– necesariamente lleva a reconsiderar la dinámica histórica del Partido Fascista desde una nueva perspectiva, a evaluar su rol en el régimen no como consecuencia de una "liquidación política" o una "despolitización", sino como efecto y desarrollo de su formación histórica originaria, en cuanto *partido milicia, ideología totalitaria* y *religión política*, que reconocía al estado –pero al *estado fascista*, esto es, concebido en sentido totalitario– el valor y la función de un "absoluto" al cual los individuos debían incondicional fe

y completa dedicación, considerando su propia existencia íntegramente al servicio del estado.

Bajo la luz arrojada por esas consideraciones, creemos que en lo referente a la política fascista posterior a 1936 puede hablarse –sin embargo, no todo consiste solo en palabras– de *aceleración totalitaria* antes que de *viraje totalitario*, porque no estribaba en el cambio de un rumbo político sino en el énfasis deliberado sobre un proceso en acto, inherente a la índole del sistema de poder del fascismo, a su cultura, a su ideología, a su organización de "partido" y de "régimen". Es verdad que en el régimen fascista se negó al partido cualquier posibilidad de obrar con autonomía respecto del Duce, también de intervenir en las opciones fundamentales del régimen con una voluntad política propia, independiente del Duce; pero lo mismo sucedió con el Partido Nazi y con el Partido Bolchevique, al menos, en el caso de este último, en tiempos de Stalin. De todas maneras, para el Partido Fascista ello bajo ningún concepto constituía una "liquidación" de su rol político, al menos en el sentido que dicho rol tenía en el seno de la concepción y de la praxis del totalitarismo fascista. En forma solo aparentemente paradójica, podría decirse que, aparte del período de Farinacci en la secretaría, el PNF nunca aspiró –en vida de Mussolini– a tener un rol político autónomo e independiente del Duce, a ser el "cerebro político" del estado totalitario o la fuente primaria de la decisión soberana, que determinaba la vida y la dinámica del régimen porque, en realidad, dicha aspiración de hecho ya estaba plenamente realizada en la persona del Duce, "Jefe del PNF". Aun para los más fervorosos sostenedores de la primacía del partido, un cuerpo político con dos cerebros habría sido algo absurdo, en absoluto conflicto con el principio fundamental de *unidad y unicidad del mando* que constituía la plaza fuerte de la concepción fascista del partido y del estado totalitario. El problema del partido, como "cerebro político" del régimen, se planteaba por doquier, como veremos en el penúltimo capítulo, en vista de la eventualidad de una sucesión para Mussolini, para la continuidad del régimen y para la posterior intensificación de la política de concreción del estado totalitario.

El PNF aceptó de buena gana tomar a su cargo la función de "milicia civil" del estado fascista bajo las órdenes del Duce y actuar como el "gran pedagogo" de la nueva Italia anhelada por el fascismo. Después de Farinacci, el PNF recibió tareas ejecutivas, que lo excluían de la decisión soberana; pero, en la praxis del régimen y desde la perspectiva de su totalitarismo adquirían un alcance político enorme para la presencia del partido en la vida pública y en las estructuras, tradicionales y nuevas, del estado fascista en construcción. El PNF –tanto sus jefes como sus cuadros inferiores– reconocía ser una organización subordinada al estado fascista, mítica entidad apenas esbozada en la realidad del *régimen*, pero reivindicaba –sin abrir conflictos de poder con el duce, en vida de este– el derecho de ser el cuerpo omnipresente del fascismo, del que debía surgir el futuro Jefe, mientras en espera de ese evento se dedicaba con constantes cuidados, no demostrativos, a ocupar cada vez, con su organización, todos los espacios posibles, en la sociedad y en el estado. Como demostraremos en la segunda parte de este volumen, la subordinación del partido al duce y al mito del estado totalitario no significó en medida alguna reducir el partido a mero aparato burocrático, a director de ritos y desfiles, a pasivo e inerte instrumento en manos del Duce, disciplinado y obediente servidor del estado.

La evaluación del rol del partido en el régimen fascista, dentro del ámbito de la definición de los lineamientos históricos del totalitarismo fascista, no puede prescindir, de todos modos, de un conocimiento historiográfico más profundo de las alternativas del PNF, como condición necesaria para un análisis teórico que se entrelace con la realidad histórica concreta.

En esta primera parte del volumen hemos querido brindar al lector una reseña de las interpretaciones de la índole y de la historia del PNF, de modo que le permitamos contar con un panorama suficientemente amplio para valorar el estado de los conocimientos y del debate, los avances realizados, las sendas abiertas y los callejones sin salida, los problemas ficticios y las hipótesis fecundas. Ahora creemos necesario hacer a modo de conclusión algunas observaciones, para precisar nuestro punto

de vista, y definir la perspectiva en cuyo interior se sitúa nuestra interpretación del carácter y de la historia del PNF, especialmente en lo concerniente a la cuestión del totalitarismo fascista, tal como creemos que debe abordarse en el ámbito del análisis historiográfico, sin descuidar los resultados obtenidos hasta el presente. Nuevos problemas, nuevas perspectivas, nuevas adquisiciones documentales son factores complementarios para el avance de la investigación histórica. Acerca del problema del Partido Fascista y, en términos más amplios, acerca de la cuestión del totalitarismo fascista se contó con distintas y contrastantes interpretaciones, no siempre sostenidas por una reconstrucción precisa de los acontecimientos. Sin embargo, llegados a este punto, se tiene la impresión de estar en una instancia más allá de la cual el ejercicio de la interpretación, no ligado a una profundización efectiva de la investigación histórica y a la adopción de una perspectiva adecuada al avance de los conocimientos, corre el riesgo de reproducirse, como un juego de espejos enfrentados, en una inagotable pero estéril "interpretación de la interpretación". La posibilidad de superar ese punto de inercia, en el ámbito de la historiografía, depende sólo de un desarrollo del análisis teórico mediante la reconstrucción historiográfica concreta, en que coincidan juicio y relato.

A dicha profundización y a dicho desarrollo desearon contribuir las investigaciones desarrolladas por nosotros acerca de la historia del Partido Fascista, acerca de los mitos y la organización de su política de masas, antes y después de su llegada al poder.[321] Los resultados de esas investigaciones constituyen la materia histórica para las reflexiones desarrolladas en la segunda parte del volumen, tendientes a dar cuenta de los elementos constitutivos fundamentales del totalitarismo fascista, que no fue una realidad histórica, expuesta de modo definitivo, sino un proceso de plasmación, una realidad en incesante construcción, que paulatinamente fue adquiriendo forma en la cultura política, en las instituciones y en el estilo de vida del régimen fascista, gracias a un complejo vínculo entre partido, Duce y estado.

Segunda parte

El cesarismo totalitario

4. Partido, estado y Duce en la mitología y en la organización del fascismo

Partido, estado y Duce fueron los pilares fundamentales del sistema político fascista. Un análisis de esos tres elementos, tomados en consideración en referencia al problema del mito y de la organización en el fascismo, nos parece necesario para comprender la índole de ese movimiento-régimen, y para definir su ubicación en el ámbito de las experiencias del autoritarismo moderno. Hasta ahora, ese aspecto de la experiencia fascista generalmente fue soslayado por los historiadores. La mayor parte de los estudiosos del fascismo dio, precisamente, gran importancia a los intereses de clase y a los juegos de poder para explicar la génesis y la función del sistema político fascista. Los conocimientos que hemos adquirido en ese terreno nos permiten contar con un panorama bastante claro de los vínculos entre el fascismo y los grupos dominantes en el mundo económico y las instituciones tradicionales, así como tenemos reconstrucciones bastante profundas que dan cuenta de las condiciones sociales y las coyunturas políticas que prepararon la llegada al poder del fascismo y su sucesiva estabilización. Ya se conocen las situaciones "objetivas" en que maduró y se desarrolló la experiencia fascista. En cambio, sigue siendo un territorio casi totalmente inexplorado el mundo de los mitos y de las organizaciones del fascismo. Cómo decir que conocemos las relaciones del fascismo con las situaciones "objetivas", pero no conocemos el fascismo por lo que aquel era *per se*, con la consecuencia de concebirlo no como un fenómeno con una fisonomía propia sino como una resultante de relaciones. Ello deriva, según nuestro parecer, de menospreciar los rasgos propios del fascismo, como movimiento-régimen, y de la fallida percepción de las relacio-

nes entre mito y organización en la formación del sistema político fascista. Aquel fue considerado principalmente, si no exclusivamente, un instrumento funcional a la defensa de los intereses de clase de la burguesía, una construcción híbrida, no edificada según una concepción de la política y de las masas, sino más bien bajo el impulso de situaciones contingentes e iniciativas ocasionales, debidas sobre todo a la voluntad de poder personal de Mussolini, o bien considerado producto de la mezcla de ambos factores. Sin salir de esa perspectiva, los estudiosos generaron, por cierto, avances importantes en el conocimiento del fascismo. Con todo, nos parece que proseguir únicamente por esa vertiente solo puede llevar, ahora, a encontrar confirmaciones para lo ya conocido, y adquirido por la generalidad, sin que por ello se haya llegado a una comprensión histórica satisfactoria del fascismo en sus rasgos específicos. El análisis de los intereses de clase, de los juegos de poder y de la política personal de Mussolini es fundamental, pero de por sí no agota los problemas que la experiencia fascista sigue suscitando; hasta ahora, tampoco dio al respecto una respuesta de conjunto. La posibilidad de orientar la investigación en otras direcciones requiere adoptar nuevas perspectivas. Esa posibilidad se funda, a nuestro entender, sobre una valoración del fenómeno fascista, que tiene su fuente justamente en el avance en los conocimientos llevado a cabo en las últimas décadas: pensar que el fascismo fue un *movimiento-régimen* con una lógica propia, que no puede identificarse por completo y resolverse con la lógica de los intereses de clase y de la política de Mussolini, aunque se entrelace con ella. El fascismo fue un fenómeno inédito, surgido, como otros movimientos políticos de la historia contemporánea, de los conflictos inherentes a la sociedad de masas moderna, que destina sus afanes a la búsqueda de soluciones para el problema de las masas y del estado, del individuo y de la colectividad, del orden y del cambio, en una época de rápidas transformaciones. El sistema político fascista fue un intento novedoso de solución, elaborado y experimentado dentro de las estructuras de la sociedad burguesas, pero concebido y llevado

a cabo según una lógica eminentemente política y, en sentido estricto, totalitaria.

Nuestra interpretación del vínculo entre partido, estado y Duce tiene como punto de partida algunas consideraciones generales acerca del problema del mito y de la organización del fascismo. En primer término, la constatación de dos hechos importantes:

1. El fascismo fue el primer *partido milicia* que conquistó el poder en una democracia liberal europea, con la declarada intención de destruirla, y que planteó como finalidad específica suya –prácticamente efectuada– afirmar el *primado de la política* sobre cualquier otro aspecto de la vida individual y colectiva, mediante la resolución de lo *privado* en lo *público*, para organizar de modo totalitario la sociedad, subordinándola al control de un partido único, e integrándola al estado, concebido e impuesto como valor absoluto y dominante.

2. El fascismo fue también el primer movimiento político de nuestro siglo que llevó al poder el pensamiento mítico, consagrándolo como forma superior de expresión política de las masas y fundamento moral para su organización, e institucionalizándolo en las creencias, en los ritos y en los símbolos de una *religión política*.

Mito de la organización y organización del mito

Según nos parece, mito y organización fueron las componentes esenciales y complementarias de la política de masas del fascismo y de su sistema político. Para los fascistas, mito y organización no fueron solo instrumentos artificiales de técnica política, sino que fueron las categorías fundamentales por cuyo intermedio los fascistas interpretaron los problemas de la sociedad de masas moderna y definieron su sitio en esa realidad, para accionar sobre ella y para transformarla. Con un juego de palabras, puede decirse que el fascismo contó con el mito de la organización y de ello intentó organizar un mito en la realidad,

esto es, de traducirlo en instituciones y en formas de vida colectiva. El nexo entre mito y organización echaba raíces en una concepción de la política y de las masas aparecida mucho tiempo antes del fascismo, con el desprecio de la razón como reguladora suprema del hombre y de la historia, y el descubrimiento del poderío de lo irracional en los movimientos colectivos. Mito y organización ya habían sido examinados por Le Bon, Sorel y Michels como instrumentos fundamentales de la política de masas, necesarios para suscitar la energía de las masas y para transformarla en un arma política ordenada y eficaz. Aun antes de la guerra mundial, el movimiento nacionalista y el sindicalismo revolucionario habían adoptado y puesto en práctica esa concepción, exaltando la función del mito y de la organización para una política de masas definida como "voluntad de concreción y de poderío". El fascismo integró esa concepción con los mitos nacidos de la experiencia de la guerra y del escuadrismo, dando forma paulatinamente a una nueva *ideología antiideológica* caracterizada, ya en sus primeras formulaciones, por una orientación totalitaria. El fascismo fue consciente, desde sus orígenes, de la importancia del mito en la política de masas. Los fascistas habían aprendido de Sorel y Le Bon que el mito era un poderoso factor para la movilización y la cohesión de las masas. Así, en el *Il Popolo d'Italia* del 5 de julio de 1922 se lee que para volverse un "incoercible movimiento propulsor" un partido político debe tener un mito, "por el cual parezca supremamente bello y necesario vivir y también morir":

> El mito, por el que solo las grandes masas se mueven, siempre es la sublimación, la simplificación de un trabajoso y complejo proceso espiritual y moral, es la síntesis superior de toda una nueva y más o menos orgánica concepción de la vida y del mundo y siempre halla expresión en una palabra, en un lema, en un símbolo [...] que tienen la virtud de grabarse nítidamente en los ánimos y ejercer un encanto –el que se quiera– sobre las multitudes, incapaces de meditación y de pensamiento y dispuestas a todos los lances y entusiasmos.[322]

La ideología "antiideológica" del fascismo fue esencialmente expresión de un pensamiento mítico, elaboración de mitos políticos ya presentes en forma embrionaria durante el primer período de formación del "partido milicia", concebido como organización cimentada en el mito de la nación, para hacer realidad nuevos mitos de grandeza y de poderío, representados por la "romanidad", el "imperio", el "estado nuevo". La elaboración de esos mitos no debe hacer pensar solo en una obra efectuada por fríos, expertos planificadores de la manipulación de las masas y de la propaganda. Indudablemente la conciencia del poder mítico tenía un resultado instrumental; pero los propios fascistas obraron dentro de la lógica de los mitos que proponían a las masas. Incluso su concepción de la política, como expresión de la voluntad de poderío de una minoría capaz de plasmar la realidad y al hombre, era prisionera del mito. Los fascistas concebían la política "como audacia, como tentativa, como emprendimiento, como insatisfacción con la realidad, como aventura, como celebración del rito de la acción"; para ellos la política era "vida en el sentido pleno, absoluto, obsesionante de la palabra". En la *Dottrina del fascismo*, texto para los cursos de preparación política del PNF durante el régimen, se definía la política como "acción creadora libre y volitiva de grupos especiales de hombres que obran bajo la influencia de mitos sociales".[323] Todavía en junio de 1942 un joven fascista manifestaba su fe en el *mito de la política*: "Nuestras posibilidades futuras son ilimitadas, no aceptan otra frontera que no sea el que nosotros deliberemos fijarle".[324] Giuseppe Bottai confesaba en 1944 haber sido una víctima consciente de esa concepción de la política: "Fuimos llevados a confiar en nosotros; eso quiere decir en nuestra voluntad, la cual nos hizo reputar ilimitado nuestro poderío creador [...] obramos como si la política fuera el arte de lo imposible, de lo maravilloso, de lo milagroso".[325]

Esa concepción fascista encomendó a la política la función de crear y concretar mitos políticos, esto es –como escribió Camillo Pellizzi en 1924–, de crear "monumentos históricos" con-

cretando en el estado nuevas formas de organización de la vida colectiva.[326] El nexo entre *mito de la política y manía de organización* había sido fijado indisolublemente por el fascismo ya en los primeros tiempos de construcción del estado totalitario, por su parte también concebido míticamente como instrumento y meta de la "revolución constante", creación perenne y nunca agotable de una "nueva civilización política". El pensamiento mítico dio impulso al desarrollo de la organización totalitaria, que habría tenido que transfundirlo a las masas y transformar el carácter de las masas bajo la sugestión del mito. El totalitarismo fascista, escribía *Il Popolo d'Italia* del 25 de noviembre de 1926, no puede admitir zonas neutras en la vida italiana: "Fascistizar las masas: he aquí el verdadero, gran problema".[327] El éxito de la revolución fascista dependía de la capacidad de hacer funcionar el pensamiento mítico en la "sistematización de la fe", de un extremo a otro de la vida colectiva de la organización:

> Cuando hablamos del "hombre nuevo" queda claro que pretendemos hablar de la Sociedad nueva. La más seria y la más verdadera ocupación del Fascismo es, precisamente, madurar nexos sociales, un *humus* político e histórico, en que crezca el individuo y se formen las nuevas generaciones. Para ello se requiere mucha fe y poquísima teoría; esto es, se requiere que sobre la vida nacional imperen mitos [...]. El mismo lenguaje del Jefe, la misma praxis política del Régimen funcionan en los mitos; más que programas hay tareas, más que fórmulas hay mandatos, más que filósofos hacen falta soldados [...]. Por lo demás, los mitos siempre acompañan la conformación de una gran civilización; la ayudan a desarrollarse, la hacen triunfar, como fuerza y como idea universal [...] sistematizar la fe, remitirla a tareas precisas y determinados objetivos es el único medio para fundar los nuevos órdenes de la sociedad.[328]

La tarea de "sistematizar la fe", de organizar el mito para hacerlo penetrar en el ánimo de las masas fue cumplida principalmente por el Partido Fascista. Encontramos la continuidad

de una lógica entre los propósitos formulados al inicio del fascismo y el balance de la obra realizada por el Partido Fascista: plasmar en formas de vida colectiva el mito del estado totalitario, mediante la expansión de la organización del PNF. Es muy fácil ironizar acerca de las ambiciones fascistas y expresar fundadas dudas respecto del éxito de ese experimento totalitario, pero no puede menospreciarse la práctica y el significado de la puesta en marcha de ese mismo experimento y la lógica con que fue llevado adelante durante veinte años.

El fascismo, como movimiento político de masas, adoptó desde sus orígenes el carácter de *partido milicia*, organizando a sus adherentes en el escuadrismo, con una jerarquía y una disciplina militar, y transfiriendo al combate político la antítesis "amigo-enemigo", los métodos y las actitudes del estado de guerra. El Partido Fascista introdujo la *militarización de la política* en sus formas de organización y de lucha y, con el paso del tiempo, en las formas de vida colectiva de los italianos, mientras que en los ritos y en los símbolos adoptó desde un principio el carácter de una "milicia civil" al servicio de la "religión de la nación", intolerante e integralista. Ese carácter originario fue, para el PNF, derivado del escuadrismo, y determinó decisivamente inclusive las modalidades de organización del futuro estado fascista. La militarización del partido, formalizada de manera estable en 1922, antes de la conquista del poder, fue el primer paso hacia la práctica totalitaria de la organización, que el fascismo buscaría extender y aplicar a todos los aspectos de la vida social.

El objetivo del fascismo, tal como se fue precisando durante su desarrollo, antes y después de la conquista del poder, fue una revolución política que, dejando intactos los pilares fundamentales de la sociedad burguesa, habría de transformar la arquitectura y las funciones del estado unitario para edificar un "estado nuevo". Después de 1922, ése se volvió el mito dominante del fascismo: se imaginaba el "estado nuevo" según los lineamientos de un proyecto inédito de dominación política absoluta, por parte de una "aristocracia del comando" capaz de transformar, por medio de la acción del mito y de la organiza-

ción, el carácter de los italianos y crear una "nueva civilización política", en que se resolvería el problema de las masas y del estado, con la integración de la sociedad en el estado gracias al partido único totalitario. Después de la conquista del poder, el fascismo siguió elaborando el mito del "estado nuevo" e intentó hacerlo realidad con un experimentalismo institucional, que utilizó las estructuras del régimen anterior, adaptándolas a sus fines totalitarios, y sumándoles sin cesar nuevas instituciones o modificando radicalmente algunas de las ya existentes. El proceso de construcción del estado fascista no se desenvolvió con una sistematicidad lineal y orgánica, sino que demostró una coherencia sustancial en su tendencia a hacer cada vez más efectiva la politización, en sentido fascista, de todos los aspectos de la vida individual y colectiva. La política de masas del fascismo tuvo una prevalente actitud pedagógica, orientada a la socialización fascista de la mentalidad, de las ideas y de las conductas de los italianos, para crear una "comunidad" amalgamada por un credo político y organizada en una jerarquía de funciones y de competencias.

El embrión totalitario del *partido milicia* se desarrolló, después de la conquista del poder, con una acción simultánea de destrucción del régimen liberal y de construcción del régimen fascista. Por lo general, los historiadores reconocen que la construcción del régimen fascista comenzó, de manera decisiva, en 1925, y siguió gradualmente hasta los años de la Segunda Guerra Mundial. Las bases jurídicas del régimen fascista se echaron con la legislación autoritaria promulgada entre 1925 y 1929, que produjo un quiebre en la continuidad del orden italiano, tal como se había desarrollado con el régimen liberal. El momento de quiebre –o los momentos de quiebre– todavía es tema de discusión entre los estudiosos; pero hoy en día pocos niegan que el régimen fascista fue una realidad cualitativamente distinta del régimen anterior, aunque de este haya conservado y exasperado, en sentido autoritario y represivo, muchas estructuras. Al comienzo de los años treinta, los rasgos esenciales del sistema político fascista estaban definidos y consolidados: un "régimen

cerrado", irreversible, fundado sobre una concepción jerárquica del poder emanado desde lo alto, con la sustancial eliminación de la división de poderes y la exaltación de la primacía del ejecutivo, ejercido formalmente en nombre del rey, pero de hecho concentrado en manos del "jefe de gobierno y duce del fascismo", y definitivamente sustraído al control del parlamento. Con el estatuto de 1926, que introdujo el sistema de nombramiento desde lo alto de los cargos jerárquicos y asignó al Gran Consejo la tarea de impartir las directivas al partido, consagrando la figura del duce como "guía supremo", se subordinó al estado el PNF, por más que este conservara una posición central y adquiriera un rol y una función predominantes respecto de los demás institutos y organizaciones propios del régimen fascista. Dicho régimen se presentaba exteriormente como una estructura monolítica, sobre la cual descollaba la figura carismática del Duce. Como ya es sabido, por detrás de la fachada había un conglomerado de diferentes fuerzas, que se mantenían juntas por obra del compromiso que el fascismo había establecido con las fuerzas tradicionales; conglomerado administrado por el arte mediador y carismático de Mussolini. Las instituciones tradicionales –como monarquía, ejército, magistratura, burocracia– no fueron "fascistizadas" en el sentido pretendido por los fascistas intransigentes, pero se adaptaron al nuevo régimen, que preservó fuera de discusión el monopolio del poder político. En la sociedad, la Iglesia representaba el mayor obstáculo para las ambiciones totalitarias del fascismo. Sobre la base de estos hechos, algunos estudiosos afirmaron que el régimen fascista no fue un sistema totalitario sino sólo una dictadura personal o un régimen autoritario de tipo tradicional, aunque provisto de algunas estructuras modernas de control y movilización de masas. Además, según ese enfoque, el régimen fascista debería considerarse mussoliniano antes que fascista. En consecuencia, los que señalamos como elementos propios del totalitarismo fascista se reducirían a hechos marginales, si no hasta desdeñables, para comprender el sistema político fascista. Esa valoración deja irresueltos muchos problemas en lo concerniente a la política de

masas del fascismo, sus formas de organización y de movilización y sus objetivos. También, en este enfoque, se reduce el rol del Partido Fascista a la función de una maquinaria de propaganda y de ceremonias, sin poder real y sometida por completo a la voluntad de Mussolini. Según nuestro parecer, ese tipo de interpretación encuentra su mayor límite en la circunstancia de tomar en consideración al fascismo de modo estático, como si entre la década de 1920 y la de 1930 no se hubieran producido cambios importantes en la vida del régimen fascista y en su evolución, y no toma en cuenta la lógica que acompañó la experiencia fascista, aun entre contradicciones e improvisaciones, que por cierto no faltaron en la dinámica del fascismo.

Fascismo autoritario y fascismo totalitario

Para comprender la índole histórica del régimen fascista en su concreto devenir, es preciso tomar en consideración que consistió en una realidad heterogénea, en constante movimiento y en perenne cambio, bajo la acción de factores objetivos y subjetivos. Es imprescindible diferenciar entre esos factores para discernir en el sistema fascista las innovaciones adoptadas para hacer frente a los problemas que cualquier estado capitalista moderno encontró ante sí en el período entre ambas guerras, y las innovaciones que *a contrario* respondían a la lógica y a la dinámica propias del fascismo, y resultaban coherentes con su concepción de la política y de las masas. Otro hecho a considerar es la presencia, en el régimen fascista, de una constante tensión, aunque nunca evidenciada como conflicto desembozado, si no a comienzos del gobierno fascista y en los meses que preceden la caída de Mussolini, entre *fascismo autoritario* y *fascismo totalitario*.

Esas dos componentes concordaban en su diagnóstico de la crisis de transición de la sociedad tradicional a la sociedad de masas, que –para ambas– implicaba rechazar la democracia liberal, y aceptaban como solución *moderna* para el problema de

las masas y del estado, el "régimen cerrado" construido por Alfredo Rocco. Pero, mientras el *fascismo autoritario* consideraba definitivo y sustancialmente completo el sistema estatal concretado entre 1925 y 1929, para el *fascismo totalitario* todo consistía, en cambio, sólo en un primer estadio en dirección a la construcción de un estado integralmente fascista; un estadio que únicamente correspondía a la "etapa de compromiso" de la revolución, cuando la urgencia de "perdurar" había impuesto una detención en las ambiciones del fascismo revolucionario, pero un estadio que precisamente por ello había que superar para avanzar hacia la plasmación del mito totalitario. Una vez consolidada la posesión del poder, el itinerario de la "revolución fascista" debía pasar a la etapa de las transformaciones radicales, a la efectiva fascistización de la sociedad. El *fascismo totalitario* reclamaba nuevos experimentalismos político institucionales, para concretar de modo más efectivo y capilar la integración de las masas al estado y para crear el "estado nuevo": el "régimen cerrado" de los años veinte era tan solo el rudimentario esqueleto de aquel, y todavía dejaba fuera de sus límites demasiadas zonas no fascistas o afascistas.

Según creemos, en la década de 1930 el *fascismo totalitario* ganó nuevo ímpetu, sobre todo por iniciativa del Partido Fascista, y se desplazó en tres direcciones; hacia la definición ideológica del estado totalitario, hacia la ampliación sistemática de las formas de organización y movilización de las masas, bajo el mando del PNF, para una obra capilar de formación en sentido fascista, y hacia la radicalización del proceso de concentración del poder en el fascismo, merced a una creciente expansión de la presencia del partido en la sociedad y en el estado, con una nueva serie de reformas que cambiaron sustancialmente la antigua constitución del reino.

Lo que hoy resulta evidente a quien observa la realidad del fascismo en la segunda mitad de los años treinta, después del éxito en la conquista de Etiopía, es *la aceleración, consciente y programada, del proceso de totalitarización de la sociedad y del estado.* En ese período el PNF expandió, bajo el mando de Starace, su pre-

sencia activa en la sociedad, multiplicó la cantidad de sus instituciones y de sus tareas. En 1937, con la creación de la GIL, el partido tomó el monopolio de la formación de las nuevas generaciones, desde la primera infancia hasta el final de sus estudios. Además, mediante formas cada vez más meticulosas de rituales de masas, el PNF procuró intensificar la fascistización de los hábitos y de la conducta pública y privada, se hizo cargo de manera cada vez más intransigente y formalista de la función de institución custodia de la "fe". Desde el punto de vista institucional, el hecho más significativo, durante la etapa de aceleración totalitaria, fue la creación de la Cámara de los Fasci y de las Corporaciones, decidida por el Gran Consejo el 14 de marzo de 1938, momento en que también se decidió "proceder a completar la reforma constitucional con la puesta al día del Estatuto del Reino". Otro acontecimiento significativo fue que se confirieran, en 1937, las funciones de ministro secretario de estado al secretario del PNF. Con el estatuto de 1938, el PNF se volvía formalmente el "partido único" y por primera vez se le asignaban como tareas específicas defender y potenciar la revolución fascista y la educación política de los italianos. En 1941 otras medidas, propuestas por el entonces secretario Adelchi Serena, buen conocedor de la maquinaria del partido y resuelto, siquiera en el breve período de su gestión, a imprimirle un nuevo y eficiente dinamismo, contribuyeron a reforzar la posición del partido en el estado. Incluso en esa etapa de *aceleración totalitaria*, el partido seguía formalmente subordinado al estado fascista: en ello el totalitarismo fascista se diferenciaba del nazi y del comunista. De hecho, pese a las sugestiones que podían ejercer estas dos últimas experiencias, que habían avanzado mucho más en el proceso de totalitarización, el fascismo nunca llegó a sancionar formalmente la superioridad del partido por sobre el estado, y a considerar el estado, como era por ejemplo en el nacionalsocialismo, un instrumento del partido para hacer realidad su propio mito revolucionario. El fascismo nunca abandonó el mito del estado totalitario, como principio dominante e inspirador de su accionar.[329] Cuando, en especial hacia el final de los años

treinta, los fascistas hicieron más densa si polémica acerca del rol del partido en el estado y solicitaron una mayor iniciativa autónoma del PNF, no ponían en entredicho la primacía mítica del "estado nuevo". Eso permitía, sin embargo, que se incurriera en una evidente contradicción, deliberadamente vuelta más estridente por la prensa y la propagandística cercana al partido y por el fervor totalitario de las nuevas generaciones, entre el mito del "estado nuevo" y la realidad del estado existente, que conservaba, en las instituciones y en los valores legitimantes, el carácter de estado tradicional "suprapartidario", y todavía no se había vuelto el estado fascista. Juristas, ideólogos y hombres del partido reabrieron la querella acerca del problema del partido en el estado, y acerca de la función del PNF para la concreción integral del estado fascista. Insertándose gradualmente dentro de las estructuras del estado existente, el PNF había contribuido a transformarlo en sentido fascista; pero el resultado todavía no era totalitario. Por ese motivo, los fascistas "totalitarios", entre los que se contaban las nuevas generaciones, amén de los fascistas intransigentes e integralistas de vieja data, no se sentían ligados a la conservación del estado existente, que les parecía una construcción híbrida de elementos viejos y nuevos, y demasiado limitada y condicionada por la supervivencia de gran cantidad de "islas apartadas" que aún eludían la fascistización.

Si bajo esa óptica se toma en consideración el vínculo entre partido y estado, puede decirse que, más allá de la subordinación formal del PNF al estado, hubo por parte del Partido Fascista un constante, si bien discreto, afán antiestatalista, tendiente a contrarrestar el poder efectivo del estado tradicional. El *antiestatalismo fascista* tenía una potencial carga destructiva, que el PNF, especialmente en la época de Starace y de la breve gestión de Serena, quiso nutrir, pero intentando no provocar las reacciones de sospecha y las sanciones punitivas del Duce, que se consideraba el tutor de la integridad del estado "suprapartidario". Con todo, justamente la *aceleración totalitaria* durante los años treinta debía hacer que recobrase aliento el antiestatalismo del *fascismo totalitario*. En las nuevas generaciones se hallan numerosas seña-

les de insatisfacción por lo inamovible del compromiso con el estado tradicional, mientras que se hacían requerimientos al PNF para la acción revolucionaria. No eran pocos los fascistas que, cada vez más explícita y abiertamente, evocaban la fase "heroica" del escuadrismo como momento del "estado naciente" del partido revolucionario, forzado demasiado precozmente, tras la conquista del poder, a vivir atado a un compromiso conservador, y recordaban que el impulso para transformar el estado había provenido del partido, también que el PNF

> ... es el único depositario de la idea revolucionaria, es el que da alimento a los restantes organismos e instituciones de la Nación, cuyas virtudes y cuyo contenido revolucionario hallan tan solo una fuente y, lo que más cuenta, un solo juez, además –se sobrentiende– del mito vivo de la Revolución, vale decir el Partido [...] el Estado fascista fue creado por la Revolución, esto es por el Partido que de esta revolución es depositario e intérprete y, como tal, único y verdadera fuerza motora del Estado.[330]

La intensidad de esas señales es tal que no permite que se las considere únicamente como retórica política que florece sobre una realidad decadente. Precisamente por las características propias de una propaganda totalitaria, esas señales delatan situaciones, fungen de hendijas que permiten ver las tensiones y las orientaciones que tienen cabida en el seno de la realidad fascista, en el momento en que "autoritarismo" y "totalitarismo", "estatalismo" y "mito del estado nuevo" entran en una etapa de conflicto directo ante la hipótesis de un futuro del fascismo sin Mussolini, que constituyó la dramática incógnita en el "veranillo de San Martín" del fascismo en el poder. En ese contexto, cobran especial significado –siquiera, para usar términos de Bloch, como discursos vanos que echan luz sobre realidades profundas– las afirmaciones incluidas en una publicación oficial del PNF para celebrar el *Ventennio* del fascismo en el poder; el PNF tiene "la misión más amplia y no transitoria de hacer vivir

sin solución de continuidad la idea del movimiento revolucionario en el estado, garantizando con el paso del tiempo no sólo la vitalidad del movimiento sino también la adhesión –plena, completa y operativa– del estado a sus postulados; por eso, "amén de institucional, incluso idealmente no es posible pensar el estado sin el partido y no es posible pensar que en cierto momento la función del partido pueda decaer". La advertencia se dirigía a aquellos, todavía fascistas "autoritarios", que pensaban en una transformación del régimen con un regreso al autoritarismo tradicional, sin un partido único con funciones totalitarias. El partido advertía a esos fascistas que

> ... en un sentido genuinamente político el Partido es sin duda superior al Estado [porque es] el portador de ese conjunto de valores políticos que da vida y sustancia al Estado, imprimiéndole determinada orientación [...] Por ende, el Partido reside en el origen del Estado [mientras que] en un sentido estrictamente jurídico el Estado se hace cargo, en cambio, del contenido político del Partido, encuadra al Partido en su propia estructura formal y en tanto el Partido adquiere una existencia estatal, esto es, la plenitud de sus recursos y de sus efectos, en cuanto existe en el Estado.[331]

Se volvía a afirmar, en definitiva, el primado del pensamiento mítico en el activismo fascista, impulso genuino y nunca aplacado para la acción política concebida como creación de "monumentos históricos" y concreción de mitos. Como había escrito Pellizzi en 1925, los fascistas ven el estado "como el instrumento social para plasmar un mito"; por lo que el estado fascista no es una realidad fija, sino un proceso en proceso de realización". La primacía del estado, que dominaba todo el universo ideológico y organizativo del sistema político fascista, se basaba por completo sobre una cisión mítica del estado:

> ... el genuino fascismo tiene una divina repugnancia por cristalizarse en estado. La mentalidad burguesa se aferra a la frecuente expresión, usada por nosotros, de "estado nacional"

> o "estado ético". Y, piensan, cuando hayamos visto en qué consiste, sabremos también en qué confiar, sabremos dónde asestar el golpe para abrir camino a nuestras personalidades y a nuestros intereses.
> Sin embargo, se engañan. El estado fascista es, más que un estado, una *dínamo*. El estado fijo y determinado es una necesidad de las aristocracias en declive, o de las masas anónimas; en cambio, el fascismo es una aristocracia que debe afirmarse, y por naturaleza *no puede cerrarse sobre sí misma* [...] El universo es, por intermedio de un pueblo y de un país dados, el campo de acción de ese *estado-dínamo* en cuyo seno llega a constituirse el fascismo. El universo es el panorama de ese *optimismo trágico y activo*, materializado por completo en concreción, fe, pasión y batalla; actitud del espíritu y de la voluntad que ya en hora temprana se nos presenta como típicamente *italiana*.[332]

Como demostración emblemática de la continuidad de una actitud mental que no se modificó y corrigió en la prueba de la experiencia, sino que mantuvo intacta su propia fe en el pensamiento mítico, en 1941 el propio Pellizzi volverá a amonestar a los fascistas llamándolos a la perpetua puesta en práctica del mito:

> A nosotros, los fascistas, no nos está permitido pensar que ese proceso de "fascistización del estado" pueda tener alguna vez su plasmación plena [...]. No sólo el Partido Fascista deberá abstenerse en todo momento de ilusionarse con haber fascistizado definitivamente el estado, sino que como primera medida nunca deberá presuponer haberse fascistizado por entero a sí mismo.[333]

Fascistizar a las masas

El problema de la *fascistización totalitaria* nos reenvía al nexo entre mito y organización en la política de masas del fascismo y en su sistema político. Desde la perspectiva del fascismo, el problema de las masas era el banco de prueba para su capacidad re-

volucionaria al construir una "nueva civilización política", que debía ser civilización de masas organizadas e integradas en el estado. El fascismo –en palabras de Agostino Nasti, publicadas por *Critica Fascista* el 15 de agosto de 1933– "es la organización política de las grandes masas modernas". Su afirmación expresaba una finalidad y un ideal antes que una realidad, pero resumía la intención más íntima de la política y de la mitología fascistas. Según había afirmado *Il Popolo d'Italia*, la educación por impartir a las masas, en tanto "integral y totalitaria", es "el problema central, que forma un todo con el problema político del Fascismo".[334] Organizar a las masas se tornó el principal objetivo de la política fascista, perseguido con voluntad maníaca; así, llevó a que el fascismo se apropiara de las organizaciones sociales existentes, a crear algunas nuevas, a multiplicar en extensión e intensidad las estructuras en cuyo seno hacer confluir desde la primera infancia a la mayor cantidad de hombres y mujeres. Escribía el secretario federal de Roma en 1932:

> Nosotros creemos en un Fascismo cuantioso, y por ello totalitario, que en el terreno político no deje fuera de circulación a ningún buen italiano. La preocupación por crear, también en la cantidad, un Régimen totalitario no tiene valor de política interna ni es inspirada por temor alguno. Nace, dicha urgencia totalitaria, de la misma voluntad del Fascismo por reelaborar una usanza; será una nueva manera de vivir para todos los italianos.[335]

El fascismo siguió ese genuino impulso, coherente con su concepción de la política y de las masas, del mito y de la organización, para transformar la masa en una colectividad organizada embebida de mitos fascistas y partícipe entusiasta de los emprendimientos de gran dignatario decididos por el Duce. En 1932, Mussolini dijo a Ludwig:

> La masa para mí no es otra cosa que un rebaño de ovejas, mientras no está organizada. Bajo ningún concepto soy hos-

> til con ella. Sólo niego que pueda gobernarse por sí sola. Pero si se la maneja, es preciso comandarla con dos riendas; entusiasmo e interés. Quien sólo se vale de uno de estos dos corre peligro. El perfil místico y el político se condicionan uno al otro.[336]

El *fascismo totalitario* consideraba que organizar y controlar a las masas eran la condición para transformar el carácter, la mentalidad, la conducta de aquellas, y así producir la adhesión activa al fascismo. Los fascistas consideraban el carácter de las masas materia dúctil y maleable bajo la acción de una voluntad de poderío, para hacer de ellas una nueva colectividad organizada y animada por solo una fe. La concepción fascista acerca de las masas excluía a priori la posibilidad de que las masas pudieran llegar a gobernarse por sí solas y a conquistar una conciencia autorreflexiva y autónoma, pero de todas formas consideraba posible modificar su mentalidad, en pro de educarlas para vivir en el estado, mediante la acción constante y cotidiana del mito y de la organización: "La muchedumbre [...] necesita espiritualismo, de religiosidad, de catequismo, de rito; el hombre desea un poder espiritual afirmativo y de buena gana lo sigue y le obedece; lo siente más adherente a su propia existencia y de aquel deriva disciplina y auxilio".[337] Mito y organización debían promover simultáneamente el "proceso de integración" de las masas al estado, esto es, llevar a cabo "la reducción a unidad de las multiplicidades sociales, merced a la adhesión colectiva a la fórmula política del régimen", por lo cual "la amorfa 'población' se transforma en el 'organismo del pueblo'". El erudito romanista Pietro De Francisci ponía al servicio del totalitarismo fascista el mito de la romanidad, como exaltación del principio de organización e integración del estado; según escribía en 1939, el desarrollo del estado aparece

> ... guiado por un continuo, obstinado, sabio proceso de integración, tendiente a hacer participar en la vida de la *civitas* y a disciplinar dentro de sus estructuras a una cantidad cada

> vez mayor de ciudadanos, suscitando en ellos la conciencia de la función y de la misión del estado romano y confiriéndoles una actividad responsable en paz y en guerra.[338]

Con un léxico más modesto, el texto de preparación política de los jóvenes fascistas sentenciaba que el estado seguía a los ciudadanos "en todo su desarrollo, y aun antes de que ellos conozcan la luz del día y se formen, sin abandonarlos en ningún momento, dando a todos una conciencia y una voluntad [...] unitarias y profundamente centradas", y aseveraba que desde los más tiernos años la idea del estado obraba en los espíritus jóvenes "con la sugestión del mito".[339] De ese modo, el fascismo pretendía formar una colectividad de ciudadanos que participaran en la vida del estado fascista no como individuos autónomos, sino como milicianos disciplinados y obedientes, dispuestos a sacrificar su vida en aras del poderío del estado. El *hombre nuevo* del fascismo no era un individuo devenido consciente de sí mismo y amo de su propio destino, sino el "ciudadano-soldado" que se vaciaba de individualidad para dejarse absorber por completo en la *comunidad totalitaria*. El fascismo intentó poner en práctica ese plan por intermedio de un triple proceso de organización, educación e integración del individuo y de las masas. Todas las organizaciones populares del fascismo, desde el PNF a la OND [Organización Nacional Dopolavoro], debían efectuar esa constante y capilar obra de socialización fascista, adaptando naturalmente, a los distintos estamentos sociales, códigos de valores diferenciados, en función del rol asignado por el fascismo a cada una de las organizaciones y del público al que cada una se dirigía.

No hay duda de que esa "fascistización" de las masas nada tenía en común con el proceso de participación en los regímenes de democracia liberal. Si se toma en consideración la "politización de las masas" solo como forma de participación libre, activa y consciente en la política, con la posibilidad de influenciar de modo decisivo las opciones del gobierno central, sin más puede negarse que el fascismo haya promovido la "politización de

las masas". Sin embargo, el historiador del fascismo no puede soslayar el significado que la *política de las masas* en sentido totalitario tenía para los fascistas, y por lo tanto debería estudiar de qué modo desempeñaron las organizaciones del fascismo, y en primer lugar el partido, una obra de politización de las masas que, dada la concepción que las inspiraba, no habría podido ser distinta de la que empíricamente fue, sustancialmente coherente con la intuición fundamental que el fascismo había tenido, desde un principio, acerca del problema de las masas y del estado. Desde esa perspectiva, también se comprende el significado de la transformación del PNF y su subordinación al estado y al Duce: por sus características originarias, en vida del Duce el PNF no era una institución que contribuía a elaborar la "voluntad política" del estado, sino que era la herramienta para efectuar esa voluntad que residía exclusivamente en el Duce. El PNF –desde sus orígenes, "milicia civil"– debía ser el sistema nervioso por medio del cual la "voluntad política" del Duce permeaba y ponía en movimiento el cuerpo político del país. Así, el PNF tomaba a cargo la función, preeminente en el sistema totalitario fascista, de *Gran Pedagogo*, que debía ser formador de la conciencia de las masas fascistas y preparar a los soldados, a los confesores y a los mártires de la "religión fascista". Aun el culto político fascista adquiere una funcionalidad racional propia en el universo mítico y organizativo del fascismo, como representación y celebración dramática de la integración comunitaria, y proceso místico de fusión de la masa con el Duce. Por su índole totalitaria, el estado fascista debía adoptar naturalmente el carácter de una institución laico-religiosa, cuyas estructuras englobaban por entero al hombre en cuerpo y alma. Únicamente gracias a mitos, ritos y símbolos era posible implicar al individuo y a la colectividad en el "cuerpo político" de la comunidad, y dar la percepción inmediata de la continua realización del mito del estado totalitario en la conciencia colectiva. El fascismo –había escrito en 1930 Bottai– era "una religión política y civil [...] la religión de Italia".[340] En ese terreno, la coherencia fascista demostró ser más rigurosa en orientar los comportamientos prácticos; tanto es así

que, por ejemplo, el fascismo no vaciló en volver a poner en entredicho el compromiso con la Iglesia para reivindicar y obtener el monopolio de la educación, política y belicosa, de las nuevas generaciones, confinando la presencia del catolicismo a elemento moral integrador de la "religión fascista".

El mito del Duce

El nexo entre mito y organización halla, finalmente, una verificación concreta en la figura de Mussolini como duce del fascismo. El mito de Mussolini y su función de "duce del fascismo y jefe del gobierno" constituyeron el elemento más decisivo de la caracterización del sistema político fascista. Sin embargo, hace falta recordar que la afirmación del mito de Mussolini y de su rol de duce no fueron evidentes desde los comienzos del fascismo. En la organización de los *Fasci di combattimento*, Mussolini había sido tan sólo un integrante de la oficina de propaganda: él era el "amigo" y el "compañero" Benito, político y periodista excepcional, pero todavía no jefe carismático reconocido. Para los fascistas, en ese entonces el verdadero duce era D'Annunzio. Cuando propuso la transformación del movimiento en partido, Mussolini atrajo contra sí la revuelta de los jefes provinciales y su posición de duce fue seriamente sacudida. Recién después de la transformación en partido, Mussolini consolidó su rol de duce, no tanto por sugerencia carismática cuanto porque de modo realista los jefes del fascismo reconocieron en él a la única personalidad política capaz de conservar la unidad del fascismo. Aun después de la conquista del poder, hubo en el fascismo muchas resistencias contra la pretensión de Mussolini de ser el duce indiscutido y obedecido. Camillo Pellizzi le recordó públicamente, en 1924, que "el fascismo no se resume en usted".[341] Todas las alternativas desde la marcha sobre Roma hasta 1926 fueron dominadas por la pulseada entre Mussolini y el fascismo intransigente. Con todo, precisamente esas pugnas internas en el fascista favorecieron el surgimiento y la consolidación del mi-

to de Mussolini y de su figura de duce. En el conflicto entre las facciones, todos terminaban por apelar a su autoridad, y así contribuían a acrecentar su prestigio y fuerza. El mito del Duce fue, a lo largo de todo el fascismo, un elemento cohesivo entre los muchos *ducetti*, y la única fuente de autoridad y de poder que aquellos reconocían. A partir de ese momento, la exaltación del Duce avanzó sin límites, tal como se intensificó la concentración de los poderes en sus manos. La posición dominante del Duce en el sistema político fascista fue codificada gradualmente en los rangos del partido y del régimen. En el *estatuto del* PNF del año 1926, el Duce era colocado en el punto más alto de la jerarquía, como "guía supremo"; en el estatuto de 1932, se erigió por encima de la jerarquía de partido y por fuera de ella; y en el estatuto de 1938 se lo definió como "Jefe del PNF". La fórmula más completa que definía el carácter político-mítico de la figura del Duce constaba en el catecismo fascista de 1939: "El DUCE, Benito Mussolini, es el creador del Fascismo, el renovador de la sociedad civil, el Jefe del pueblo italiano, el fundador del Imperio".[342] Cumbre del poder y única sede de la "voluntad política" que impartía directivas a la compleja maquinaria organizativa del partido y del régimen, Mussolini era también un "mito viviente" que alimentaba con su poderío sugestivo todo el universo fascista. Giovanni Gentile exaltó a Mussolini como la personificación de la idea fascista y su realizador. El PNF hizo un aporte decisivo a la elaboración del mito del Duce y a la formalización de un culto de su figura, desde 1926, con el secretariado de Turati y, más tarde, con el perfeccionismo maníaco del estilo y de los ritos, con Starace. En 1940, la Escuela de Mística Fascista, expresamente instituida en 1930 para nutrir el mito de Mussolini, puso en marcha cursos para maestros primarios que deseaban "vivificar su fe en los valores espirituales y en los principios de la Revolución derivando del Mito Mussoliniano las directivas de acción pedagógica". Algún solícito adorador del mito llegó a situar a Mussolini en el círculo de los profetas, como a nuevo Cristo delegado por Dios, cual "punto de conjunción entre lo divino y lo humano".[343]

Lo absurdo del fenómeno no mengua su importancia para el historiador deseoso de comprender el nexo entre mito y organización en el fascismo. El mito de Mussolini se propagó y se afianzó porque era coherente con la mentalidad mítica del fascismo, y contribuyó a nutrirla en las masas y en el recinto de los jerarcas, que sufrieron el poder carismático de Mussolini. En 1923, Giuriati escribía a Mussolini poniendo de manifiesto su "creencia sumamente firme de que tú eres el Veltro vaticinado por Dante".[344] Giuseppe Bottai, que había dejado en 1932 su cargo de ministro de las Corporaciones, escribía al Duce diciendo que aceptaba con serenidad esa situación: "Únicamente me asaltará, de vez en vez, la nostalgia por el Jefe [...] Procuraré superarla con el pensamiento de que aun en mi vida privada, como hace ya tantos años, Mussolini obrará como una fuerza incesante de mejora y perfeccionamiento".[345] Esa adulación hace perceptible el eco de su presencia en esas declaraciones de fe; pero la sinceridad de la sugestión del mito es traslúcida en las anotaciones íntimas de esos hombres. En 1941, Bottai advertía desamparado, mientras en él hallaba impedimentos la fe en el Duce, el vacío que el final de esa fe dejaría:

> Cierta cosa, que desde hace más de veinte años me pulsaba en el corazón, detiene su marcha de improviso; un Amor, una fidelidad, una consagración. Ahora estoy solo, sin mi Jefe [...].
> Un Jefe es todo en la vida de un hombre: origen y fin, causa y propósito, punto de partida y meta; si cae, parece una soledad atroz dentro de uno. Querría reencontrar a ese Jefe, volver a ponerlo en el centro de mi mundo, reordenar ese mundo mío en torno a él. Tengo miedo, miedo de que eso ya no resulte bien para mí.
> Ahora, sé qué es el miedo: un precipitar repentino de una razón de vivir.[346]

La exaltación del mito acompañó la exaltación del jefe, como cúlmine y guía de la organización fascista, del cual dimana-

ba cualquier autoridad y poder. Todo el gradual proceso de desmantelamiento del régimen liberal y de construcción del estado totalitario estuvo marcado por la constante concentración progresiva del poder en Mussolini. En la persona de Mussolini, como "Duce del Fascismo, Jefe del Gobierno" llegaban a realizarse la síntesis y la integración entre partido y estado, pero en una condición tan excepcional como precaria, por estar ligada a la vida física de Mussolini. Eso tornaba grávido de incógnitas el futuro del fascismo, aunque el tema de la sucesión fue prohibido. El problema más espinoso, para los fascistas, era la fusión de la figura del Duce con la de jefe del gobierno y jefe del partido. ¿Esa fusión también se habría mantenido en el sucesor de Mussolini?

El problema era grave no tanto por las interrogantes teóricas y jurídicas que planteaba, discutidas ya en los años treinta. Era grave porque involucraba la realidad existencial del sistema político fascista, el nexo entre mito y organización, las relaciones entre jerarcas, que durante veinte años habían encontrado un sólido eje en el mito del Duce. ¿El poder mítico del Duce-Mussolini se disolvería en otro duce-jerarca, desprovisto del carisma mussoliniano? ¿Y la disolución del nexo entre mito y organización, con punto de partida en la cima, involucraría a todo el sistema, provocando transformaciones imprevisibles? Pueden proponerse muchas hipótesis acerca de las transformaciones del régimen fascista sin Mussolini. Lo evidente, en términos históricos, es que el nexo entre mito y organización volvía muy complicado el problema del "Jefe" en el futuro del estado totalitario fascista, tal como constató en 1938 Carlo Costamagna.

> El problema del "Jefe" es el más delicado de todos los que abrió la organización del Estado Nuevo. No debe confundírselo con el problema del "DUCE", esto es, del fundador del régimen, ni dejarse desviar de la circunstancia de que el Estado Nuevo, por surgir de una revolución aún en proceso de realización, de todas formas versa en ese proceso constitutivo que implica la dictadura por parte de aquel Hombre de

> excepción en que la historia ha comisionado la tarea de crear el nuevo orden. Y en verdad, cesadas las razones de la dictadura, permanecen las razones de la unidad. Si el Estado Nuevo debe volverse un modo de ser permanente, es decir, un "sistema de vida", no podrá dispensarse, por causa de su estructura jerárquica, de la función de un "Jefe"; aun cuando este ya no tenga las proporciones extraordinarias de Aquel que promovió la revolución.[347]

La figura del "jefe" era inherente a la mentalidad y a la cultura fascistas, y era coherente con la concepción totalitaria del estado, en cuanto régimen integralista fundado sobre la concentración de los poderes en el "mando único" y sobre la organización jerárquica místico-política, a la que era congenial e indispensable una personificación carismática del mito, como punto de referencia del culto y fuente de la autoridad. El estado –escribía Bottai en su diario el 29 de junio de 1938– requiere en su punto más alto un *organizador*: "un jefe que sepa organizar continuamente energías y fuerzas", "cuyo poder sea poder en acto, un hacer, un accionar, un ordenar directo, inmediato, *no necesariamente atado a la letra de leyes o instituciones*".[348] El "jefe" de Bottai todavía era una personalidad carismática, necesaria para desempeñar una función extraordinaria, para hacer realidad un mito. Y el propio Bottai, mientras el sistema fascista sufría los primeros golpes de la derrota, exaltaba una vez más la función del pensamiento mítico: "Compete a los políticos crear nuevos mitos, interpretando las necesidades de la época", escribió el 15 de febrero de 1942. El drama de la cultura moderna era el conflicto entre conciencia crítica y urgencia de verdades sólidas,

> ... esto es, la urgencia de contar con "mitos", con puntos de referencia aproximativos, con certidumbres históricas, si no con verdades absolutas, precisamente en función y en dependencia del multiplicarse de competencias y aspiraciones en la estructura de la sociedad, contar con la interdependencia y riqueza de factores en la vida nacional e internacional: jus-

> tamente esa enorme complejidad de la vida moderna en cierto punto produce la necesidad de simplificarla, organizarla y dirigirla de modo unitario.[349]

Mito y organización eran vueltos a presentar en su nexo, que resultaba a la vez funcional e histórico, necesario para cualquier forma de organización política de las masas en la sociedad moderna. Y esa forma de organización, con basamento mítico-totalitario, requería por intrínseca necesidad suya un "jefe". Para el fascismo, cualquier solución al problema –transmisibilidad del rango de "duce", fusión de ese rango con el de "rey", preservación de su función sin el rango en la figura del "jefe del gobierno", transferencia de la función de "jefe" de un individuo a un cuerpo colegiado– habría requerido una toma de posición frente al problema del mito y de la organización, esto es, habría demandado una decisión acerca de la índole y los propósitos del sistema político fascista, surgido y fundado a partir del nexo entre mito y organización. Las soluciones posibles eran fundamentalmente dos, y son las que concretamente hallaron cauce después del 25 de julio de 1943: o desentronizar el mito y desmantelar todas las organizaciones del sistema que eran funcionales a aquel, o la exaltación de la primacía del mito, llevando al extremo la lógica totalitaria. Las tendencias hacia esas soluciones ya estaban en marcha antes de esa fecha, y se volvieron operantes en el momento en que se produjo la disociación entre mito y organización, con el derrocamiento de Mussolini.

La vía fascista al totalitarismo

Como forma de completar las observaciones desarrolladas hasta ahora respecto del rol del mito y de la organización, vistos como aspectos complementarios esenciales de la formación y del avance del sistema político fascista, nos parece contar con suficientes elementos para proponer una definición histórica de ese sistema y de su caracterización como fenómeno totalita-

rio. Tras tomar en consideración la posición central y predominante adoptada por la figura del Duce-Mussolini en el conjunto de mitos y organizaciones del fascismo, de manera estricta y diferenciada, por ejemplo, de la propia del Führer-Hitler, somos de la opinión de que puede asignarse al sistema político fascista, en su realidad histórica concreta, la denominación de *cesarismo totalitario.* Con ello definimos una *dictadura carismática de tipo cesariano, integrada en una estructura institucional basada sobre el partido único y sobre la movilización de las masas, y en constante construcción para volverla conforme al mito del estado totalitario, conscientemente adoptado como modelo de referencia para la organización del sistema político, y que obra concretamente como código fundamental de creencias y conductas para el individuo y para las masas.*

Poner de relieve la figura del Duce, en la definición histórica del totalitarismo fascista, no significa reducir el sistema político fascista a una forma de monocracia personal. Bajo ningún aspecto coincidimos con quienes consideran que el fascismo sea reductible al *mussolinismo,* afirmando que el sistema político fascista no fue un régimen totalitario sino una forma de dictadura personal tradicional, porque no impuso la primacía del partido por sobre el estado, porque hizo que sobrevivieran instituciones y poderes que limitaban sus pretensiones de dominio total, porque no logró hacer realidad la integración total de la sociedad al estado. De hecho, precisamente por su índole de régimen originado a partir de un movimiento revolucionario de masas, organizado en *partido milicia* con ideología totalitaria; por la presencia institucional del partido único; por la organización de la política de masas, el régimen fascista no puede ser reducido a una forma de monocracia personal. La "personalización del poder" que se realizó en el régimen fascista no fue idéntica al personalismo de las dictaduras autoritarias, como por ejemplo el régimen de Salazar, que no surgen de un movimiento revolucionario y no se proponen institucionalizar dicho movimiento en partido único con el rol principal de hacer realidad el mito totalitario mediante la organización, la integración y la movilización permanente de las masas. En realidad, la identificación

del fascismo con el *mussolinismo* inevitablemente llevaría a banalizar la función misma del Jefe en los regímenes totalitarios, y a soslayar la importancia fundamental de la organización de masas en la realidad del sistema político fascista. Por lo demás, eso da pie para observar que sin el partido único y la organización de masas, la misma figura institucional y mítica del "duce" se volvería históricamente incomprensible, ya sea por su origen como por su función, pues se vería aislada artificiosamente de la realidad en que había tenido origen y sobre la que basaba su función. También es preciso hacer notar que históricamente, aun en los regímenes reputados totalitarios, como el nacionalsocialismo y el estalinismo, porque afirmaron el primado del partido por sobre el estado, hubo una *etapa de personalización del poder*, que llevó a la subordinación del partido al dominio del Jefe, privándolo del poder como sede autónoma de elaboración y decisión de las opciones políticas.

Indudablemente, la política totalitaria del fascismo encontró obstáculos, resistencias y límites. Por ende, también se podría coincidir con una definición del fascismo como "totalitarismo incompleto" o "totalitarismo imperfecto" –si se admite que tales expresiones tienen validez científica en el ámbito del análisis historiográfico–, a condición de tener presente que también los regímenes por lo general considerados "completa" o "perfectamente" totalitarios encontraron obstáculos, resistencias y límites. Asimismo, la historia de esos regímenes revela, cuando se la examina sin prejuicios ni ostensibles enfrentamientos entre mito y realidad, entre ambiciones y resultados. Por tanto, puede afirmarse que en la realidad histórica el totalitarismo es siempre un *experimento continuo*, vale decir, un proceso en curso de realización, y no una forma completa y definitiva, especialmente si se toman en consideración las conexiones entre mito y realidad, que están presentes, de distinta forma, en todos los experimentos totalitarios puestos en práctica en el siglo XX. Por su índole, la integración totalitaria de la sociedad en el estado o en el partido único es un proceso que debe renovarse perennemente, institucionalizando el principio de *revolución per-*

manente, aunque sólo fuera para afrontar el problema del inestable recambio generacional: una completa integración totalitaria sería, paradójicamente, la plasmación plena del ideal democrático de Rousseau.

Todos los regímenes totalitarios son, entonces, en uno u otro aspecto, formas de totalitarismo "incompleto" o "imperfecto", con respecto a su mito de integración y según las distintas etapas de desarrollo y de los distintos contextos históricos y sociales en que funcionan. Desde ese punto de vista, consideramos que insistir casi exclusivamente en la etapa del *régimen,* especialmente en la construcción de modelos teóricos o de "tipos ideales", es un abordaje reduccionista de la complejidad histórica de los fenómenos totalitarios: de hecho, en estos es igualmente fundamental la etapa del *movimiento,* concebido como acción del partido revolucionario generador del nuevo estado, que se encuentra en los orígenes del *régimen.* En nuestra opinión, esa perspectiva es inadecuada, porque básicamente da una imagen estática del fenómeno totalitario, justo la que se corresponde con una supuesta etapa de "consumación" o "perfección" que contrasta con la realidad histórica del totalitarismo como *proceso* en constante desarrollo mediante la dialéctica entre mito y organización, entre ideología y acción. "Los regímenes –observó acertadamente Raymond Aron– no se volvieron totalitarios deslizándose, por así decir, paulatinamente hacia el terreno del totalitarismo, sino bajo el empuje de una intención original suya: la voluntad de transformar radicalmente el orden existente en función de una ideología".[350] A esa observación se debe, sin embargo, que no coincidamos con Aron en excluir el fascismo de los regímenes totalitarios, aunque indudablemente, como observa también Aron, "la Italia fascista, régimen de partido único, nunca conoció una proliferación ideológica ni un fenómeno totalitario comparable a la gran purga soviética o a los excesos de los últimos años del régimen hitleriano".

En la construcción del régimen fascista fue activa y operante la "voluntad de transformar radicalmente el orden existente en función de una ideología", aunque el proceso de transfor-

mación siguió sendas, ritmos y tiempos distintos de los propios de otros experimentos totalitarios. En ese sentido, preferimos valernos del concepto de *experimento totalitario* para representar históricamente el proceso de formación y plasmación del dominio totalitario en sus específicas características nacionales, culturales, ideológicas y organizativas. El fascismo fue *la vía italiana al totalitarismo.*

Una última observación concierne a la legitimidad de adoptar tan sólo un modelo teórico de totalitarismo para definir experiencias históricas tan profundamente distintas como fascismo, comunismo y nacionalsocialismo. Tal como ya hicimos notar en otra oportunidad,[351] abrigamos fuértes dudas acerca de la utilización historiográfica de dicho modelo, si ello debiera llevar, como sucedió con mucha frecuencia, a atenuar –o, peor aun, a anular– esos elementos divergentes, hasta llegar a una sustancial identificación entre comunismo, fascismo y nazismo, que reduzca las diferencias entre los fenómenos totalitarios a hechos marginales de desdeñable significación para el conocimiento del carácter y de la historia de los experimentos totalitarios. Eso no quita que pueda seguirse usando esa expresión para denominar una forma nueva y original de dominio político de la sociedad de masas, tal como, en otros casos, se emplea la expresión "radicalismo" para denominar movimientos contestatarios o revolucionarios, ya sean de derecha o de izquierda.

Entre los experimentos totalitarios no puede no incluirse el fascismo, que inclusive fue el primero de esos experimentos puesto en práctica en una democracia liberal, volviéndose modelo para otros proyectos totalitarios. Los límites del totalitarismo fascista no son una prueba para negar su existencia y sus efectos, así como las contradicciones entre mito y plasmación no son una prueba contra la importancia de la presencia y de la función del mito en la política del fascismo. Por último, no creemos que pueda excluirse el fascismo de la calificación de totalitario, con prescindencia de cuál sea su utilización por fuera del contexto histórico en que surgió dicho término. Las palabras tienen una historia; y uno de los deberes elementales del

historiador debería ser abstenerse de cualquier uso anacrónico de los términos y de los conceptos, que los abstraiga de la realidad histórica a la que pertenecen. Es preciso recordar que –aun cuando, según parece, no fue el inventor del término "totalitarismo"[352]– el fascismo indudablemente fue el primer movimiento y el único régimen político, entre los que más tarde fueron considerados totalitarios, en adoptar con orgullo ese término, atribuyéndole un significado específico, para definir su concepción de la política y su sistema de poder. Por eso somos de la opinión de que no puede despojarse al fascismo de su calificación de totalitarismo, por lo que esta significó y representó históricamente en el fascismo, sin mutilar a la vez el conocimiento del fenómeno en su devenir. Tarea principal de la historiografía es situar términos y conceptos en la realidad histórica de la que emergieron, teniendo presente ante todo qué significaban para sus contemporáneos, ora como símbolos de interpretación de la realidad, según percepciones, intuiciones, concepciones y aspiraciones –sigue siendo tarea del historiador identificarlas y comprenderlas en su lógica–, ora como expresión sintética de mitos, ideales, valores, opciones, decisiones y acciones orientados a transformar la realidad. Al posterior desarrollo de la definición histórica del totalitarismo fascista, en el sentido recién especificado, están dedicados los próximos capítulos, según una metodología que, en búsqueda de unificar análisis teórico y reconstrucción histórica, estudia el experimento totalitario fascista en su dimensión ideológica y organizativa, mítica e institucional, cultural y política, sin fijar a priori ámbitos privilegiados para la investigación.

5. El rol del partido en el laboratorio totalitario fascista

El embrión totalitario del "partido milicia"

Desde la víspera de la constitución del PNF hasta la caída del régimen, el *partido* fue para el fascismo un problema que constantemente suscitó discusiones, polémicas y, algunas veces, inclusive combates muy vivaces entre sus corrientes ideológicas. Ya en 1921, la propuesta de transformar el *movimiento* de los *Fasci di combattimento* en un *partido* había provocado una grave división en las filas fascistas, división que se superó solo superficialmente en el congreso de Roma (noviembre de 1921), cuando la propuesta fue aprobada casi por unanimidad. Los primeros años de vida del PNF también estuvieron dominados por gran cantidad de conflictos internos, debidos tanto a la falta de una efectiva unidad en su organización a escala nacional cuanto a la precaria concordancia de ideas y perspectivas políticas entre sus distintas componentes, sociales y regionales, temporariamente solidarias solo en la actividad terrorista contra las organizaciones socialistas y católicas, y en la lucha por conquistar el poder. Después de la "marcha sobre Roma", los enfrentamientos internos estallaron con violencia y pusieron en serio riesgo inclusive la existencia del partido. Superada en 1925 la crisis, el PNF vivió en una suerte de incertidumbre institucional durante el período de construcción del régimen fascista, hasta que la ley acerca de la constitucionalización del Gran Consejo subordinó jerárquicamente, en 1928, el partido al estado. La estabilidad interna y el ordenamiento jurídico en lo tocante al estado no pusieron fin a las discusiones y a las disquisiciones acerca del "problema del partido", sobre todo en lo relativo a su función y

a sus tareas en el sistema político que el fascismo construía gradualmente, y su rol en el desarrollo de la revolución fascista. Todavía en los últimos años y en los últimos meses del partido, se enfrentaba el "problema del partido" como una cuestión fundamental para el porvenir del fascismo.

Quien siga detalladamente el itinerario de esos asuntos no tendrá dificultades para darse cuenta de que el PNF no fue una realidad homogénea, siquiera a lo largo de los inevitables cambios a que están sujetos todos los partidos, sino que fue una realidad formada por una sucesión de actitudes y modos de obrar netamente diferenciados en sus funciones y estructura. En toda su historia, el PNF sufrió una auténtica metamorfosis, que modificó sus características originarias, sin por ello borrar del todo los rasgos específicos que permiten reconocer su identidad histórica aun por entre cambios de estructura y de funciones. De todas formas, sería superficial un juicio que atribuya la serie de cambios solo a las circunstancias o a intervenciones extemporáneas, a los intereses de clase o a los juegos de poder. De hecho, esos cambios correspondieron a una lógica –que podemos definir totalitaria en sentido específico– coherente con la intuición de la política de masas que fue propia del fascismo. Como ya explicamos en el capítulo anterior, en este capítulo nos proponemos dejar en evidencia esa *lógica totalitaria*, al tomar en consideración las actitudes ideológicas y organizativas de mayor significación, atinentes a algunas problemáticas principales en la historia del PNF: el carácter del partido, su posición en el régimen, su rol en la perspectiva futura de la "revolución fascista".

Como es sabido, la decisión de dar al movimiento de los *Fasci di combattimento* la organización del partido fue asumida por Mussolini en el verano de 1921, cuando el fascismo de fenómeno urbano de grupos exiguos había pasado a ser, con un crecimiento tumultuoso, un conglomerado de masas de gran envergadura; amplias porciones suyas estaban compuestas por estratos rurales medios. Ese crecimiento había cambiado la índole originaria del fascismo. Creados como "antipartido", en 1919-1920 los *Fasci di combattimento* se consideraban un movimiento de mi-

norías aristocráticas, que despreciaban a las masas organizadas y no pretendían mantener en vida su movimiento más allá del tiempo necesario para cumplir con la tarea contingente que se habían propuesto al final del conflicto mundial: defender la guerra, valorizar el triunfo, combatir el bolchevismo. La ideología del movimiento fascista era antiideológica y expresaba en primer término un estado de ánimo, una forma activista de encarar la vida, un espíritu de revuelta contra el orden existente y una aspiración juvenil a lo nuevo y al cambio, con una confusa mitología nacionalista y revolucionaria. En cuanto movimiento que se autodefinía "libertario", los *Fasci di combattimento* no contaban con estatutos ni reglamentos detallados: organización y métodos de lucha estaban subordinados a las circunstancias y a los contextos; entre los fascistas no había vínculos de jerarquía y los adherentes a los *Fasci* también podían estar afiliados a otros partidos, con tal de que fueran partidos patrióticos y antibolcheviques. Durante ese período, ideología y organización se formaron espontáneamente, o por imitación, gracias a iniciativas locales, a menudo solo individuales y en muchos casos efímeras, a las cuales por lo general faltó el impulso de un centro de coordinación, de dirección y de propaganda.

En los primeros meses de 1921, el fascismo se había vuelto un fenómeno de masas, basado sobre la organización del escuadrismo; contaba con un grupo parlamentario y representaba una de las mayores fuerzas políticas del país. Su ideología adquirió mayor consistencia al abandonar el libertarismo antiestatalista de sus orígenes, exaltó los valores de tradición y de orden, integrándolos en un programa de acción proyectado al futuro, para "asegurar al país, sobre todo por medio de la educación nacional de las masas, una fundamental renovación de sus institutos".[353] El fascismo deseaba llevar al poder las nuevas fuerzas y los nuevos valores surgidos a partir de la guerra y del triunfo. Proponiendo que se constituyera el Partido Fascista, Mussolini pretendía dar a la nueva y heterogénea masa, los fascistas, la estabilidad de una organización basada sobre el orden, la jerarquía y la disciplina. De ese modo, él no sólo quería pre-

venir la posibilidad de una dispersión de las fuerzas fascistas, sino aun imponer por sobre ellas su figura de "jefe del fascismo".

Las reacciones que la propuesta de Mussolini provocó en los fascistas muestran de modo evidente los motivos ideológicos y políticos que dilaceraron el partido después de la marcha sobre Roma. Gran porción de esos motivos puede atribuirse a la voluntad del escuadrismo provincial de resistirse a las pretensiones hegemónicas de Mussolini y de reivindicar para sí la representación y la dirección política del nuevo movimiento de masas.

Los jefes del escuadrismo provincial –como Dino Grandi, Roberto Farinacci, Italo Balbo, Piero Marsich– rechazaron la propuesta por motivos eminentemente políticos: ellos deseaban quitar al grupo milanés y a Mussolini de la conducción del fascismo y mantener la línea de plena libertad de acción. También hubo algunas tentativas de dar a esa oposición un carácter ideológico. Por ejemplo, Dino Grandi propuso una interpretación del fascismo como heredero del *fiuminismo,** en cuanto fenómeno revolucionario transitorio, que habría de agotarse dando vida a una nueva "democracia nacional", modelada según el proyecto de estado nacional-sindical de la Carta de Carnaro. Piero Marsich deseaba que el fascismo mantuviera el carácter de movimiento con una ideología "abierta", antiparlamentario, y sin los rígidos lazos de una organización y un programa partidario. Para la mayor parte de los escuadristas, los motivos de la oposición antipartido tenían sobre todo un origen psicológico, derivado de su estado de ánimo activista y rebelde. Los jóvenes escuadristas temían que la práctica parlamentaria y la organización en partido llegarían a corrom-

* Fiume, disputada por Italia y Yugoslavia al finalizar la Gran Guerra, permaneció invadida por tropas al mando de D'Annunzio entre 1919 y 1921. Para mayores detalles acerca de las disyuntivas que planteó la "Causa fiumana" a la política italiana del momento, cf. Guglielmo Salotti, *Breve storia del fascismo,* Milán, Bompiani, 1998. [T.]

per el espíritu genuino del fascismo y a socavar el dinamismo revolucionario en los meandros de la política tradicional. Un escuadrista de diecinueve años escribía en su diario, la víspera del congreso de Roma: "Empezamos ahora a temer que nuestro fascismo, este claro manantial de energías, se empantane en las mefíticas ciénagas de Montecitorio, que la juventud y la poesía del movimiento se contaminen en las alquimias romanas; en una palabra, que nuestro Davide empiece a echar su buena panza, sus barbas y bigotes".[354] Esa actitud terminó derrotada por los resultados del congreso, pero subsistió en todo momento como una de las componentes del fascismo, en constante aunque soterrada polémica contra el "partido".

En realidad, la transformación de los *Fasci di combattimento* en partido no trajo aparejados cambios sustanciales en la organización escuadrista, sino que le aportó un orden formalmente unitario. De hecho, el estatuto del PNF dio cabida al escuadrismo como institución fundamental del nuevo partido. Cada sección estaba obligada a crear "escuadras de acción", que formaban "un todo inescindible con las secciones". Las escuadras estaban compuestas por fascistas voluntarios, quienes se reunían en una *fiamma*, elegían a un "comandante" a quien debían obedecer con disciplina militar. Las escuadras de acción dependían, en lo político, del directorio de la sección y debían estar a disposición para combatir a los enemigos del fascismo y para acudir "bajo requerimiento de los organismos dirigentes, en defensa de los supremos intereses de la Nación". El vínculo entre escuadrismo y partido fascista era inescindible: cuando el gobierno de Bonomi manifestó, en diciembre de 1921, su propósito de disolver los "cuerpos armados", el secretario del PNF, Michele Bianchi, advirtió, amenazante, que antes de disolver las escuadras había que declarar fuera de la ley al Partido Fascista.[355]

Desde el momento de su constitución, el PNF parecía ser un partido nuevo con respecto a los partidos de masas tradicionales. Se presentaba en la forma original e inédita de un "partido milicia" que actuaba abiertamente en una democracia liberal, despreciando sus leyes y utilizando sus instituciones para

destruirla. Con la transformación en partido, el fascismo mejoró su estructura política militar. La actividad de la dirección central, del escuadrismo y del grupo parlamentario se coordinó de modo unitario. La estrategia de acción del nuevo partido combinaba en simultáneo política parlamentaria y política terrorista. Tal como escribió Italo Balbo en su diario en 1922, el secreto de la estrategia fascista residía en mantener el dinamismo revolucionario y a la vez adaptarse a la realidad: "Nosotros despreciamos el Parlamento, pero debemos valernos de él".[356] Además, al no proclamarse organización de facción sino "milicia voluntaria al servicio de la Nación", el PNF mostró públicamente su pretensión a una posición privilegiada en el estado liberal, por encima de la ley.

Durante ese período, el principal mito del fascismo seguía siendo la nación, no el estado. El PNF afirmaba desear defender la tradición, el sentimiento y la voluntad de la nación, obrando con el estado o en lugar del estado existente, contra los partidos definidos como "antinacionales". En la práctica, el PNF se ubicó en una posición privilegiada ya sea con relación al estado liberal, reclamando sólo para sí una libertad de acción dentro y fuera de sus leyes, despreciando abiertamente las reglas de juego propias de la democracia parlamentaria. Otro elemento importante caracterizó la pretensión de diferenciación privilegiada del PNF: el derecho a discriminar entre los italianos –y entre los partidos– "nacionales" y "antinacionales". En un discurso pronunciado en Milán, el 4 de octubre de 1922, Mussolini declaró que el estado fascista no otorgaría la libertad a todos los ciudadanos, como hacía el estado liberal, sino que distinguiría en tres categorías a los italianos: los indiferentes, "que seguirán aguardando en sus casas"; los simpatizantes "que podrán estar en circulación"; los enemigos, "y estos no circularán".[357] Los elementos que darán forma al carácter original del Partido Fascista son tales que permiten, desde sus primeros momentos de vida, detectar su orientación totalitaria, aunque esa orientación no se correspondiera con un plan político preciso elaborado a conciencia. Los rasgos propios de dicha orientación totalitaria

son evidentes no solo en la organización del partido y en sus proclamas públicas sino ante todo en la mentalidad de los fascistas, en la actitud hacia los adversarios, en las nuevas formas de organización y de participación política empleadas por el fascismo para involucrar a las masas.

El *partido milicia* era el embrión del régimen totalitario. Para el escuadrismo, los oponentes políticos no eran adversarios por enfrentar sino enemigos que eliminar o humillar sometiéndolos a una obediencia pasiva. En muchas regiones, antes de la marcha sobre Roma, el escuadrismo instauró un dominio público absoluto, ejercido en ámbito local por un jefe, elegido por sus seguidores y obedecido con fanática devoción. También el nuevo estilo político del escuadrismo, asimilado por el PNF, contribuyó a definir su orientación totalitaria. En la mentalidad de los escuadristas, su accionar era una perpetuación de la experiencia bélica de la lucha política, solamente que ahora la frontera que separaba a la nación de sus enemigos pasaba por su interior y separaba a los italianos "nacionales" de los italianos "antinacionales". En la vida de la *squadra* y en las acometidas terroristas contra los adversarios, los escuadristas –y especialmente los jóvenes que no habían participado en la guerra– evocaban el hálito de camaradería que insuflaba la vida comunitaria en las trincheras y el espíritu belicoso que los unía en la mística de la nación, por sobre las diferencias de clase, de profesión, de edad. El escuadrismo era practicado como un experimento concreto de nacionalización de las clases. En sus encuentros, los fascistas representaban visualmente el carácter interclasista y "nacional" del partido: obreros e intelectuales, campesinos y empleados, proletarios y burgueses, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres participaban en el culto de una nueva "religión de la nación" celebrando con ritos y símbolos la "profunda, indefinible, infinita fe fascista".[358] El PNF dio mucha importancia a esas ceremonias y exaltó su función pedagógica mediante las descripciones que al respecto hacían sus periódicos. El nuevo estilo político del PNF no fue un factor secundario en la acción de propaganda, especialmente entre las generaciones jóvenes.[359]

En afán de simplificar, podría decirse que para el fascismo el estilo era la ideología; las formas y los ritos de su organización eran, en conjunto, la representación de sus mitos y su plasmación. Ese nuevo estilo político del PNF daba a sus adherentes la sensación inmediata y perceptible de su fuerza, afianzaba en la dimensión psicológica su unidad con una imagen de orden, ritmo y energía, en que se hacía presente la "indestructible predestinación" del devenir del fascismo. En esos aspectos, el partido adoptaba el carácter de una *comunión*, basada sobre la afinidad electiva de sus integrantes, consagrada por la sangre de los héroes de guerra y de los "mártires de la revolución", unida espiritualmente –más allá de las ineliminables diferencias de clase y la fundamental jerarquía de la organización– en el culto igualitario de la fe fascista. Ritos y símbolos del escuadrismo sirvieron, al volverse parte integrante del PNF, para exaltar también en los hábitos la diferencia privilegiada del nuevo partido, milicia armada para defender y propagar la "religión de la nación" y el culto de la fe fascista.

Crisis y metamorfosis del partido en el poder

Los dos años que siguieron a la marcha sobre Roma fueron el período más difícil para el Partido Fascista, devenido partido gobernante. Divergencias de ideas, ambiciones de poder, rivalidades políticas, pujas de intereses, patriotismos regionales, recelos y odios personales hicieron arduos los conflictos internos. Hubo escisiones y choques violentos entre fascistas viejos y nuevos, que convergieron en masa después de la conquista del poder, entre moderados y extremistas, entre sostenedores de la "nacionalización" y quienes propugnaban la "segunda oleada" revolucionaria.

En 1923-1924 hubo un auténtico declive del partido. Su frágil unidad organizativa, que de todos modos había servido para conquistar el poder en un juego de amenazas terroristas y maniobras de compromiso, se dispersó en fracciones disidentes,

grupos autónomos, feudos de poder personal. La configuración del partido armado, obligado por Mussolini a desmovilizarse, se fragmentó en las colisiones entre corrientes centrífugas. La estructura directiva del PNF fue modificada varias veces y en breve lapso de tiempo, por las intervenciones del Duce, quien intentó afianzar su posición de "jefe del fascismo" por encima del partido. La instauración del Gran Consejo quitó autoridad a los organismos dirigentes elegidos democráticamente y abrió el camino al tormentoso proceso de subordinación del partido al gobierno central, mientras que la instauración de la MVSN, quitando al partido su función militar, decretó el final del escuadrismo como forma de organización inescindible respecto de la organización política y sindical. Todo ello tuvo lugar en un caótico fermento de ideologías: cada una de ellas pretendía brindar la interpretación correcta del fascismo y de sus objetivos después de la conquista del poder.

Los años entre 1922 y 1926 fueron, sin embargo, el período de vitalidad más libre –si bien confusa y a menudo inconducente– de las distintas corrientes ideológicas del PNF. En su afán por definir el significado de la "revolución fascista" y las tareas del gobierno de Mussolini, las tendencias se multiplicaron y se hicieron más definidas mientras empezaba a surgir, cada vez más nítido y dominante, el mito del "estado nuevo", que planteaba otros problemas relativos a la función del partido. Las múltiples tendencias se disgregaron en un espectro de actitudes: algunos proponían disolver el partido, ya que su función se había agotado con el ascenso de Mussolini al poder y la formación de un gobierno de coalición nacional en la vertiente opuesta, otros los objetaban: el PNF no había agotado su función revolucionaria, y por ello reclamaban el derecho revolucionario del partido a conquistar el poder integral para crear "su" estado.

Las críticas más hostiles al partido llegaron de los disidentes y de los revisionistas moderados, como Massimo Rocca. Ellos pensaban que por ese entonces el partido ya había llevado a término su *función de partido*, a nombre de todos los italianos y no únicamente de los fascistas. El partido debía, en cuanto tal, su-

bordinarse al gobierno central, debía poner fin al aún frecuente accionar escuadrista y colaborar con la restauración de la autoridad del estado dentro del respeto por las instituciones tradicionales y del tributo ideal al espíritu de la derecha histórica. Posiciones igualmente críticas acerca del escuadrismo adoptaban los revisionistas como el grupo de *Critica Fascista*. La revista de Giuseppe Bottai no ponía en discusión la existencia del partido y los derechos de la revolución, pero consideraba clausurada la época del escuadrismo y del partido armado. Los revisionistas deseaban una profunda revisión de hombres, ideas y métodos en el seno del partido, para adecuarlo a los requerimientos de la nueva empresa que el fascismo debía llevar a cabo una vez conquistado el poder: crear una nueva clase dirigente y construir un estado nuevo. Para los revisionistas debía restituirse el *partido milicia* con un "partido de intelectuales", forjadores de ideologías y creadores de institutos por cuyo intermedio introducir a las masas en el estado nacional. A la vez, con un virtuosismo ideológico que tendía al abstraccionismo político, reclamaban al partido y al gobierno fascista que pusieran en práctica una estrategia intransigente, para no confundir las ideas y los propósitos del fascismo con la corriente moderada conservadora y con el autoritarismo tradicional.

En la vertiente opuesta se hallaban los integrantes del escuadrismo provincial, los cuales exaltaban la función revolucionaria del partido y querían proseguir, por cualquier medio, apuntando a la conquista plena del poder. Su héroe representativo era Roberto Farinacci, uno de los pocos jefes fascistas dotado de un fuerte sentido del partido. Los integralistas sabían que eran la verdadera fuerza del fascismo y defendían a ultranza la diferencia privilegiada del partido, contra cualquier maniobra oportunista y "normalizadora". Invocaban e intentaban poner en práctica una "segunda oleada" revolucionaria, para barrer con las oposiciones y pasar, sin escrúpulos legalistas ni complicaciones intelectuales, a una brutal y completa fascistización del estado existente. Los jefes del escuadrismo pensaban que la subordinación del partido al gobierno sería el final de su poder

en el fascismo y el triunfo definitivo de la hegemonía de Mussolini. En ese período, Mussolini todavía no era el duce indiscutido, el jefe carismático por encima de cualquier crítica y de cualquier protesta. Por el contrario, muchos extremistas dudaban acerca de la voluntad de aquel de proseguir con la revolución y tenían miedo de que salieran victoriosos los aliados, moderados y nacionalistas en plan de eliminar el escuadrismo, pera encapsular el fascismo revolucionario en una restauración autoritaria del viejo estado constitucional. En la actitud de los extremistas, la orientación totalitaria del *partido milicia* adoptaba los lineamientos de un plan político a conciencia para conquistar el estado con métodos revolucionarios.

Después del asesinato de Matteotti (junio de 1924), la crisis del fascismo hizo vacilar el poder de Mussolini. El escuadrismo extremista tuvo, entonces, un rol determinante para salvar el destino del fascismo y para instaurar el nuevo régimen después del 3 de enero de 1925. La corriente de Farinacci logró, siquiera de forma temporaria, triunfar en el seno del fascismo. Eso dio considerable vigor a la acción del partido en la transformación del estado. Después de un período de dirección colegiada (1923-1924) la vuelta al secretario único, con Farinacci, en febrero de 1925, marcó un importante viraje en la vida política y organizativa del PNF. Él reconstruyó eficazmente la unidad del partido con una acción enérgica que, por una parte, se proponía eliminar los sectores disidentes y las corrientes centrífugas y, por la otra, devolver al partido el carácter de movimiento revolucionario. Farinacci defendió la autonomía del PNF respecto del gobierno e, identificando el fascismo con el fracción intransigente, consiguió imponer incluso a las demás corrientes la política del extremismo. Aun los revisionistas de *Critica Fascista* adhirieron al rumbo totalitario que Farinacci quería imprimir a la política partidaria y gubernamental.

Con una obra de organización efectuada según métodos a veces brutalmente expeditivos, Farinacci recompuso el carácter específico del PNF, integrando los elementos totalitarios del *partido milicia* con las nuevas funciones de partido revolucionario a

cargo del gobierno. Para Farinacci, el PNF debía configurarse con una selecta minoría de fascistas intransigentes, debía ser un orden cerrado dispuesto a desafiar el aislamiento con tal de preservar la integridad de la fe fascista ante la amenaza de contaminarse por obra de los moderados y los normalizadores. El partido debía adoptar el carácter de "ejército" político en movilización permanente contra los enemigos de la revolución, incluso recurriendo –de ser necesario– a la reconstitución de las *squadre d'azione*. La estructura organizativa fue replanteada con una disciplina de tipo militar, basada sobre una relación de obediencia absoluta entre jefes y cuadros inferiores. La jerarquía interna, según Farinacci, debía ser resultado de un renovado sistema de círculos "comunitarios" entre los milicianos de la "religión fascista". Él incitaba a la masa de los fascistas a tomar parte activa en la vida del PNF, llamaba a la discusión, exhortaba a los jefes a un contacto continuo con los subordinados. Que los cargos jerárquicos fueran electivos debía garantizar el consenso y la participación de las masas en la iniciativa política del partido; pero, una vez elegido, el jefe debía ser obedecido con absoluta disciplina.

Farinacci también intentó investir de un nuevo poder a la figura del secretario general, en calidad de "jefe del partido" y no ordinario administrador de una organización que debía recibir órdenes del gobierno. El secretario general era, para Farinacci, el custodio de la fe fascista, el intérprete de la voluntad de la masa fascista, el guía efectivo del partido. Él trabajó en pos de la puesta en práctica de su plan totalitario intentando consolidar el primado del partido por sobre las corporaciones sindicales y la milicia. Su "política partidaria" apuntaba, en última instancia, a garantizar la plena autonomía del PNF con respecto al gobierno de Mussolini. Farinacci ponía en pie de igualdad partido y gobierno, en su aspecto formal, presentando a uno y otro como organismos de fascismo con la manifiesta finalidad de hacer realidad su revolución. Situando junto al "duce del fascismo" el "jefe del PNF", Farinacci intentó, concretamente, reservar al partido la iniciativa revolucionaria, limitando la

hegemonía de Mussolini en el ámbito de la actividad gubernamental, con el rol simbólico de "duce del fascismo". Finalmente, una especificación práctica adicional de la orientación totalitaria halló cauce con el tránsito del PNF de la "diferenciación privilegiada" al "partido único" en el nuevo régimen. La discriminación entre simpatizantes y enemigos se exasperó hasta identificar "italiano" con "fascista": quien se oponía al fascismo se volvía un enemigo de la nación.

Durante el secretariado de Farinacci (febrero de 1925-marzo de 1926) el PNF asistió a su período de mayor autonomía activa y, por cierto, logró influenciar el desarrollo de la trayectoria totalitaria del fascismo y concretar esa orientación en nuevas instituciones; sin embargo, el diseño de la "política partidaria", concebido por Farinacci, no fue llevado a cabo en el sentido que él propiciaba, aunque su obra contribuyó ostensiblemente a poner orden en la vida interna del PNF y a consolidar su estructura, en la que se injertaron otros institutos, para expandir la presencia del partido en la sociedad. Él redujo los conflictos internos y volvió a encaminar al PNF hacia una general homogeneidad de actitudes. No obstante ello, la hostilidad de Mussolini impidió que el partido se volviera el centro activo y autónomo de la iniciativa revolucionaria para la construcción del estado fascista. Paradójicamente, con su "política partidaria", el propio Farinacci había planteado las condiciones que en los años siguientes facilitaron la metamorfosis de la función política del PNF, con la subordinación del partido al gobierno central y su encuadramiento en el estado.

La metamorfosis del PNF se produjo en simultáneo con su encuadramiento jurídico en el nuevo régimen, llevado a término entre 1926 y 1932. Ante todo, la situación interna del partido se vio ampliamente modificada por la acción depuradora del nuevo secretario, Augusto Turati (marzo de 1926-octubre de 1930), y de su sucesor, Giovanni Giuriati (octubre de 1930-diciembre de 1931). Se expulsó a gran cantidad de escuadristas reacios a la disciplina, junto con muchos oportunistas sumados al PNF después de la marcha sobre Roma, mientras que nuevas

transfusiones al cuerpo social del partido alteraron de modo perceptible las componentes del fascismo revolucionario. Dada la posición del PNF en el régimen fascista después de 1926, la referencia a su composición social se vuelve menos relevante a los fines de una evaluación del carácter y de la función del partido. De hecho, en ese entonces ambos fueron determinados exclusivamente desde lo alto y casi siempre por voluntad de Mussolini, decidido a reducir a su mínima expresión la autonomía política del partido. Desde ese punto de vista, puede considerarse el período de 1926-1932 una etapa diferenciada en la historia del PNF, una etapa caracterizada por la afirmación del predominio del Duce por sobre el partido y por la transformación de este en "institución popular" del estado fascista, con funciones organizativas, de control y de pedagogía política –en sentido fascista– de las masas.

Simbiosis entre partido y estado

El Partido Fascista se volvió de facto partido único después del Decreto Real número 1848, del 6 de noviembre de 1926, que dio a los prefectos la facultad de disolver las asociaciones consideradas contrarias al orden nacional del estado –esto es, al orden instaurado por el Partido Fascista– y de la ley número 2008, del 25 de noviembre de 1926, que consideraba delito la reconstitución de las asociaciones y los partidos disueltos.[360] La construcción del régimen fascista fue un trabajo gradual y tuvo lugar mediante un proceso simbiótico de "fascistisation de l'État et d'étatisation du parti fasciste".[361] Por lo general se tiende a tomar en consideración sólo el segundo aspecto del proceso, reputado más importante para definir la posición del partido en el estado. Sin embargo, así se separan los dos fenómenos que, en cambio, fueron simultáneos y complementarios entre sí, y se menosprecia el vector de "fascistización del estado", de idéntica importancia para comprender la posición real del partido en el estado, cuestión que bajo ninguna circunstancia se resolvió con

la formal "subordinación del partido al estado. Para tener una perspectiva de juicio correcta acerca del vínculo entre el partido y el estado es preciso tener en cuenta que la construcción del régimen fascista tuvo lugar principalmente por medio de "un proceso de creaciones y sucesivas transfusiones al ámbito del estado de organismos, entidades colaterales, principios y normas del partido que rotundamente imprimen al estado el carácter de fascista".[362] Ese proceso comenzó inmediatamente después de la marcha sobre Roma, aunque en un principio no siguió un plan orgánico. Las primeras etapas fueron, en 1923, la creación del Gran Consejo, órgano partidario de enlace entre gobierno y PNF, y principal sede en que se elaboraron las leyes para transformar el estado e instaurar la MVSN, que dejó la fuerza armada del partido en dependencia directa del jefe de gobierno, con la explícita tarea de "proteger los inevitables e inexorables desarrollos de la revolución de octubre".[363] Puede considerarse acta de nacimiento simbólica del régimen fascista, con la fascistización del estado, el Decreto Real número 2061, del 12 de diciembre de 1926, que declaró el emblema del Partido Fascista –el *fascis* lictorio– emblema del estado a todos los efectos. El rol del PNF en el régimen fue definido por el Gran Consejo el 3 de enero de 1926: ser "la organización de las fuerzas políticas y administrativas del Régimen"; los fascistas son "soldados dispuestos a cada instante, por separado o en masa, a confesar su propia fe con la sangre, sin discutir las órdenes que descienden de las jerarquías pertinentes". Un nuevo estatuto, aprobado por el Gran Consejo el 8 de octubre de 1926, declaró que "la función del Partido es fundamentalmente indispensable para la vitalidad del Régimen". Sin embargo, a la vez el nuevo estatuto abolió el carácter electivo de los cargos y estableció que "los órdenes y las jerarquías, sin las cuales no puede haber disciplina de afanes y educación de pueblo, reciben [...] luz y norma desde lo alto, donde reside la visión completa de atributos y tareas, de funciones y méritos". El PNF desarrollaría en el régimen su acción "bajo la guía suprema del Duce del Fascismo y según las directivas establecidas por el Gran Consejo Fascista".[364]

El estatuto de 1926 fue la lógica conclusión de esas premisas, y otorgó al PNF, con el replanteo de su orden, una función que precisamente se condecía con su índole de partido-milicia, y completamente acorde con el tipo de régimen que el fascismo había empezado a construir, sobre la base de una progresiva simbiosis entre partido y estado.

El primer acto de la simbiosis institucional entre partido y estado fue realizado con la ley número 2693, del 9 de diciembre de 1928, acerca de la configuración y las atribuciones del Gran Consejo, que se volvió órgano constitucional del estado pero simultáneamente permaneció como órgano supremo del estado. Además de deliberar respecto de asuntos constitucionales fundamentales –tales como, por ejemplo, la sucesión al trono y las atribuciones y prerrogativas de la corona– el Gran Consejo deliberaba acerca de los estatutos, las disposiciones y las directivas políticas del PNF, el nombramiento y la revocación del secretario general, de los vicesecretarios, del secretario administrativo y los restantes miembros del directorio del partido. Con esa ley, declaraba la circular, "aun el Partido Nacional Fascista, que de los viejos partidos –acampados en el estado y en perpetua lucha entre sí para dominarlo– ya no tiene más que el nombre, se encamina también decididamente a formar parte de las fuerzas organizadas del estado, en esa posición prominente que sus altísimos méritos pasados y la gran tarea presente y venidera ya le han asignado en los hechos", por lo cual el partido "en cierto modo llega a encuadrarse en el estado y a conformar una de sus instituciones fundamentales". Un año más tarde, el 14 de septiembre, durante una gran asamblea del PNF, Mussolini fijó en términos inequívocos la posición y la función del partido en el estado fascista:

> El Partido no es más que una fuerza civil y voluntaria a las órdenes del Estado, tal como la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional es una fuerza armada a las órdenes del Estado. El Partido es la organización capilar del régimen. Su importancia es fundamental. Llega a todas partes. Más

> que ejercer una autoridad, ejerce un apostolado y, con la sola presencia de la masa encuadrada en él, representa el elemento definido, caracterizado, controlado en medio del pueblo. El Partido, con la masa de sus miembros, brinda a la autoridad del Estado el consenso voluntario o el aporte invalorable de una fe. Ha desaparecido cualquier dualismo de autoridad y jerarquía. [...] Por lo demás, las posturas son claras. Si en el fascismo todo es en el Estado, tampoco el Partido puede rehuir esa inexorable necesidad, y por ende debe colaborar de modo subordinado con los organismos del Estado.[365]

La nueva ley, número 2099, del 14 de diciembre de 1929 acerca del Gran Consejo y el orden previsto para el partido,[366] dejó al PNF en dependencia directa del jefe de gobierno, mientras que introdujo el partido, por intermedio de la persona del secretario general, en los organismos del estado:

> El secretario del Partido Nacional Fascista es nombrado con Decreto Real –a propuesta del Jefe de Gobierno– Primer Ministro Secretario de Estado.
> Es miembro de pleno derecho de la Comisión Suprema de Defensa, del Consejo Superior de Educación Nacional, del Consejo Nacional de Corporaciones y del Comité Central Corporativo.
> Con Regio Decreto, a propuesta del Jefe de Gobierno, el secretario del Partido puede ser llamado a participar en las sesiones del Consejo de Ministros.

La constitucionalización del Gran Consejo debía producir la fusión entre partido y estado, pero no por ello relegaba al partido a un rol por completo subordinado. No debe minimizarse que, si bien el Gran Consejo daba las directivas al partido, a su vez este tenía una presencia destacada en el orden y en las tareas del Gran Consejo: el secretario general del partido era de pleno derecho secretario del Gran Consejo y, en caso de ausencia y de verse impedido, el jefe de gobierno podía delegar

en él la convocatoria y presidencia de ese "supremo organismo del régimen". Ello confirió al secretario general del partido un sitio de primer orden en la estructura del nuevo régimen, como "el más alto jerarca después del Duce".[367]

Esas modificaciones fueron codificadas en un nuevo estatuto, deliberado por el Gran Consejo, aprobado por Decreto Real número 2137, del 20 de diciembre de 1929, y publicado en la *Gazzetta Ufficiale*. Un estatuto que siguió a este, aprobado por Decreto Real número 1456, del 17 de noviembre de 1832, estipuló el orden del partido con la fórmula "El Partido Nacional Fascista es una milicia civil, a las órdenes del Duce, al servicio del Estado Fascista". El agregado del epíteto "fascista" al estado no era pleonástico: el partido aceptaba la posición subordinada no con relación al estado en sí, sino a ese tipo específico de estado, al cual podía considerar, con razón, producto de su acción "revolucionaria": cada vez más, aquel iba configurándose como "estado partidario", en cuyo seno sólo la adhesión al partido era "condición de la *plena* capacidad jurídica de derecho público del ciudadano italiano".[368] Con el decreto del Jefe de Gobierno fechado el 17 de diciembre de 1932 se estableció que para ser admitido en los concursos de la administración pública era indispensable estar inscripto en el PNF. El Decreto Ley número 641, del 1º de junio de 1935, estipuló la obligatoriedad de la afiliación al PNF también para los postulantes a cargos en entes locales y paraestatales. Finalmente, con el Decreto Ley Real numero 827, con fecha del 3 de junio de 1938, la inscripción en el PNF fue requisito para los trabajadores asalariados de las administraciones públicas. En 1937, la circular número 10/139 del ministro del interior declaró equivalente a la cédula de identidad la credencial del Partido Fascista. Inserto en el estado "fascista", el partido renunció a contar, como partido, con una voluntad propia, reconociendo como tal la voluntad de su Duce, pero en cambio adquirió considerables poderes y privilegios exclusivos.

El Duce y el partido

Con la "subordinación del partido al estado" Mussolini logró someter definitivamente el partido a sus órdenes. Ello consiste en un fenómeno que no es específico del fascismo, sino que encuentra análogos en otras experiencias totalitarias en las cuales cada vez que se asistía a una etapa de "personalización del poder" inevitablemente se privaba de autonomía y voluntad política al partido.[369] Con todo, según creemos, considerar que esa etapa marca el "final del partido" es una tesis errada. Por motivos históricos, el "mussolinismo" es parte del fascismo y no puede ser comprendido por fuera de aquel, al igual que no puede comprenderse al "Duce" por fuera del PNF. Elementos funcionales prueban que no obstante ello la monocracia mussoliniana permanece ligada a la existencia del partido, el cual constituye la base sólida sobre la que se cimenta aquella. En los regímenes de partido único, en los que no se crea desde lo alto el partido sino que es un movimiento autónomo de masas, que da origen al régimen, como sucede en el caso del fascismo, la "personalización del poder" es un fenómeno resultante del partido único, cuando en el interior de este surge, por fuerza personal y/o por motivos funcionales, un individuo dominante. En esas situaciones, si bien desprovisto de una voluntad política autónoma, el partido sigue siendo el detentor de los poderes de control y de organización de la sociedad para llevar a la práctica el experimento totalitario, ya que no puede eliminárselo sin poner en riesgo el poder del dictador. Eso es aun más evidente en el caso del fascismo, a causa del pacto con las fuerzas tradicionales que había permitido conferir estabilidad al régimen.

Después de la marcha sobre Roma, la actitud de Mussolini para con el PNF siempre fue coherente en su negativa a cualquier forma de paridad con el estado. Casi por completo privado de una percepción del partido, Mussolini se opuso por todos los medios a cualquier intento realizado para afianzar la autonomía y la supremacía del PNF. Desde las disposiciones

gubernamentales emanadas hacia fines de 1922 hasta la circular a los prefectos de 1927, el Duce enunció perentoriamente que el PNF estaba subordinado al estado. Esa actitud fue compartida y respaldada por los fascistas moderados, por los aliados y por los nacionalistas, afluidos al PNF a comienzos de 1923. Gracias a la obra de Luigi Federzoni como ministro del Interior (junio de 1924-noviembre de 1926), los nacionalistas que no se habían convertido del todo a la fe fascista obstaculizaron la "política partidaria" de Farinacci para contrarrestar la influencia del extremismo revolucionario sobre la política gubernamental.

Los nacionalistas intentaron motivar su acción con argumentos ideológicos. En sus intervenciones, enfatizaron una interpretación del fascismo como heredero espiritual del movimiento nacionalista y exaltaron los distintos elementos del fascismo en cuanto fenómeno "nacional" más que los propios de "partido". Con dialéctica capciosa, los nacionalistas sostenían que después de volverse "régimen" el fascismo cesaba su existencia como "partido", pues el régimen fascista enunciaba su propia incompatibilidad con la existencia de los partidos. Al alcanzar una dimensión nacional en cuanto "régimen", el fascismo debía anularse como "partido", hasta disolver su condición de fenómeno político específico. Los nacionalistas nunca aceptaron con entusiasmo la presencia del PNF. Enrico Corradini, fundador del movimiento nacionalista, lamentó que se hablara demasiado de fascismo y demasiado poco de Italia: "Menos Fascismo y más Italia, menos Partido y más Nación, menos Revolución y más Constitución", observó en algunos apuntes personales.[370]

Una actitud similar a la adoptada por los nacionalistas, pero basada sobre otros motivos ideológicos, fue expresada por Giovanni Gentile en ocasión de la ley acerca del Gran Consejo de 1928. Según este autor, subordinando el PNF al estado, la constitucionalización del Gran Consejo prácticamente fijaba las condiciones para liquidar el partido y poner fin a la discriminación entre fascistas y antifascistas en la unánime concordia de

los italianos efectuada por el estado fascista. Según Gentile, en el nuevo "estado nacional" solo había italianos, ya no divididos entre partidarios de la revolución y en paladines del viejo régimen, sino todos ciudadanos devotos de la autoridad del estado que cooperaban con el afán de engrandecer la nación.[371] En idéntica medida los nacionalistas y Gentile terminaban, acaso sin darse cuenta, por proponer la "disolución" del fascismo en un patriotismo estatalista autoritario. Solo se mostraban satisfechos por los resultados que había obtenido la "revolución fascista" con la creación del nuevo régimen y por eso reputaban agotada la función histórica del fascismo como movimiento y partido político.

El carácter insidioso de esa interpretación fue percibido por el propio Mussolini, quien, aunque cultivaba por su partido un sentimiento mixto de recelo y a veces incluso de desprecio, sabía que el lazo con el partido era indisoluble: podía ser eludido, pero no podía ser truncado, ya que el origen y la legitimidad de su poder "revolucionario" derivaban del partido. Por ello él siempre rechazó con acrimonia la hipótesis de una desarticulación o de una autosupresión del partido, tal como declaró en 1929:

> Aquellos que han propuesto tal insensata hipótesis son inconscientes, o traidores, o vindicativos, que desearían anular el Partido Nacional Fascista, que hizo la revolución, que desearían quitar al régimen una fuerza espiritual para solo dejarle las fuerzas materiales. ¡Otro elemento pleonástico no hay si no es su perfidia mezquina o su insuficiencia mental! La cuestión no estriba en saber si el Partido debe existir o no llegar a tanto, porque, si no existiera el Partido yo lo inventaría, y lo inventaría tal como es el Partido Nacional Fascista: cuantioso, disciplinado, ardoroso, con estructura rígidamente jerárquica.[372]

La operación de subordinación del partido después de 1926 no provocó intentos de revuelta antimussoliniana. De todos mo-

dos, esa operación también requirió un laborioso reordenamiento interno del partido, mediante una contundente revisión efectuada sobre afiliados y sobre cuadros locales.[373] Después de la marcha sobre Roma, el PNF rápidamente había engrosado sus filas con todo tipo de arribistas y oportunistas que saltaron al carro del vencedor. Los inscriptos en los *Fasci di combattimento* aumentaron de 299.876 computados el 31 de diciembre de 1922 a 682.979 hacia el final del año siguiente y, tras una disminución en 1924 y 1925, cuando menguaron a, respectivamente, 642.246 y 599.988, comenzaron nuevamente a aumentar pasando a 637.454 el 31 de marzo de 1926 y a 939.997 al final de ese mismo año.[374] A principios de 1927, el Gran Consejo decidió cerrar cualquier tipo de nueva admisión al partido: la conscripción de nuevos afiliados solo se efectuaría por intermedio de las organizaciones juveniles del partido, con el rito anual de "reclutamiento fascista".[375] Augusto Turati, secretario general desde el 30 de marzo de 1926 hasta el 7 de octubre de 1930, durante sus primeros seis meses a cargo del secretariado expulsó a 7.400 cuadros inferiores y a 5 diputados; a fines de 1927, tras un año de vigencia del estatuto que había abolido el carácter electivo de los cargos jerárquicos, se había expulsado o removido a 2.000 dirigentes y a 30.000 cuadros inferiores; y entre 100 y 110 mil fascistas serían expulsados durante 1928-1929.[376] Pese a ello el partio siguió creciendo, con la afluencia de las nuevas camadas juveniles, de 1.034.999 en 1927 a 1.057.121 el 28 de octubre de 1930. El sucesor de Turati, Giovanni Giuriati, secretario general desde el 7 de octubre de 1930 hasta el 7 de diciembre de 1931, continuó la depuración y expulsó a cerca de 120.000 inscriptos, suscitando las protestas del propio Duce, "desolado al ver tan segadas sus falanges": el 27 de septiembre de 1931 la cantidad de inscriptos había descendido a 803.082.[377] Por desgracia, la casi totalidad de datos disponibles acerca de la depuración son solo numéricos y no permiten corroborar la identidad de los expulsados y los motivos de su expulsión. Probablemente, junto con aprovechadores, oportunistas y convictos hayan sufrido ese golpe muchos fascistas de los primeros años que se rebelaban

ante el rumbo normalizador del régimen. Aún hasta 1929 la vida interna del partido atormentada por crisis locales, generalmente provocadas por rivalidades personales entre dirigentes fascistas; por la rebeldía de los escuadristas que no se habían adaptado a la orden de desmovilizarse y encuadrarse en la MVSN; por disputas debidas a ambiciones e intereses lesionados o insatisfechos; por la crónica protesta de los "fascistas de la *primera hora*" que habían permanecido en los rangos subalternos contra los "fascistas de la última hora" que habían hecho carrera en el partido. En ciertos aspectos, la crisis interna del partido también reflejaba la lucha de clases entre la pequeña burguesía, base originaria del partido, y los nuevos elementos de la alta burguesía y de la aristocracia, afluidos sobre todo después de la instauración del régimen y a menudo elevados a una posición dominante en las jerarquías locales cuando el PNF quiso adquirir cierta "respetabilidad" burguesa. No obstante ello, en conjunto, desde 1921 hasta 1943 una porción sumamente amplia de los cuadros dirigentes del PNF estuvo compuesta por elementos de la burguesía pequeña y media, inscriptos antes de la marcha sobre Roma: de 709 secretarios federales, el 80% estaba formado por inscriptos en fecha previa a ese suceso, el 14% por inscriptos entre esa fecha y 1927 y el 4,65% provenía del "reclutamiento fascista".[378]

En vísperas del primer *decennale* del fascismo en el poder, ya se había llevado a cabo la estabilización del PNF: en 1928, de 9.729 *Fasci* solo 881 solicitaban todavía la intervención del secretario general por disputas internas.[379] Una rígida cadena jerárquica ataba la organización de las cumbres del régimen en las provincias, en las alcaldías, en los barrios. Todos los jerarcas eran nombrados por Mussolini a propuesta del secretario del PNF. Se había eliminado cualquier veleidad de limitar el poder del Duce. Eso fue posible tanto por la ausencia en el partido de otras personalidades capaces de impugnar de modo efectivo el rol de jefe a Mussolini, cuanto por la plena congruencia, psicológica e ideológica, de la figura del "Duce" con la concepción fascista de la política y del estado nuevo. El partido fue el pri-

mer artífice del "culto de la personalidad" y el principal responsable de que el régimen partidario avanzara hacia el *cesarismo totalitario*, característico de la segunda década del fascismo, con eje en el mito de Mussolini y en la figura carismática e institucional del Duce. Mientras en los estatutos de 1926 y de 1929 el Duce todavía figuraba como el primero en la jerarquía del partido, en el estatuto de 1932 fue situado por fuera y por encima del partido, y en el estatuto de 1938 fue designado explícitamente "jefe del partido". En un texto destinado a los cursos de preparación política editado por el PNF se lee:

> En nuestro sistema político el Duce es una institución política, no sólo como Jefe del Gobierno sino como representante concreto, activo, presente y agente de la Revolución. [...] En su figura se centra la dirección fáctica de la política italiana; y no podría ser de otro modo. Sin disminuir el valor de la Monarquía –especificada en las altas funciones de la Corona–, el DUCE es la institución fundamental, efectiva, dinámica y disciplinaria de toda la vida del estado.

Después de destinar una observación por cierto no ortodoxa al "valor de la Monarquía", el anónimo redactor de ese texto (acaso Carlo Curcio) concluía con una coda muy significativa: recordaba que el origen y la legitimidad de la figura del Duce derivaban de su vínculo indisoluble con el partido:

> Pero, antes que nada, el Duce es el Jefe del Partido Nacional Fascista; en tal condición se volvió, en la dimensión histórica, Jefe del conjunto de órganos que rigen la vida nacional, en tal condición está, si acaso es lícito decirlo, jurídica y políticamente –amén de históricamente– en la posición preeminente que la ley le asigna y el pueblo italiano le confirma con devoción y con entusiasmo, porque el Partido Nacional Fascista fue y es el animador del Estado Nuevo, el elemento central y dinámico del Régimen.[380]

El prefecto y el secretario federal

En realidad, la subordinación del partido al estado bajo ningún aspecto eliminó los conflictos entre representantes del PNF y representantes del estado. La fuente primaria de conflictos eran los vínculos entre los secretarios federales y los prefectos. Durante los primeros años de gobierno fascista, los *ras* locales habían llevado adelante una constante y expansiva concusión de la autoridad de los prefectos. Muchos de estos últimos se adecuaron al nuevo régimen; otros, de más sólidas convicciones liberales, fueron alejados por presiones del partido. Desde sus primeros días de gobierno, Mussolini había sido claro y taxativo acerca de los vínculos entre organismos gubernamentales y organismos partidarios. Con la circular del 7 de enero de 1927 reafirmó perentoriamente que el prefecto era la autoridad más alta en las provincias y, por ende, el secretario federal le debía "respeto y obediencia". Esa circular, que suele considerarse el acta de sumisión del partido al estado, en realidad tenía un significado estrictamente totalitario, pues también decretaba la subordinación de los organismos estatales al *régimen fascista*: el prefecto se volvía prefecto *fascista*;[381] y entre sus funciones estaba "proceder a las depuraciones que se hacen necesarias en la burocracia menor y señalar al Partido y a los órganos responsables del Régimen los elementos nocivos".[382]

Pese a las resoluciones de Mussolini, los casos de conflicto entre prefecto y *federale* eran frecuentes. Un intento por prevenirlos fue el apartamiento de los prefectos peor vistos por el fascismo y la designación de "prefectos políticos", es decir, provenientes del partido. De 1922 a 1929, se suplantó a 86 prefectos con funcionarios de carrera; y 29 fueron tomados del partido.[383] En 1935, cerca de la mitad de los prefectos en funciones no eran de carrera; dos años más tarde, de 65 prefectos, 31 provenían de la nómina en servicio. La presencia de los otros 34 obedecía a un nombramiento político: de estos, al menos 10 tenían antecedentes escuadristas, 22 eran graduados universitarios, 13 habían sido

secretarios provinciales del PNF. Los demás habían sido oficiales del ejército. Sin embargo, en 1937 se estableció que las tres quintas partes de los prefectos debían ser elegidas entre funcionarios de carrera del Ministerio del Interior.[384] Pero los conflictos no disminuyeron; antes bien, los más vivaces tuvieron lugar, precisamente entre secretarios federales y prefectos fascistas.

Lo mismo sucedía en las cúpulas del régimen entre los secretarios del PNF y los subsecretarios del Interior, que desde 1926 siempre fueron designados de entre fascistas de origen escuadrista, como Michele Bianchi (13 de marzo de 1928-12 de septiembre de 1929), Leandro Arpinati (12 de septiembre de 1929-8 de mayo de 1933) y Guido Buffarini Guidi (8 de mayo de 1933-6 de febrero de 1943). La problemática de los vínculos entre prefectos y secretarios federales, y entre secretario general del partido y subsecretario del Interior, fue una de las principales causas que provocaron la renuncia de Turati. Hacia septiembre de 1930, en la dirección del partido se lamentaba el dualismo de poderes: "Aún existe un problema no resuelto, el dualismo que se halla, en todas las provincias, entre prefecto y secretario federal. Casi en todas partes sucede que el primero viva traccionado por el otro, y viceversa. Se impone entonces un debido equilibrio –no siempre fácil de alcanzar– y no es un problema de disposiciones formales, de discursos, de circulares, sino que es un problema de conocimiento del contexto provincial que no debe resolverse en ocasión de grandes rendiciones de cuentas, ni de cónclaves, sino en el contacto cotidiano del centro con la periferia".[385] Para subsanar esa rivalidad, Turati había propuesto unificar el cargo de secretario del PNF con el de subsecretario del Interior; pero la propuesta fue ásperamente rechazada por el Duce, y al mes siguiente se pidió la renuncia a Turati.[386] También Giuriati chocó contra ese escollo. Su obra de depuración y de orden en el partido padeció en distintas formas el asedio hostil de Arpinati. Para Giuriati, el dualismo era insostenible, y lo demostró abiertamente en sede del Gran Consejo, antes de renunciar:

> El secretario federal depende del secretario del partido en el centro y del prefecto en las provincias. Pero el prefecto en ningún modo depende del secretario del partido. El partido está inerme, desde el punto de vista disciplinario, ante los funcionarios públicos por la disposición estatutaria que inhibe al partido de someter al procedimiento a aquellos que están investidos de cargos gubernamentales [...]
> En la férrea condición en que está ubicado, resulta evidente que, si no desea conmocionar la paz provincial, el secretario del partido debe nombrar al secretario provincial propuesto por el prefecto y cesar en sus funciones al secretario federal cuando no cuente con la aprobación del prefecto. Resulta igualmente notorio que el mando efectivo sobre el partido lo tiene el ministro del Interior, pues de él dependen las prefecturas, de las cuales los secretarios federales no son más que funcionarios extranumerarios.
> Pongo especial cuidado en abstenerme de criticar este tipo de orden, ya que es deseado por el Duce. Únicamente pido saber a quién atañe la responsabilidad del partido.[387]

La situación se mostraba aun más insostenible (hacía notar Giuriati directamente al Duce) desde el punto de vista de la intransigencia fascista, porque de 75 prefectos inscriptos en el *Fascio* romano solo constaba que 10 habían ingresado antes de la marcha sobre Roma, mientras que 47 se habían inscripto después del segundo semestre de 1925: según observaba Giuriati, el partido estaba "sometio al juicio de los héroes de la sexta jornada [...]. En estas condiciones, y si no cambia de rumbo, nadie puede manejar el partido; yo no, por cierto".[388] Después de la experiencia negativa de quienes lo habían precedido, su sucesor, Starace, nunca más volvió a presentar explícitamente esa problemática, pero supo accionar arteramente para minar la posición de sus rivales; tanto es así que en 1933 consiguió hacer que se destituyera a Arpinati y, en 1934, lo expulsó del partido "por actitudes reñidas con las normas rectoras del PNF". Durante su prolongado secretariado, Starace nunca tocó abiertamente el tema; aceptó la subordinación formal del *federale* al prefec-

to, pero en todo momento fue firme al exigir respeto por las atribuciones y prerrogativas del partido, incubando acaso ambiciones personales de poder y control sobre la sociedad y el estado, hábilmente mimetizadas por una entrega casi servil hacia el dictador.

Las relaciones entre prefectos y secretarios federales siempre permanecieron, de hecho, en un precario equilibrio, que solía depender de las relaciones personales entre prefecto y secretario federal, y de la fuerza de temperamento de uno y otro. Acerca de ese muy importante aspecto del vínculo entre partido y estado debe señalarse que la subordinación del secretario federal al prefecto nunca pasó a la letra de los estatutos del partido, que de todos modos siempre eran meticulosos en lo atinente a ese tema, y nunca fue codificada en una forma de dependencia jerárquica. El secretario federal dependía directa y exclusivamente del secretario del partido, y en la provincia en cuestión tenía facultades y funciones análogas a las que tenía el secretario del PNF en el ámbito nacional: "Controla las organizaciones del régimen y la adjudicación a los Fascistas de los cargos y misiones en el ámbito de la provincia", "preserva el enlace con los órganos periféricos del estado y con los representantes de los entes públicos locales" (artículo 23 del estatuto de 1938); "custodia el accionar de las asociaciones sindicales, en especial para estipular contratos colectivos de trabajo, para resolver controversias laborales y hallar colocación para la mano de obra" (artículo 41 del reglamento del PNF de 1939). Contra las disposiciones adoptadas por el *federale* no se preveía posibilidad alguna de recurso ante el prefecto; tampoco el prefecto podía anular o modificar las decisiones del secretario federal. La ambigüedad del dualismo irresuelto generaba constantes rivalidades.[389] Los conflictos continuaron, siquiera en sordina, y tuvieron distintos resultados. En 1938, Bottai consideraba síntoma de la preponderancia del partido por sobre el estado el apartamiento del prefecto de Turín por voluntad del secretario federal.[390]

La política del secretario federal

La subordinación del PNF al estado no impidió que el partido ejerciera un rol activo, con poderes fácticos, en la vida del régimen. Los secretarios del PNF desempeñaron un papel importante en la confección y la puesta en práctica del proyecto totalitario fascista. Entre las jerarquías superiores del partido, el secretario general no era un *primus inter pares,* sino efectivamente un jefe;[391] no obstante hallarse en posición subordinada al Duce, tenía plena potestad en el interior del PNF y ejercitaba notables prerrogativas fuera del partido.[392] Él podía imponer y revocar los castigos disciplinarios a los afiliados, desde la amonestación hasta la expulsión, que implicaba para el expulsado verse proscripto de la vida pública, conforme a lo establecido ya en el estatuto de 1929. Sólo el secretario general del PNF podía imponer sanciones disciplinarias a diputados y senadores; en el caso de los diputados, si se los suspendía o expulsaba del partido ya no podían participar en las tareas parlamentarias y percibir la dieta correspondiente a su cargo durante el período de vigencia de dicha disposición, según lo estipulado en el reglamento de la Cámara (artículo 29, anexo), con grave merma de la independencia del diputado. Además, el secretario del PNF tenía la función de preservar el enlace entre partido y los organismos estatales, y ejercía el "control político sobre las organizaciones del régimen y sobre la adjudicación a los Fascistas de los cargos y misiones de carácter político".

De 1926 a 1943 siete secretarios se sucedieron al mando del partido. Algunos, como Giuriati, Ettore Muti y Adelchi Serena, permanecieron en su cargo solo un año; otros, como Turati, Starace y Vidussoni, permanecieron durante períodos más prolongados; el último, Carlo Scorza, fue nombrado el 18 de abril de 1943. La mayor permanencia fue la de Achille Starace, en funciones desde el 7 de diciembre de 1931 hasta el 29 de octubre de 1939.

Muchos atribuyen a Starace la responsabilidad de haber

transformado el PNF en una obtusa organización burocrática y en una ridícula maquinaria de propaganda para el "culto al Duce", todo menos nimbada de prestigio nacional. Ese parecer se corresponde sólo parcialmente con la realidad histórica. De hecho, el "staracismo" no fue más que la exasperación del carácter, de la función y de los deberes que el partido había asumido a partir de 1926, por obra de los secretarios que habían precedido a Starace. Desde luego, deben tomarse en cuenta las disidencias internas que pueden detectarse en las ideas y en la práctica de Turati y de Giuriati, en cuanto secretarios generales del PNF; pero también debe reconocerse que su obra fue determinante para la transformación del PNF de modo coherente con la nueva función que llegaba a adquirir en el sistema totalitario fascista. Turati, Giuriati y Starace, cada cual a su modo y con notorias diferencias entre personalidades, capacidades e ideas, reforzaron, ampliaron y perfeccionaron la maquinaria del partido y afianzaron su presencia en el régimen y en la sociedad. El secretario del partido debería ser otro elemento de amalgama entre el partido y el estado; en cierto sentido, el garante de la subordinación del PNF al estado y del respeto de los límites dentro de los cuales había quedado demarcado el poder del partido. En realidad, los primeros en no aceptar la intangibilidad de esos límites fueron los secretarios del PNF, celosos custodios de las prerrogativas y de los privilegios "revolucionarios" de su organización, aun respecto de los organismos estatales y de sus representantes.

Sin duda se debe a Turati la liquidación de la "política partidaria" de Farinacci y la adaptación del PNF a la nueva función derivada de su posición subordinada en lo tocante al estado. Con Turati, el PNF se hizo cargo de una tarea eminentemente educativa dirigida tanto a las masas como, sobre todo, a las nuevas generaciones. Deber del partido era secundar, cual ejército disciplinado y obediente a las órdenes del Duce, la obra gubernamental, preparando la formación de la clase dirigente fascista capaz de continuar la revolución en el sentido de una fascistización integral del estado. Esas eran las principales directivas

adoptadas por Turati, alineadas con la política de Mussolini. Ello no significaba, para Turati, otorgar al PNF una iniciativa política autónoma, como había intentado hacer Farinacci, pero sin embargo significaba aumentar las presencia del partido en la vida pública. El PNF debía extender su acción rumbo a una transformación más amplia de mentalidades, conductas, convicciones ideales de los italianos. Según Turati, el partido conservaba una posición central en el régimen fascista, porque en sus manos quedaba el control político de las instituciones económicas y sociales, sin interferir con la acción del Duce. Por otra parte, Turati fue el primer secretario general del PNF que explícitamente echó los cimientos para el "culto al Duce", exaltando a Mussolni como jefe y guía supremo del fascismo, único depositario de la voluntad política, "el único Jefe, del cual dimana [...] el único piloto que ningún crápula puede suplantar".[393] En los hechos, Turati mantuvo activa la presencia del partido, intentó ampliar la influencia de este entre las masas obreras, expandió el radio de injerencia partidaria. El PNF adoptó prevalentemente el carácter de escuela de vida civil, como modelo ejemplar de una nueva moralidad colectiva. Para Turati, el partido era el custodio y alma máter de la fe fascista, "la fragua siempre encendida, en cuyo interior el espíritu revolucionario del Fascismo forja a cada instante las leyes revolucionarias para el porvenir".[394]

Durante su breve período en el secretariado, Giuriati intentó mantener la presencia activa del partido en el régimen e hizo un aporte fundamental a la obra de fascistización de las nuevas generaciones con la creación de los *Fasci giovanili di combattimento,* que organizaban a los jóvenes de entre 18 y 20 años y debían ser "el invernadero fecundo para obtener cuadros de mando e integrantes del PNF y de la MVSN". Giuriati hizo más pronunciada la militarización de la vida interna del partido y su carácter de institución laico-religiosa. Para Giuriati, el fascismo era la religión civil de la patria: el partido debía consagrarse a la formación de una "conciencia fascista" en las nuevas generaciones, enfrentando en ese ámbito la influencia de la

Iglesia católica. El PNF desarrollaría su obra sobre todo para criar y educar a los nuevos fieles, apóstoles, militantes y mártires de la *religión fascista*. "Quienes no estén dispuestos a entregar cuerpo y alma a la Patria y a servir sin discusión al Duce no merecen llevar puesta la camisa negra": eso afirmaba el segundo mandamiento del *Decalogo del Giovane Fascista*, escrito por Giuriati en 1931.

Desde sus orígenes el fascismo tuvo el carácter de una "milicia" al servicio de una "fe". En 1926, el estatuto del partido reafirmó que el PNF era un ejército de fieles *(credenti)* y de combatientes a las órdenes del Duce, también que el fascismo era sobre todo una fe, que había tenido sus cultores y sus mártires. Después de 1926, por obra de Turati y de Giuriati, las manifestaciones del partido adoptaron formalmente el carácter de "liturgia civil"; debían expresar y perpetuar en la conciencia de los italianos la "fe fascista". Antes que nadie, el propio Turati elaboró las formas de las ceremonias más importantes del fascismo, que se celebraban en las fechas fundamentales del nuevo calendario del régimen: el 28 de octubre (comienzo del año fascista", el 23 de marzo (fundación de los *Fasci di combattimento*), el 21 de abril (natalicio de Roma y festividad del trabajo). En 1927 se instituyó el principal rito del fascismo, el "reclutamiento fascista", *rito* de iniciación de los jóvenes provenientes de las organizaciones de "vanguardistas" que entraban en el partido, después de que se decidiera el cierre de las inscripciones. El "reclutamiento fascista" era similar al rito de la confirmación en la Iglesia católica y todos los años se celebraba en las capitales, ante la presencia de las autoridades gubernamentales y del partido. La ceremonia principal tenía lugar en Roma y culminaba en el discurso del Duce. Los jóvenes que deseaban ingresar al partido y a la milicia eran recibidos en las sedes del Fascio por los conmílites [*camerati*, según el tratamiento de rigor] mayores y, tras pronunciar el juramento de lealtad, hasta la muerte, al Duce y a la causa de la revolución fascista, recibían su credencial y su carabina. En ocasión del segundo "reclutamiento fascista", en 1928, el secretario Turati se hizo presente en varias ciudades de Italia para

"dar personalmente –como se lee en el *Foglio d'Ordini* del 17 de marzo de 1928– la suma unción crismal a los nuevos jóvenes italianos, fieles a la nueva Patria": "Nosotros –dijo Turati durante el rito de reclutamiento, el 23 de marzo de 1928–, ya probados en la lucha y ya algo dañados en la prueba, confiamos a vosotros, jóvenes camaradas, la carabina y el puñal: las buenas armas para todas las batallas y, en recuerdo de nuestros Muertos, los consagramos fascistas". Turati, según comentó la revista *L'Ordine Fascista,* "es el sacerdote que habla con voz mística, con llamamiento vivificador".[395]

Por su parte, Starace prosiguió y perfeccionó, con un incisivo toque personal, la obra comenzada por sus predecesores. Con una auténtica manía por el "estilo fascista" que consideraba esencial para el carácter del PNF y para la nueva índole política del estado fascista en construcción, elaboró y multiplicó las formas de la liturgia fascista, sumó el "sábado fascista", especificó meticulosamente los modos de comportarse del fascista en la vida cotidiana, el uso de uniformes en la vida del partido, los tipos de relación formal entre jerarcas y cuadros menores. Starace daba mucha importancia a los desfiles y a las manifestaciones deportivas masivas, pues estaba convencido de que estas contribuían a formar el espíritu fascista de los italianos: "El estilo fascista –afirmaba una 'resolución' de Starace fechada el 23 de mayo de 1935–, excepto para algún irreductible histrión, no puede considerarse mera actitud exterior, sino nítida expresión de revelación de un contenido íntimo, sustancial". La instauración del "sábado fascista", en 1935, debía servir justo para formar a los "nuevos italianos" del fascismo desde el punto de vista físico, militar e ideológico, mediante manifestaciones deportivas, maniobras militares, conferencias políticas. Por lo demás, todo ello no entrañaba una innovación extemporánea, sino que se insertaba, como coherente desarrollo, en la tradición ritual del PNF y estaba en correspondencia con sus ideales de "política de masas" y con su función en el régimen fascista. Dicha función fue inequívocamente definida por Starace en su alocución durante la sesión del Gran Consejo del 14 al 16 de febrero de 1935:

> El segmento de esta rendición de cuentas mía referido al encuadramiento del Partido, perfeccionado también en sus formas exteriores, a la concesión de los *Brevetti della Marcia su Roma*, al estilo fascista, a la preparación política de los jóvenes, a la función de las asociaciones fascistas [...] deja en evidencia toda una actividad de carácter psicológico y formativo que, a mi parecer, debe ser predominante en quien, como el Secretario del Partido, tiene la responsabilidad del gobierno de los hombres.
> Soy de la opinión de que el Secretario del Partido, más que en el campo político, que es nítidamente marcado por el DUCE, en su interior y en su exterior, campo en que no hay qué ejecutar, con aquel espíritu de iniciativa, sin la cual la puesta en práctica no podría tener más que escaso valor, debe generar realidades en el campo psicológico y formativo, imprimiendo a los Fascistas y a los Italianos el nuevo estilo de la época en que vivimos. Divisar, en cualquier contingencia, aun los más tenues matices de carácter psicológico y potenciarlos, en armonía con necesidades inmediatas o mediatas del Régimen, constituye el verdadero, concreto aporte que el Partido puede y debe dar al DUCE, para posibilitarle, en cualquier *momento*, desarrollar su acción en el campo político, en pro de esos objetivos que Él solo puede concebir y señalar.[396]

En realidad, Starace intentó poner en práctica un ambicioso proyecto de "política partidaria", sin desafiar la autoridad del Duce, merced a la construcción de un sólido organismo de poder fáctico, acaso en pos de una eventual sucesión de Mussolini. Después de todo, no era quimérico pensar que un probable sucesor, el heredero de la "voluntad política" del Duce, podía ser la "voluntad política" del PNF y, por ende, del hombre que podía accionar los mecanismos de puesta en marcha del partido. En ese sentido, acaso pueda intuirse el propósito de la acción de Starace, que paulatinamente transformaba el PNF en una estructura omnipresente e insustituible en el sistema político fascista. El partido de Starace expandía los confines de su

feudo en el régimen para cobrar un peso determinante en el juego de equilibrio y acuerdos sobre el que estaba fundada la dictadura mussoliniana.

La "estrategia de expansión" del PNF

Dualismos, antagonismos, rivalidad de poderes y de competencias eran moneda corriente en el régimen fascista, encubiertos por la fachada de una organización monolítica y eficiente. Por detrás de la sacralidad mística del estado totalitario venerada por el fascismo tenía lugar una sorda lucha entre los "potentados" de la oligarquía fascista; cada uno de ellos procuraba defender su propio territorio, contrarrestar las ambiciones ajenas, ampliar la esfera de su hegemonía. Por su parte, el PNF estaba decidido a ejercer de manera extensiva y abusiva el poder de control y de vigilancia que se le había conferido, con relación a la burocracia estatal y a las demás organizaciones del régimen. En el estado actual de conocimientos no resulta fácil hacer una evaluación de conjunto de los resultados obtenidos por el partido –tampoco de su consistencia– en su "estrategia de expansión" entre las instituciones y organizaciones del régimen. Sin embargo, pueden detectarse tres modalidades tácticas distintas seguidas por el PNF para ampliar el radio de su poderío: infiltración, control directo, anexión.

La primera táctica era adoptada sobre todo con las instituciones tradicionales del estado, como por ejemplo las fuerzas armadas, donde el partido no había logrado asentar control propio alguno y que permanecieron casi por completo fuera de su influencia, aunque no faltaron intentos de fascistización desde el interior. En cambio, iniciativas de ese tipo tuvieron más éxito en el caso de la magistratura, gracias a la imposición de un control externo. Por ejemplo, para nombrar a los vicepretores, conciliadores y viceconciliadores, que debían ser "de indiscutible fe fascista", se requería el parecer del secretario federal; en el caso de los magistrados numerarios, tal

como sucedía con todos los empleados de la administración pública, se requería la inscripción en el PNF para admitirlos en la carrera; y con la ley número 1428, del 28 de septiembre de 1940, la obligatoriedad de la inscripción se extendió a todos los jueces. Al igual que todos los empleados públicos, los magistrados tenían la obligación de inscribirse en la Asociación Fascista de Empleo Público, que dependía directamente del secretario del PNF. A partir del 22 de noviembre de 1939, se impartió a los auditores judiciales cursos de doctrina del partido.[397]

El PNF siguió la táctica de "control directo" con otras organizaciones de masas del fascismo, como los sindicatos, sobre las cuales ya en 1925 había establecido su propia supremacía política, extendida después de la ley número 653 del 3 de abril de 1926, referente a la disciplina jurídica de las relaciones laborales, y afianzada de facto durante el secretariado de Turati. Esa supremacía no se ejercía mediante una presencia del partido en el interior del sindicato, sino que adoptaba distintas formas de control desde el exterior, al elegir los dirigentes, y con la intervención resolutiva sobre las fuentes de trabajo.[398] En 1927, el PNF había instituido los comités provinciales intersindicales, presididos por el secretario federal, que tenían la tarea de vincular y dirigir las actividades de las organizaciones sindicales, intervenir en la solución de todas las controversias laborales, estudiar y elaborar contratos de trabajo de alcance provincial, custodiar su aplicación, y ejercer un control político y económico sobre las distintas asociaciones sindicales y sobre lo actuado por sus dirigentes. Esos organismos partidarios fueron reconocidos jurídicamente en el estatuto de 1932. Además, el *federale* presidía la comisión administrativa paritaria de las oficinas dadoras de empleo; los empleadores estaban obligados a tomar a sus trabajadores por intermedio de ellas, dando preferencia a los inscriptos en el partido o en los sindicatos fascistas. En la vida económica, el partido estaba presente con otras formas de control directo: por ejemplo, el control de precios, que había sido confiado al partido, primero de manera temporaria y más tarde,

con la guerra de Etiopía, institucionalizado en un comité permanente de control de precios, presidido por el secretario del PNF, que fijaba los precios mayoristas para los productos susceptibles de disciplina nacional.[399] El partido también ejercía control directo sobre la normativa para las corporaciones: la ley número 163 del 5 de febrero de 1934, que las instituyó, estipuló que podía convocarse al secretario del partido para presidir las corporaciones y que en el directorio de cada corporación debía haber tres representantes del partido, uno de los cuales –según Decreto Ley Real número 1850, del 22 de septiembre de 1936– podía ser nombrado vicepresidente.

En el sector sindical-corporativo, con la guerra de Etiopía se abrió un campo amplio e inédito para la política del partido. La organización del PNF cumplió un rol decisivo en la movilización de las masas para la guerra colonial; y el propio secretario del PNF participó de modo espectacular en la campaña militar, al mando de la expeditiva columna que "conquistó" Gondar y la región del lago Tana. En Italia, durante las "sanciones", el partido tomó directamente a su cargo la reglamentación de la actividad económica nacional, más allá de la administración del aparato de propaganda para intensificar el consenso acerca del régimen en guerra. Después del final de la guerra, el PNF tomó inmediatamente una posición preeminente en la organización de la nueva colonia.[400] En el imperio, el inspector del PNF, que representaba al secretario del partido, formaba parte del Consejo de Gobierno General de África Oriental Italiana; y todos los secretarios generales formaban parte del Comité Consultor para AOI, instituido en el gobierno general. El nombramiento de *podestà*, cuando no era cuestión de funcionarios coloniales, era realizado por el gobernador a indicación del secretario general, quien era integrante del consejo de gobierno y de la comisión de sobreintendencia de policía. Más allá de las usuales tareas de encuadramiento, control, educación política de italianos y nativos,[401] el partido tuvo la responsabilidad de representar las categorías productivas por intermedio de las oficinas de producción y trabajo.[402] En 1937, en acuerdo con el Ministerio

de África Italiana, se estableció que en AOI, además de llevar adelante la actividad social y sindical, el partido debía intervenir también en el sector económico para "orientar, promover y estimular las distintas iniciativas".[403]

Indudablemente el aspecto más importante en la "política de expansión" del PNF fue la serie de anexiones efectuadas en desmedro de otros "potentados" del régimen. No todos los proyectos "expansionistas" del PNF fueron llevados a la práctica; pero los logros fueron considerables por la importancia de los nuevos territorios anexados al partido, después de trabajosas disputas. Para la política totalitaria los casos más significativos eran los referentes a la organización del tiempo libre y la organización de las nuevas generaciones. En 1926 el partido entró en competición con el Ministerio de las Corporaciones por el control de la Obra Nacional Dopolavoro, el más poderoso instrumento de penetración entre las masas trabajadoras, donde el partido encontraba las mayores resistencias contra su campaña de fascistización. En noviembre de 1926, el partido puso en marcha el operativo de anexión con el nombramiento de Turati como vicesecretario de la OND; al año siguiente, Turati logró quitar del medio al fundador de la organización, fue nombrado comisario extraordinario y puso a todas las organizaciones de la OND bajo control del partido; en 1932, la OND fue incorporada al PNF.[404] La otra "anexión" concretada por obra exitosa del partido fue la más bien fatigosa conquista del monopolio de la educación de las nuevas generaciones, que Starace logró completar en 1937, sustrayendo al Ministerio de Educación Nacional la Obra Nacional Balilla, e instituyendo una sola organización juvenil, de los 6 a los 21 años, dependiente del partido, sobre la que volveremos más adelante.

Los fanáticos del partido aspiraban, por cierto, a mayores facultades en lo tocante a las instituciones tradicionales del estado, con veleidades totalitarias alimentadas por el ejemplo del nazismo y del bolchevismo. De todas formas, si bien el partido no logró ser omnipotente como ellos anhelaban, sin duda llegó a ser omnipresente.

A lo largo de la década de 1930, el partido extendió su control sobre la vida civil, especialmente en el sector de las organizaciones juveniles, ganando en densidad numérica y envergadura. El PNF perfeccionó con minuciosidad burocrática su organización capilar, lideró con machacona monotonía la campaña de fascistización de la vida pública y acentuó, en formas cada vez más elaboradas de su estilo político, el carácter de "ejército civil" e institución religiosa laica, custodia de la fe fascista. Starace fue el gran sacerdote del "culto al Duce" y sumo *régisseur* de las ceremonias litúrgicas del fascismo. Bajo las órdenes de Mussolini y con un fanático celo personal, Starace desarrolló la máquina totalitaria del partido con la intención de involucrar a millones de hombres y mujeres de todas las edades en un sistema de vida colectiva, que con el paso del tiempo debería volverse una *comunidad moral* organizada en el estado fascista, para preparar a un nuevo tipo de italiano. Con Starace, la presencia del PNF en la sociedad se tornó invasiva y obsesionante hasta en los aspectos risibles de una cotidiana promulgación de "disposiciones" para enseñar a vivir a los italianos, en sus vínculos individuales y sociales, según las reglas y las formas del nuevo "habitus *(costume)* fascista". Aun la revista de Bottai, tan sensible a la seriedad intelectual y siempre polémica contra el estruendoso ceremonialismo, apreció ese aspecto de la obra staraceana:

> El secretariado de Starace se caracterizó por la perfeccionada dotación del Partido como organismo [...] Se especificaron y asentaron las formas y funciones de los distintos órganos del Partido, se codificaron muchas normas dispersas, inciertas, o puramente consuetudinarias, se dio forma segura y explícita a ceremonias y ritos, se consagró en conductas precisas y uniformes el estilo del fascista. Es una obra ni pequeña ni de valor secundario. Debe reconocerse que era necesaria y que no era fácil, especialmente habida cuenta el temperamento de los italianos. Es una forma que también es sustancia; que era preciso instaurar; que era inevitable, no

> bien la Revolución había dejado, con la conquista del Gobierno, su aspecto improvisado y romántico de insurrección, para adquirir este, ordenado, constitucional, formal de Régimen constructivo [...] Caracterizan ese período el gran prestigio alcanzado por el Partido en la vida nacional, desde la figura que ha revestido de órgano central y predominante en el organismo constitucional del país; también la capilaridad que él ha querido y sabido darse, mediante una densa red de órganos directos o vinculados, para permitir un tejido nacional completo.[405]

En la Italia de los años treinta, los representantes del partido estaban por doquier: desde los organismos centrales del estado hasta los organismos provinciales; desde el Consejo Superior Escolar hasta el Consejo Superior de la Sanidad. Desde el Consejo Nacional de Investigaciones hasta las comisiones de censura teatral y cinematográfica, desde las comisiones de los premios literarios hasta las comisiones para custodiar los mercados mayoristas de pescado y el mercado de granos, desde los comités de turismo hasta los comités de ferias y exposiciones. Y por doquier, el PNF instilaba el bacilo de la burocratización totalitaria: la acción del partido, promovida o permitida por el partido –anotaba en su diario Giuseppe Bottai el 5 de enero de 1936– "tiende a deformar, a sofocar o inclusive a suprimir el genuino funcionamiento de órganos, como el Fascio, el Sindicato, la Corporación, el Consejo de Corporaciones, el Gran Consejo, etc., etc., que justamente deberían 'accionar' la revolución, 'obrar' la revolución [...] hay un país que pide vivir en los institutos creados para expresar o satisfacer sus necesidades económicas, sociales y políticas; y hay un partido que boicotea e impide el funcionamiento de esos órganos".[406] La memorialística fascista es casi unánime al sostener que, especialmente mientras lo lideró Starace, el PNF aumentó su poder de injerencia y concusión hacia el estado; y en ese parecer trasluce el intento de descargar sobre una persona las culpas de toda una clase política. La responsabilidad de ese sistema, más que a la

lógica misma del régimen totalitario, se atribuye a Starace y a Mussolini, que lo respaldaban y guiaban. Valga por todos el juicio, de interés precisamente por su énfasis dramático, de Dino Grandi, quien debió enfrentar directamente la política de infiltración y control del partido en el período en que fue ministro de Justicia, desde el 12 de julio de 1939 al 6 de febrero de 1943:

> Poco a poco se otorgan al partido poderes excepcionales. Controla y dirige toda la vida del país. El secretario del partido se vuelve el nº 2 del Régimen; aquel abandona toda fisonomía de partido y se vuelve una suerte de inmenso cuartel [...] Esa inmensa burocratización del partido es su ruina. Temblaban los ministros, los prefectos, los diputados, la Corte, los militares. Starace era la sombra de Mussolini en todas partes; los italianos odiaban a Starace; pero era Mussolini quien hacía todo [...] él fue el instrumento con que la dictadura dio muerte al fascismo.[407]

El juicio póstumo concuerda con la impresión contemporánea a los hechos transmitida en los diarios personales. En octubre de 1938, Buffarini Guidi, subsecretario del Interior, denunciaba a Ciano la "tiranía personal-sectaria" de Starace y "la peligrosa hegemonía del partido en todos los ámbitos de la vida nacional": "Por más que él exagere, hay verdad en ello", comentaba el delfín del Duce, empezando a meditar en la próxima eliminación de un rival tan mediocre cuanto poderoso, con "muchas cualidades de organizador, de realizador", y respaldado por el Duce "espada en mano".[408] También el jefe de policía, Bocchini, lanzaba invectivas contra Starace: "Es el dominio de la asfixia y del terror. Trabajó incluso sobre los carabineros, que no se atrevían a decir la verdad".[409] Las acusaciones contra Starace probablemente eran exageradas a propósito para volver sospechosa su posición bajo la mirada del Duce y, por consiguiente, provocar su defenestración del comando del partido; pero justamente por ello revelan hasta qué punto la presencia del parti-

do se había tornado invasiva e insidiosa para los demás potentados del régimen, especialmente en los años posteriores a la guerra de Etiopía, cuando el régimen aceleró el proceso de totalitarización que directa o indirectamente contribuyó a potenciar el rol del partido. Entretanto, aumentaban la envergadura de su organización y su control sobre la vida de millones de italianos e italianas. Bajo ningún aspecto debe considerarse proceso meramente burocrático la sincronía entre aceleración del rumbo totalitario, reanudación del debate con respecto al rol del partido y compromiso del PNF en la política totalitaria con su activa participación, por ejemplo, en la campaña racista y antisemita y en la posterior transformación del orden constitucional. Precisamente la revista del Duce recordó, con autoridad, en 1937, que el partido "representa el nuevo estado en potencia, en el sentido de que es tarea del partido custodiar, plasmar concretamente el espíritu de la Revolución de los Camisas Negras y conducir todos los elementos que componen la sociedad nacional hacia el nuevo estado señalado por Mussolini".[410]

Las consecuencias del nuevo rumbo revolucionario quedaron de manifiesto inmediatamente en el terreno institucional, donde se potenciaron el rol y la acción del partido. Con el Decreto Ley Real número 4, del 11 de enero de 1937, se asignó al secretario del partido la calidad de ministro secretario de estado: "Una medida –en la definición de *La legislazione fascista nella XIX Legislatura*, una publicación oficial a cargo del Senado y de la Cámara de los Fasci y las Corporaciones– de alta idealidad revolucionaria, que amalgamó definitivamente, también en el terreno del derecho constitucional, el partido al estado y que quiso consagrar el potenciamiento de las funciones del partido como órgano del estado". Un nuevo estatuto, promulgado el 28 de abril de 1938, designó oficialmente al PNF "partido único del Régimen" con personería jurídica (artículo 11) y especificó que sus tareas eran "defender y potenciar la Revolución Fascista"; también "la educación política de los Italianos" (artículo 3). El secretario del PNF desempeñó un papel primordial en la labor

de la Comisión Solmi, instaurada en 1936 para preparar un proyecto de reforma de la representación política, e impuso el punto de vista del partido en la elaboración de la ley número 129, del 19 de enero de 1939, con la que el fascismo asestó el golpe final a los últimos vestigios del estado parlamentario e intensificó "la compenetración del partido en el estado".[411] Se suprimió la Cámara de Diputados y se instituyó la Cámara de los Fasci y las Corporaciones, formada automáticamente, en razón de su función y por toda la duración de esta, por los integrantes del Consejo Nacional del PNF y del Consejo Nacional de las Corporaciones. El partido entraba en la nueva Cámara con su secretario, sus vicesecretarios, miembros del directorio, inspectores, secretarios federales y con los representantes del PNF en las Corporaciones.

Por medio de esas reformas, el PNF recibió tareas ejecutivas que lo excluían de la decisión soberana, pero que de todas formas, en la praxis del régimen y desde la perspectiva de su totalitarismo, tenían un alcance político enorme para el futuro del fascismo y para una presencia activa del partido en la vida pública. Mientras aguardaba recibir la herencia del Duce, el PNF se dedicaba con cuidado constante, no llamativo, a ocupar en cada caso, con su organización, todos los espacios posibles en la sociedad, cumpliendo con pedante meticulosidad su función de "gran pedagogo" de los italianos.

Un pueblo de matriculados en la escuela del "Gran Pedagogo"

Esa función no era un premio consuelo para un partido que había sido privado de autonomía y de poder, sino que era, en la lógica del totalitarismo fascista, una función esencial y decisiva para que el experimento totalitario resultara logrado. Abarcaba, además de las tareas de encuadramiento y control, dos tareas de las cuales dependía el futuro del fascismo: la fascistización de las masas y la selección de las clases dirigentes.

El fascismo concebía la política como actividad de una "aristocracia de mando", que modela el material humano de las masas bajo la acción de mitos políticos y lo transforma en una colectividad orgánica unitaria. El partido era la organización que realizaba la resolución de lo *privado* en lo *público* según el principio totalitario fascista de politización integral de la existencia, que solo se concreta plenamente en el estado y por el estado. Toda la política de masas del Partido Fascista, aun en sus aspectos más ridículos y grotescos, iba en pos del objetivo de fascistizar a los italianos, de todos los sexos, edades y condiciones sociales, para formar una *comunidad política* integrada al estado. El aspecto coreográfico, litúrgico y lúdico del partido, que absorbía gran parte de sus energías, en la lógica totalitaria del fascismo era una de las principales funciones para la *socialización fascista* de los individuos y las masas, una función desarrollada con plena conciencia de sus objetivos políticos: "Los mítines populares, el deporte de masas, la multitud viva en el estadio, el canto coral, el teatro de masas, los campamentos y las colonias son todas expresiones de una vida colectiva, tendientes a dar a la nación una percepción de existencia unitaria" y "constituyen una cadena de formas de vida que hacen propaganda del sentido colectivo de la vida y lo vuelven sustrato psicológico de nuestro pueblo".[412] El fascismo pretendía seguir a los ciudadanos "en todo su desarrollo, y aun antes de su llegada al mundo y su formación, sin abandonarlos nunca, dando a todos una disciplina, una conciencia y una voluntad no uniformes [...] sino unitarias y profundamente centradas"; el culto al estado profesado por el partido para socializar en sentido fascista las conciencias: "Desde sus años más tiernos la idea del estado debe obrar sobre las jóvenes almas con la sugestión de un mito que, al aumentar la edad, se concreta en formas de disciplina o de milicia en funciones".[413] En ese sentido, el partido ponía en práctica una politización de la sociedad civil, no para formar conciencias autónomas sino para que el individuo y las masas se consagraran al estado y al poderío de la nación. Ningún aspecto, ningún sector de la vida podía concebirse fuera del ámbito de la política,

fuera del ámbito del estado. El proceso de integración era conducido y coordinado por el partido.

Una función específica en la plasmación de esa política de masas se asignaba a las organizaciones femeninas del partido. Los primeros *Fasci* femeninos habían surgido en 1920 y antes de la marcha sobre Roma habían escoltado esporádicamente a los *Fasci* masculinos aun en acciones escuadristas.[414] A partir del estatuto de 1921, su función se acotó definitivamente al ámbito de la propaganda y de la asistencia. El fascismo siempre reservó a la actividad política, en sentido estricto, a los varones, mientras que concebía el rol de la mujer determinado exclusivamente por su función de esposa, madre y educadora. El fascismo ostentó su hostilidad a la emancipación de la mujer y el feminismo, oponiendo un ideal de *nueva femineidad* que calcaba modelos tradicionales de sumisión de la mujer al hombre, pero al mismo tiempo, siquiera de modo contradictorio, promovía la militancia de la mujer por intermedio del PNF.[415] De hecho, en las formas que le eran propias, la política totalitaria del partido introdujo una movilización de las mujeres fuera del ámbito familiar y privado, involucrándolas, en distintos niveles, en la organización del partido, para ejecutar el programa de fascistización de las conciencias y de las conductas. En ese sentido, el fascismo consideró a la mujer "la mejor colaboradora" del educador fascista para "armonizar el espíritu de la familia con el más amplio del estado, educando para la Patria, como el DUCE desea, al ciudadano trabajador y disciplinado, desinteresado, probo, leal, franco y valiente".[416] A la mujer, en cuanto esposa y madre, se confiaba la tarea de tener hijos para la patria y educar al *hombre fascista* en sus primeros años, pero debía comprometerse también fuera de la familia, al servio del partido, para llevar a término las tareas asistenciales, sobre las que se basaba gran parte de la política totalitaria orientada a la conquista del consenso entre las masas.

En las formas de accionar práctico, la política de masas del partido tendía a una movilización permanente, por intermedio de una organización capilar que no debía dejar espacios

privados a la existencia del individuo y de las masas. La actividad de la Federación Provincial, con sus ramificaciones capilares –Fascio, Grupo Barrial, Sector, Núcleo, y en los grupos habitacionales: *Capofabbricato*– estaba por completo dedicada a la aplicación continua del experimento totalitario. Damos a continuación un ejemplo de las actividades típicas programadas por esas federaciones:

> Las iniciativas preestablecidas para los inscriptos en las organizaciones juveniles, en modo especial en el caso de vanguardistas y jóvenes fascistas, incluyen marchas de adiestramiento a pie y ciclistas, instrucciones varias de índole militar, reuniones deportivas prevalentemente de carácter atlético y gimnástico. Se integrará dichas actividades con lecciones de cultura militar y fascista [...] los trabajadores y quienes pertenezcan a las organizaciones del Régimen tomarán parte en reuniones de carácter político, profesional y cultural. Amplia cabida se dará a la audición de los programas del Ente Radiofónico Rural. También se sostendrán, si bien en medida reducida, cónclaves de las cúpulas jerárquicas, reuniones de comisiones, consultas, etcétera.[417]

Es conveniente observar, a título de ejemplo, la puesta en práctica de esa pedagogía totalitaria de las masas en la base de la organización capilar del partido, la constituida por los Grupos Barriales.[418] El Grupo Barrial organizaba a los fascistas de una zona específica de la ciudad. Cada Grupo Barrial se dividía, a su vez, en Sectores; cada sector se dividía en cinco Núcleos. Bajo dependencia del Núcleo quedaban los *capi fabbricato* [jefes de los grupos habitacionales], instituidos en 1936 "para cada vez volver más intensa y expandir la acción capilar del partido" (artículo 58 del reglamento del PNF). La articulación y la multiplicación de las jerarquías periféricas tenían una doble función. Antes que nada, servían para ordenar a los fascistas de vieja data y para dar una porción de poder del partido a los fascistas diligentes como premio por su fidelidad y su dedicación a la organización. Los jefes de sector y los jefes de núcleo debían ser

elegidos principalmente entre los antiguos escuadristas y los jóvenes provenientes del reclutamiento fascista. Al mismo tiempo, los grupos barriales y las subestructuras capilares funcionaban como instrumentos inmediatos y directos para controlar a las masas y organizar el consenso, no bien cada una de las familias, cada uno de los integrantes podía ser conocido, fichado, encuadrado y controlado. Todas las actividades políticas, asistenciales y lúdicas del partido se centraban en el Grupo Barrial. Sin embargo, para la relación con las masas, sobre todo durante los años de la "gran crisis", la acción principal era, desde luego, la de tipo asistencial. Además de señalar situaciones de desorden y registrar el estado de ánimo de las masas, el Grupo Barrial brindaba asistencia médica y legal, se ocupaba de cuidar a la prole con guarderías y organización de colonias, socorría a familias necesitadas. Su obra se orientaba de modo especial a los sectores obreros más refractarios a una fascistización más inmediatamente ideológica, para "hacer de los obreros, que durante años y años tuvieron una educación contraria a las actuales directivas políticas, una masa disciplinada y observante de los dictámenes del Régimen".[419] Así, la organización capilar podía ser el medio más difundido, y acaso el más eficaz para poner en práctica el experimento totalitario entre las masas, como señalaban en los años treinta los observadores comunistas:

> La vigilancia fascista está bien organizada en su base territorial. Hace ya mucho tiempo, en Florencia, cada calle tenía un fascista encargado de seguir día a día qué se producía en ella: los asuntos privados de los habitantes y, sobre todo, de quienes no son fascistas. Por otra parte, los *Fasci* zonales desarrollan una amplia actividad de propaganda y práctica. Con mucha frecuencia organizan reuniones masivas en su sede, intervienen entre los propietarios para retrasar la expulsión de un huelguista, hacen gestiones para reconciliar a dos personas que sostienen una disputa, reconvienen y llaman al orden –a pedido de su familia– al marido o al padre que se em-

briaga, etc. La policía también lleva a cabo esa actividad, tal como se lee todos los días en los periódicos. En los últimos meses, el Partido Fascista perfeccionó ese método para toda Italia al decidir descentralizar la actividad de los *Fasci* zonales y crear grupos de fascistas dirigidos por un hombre de confianza en cada calle o grupo de calles.
Con todos esos métodos, el fascismo organizó y controla a la mayor parte de la población trabajadora. Las masas, especialmente las de jóvenes, participan en la vida de las organizaciones fascistas, sobre todo del *Dopolavoro*, porque estas dan respuesta a las necesidades de la vida social y procuran ciertos beneficios [...] Todos los informes de nuestras organizaciones de base reconocen que esos distintos métodos fascistas facilitan la expansión de la ideología fascista entre las masas e incluso entre nuestros camaradas.[420]

La poderosa organización del Partido Fascista era todo menos eficiente, compacta y disciplinada. Sus condiciones internas constituían un motivo de constantes críticas a causa de las rencillas locales, el conformismo, el arribismo, el formalismo y el burocratismo que acompañaron el crecimiento del partido. En especial, el grupo de *Critica Fascista*, deslumbrado por el mito del "estado nuevo" concebido como una estructura en perpetua construcción y munida de una idealidad espiritualista orgánica propia, deseaba que el mecanismo totalitario del partido, tan bien articulado por Starace, avanzase más allá del formal encuadramiento masivo para tornarse un organismo dinámico en manos de una "aristocracia de mando", formada por modernos Platones capaces de modelar la conciencia del "italiano nuevo" e insuflar en el sólido cuerpo del partido staraceano el espíritu creador de la politicidad fascista bottaiana.

No puede, por cierto, decirse que semejante transformación haya tenido lugar o hubiera podido hacerlo. La máquina del partido siguió siendo un farragoso aparato burocrático con funciones de encuadramiento de tendencia militar y de propaganda pedagógica, ampliamente desacreditado bajo los ojos de la opinión pública. De todos modos, no debe pasarse por alto

que el partido staraceano, siquiera con su "presencia" en la vida civil y en los sectores más importantes del aparato estatal, condicionaba la existencia de millones de hombres y mujeres. Indudablemente resulta difícil decir cuál fue el efecto de esa presencia sobre la conciencia colectiva de los italianos, encuadrados y controlados por el PNF. Sin embargo, no debe menospreciarse que con el paso del tiempo el partido se volvió la única dimensión política en cuyo seno era posible ejercer una forma activa cualquiera de participación, individual o colectiva, en la vida del estado.

Los resultados de la pedagogía totalitaria no siempre eran estimulantes. Desde luego, la situación variaba de ciudad a ciudad, de región a región. El grado de funcionalidad y de eficacia de la actividad de las federaciones, de los *Fasci* y de las organizaciones capilares estaba condicionado por el contexto, por la variedad de condiciones sociales, por el desarrollo de la organización, por la capacidad de las personas y por la actitud de la población para con esas formas de control, encuadramiento, movilización continua. La presencia de fuertes tradiciones asociativas católicas o socialistas constituía, por ejemplo, un obstáculo tenaz para la fascistización, como también lo era, en sentido contrario, la falta absoluta de cualquier tradición asociacionista, especialmente en las regiones meridionales, con excepción –acaso– de las grandes ciudades. Sobre todo en las regiones más atrasadas del Sur, el partido encontraba grandes dificultades para movilizar a la población en sentido totalitario. Puede considerarse típica de muchas zonas meridionales la situación descripta por el secretario federal de Nuoro [Cerdeña]: "La población de las provincias tiene espíritu patriótico y es suficientemente disciplinada; pero en su mayor parte aún no ha comprendido el movimiento fascista como movimiento revolucionario. El PNF es considerado el Partido de Gobierno, el partido del orden, y nada más. Para el italiano nuevo el combate es, en este caso, más arduo de sostener". Ese *federale* no temía actos contra el régimen, pero veía una "dificultad enorme para revolucionar los métodos y los modos de vida, dificultad enor-

me para hacer vibrar de pasión purísima a la masa, que considera exclusivamente partido del orden y de la fuerza y no partido de la constante revolución al Partido Fascista. Se aprecia y se ama el Fascismo por lo que ha hecho y por lo que hace, pero no se arde con esa llama indispensable para abatir los obstáculos del mundo antiguo y para construir y modelar una vida nueva en una alta tensión ideal, como desea el DUCE".[421]

La cantera de "verdaderos fieles"

El partido era consciente de esa realidad y consideraba que sólo trabajando en períodos prolongados lograría concretar una fascistización efectiva de individuos y masas. Sin embargo, pensar a largo plazo quería decir afrontar, en su presente, el problema de la consolidación del régimen, es decir, garantizar al partido la preservación del poder aun después de la desaparición física del Duce. Desde esa perspectiva, la fascistización de las nuevas generaciones era para el PNF un asunto vital. Por eso invirtió gran parte de sus energías y de su afán en organizar a las nuevas generaciones, ya que las consideraba un material humano aún intacto y por ello más maleable conforme a los ideales del fascismo.[422] Conquistar a las nuevas generaciones para el partido era el único modo seguro de garantizar el futuro del régimen.

Durante los primeros años del régimen, la educación fascista de los muchachos de 6 a 18 años fue confiada a la organización de los Balilla, instaurada con la ley número 2247, del 3 de abril de 1926. La organización dependía del partido, bajo la dirección de uno de los vicesecretarios, pero en 1929 pasó a depender del nuevo Ministerio de Educación Nacional, junto con las organizaciones de las Pequeñas y Jóvenes Italianas. El PNF no podía tolerar, por cierto, la pérdida de un instrumento tan importante, e inmediatamente comenzó la acción de competencia y reconquista. El primer paso fue dado por Giuriati, no bien fue nombrado secretario general en octubre de 1930, con la institu-

ción de los *Fasci giovanili di combattimento*, que encuadraban a los jóvenes de 18 a 21 años, antes de su ingreso al partido. Starace prosiguió la acción tanto contra el ministro de Educación Nacional como contra el poderoso jefe de la ONB, Renato Ricci, con miras a conquistar para el partido el monopolio de la organización y de la educación fascista de las nuevas generaciones. Y, como ya se mencionó, en 1937 llevó a término esa acción con la instauración de la Juventud Italiana del Lictorio (Decreto Ley Real número 1839, del 27 de octubre de 1937) que fusionó todas las organizaciones juveniles fascistas bajo la égida del PNF. Así, la GIL se volvió la "organización unitaria y totalitaria de las fuerzas juveniles del Régimen fascista" en el ámbito del PNF, pero con administración aparte, y en directa dependencia del secretario del partido, que era su comandante general.[423]

Las tareas de la GIL eran la preparación espiritual, deportiva y paramilitar, el dictado de educación física en las escuelas primarias y medias, la institución y el funcionamiento de cursos, escuelas, colegios, academias pertinentes a las finalidades de la GIL, la asistencia mediante campamentos, colonias de estación, patronato escolar y otros medios. La GIL podía establecer becas de estudio, organizar viajes y cruceros, vigilar y controlar todas las colonias e instituciones afines "sin importar quién las fundara o administrara". En un principio la inscripción a la GIL era voluntaria, pero más adelante, con la Carta Escolar (1939), la actividad pedagógica y la efectuada en la GIL se volvieron un solo servicio obligatorio. La organización juvenil del PNF cobró una imponente envergadura: a finales de 1941, la GIL contaba con 8.118.818 afiliados, encuadrados en 2.354 batallones masculinos, 5.000 grupos de cohortes femeninas, incluidos los *figli della lupa*, liderados y educados por 33.958 oficiales, 250 dirigentes femeninos y masculinos, 417.175 graduados y 450.000 graduadas.[424] Para impartir una "educación integral al joven que deberá tener los puestos de responsabilidad en la organización", la GIL tenía sus colegios propios: 2 colegios para huérfanos de guerra, 2 academias de educación física, una de esgrima, un conservatorio de música, 2 colegios de

especialización militar, 2 colegios navales, uno aeronáutico, 2 magisterios masculinos y uno femenino, 2 colegios de canto coral, 3 para institutores e institutrices, 2 para comandantes y dirigentes femeninos. Para la formación de sus propios cuadros, la GIL tenía una academia que se ocupaba de preparar a los dirigentes e instructores, y además organizaba cursos para oficiales y graduados, para maestros, docentes y directivos de la escuela media. El excepcional compromiso del fascismo en esa poderosa maquinaria para ejecutar el experimento totalitario también es mensurable por el constante y creciente flujo de dinero por parte del estado: en 1939, el aporte financiero del estado alcanzó los 200 millones; en el ejercicio financiero 1942-1943, en un estado ya desangrado por la guerra, el aporte saltó a 1.300 millones, cifra tanto más sorprendente si se la confronta con los 500 millones del balance del PNF.[425]

La GIL, en los programas del partido, debía ser un auténtico laboratorio para formar al "italiano nuevo" y a la "nueva italiana": una escuela de masas del PNF, en la cual hacer crecer generaciones integralmente fascistas. Dentro de esa masa de fascistas integrados, el partido después seleccionaría y prepararía a los futuros dirigentes para la *aristocracia de mando*. El éxito del experimento totalitario dependía en su enorme mayoría de la capacidad de dar vida a una nueva clase dirigente: "El Régimen no será definitivamente victorioso, absoluto e imperecedero –había declarado Turati en 1927– hasta ese día en que sabremos que en cada puesto de mando –desde el general hasta el teniente– hay una camisa negra con el espíritu incólume de la Revolución dentro de su alma, con mente y voluntad bien delineadas, según la concepción del italiano nuevo ya expresada lúcida, genialmente por el DUCE".[426] En 1935, el PNF instituyó, en cada Federación, los cursos de preparación política para "promover la preparación de aquellos que formarán los cuadros de la Nación fascista del mañana", pero "sin hacer nacer la presunción de una jerarquía en potencia o en virtud, ni hacer pensar, siquiera a lontananza, en la instauración de una suerte de profesionalismo político, del que el fascismo abo-

rrece taxativamente". Los cursos eran voluntarios, abiertos a los jóvenes de entre 23 y 28 años de edad, "los cuales posean particulares requisitos de inteligencia, de voluntad, de carácter, demostrados en las distintas organizaciones de origen".[427] La preparación se refería sobre todo al estudio de la organización del partido y del régimen. Entre los jóvenes con mejores calificaciones, el secretario del PNF elegía a aquellos que al cabo de un año debían participar en los turnos de servicio en las Federaciones de Fasci, las instituciones del régimen y los establecimientos agrícolas y comerciales. Los cursos tenían lugar en cada Federación bajo la dirección del secretario federal. El 30 de enero de 1939 surgió un centro de preparación política juvenil, para "potenciar las energías mejores de las nuevas generaciones con el propósito de preparar elementos aptos para asumir funciones específicas de responsabilidad en todos los sectores de la vida nacional".[428] Ese centro dependía del secretario del partido, tenía sede en Roma, en el Foro Mussolini, y estaba abierto a los afiliados al PNF de menos de 28 años con servicio militar cumplido y al menos uno de estos requisitos: haber obtenido un diploma habilitante en los cursos provinciales de preparación política, haber clasificado en los Littoriales o poseer el diploma de la Academia de la GIL. Se daba preferencia a los jóvenes que habían intervenido en las "guerras por la Revolución". Las materias impartidas en las cursos de preparación política eran: doctrina del fascismo, historia de la revolución fascista, orden y funciones del PNF, organización del estado fascista, economía política y corporativa, política imperial de la Italia fascista, política racial, legislación social, cultura militar.

Se confiaba la organización de los "cursos de preparación política" a los Grupos Universitarios Fascistas. Formados originariamente en marzo de 1920, a continuación los GUF se desarrollaron como los centros más candentes y menos ortodoxos de movilización de los jóvenes intelectuales, para fascistizar la universidad.[429] Por medio de sus órganos de prensa los GUF mantuvieron vivo un ámbito de discusión crítica dentro del fas-

cismo, en que se volcaba el activismo convulsionado de los jóvenes más involucrados en los mitos del fascismo revolucionario, críticos de la burocratización del régimen y fautores entusiastas de un rol más emprendedor y dinámico del PNF. Hacia esos jóvenes, el partido tuvo una actitud ambivalente de respaldo y recelo, e intentó encasillar su activismo en una suerte de agonismo cultural, mediante los torneos de los Lictoriales, donde se permitía una relativa libertad de expresión que podía ser simultáneamente una válvula de escape, un termómetro para evaluar la orientación de las nuevas generaciones y un centro de observación para elegir nuevos dirigentes partidarios. Los GUF debían ser la cantera de cuadros jerárquicos para el partido, al que de hecho dieron, a partir de la década de 1930, 57 jerarcas, de los cuales 54 fueron secretarios federales, 10 llegaron a ser miembros del directorio nacional, 2 vicesecretarios y un secretario general del PNF.

Las nuevas generaciones, criadas dentro de un "régimen cerrado", sólo conocían la realidad mediada por las categorías del fascismo y tenían escasos recursos interiores para resistirse a su llamamiento, que parecía exaltante y preñado de futuro. Por esos motivos, el partido pudo encontrar entre los jóvenes a sus militantes más activos y la participación más entusiasta en el desarrollo del experimento totalitario. La revista comunista *Stato Operaio* constataba en 1934:

> No cabe duda de que esa acción ideológica y organizativa del fascismo deja profundas huellas. Esa masa de jóvenes crecidos en los largos años de dictadura fascista, que no conoció los horrores de la guerra imperialista y no vivió los años de lucha de clases abierta y legal, creyó más fácilmente en la demagogia chauvinista y social del fascismo. Negar, o también menospreciar, la influencia fascista sobre las nuevas generaciones (deberíamos decir la *peculiar* influencia, pues, aunque sea en menores proporciones, esa influencia también se da sobre masas adultas) significa negar la realidad.[430]

Para el partido, el principal problema era transformar la influencia sobre las masas en una conquista de las conciencias tal que hiciera de la adhesión al fascismo un acto espontáneo, natural, normal para cada recién nacido en Italia. En la espera de alcanzar esa condición de "normalidad totalitaria", el partido seguía con un simulacro más inmediato y práctico de esta, con la manía de la organización y de la matriculación, inscribiendo a las masas, desde su nacimiento, en la escuela del *Gran Pedagogo*. Una circular del PNF datada el 26 de abril de 1940 comunicó a las fiduciarias de los *Fasci femminili* que el comandante general de la GIL había dispuesto la matriculación de los Hijos de la Loba desde su "más tierna edad". Por ende, el Fascio femenino debía enviar a la familia del recién nacido una "visitadora fascista" que llevara consigo una cinta blanca con la sigla "GIL", y una encargada de entregar la credencial, gratuita, de *Figlio della Lupa*, cuyo titular era el bebé.

La manía de matricular era un aspecto del frenesí con que el partido, durante todo el arco de su historia, había trabajado para dotar su laboratorio totalitario, obsesionado por la idea de tener que forjar a los nuevos italianos para afrontar el desafío del tiempo y del destino. La "hora marcada por el destino" podía sonar, y encontrar desprevenidos a los italianos para aprovechar esa oportunidad histórica para dar un nuevo salto hacia la política mundial. Con su *virtud*, el genio del Duce intuiría la ocasión brindada por la *fortuna*; pero al despuntar la hora anunciada, el material humano para "tomar por asalto la historia" debía estar listo. Mussolini, obsesionado por la idea del tiempo y del destino, temía no contar con el material humano para "hacer la historia". Él consideraba corruptos a los italianos por siglos de decadencia y servidumbre, de anarquismo e individualismo, y por ello quería someterlos a un proceso intensivo de reeducación: "Si yo lo lograra, y si el Fascismo lograra delinear tal como lo deseo el carácter de los italianos, estén tranquilos, tengan la plena certeza de que cuando la rueda del destino pase al alcance de nuestras manos estaremos preparados para aferrarla e inclinarla a nuestra voluntad".[431] La organización del

partido era la coraza ortopédica que corregiría las deformaciones seculares de los italianos y formaría el carácter disciplinado y belicoso de los "nuevos italianos". Los fascistas estaban convencidos de que el hábito haría al monje: la pedagogía del PNF, obrando sobre las conductas, modificaría también las conciencias. La frenética construcción del laboratorio totalitario, la manía organizativa y pedagógica del PNF obedecen a esa alucinada obsesión por el destino, desde la voluntad de *perdurar* en el movimiento acelerado de los tiempos modernos, desde la desquiciada ambición de apresar la ocasión para "hacer la historia".

A finales de 1939, Starace podía comunicar al Duce que la construcción del laboratorio había sido completada:

> Se ha desarrollado hasta su límite extremo la estructura capilar: ello no solo quiere decir que se llevó a un grado elevado de eficiencia un mecanismo organizativo, sino que sobre todo quiere decir que la obra de cohesión y educación, efectuada por el Partido, fue impulsada hasta la mínima unidad a la cual podía dirigirse: esto es, el individuo.
> De hecho, la creación del Hombre, del italiano nuevo de Mussolini, capaz de creer, de obedecer, de combatir, fue el objetivo constante al que el Partido se orientó con todas sus fuerzas.
> En su compleja maquinaria pueden sustituirse inclusive las piezas principales sin que se detenga su marcha y sin que tal objetivo cambie en lo más mínimo. Eso se debe a que la organización, si bien tan vasta, se hizo realidad mediante el avance en el campo de la despersonalización: la actividad del Partido no se fundó sobre los individualismo sino sobre la idea que surge de la fe iluminada en un Hombre en que se refleja por entero.[432]

Como confirmación de los resultados alcanzados, el diligente secretario podía exhibir las cifras de inscriptos del partido, sobre una base de 43.733.000 italianos e italianas.

Fasci di combattimento		2.633.514
GUF		105.883
GIL		7.891.547
Figli della Lupa	1.546.389	
Balilla	1.746.560	
Pequeñas Italianas	1.622.766	
Vanguardistas	906.785	
Jóvenes Italianas	441.254	
Jóvenes Fascistas	1.176.798	
Jóvenes Fascistas [fem.]	450.995	
Fasci femminili		774.181
*Massaie rurali**		1.481.321
Operarias a domicilio		501.415
Asociación Escolar Fascista		170.573
Escuela primaria	121.437	
Escuela media	40.896	
Profesores universitarios	3.272	
Asistentes universitarios	2.468	
Bellas artes y bibliotecas	2.500	
Asoc. Fascista de Empleo Público		294.265
Asoc. Fascista de Ferroviarios		137.902
Asoc. Fascista de Personal de Correos y Telégrafos		83.184
Asoc. Fascista de Empleados de Industrias Estatales		120.205
OND		3.832.248
ONUCI		259.865
CONI		809.659
INI		198.522
Asoc. Nac. Mutilados Inválidos de Guerra		200.116
ANC		802.468
Repartos armados		1.309.600

* *Massaio* es designación para el administrador de un fundo, o para un labriego. En femenino, suele designar a una mujer eficaz en los quehaceres domésticos y/o rurales o a la mujer del capataz. [T.]

Las cifras eran sorprendentes; pero no pocos fascistas se preguntaban cuántos matriculados eran fieles y practicantes del fascismo.

Nos encontramos ante uno de los problemas más complejos y controversiales del fascismo.

Evaluar, más allá de las credenciales, la adhesión de las conciencias es difícil, tanto por la falta de análisis específicos cuanto por la fluidez del fenómeno, como sucede con el "consenso" en un régimen totalitario.

Cualquier generalización sería falaz. Excluir la presencia del "consenso" habría sido tan irreal e ilusorio como presumir un coro duradero y uniforme de adhesiones. Un análisis del "consenso" necesariamente debería articularse en distintas franjas, diferenciadas por condición social, lugares, épocas, sexo, edad, y también debería realizar una detección de las motivaciones y de las principales fuentes de ese "consenso": entre otras, el mito de Mussolini, la imagen del fascismo, la acción del partido.

En el caso del partido, hemos señalado ya algunos aspectos del "consenso" que, en distintos grados de intensidad, aquel logró ganar con el monopolio de la actividad política y la institucionalización del profesionalismo político, con la actividad asistencial y lúdica entre las masas, con el encuadramiento y la movilización de los jóvenes. Sin embargo, en lo que concierne, en términos generales, al vínculo entre el partido y las masas, a fines de los años treinta muchos síntomas revelan que la política del partido provocaba reacciones negativas cuanto más invasivo este se volvía, y oprimente su manía de encuadramiento y de movilización. Típico documento de ese estado de ánimo es el balance de un informante de la policía, enviado a Florencia el 5 de enero de 1939:

> Muchos hay que critican el encuadramiento por parte del Régimen Fascista en distintas organizaciones de todas las categorías de ciudadanos y su tendencia cada vez mayor a reducirlos a círculos cada vez más estrechos, de modo tal que

limita y controla todas las actividades de aquellos. Se releva que ese deseo de encuadrar la actividad de los individuos en todos los ámbitos suprime toda libertad y sofoca cualquier iniciativa suya. Y por ello los propios individuos tienen dificultades para tolerar las limitaciones que se les imponen y la injerencia del Régimen en todos los terrenos, especialmente en los que consideran injustificada dicha injerencia. A eso obedece que se diga que este es un sistema constrictivo cada vez más insoportable.
Ahora bien, todos soportan y no manifiestan abiertamente su contrariedad por temor; pero se piensa que en caso de eventual fracaso que hubiera de sacudir la solidez del Régimen podría asistirse a una reacción violenta a esa presión.
Según oigo decir, se considera que en caso de concederse mayor y más amplia libertad, siquiera oportunamente controlada, a la iniciativa y a la actividad de los individuos, el Régimen ganaría vastos consensos y amplias simpatías y en caso de eventual fracaso podría no tener reacción, o bien muy limitada y soslayable.[433]

Con la guerra, la sensación de malestar y de crisis del partido aumentó ante la perspectiva de la derrota militar. Los propiciadores de una intensificación del proceso totalitario reclamaron mayor compromiso para completar la transformación institucional y siguieron valorizando el rol y la función del partido como "motor de la constante revolución". La prensa juvenil fascista era la más inquieta en su impugnación de la validez de los resultados y en su pretensión de que se retomara la revolución con mayor intransigencia y concreción, pero también con mayor participación activa en la vida partidaria. Se exaltaba el rol del partido que "es y debe ser aún hoy el mágico instrumento al servicio de la Revolución"; pero el partido real corría cada vez más el riesgo de "verse sofocado y anulado por las excesivas tareas de la más variada índole".[434] Los jóvenes fascistas que creían en el mito del estado nuevo totalitario, desmoralizados por la estridente contradicción entre programas y práctica del fascismo, polemizaban contra la burocratización del

partido y el gigantismo de la organización. "Es tiempo de estudiar seriamente el problema, y de decidir si se quiere hacer vivir al Partido con vida propia o si se quiere saciar al rebaño en la ilusión de que una mastodóntica masa de individuos constituye una fuerza política y en verdad expresa una voluntad y un movimiento".[435]

6. El edificio inconcluso. El estado totalitario del fascismo

Una nueva Constitución para el estado fascista

El debate acerca del partido se reanudó con renovada vivacidad después de la instauración de la Cámara de los Fasci y las Corporaciones, a causa de los nuevos problemas que planteaba la reforma para el futuro del régimen y, en sí, para la configuración constitucional del estado italiano.[436] De hecho, tras la reforma aún parecía impostergable llevar a cabo una revisión del Estatuto albertino [promulgado en 1848 por Carlo Alberto, rey de Cerdeña] y la elaboración de una nueva Constitución. Era parecer ampliamente compartido por los juristas que la profunda transformación en el orden constitucional italiano, efectuada por el fascismo mediante "progresivas innovaciones, que a modo de cuña se introducen en los viejos estamentos, modificando su sistema", había dado vida a un nuevo tipo de estado con "una fisonomía y una doctrina propias".[437] "Nadie soñaría siquiera con decir –señalaba en 1939 Amedeo Giannini– que en Italia no ha cambiado la concepción del estado sólo porque no ha cambiado la carta constitucional. Eso se debe a que, en Italia como en otros sitios, las disposiciones no escritas tienen una vida propia, que trascienden [*sic!*] la vida de la carta constitucional".[438] La trayectoria de las constituciones en países europeos como la Italia fascista, la Rusia soviética y la Alemania nazi demostraba –como observaba, una vez más, Giannini– que "estamos en un momento de máxima relevancia política. Vale decir que estamos en la etapa constitutiva del nuevo derecho público. El momento es más político que jurídico", caracterizado por el surgimiento, junto a los estados liberales, de nuevos tipos de

estado cuya constitución parecía estar aún en proceso de definición. "En la variedad de resoluciones positivas se acentúan distintas posturas, que no inciden sobre los detalles, pero chocan contra la concepción misma del estado y de sus funciones. Cada una de las resoluciones está en pleno desarrollo, especialmente en cuanto concierne a los estados que presentan constituciones típicamente nuevas, y cuyo sistema aún no está consumado".[439]

Ante semejantes cambios, aun quienes seguían alimentando el culto del Estatuto albertino consideraban que la época ya había madurado para "promulgar la nueva carta constitucional del estado".[440] Las reformas institucionales introducidas por el régimen fascista imponían para ese entonces "una radical revisión" de la antigua Constitución, "desde luego, ya no en procura de hacer innovaciones en el orden constitucional actual, sino de coordinar sus miembros dispersos en un solo instrumento solemne que sirva de carta constitucional de la Italia fascista, sea garantía y espejo de los derechos y de los deberes comunes, y documente fuera de Italia y con el paso de los siglos, la nueva estructura que el Régimen imprimió al Estado" y, asimismo, enuncie los "propósitos fundamentales" que el estado fascista "se fija, merced a los cuales tanto se diferencia del estado liberal en su concepción originaria".[441]

A requerir el abandono de la antigua Constitución del reino contribuía, tanto por parte de algunos juristas como por parte de los ideólogos del estado fascista, cierto orgullo por la primacía, provocado por la convicción de que la Italia fascista estaba a la vanguardia en la creación de un nuevo y original tipo de estado, destinado a volverse prototipo y modelo del Estado Nuevo de una nueva civilización: "Por primera vez en la historia moderna –afirmaba la revista *Stato e Diritto* al iniciar su publicación– hoy Italia se brinda instituciones originales [...] que son las de un estado que por admirables acontecimientos se encuentra en el centro de la historia del mundo".[442] Según declaraba en 1939 Bottai, el estado corporativo "con sus principios totalitarios y con sus nuevos organismos constitucionales"

representaba una solución a la crisis del estado moderno, que la ciencia jurídica italiana había diagnosticado a comienzos del siglo XX, detectando su causa en las "condiciones patológicas a las que se dirigía la sociedad, por la presencia de esos grandes organismos que vivían fuera de la órbita del estado y de la disciplina del derecho": de ello derivaba "la impostergable urgencia de una fuerte articulación estatal, capaz de resumir e incluir en su organización las distintas asociaciones, en modo tal que reconstruya la estructura unitaria de la sociedad en el estado".[443]

En vísperas del nuevo conflicto mundial, cultura política y cultura jurídica volvieron a ocuparse con mayor atención de las problemáticas relativas a la definición de la índole y de las finalidades del estado totalitario, tanto en lo atinente a la identificación de los rasgos específicos del totalitarismo fascista en comparación con otros experimentos análogos, por ejemplo el soviético y el nacionalsocialista, como en lo tocante al rol destinado al partido en el estado totalitario.

Teoría fascista del estado totalitario

En la Italia fascista, términos como "estado totalitario" y "totalitarismo" solían usarse para definir el sistema político creado por el Partido Fascista después de la conquista del monopolio del poder. El término "totalitario", acuñado probablemente por los antifascistas tras la "marcha sobre Roma"[444] para definir las ambiciones dictatoriales del partido, fue tomado para sí por el fascismo con beneplácito, con el afán de definir *per se* su idea de política y su concepción de estado, compendiada en la fórmula mussoliniana de 1923: "Todo en el estado, nada por fuera del estado, nada contra el estado".[445] En 1927, el Duce sintetizó en la introducción al volumen que compilaba las deliberaciones del Gran Consejo el proceso de construcción del régimen fascista cuando afirmó: "El Partido armado conduce al Régimen totalitario".[446] De "totalitario estado fascista" el Duce habló en 1929.[447] Y aunque en la *Dottrina del fascismo* no aparece la expresión "estado

totalitario", en la parte dedicada a las ideas filosóficas, Mussolini, modificando el texto original, redactado por Giovanni Gentile, especificó que "el fascismo es totalitario" (en vez de "se dice totalitario", como había escrito el filósofo) porque "para el fascista, todo es en el Estado y nada humano o espiritual existe, ni mucho menos tiene valor, fuera del Estado".[448] El término *totalitarismo* aparece en la prensa y en la propaganda fascista durante la segunda mitad de los años veinte. "Deberemos ingresar en el años 1928 con la realización absoluta del *totalitarismo fascista*: esto es, en sus nervios, músculos y huesos, en sus venas y arterias, en su carne y en su sangre, en sus vísceras e incluso en su médula, *debemos fascistizar* el Régimen Fascista".[449]

La fórmula "estado totalitario" para definir el estado fascista, entonces ya adquirida por las publicaciones ideológicas, se hizo más frecuente en los años treinta, a la par que la doctrina fascista afrontó también el problema de su definición científica. En el borrador de un plan legislativo acerca de la nueva Cámara de los Fasci y las Corporaciones, presentado por Costamagna ante la Comisión Sommi, encargada de elaborar la reforma, el artículo uno predicaba: "El estado fascista italiano es un estado totalitario";[450] pero esa definición no fue incorporada al texto definitivo. En el *Dizionario di politica*, editado por el PNF en 1940, las expresiones "estado totalitario" y "partido totalitario" son recurrentes, aunque no hay una "entrada" que defina esas nociones. De todas formas, precisamente en el período entre 1939 y 1941 –circunstancia de por sí significativa– aparecen en Italia los primeros intentos de definir teóricamente, tanto desde el punto de vista ideológico como desde el jurídico, el concepto de estado totalitario, el cual, en palabras del jurista Vezio Crisafulli hacia 1941, "tras afianzarse en primer término en campo político [...] parece destinada, en la actualidad, a entrar al ámbito de la ciencia jurídica insertándose precisamente en la no pacífica teoría respecto de las formas de estado y de gobierno [...] al coincidir en la idea –nótese que digo idea, ya no definición, y ni siquiera me importa ahora establecer si consiste en una figura jurídica o meramente política–, más usualmente di-

fundida y convincente, de estado totalitario, como el que efectúa la completa subsunción de todas las fuerzas, intereses y tendencias sociales en la organización estatal, esto es, justamente la identificación total entre sociedad y estado". También "se muestra hoy como la única forma de orden capaz de expresar las necesidades fundamentales de la era de masas, plasmando de modo real la definitiva introducción y participación de las masas en toda la actividad del estado, sin comprometer, por otra parte, su unidad y solidez sino antes bien garantizando la íntima adhesión de todos los estratos de la población".[451]

Sobre la base de esa convicción, algunos juristas, más o menos involucrados ideológicamente con el fascismo, procuraron elaborar una definición jurídica del estado totalitario, tomándolo en consideración como una nueva forma de gobierno destinada a perpetuarse en el tiempo, a volverse la forma de estado nuevo en la sociedad de masas. La importancia de esos intentos para nuestro tema no la constituye la validez (o atisbos de validez) de los elementos de análisis histórico incluidos en aquellos –si bien bajo ningún aspecto son desdeñables en el ámbito de una historia de las teorías del totalitarismo– sino el *mito* del estado totalitario que surge de ellos, presentándose como modelo ideal en que debería haberse inspirado la constitución fáctica del sistema político fascista.

Los juristas consideraban el estado totalitario una forma inédita de gobierno, que se había impuesto a continuación de la crisis del estado liberal, para resolver el problema de las masas y del estado reafirmando la soberanía absoluta del estado e involucrando a las masas en la realización de una nueva comunidad política nacional. Por consiguiente, se tomaba en consideración la génesis y la función histórica del estado totalitario en estrecha relación con los problemas de la sociedad de masas. Así, el estado totalitario era antes que nada un *régimen de masas*, que interpretaba y concretaba el *principio democrático* según una

> ... novísima fórmula cercana a las fórmulas de democracia directa con una participación del pueblo más intensa y más

> inmediata, gracias a los instrumentos aportados por el progreso científico y a la posibilidad de convocar simultáneamente a todo el pueblo, ya no en las formas parlamentarias usuales. El Gobierno es para él su Jefe y se expresa ante el pueblo entero, no ante el parlamento. La aprobación legislativa es superada por la aprobación del Pueblo, el cual interviene con una fuerza que no por ser ordenada por la estructura jurídica tiene menor fuerza ni menor realidad.[452]

En la concepción fascista del estado totalitario se consideraba elemento fundamental la participación de las masas. Junto con ella se incluían los demás elementos constitutivos esenciales: la afirmación del primado de la soberanía del estado con respecto al individuo, la concentración del poder en la persona del *jefe político*, la institucionalización del partido único, la propaganda de un mito ético-político de carácter dogmático.[453] La suma de esos elementos otorgaba al estado totalitario carácter cualitativamente distinto del estado absoluto y a otras formas de estado autoritario o gobierno dictatorial. De hecho, para los fascistas no solo *estado totalitario* y *estado autoritario* eran "conceptos muy distintos entre sí y de valor y alcance científico muy disímiles",[454] sino que para ellos era arbitrario, además, asignar el rótulo de estado totalitario "a un estado cualquiera que, luchando contra la influencia de los partidos subversivos o contra el decadentismo liberal-masónico, afirme tan sólo el principio de autoridad concentrando el poder en manos del jefe".[455] En la teoría fascista del totalitarismo era carácter original y predominante del nuevo estado la tendencia a "identificarse con la sociedad nacional".[456] En efecto, para el estado totalitario "ya no existen límites a la extensión de la soberanía: debe organizar cada uno de la realidad social, y es necesariamente estado económico, estado asistencial, estado ético, mientras que la identificación entre estado y sociedad hace realidad un ilimitado monismo estatal".[457] En definitiva, el totalitarismo no debía tomarse sólo como una variante de la tendencia común a todos los estados modernos, en especial después de la Gran Guerra y la crisis de

1929, a expandir sus competencias, sino que era consecuencia de una nueva forma de revolución, cuyas expresiones se habían hecho presentes en la primera posguerra: la *revolución totalitaria*, que no pretendía solo "una renovación *institucional*, sino, antes bien, en primer término *humana*".[458]

> La revolución contemporánea toca al hombre en su fuero íntimo, porque precisamente no se limita a crear institutos jurídicos y sociales que solo inciden sobre el hombre en sus relaciones externas, sino que avanza y desea que el alma del hombre le pertenezca en lo que es hábito de vida, adecuación del pensamiento al ideal revolucionario, permanente sacrificio a la causa, etc. Por ende, el individuo pertenece por entero al estado, y él mismo se vuelve estado, porque cada pensamiento suyo, cada acto suyo tienen valor en cuanto hacen realidad el principio por el que se plantea el estado mismo. Esa perfecta inmanencia de la vida individual en la vida social constituye la esencia de la revolución totalitaria.[459]

Revolucionario por su origen, el estado totalitario no representaba, pues, una restauración técnica, por así decir, de la autoridad estatal en forma dictatorial, sino que era una construcción nueva, que nacía a partir de una transformación radical en la concepción de la política y en el modo de concebir la esencia y la finalidad del estado:

> *El estado totalitario es el reino de la política integral.* En él la política no concierne solo a determinada actividad individual, tampoco a una esfera dada de la vida colectiva, ni refleja la acción de las manifestaciones de la vida social, la que llega a regirse, orientarse y manejarse por completo en función de fines políticos. En primer lugar, entonces, el estado totalitario es aquel en que todo llega a ser absorbido y valorado según el parámetro de la concepción política. El sistema de todos los valores encuentra su eje y centro en la unidad misma del estado.[460]

El estado-partido

Artífice de la revolución totalitaria y constructor del nuevo estado era el partido revolucionario totalitario. El partido revolucionario (explicaba uno de sus más entusiastas teóricos) "es el partido que, al llevar consigo una nueva concepción de estado, obra y combate, una vez conquistado el poder con la insurrección, para hacer realidad en un nuevo orden jurídico esa concepción. Por ende, el partido revolucionario es *insurreccional*, *dictatorial*, *totalitario*, *único*. El partido revolucionario explica y justifica el partido único".[461] Esa "índole totalitaria", intrínseca a la esencia del partido revolucionario es transmitida por este al estado nuevo, "que es estado partido, estado creado por el partido portador de la idea revolucionaria, del credo político, por lo cual el partido revolucionario es *ecclesia* que transmite carácter de *eclesialidad* al estado"[462] y le brinda el impulso espiritual e ideal.

El Partido Fascista se apropia de la definición del estado totalitario como estado-partido. El estado nuevo –leemos en el *Dizionario di politica*– está caracterizado por "la activa presencia, en aquel, de un partido totalitario, que si históricamente deriva de su áspero combate y de la conquista del poder su posición preeminente, debe agregarse que, lógicamente, es legitimado por una revolución mucho más profunda que se produjo en las concepciones políticas [...] Así, el partido único expresa y plasma la sustancia política del estado".[463] Además, el PNF hacía propia la concepción de partido revolucionario como partido de la "constante revolución" y, debido a ello, reivindicaba lo que podemos llamar derecho a la iniciativa revolucionaria ante el propio estado, aunque declare estar "al servicio del estado fascista" e insista acerca de la diferencia respecto del partido totalitario nacionalsocialista y del bolchevique, que del estado tenían un concepto instrumental. De todas formas, esa subordinación al estado proclamada mostraba notorias limitaciones cuando el PNF tomaba posición en la añeja controversia acerca de su carácter jurídico, negando, siquiera con ambiguos contorsionismos dialécticos, que pudiera considerársele un organismo del estado –por más

que fuera una "institución constitucional"– en virtud de su origen y de su índole revolucionaria, pues el Partido Fascista "no fue creado por el estado y, aunque el estado lo haya reconocido como entidad que desarrolla una actividad de interés estatal, no puede decirse que aquel lo ha absorbido por completo, tal que se identifique con el estado mismo", sobre todo en cuanto atañe al partido la "función de conservar el espíritu de la Revolución, que es espíritu del cual está empapado el estado".[464]

Pese a las controversias entre las distintas interpretaciones para la naturaleza jurídica del Partido Fascista, juristas e ideólogos estaban de acuerdo, sin embargo, en plantear como fundamento del estado totalitario el partido único. La problemática del partido tenía "una importancia central en la ciencia jurídica publicista" porque incidía directamente también "sobre la doctrina del derecho corporativo, amén de hacerlo sobre la del derecho constitucional", pero además tenía "un aspecto de más amplia resonancia, porque se enlaza con la definición de la forma de los estados totalitarios, en cuya dirección se desarrollan ahora las estructuras de muchos otros pueblos. Y de la posición en ellos del partido único".[465] No había cabida para dudas acerca de la "imposibilidad de concebir el estado fascista, en su peculiar organización y en su funcionamiento, sin especificar el sitio ocupado en él por el partido",[466] señalaba Costantino Mortati, aunque lamentara la "deficiencia de abordajes pormenorizados acerca de ese tema", deficiencia que el jurista atribuía al "escaso interés que, al menos entre una categoría de juristas, está destinado a suscitar un ente como el partido, cuyas funciones no se desarrollan en un ámbito específicamente reglamentado por la ley, y que por ello mismo parecen pertenecer a la esfera de lo pre- o lo metajurídico".[467]

En realidad, bajo ningún aspecto la literatura jurídica acerca del problema del partido era escasa, aunque no siempre resultaba satisfactoria desde el punto de vista de su rigor científico.[468] Refiriéndose especialmente a los juristas, Panunzio hablaba inclusive de un "suplicio teórico"[469] que entrañaba definir el Partido Fascista y, bajo la óptica del derecho público, su posición en el estado y respecto del estado. Sin embargo, por detrás del "su-

plicio teórico" percibimos claramente un suplicio ideológico más vívido, que agitaba tanto a quienes deseaban poner fin a las pretensiones revolucionarias del partido único, por considerarlo ya definitivamente inserto, y subordinado, dentro de la estructura del nuevo estado, como a aquellos que, en cambio, se hacían intérpretes y hasta fautores de dichas pretensiones, en nombre del mito de la "constante revolución", sosteniendo que el nuevo estado edificado hasta ese momento por el fascismo aún no era el "estado nuevo" totalitario. Desde luego, el partido, revolucionario y totalitario por esencia, no podía resignarse a la condición de partido único al "servicio del estado fascista", sino que debía proseguir su revolución hasta completar el edificio. Con todo, dicha tarea para los fascistas no era concebible con efectivo punto de conclusión en el proceso de construcción del estado totalitario sino como meta ideal de una inagotable "constante revolución". En la explicación de Pellizzi, ese concepto "excluye que un *estado* cualquiera, como quiera que se lo adjetive, se lo anhele y desee idealmente, pueda hallar alguna vez plena plasmación. En otros términos, ello implica que la realización plena del *estado fascista ideal* es un mito; nos impone obrar a cada instante en la dirección y en función de ese mito, pero nos impide a priori la ilusión de poderlo realizar por entero vez alguna".[470]

Pero también el mito de la "constante revolución" se prestaba a interpretaciones opuestas en lo referente a la posición del partido respecto del estado. De hecho, trasladando a un plano metapolítico la actividad revolucionaria del partido como constructor ideal de un mítico estado fascista, podía invocarse sin dificultad la concepción de la "constante revolución", propuesta por Pellizzi, para aplacar el ímpetu revolucionario de los juristas totalitarios, reconviniéndolos y recordándoles su deber de obediencia al estado, vuelto ahora, en la realidad de sus instituciones, una obra terminada en cuyo interior el partido debía vivir ateniéndose a cumplir con tareas de carácter pedagógico y asistencial, sin pretender impartir directiva alguna ni cualquier otro tipo de impulso revolucionario al estado. En ese sentido, entre los intérpretes y los sostenedores de la tesis de la consumada fi-

nalización del edificio del estado fascista no se contaban solo los juristas que permanecían ligados a la tradición del estado de derecho, y por ello resistían a cualquier radicalización del totalitarismo fascista, sino también los fascistas *autoritarios*, como por ejemplo Dino Grandi, quienes desde hacía tiempo consideraban concluida la etapa revolucionaria del fascismo, detestaban el *staracismo* y deseaban volver a llevar al partido dentro de ámbitos de acción bien definidos y más acotados, bloqueando su "estrategia expansionista" y la constante injerencia estatal.

En la vertiente opuesta, los fascistas totalitarios interpretaban la "constante revolución" como obra ideológica, política y jurídica, de radical transformación del estado. Ellos deseaban liquidar todo cuanto en el estado fascista era aún legado del viejo estado de derecho, y de esa forma acelerar la efectiva puesta en práctica, desde el punto de vista constitucional, de la revolución totalitaria. La construcción del estado totalitario debía suplantar definitivamente en los principios y en la práctica el estado de derecho. Desde ese punto de vista –según observaba en 1940 Costamagna, uno de los más inquietos e intransigentes fascistas de la revolución constitucional–, "la experiencia del estado totalitario recién está en sus inicios".[471] La obra "de organización ideal, después de dieciocho años de experiencia del régimen" todavía no había llegado a término, mientras que "en el entramado del sistema" seguía habiendo "profundas lagunas [...] que dejó abiertas el método de gradualidad adoptado por la revolución fascista en su empresa de transformación del estado".[472] Por sobre todo faltaba "la afirmación definitiva, gracias a la cual las distintas reformas lleguen a deducirse como unidad lógica y mecánica, de modo tal que asegure la marcha rítmica sobre la que se sostiene en la práctica la legalidad. Esta, para resultar vital, debe radicarse en la costumbre y debe darse valor con tal de obtener cierta armonía colectiva, casi en correspondencia con una íntima regla de proporción arquitectónica". El juicio expresado por Costamagna como conclusión sonaba como una severa denuncia del atraso en los trabajos para construir el estado totalitario:

> El edificio del estado totalitario en Italia, aunque más adelantado que en otros países en vías de renovación, todavía es un edificio incompleto. En sus paredes se constatan grietas peligrosas, por entre las cuales puede volver a asomar el pasado o pueden irrumpir las turbias pasiones del presente. Falta la coronación del edificio; falta la amalgama final. A ello debe proveer la acción postrera de los principios generales: no mera "cédula de derechos", sino *tabla fundamental de la ley fascista.*

Tras casi un ventenio de transformación del estado, el edificio estatal italiano se presentaba, de hecho, como un orden híbrido, en el cual instituciones antiguas y nuevas convivían en aparente armonía, mientras que en realidad vivían en una condición jurídica confusa, periódicamente turbada por tensiones y conflictos, expuesta a avances inciertos o imprevisibles. Ello provocaba en los fascistas totalitarios preocupadas reflexiones acerca del futuro de la revolución fascista. En el caso de improvisa ausencia de Mussolini, ¿quién, y según cuáles procedimientos, asumiría el sumo cargo de "duce", jefe político en el estado totalitario –vale decir, jefe del partido y jefe de gobierno– para asegurar la continuidad del régimen fascista y llevar a término la construcción de ese edificio?

El Duce: ¿héroe o institución?

Máximo factor del consenso con el estado fascista, gobernador supremo e indiscutido del estado totalitario, en el doble rol de jefe del partido y jefe del gobierno central, el duce Mussolini era la bisagra sobre la que giraba y se sostenía todo el conglomerado institucional y organizativo del régimen fascista.

En la ley que instituía la Cámara de los Fasci y las Corporaciones aparecía la expresión "El Duce del Fascismo, Jefe del Gobierno": de ese modo, se confería a la figura del "Duce", según ciertas interpretaciones autorizadas, auténtico carácter institu-

cional. Ese era, por ejemplo, el parecer expresado por el redactor de la introducción al volumen acerca de la *XXIX Legislatura* [período legislativo], publicación a cargo del Senado y de la Cámara de los Fasci y las Corporaciones:[473]

> [La *XXIX Legislatura*] contribuyó a una adicional consolidación de esa preeminente función de dirección, de coordinación, de propulsión de todo campo de la actividad estatal, que es propia del Duce del Fascismo, Jefe del Gobierno. Tal función representa cada vez más la característica saliente de la forma del Régimen practicada en Italia, por extensión e intensidad de las atribuciones y prerrogativas que competen al Duce, en cuanto tal, amén de Jefe del Gobierno y Jefe de todas las fuerzas armadas, Jefe del Partido Nacional Fascista y Presidente del Gran Consejo del Fascismo. No hay sector de la vida del estado y de la nación en que no se constate esa cada vez más fuerte concentración de poderes y de responsabilidades en el Duce del Fascismo, que es simultáneamente Jefe del Gobierno [...] debe contemplarse en este caso un aspecto, jurídicamente más característico, esto es, la transformación gradual, de política a jurídica, de la condición de *Duce* o, mejor, *Duce del Fascismo*, ligada a la otra de Jefe del Gobierno [...] La calidad de Duce asumió completamente un carácter jurídico. Con aquella tampoco se quiere designar solo al Duce del Partido sino al duce del Fascismo, es decir, el guía, el Jefe supremo del Régimen, que en este momento se identifica indisolublemente con el estado.

No era la primera vez que se presentaba esa tesis. Ya un año antes de la entrada en vigor de la reforma de la Cámara de Diputados, precisamente en la revista del Duce, *Gerarchia*, Pietro Chimenti había abordado el asunto, afirmando que el título de "duce" se había vuelto un rango constitucional en el régimen fascista.[474] Ese rango figuraba, de hecho, en gran cantidad de importantes actos legislativos, como por ejemplo en el Decreto Real número 1839, del 27 de octubre de 1937, que instituía la GIL; además, el 30 de marzo de 1938 ambas Cámaras habían vo-

tado por unanimidad otorgar el grado de Primer Mariscal del Imperio al rey y a Mussolini, "Duce del Fascismo"; por último, una corroboración adicional "ya no pasible de equívocos" provenía del Decreto real número 513, del 28 de abril de 1938, que aprobaba el nuevo estatuto del PNF. Todo eso demostraba inequívocamente, según ese jurista, que la figura del "duce" había adquirido carácter de derecho público, también que "la calificación constitucional de Duce del Fascismo, en Régimen fascista, es inescindible de la de titular del Despacho de Jefe de Gobierno";[475] por lo tanto ya no tenía "un valor honorífico e histórico [...] sólo personal".[476] Pero, asimismo, esa tesis hallaba confirmación –concluía el jurista– por una necesidad funcional inherente al carácter del origen fascista:

> Si la política revolucionaria del Régimen debe, como debe, continuar; si el Gran Consejo del Fascismo y el PNF deben permanecer con vigor para desarrollar y llevar a la práctica, dentro y al flanco del estado y bajo la dirección del Jefe de Gobierno, esa política: es técnicamente indispensable que exista un Jefe, un Guía de todas las fuerzas morales y materiales de la Nación, organizadas a tal fin. A esa guía, el derecho público fascista otorgó carácter constitucional con el rango de Duce [...] Las iniciativas y directivas, necesarias para los experimentos de plasmación de la política del Régimen, quedarían sin base política si no tuvieran una en el estrecho vínculo constitucional entre la acción del Duce y la del Primer Ministro y Jefe de Gobierno.[477]

Por más autorizadas que fueran las sedes donde se expresaba, esa interpretación del rango de "duce" no obtenía un consenso unánime. No menos autorizados eran, de hecho, los pareceres de aquellos que consideraban título personal de Mussolini el rango de "duce", como por ejemplo era el rango de "cuadrunviro" para los jefes de la "marcha sobre Roma", y por ello no transmisible, como título constitucional, a un sucesor suyo en el cargo de jefe del PNF y jefe de gobierno.[478] De por sí, cuando en la Comisión Solmi se abordó la problemática de si el título

de "duce" debía conservar un carácter personal o si debía conferírsele carácter institucional, como "institución estable en la Constitución italiana", acordaron todos en considerar que el título era personal y únicamente pertenecía a Mussolini:

> Bottai.– La Nación Le confiere el título de Duce perpetuo.
> Starace.– Estoy de acuerdo.
> Solmi.– Sobre la base de un voto del Gran Consejo.
> Presidente [Costanzo Ciano].– De acuerdo, el título de Duce debe ser personal, y debe prepararse todo un sistema legislativo por cuyo intermedio nadie tomará a mal el caso de no llegar a ser Duce.
> Starace.– Título otorgado a la persona, por ello aquel que dentro de cien años habrá de sucederle ya sabe que no tiene derecho a portar ese título.
> Solmi.– Este debe ser un punto fundamental. La Constitución no la hacemos para pocos años. La Constitución de Carlo Alberto ha durado casi cien años, desde el '48 hasta hoy. Por ende, la Constitución no se hace para una sola generación, sino por lo menos para cuatro generaciones; y entonces ya no podremos decir Duce sino Jefe de Gobierno.
> Presidente.– De ahora en más es preciso disminuir alguna de las atribuciones que damos al Duce en cuanto es persona.
> Bottai.– Estamos de acuerdo, veremos cómo formularlo.[479]

Aun el Partido Fascista hizo propia esa interpretación: en la entrada "Duce" del *Dizionario di politica*, si bien se afirma que desde el punto de vista constitucional "el rango de 'Duce del Fascismo' conjugada con el de Jefe de Gobierno expresa una peculiar figura, fundamental y característica del régimen totalitario", se especificaba que la "noción expresada por ese término está indisociablemente ligada a la persona de Benito Mussolini".[480]

Por lo demás, en el estatuto del PNF no había mención alguna a procedimientos para la sucesión en el cargo de jefe del partido en el caso de improviso fallecimiento del Duce. La hipótesis de que la sucesión tocaba al secretario del partido, casi como "vice-Duce", incautamente propuesta por un joven, había

sido fuertemente rebatida y rechazada de inmediato.[481] Y en el interior del PNF nadie osaba macular la sacralidad carismática de la figura del Duce con hipótesis de sucesión. Starace estaba dispuesto a reprender severamente a cuantos se referían al secretario del PNF llamándolo jefe del partido. Todavía en 1941, dentro del partido se rechazaba la tesis de una calificación jurídica del apelativo *duce*, porque era una figura de "excepcional alcance histórico y político, más y mejor que política. La figura del DUCE, mejor que en un tratado de derecho constitucional halla más digno sitio en *Los Héroes* de Carlyle".[482]

Sergio Panunzio se había remitido, por intermedio de Roberto Michels, a la concepción de tipo carismático de Max Weber para insistir sobre el carácter excepcional y personal del rango de "duce". Debía diferenciarse –según observaba Panunzio– entre el concepto de duce y el de jefe de gobierno, porque el duce es "una figura ideal en sí [...] es un 'estado de gracia' del espíritu", es "la dictadura *heroica*, figura histórica o, si así lo preferimos, filosófica, no figura jurídica; y en cuanto tal, excepcional y sobrenatural, no ordinaria y común, no repetible y no reproducible".[483] Y que consistiera en un rango personal "por fuera y por encima del estado fascista", ligado a la persona física de Mussolini, quedaba demostrado –argumentaba otro sostenedor de esa tesis– por el hecho de que ninguna ley establecía su transmisibilidad, a diferencia de los otros títulos: "Benito Mussolini es, en definitiva, el *Duce perpetuo* de la Italia Fascista, donativo de la Providencia al pueblo italiano".[484] De todos modos, el problema no era sólo jurídico, y no podía "someterse a examen con un sesgo jurídico asistido por las leyes vigentes. Acerca de este problema exquisitamente político, hoy del todo prematuro, aguardamos, llegado el momento oportuno, la decisión del Duce del Fascismo, Benito Mussolini".[485]

En realidad, con esos planteos se eludía el verdadero problema: discutir acerca del rango del "duce", problema que en sí mismo, por su importancia, era crucial para el futuro del estado fascista, al verse involucrada la sucesión del jefe político. De hecho, como observaba el autor de un amplio estudio orgánico

acerca de la figura del Duce,[486] también podía comprenderse la renuencia a tomar por instituto del orden constitucional del estado un título tan indisolublemente ligado a la persona de Mussolini; pero tampoco podía negarse que para ese entonces el título "Duce del Fascismo, Jefe del Gobierno" designaba oficialmente un instituto constitucional, sobre el cual se cimentaban el sistema político y el orden jurídico del estado fascista. La cuestión de qué denominación dar a ese instituto y al hombre que lo representaba era, a fin de cuentas, secundaria: "si repugnará al sentimiento nacional otorgar el título de 'Duce' a otro que no sea Mussolini, perfectamente bien podrá cambiarse la denominación sin por ello cambiar la configuración política y jurídica del instituto que hoy en día aquel designa".[487]

La incógnita del "nuevo Duce"

Así, en el añejo debate respecto del problema de partido y estado se abría –por lo demás, era inevitable– una nueva problemática, que hasta entonces se había indagado de manera ocasional, esto es, los procedimientos para designar al jefe político como jefe del partido *y* jefe del gobierno.[488] La posición central ocupada en el estado por la figura del *jefe político* derivaba, como ya hemos visto, su legitimidad política e ideológica no solo de la persona de Mussolini y el nuevo orden político, sino del "mando único", concepción fascista encarnada en la figura del jefe. Los fascistas eran casi unánimes al considerar que "en el centro de la vida estatal fascista no puede haber un consenso que decide entre las distintas alternativas mediante una votación o un acuerdo, sino un Hombre que ve, juzga y expresa su voluntad".[489] El sistema jerárquico estatal totalitario completo culminaba en la figura del jefe político. En ese sentido, la cuestión del "duce" bajo ningún aspecto era nominalista: en la práctica incidía no solo sobre la problemática de la sucesión a Mussolini en la función de jefe del partido y jefe del gobierno, sino que también ponía en entredicho las prerrogativas del rey

en materia de nombramiento y revocación del jefe del gobierno. Conforme al artículo 13 de la ley del Gran Consejo, en caso de quedar vacante la jefatura de gobierno, ese órgano debía presentar al rey un listado de nombres para la sucesión. ¿Qué valor tenía ese listado para la decisión del rey? ¿En qué medida el rey estaba obligado a atenerse a las indicaciones del Gran Consejo para nombrar al nuevo jefe de gobierno? ¿Con qué procedimientos se renovaba, en el sucesor de Mussolini, el nexo indisoluble entre jefe del PNF y jefe del gobierno?

Ese era el núcleo íntimo del problema, la "parte más delicada del delicadísimo tema",[490] en tanto planteaba en conjunto los tres aspectos cruciales de la continuidad del estado-partido: la elección del jefe de gobierno, la elección del jefe del partido, el nexo entre jefe de gobierno y jefe del partido como "segundo duce".

Afrontando ese problema "con la delicadeza y las reservas que conlleva el tema",[491] Chimienti había afirmado que en caso de estar vacante el puesto de jefe de gobierno, el hombre político convocado por el rey para cumplir esa nueva función debía comportarse "como el representante calificado de todas las fuerzas morales y materiales organizadas y representadas en sede parlamentaria; esto es, como Duce del Fascismo", por ende ya munido de "una posición de derecho público a cuyo respecto no son admisibles equívocos" porque contaba con base jurídica "en su condición de Jefe del PNF y Presidente del Gran Consejo". Por consiguiente, el elegido por la corona, "entre los nombres señalados en la lista fijada de antemano" por el Gran Consejo, "también porta consigo el rango de Duce".[492]

Así, ¿estaba el rey obligado a seguir las indicaciones del Gran Consejo para nombrar al nuevo jefe de gobierno? La ley acerca del Gran Consejo no daba una respuesta *inequívoca*; y las interpretaciones de los juristas eran divergentes.[493] Según Panunzio, la decisión del rey era "libre", porque la designación por parte del Gran Consejo no era vinculante: "En efecto, compete al Rey la prerrogativa de las prerrogativas, la decisión suprema, la decisión de las decisiones, en tanto órgano e intérprete supremo del pueblo: la facultad de nombrar al Jefe

de Gobierno, conforme, según su juicio soberano, a los supremos intereses nacionales, considerados objetiva e históricamente".[494] En cambio, otros juristas consideraban que eran vinculantes para el rey las indicaciones del Gran Consejo. Según Mortati, la lista fijada de antemano por el órgano supremo del régimen no podía incluir más que un nombre, el nombre del "duce del fascismo", al cual debía convocarse para el cargo de jefe de gobierno.[495]

De hecho, la índole totalitaria del régimen fascista no habría permitido al soberano realizar una elección que contrastara con el rumbo político del partido único, no bien en el orden fascista "la potestad del Jefe del Estado no consiste en modificar directivas políticas dadas, por considerarlas en desarmonía con las suyas propias, y consecuentemente modificar el organismo encargado de llevarlas a la práctica, sino solo en constatar si en la acción gubernamental subsisten esas directivas *fascistas*, que *legalmente* informan el sistema instaurado por la legislación constitucional reciente".[496] El rumbo político del estado fascista estaba predeterminado institucionalmente tanto por el Gran Consejo –órgano constitucional del estado, con la facultad de confeccionar el listado de candidatos a suceder al jefe de gobierno– como por el Partido Fascista, "que lleva adelante una constante acción en sentido político precisamente con la finalidad de preservar y desarrollar en todo el país el espíritu de ese rumbo político. El gobierno del estado está, por tanto, organizado *permanentemente* en sentido fascista, y el rumbo político general no puede ser otro que el rumbo fascista". En consecuencia, así como el Gran Consejo al preparar la lista "está obligado por el deber de elegir los nombres de aquellos que mejor pueden plasmar los lineamientos políticos en sentido fascista", "ese mismo deber obliga al Jefe del Estado mientras cumple con ese nombramiento".[497] En otras palabras, eso significaba que de todos modos el rey debía elegir, para el cargo de jefe del gobierno central, a quien designara el Gran Consejo, y reconociera el partido, como jefe del fascismo. "Por lo tanto, también al elegir al nuevo Jefe de Gobierno, jurídicamente el Jefe del Estado debe atenerse a seguir la designación

del Gran Consejo del Fascismo": de no ser ese el caso, "llevaría a cabo un acto inconstitucional arbitrario".[498]

Una posición intermedia, entre las interpretaciones contrapuestas de la libertad y de la obligación, era adoptada por quienes, a falta de normas taxativas, consideraban prudente "en materias tan delicadas" confiarse a hipótesis que "en todo momento dejaran abierta una vía por medio de la cual las necesidades, a veces repentinas e imprevisibles, de la realidad encuentran manera de afirmarse" porque, en caso contrario, una "excesiva rigidez no haría más que poner inútilmente en riesgo la vida de las instituciones y del Régimen".[499] Una de esas vías podía ser la hipótesis de que, si bien tomara en consideración el listado del Gran Consejo, el rey estaba en libertad de realizar su elección incluso por fuera de aquellos candidatos; eso no obstaba para que su acción siguiera constreñida a orientarse "a identificar quién es el Duce del Fascismo, para convocarlo al cargo de jefe de Gobierno". Por ello, el rey nunca habría podido convocar para ese cargo a alguien no afiliado al partido, porque eso "habría de ser un acto revolucionario".[500] Pero al mismo tiempo –siempre se discutía de forma hipotética– era prerrogativa del rey revocar al jefe de gobierno "cuando conste que Aquel ya no es Duce del Fascismo; vale decir, que ya no se halla en esa posición política dominante con relación a todas las fuerzas de la nación, que había determinado su llegada a las funciones constitucionales de Jefe de Gobierno".[501]

De todas formas, una vez postulado que conforme al derecho constitucional era facultad exclusiva del rey nombrar y revocar al jefe del gobierno, quedaba sin resolución la problemática de los vínculos recíprocos entre ambos títulos: jefe de gobierno y duce del fascismo. ¿Cuál de los dos tenía la prioridad y daba derecho a tomar la otra? ¿El duce del fascismo asumía el cargo de jefe de gobierno, o viceversa?

Tampoco en ese caso la ley daba soluciones, y las respuestas de los juristas eran divergentes. Según algunos, constatada la ausencia, en el "orden *actual*, de cualquier sistema para designar al Jefe del Fascismo, mientras que se cuenta con uno espe-

cífico y completo para nombrar al Jefe de Gobierno", habría de considerarse que conferir el título de jefe de gobierno determinaba y condicionaba que se otorgara el título de duce del fascismo, pues "Duce del Fascismo es el Jefe de Gobierno y en nuestro derecho no hay cabida para la proposición contraria".[502] En cuanto a las prerrogativas del rey para nombrar al jefe de gobierno, por más que pudiera tener en cuenta el parecer del Gran Consejo, él estaba en plena libertad, pues propio y exclusivo del rey era "la suprema compulsa –y en ello reside el valor de la institución regia– de la posesión y de la pérdida de los requisitos que pueden hacer de un hombre político 'el Duce del Fascismo'".[503] Sin embargo, de esa tesis se hacía derivar dos corolarios, preñados de potenciales efectos políticos para el futuro del estado fascista. El primero afirmaba que la subordinación del partido a las órdenes y a las directivas del jefe de gobierno no implicaba la inevitable unificación jurídica del cargo de jefe de gobierno con el de jefe del partido;[504] el segundo sostenía que el rango de "duce del fascismo" no necesariamente se identificaba con el de jefe del Partido Fascista, pues "duce del fascismo" era título más amplio que jefe del PNF en la medida que designaba al duce de la nación, de la cual el PNF era sólo una parte.[505] De ese modo, se llegaba a poner nuevamente en tela de juicio, con o sin conciencia de ello, no solo la *unidad personal* del cargo de duce del fascismo y jefe de gobierno en la figura del *jefe político* con función de "mando único", sino también la posición fundamental del partido único.

Las interpretaciones que asignaban prioridad a la figura del jefe de gobierno con respecto a la figura del duce tuvieron escasa circulación en la literatura jurídica, y fueron decididamente rechazadas por los fautores del estado totalitario. Por ejemplo, según el parecer de Carlo Alberto Biggini, con la instauración de la Cámara de los Fasci y las Corporaciones no sólo se afirmaba el rango jurídico del duce del fascismo sino que además se corroboraba que "la institución central del sistema de Gobierno es el Duce, quien también es el Jefe del Gobierno. Así, como por parte de la doctrina se generaron no pocas con-

fusiones, el Duce es el Jefe del Partido y es también el Jefe del Gobierno: y es el Jefe del Gobierno en cuanto es Jefe del Partido, vale decir en cuanto es Duce del Fascismo":[506]

> La prioridad lógico-jurídica de nuestro sistema positivo es para el Duce del Fascismo, Jefe del Partido y, en cuanto tal, Jefe del Gobierno, y no es cuestión de que el Jefe del Gobierno sea Jefe del Partido y, por ende, Duce del Fascismo [...] Es por intermedio de la figura del Duce del Fascismo, inserta así en el orden estatal, que se efectúa el enlace constitucional entre estado y partido, y por consiguiente entre estado y pueblo, y se arriba a una unidad institucional, que tiene como centro al Jefe del Gobierno como elemento representativo del pueblo y por ello otorga carácter representativo al Gobierno.[507]

Entonces, la posición de jefe del partido, se atribuyera o no a aquel el título de "duce del fascismo", era el prerrequisito fundamental para otorgar el cargo de jefe de gobierno, ya que el rey estaba obligado por el orden constitucional a respetar la orientación política determinada por el partido único. Inclusive quienes aceptaban la diferenciación entre "duce del fascismo", concebido como jefe de la nación, y "duce del PNF" especificaban que el partido único, "instrumento a las órdenes del Jefe político, es a un tiempo el fundamento de su autoridad".[508] Por ende, duce y partido, elementos fundamentales y esenciales del estado totalitario, estaban ligados en un vínculo indisoluble:

> En la evaluación de los elementos que hacen de determinada personalidad el Jefe político nacional tiene importancia preponderante su posición respecto del partido único [...] No se comprende la figura del Duce si no se tiene presente su lazo con el Partido. Como Jefe y representante de la Nación entera, Él también tiene a sus órdenes el Partido, que es una fuerza al servicio de la Nación; pero por otra parte su poder político se sustenta sobre el Partido, del cual se vuelve Jefe no por un acto de mando que se impone desde el exterior al partido sino merced a un proceso sociológico que se

> desarrolla dentro de aquel; en virtud de lo anterior, puede decirse que el Duce deriva del partido y lo representa: algún autor dice que el Duce "personifica el Partido".[509]

Lo que nos ocupó hasta ahora no era una abstracta diatriba acerca de un problema jurídico; en realidad, era un problema esencialmente político, porque de optar por una u otra solución en lo concerniente al nombramiento del jefe de gobierno derivaban consecuencias decisivas para el rol de la monarquía y para el rol del partido en el estado fascista. Una vez más, por detrás de las disputas teóricas vemos la competición de tendencias ideológicas encolumnadas en frentes contrarios: los sostenedores del potenciamiento de la "voluntad política" del rey, y por tanto del estado tradicional, y los sostenedores del potenciamiento de la "voluntad política" del partido único y de la revolución totalitaria, de los cuales algunos acariciaban también como hipótesis desembarazar de la monarquía al estado fascista.[510]

De la diatriba acerca del rango del "duce", se volvía necesariamente a discutir sobre el problema del partido y de su posición en el estado. Pese a todas las teorizaciones, el edificio totalitario no sólo no estaba terminado, sino que la construcción efectuada todavía se sostenía principalmente sobre la persona de Mussolini. Los fascistas más conscientes se daban cuenta de los graves riesgos a que estaba expuesto el sistema político fascista: un régimen "que se sostuviera exclusivamente sobre las dotes personales de su Jefe estaría en constante peligro –observaba en 1940 un jurista–. Si a la muerte de Aquel no se encontrara a un sucesor munido de idénticas dotes excepcionales, o si por algún motivo ese sucesor no lograse imponerse, podríamos llegar a colisionar con gravísimas perturbaciones de la vida nacional".[511] Por cierto, ni siquiera el más fanático entre los cultores del mito mussoliniano podía negarse a reconocer que "el destino de las naciones no puede pender de la precariedad mortal de los hombres de excepción, dispensados a sus *condottieri* por la Providencia. Es preciso hacer manifiesto de entre ellos la virtud del 'acto creativo', esto es, utilizar su potencia sugestiva

para refundar el imprescindible sistema de la legalidad".[512] Costamagna no vacilaba en poner indirectamente en tela de juicio la responsabilidad del Duce, valiéndose de una cita de Maquiavelo: "Por tanto, no es salvación de una república o de un pueblo contar con un príncipe que gobierne con prudencia mientras vive, sino con uno que la regle en modo tal que, aun tras su muerte, quede preservada".[513] Esa bajo ningún aspecto es tarea fácil, vista, de por sí, la índole del estado totalitario, que requería en su cumbre a un jefe político capaz de ejercer la función de "mando único". Tal como observaba Panunzio, "no puede ni debe pensarse que existe o puede existir una forja del hombre político, y que este pueda producirse en serie. Al respecto, es preciso tratar con el Padre Eterno o, si uno es discípulo de Lucrecio, con la Madre Naturaleza".[514] Sin embargo, el problema del nuevo jefe político debía encararse antes que en ningún otro en ámbito partidario, y por obra del partido:

> El problema de producir y formar al jefe político se desplaza por entero al problema del partido que lo engendra de su seno y más que la escuela es su seminario. Varias veces se comparó, al respecto, el Partido Fascista con la Iglesia Católica. En la archisecular historia de esta se tuvo a grandes, pero también a mediocres y pequeños, papas. Con todo, queda fuera de duda que aun los grandes papas provinieron *de la* Iglesia. Por ello en el estado y en la democracia de nuestros días se dedican los máximos cuidados de modo inmediato al partido político totalitario.

El futuro del estado totalitario se confiaba, pues, al Partido Fascista. Pero en simultáneo con la exaltación teórica como principal pilar del régimen, como la institución a la cual era preciso dedicar las mayores atenciones, en procura de asegurar que se completara el edificio totalitario y el futuro del fascismo, el partido, en la realidad empírica, estaba atravesando una grave crisis interna, mientras que el país entraba en la incertidumbre de la Segunda Guerra Mundial.

7. La constante revolución. El proyecto totalitario de Adelchi Serena

La agitación institucional del Partido Fascista

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, el Partido Fascista dominaba con su imponente organización la sociedad italiana, ejerciendo un poder de control virtualmente ilimitado sobre todos los sectores de la vida nacional. La omnipresencia del PNF y por sobre todo su carácter invasivo generaban creciente malhumor entre la gente, interfiriendo día tras día con la existencia pública y privada, hasta pretender uniformar ideas, sentimientos, gestos y comportamientos de los italianos. Pese a ello, y (tal como ya hemos visto) pese a los celos suscitados por el partido staraceano en los demás potentados del régimen, la posición del PNF como "eje del régimen" parecía ser muy sólida. Nadie osaba ponerla en entredicho, al menos no abiertamente, ni siquiera aquellos que en su fuero íntimo despreciaban la política staraceana, asistiendo en silencio a la paulatina degeneración de la conciencia y del *habitus* político según modalidades de conformismo exterior, de cinismo encubierto con rituales profesiones colectivas de fe inquebrantable, de actitud de "mandamás" (*"caporalismo"*) exhibicionista e incompetente. Portador de gran porción de responsabilidad de semejante degeneración era el partido staraceano, con la anuencia del Duce; pero nadie impugnaba su función de "milicia civil voluntaria a las órdenes del DUCE, al servicio del Estado Fascista", a la que se confiaban "defender y potenciar la Revolución fascista" y "educar políticamente a los italianos".

La definición oficial de los deberes del partido, incluida en el estatuto de 1938, prescribiendo una realidad de hecho con-

solidada desde años atrás, parecía no sumar nada a lo ya reconocido por los estatutos anteriores en lo referente al rol y a las tareas del PNF, reafirmando su subordinación al estado fascista. De todas formas, haber declarado explícitamente por primera vez que el partido tenía como tareas "defender y potenciar la Revolución fascista" no era una formalidad burocrática, sino una declaración de intenciones políticas, y como tal la interpretó el partido. Esa declaración reabrió el debate acerca del "problema del partido" y acerca del rol que este debía cumplir en los futuros desarrollos del sistema político fascista.

La suma de poderes garantizada al partido durante quince años de transformaciones constitucionales no había mermado su voluntad de poderío, factor principal de la *zozobra institucional* del Partido Fascista, atormentado por el demonio totalitario de la "constante revolución". El ímpetu del fascismo *totalitario* no había sido domeñado en modo alguno por el acuerdo entre el fascismo y las instituciones del viejo régimen: al contrario, precisamente la existencia de instituciones y sectores del estado y de la sociedad que aún no habían entrado en la órbita del partido y rehusaban su control contribuía a mantener en vigilia ese ímpetu, justificando –según lo veían los fascistas– desde un enfoque constitucional tanto como ideológico el llamamiento a la "constante revolución". Ni siquiera en los años de la guerra el Partido Fascista se comportó como dócil sirviente del estado, satisfecho con ejercer su actividad dentro de los límites que este le había asignado. Contrariamente a lo que se habría esperado de un partido que exaltaba el carácter monolítico de su cohesión moral e ideal y la absoluta armonía entre las instituciones del régimen, en los años de guerra el partido volvió a ser un "problema" para el Duce, mientras que viejas y nuevas tensiones, enfrentamientos, conflictos, rivalidades con los organismos estatales reanudaron la agitación, desde el centro hacia la periferia, del sistema político fascista, contribuyendo no poco a dificultar su estabilidad y capacidad de afrontar las necesidades de la guerra.

En este capítulo retomaremos la indagación acerca de los vínculos entre partido y estado, y nos ocuparemos del período

en que el PNF, ya liquidado políticamente Starace, quedó confiado en primer término a la inexperta e inepta guía de Ettore Muti, luego sustituido temporariamente por Pietro Capoferri, y más tarde a la administración más eficiente y competente de Adelchi Serena, quien fue secretario del PNF del 30 de octubre de 1940 al 31 de diciembre de 1941. Nos ocuparemos sobre todo de ese último período, valiéndonos también de documentación inédita del archivo Serena, de especial importancia para profundizar en nuestro tema, porque contribuye a modificar sustancialmente la imagen aceptada por lo general del rol del partido en la última etapa del estado fascista.

Tal como sucedió con otros "números dos" del régimen, que pasaron de soslayo, sin la tan mentada notoriedad de un Farinacci o de un Starace, Serena fue casi completamente olvidado. Ningún estudioso se ocupó, a no ser marginalmente, de ese jerarca, que sin embargo fue vicesecretario del PNF muchos años durante el secretariado de Starace, antes de llegar a secretario; y nadie tomó en consideración hasta ahora la política partidaria durante su período como secretario general, considerado por todos como de nula importancia en la historia del partido. En las historias del fascismo, el secretariado de Serena es ignorado por completo, o bien, cuando mucho, la contingente mención se limita a enunciar que fue una administración de ordinaria actividad burocrática.

En realidad, el secretariado de Serena fue todo lo contrario a una gestión burocrática: merece que se le preste atención, especialmente en el ámbito de la historia de las relaciones entre partido y estado, por ciertas iniciativas importantes adoptadas en ese entonces por el PNF en el terreno político y legislativo, que potenciaron notablemente su posición en el estado con vistas a reformas más radicales. Para poder evaluar mejor el significado histórico de esa breve pero intensa etapa de la historia de las relaciones entre partido y estado es indispensable tomar como punto de partida las vísperas de la Segunda Guerra Mundial, cuando –ya lo hemos visto en el capítulo anterior– tuvo inicio un nuevo y más intenso debate acerca del problema del par-

tido en el estado fascista, afrontado por primera vez de manera específica también desde la perspectiva del "después de Mussolini". En cierto sentido, el secretariado de Serena representa la etapa culminante de ese debate. No hay lazo que no se corte: para ese entonces, todas las querellas entre partido y estado surgidas durante casi veinte años de poder fascista precipitaron; por primera vez el partido intervino directamente en el debate, con iniciativas concretas y con declaraciones ideológicas. Unas y otras revelaban el entramado coherente de un plan político que decididamente perseguía, si no incluso imponer, condicionar fuertemente una solución que –en un supuesto triunfo del Eje– debería haber asegurado definitivamente, también desde el punto de vista constitucional, la posición de predominio del partido en el estado totalitario.

El partido en disgregación

Cuando a fines de 1939 Mussolini decretó el final político de Starace, nadie, excepto algunos de los más estrechos colaboradores del ex secretario, criticó que se lo suplantara, hecho que, en cambio, muchos habían auspiciado. En ciertas ciudades, la destitución de Starace fue saludada "con verdadero júbilo" por la población deseosa "de no ser fastidiada con inútil y constante palabrería, ceremonias, etc., con ordenanzas acerca del apretón de manos, que aquí todos estrechan, acerca del *lei*, *voi*, *tu*, etc., todas minucias creadas por Starace para incordiar a la opinión pública".[515] El *staracismo*, entendido no tanto como dominio personal sino como ideología y política del partido, caracterizado por una hipertrofia organizativa y burocrática, de formalismo, por su tendencia militarista y por su obsesionante meticulosidad de la "reforma de las costumbres", había dejado en descrédito la imagen del partido; mientras que el *staracismo*, entendido como invasividad creciente del partido en la sociedad había alarmado –y por cierto, tal como ya vimos–, no de manera errada, a los restantes poderosos del régimen, quienes al

ver cómo crecía sobremanera el poder del secretario del partido se apresuraron a minar, con toda suerte de insinuaciones y acusaciones políticas y personales, verdaderas y falsas, la confianza que la aquiescencia del Duce demostraba por su "fiel mastín", como él mismo lo había definido.[516]

Después de ocho años de *staracismo*, resulta fácil comprender, entonces, por qué el nombramiento de Muti fue recibido con muchas expectativas por parte de la opinión pública. "En el partido se sentía la necesidad de un poco de aires nuevos."[517] Se esperaba que el nuevo secretario librase del formalismo militarizante y de la omnipresencia partidaria, también una intransigente y rigurosa moralización de los cuadros jerárquicos, orientada "a depurar las filas del partido: quitar elementos infieles y la famélica turba de ventajistas que le imprimieron, como todos sienten y dicen, una marca de infamia".[518] Los fascistas antistaraceanos esperaban, además, de Muti una renovación del PNF, en el sentido de volverlo menos burocrático y menos invasivo, devolviendo su actividad a las funciones ejecutivas en el ámbito de la subordinación al estado.

La acción antistaraceana se puso en marcha bajo la divisa de la "descentralización" y de la "agilización" del PNF. Primer acto significativo de ese nuevo rumbo fue la decisión de arrancar del control directo del partido instituciones como la OND, el CONI y las asociaciones armadas, y transferir los periódicos del partido a las áreas organizativas del Ministerio de Cultura popular. Otra señal de que el nuevo secretario pretendía renovar el partido fue la amplia sustitución de *federali*, al remover a los "staraceanos": "Se hace constar –escribía desde Roma un informante de la policía el 2 de febrero de 1940– que otro elemento de la excelente situación psicológica de este momento político son los cambios federales, cuyo ritmo se vuelve cada vez más veloz".[519] También se reputó prueba de la voluntad de una rigurosa moralización, en procura de fustigar desde lo alto el "desgobierno de Starace en el partido", que se quitara la credencial a Vincenzo Zangara, docente universitario, vicesecretario del PNF de 1934 a 1939.[520]

De todos modos, no pasó mucho tiempo hasta que los propios artífices del nombramiento de Muti debieron darse cuenta de que habían cometido un gravísimo error al poner como jefe de la mastodóntica organización staraceana a una figura conocida como caliente guerrero, pero hombre por completo ajeno al aparato del partido, carente de cualquier competencia acerca de sus engranajes burocráticos y de cualquier autoridad dentro de este; de escasos talentos, voluntad y compromiso para comandar el partido. El nombramiento de Muti no había sido deseado por Ciano, que lo consideraba "un valiente y un fiel"[521] y pretendía valerse de él como instrumento para extender su poder sobre el partido. Ciano creía que el nuevo secretario seguiría sus directivas "como un niño".[522] Bastaron pocos meses para defraudar las expectativas del ministro de asuntos exteriores: el "niño" demostró tener ambiciones propias y querer proceder de modo autónomo en el mando del partido, sin tutor que hiciera de apuntador.[523] De ese error se dio cuenta inmediatamente el propio Mussolini, constatando en el partido, en contraposición "demasiado violenta con el rígido formalismo de Starace", una "blandura en el mando".[524] En el círculo de desilusionados[525] empezó a aflorar aun la nostalgia por Starace.[526]

Tal como previó Bottai, la administración de Muti reveló ser "un experimento que costará caro a la eficiencia orgánica y moral del partido".[527] Como el país se encaminaba "hacia una etapa bélica" quedó claro, tanto para Ciano como para Mussolini, que Muti no era precisamente el "hombre apto para dinamizar y potenciar las organizaciones"[528] del partido. Ante esas preocupaciones, alimentadas día tras día por las notas informativas, que denunciaban el estado de desorientación y de inercia del PNF, carente de autorizada y eficiente guía desde su centro, el Duce reaccionó anunciando que él mismo habría adoptado las medidas "para galvanizar el partido, llegado el momento oportuno [...] con los medios de Federico Guillermo".[529] En realidad, el Duce fue todo menos que decidido al poner intempestivo remedio a la crisis. En la inminencia de la guerra, que requeriría todo el ahínco del partido en el frente interno, en

vez de elegir inmediatamente como nuevo secretario a una personalidad autorizada y competente, que gozara de prestigio en el partido y en el país, Mussolini, después de la entrada en guerra de Italia, cuando Muti pidió ser reincorporado a los cuadros de la aviación, se replegó al nombrar un regente, confiando la secretaría a Pietro Capoferri, presidente de la Confederación Fascista de Trabajadores Industriales.

Organizador sindical, técnico más que político, Capoferri puso todo su empeño en remediar los errores de Muti, aunque prosiguió la obra de desmantelamiento del "staracismo" en el sentido de una "profunda, necesaria, renovación del partido" para tornar la organización más eficiente y dinámica, en condiciones de afrontar la prueba de la guerra, mediante una "sana descentralización capaz de restituir a cada órgano su capacidad de movimiento en la sede más propicia, sustrayéndolo a los engorros que fatalmente se forman cuando se quieren centralizar y organizar demasiadas funciones".[530] De hecho, el regente no pretendía en modo alguno poner en entredicho la concepción totalitaria del partido: una de las principales directivas que él dio a los secretarios federales fue "defender nuestras instituciones con el mismo celo, la misma pasión, con la misma fe con que en todas las épocas los Apóstoles y los misioneros defendieron la fe y los dogmas cristianos".[531] En el momento de asumir la regencia, Capoferri ni siquiera quiso limitarse a una actividad corriente de administración, sino que intentó dar a la política partidaria una impronta personal, inspirada en una interpretación sindical-populista del totalitarismo fascista. En la práctica cotidiana, la acción del partido debía desarrollarse como una lucha tenaz contra hábitos, modos de vivir y de actuar que contrastaban con las leyes sociales fascistas y actuaban como freno para su aplicación: "muchos de los italianos *que se acomodaron en el partido* necesitan ser educados en el clima vivaz y purificador de la revolución fascista".[532] El mismo programa de la "reforma de las costumbres" era entendido por Capoferri en el sentido de una más rigurosa y coherente política de "justicia social", como lucha "contra *intereses*, contra *mentalidades* y contra *suscep-*

tibilidades muchas veces profundamente arraigados por el tiempo y por el convencimiento de estar en lo verdadero y en lo correcto" contra "un estado de ánimo, siempre adverso a las disposiciones y a las leyes, que es inducido a criticar precisamente en función del perjuicio que han acarreado al interés del individuo".[533]

Los propósitos renovadores de Capoferri surgían de una evaluación realista de las carencias del partido, morales y funcionales, que él denunció en varias oportunidades:

> El Partido Fascista sufre fatalmente, merced a las alternativas de la época, de las oscilaciones resultantes de las circunstancias. Es necesario que las advirtamos para adecuar nuestra obra a las necesidades que el tiempo en que vivimos y obramos reclama. Hoy más que nunca debemos movernos en el campo de la propaganda inteligente, capaz de ilustrar a los fascistas, al pueblo, a las masas, cuáles son las verdades que surgen de la política Mussoliniana. No basta, Federales, que nos complazcamos en ver a nuestros camaradas, cuya cantidad aumenta día tras día, y encuadrados militarmente. No basta con preocuparse por el orden estético exterior; es preciso que creemos las conciencias; es preciso que obremos en el fuero íntimo del individuo; es preciso contar con la certidumbre de que, cuando vemos fascistas en camisa negra, sepamos que no son meros militares que llevan puesto un uniforme y siguen las directivas para una razón de vida disciplinaria, que algunas veces les pesa pero han de realizarlo por convicción y han de estar orgullosos a causa del uniforme que llevan.[534]

Al prestigio del partido y a la eficacia de su acción causaban daño los males internos, como la rivalidad entre los jerarcas en la cumbre y en las provincias, la ambición y la exhibición de poder, la incompetencia, la falta de rigor al controlar la aplicación de las leyes del régimen y el respeto por ellas, sobre todo en el ámbito sindical, donde el partido demostraba escaso afán por tutelar a los trabajadores:

> El Duce enunció un principio que por desgracia fue más citado que puesto en práctica, esto es que la justicia en el ámbito laboral debe ser rápida y pronta. [...] ¿Qué puede decirles la camisa negra que convocan a los encuentros del pueblo (*adunate*) en las circunstancias solemnes, entretanto sufre aún el paso de una injusticia padecida durante meses y años sin que vislumbre la vía para ponerle remedio? [...] Oh, camaradas, no hay que dejar a las masas solo minúsculas porciones de esperanza que representan el umbral de la desesperación. Debemos afirmar ahora solemnemente que no es traición tan sólo la de quien blasfema al Duce y blasfema el Fascismo, acaso en un momento de desatino, y que nosotros castigamos con justicia y severidad; sino que se traiciona doblemente al Duce toda vez que se está revestido de determinadas funciones y dichas funciones se cumplen con criterios partisanos o con abulia.[535]

Transfiriendo a su gestión del partido la experiencia y la sensibilidad de sindicalista, Capoferri quiso imprimir a la política del PNF una dirección más radicalmente orientada en sentido sindical, por considerar tarea y deber fundamental del partido obrar para hacer realidad los principios sociales fascistas, ejerciendo un control sobre el mundo de la producción, sin obstaculizar el principio de la iniciativa privada, sino con la exigencia de plasmación y el respeto por los principios estipulados por la Carta del Trabajo. Era deber del partido demostrar concretamente que "las leyes de Mussolini no están hechas para que queden en el estado de mera enunciación";[536] era deber de los secretarios federales, principales ejecutores de la política totalitaria, exigir cumplimiento y respeto de dichas leyes, pues "evidentemente no basta solo una propaganda vaga; tampoco bastan las más solemnes declaraciones de principios: es preciso que el Partido se muestre como una suprema corte de justicia en cuyo seno puede desarrollarse el elemento característico y fundamental de cualquier actividad creadora: la confianza".[537]

Capoferri había hecho un diagnóstico realista del estado de

salud del partido, había detectado algunos de sus males, también había pensado proponer remedios. De todas formas, pese a esas buenas intenciones, no consiguió devolver iniciativa, vigor y prestigio al partido. Ya sobre la víspera de la entrada en guerra de Italia, el partido parecía estar "abandonado a su suerte y menoscabado en su eficacia".[538] La política de "agilización", que debería haber vuelto más dinámico y eficiente el rol del partido, produjo en cambio una "desaceleración" en su acción, como hubo de lamentar Mussolini;[539] y causó efectos aun más nocivos al prestigio del PNF, porque expandió la sensación de que la "agilización" era preludio de una desmovilización del partido, si no inclusive su liquidación. Aun una revista como *Critica Fascista*, que había saludado favorablemente la política de "agilización", se rebeló contra las voces de una "supuesta, y más o menos lamentada, 'desmovilización'", insistiendo una vez más en que el partido "sigue siendo en todo momento el artífice, el órgano central y propulsor" de la revolución fascista.[540]

Crisis del partido en la crisis del régimen

Para remediar los resultados fallidos del secretariado de Muti, Mussolini no encontró otra solución que confiar el manejo del partido a un "staraceano". Para sustituir a Muti, el nombre de Serena empezó a hacerse oír a comienzos de octubre de 1940;[541] la elección se produjo el 28 de octubre, en vísperas del ataque italiano a Grecia: "El Duce está de excelente humor: habla largamente de la situación del Partido, descarta una candidatura de Ricci, y se detiene en el nombre de Serena".[542]

El nuevo secretario del PNF era un típico representante de los "hombres nuevos" de orígenes modestos, iniciados en la política a partir de la Gran Guerra, que el fascismo había llevado desde sus provincias a las cumbres del poder.[543] "Culto, inteligente, silencioso y modesto": así se describía a Serena en el oficioso repertorio biográfico *La nazione operante*, de 1928, y ese mismo juicio reaparece en la edición de 1938, cuando Serena

ya ocupaba hacía tiempo la vicesecretaría del PNF. Como vicesecretario, Serena se había ocupado sobre todo del sector asistencial y de la organización femenina, pero había colaborado estrechamente con Starace en la conducción general del partido. Su tesón, su devoción, su celo fueron premiados con el nombramiento como regente del PNF a comienzos de 1936, mientras Starace estaba empeñado en conquistar laureles en Etiopía. Durante todo el período de la guerra colonial, Serena administró con eficiencia la compleja maquinaria burocrática y propagandística del partido, al que se había confiado también el control de precios.

Sin un pasado de *ras* escuadrista que exhibir en las competencias por el poder, ajeno a las pujas entre potentados del régimen, aparentemente desprovisto de ambiciones personales, leal colaborador de Starace, no faccioso ni fanático, Serena no poseía la personalidad política de un Farinacci ni el prestigio intelectual de un Bottai, sino que se lo estimaba como persona equilibrada, con un gran caudal de sensatez,[544] experto conocedor de la maquinaria del partido. Principalmente esos motivos fueron los que indujeron a Mussolini a juzgarlo el hombre apropiado para darle nuevo dinamismo, para volver a poner en alza su prestigio ante la opinión pública. En efecto, la elección fue recibida con comentarios muy favorables. Un informador refería desde Roma:

> El Duce ha designado a un hombre que hace largos años conoce la organización del Partido y al mismo tiempo está por fuera de cualquier tendencia. En este momento –se dice– ninguna tendencia tiene derecho a existir, ni mucho menos las cosas podían seguir su marcha con el contexto dúplice de secretario y de regente que creaba una peligrosa confusión de poderes. La solución escogida parece ser, por ende, la más lineal o en mejor correspondencia con las finalidades y tareas del Partido en la era presente. El ministro Serena es amigo de todos e íntimo de nadie. En el tiempo transcurrido en Palazzo Littorio se ganó la simpatía general por su modo fran-

co de proceder y también por una obra de "amortización" desarrollada con relación al staracismo absolutista. Serena es un fiel ejecutor de las órdenes del Duce y, por sobre todo, según se comenta, aunque no le falte iniciativa personal no desea poner de relieve su personalidad con disposiciones que constituyan una marcada línea política. Otros atributos –carácter, método, heredad– militan a su favor y tornan feliz la designación del Duce.[545]

Acerca de los motivos de la decisión mussoliniana circulaban varias hipótesis, que sin embargo confirmaban la orientación favorable para el nuevo secretario. Algunos, por ejemplo, consideraban que el Duce, nombrando a un hombre del aparato, había querido arrancar de cuajo las ambiciones de aspirantes a ese cargo, como era el caso de Farinacci, y la agitación, a tal fin, de tendencias facciosas dentro y alrededor del partido, perjudiciales para la nación y, de por sí, para la "articulación fascista, que necesita un organizador, no un politiquero". Según otras voces, nombrando a Serena Mussolini había querido reaccionar a presiones de la embajada alemana a favor de la candidatura del *ras* de Cremona. Y justamente por eso, el nombramiento de Serena había provocado "que estrecharan filas las fuerzas totalitarias alrededor de su persona y una expectativa por aquello que hará: sobre todo, la reafirmación de una estrecha cohesión y unitariedad del Partido, hay quien dice que aquel tiene en nuestros días deberes muy distintos de hacer política exterior o, peor aun, 'nazificar' los ambientes italianos".[546]

No obstante la buena recepción brindada por la opinión pública, el peso que recaía sobre las espaldas del flamante secretario era especialmente gravoso, mucho más de lo que acaso el propio Serena hubiera imaginado en el momento de enterarse –de modo completamente inopinado, por teléfono– de que el Duce lo había nombrado secretario del PNF. Serena asumía el mando de un partido en disgregación; entretanto los humillantes fracasos militares en la campaña de Grecia y las derrotas italianas en África del Norte echaban agua fría sobre la eufórica

esperanza de una rápida conclusión del conflicto con la victoria del Eje. Los meses entre octubre de 1940 y marzo de 1941 fueron los "más dramáticos de toda la guerra", tal como los definió Renzo De Felice: de hecho, si bien durante toda la guerra habría momentos más graves, "ninguno se pondría de manifiesto en formas tan explosivas y tendría repercusiones y consecuencias tan traumáticas para la imagen de Italia, del régimen y del propio Mussolini".[547] En el frente interno, la perspectiva de una guerra prolongada, después de la ilusión de la guerra breve, empezó a resquebrajar fuertemente la confianza de las masas en el régimen, mientras que se multiplicaban las señales del creciente descontento, difundido entre todas las clases, y especialmente en los estratos sociales desposeídos, que padecían de manera más directa las restricciones y las constricciones de la economía de guerra, con el aumento del costo de vida y la escasez de bienes de primera necesidad.

La guerra empeoró la situación del partido, sobre todo cuando se volvió a llamar a las armas a miles de jerarcas, desde los secretarios federales hasta los jefes de grupos habitacionales. "El llamamiento a las armas, que tuvo lugar recientemente –se lee en un informe acerca de la situación de la federación de Grosseto, a comienzos de 1941– de gran cantidad de Secretarios de Fascio y otros jerarcas locales dificulta aun más la tarea a la que se ciñó el Secretario Federal en funciones".[548] Lo mismo sucedía en las demás federaciones. El perjuicio acarreado a la eficiencia de la organización fue considerable, también porque probablemente entre los jerarcas combatientes estuvieran los fascistas más activos, más convencidos o de todos modos experimentados en la maquinaria del partido. En muchas federaciones, la repentina falta de cuadros produjo lo que un secretario federal definió "pequeña tragedia de ir en búsqueda de hombres idóneos, a causa de la guerra que mantiene a los mejores en las filas del ejército".[549] Y las sustituciones muchas veces empeoraban la situación, porque daban ventaja a elementos ineptos y sin prestigio, jerarcas improvisados que hicieron decaer aun más la funcionalidad y la autoridad del partido. Como se

lee en una reseña acerca de la situación del fascismo en Sicilia hacia octubre:

> Entre algunos centenares de jerarcas menores que suelen rodear a los secretarios federales efectivamente no se ven personas que puedan generar confianza –en un momento cualquiera, en un momento de dificultades– de hacer estrechar en torno a los lábaros de las Federaciones a los habitantes de las provincias en defensa de ideales fascistas. Resulta evidente que cuando un jerarca es voluntaria o involuntariamente modesto las personas que le son cercanas y están subordinadas a él son de cuño aun mejor que el suyo.[550]

La falta de cuadros vigorosos debilitaba también el poder del PNF en las provincias. Poco después de asumir el cargo, Serena informaba al Duce haber constatado, en sus primeros contactos con los secretarios federales, que "la menguada celeridad del partido en su accionar indujo a los prefectos a suplantar, en cierto modo, a los secretarios federales, menoscabando sensiblemente su esfera de acción". Condiciones análogas, añadía Serena, "se produjeron también en el sector económico y sindical: los contactos entre el partido y las organizaciones profesionales son, en nuestro presente, escasos y superficiales".[551]

La crisis del partido podía no influir negativamente sobre la actitud de las masas, casi dondequiera que aquellas se mostraran apáticas, indiferentes o intolerantes con las iniciativas del partido y escasamente interesadas en el acontecer de la guerra, también porque les resultaban cada vez más acezantes el aumento del costo de vida, la escasez de productos alimenticios, la ansiedad por una guerra que se perfilaba como prolongada y de resultado incierto. Con todo, aunque algunas veces ese descontento provocó demostraciones de protesta popular, ni siquiera los enemigos del fascismo preveían en 1941 una inminente crisis del régimen. El embajador estadounidense en Roma consideraba improbable, a comienzos de 1941, una sublevación masiva, porque entre la población predominaba una "actitud

apática", mientras que el Partido Fascista, pese a su constante pérdida de prestigio, preservaba todavía un sólido control en la sociedad.[552] Aun los comunistas consideraban que la dictadura se sostenía sobre "una base bastante amplia" porque el fascismo había "logrado desarrollar y consolidar su base masiva" extendiendo su influencia al mundo obrero y campesino.[553]

Pero si bien el régimen fascista no corría peligro de que lo derribara una sublevación de masas queda fuera de duda que, después del otoño de 1940, partido y régimen sufrieron por primera vez el revés de una grave *crisis de confianza* por parte de las masas. De por sí, las fluctuaciones repentinas en el humor de la opinión pública, entre exaltación eufórica y depresión pesimista, según los acontecimientos militares, revelaban la escasa influencia que el partido tenía sobre el ánimo de las masas. La educación del "ciudadano-soldado" y la obra de fascistización de las conciencias, después de casi dos décadas de política totalitaria, habían permanecido en la superficie, traduciéndose en formas de disciplinado pero pasivo conformismo y de apática indiferencia. En las regiones meridionales "la masa de la población, profundamente buena y devota de los principios del orden, no cuenta, sin embargo, con idéntico grado de madurez para comprender y hacer propias las más íntimas razones del Fascismo", refería Camillo Pellizzi después de una inspección en Sicilia a principio de 1941.[554] De las regiones del Norte no llegaban noticias más alentadoras. De Milán, por ejemplo, el 3 de febrero, Serena recibía noticias acerca de la aversión de la población por el régimen, testimoniada también por la aparición de pintadas antifascistas y antimussolinianas:

> Ya se sabe muy bien que los ambientes milaneses, excepto los del Partido, siempre fueron contrarios a la entrada en guerra de Italia. Los últimos sucesos poco favorables a nuestras armas acentuaron notablemente dicha oposición, provocando un estado de ánimo:
> – de preocupación y de doloroso estupor en los sectores de cierta elevación;

– de desconfianza y también de desinterés en los estratos medios y populares.
Hay quien dice que la ciega obediencia impuesta por el Partido redujo a los italianos a no aceptar más con pasión los sucesos afortunados ni los desafortunados que la Patria encuentra a su paso.
El clero, de máxima siempre cauto, manifiesta su opinión con una fraseología no del todo apropiada, pero sustancialmente contraria a la acción gubernamental. Mientras se afirma que la Patria es cosa santa y que también la guerra es cosa justa y permitida por Dios, se observa –más o menos en sordina– aun en el caso de sacerdotes y prelados de cierta altura, que "la actual guerra fue deseada exclusivamente por el Partido o, mejor, por el Jefe del Partido, contra el interés de la Nación; que el Papa había hecho de todo para conjurarla; que los jefes erraron y que al no poder ya renunciar a ello llevan la Nación a la segura ruina".
En los ambientes industriales, comerciales y financieros, se observa la situación con una sensación de pesimismo por la carestía de materias primas, por la escasez de operaciones comerciales y las disposiciones repentinas, reputadas ilógicas o tardías, que obstaculizarían la marcha de los negocios. [...]
Los precios de las mercaderías están congelados solo teóricamente: en la práctica los bienes de consumo no dejan de seguir notables alzas de precio, o bien sufren emboscadas y se las vende a gran escala en forma clandestina a quien está en condiciones de adquirirlos.
De ello la masa deriva la convicción de que las casas de los pudientes están provistas en abundancia de todo el sustento y bienestar, mientras que los hogares de empleados, obreros y del pueblo trabajador deben contentarse con los vales de racionamiento, cada vez más restrictivo en los distintos productos. [...]
No son infrecuentes los casos de corrupción, o de sus tentativas, en procura de obtener mayores asignaciones de los productos sometidos a limitaciones o permisos especiales. Incluso parece que se solicita, por intermedio de emisarios específicamente destinados a ese fin, pero no fácilmente identificables, que lo hagan plantas o compañías productoras, refractarias a recurrir a tales ilícitos expedientes.[555]

Representaciones análogas del estado de ánimo de las masas arribaban día tras día al escritorio del secretario del partido desde cada rincón de Italia, como confirmación de la amplitud de una crisis de confianza, que por cierto no podía achacarse solo al desastroso acontecer militar y a las restricciones y privaciones impuestas por el estado de guerra. De hecho, la crisis amenazaba con tornarse irreversible porque, más allá de los factores que la habían hecho estallar, sus causas residían en el propio régimen. Los desastrosos efectos de la guerra revelaron un contexto de malestar general del sistema político fascista, que involucraba, desde el centro hasta la periferia, toda la organización del estado-partido. El secretario del PNF no desconocía, ciertamente, que otros, y más profundos, eran los motivos de la crisis, aunque al comienzo de la primavera se registraran señales menos alarmantes. Entre los papeles de Serena se conserva copia de una extensa carta escrita el 16 de febrero de 1941 por un consejero nacional de la Cámara de los Fasci y las Corporaciones, veterano de viajes "por toda Italia, de Taranto a Turín, de Milán a Roma". En la carta se trazaba un cuadro verídico, corroborado por gran cantidad de testimonios ajenos, de la grave crisis de confianza que atravesaba el régimen:

> El país se pregunta: "¿Veinte años de Fascismo pasaron en vano si se vuelve a caer en los errores de antaño?"
> Usé la expresión "superando la crisis" porque efectivamente el peor período de la enfermedad ya pasó. No obstante ello, permanece el riesgo de una recaída más grave, bajo el peso de alguna otra dolorosa noticia acerca de la marcha de la guerra, y sobre todo subsiste la enfermedad que (esto es lo más grave) amenaza con volverse crónica o de todos modos dejar dolorosas secuelas.
> Lo restante, los demás hechos y actos que influyen en mayor o menor medida sobre la moral del pueblo y aumentan su malestar moral y, por consiguiente, físico, las habladurías más o menos fundadas que corren con respecto a tal o tal otro y que de una persona a otra suben peldaño tras peldaño, des-

dichadamente hasta la persona del Duce, no son más que un *exponente* de esta depresión moral, no una *causa*.
Por ello es preciso curar la causa del mal y no sus manifestaciones. Así, es inútil procurar, ahora, indagar acerca de esto o de aquello, poner en la picota ante el pueblo a jefes y subjefes.
La masa, como un dios Moloch, no pide más que devorar personas; devorar cada vez más y cada vez más alto, con una voracidad que podría volverse peligrosa para la integridad del Régimen.
Antes bien, es preciso tener muy presente y muy destacado (para no olvidarlo) el nombre de todos aquellos que en esos momentos duros no demostraron poseer esa fidelidad absoluta que debe requerirse a todo Fascista, pequeño o grande; además, hay que tener en cuenta todas aquellas inequívocas señales de neta y a menudo justificada impopularidad de Jefes, jerarcas y jerarquillas, expresadas por la unánime conciencia popular que –si bien exagera, como en todo momento es proclive a los excesos– nunca yerra del todo. Esa misma impopularidad ya es inculpación suficiente para hombres políticos.
Repito: todo eso debe recordarse muy bien pero para después, esto es, para el momento de la reconstrucción después de la Victoria; correr tras esas manifestaciones secundarias de la enfermedad sería ahora gravísimo error, porque puede hacer perder de vista las verdaderas causas de la enfermedad.

Hemos citado *in extenso* ambos documentos porque nos dan una imagen de la situación del partido, tal como se presentaba a Adelchi Serena en el momento en que se encontró a su mando. Tener presente su percepción de la realidad en que tuvo que obrar puede ser útil para comprender los motivos de su política. Sin embargo, la crisis de confianza que Serena se vio obligado a afrontar no sólo era grave porque alejaba a las masas del partido. La gravedad de la crisis del partido se debía a que por primera vez involucraba a la clase dirigente fascista: cuadros partidarios, intelectuales y jóvenes fascistas. Los acontecimientos negativos de la guerra, y la realidad del régimen que dejaron en

evidencia, impusieron una severa reflexión acerca de los resultados de un experimento totalitario, que habría debido forjar a un nuevo italiano de carácter fuerte y disciplinado, educar a una nueva clase dirigente autorizada y capaz, construir un nuevo sistema político eficiente y sólido, en condiciones de llevar adelante la nación a nuevas y victoriosas conquistas. Durante muchos años, los logros del régimen, en política interior y en política exterior, con prescindencia de que fueran verdaderos o falsos, habían nutrido la euforia ideológica y la fe en los mitos del fascismo; sin embargo, bastaron pocos meses de guerra para que una realidad diferente y decepcionante quedara bajo el candelero, tornando evidente para todos las carencias, los defectos, las debilidades, los vicios del régimen fascista. Resaltó entonces, sin los artificios visuales de las grandes escenografías de la "comunidad totalitaria", la distancia entre el mito y la realidad, entre el modelo exaltado por el estado totalitario, representado como impetuosa articulación entre conciencia, voluntad y poderío, y el ser concreto de un régimen que, en el frente interno y en los campos de batalla, revelaba muchos aspectos de ineficiencia, corrupción, y por sobre todo estar desprovisto de aquella severa moralidad de convicciones y conductas que había sido predicada durante años como virtud esencial del fascismo.

La guerra se volvió la ocasión para un examen de conciencia, que incidió sobre las instituciones, los hombres, las ideas y hasta los cimientos culturales y morales del fascismo. Hace falta especificar que consistía en un examen que se llevaba a cabo *en el interior del fascismo* y no contra aquel; lo animaba una imperiosa necesidad de coherencia y de moralidad, que pretendía coherencia y moralidad en primer término por parte de los fascistas, jefes y subordinados, y reclamaba la efectiva realización de los ideales de la revolución fascista: para empezar, la concreción de dichos ideales en la sinceridad de las convicciones y en la seriedad de las conductas. Era –como escribía un joven fascista– una "crítica revolucionaria", movida por una "instancia moral" y basada "sobre el principio de coherencia entre lo pensado y lo efectuado",[556] en cuyos preceptos debía inspirarse una

nueva política intransigente. A la necesidad de un examen de conciencia eran especialmente sensibles los jóvenes:

> Hay sobre todo en los jóvenes un ansia de hábitos políticos y morales más severos, hay una voluntad de adecuar la vida a los postulados revolucionarios, una voluntad de crear una clase política que plasme en su propia existencia el hombre nuevo predicado y deseado por el Fascismo. Quieren los jóvenes una clase dirigente que tenga el sentido de mando y la responsabilidad en ese mismo mando, una clase política heroica, intransigente, fiel a los principios que encarna y defiende, tal que descienda hasta la esencia de las cosas y sea, por sobre todo, honesta y desinteresada.[557]

Pero no solo los jóvenes pretendían coherencia y moralidad en la política del régimen. También fascistas de vieja data no extremistas, que no habían perdido la fe en el fascismo, reclamaban lo que se denominó, con eficaz expresión, "necesidad de coherencia revolucionaria para el estado totalitario".[558] La falta de coherencia revolucionaria en la construcción del estado totalitario fue considerada la principal causa de la crisis del régimen. Y muchos fascistas se dirigían al partido, incitándolo a retomar la "constante revolución" con vigor e intransigencia renovados.

De ese estado de ánimo presta elocuente testimonio el escrito, publicado en 1941,[559] de un fascista en nada fanático, como Alberto De Stefani. Consiste en una compleja, y por momentos hermética, reflexión acerca de la crisis de moralidad del sistema político fascista, que tomando como punto de partida consideraciones filosóficas respecto de la crisis espiritual del hombre contemporáneo, pasando por una crítica al materialismo capitalista, desembocaba en una indagación del origen de los males que acechaban al régimen fascista, evaluándolos bajo la óptica de una concepción ético-política, de fundamento religioso, del estado totalitario y del rol político-pedagógico del partido único.

Entre los males del régimen, De Stefani reputaba el peor y el más peligroso la degeneración del estado totalitario en mera organización administrativa munida de plenos poderes. Así, el estado fascista veía caducar su función moral, ético-política y religiosa que, según De Stefani, debía ser propia del poder político en los regímenes totalitarios, los cuales "no podrán eximirse de cumplir una función moral activa tal como se las confiere lo absoluto y universal de sus poderes. El espíritu pastoral se hará cargo de una tarea preeminente y rectora por encima de la función administrativa",[560] para mantener viva y constante la adhesión del estado a la vida del pueblo. Si en cambio la burocracia usurpaba el poder político, entonces el estado totalitario quedaba reducido a "una organización administrativa, agente plenipotenciario", y perdía el lazo que la unía al pueblo.

> De ello proviene la distancia y la colisión entre el pueblo vivo en su constante renovación, entre sus necesidades humanas, su sentido de ordenada y eficiente colectividad y la incomprensión del estado administrativo, en retraso, con sus pérdidas de fuerzas vivas, con su inamovibilidad que no entraña estabilidad, con sus complicaciones y sus componendas que no son adhesión, con su presunción que no es colaboración. La revolución muere o se agota en el estado administrativo y, en la mejor de las hipótesis, es deformada, demorada, contrastada por este [...] Las administraciones totalitarias fácilmente envejecen y tienden a vivir fuera de la realidad que se forma en torno a ellas. Esa salida de cauce de la administración en lo tocante a su competencia ejecutiva pone en riesgo al estado como realidad política autónoma y le transfiere su propia esterilidad [...] Sin embargo, en un gobierno de administración totalitaria que se torne burocracia, todos los elementos que viven fuera de la administración: sentimientos, imaginaciones, fantasías, propósitos, voluntad emprendedora y de acción; en definitiva, todos los factores que constituyen la juventud, el fermento en renovación de un pueblo, si no son asimilados por aquella, inexorablemente se volverán en su contra.[561]

Para contrarrestar la usurpación del poder político por parte del estado administrativo, De Stefani invocaba la acción del partido único, "síntesis dinámica de una comunidad de sentimientos y de voluntades, que hace realidad los fines nacionales y anticipa su alumbramiento con su sensibilidad",[562] pues era prerrogativa de aquel ejercer la función ético-política del estado totalitario:

> El estado totalitario, expresión de una sensibilidad y voluntad ética en común, se resume en el orden político. El ente que pone en acto ese orden, nutriéndose en el pueblo, es en unrégimen unitario totalitario el partido. Este precisamente en virtud de su función universal y de su composición también es régimen. El partido es una realidad ético-política; es el organismo que la representa, plasma sus propósitos y asegura sus finalidades. Un partido político y su organización son necesarios e insustituibles en los regímenes totalitarios como lo son los partidos en los regímenes parlamentarios. Su función se resume en la capacidad de imponer a la administración, que no es totalitaria ni no totalitaria porque totalitario es sólo el partido, un ritmo y un tipo de recambio adecuados a las fuerzas creadoras de los pueblos. La percepción que tienen los pueblos, gobernados por las administraciones de los regímenes totalitarios, de no ser comprendidos por aquellas, de ser bloqueados por su incomprensión y las hostilidades contra dicha incomprensión, necesitan verse subsanadas por el aporte dinámico del partido que brinda el nutriente primordial y los criterios a los cuales deben uniformarse las reglas de la administración.[563]

En su juicio acerca del partido, De Stefani se apartaba del coro de cuantos consideraban errada su política de expansión, por la injerencia cada vez más extendida, la extensión creciente de tareas y funciones: a "quienes dejan pasar los errores del régimen o del partido y sacan provecho de ello como debidos a aquellos se puede contraponer de la manera más absolutamen-

te fundada que dichos errores dependieron de una insuficiente extensión de la competencia constitucional y política del partido y de la circunstancia de que la administración ejerció las facultades políticas que el partido no había reivindicado para sí".[564] El verdadero error del partido era no haber mensurado "el poderío corrosivo y reductor del estado-administración" que obstaculizaba y desviaba su acción revolucionaria: las iniciativas revolucionarias encontraron "en la administración pública un intérprete poco fiable, nada seguro, no orgánico, por no adaptado a la labor política y por obedecer a su tradición y a su índole jurídica, ambas antirrevolucionarias. Amén del sector administrativo, el económico y sus organismos presentaban idéntica resistencia al espíritu de la revolución, acompañada por intentos de valerse de los institutos para obtener ventajas".[565]

Sin embargo, la importancia del rol del partido en el estado totalitario no dependía, para De Stefani, de que se expandieran sus tareas, sino del "modo de concebir su propia función para que ella sea en verdad totalitaria y agote con continua adhesión las necesidades espirituales de ese aspecto totalitario".[566] Por ello se podía achacar al PNF haber tenido una "concepción demasiado tímida y acotada y constitucionalmente errada de la posición y de las tareas del partido, su autolimitarse en lo tocante a la administración, [que] provocaron y legitimaron cierta indeterminación de vínculos entre estado y régimen, vale decir, entre administración y partido".[567] De Stefani rechazaba, juzgándola equívoca, la distinción entre partido y régimen, por considerar que no existía "solución de continuidad ética ni política, a condición de que el propio partido se inspire, en sus organismos y en su actividad, en su mandato universalista";[568] y concluía su reflexión acerca del problema del partido afirmando que para "reconstruir la unidad política y revolucionaria el partido debe asumir activamente en sí y en sus propios órganos el ejercicio del poder político, aunque ello llevara a una revisión de su actual esfera de competencia y de las posiciones jerárquicas administrativas para subordinarlas, siquiera sin interferencias, a ese poder unitario sin que se perturbe la función

administrativa de aquel con interferencias que salen de la órbita de las directivas políticas generales".[569] Por ende, la acción del partido era, en el mejor de los casos, necesaria para la concreción de la política totalitaria, sobre todo en la nueva etapa revolucionaria del fascismo, iniciada con la guerra, porque precisamente en esa etapa se afirmaba con prepotencia el problema ético-político, la definición de la función moral y de los valores universales de la revolución fascista. El partido debía renovarse para retomar su función ético-política y "llevar a la práctica las finalidades de la revolución".[570]

Aunque no se tradujeran en propuestas concretas, las reflexiones de De Stefani fueron recibidas con gran atención y consideración, especialmente por su evaluación del rol ético-político del partido y de su insustituible función, aun constitucional, como artífice y garante de la "revolución continua". Por sobre todo, ese aspecto fue enfatizado por algunos comentarios significativos: "De Stefani –observaba, por ejemplo, *Conquiste d'Impero*, dirigida por Corrado Petrone– señala en el Partido, en el Partido que funciona como alma y guía del Estado y *depositario del mando político*, el medio para salvaguardar el Estado y su 'revolucionaridad' [...] un Partido que tenga con respecto al Estado su necesaria posición de órgano propulsor y *detentor del mando político*".[571] Acaso aun más significativa sea la nota dedicada a ese escrito de De Stefani en *Lo Stato* por Costamagna, quien aprovechó la oportunidad para lanzar un violento ataque contra la cultura tradicional, la cual había conseguido frenar la revolución fascista y ahora amenazaba con sofocarla:

> El peligro que acecha contra la cohesión de la vida italiana que el Fascismo se había propuesto, sin embargo, renovar es el de una amalgama, bajo los auspicios de la escuela oficial italiana, de las fuerzas de la plutocracia con las fuerzas de la burocracia, por lo cual el estado totalitario corre el riesgo de reducirse a una organización mecánica que obra al servicio de monopolios de privados [...] ¿De dónde puede llegar una rectificación de esa situación? Únicamente del partido.[572]

Las declaraciones de confianza en el partido pueden sorprender, si tomamos en consideración el estado de crisis en que se hallaba el PNF, y por ello fácilmente podrían ser interpretadas como gestos retóricos de conformismo exterior o aisladas disquisiciones académicas. Sin embargo, en realidad no eran de ese tipo, al menos en lo atinente a los personajes citados, porque justo en ese período De Stefani, Petrone y Costamagna estaban directamente involucrados en la política partidaria, tras haber sido convocados por Serena para que formasen parte de un nuevo Comité de Estudios y Legislación, instituido, tal como veremos más adelante, con la misión de llevar adelante la elaboración jurídica y doctrinaria de la "constante revolución". Sus declaraciones de confianza eran, entonces, algo más que un acto de esperanza y una incitación: eran un *programa*, según la expresión que Costamagna utilizaba, y no por casualidad, como título para su comentario al escrito de De Stefani. Y tampoco consistían en voces aisladas, porque los síntomas de una renacida confianza en el partido, como organismo de la "constante revolución", se hicieron más frecuentes durante el secretariado de Serena, como demuestran los comentarios de aprobación que acompañaron la política de potenciación del partido puesta en marcha por el nuevo secretario: una política que finalmente pareció devolver al PNF la función de iniciativa revolucionaria en el ámbito político, constitucional y social.

La potenciación del partido

Consciente del mal estado de salud del partido, Serena comenzó con celeridad la obra de reorganización para "reparar los daños infligidos a la organización por la gestión Muti" –como escribió un colaborador suyo– tomando como punto de partida el rehabilitar "en los cargos de mando a los mejores hombres de Starace, que no habrán sido genios pero sabían accionar las palancas de mando de las Federaciones fascistas".[573] Serena

efectuó una amplia renovación de los cuadros federales, con el cambio de guardia en 51 federaciones, trasladando a 23 secretarios y destinando a 28 a otras actividades partidarias. Para asegurarse un control más directo sobre el partido en las provincias, Serena también se valió de los "inspectores del PNF" (nuevo cargo instaurado por él), con la misión de realizar visitas sin preaviso a las sedes de las federaciones para verificar su estado de organización, de eficiencia y de actividad, dentro del contexto de una política más orgánica tendiente "a disciplinar la organización, a potenciar el frente interno y a ir al encuentro de las necesidades del pueblo".[574] Un análisis de esa política, especialmente en lo que concierne a la actividad ligada al estado de guerra, supera los límites de nuestro tema. De por sí, al realizar un balance de la actividad del secretariado de Serena, el partido hacía una tajante diferencia entre dos sectores: uno directamente vinculado con la contingencia bélica, que involucraba el frente interno y los problemas económicos y sociales; y el otro, "que puede ser definido como institucional, relativo a la actividad, la normalización y la potenciación del organismo motor de las actividades nacionales".[575] Por más distintos que fueran, ambos sectores tenían puntos de interfase, en el sentido de que el partido también se valió de la acción contingente para la guerra en procura de potenciar su posición institucional en el estado. Si bien centraremos nuestra atención en el sector "institucional", también haremos alusión a otras iniciativas de la política de Serena, que se ligan más directamente con el problema del partido y el estado, para examinar de qué modo Serena interpretó y enfrentó dicha problemática, y cuáles fueron las ideas rectoras de su acción en ese terreno.

Para empezar, Serena intentó volver a encauzar la organización bajo el pleno control de la secretaría, reintroduciendo en escena el principio de una rigurosa centralización, convencido de que ese era el mejor método para devolver eficiencia a la maquinaria del partido, y por tanto relanzar su acción en el "frente interno", con iniciativas que deberían mermar el descrédito del PNF ante la opinión pública y movilizar a las masas en res-

paldo del régimen en guerra. Si "descentralización" y "agilización" habían sido el lema político del secretariado de Muti, "coordinación" y "potenciación" fueron la consigna política del secretariado de Serena.

Para relanzar la política del partido, Serena actuó inspirándose en un criterio de *coordinación funcional* que apuntaba a reafirmar el rol preeminente del PNF en el régimen y, por otra parte, a entablar relaciones de más estrecha colaboración entre las distintas organizaciones del PNF, y entre el partido y las demás instituciones del régimen y del gobierno, para involucrarlas en las iniciativas y en la actividad del partido. Así, por primera vez pasaron a formar parte del directorio nacional, por causa de su cargo, los ministros de las corporaciones y de cultura popular y el subsecretario del Interior, mientras que los presidentes de las confederaciones sindicales de trabajadores y empleados, de profesionales y artistas fueron convocados para formar parte del Consejo Nacional del PNF.

El principio de coordinación funcional inspiró también el replanteo interno del partido, con la instauración de nuevos servicios y la renovación de las organizaciones existentes. El 11 de diciembre de 1940 fue instituido el Servizio Terre d'Oltremare, que en lo sucesivo extendió la jurisdicción territorial del PNF desde los territorios de Libia, África Oriental Italiana y las islas del Egeo, hacia Albania, las islas jónicas, Montenegro y Dalmacia. A ese servicio, liderado por Carlo Giglio, historiador y experto en problemas coloniales, se confió la "coordinación de las actividades políticas y organizativas" de las federaciones fascistas fuera de Italia, con especial atención en las actividades asistenciales, inspirándose "en los criterios de defensa del prestigio de raza, de potenciación de las actividades económicas, de colaboración con los organismos gubernamentales locales en la solución de los problemas económicos y sociales más importantes, de desarrollo de instituciones específicas, requeridas por situaciones y necesidades excepcionales".[576] La actividad de esa oficina no se limitaba únicamente al campo asistencial, económico y social, sino que también se ocupaba de los aspectos

estrictamente políticos de la organización del PNF en las colonias. Desde la proyección del Eje triunfante, el partido cultivaba y elaboraba proyectos más ambiciosos, para consolidar su presencia predominante en las colonias y en los nuevos territorios de la futura "comunidad imperial italiana".

La atención y el compromiso mayores de Serena se dirigieron a la organización y a la actividad del partido en Italia, en el "frente interno". Decidido a restituir al PNF una posición de predominio en la vida del régimen, merced a la omnipresencia activa en la sociedad. Serena instituyó, el 6 de junio de 1941, la Repartición de Organización Capilar, con el propósito de "intensificar la actividad en todos los sectores, sobre todo en lo concerniente a la potenciación del frente interno".[577] Tarea de la OC era "perfeccionar la estructura y el funcionamiento de los organismos capilares del partido y de las organizaciones dependientes de este".[578] Por lo tanto, en el seno de cada federación, cada *Fascio di combattimento* y cada grupo barrial debía conformarse una oficina de "organización capilar", en condiciones de "garantizar a las entidades organizativas menores y mínimas una absoluta eficiencia [...] realizando contactos y enlaces cada vez más profundos y continuos con las masas populares". Como buen "staraceano", Serena creía en el "mito de la organización", aunque no llegaba a las formas de culto maníaco típicas de esa corriente, y con optimismo asignaba mucha confianza a las virtudes taumatúrgicas de un comando sólido y centralizado, y de una organización extremadamente ramificada, para un nuevo ascenso en el estado de salud del partido, infundiéndole vitalidad. Serena tenía grandes expectativas en la OC para reanimar la actividad y la propaganda del partido y para sacudir la apatía de la gente respecto de la política y de la vida del PNF. Sin embargo, él concibió esa nueva estructura con la intención de servirse de ella, en el futuro del régimen, para una función aun más importante. De hecho, en el proyecto del secretario general la obra de la organización capilar debería haberse desarrollado en dos etapas. En la primera debía tender a reanimar la actividad de los fascistas, buscando, aun con la seducción del

rango de "jerarca", atraer nuevos elementos activos en los cuadros del partido. Con esa finalidad, Serena convocó a los secretarios a "crear una densa red de colaboración", con la seguridad de que "cuanto más irradiada llegue a ser la colaboración, más intenso y eficaz será la labor organizativa que podrá hacer participar en la actividad política a una cantidad enorme de personas, de otra forma ajenas a la vida del Partido".[579] Mediante la organización capilar, toda la población, como masa y como individuos, quedaría dentro de las mallas del partido, que podría extender su control, su influencia y su intervención a todos los aspectos de la vida individual y colectiva; así, pondría en práctica ese contacto permanente con el pueblo, al que se consideraba fundamental para plasmar el estado totalitario. Pero una función aun más importante se asignaba a la organización capilar en la segunda etapa, esto es, "elegir, seleccionar y preparar a los cuadros":[580]

> Al poder irradiar sus aumentadas posibilidades en un más amplio y profundo campo de sondeos, observación, control y, por sobre todo, contacto, la Organización Capilar debe estar en condiciones de detectar y poner en plena evidencia, según su mérito, todos los elementos que, en posesión de los requisitos indispensables de fe, cultura, entusiasmo y equilibrio, sean dignos y capaces de asumir las funciones directivas –nacionales, provinciales o locales– en los distintos organismos del Régimen y del Partido.
> El Partido debe poder cumplir de la manera más orgánica y concreta esa delicada función, que es elemento de garantía revolucionaria en la continuidad de su permanente acción en la vida del Régimen al servicio del Estado Fascista.
> Como los elementos que viven la vida de los distintos organismos políticos y sindicales son los más aptos, por capacidad e inclinación, para potenciar su acción, cuando en ellos haya garantía de una educación espiritual y política decididamente fascista, es tarea de los dirigentes nacionales y provinciales llevar a cabo, cada cual en su sector, la detección de los idóneos para puestos de mando y de responsabilidad.

Así, la organización capilar llegaba a hacerse cargo, en la estrategia política del secretario del partido, de la función de auténtico vehículo totalitario de "participación" de las masas en la vida del estado totalitario y, a la vez, fungía de centro de observación, formación y selección de los elementos válidos que utilizar en la organización del partido: un reservorio perenne para las nuevas jerarquías. Serena era de la opinión de que con semejante herramienta, que se colocaba a la par de las ya existentes, como los *Fasci femminili*, la GIL y los GUF, el partido podría encarar algunos de los mayores problemas para el futuro del estado totalitario que asediaban al partido: la fascistización de las masas, la educación fascista de las nuevas generaciones y la formación de la clase dirigente fascista. Ocupada en munir al partido de instrumentos adicionales de poder, movilización y control, el nuevo secretariado no descuidó, de todos modos, las estructuras organizativas que ya poseía. Los "cuidados más asiduos" se destinaron "a las nuevas generaciones", intensificando la acción "para formar dirigentes juveniles, a los cuales se atribuye la sumamente seria responsabilidad de la educación política, moral y física de los nuevos ciudadanos".[581] Con ese fin, se valorizaron los *Fasci femminili* tanto como las organizaciones juveniles.

Conforme al criterio de coordinación funcional, para encaminar a escala nacional todas las actividades de los *Fasci femminili*, el 10 de enero de 1941 se constituyó la Consultoría Central, con la que se correspondía una consultoría provincial en las federaciones; además, para propiciar la utilización de los jóvenes fascistas que hubieran adquirido una experiencia directa en el partido, se instituyó el cargo de vicefiduciaria provincial "extraordinaria". Por último, para valorizar la "importancia política de los *Fasci femminili*",[582] Serena quiso utilizar a las mujeres fascistas no solo en el ámbito de la asistencia y de la movilización civil, sino también en sectores de los que hasta entonces esas agrupaciones femeninas habían permanecido excluidas. Así, se estipuló que una representante de los *Fasci femminili* en-

traría a formar parte del Comité Central de Coordinación y Control de Precios (lo mismo sucedía en sendos comités instituidos en las federaciones y en los *Fasci di combattimento*), al igual que las fiduciarias provinciales pasaron a integrar el comité de presidencia de los consejos provinciales de las corporaciones. Se incluyó también a las mujeres fascistas en las escuadras de vigilancia del abastecimiento para el control del mercado, a la vez que se intensificó su actividad asistencial destinada a los combatientes y a sus familias. Para exaltar simbólicamente el aporte de la mujer fascista "a la vida de la nación en armas", el partido instituyó la "distinción al benemérito", que el Duce entregaba a las dirigentes que habían cumplido más de diez años de servicios. Probablemente como consecuencia de esa mayor atención prestada a los *Fasci femminili* se produjo el notable incremento de afiliaciones durante el "año XIX", con un aumento de 456.299 unidades.[583]

El aporte de los *Fasci femminili* fue indispensable para incrementar también la actividad de la GIL, la organización en que más perceptible era la deficiencia de los cuadros indispensables para asistir a los más de ocho millones de la organización. Además, el funcionamiento de la GIL estaba "notablemente impedido" por la falta de normas taxativas para llevar adelante las actividades internas, y para los enlaces con otras instituciones interesadas en la juventud. A la espera de que se adoptara un "reglamento de la GIL" y un Código de la Juventud, en tratamiento por parte del partido para contribuir "a la formación de un instrumento unitario para el posterior desarrollo de la legislación acerca de los jóvenes",[584] Serena empezó por aplicar a la GIL el principio de coordinación funcional fijando, ante todo, un enlace estable con las demás instituciones competentes en los sectores de la educación, la salud y la instrucción premilitar, de modo que se coordinaran los programas y las actividades de la GIL con otras reparticiones involucradas en el ámbito de la educación juvenil. Por lo tanto, se constituyó la Consultoría del Comando General de la GIL, presidida por el secretario del PNF; de ella formaban parte el ministro de Educación Nacio-

nal, el subsecretario del Interior, los subsecretarios de las tres ramas militares, el jefe de estado mayor de la MVSN y una representante de los *Fasci* femeninos. Prueba de los "asiduos cuidados" y de la gran importancia que el secretariado de Serena atribuía a la organización juvenil fue la demanda de un sustancioso aumento del aporte financiero estatal para potenciar sus actividades y su desarrollo, pese a las dificultades en las cuentas nacionales durante la guerra.[585] Por lo demás, los datos acerca de las actividades de la GIL relativos al "año XIX", que más allá de todo registró un aumento de 317.507 inscriptos, demuestran la entidad del compromiso prodigado en pro de esa organización, donde se empleaban para formar a las nuevas generaciones fascistas 33.958 oficiales, 250.000 dirigentes femeninas y masculinos, 417.175 graduados y 450.000 graduadas.[586] Por último, como corroboración de la voluntad del partido de acentuar la función política de la GIL, dentro del marco de la política totalitaria del "Gran Pedagogo" para formar a nuevas generaciones dedicadas por completo al fascismo, recordamos que a ella se confió, por ley número 942 del 17 de agosto de 1941, "la asistencia, la educación y el adiestramiento de los huérfanos de guerra".[587] Con esa finalidad se fundaron dos colegios, donde los huérfanos obtendrían el rango de ayudantes de la GIL, con la posibilidad de que se los tomara entre sus numerarios, como empleados e instructores de planta en los comandos de la GIL, "para representar allí la continuidad del trabajo organizativo".[588]

La mayor atención del secretariado de Serena, en el sector juvenil, se dirigió al GUF, por la especial importancia que la juventud universitaria tenía en el contexto de la política de formación y renovación de las jerarquías. Serena exaltó a los grupos universitarios, considerándolos la cantera de la clase dirigente del estado totalitario. La función política del GUF –explicó a las fiduciarias de las secciones femeninas– "es la de una continua irradiación de elementos capaces de tomar a su cargo responsabilidades en los cuadros de la clase dirigente del Régimen":

> De ese modo, los GUF se sitúan en un nivel totalitario, ya que no concluyen su obra educativa y selectiva dentro de su propia organización, sino que la extienden hacia todos los sectores políticos, económicos, sociales de la nación, al requerir una inclusión cada vez más fresca y adecuada a necesidades siempre renovadas.
> Esa especificación de tareas es fundamental para comprender dos cosas: la primera es que los GUF deben proveerse cada vez de más instrumentos, no en función de una autarquía organizativa sino, antes bien, en la de campo de cultivo de energías que deben aprestarse para todo el Régimen; la segunda es que, por consiguiente, aquellos representan precisamente el alma del Partido, pues este es el esqueleto del Estado, y en este los GUF constituyen el más notable centro de generación de cuadros jerárquicos.[589]

Ya en el ámbito de la realidad contingente, la función inmediata de los GUF era reponer los cuadros partidarios vacantes tras el llamamiento a las armas a los jerarcas.

Serena ganó especialmente el interés de los estudiantes universitarios también para combatir la tendencia, que se mostraba cada vez más extendida entre la mayoría de los jóvenes, a desinteresarse de la vida del partido y a desertar de sus actividades; y a la vez deseaba controlar y contrarrestar la difusión, entre los jóvenes fascistas de mayor compromiso político y severamente críticos de la realidad del régimen, de actitudes y tendencias que podían llevarlos fuera del fascismo. Antes que recurrir a medidas de control censorio o disciplinario, Serena prefirió valerse de medios aptos para reavivar el interés de los jóvenes por la actividad partidaria, accionando sobre su ambición y su deseo de acción, confiándoles mandatos de responsabilidad en las jerarquías, y solicitando su participación con un compromiso más intenso en las actividades culturales de la organización. Por ejemplo, se incorporó a estudiantes universitarios y jóvenes egresados de los cursos de preparación política en el comando de las federaciones, con el nuevo cargo de vicesecretario federal extraordinario.[590] Hacia finales del "año XIX", quedaban den-

tro de "las jerarquías capilares del partido 10.766 Fascistas universitarios y Fascistas universitarias"; pero Serena prometía que pronto se duplicaría esa cantidad.[591] Se tomaron otras medidas para mejorar las actividades asistenciales en pro de los estudiantes, con especial atención a los universitarios combatientes, voluntarios o llamados bajo bandera, y para facilitar el ingreso de los jóvenes diplomados y graduados al mundo del trabajo, mediante convenios con distintos entes e instituciones, en especial con la confederación de trabajadores y empleados, con el fin de encaminarlos a la carrera sindical. De marzo a octubre de 1941, 82 graduados y 54 diplomados, que se habían destacado en las actividades de los GUF o en los *Littoriali*, fueron empleados en los despachos centrales y periféricos de las organizaciones sindicales, mientras que 22 universitarios fascistas, entre graduados y diplomados, fueron tomados "extra-convenciones" por distintos ministerios y entes paraestatales.[592] Más allá de los incentivos a la carrera política o profesional, para movilizar a los jóvenes el partido recurrió también a incentivos de tipo ideológico, no sólo intensificando las actividades culturales, de los *Littoriali* a las actividades teatrales y cinematográficas, sino sobre todo procurando involucrarlos en la elaboración de los temas de la ideología fascista, más atractivos para los jóvenes que interpretaban el fascismo como revolución social antiburguesa, exhortándolos a a "profundizar los motivos prácticos e ideales de nuestra guerra, en el marco de la lucha de Europa por una más alta justicia social, que habrá de conquistarse mediante una radical revolución de la configuración político económica de la sociedad burguesa".[593] Durante una alocución a los directores de los periódicos de los GUF, Serena exhortó a los jóvenes "a discutir con fe intransigente y consciente los problemas políticos y sociales planteados por el constante desarrollo de la Revolución".[594] Los jóvenes tomaron al pie de la letra la exhortación del secretario del partido y la pusieron en práctica con una severidad crítica y una franqueza polémica tan carente de rémoras que desconcertó y alarmó al propio Mussolini.[595]

La política de Serena para con los jóvenes no solo estaba

dictada por la necesidad de volver a poblar los cuadros de la organización; tampoco se agotaba en la búsqueda de recursos para mantener bajo el control del partido a los jóvenes. Se insertaba en un plan general de potenciación del partido, concebido para devolver al PNF también su función de educador de la nueva clase política y de elaborador de la ideología fascista, función que hasta ese entonces, y en especial el partido staraceano, no había ejercido o había cultivado escasamente, descuidando los vínculos con el mundo de la cultura, que Starace había considerado con indiferencia si no precisamente con desprecio, recibiendo a cambio una actitud análoga. Aunque igualmente tuviera recelos por el mundo de los intelectuales, sospechando que ellos nutrían sentimientos afascistas si no estrictamente antifascistas, Serena se mostró, a su modo, muy sensible a la función cultural del partido y al problema de la movilización política de la cultura, con la firme creencia de que el partido era el centro donde se elaboraban los principios, las directivas, las metas y los métodos de acción de la "constante revolución".

En ese sector, el PNF se valía del Instituto Nacional de Cultura Fascista, que había pasado a su dependencia directa en la época de la política staraceana de expansión del partido.[596] Después de la entrada en guerra, también ese instituto sentía los efectos de la convocatoria a las armas, "en máxima parte a pedido" de muchos presidentes y secretarios provinciales, como también de dirigentes de los despachos centrales, de centenares de representantes de subsecciones y de grupos habitacionales, amén de colaboradores de planta.[597] Pese a ello, el INCF, en esa época dirigido por Camillo Pellizzi, procuró intensificar la actividad de propaganda, promoviendo mayores vínculos de colaboración entre política y cultura, obrando como "instrumento directo del Secretario del Partido para coordinar y disciplinar a escala nacional todas las instituciones y actividades culturales y para profundizar y divulgar las idealidades fascistas".[598] Tarea del instituto, según las directivas impartidas por Serena en la reseña efectuada el 3 de enero de 1941 ante los presidentes provinciales, debía ser "velar para que se profundice cada vez más en el

pueblo la cognición de una conciencia nacional y social del Fascismo y la conciencia de la función del partido, organismo de unificación y de propulsión de la vida nacional".[599] La articulación local del INCF se extendió, hasta la instancia del grupo barrial, conforme al modelo de organización capilar, mientras que los presidentes provinciales, en virtud de la coordinación funcional, entraron como integrantes de pleno derecho en los directorios federales. Además, se constituyeron, en colaboración con los *Fasci femminili*, los Grupos Femeninos, "como instrumentos de esencial importancia para el combate en el frente interno".[600] Luego, en cuanto a las formas de implicarse políticamente propias del mundo de la cultura, que debía participar en "una seria y severa indagación y discusión de todos los problemas espirituales que incidieran sobre la civilización del *Littorio* y las suertes de la Comunidad Imperial de Roma", el partido dispuso que se constituyeran los "Grupos Científicos" en el seno de las filiales provinciales del INCF en las sedes universitarias, en colaboración con la escuela, con miras a "promover una más íntima y afanosa colaboración de la alta cultura con los órganos políticos del Régimen".[601] De esos grupos podían formar parte, además de los profesores universitarios, todas las personas competentes en los temas de estudio encarados por el INCF. Con esa iniciativa, que en verdad había surgido en el interior del INCF,[602] el partido quería poner término al "desconocimiento recíproco entre cultura académica y acción política" para concretar, en una sola sede y en aras de un fin común, la colaboración, "es más, la compenetración entre cultura y política".[603]

Los teóricos fascistas consideraban una función esencial del estado totalitario la movilización, en el ámbito de la propaganda, de la cultura.[604] Sin embargo, resultaba más difícil plasmar en la práctica una colaboración efectiva entre cultura y política. Las dificultades surgían dentro del partido, por el diferente modo de concebir cultura y propaganda, disenso sostenido entre Serena y Pellizzi, cuyas relaciones en nada fueron cordiales, con perjuicio para el funcionamiento del INCF.[605] De hecho, Serena tomaba en consideración con sospechoso recelo el modo en

que Pellizzi concebía y dirigía la actividad del INCF en el campo de la educación política, tal como observó el propio Pellizzi en un memorando enviado a comienzos de 1941 al nuevo secretariado del PNF:[606]

> El excmo. Serena temía que, al conferir al Instituto el carácter de organismo "técnico" para esa actividad, se terminara por vaciar al Partido de su función de propaganda. Nunca logré explicarme ese temor [...] Acaso ese temor tuviera origen, en parte, en la supervivencia de la *antigua* concepción de la propaganda, que se resume en cifras de manifestaciones, peroraciones, reuniones del pueblo, etc.; cifras que se compilan tras varios meses y se elevan al Duce, quien muchas veces no tiene otro medio para corroborar el trabajo realizado, y aprueba (o no tanto) sobre la base de dichos datos.

Probablemente Serena temiese que el INCF, al incrementar su actividad como centro de elaboración de la "cultura fascista", pudiera adoptar una importancia muy destacada, disminuyendo la primacía exclusiva que también en ese ámbito tenía el secretariado del PNF.

¿Un nuevo *staracismo*?

El activismo de Serena, tendiente a devolver al Partido Fascista eficiencia, poder y prestigio, preservando una rigurosa centralización, no se limitó a reconfigurar desde el interior la organización y a instituir nuevas estructuras para tornar más articulada y capilar la presencia del PNF en la sociedad. Con la anuencia de Mussolini, Serena hizo asignar al partido nuevas y delicadas tareas, en estrecha conexión con el estado de guerra y con los problemas del frente interno. Entre estos, el más gravoso fue, desde luego, el control de precios y de la disciplina de abastecimiento y racionamiento. Inmediatamente después de su asunción, Serena instituyó en el directorio nacional una co-

misión interministerial, presidida por el secretario general del partido, de la que formaban parte los ministros de finanzas, de las corporaciones, de agricultura y bosques, de comunicaciones, de operaciones comerciales y valores y el subsecretario del interior. La comisión debía examinar "con plena noción del asunto, todos los reflejos políticos de las medidas que promulgar en materia de abastecimiento",[607] con el fin de "coordinar todos los elementos relativos al aprovisionamiento y a la distribución de los productos alimenticios".[608] Más adelante, con el Decreto Ley Real número 742, del 8 de julio de 1942, que asignó al partido el control de los precios, las tareas de la comisión se ampliaron y especificaron aun más, con la institución, en el directorio del PNF, de un comité central de coordinación y control de precios de los productos alimenticios de primera necesidad, presidido por el secretario del partido, con sus análogos comités provinciales afiliados. Esa medida se justificaba con la necesidad de "una política de disciplina y de control de precios más orgánica, en especial en materia de productos alimenticios de primera necesidad".[609] De ese modo, el partido, que ya sufría por falta de cuadros, tuvo que ocuparse, entre otras cosas, de fijar precios, distribuir materias primas a las industrias, organizar escuadras de abastecimiento para controlar los mercados y reprimir la especulación y los fraudes. Tareas de extrema dificultad, pues requerían amplia utilización de elementos competentes y fiables, no fácilmente hallables. Su cumplimiento, además, provocó enfrentamientos y conflictos de competencia entre el partido y los ministerios económicos. El resultado fue que el partido, incapaz de afrontar el aumento ininterrumpido del costo de vida, la escasez de bienes de primera necesidad, la extensión de la especulación y de la corrupción, se volvió el principal blanco del resentimiento de la población, haciendo que precipitara a niveles aun más bajos su crédito. Haber tomado a su cargo esa tarea fue por cierto un "gran error del partido", como lo juzgó Ciano.[610]

Resulta difícil creer que Serena no se diera cuenta de esos riesgos. Él mismo, en una rendición de cuentas ante los secreta-

rios celebrada el 1º de octubre de 1941, hablando del problema de los precios y de los vales de racionamiento, después de puntualizar que el control de precios era un "deber que le había confiado el DUCE", puso en guardia contra el exceso de burocratismo del partido:

> Sin dejar el problema del racionamiento, el Secretario del Partido observa que la política de racionamiento lleva a la multiplicación de los engranajes burocráticos y bajo ningún aspecto el Partido puede suplantar aun más a los organismos competentes. El Partido únicamente debe desarrollar su actividad de control y disciplina de precios, tanto en el centro como en la periferia, mediante equiparación y enlace entre las distintas zonas vigilando que los organismos a cargo cumplan cada cual con su deber. Respecto de dicho control puntualiza que deberá ser de índole moral y política, evitando intervenciones directas, actuando conforme a la Prefectura y a la Jefatura de Policía, sin perjudiciales interferencias.[611]

No obstante ello, los motivos que indujeron a Serena a hacer que el partido se hiciera cargo de esa tarea pueden haber sido varios. Acaso haya influido el recuerdo del éxito de la experiencia análoga realizada por el PNF, bajo su regencia, durante la guerra contra Etiopía. Más probable es que haya influido también la presión de un populismo moralizante, surgido del ambiente del fascismo intransigente y antiburgués, especialmente juvenil, que reclamaba del partido la defensa de las clases menos pudientes y la lucha sin cuartel contra las especulaciones y los enriquecimientos ilícitos. Sin embargo, otro motivo, sobre el que resulta oportuno detenerse, puede detectarse si se tiene presente una nota de diario personal, dedicada por Bottai a la reunión de gabinete en que se decidió esa medida. La presentación de la ley, según nos hace saber Bottai, suscitó una "larga discusión acerca del Partido":

> Grandi se opone cautamente a ella, objetando cuestiones de forma. En verdad, el asunto es otro: una recuperada injeren-

cia del Partido en las áreas de competencia típicas de la acción gubernamental. Starace cayó en desgracia; pero el "staracismo" subsiste. Serena y sus colaboradores son todos, digámoslo así, de su escuela. Y, por añadidura, el staracismo reaparece armado de potestad legislativa atribuida al Partido. Nadie se atreve a hablar claro. Ricci, mayormente interesado, calla. Yo no tengo motivo directo para intervenir en el diálogo; pero, por otras experiencias, sé que se activó ese gravísimo fenómeno de constante interferencia del Partido. Evidentemente, Mussolini permanece remoto de la discusión; y aprueba la iniciativa del Partido: con argumentos banales, aproximativos.[612]

A nuestro criterio, Bottai tenía razón cuando consideraba que el secretario del PNF expresaba una concepción de la política partidaria que iba mucho más allá de la cuestión contingente del control de precios. El rótulo "staracismo", si se entiende como "constante interferencia del Partido" en nombre del primado totalitario del PNF en el régimen, puede utilizarse, desde luego, para comprender la política de Serena, pero con algunas especificaciones necesarias acerca del modo en que él concibió y puso concretamente en práctica la política del partido totalitario.

Muy parco de escritos y discursos, Serena no confió a un texto la formulación de su concepción del partido, sino que esta surge con bastante claridad por intermedio de la actividad concreta de su secretaría, y las iniciativas que esta adoptó con relación al rol del partido en el estado. Por lo demás, tal como ya hemos señalado, durante el secretariado de Serena el partido intervino por primera vez directamente en las discusiones referentes a la definición de su carácter, de sus tareas y de su posición en el estado. De hecho, el secretariado de Serena fue, como nunca, pródigo en declaraciones ideológicas, expresadas sobre todo por intermedio del *Notiziario Settimanale dell'Ufficio Stampa del PNF*, que inició sus publicaciones en marzo de 1941, con una copiosa producción de artículos que comentaban las iniciativas del partido, de las que emergen los elementos esen-

ciales de una muy definida concepción del partido totalitario, cuya réplica en la praxis era una conducta política análoga, determinada a alcanzar sus objetivos. Además, si puede hablarse de un nuevo "staracismo" a propósito de la política de Serena, es preciso puntualizar que fue un "staracismo" políticamente más consciente, menos obsesionado por problemas de estilo y más asediado por la necesidad de munir al partido de herramientas adecuadas, incluidos los instrumentos culturales, ideológicos, jurídicos, para hacer valer la primacía del partido en el régimen y en el estado. La política de Starace para potenciar el partido, con la valorización de sus organizaciones juveniles y femeninas, con la extensión y la multiplicación de sus tareas, aun en ámbitos riesgosos como el control de precios, estaba inspirada en una concepción del partido totalitario, que todavía no consideraba concluida su revolución.

En la ideología del partido de Serena predomina, de hecho, el mito de la "constante revolución", definida como proceso en que inagotablemente se torna concreta la idea fascista, porque momento a momento "se repite el camino histórico de la Revolución: la idea se vuelve praxis, se articula en doctrina, tiende a traducirse en institutos, se levanta contra el mecanismo de las estructuras conservadoras. Idea que es interpretación de la vida y de sus problemas, convencimiento y afán de representar la directiva a la solución mejor".[613] La revolución era "transformación moral, política, social, económica, siempre en práctica, en todo tiempo y lugar", que halla "su propia posibilidad de incesante desarrollo en el partido".[614] Había, entonces, una inescindible unidad entre índole del partido y mito de la "constante revolución", porque el partido era "el organismo creador y continuador de la Revolución". De esa unidad partido-revolución derivaba la visión acerca del rol del partido en el estado:

> El partido es corporación constitucional, espina dorsal del régimen y motor de las actividades nacionales. En cuanto portador de la idea revolucionaria de la cual el estado recibe su

calificación, es artífice de la revolución, no sólo al alimentar su fe, sino al obrar para que se fije, so pena de quedar al margen o en contra de la vida, que no tiene detenciones o soluciones definitivas.

El partido recibe y canaliza las necesidades que paulatinamente van madurando en el espíritu del pueblo cuya expresión aristocrática y jerárquica apunta a ser. Es mediador de la introducción del pueblo como totalidad espiritual en el estado, es el medio institucional que plasma la continuidad entre vida e instituto, la asimilación entre sociedad y estado. La peculiar formación histórica, la sensibilidad y capilaridad suyas lo señalan como el organismo más apto para tal fin. Todo consiste en resolver institucionalmente –en ello radica su novedad y dificultad– por lisis, permítase la expresión médica, aquello que de otro modo se resolvería por crisis. Pero aun por eso el partido debe estar lo menos ligado posible a formas que rápidamente envejecen, lo menos posible instituto, lo menos posible burocracia, sino vida que asciende y se expande, anima. Es protagonista de la insuprimible dialéctica instituto historia-forma vida. Esa es su función y la razón de su autonomía. Se torna elemento indispensable de la dialéctica de una política totalitaria para que esta no caiga en el agotamiento o se aparte del curso de la historia.

Si esa es la función del partido, representar a las masas y a la vanguardia, constituir su ideal, si es la de llevar el estado al pueblo y el pueblo al estado, es estrictamente necesario que el partido se postule en condiciones de participar en los lineamientos de la configuración de la vida colectiva nacional. El reparto de competencias entre partido y estado no puede producirse por materias, como entre los ministerios. Cada materia es, según la doctrina fascista política. En ella, el interés político se detecta, no se excluye. Por eso no sólo lo concerniente a la organización del partido es terreno de su acción, sino que esa se extiende a todas las medidas que por su relevancia constitucional, social y económica interesen de cualquier modo a los fines revolucionarios o la situación política.

Tras atribuirse el carisma de la "constante revolución", el partido de Starace declaraba con decisión, aun entre la cortina verbal del ornato retórico, estar determinado a hacer prevalecer su "voluntad política" en los futuros recintos del orden constitucional del estado fascista, al no considerarse ya, con relación al estado, en una posición de subordinación sino a la par, en una *dualidad de funciones*, en que el estado debía adecuarse al partido, como surge del no casual orden de prioridad planteado en esta declaración:

> El partido es el "instrumento que introduce al pueblo en la vida del estado". De esta definición del Duce se deducen inmediatamente dos consecuencias:
> 1. las finalidades y las funciones del estado siempre deben estar más coordinadas con las finalidades y las funciones del partido;
> 2. el partido debe adherir cada vez más a la vida del pueblo interpretando y encauzando las necesidades de este, y educando su voluntad para tornarla acorde a las necesidades del estado.
> En otras palabras, el partido es el eslabón de conjunción y, como tal, debe estar enganchado de un lado al estado y del otro al pueblo. Ese contacto bilateral es una necesidad sustancial de su naturaleza política y, simultáneamente, es la justificación de su existencia y la condición de posibilidad de su funcionamiento.

De esa concepción descendía, en la práctica, la voluntad de Serena, ya en sus primeros actos como secretario, de afirmar el rol preeminente que correspondía al partido en el régimen y en el estado. De por sí, el criterio de coordinación funcional, si bien por una parte apuntaba a dar orden y eficacia al partido, por la otra apuntaba a volver cada vez más efectivo el rol del PNF como eje en torno al cual debían girar las restantes instituciones del régimen y del estado, haciendo corresponder su acción con la política del partido. El plan político de Serena no pasó, por cierto, inadvertido, especialmente a quienes espera-

ban del nuevo secretario la reanudación de la "constante revolución" y la culminación del edificio totalitario. No bien se formó el flamante directorio del PNF –en el que, como ya se observó, también estaban incluidos ministros y subsecretarios– hubo quien interpretó esa innovación como un cambio preñado de consecuencias para la "evolución constitucional del PNF",[615] porque dichos ministros, hacía notar la revista *Conquiste d'Impero*, "así, se hallan jerárquicamente sometidos a un ente que aún, al menos según algunos, no posee la atribución de organismo constitucional del estado. De ese modo, el partido llega a adquirir una preeminencia jerárquica por sobre ministerios o, al menos, por sobre ciertos ministerios". Por ello la revista, encolumnada a favor de la potenciación del rol del partido, consideraba legítimo afirmar que la posición tradicional del partido "equivalente, según algunos, a los distintos ministerios, y por su propia parte ministerio; según otros no organismo sino sólo ente auxiliar del estado, está por ser abandonada para dar lugar a una figura todavía poco nítida pero indudablemente preponderante de súper-organismo estatal".[616]

Cómo se contruye una "constante revolución"

La revista intuyó correctamente el nuevo rumbo que pretendía seguir Serena para redefinir la posición del partido en el estado. Sin embargo, en esa cuestión el secretario del partido no pretendía contentarse con solemnes declaraciones de principio, dejando después que todo permaneciera inmutado, en la situación de confuso compromiso dentro de la cual se impedía el avance de la "constante revolución". Y tampoco quería, como demostró su conducta, pasar a aumentar el poder del PNF a la manera staraceana, con golpes de anexión llevados a cabo a modo de conclusión de soterradas maniobras, aunque sin poner formalmente en tela de juicio el principio enunciado: la subordinación del partido al estado. Serena consideraba que la época de la subordinación ya había llegado a su ocaso, y que la

"constante revolución" debía retomar su marcha bajo la guía del partido; en un principio, con la resolución de la problemática posición jurídica del PNF:

> ... determinada, ya, la doctrina fascista como surge de la obra y del pensamiento del Duce, pueden considerarse maduras también la definición de la naturaleza del partido en el ámbito jurídico y la estipulación de sus vínculos con el estado. Así, el partido podrá plasmar aun mejor, y con plena autoridad, sus finalidades políticas de artífice de la Revolución y motor del régimen.[617]

Esa declaración fue realizada por el secretario del partido el 10 de enero de 1941, a inaugurar la labor de la comisión asesora del Despacho de Estudios y Legislación del PNF, un nuevo organismo instituido por Serena el 10 de diciembre de 1940. De la existencia de ese despacho, y de su actividad, casi se había perdido todo rastro. Hasta ahora, nada más se sabía, más allá del anuncio oficial y de alguna circular, acerca de su instauración, sus funciones y sus finalidades. En lo que quedó de los archivos del Directorio Nacional del PNF, en el Archivo General del Estado, no se conserva, por cuanto nos consta, documentación alguna que permita reconstruir su actividad. Los únicos elementos de que nos pudimos valer son tomados sobre todo de los pocos documentos, relativos a ese despacho, conservados en el archivo Serena. Sin embargo, es cuestión de elementos suficientes como para evaluar la gran importancia que ese despacho tuvo en la política de Serena, una suerte de "obrador de la revolución", donde se estudiaban, discutían, elaboraban y traducían en propuestas legislativas los lineamientos de la política totalitaria del secretario general del partido para plasmar la "constante revolución":

> Es un instrumento inédito que quiso el partido, para que su acción política pueda realizar también en su aspecto orgánico y técnico esa función de dirección y de control con rela-

> ción a la vida entera del régimen, en que se plasma su propio carácter totalitario.
> La función técnico jurídica del Despacho de Estudios y Legislación está, por ende, destinada a realizar un aporte sumamente vigoroso a la constante renovación de las normas y de los institutos, que la continuidad de la revolución, bajo el impulso del partido, requiere constantemente.[618]

Celoso custodio de las prerrogativas del partido también en el ámbito de la producción ideológica y jurídica de las ideas de la "constante revolución", Serena quiso dotar la secretaría del PNF con una herramienta propia, para poner al partido en condiciones de hacer frente, con competencia e iniciativa autónomas, todas las problemáticas concernientes a la política del régimen y del estado, reafirmando, ante uno y otro, su preeminente función de artífice y motor del estado totalitario. Dicha herramienta fue precisamente ese nuevo despacho, "por cuyo intermedio el partido acentúa su presencia en el estado y su función de elemento motor y animador del régimen".[619] A la cabeza del despacho, situado en dependencia directa del secretario del partido, estaba Guido Mancini, un profesor de filosofía y docente de historia de las doctrinas políticas, anteriormente director del *Dizionario di politica*, designado como inspector del PNF.[620] En ese despacho se instituyó una comisión asesora; y Serena convocó para que formaran parte de ella a juristas, historiadores, economistas, como Biggini, Pietro De Francisci, Costamagna, Panunzio, De Stefani, Petrone, Aristide Carapelle, Raffaelle Giannini, Arturo Rocco y Bruno Biagi, con la misión de respaldar el trabajo cotidiano del despacho con su asesoría. Los miembros de la comisión duraban un año en funciones y podían ser reconfirmados.[621]

Las tareas confiadas al nuevo despacho se referían a todas las funciones y las actividades del partido, tanto en su interior como en sus relaciones con el régimen y con el estado:

> Al Partido, "defensor y continuador de la Revolución", compete primordialmente la tarea de coordinar la acción políti-

ca del Régimen para potenciar constantemente la idea fascista, tanto en la constitución interna del estado como en el ámbito de la comunidad imperial de Roma.
Para hacer realidad un propósito tan indeclinable, tiempo atrás se había advertido la necesidad de crear un Despacho de Estudios y Legislación del PNF, el cual estudiara los problemas atinentes a la Revolución fascista y a sus desarrollos institucionales, y asimismo preservara la coordinación política en el movimiento legislativo de la Nación.[622]

El nuevo edificio debía por sobre todo "hacer realidad una rigurosa unidad de rumbo en la actividad del Partido y de las Organizaciones dependientes, en lo relativo a la legislación y la formulación de estatutos y reglamentos" mediante el "examen orgánico previo de todas las normas que habrán de ser promulgadas y de todas las iniciativas que, en el ámbito legislativo, podrán ser adoptadas por los distintos despachos del partido y de las organizaciones dependientes".[623] De ese modo se pretendía poner orden en la selva de estatutos y reglamentos que se habían acumulado caóticamente a lo largo del hipertrófico crecimiento organizativo del PNF, por efecto de su política de expansión y por la constante creación de nuevas estructuras, que la progresiva expansión de la presencia del partido en la sociedad había vuelto necesaria. Junto con esa obra de orden, el despacho tenía la tarea de hacer un seguimiento constante de la actividad del PNF, de sus reparticiones internas y de las organizaciones dependientes en todo lo tocante a la formulación de los estatutos, de los reglamentos, de las normas constitutivas y de ejecución y cualquier otra medida de carácter institucional u organizativo, para lo que se preveía la promulgación de actas legislativas, reglamentos o disposiciones internas. Por lo demás, en sí la "pluralidad de organismos e instituciones abarcadas o dependientes del partido", con tal extensión de competencias y deberes del partido en los sectores más dispares, y cada vez más superpuestos con los sectores propios del estado, volvían indispensable un centro, por así decir, de control técnico y de aseso-

ría jurídico administrativa, al que deberían remitirse todos los jerarcas y las organizaciones del partido.

La actividad del despacho no se limitaba, sin embargo, a ese trabajo de control y de colaboración de todos los servicios del partido para coordinar sus iniciativas mediante una obra técnica de asesoramiento con relación a estatutos, reglamentos y estipulaciones legales. El despacho también cumplía tareas de elaboración doctrinaria, porque contribuía "a profundizar la conciencia de los desarrollos ideales de la revolución y a determinar la fisonomía del régimen y su evolución histórica en el orden nuevo que las victorias del Eje van concretando en Europa", ateniéndose al método de experimentalismo fascista y a la concepción del estado totalitario como construcción constantemente adecuada a las necesidades de la realidad:

> La praxis política suscita, en recinto teórico, una serie de problemas cuya solución constituye la base de la futura producción legislativa, concebida para concretar, en recinto institucional, la evolución del estado fascista en el ámbito de la comunidad imperial de Roma y en conformidad con el postulado mussoliniano de constante Revolución.[624]

Dicho método era válido especialmente para lo atinente a los vínculos del PNF con las demás instituciones del régimen y del estado. En ese ámbito, las tareas eran aun más delicadas e importantes. Competía al despacho:

1. Coordinar y promover cualquier iniciativa del PNF y de sus organizaciones dependientes para promulgar o modificar leyes, decretos y reglamentos que eran competencia de otros organismos estatales.

2. Coordinar las relaciones institucionales entre el PNF, sus organismos, las organizaciones suyas y dependientes de aquel, entre sí, y con los demás organismos del estado que desenvuelven una actividad normativa.

3. Examinar y promover las propuestas relativas a la promulgación de normas legislativas o reglamentarias: en especial,

aquellas que someter –por iniciativa del secretario del partido, ministro secretario de estado– al gabinete nacional.

Por último, el despacho estaba "a disposición de cualquier requerimiento de parecer en materia legislativa o reglamentaria y para el estudio de los problemas jurídicos concernientes a la revolución fascista y a sus aspectos institucionales". Toda la actividad del despacho, que abarcaba también problemas de política social, económica y educativa del régimen, tendía a "traducir a esquemas de recursos normativos las iniciativas del secretario del partido".[625]

La actividad legislativa se concretó, durante el período entre enero y diciembre de 1941, en la elaboración de 31 medidas, algunas de ellas ya convertidas en leyes del estado, otras aprobadas o en examen por parte de las asambleas legislativas. Y entre esas medidas las más significativas e importantes, para nuestro tema, fueron las que más claramente puntualizaban la posición jurídica del partido en el estado. La primera, y sin duda la más importante por su peso constitucional, fue la elaboración de una disposición legislativa que determinaba las atribuciones del secretario del PNF como secretario de estado. Desde 1937, cuando se confirieron el título y las funciones de ministro al secretario general del PNF, no se había hecho lo necesario para definir las atribuciones que le competían, en calidad de ministro, aunque se había detectado esa laguna varias veces durante el debate acerca de la índole jurídica del Partido Fascista y también, como ya vimos, en las controversias acerca de la problemática de la sucesión del Duce. Por ello el primer compromiso del Despacho de Estudios y Legislación fue colmar esa laguna, con una medida que garantizaba al partido una posición políticamente destacada con respecto a la de los restantes ministerios. Con el Decreto Real número 600, fechado el 27 de junio de 1941, que confirió al secretario del PNF la facultad de proponer resoluciones legislativas y decretos reales, y promulgar decretos ministeriales en lo referente a las tareas, la organización y la actividad del partido y de las organizaciones y entes dependientes de aquel, entró en vigor también el principio de

que todas las medidas legislativas, con prescindencia de quién las promoviera, que –por su alcance político, social y económico– se refirieran a la acción, las funciones y las finalidades del PNF, debían proponerse con el acuerdo del secretario del PNF.[626] Enfatizaba el jefe del Despacho de Estudios y Legislación:

> A nadie puede pasar inadvertida la importancia de esta última norma, pues, dada la amplitud y la complejidad de las funciones institucionales del partido, no hay prácticamente ámbito alguno en que puedan emanarse normas, tales que influyan sensiblemente en la vida de la nación, sin que el partido haya expresado al respecto su punto de vista y prestado su consenso.[627]

Algunos meses después de la aprobación de ese decreto, el gabinete nacional aprobó una serie de resoluciones concernientes al partido, elaboradas por el Despacho de Estudios y Legislación. Uno de esos planes, convertido en ley, la número 1407, el 29 de noviembre de 1941, prescribía la "adhesión previa" (modificada más tarde en el texto de la ley como "consulta previa") para nombramientos, cargos y misiones de interés público y de alcance político.[628] Eso significaba, según puntualizaba el jefe del despacho, que "todas las personas destinadas a ocupar puestos de cierta importancia en la vida del estado, son sometidas a ponderación previa, por parte de los órganos competentes del partido", de modo tal que se asegure "una adecuada y eficaz selección y una oportuna distribución de nombramientos, cargos o misiones, propicia para evitar que se superpongan".[629]

Esa resolución era justificada en nombre de una necesidad de moralización, para realizar "un saneamiento humano y una represión de la acumulación de cargos".[630] En realidad, su principal objetivo era permitir al partido ejercer un control político más amplio e incisivo sobre los nombramientos y misiones públicos, como por ejemplo sobre los nombramientos de los *podestà*, que en épocas anteriores habían sido campo de innumerables disputas entre prefecto y secretario federal, y por en-

de entre secretario del partido y subsecretario del Interior. Probablemente tampoco hayan sido ajenos a la decisión del partido de proponer esa medida algunos casos recientes de conflicto entre secretario federal y prefecto, que dieron a Serena ocasión para reabrir el añejo cúmulo de disputas y hacer valer las razones del partido. Como ya hemos observado, poco después de su asunción, Serena había hecho notar a Mussolini que la desaceleración del accionar del partido durante la gestión de Muti había inducido a los prefectos "a suplantar, en cierto modo, a los secretarios federales, menoscabando sensiblemente su esfera de acción".[631] Nuevos episodios reavivaron el fuego de la contienda. A finales de 1940, el *federale* de Verona denunciaba ante Serena la conducta del prefecto, quien efectuaba los nombramientos de los comisarios de policía sin pedir el parecer de la federación fascista, sosteniendo que "no es preciso el parece previo del secretario federal para el nombramiento, o para las propuestas, para cargos políticos administrativos locales, por ser el prefecto el único y exclusivo reponsable, y por tanto juez, de esos mismos nombramientos".[632] El secretario federal lamentaba, además, que "los recursos a disposición del *Federale* con respecto al Prefecto son relativos. El *Federale,* cuando no quiere aceptar que se desvalorice la acción del Partido escribe, discute, protesta, entra en colisión; pero la situación no cambia. Entretanto, se nombran *podestà* inscritos en el partido en 1933, que con la arraigada fe que los anima descuidan el partido, cuando no le crean dificultades".[633] Pero también en otros sectores, por ejemplo en el ámbito sindical, el partido debía constatar frecuentes casos en que se ignoraba su parecer, como cuando se destituía a dirigentes, que habían sido convocados tras el visto bueno del partido, mientras que debía ser "preciso interpelar al partido para los nombramientos y las destituciones de los cargos sindicales; y por eso está fuera del fascismo cualquier medida adoptada sin haber prestado oído al máximo organismo de la revolución y del régimen".[634] Con la nueva ley, la política de Serena marcaba un nuevo punto en ventaja propia.

Otro proyecto de ley, tendiente a tutelar la dignidad y la autoridad del partido y de sus jerarcas, fue el reconocimiento a todos los jerarcas del rango de oficiales públicos.[635] Esta consistía en una medida que ratificaba por vía legal una situación que la doctrina y la jurisprudencia ya habían admitido con relación a la naturaleza jurídica del partido; eliminaba "las eventuales dudas que pudieren surgir todavía, en la práctica, con respecto a los jerarcas menos elevados",[636] aumentando su prestigio y autoridad, al reconocer la importancia de las distintas funciones públicas "que los propios jerarcas, con espíritu de verdadera abnegación, constantemente desarrollan por el interés general. Así, se otorga a los jerarcas cierta tutela y se reconoce un especial valor jurídico a los actos efectuados por ellos".[637] Esa medida intervenía especialmente en tutela de la acción de los jerarcas encargados del control de los mercados y de la disciplina de provisión alimentaria, tras los enfrentamientos que sus intervenciones habían provocado con las demás fuerzas del orden o con la magistratura. También en ese tipo de medidas tendientes a reforzar jurídicamente la posición del partido quedaba englobado el proyecto de ley, aprobado el 29 de noviembre de 1941, devenido ley número 182 el 29 de enero de 1942, que incluía al secretario federal en las comisiones provinciales para las medidas de policía, como la amonestación y el envío al confinamiento, y a un vicesecretario del PNF en la comisión de apelaciones dentro de la órbita del Ministerio del Interior. "Con ello, se garantiza el enlace necesario entre los organismos de policía y los del partido, con fines políticos", comentaba, ilustrando la medida, el jefe del Despacho de Estudios y Legislación.[638]

El partido de la constante revolución

Todas esas medidas, junto con otras que estaban en preparación en el obrador del Despacho de Estudios, eran concebidas y puestas en práctica según un plan político orgánico, que explícitamente apuntaba "a intensificar la posición del partido

en el estado",[639] y como tales fueron interpretadas por quienes invocaban la intervención del partido para retomar la "constante revolución". Por lo demás, aunque la afirmación recién citada pertenecía a un documento reservado, no hacían falta especiales dotes hermenéuticas para descifrar el significado de las iniciativas que, en un ritmo intenso, y con un activismo que acaso resultara desconcertante por la aparente bonhomía y modestia del secretario del partido, se producían en ese "obrador de la revolución". De hecho, los motivos ideológicos y las finalidades que inspiraban dichas iniciativas eran fácilmente deducibles de las declaraciones semanales del *notiziario* de la Oficina de Prensa del PNF, y además de las ideas en materia de vínculos entre estado y partido, ampliamente expresadas por los componentes de la comisión asesora del Despacho de Estudios –Costamagna, De Stefani, Petrone, Panunzio–, todos convencidos sostenedores de la política totalitaria del PNF en nombre de la "necesidad de coherencia moral para el estado totalitario". Y en efecto, la instauración del despacho y las disposiciones elaboradas por ellos y transformadas en ley, fueron saludadas como el comienzo de una nueva etapa de la revolución cuyo precursor y realizador era el partido, que retomaba la marcha para "abatir los obstáculos subsistentes interpuestos por el viejo mundo contra la concreción integral de la Revolución".[640]

Por otra parte, era natural que la política de Serena impulsara, con sus ideas e iniciativas, un nuevo y fervoroso debate acerca del problema del partido y del estado. "Que después de casi veinte años de acción del Partido *en el* Estado todavía haya que discutir acerca de sus funciones y atribuciones parecerá a muchos, lo sabemos, anacrónico. A muchos, a quienes ya el concepto de una *constante* Revolución, vale decir, que constantemente se evade de los tiempos, los prepara y antecede, es por definición anacrónico", observaba el 15 de junio de 1941 *Critica Fascista*, probablemente con intenciones nada favorables –por más que se profesara igualmente partidaria de la "constante revolución"– al rumbo del secretariado de Serena. Y mediante el debate, que a veces se difuminaba en vaporosas disquisiciones

dialécticas, volvían a poner en circulación los problemas irresueltos del sistema político fascista –los problemas del rol del partido, de la constitución del estado totalitario, del "jefe político", etc.– aun más agravados por lo dramático de la situación en que se hallaban régimen y país por cómo marchaba la guerra. Con la diferencia de que esa vez, como ya vimos, uno de los principales objetos de la controversia, el PNF, tomaba un papel protagónico y arrojaba al debate todo el peso de su poderío, tan aparente como se quiera, pero para los contemporáneos todo lo contrario a inexistente o rebajado a condiciones tales que permitiera un desafío desembozado. Indudablemente para ese entonces resultaba más arduo mantener las discusiones en un nivel de abstracción teórica aparentemente neutral, porque no podía ignorarse cuál era, respecto de todos esos problemas, la interpretación del partido, tampoco los efectos prácticos que esta tenía, dando vida a una legislación que reforzaba la posición del PNF en el régimen y en el estado, a la que por sobre todo se presentaba como inicio de un proceso destinado a tener efectos más profundos y más radicales en la transformación del estado existente. La imponente autoridad del nuevo protagonista del debate inducía a una gran cautela incluso a quienes no compartían la interpretación que el nuevo secretariado daba del concepto de "constante revolución", de la política totalitaria y de las relaciones entre partido y estado. Típico es precisamente el caso de *Critica Fascista*. La revista, comentando la nueva función legislativa atribuida al PNF, con la elusividad típica de las intervenciones de Bottai respecto de las problemáticas cruciales, demostraba poseer una orientación en nada acorde con el "antiestatalismo" del secretariado del PNF, pero cautamente advertía que no se contaba entre los "muchos" a los que podía parecer anacrónica la discusión acerca del partido y acerca de la "constante revolución":

> No es nuestro caso; nosotros consideramos que la continuidad de la Revolución debe expresarse, por sobre todo, en el constante ajuste del Partido a las nuevas necesidades, plan-

teadas por la Revolución en su incesante desarrollo. El Partido *en el* Estado: todos estamos de acuerdo respecto de esa fórmula, de 1922 en adelante, especialmente en las reformas adoptadas a partir de 1926. *En el* Estado; pero el Estado vive y se transforma. Basta con prestar atención al aumento de sus deberes en la esfera social, aun más en la económica o también en la educativa. Surgen nuevos institutos; sindicatos, corporaciones, antiguos, como la escuela, se desarrollan con rumbo a nuevas estructuras y funciones. Por ende, el Partido es *en el* Estado; pero en un Estado que sin tregua se reforma, aun cuando –es más, querríamos decir especialmente cuando– se reforma sin nuevas leyes. Por ello el Partido debe moverse dentro de los límites de ese Estado, moverse con sus leyes, dentro de sus leyes, en la íntima dialéctica de su legislación.

Esa intrincada defensa del primado de la ley del estado, a la que también el partido debía obediencia, incluía una velada oposición a las tesis de quienes, más cercanos a las posiciones del secretariado del PNF, sostenían que no podía refrenarse la función revolucionaria del partido dentro de las redes de la legalidad de un estado en que todavía estaban vigentes institutos y leyes del viejo régimen. En el mismo sentido de la revista de Bottai, pero formuladas más explícitamente, se orientaban las críticas de Camillo Pellizzi al nuevo rumbo del partido:

En sus veinte años de existencia, el Partido Fascista ha oscilado idealmente entre dos concepciones extremas y opuestas: la que tendía a hacer de él una suerte de ente extra- y supraestatal, decidido a inspirar, transformar y guiar el Estado según sus propios espíritus y fines; y la que en cambio quería hacerlo entrar en el Estado, como órgano estatal entre los otros órganos estatales, confiándole más tarde, en desmedro de los restantes órganos o en competencia con ellos, atribuciones ejecutivas cada vez más específicas y extendidas. Tampoco faltó una tercera tendencia, contradictoria de uno y otro programa: vales decir, hacer del Partido una suerte de ministerio, con atribuciones político administrativas específi-

> cas y cada vez más amplias, pero reservando siempre a ese ministerio una función supraministerial, de control y dirigencia política eminente por sobre los demás ministerios.[641]

En consecuencia, Pellizzi hacía seguir la impugnación específica a esas tesis para explicar por qué las consideraba "erróneas e infecundas", proponiendo una visión propia de la función del PNF en el estado, como "partido educador", delineada con el estro dialéctico propio de ese intelectual del fascismo, y por ende no siempre clara, como admitía el propio Pellizzi, advirtiendo que no "se concibe nuestro intelecto sin esa dosis de fantasía y de ausencia de prejuicios indispensable para un pensamiento revolucionario". De todas formas, de aquella surgía una concepción fuertemente polémica con la propia de los partidarios de la primacía del partido revolucionario, por fuera y por encima del estado. Tomando como punto de partida una idea diferente acerca de la política totalitaria y de los métodos para plasmarla, Pellizzi sostenía que el Partido Fascista, inserto en el estado, había dejado de ser "partido" y ya no contaba con una ideología propia, sino únicamente con la función de "educador-representante político del pueblo fascista, es decir, del pueblo entero, que tiene, como estado suyo, el estado fascista". En cuanto tal, el partido "es un órgano, no sólo del estado, *sino del propio gobierno* [...] el órgano que estimula y controla todas las funciones ejecutivas del estado, sin necesariamente tener alguna función ejecutiva propia".[642] Luego, en cuanto al concepto de "constante revolución", invocado para legitimar la primacía del partido, Pellizzi lo aceptaba, pero lo interpretaba de manera idealista, de una forma que, como ya vimos, parecía bastante evanescente, mientras que su blanco polémico era muy claro: "¡No debemos [...] ver al estado como a un fantoche exangüe, y al partido como un pugilista que lo mantiene en perpetua agitación con puñetazos bien asestados! El Fascismo es constante revolución, no constante insurrección".[643] En suma, para Pellizzi no se podía en modo alguno proponer la tesis de una dualidad entre partido y estado, situando al estado en una con-

dición de cuerpo pasivo que continuamente debía ser reanimado por el impulso revolucionario del partido, que, por esa función, pretendía la reputación ideal de superior al estado. Como creyente en el mito del estado, Pellizzi insistía en considerar instrumento estatal el partido, "uno de los primordiales órganos del Estado Fascista", como hubo de decir en alguna oportunidad: pero eso precisamente quería dar a entender que "aun el partido tiene límites y responsabilidades de orden jurídico"; y esos límites "impiden que, para crear un nuevo orden, se empiece o se prosiga con la acción generadora de desorden".[644]

Pellizzi, como por lo demás también Bottai, era un ideólogo del fascismo revolucionario y totalitario, creía en el mito de la "constante revolución", en la función del partido único, en el carácter inagotable del proceso de construcción del estado totalitario; sin embargo, su idea del partido y del estado no se reconocía en la política de la secretaría liderada por Serena. Resulta por completo evidente que sus críticas a las tesis "erróneas e infecundas" atacaban directamente la concepción y la práctica del partido de Serena, de sus colaboradores y de sus seguidores. Probablemente ese haya sido el principal motivo de la actitud de recelosa desconfianza que, acaso no del todo erradamente, el secretario del partido incubaba respecto del presidente del Instituto de Cultura Fascista. Y se comprende por qué la revista *Il Diritto fascista*, dirigida por Petrone, miembro de la comisión asesora del Despacho de Estudios y Legislación, reaccionaba con dureza al reseñar el escrito de Pellizzi: "Es preciso dejar de lado todas esas viejas ideas del partido de que es todo y nada; de ese modo, se lo pone en el Limbo de los Santos Padres entre los seres espiritualmente elevados y que concretamente no tienen verdadera influencia y sustancial relevancia en la vida real del estado".[645]

En realidad, voces críticas como la de Pellizzi fueron escasas durante el secretariado de Serena, mientras que numerosas y rumorosas eran las voces que abiertamente aprobaban el nuevo rumbo del partido, por lo demás autorizadamente respaldado, en el mundo de la alta cultura, y con vigor aun mayor por

las publicaciones en que se expresaba la cultura fascista, encolumnada en respaldo de la primacía del partido y de la "constante revolución". El partido contaba, además, con recursos y argumentos para hacer valer su ideología, traduciéndola en política concreta y vigente en la vida de las instituciones estatales, así como se había provisto de instrumentos para refutar, directa o indirectamente, los argumentos de los críticos y de los teóricos que, más o menos abiertamente, se oponían a sus ambiciones y querían sedar a cualquier costo su zozobra institucional, frenándolo definitivamente en la posición de servidor del estado, para privarlo de cualquier resto de impulso revolucionario antiestatalista. El motivo común que cada vez se afirmaba con insistencia en la prensa y en la propaganda era la reivindicación de la autonomía del partido con respecto al estado en nombre de su esencia y función revolucionaria.

La más orgánica exposición de las razones del partido fue realizada por el jefe de la Oficina de Prensa del PNF, Giovanni Calendoli, en un extenso artículo que podemos considerar una suerte de manifiesto de la ideología del partido totalitario, tal como lo concebía el secretariado de Serena, en cuanto a la definición de la naturaleza jurídica del PNF y de su posición en el estado, un texto tanto más útil porque afronta temas, por ejemplo la problemática del "duce" y la hipótesis de la sucesión, sobre los cuales formalmente el partido observaba un respetuoso silencio.[646]

Haciendo una reseña de las distintas tesis del debate acerca de la naturaleza jurídica del partido y de su posición en el estado, Calendoli juzgó inaceptables, con argumentos jurídicos y con argumentos políticos, las que afirmaban la subordinación del partido como organismo estatal, sosteniendo que de hecho aquel había perdido su naturaleza originaria de auténtico partido, pues su ideología y su ímpetu revolucionarios se habían trasfundido definitivamente y agotado en la construcción del nuevo estado. Por el contrario, alegaba Calendoli, el Partido Fascista, aunque jurídicamente apareciera subordinado al estado, políticamente se hallaba "en los orígenes del estado" y por ende era

"anterior y superior al estado".[647] Más adelante, Calendoli pasaba a examinar los problemas cruciales concernientes a la figura del "duce" y a sus vínculos con el partido, y procuró derribar las tesis que querían insinuar la existencia de una separación institucional entre duce y partido, discurriendo acerca de la diferencia entre el "duce del fascismo" y el "jefe del gobierno", y terminaban por proponer un contraste entre ambas figuras institucionales, privilegiando, en la hipótesis de una sucesión a Mussolini, la prioridad del jefe de gobierno. En cuanto jefe del PNF, el duce era figura institucional; pero también si se deseaba tomar en consideración ese rango en sí como exclusivamente personal, permanecía, de todas formas, la institución del "jefe del PNF", prevista por el estatuto del partido: "En la etapa actual de la Historia del Fascismo, dicho Jefe se denomina Duce y, por no existir una norma explícita al respecto, el interrogante de si ese rango se destina a distinguir solamente al iniciador del movimiento y no también a la serie de Jefes del PNF no puede siquiera plantearse". [648]

Lo que apremiaba a ese autor era reafirmar con fuerza el nexo inescindible entre la figura del "duce" y el partido, del cual el propio Duce hacía derivar su autoridad de jefe. En cambio, dicha derivación era negada por quienes sostenían la tesis de que el duce, en cuanto jefe del PNF, estaba por encima y por fuera de la jerarquía: una tesis, según Calendoli, "contraria al sentido jurídico", porque "el Jefe, precisamente en esa condición, constituye parte integrante y esencial del organismo a cuya cabeza es puesto, a menos que este no sea un mero objeto de su mando", y aun menos aceptable por hallarse en oposición "con los postulados del movimiento fascista del cual el pueblo es concebido como colectividad consciente".[649] El aspecto medular de esa línea argumentativa era –como queda claro– la afirmación de que el partido no era mera herramienta en manos del Duce: en otros términos, no era un partido cuya autoridad derivase del *carisma personal* del Duce, habida cuenta de que era la autoridad del Duce la derivada del *carisma colectivo* del partido en cuanto portador de una misión revolucionaria, custodio

perenne de la Idea. Que ese era el sentido de la tesis de Calendoli, decidido a afirmar la autoridad del partido en cuanto institución fundamental del estado totalitario, independientemente de la transeúnte persona del duce Mussolini, nos parece confirmado por su observación acerca de la índole del juramento de obediencia al Duce, que no debía entenderse "como un deber de obediencia a la persona –según una interpretación que en primer término menguaría el carácter cabalmente político y revolucionario de la disciplina fascista–; sino como un deber de obediencia a Aquel que resume en su poder de mando los valores vigentes de la Revolución para estar a la cabeza de la organización que en sí los custodia permanentemente".[650] Por consiguiente, el fascista no estaba retenido por el deber de obediencia a un hipotético jefe de gobierno que no fuese reconocido por el partido antes que nada como jefe del PNF.

Con ello, se pasaba a indagar el otro problema espinoso, el del vínculo entre jefe del partido y jefe del gobierno. Calendoli hacía propia la tesis de Biggini, insistiendo en que no era posible concebir un jefe del PNF distinto del jefe de gobierno, aunque nada decía la ley con respecto a la relación entre ambas competencias en caso de sucesión. Ambas competencias eran tan estrechamente conexas "que necesariamente debe tomarse la resolución de unirlas institucionalmente en una misma persona" no por "razones de simetría dogmática" sino por "imprescindibles razones funcionales, las cuales en caso de no ser respetadas demolerían por entero el orden constitucional".[651] Y, si bien la ley era defectuosa, al igual que el estatuto del PNF, acerca de los procedimientos que seguir para nombrar al jefe del partido, debía excluirse que dicho cargo fuera consecuencia del cargo de jefe de gobierno, y por tanto fuera, en definitiva, el rey quien nombrase al jefe del partido: de hecho, en ese caso "se llegaría a negar la función política del partido en el estado",[652] función insuprimible porque derivaba del inescindible nexo entre el carácter del Partido Fascista y el mito de "constante revolución", nexo que tornaba inaceptable la tesis de quienes, como Pellizzi, sostenían que el partido, inserto en el estado, había agotado su fun-

ción de partido y ya no tenía una ideología propia que realizar concretándola en la construcción del estado nuevo.

La conclusión a la que arribaba Calendoli es muy elocuente acerca de la concepción del partido por parte de la secretaría general a cargo de Serena: el partido no era un organismo estatal subordinado al estado sino que, aunque estuviera al servicio del estado fascista, conservaba su "autonomía existencial" en el estado, porque "ya la función atribuida a aquel, si bien presupone la existencia de fines coincidentes con los del estado, no solo excluye la disolución del partido en el estado, sino que por el contrario postula como esencial la dualidad partido/estado".[653] Eso significaba reivindicar para el partido el derecho a ejercer, también respecto del estado, su función "en defensa y potenciación de la Revolución fascista". Sobre la base de esa función, era "imposible colocar cepos al Partido", tal como se expresaba un joven fascista.[654]

Los jóvenes, el partido y la moralidad totalitaria

Los sostenedores más entusiastas del nuevo rumbo del PNF fueron precisamente los jóvenes fascistas, entre los que se alzaban concordes voces que pedían una "tercera oleada", intransigente hasta caer en lo despiadado, para retomar la senda de la revolución fascista, como constaba en la publicación de los jóvenes fascistas, que se autodefinía como "quincenal de recuperación moral *(bonifica)* integral":

> Es preciso que la desaceleración repentina de la Marcha no dure siquiera un día más. Fulmínea habrá de ser su reanudación, impetuosa: cueste lo que cueste, caigan los hombres que deban caer, salten por los aires blindajes proteccionistas o sectarios intocables: ya nada importa. La Revolución lo reclama: no debe detenerse marcando el paso [...] O se es revolucionario o se es conservador [...] Hacen falta acciones revolucionarias.[655]

"Acciones revolucionarias" fueron consideradas por los jóvenes todas las iniciativas de la secretaría, desde las medidas políticas hasta el control de precios, que la prensa juvenil recibió con vivaces señales de aprobación, por considerarlas iniciativas animadas por la misma voluntad de moralización intransigente, coherentes con las necesidades de la "constante revolución", con el espíritu del fascismo totalitario, con las urgencias de la lucha antiburocrática y antiburguesa en clima de guerra. Los jóvenes aplaudieron, por ejemplo, la ley acerca del control de precios "cuya absoluta y acuciante necesidad sentíamos para poner fin a una especulación vergonzosa: especialmente inadmisible en una economía de guerra", y exhortaron al partido a tomar otras medidas, para someter toda la producción "a un control riguroso y, casi diría, despiadado".[656] Y "con regocijo" recibieron la instauración de la Organización Capilar, aprobando la acción del partido "que más amamos en la medida en que, como sucede con elocuencia cada vez mayor, se muestre decidido, con plena resolución y con todo el peso de su responsabilidad, a munirse de los instrumentos humanos indispensables para su misión ideal y para su función histórica y política".[657]

La de ellos no era una aprobación dictada por oportunismo o por conformismo, o al menos no solo por esos motivos: por lo demás, la animosidad y la franqueza de las críticas al régimen, el desprejuicio de los comentarios y de los debates acerca de los males del partido demuestran que la aprobación de los jóvenes nacía de una adhesión convencida, tanto cuanto se pretende ingenua y veleitaria, a la política de Serena. Los jóvenes la interpretaban con impetuoso e intransigente radicalismo, que acaso trascendiera las intenciones y convicciones del propio Serena, pero que no obstante ello se desenvolvía en el sentido de esa lógica totalitaria, se inspiraba en la misma fe en el mito de "constante revolución" y orientado a idéntico objetivo de completar el estado totalitario. "Nos encontramos ahora en la vía regia de la Revolución totalitaria: nos encontramos ahora en la etapa más dura y delicada de la Revolución",[658] "en el cua-

drante del mundo dio en el sentido más pleno y positivo la hora de la Revolución. Para nosotros, esta es, entonces, la hora del Partido".[659]

Pese a las críticas que destinaban a muchos aspectos de la realidad del PNF, en los jóvenes fascistas todavía era muy fuerte la fe en el mito del partido como artífice de la revolución y custodio de la idea revolucionaria, tan fuerte, para muchos de ellos, que sobreviviría al derrumbe del mito fascista, hallando en sucesivos mitos revolucionarios y partidos los sitios de culto para su milicia política, vivida como experiencia integral. Los jóvenes fascistas estaban convencidos de que el estado totalitario era la forma estatal de la "nueva civilización":

> ... de todas partes se contempla al régimen totalitario, a un solo partido nacionalista de estado, como a una meta por alcanzar [...] el fascismo podrá universalizarse en la dimensión política, esto es, tornarse realidad constitucional en los demás estados, sólo si en estos llega a hacerse realidad el presupuesto y el instituto esencial del fascismo: el partido único nacional.[660]

Los jóvenes fascistas no desdeñaban los debates teóricos acerca del partido; es más, apreciaban positivamente el nuevo "florecimiento de escritos" que contribuía a clarificar y profundizar el tema doctrinario y jurídico del partido único, "moviéndose bien por entre las aparentes contradicciones que la relación partido-estado implica", porque eso significaba "que cada vez está más madura la conciencia del estado nuevo, creado por la Revolución fascista".[661] Y precisamente entre los jóvenes fascistas se desarrollaron, en especial durante el período del secretariado de Serena, los intentos por elaborar una teoría del partido único, y la definición del totalitarismo fascista, no tanto por necesidades científicas como por la de fijar un modelo en que inspirarse, un criterio de juicio para evaluar las condiciones en que se hallaba la revolución y para señalar las etapas que aquella todavía debía superar. En ese punto hay que situarse para

comprender el entusiasmo con que los jóvenes adhirieron a la política totalitaria del secretariado de Serena, y los motivos por los que, si bien conscientes de la realidad del régimen –es más, acaso justamente por eso–, volvieron a cifrar sus expectativas revolucionarias en el partido.

Los jóvenes no ignoraban los límites del totalitarismo fascista con respecto al totalitarismo nacionalsocialista y al totalitarismo soviético. La evaluación de esos límites en ciertos análisis comenzaba con la constatación realista de que cualquier experimento totalitario debe ajustar cuentas, en su plasmación, con una realidad muy distinta de la teoría. De hecho esta prefiguraba –según observaba un joven fascista– la evolución de la sociedad totalitaria, gobernada por un partido único, como paulatina concreción del imperio de la justicia, donde masas e individuos viven en plena armonía de intereses individuales y colectivos, con espontánea y general adhesión al partido, fiel intérprete de sus necesidades:

> Sin embargo, dicha evolución, que podemos denominar ideal, tiene el demérito de tener en sí la simplicidad lineal de un optimismo común a todas las soluciones teóricas, y por ende se halla muy lejos de estar en conformidad con la dura realidad, que los partidos únicos de los regímenes totalitarios modernos debieron afrontar, cada cual en el ámbito de su propia sociedad nacional.
> Es una solución teórica, porque presupone una sociedad compuesta por individuos idealmente honestos, los cuales, una vez constatada la sabia política social del nuevo régimen, saben tener la fuerza para abandonar los privilegios adquiridos por entre las alternancias de los partidos en el poder y las bien construidas avanzadas de su cínico egoísmo, para colaborar desinteresadamente en la construcción de una fortaleza nacional, hecha de verdadera justicia y de alta civilidad.
> Si la mentalidad de una sociedad pudiera desenvolverse plenamente desde la concepción liberal-individualista de los regímenes pluto-democráticos hacia la concepción totalitaria de los regímenes de partido único, muy vanas habrían sido

> las luchas revolucionarias, sostenidas cronológicamente por el comunismo, por el fascismo y por el nacionalismo.
> Es cierto que esas tres revoluciones encontraron desde un principio la adhesión de gran cantidad de seguidores; sin embargo, también es cierto que fueron, y aún son asediadas por las dañinas fuerzas de una concepción materialista de la vida que, rehuyendo la lucha abierta, se radicó en la caja craneana de los sobrevivientes de una mentalidad amoral y, bajo el signo infiel de las falsas libertades democrático parlamentarias, acciona, anónima, silenciosa y camuflada, saboteando y disgregando.[662]

Contra esas "dañinas fuerzas", las revoluciones totalitarias reaccionaban con distintos métodos: el comunismo "con represiones sanguinarias, deportaciones en masa y clamorosas inquisiciones seudoprocesales"; el fascismo "por orden cronológico saca al ruedo las escuadras de acción, los *Fasci di combattimento* y la organización disciplinaria del PNF"; el nacionalsocialismo "afronta la lucha con medios enérgicos y radicales, sin arribar a compromisos de ninguna calaña y terriblemente sordo a los más altos y estridulos gritos de las subespecies de pietismo constitucional". Con todo, la disyuntiva fundamental, para el joven analista, concernía al resultado de dichas medidas. Al no contar con elementos para evaluar los resultados de la acción comunista, el joven se detenía, lleno de admiración, en el régimen nacionalsocialista, que había "obtenido plenamente su objetivo" porque el Partido Nazi "logró obtener que la casi absoluta totalidad de la sociedad alemana observara, con rigidez y sentimiento, una severa disciplina moral que, sin temor a errar, podemos definir desde ya como factor primordial del actual poderío interno y externo". Por último, pasaba a juzgar los resultados del régimen fascista, y a la pregunta de si el partido único había conseguido "hacer realidad en Italia la severa observancia de una disciplina moral adecuada a nuestra condición de pioneros de la Era Fascista", su respuesta era seca: "La verdad es que en la sociedad italiana el partido único no ha plasmado todavía la *observancia totalitaria* de una rígida disciplina moral".

En muchas intervenciones juveniles, la nota dominante era la exigencia de moralidad, de seriedad, de coherencia entre convicciones y comportamientos, para hacer efectivo el proceso de revolución totalitaria. En la imagen del régimen que se obtiene tras leer las críticas publicadas en la prensa juvenil, se destaca sobre todo esa carencia de rigor moral al practicar la *observancia totalitaria*, por parte del régimen y del partido, que precisamente tenía la misión de impartir la educación política. La *observancia totalitaria* para los jóvenes significaba transformación del carácter y de las costumbres, una suerte de metanoia de la personalidad, de la cual debía extirparse el egoísmo, aun con recursos impiadosos en caso de resistencia, para asentar por medio de la pedagogía colectivista del partido, el sentido de sociabilidad y de solidaridad, las bases morales sobre las que debía erigirse la pirámide de la jerarquía, que el partido renovaría perennemente. Interpretado como régimen del "armónico colectivo",[663] el estado totalitario de los jóvenes fascistas tenía sólo en el partido su artífice, su custodio y su juez, como si el partido, pese a los males que lo aquejaban y que la prensa juvenil no vacilaba en estigmatizar, tuviera en sí un poder taumatúrgico de regeneración, la *virtud revolucionaria* que, en caso de ser rigurosamente ejercida en la política concreta, sin más haría realidad el estado nuevo del "armónico colectivo", tal como había hecho el nacionalsocialismo.

La fascinación por el régimen nacionalsocialista, más allá de cualquier reivindicación de originalidad y de superioridad del régimen fascista, era acaso muy fuerte en el fascismo totalitario y no pocos lo señalaban como modelo, al menos como modelo de *observancia totalitaria*, aunque dieran cuenta de todas las diferencias nacionales e ideológicas, incluida la concepción acerca del estado y del partido. Motivo de esa fascinación era la sensación de *religiosidad* que se traducía en el efectivo sentimiento de vida en común de los militantes nacionalsocialistas, y superaba diferencias de estrato y de clase. Pellizzi, por ejemplo, regresaba colmado de admiración de una visita a uno de los *Ordenburgen* donde se entrenaba a la juventud hitleriana, que él

comparaba con monasterios, "pues el sitio, las construcciones, la disciplina y los hombres te hacen pensar muy a menudo en una nueva forma de convivencia religiosa".[664] Después de vivir un par de días entre "muchachos magníficos", lo que más había impresionado al observador fascista era la experiencia de una auténtica *vida comunitaria*:

> Aquí, como por lo demás en tantos otros aspectos de la vida germana de nuestros días, se tiene antes que nada la sensación de que las divisiones de clase y de extracción ya han sido superadas y casi olvidadas. El hijo de un leñador o de un jardinero se sienta junto al hijo del *Staatsrat* de Berlín; ante ellos se abre la misma posibilidad de carrera; no se presentan disímiles en aspecto ni en comportamiento; y uno puede estar seguro de que tras años de intensa educación recibida en comunas una profunda solidaridad, una franca amistad podrá unirlos y abrazarlos por toda su vida. [...] Habida cuenta de que todos sus docentes son jóvenes, y hacen su misma vida, resulta evidente que en ellos la disciplina rígida va acompañada por un sentimiento de camaradería desenvuelto, articulado, que une a jefes y subordinados, docentes y discípulos.

No es difícil vislumbrar, en las instantáneas de vida nacionalsocialista, el ideal de vida comunitaria del estado totalitario anhelado por los jóvenes fascistas, y que ellos todavía no veían plasmado. Rasgo dominante de ese ideal era precisamente el sentimiento de solidaridad colectiva, fundado sobre un sentido de religiosidad y vivido día a día como práctica de vida comunitaria, donde quedaban superadas las distinciones sociales. Un "sentido completo y armónico de la vida social"[665] debía ser el fundamento moral de la conciencia cívica fascista, que el régimen todavía no había logrado formar en las masas. Ese era otro de los límites del estado totalitario fascista, que estaba purgando el error de haber querido "medir la profundidad de la conciencia crítica de un pueblo con demostraciones espectaculares" que entraban "en el ámbito de una propaganda de poca monta, no de una cabal educación".

El partido de Serena pareció especialmente sensible a esa demanda de "moralidad totalitaria", tal como consta en sus medidas moralizadoras; por ejemplo, la disposición acerca de la prohibición de acumular cargos públicos, las limitaciones al ejercicio profesional de quienes los asumían, las penas impartidas a especuladores y acaparadores. Los jóvenes fascistas recibieron con especial satisfacción las limitaciones impuestas a las actividades de los profesionales investidos de cargos públicos, considerando esa medida una evidencia concreta de la voluntad del partido de "sanear las costumbres políticas", para extirpar "un mal extendido: confundir interés político con interés privado"; es más, los jóvenes incitaban al partido, "visto que estamos en el terreno de una praxis revolucionaria", a extender la prohibición a otras actividades, industriales y comerciales, a las que se sumaban cargos públicos.[666] En ese mismo sentido se interpretó, tal como ya vimos, que se confiara al partido el control de precios, tarea a la cual el propio Serena quiso dar una motivación ideológica, presentándolo como forma de lucha contra el "hombre económico que sabe y quiere actuar siempre apegado a la línea de máximo beneficio económico".[667] En la ideología y en la política del partido se acentuaron los temas de la polémica antiburguesa, como cruzada contra mentalidades, hábitos, convicciones y sentimientos individualistas, en contraposición con la ética de la vida comunitaria. A motivos de "moralidad totalitaria" se adecuaban también los llamamientos contra la deserción interior y a una más activa y consciente participación en la vida colectiva del partido:

> La instigadora de la toma de distancia es siempre la acidia, la indolencia, la miseria moral del individuo. Es falso hablar de "fe" cuando no se pasa a la acción. Hagamos concreta esa palabra que termina por volverse demasiado vaga. Creer significa obrar con desinterés; toda vez que se obra para un interés, se puede portar el distintivo, la cintita, el escudito, pero no se es portador de la fe. La vida individual languidece, entonces, en el aislamiento, permanece encerrada en la mez-

quina visión del limitado entorno propio, desprovista de aliento y de horizontes y sobre todo ligada a las míseras expectativas de una existencia obtusa y material, egoísta y sin ideales.
Quien no tienda, *motu proprio*, al Partido, aunque sea para poner de manifiesto sus propias necesidades, sus propias exigencias legítimas, quien no viva la vida del Partido, renuncia cobardemente a tres cuartas partes de su personalidad que sólo se forma y determina cuando se participa en la vida social y se hace de ella la expresión fundamental de la existencia. Hoy, cuando la nación combate y los mejores caen por la victoria de la idea, ese tipo de ser solitario parece un despojo de humanidad. [...] Quien permanece aparte o ajeno a las actividades del Partido da pena. Como da pena un hombre sin familia o sin patria.[668]

Para hacer funcionar en la práctica el principio de vida comunitaria, el partido proyectaba acentuar la lucha antiburguesa en el ámbito de la educación juvenil, con la introducción, según el modelo alemán, del servicio obligatorio de trabajo en las escuelas, en que ya había pensado el regente Capoferri, como experiencia concreta de vida comunitaria. Para superar la mentalidad burguesa y las divisiones sociales:

En cuanto a las condiciones económicas Italia exhibe poca diferencia entre lo que se da en llamar burguesía, porción medular de la clase dirigente, y las categorías operarias; en cambio, sumamente notoria es la distancia entre burguesía y categorías operarias en lo referente a sus formas de vida y su recíproco conocimiento.
El encuentro de los jóvenes en la escuela, en las columnas de la Juventud Fascista, en el Ejército en tiempo de paz, indudablemente es importante, pero no es tal que genere contactos estrechos y duraderos, incluso porque, más por el peso de la situación que por voluntad de hombres, los hechos contribuyen a mantener, más o menos larvadamente, diferencias de clase.
A ello sigue que, especialmente en algunas regiones popu-

losas de Italia, la distancia entre clases sigue siendo muy ostensible.
También sería superfluo mencionar las consecuencias de carácter social y por ende político y nacional, que derivan de ese estado de cosas.
El Fascismo no puede renunciar a expandir y profundizar sus sistemas de educación, tendientes a poner en práctica cada vez más profundamente un postulado revolucionario suyo esencial, como es el de fortificar la conciencia unitaria del pueblo italiano. [...] Cierto es que si en Alemania, donde las diferencias de clase están prácticamente anuladas, todavía hoy se considera necesario desarrollar una acción en aras de crear en el pueblo una cada vez más estrecha unidad, ya no puede advertirse esa necesidad en Italia, donde las diferencias de clase son muy acentuadas.
El servicio laboral podría representar el medio más simple y seguro para, además de eliminar los no desdeñables restos del pasado, suscitar en los jóvenes el sentimiento concreto y profundo de la unidad del pueblo y de la solidaridad en el trabajo más duro, que requiere constantemente mayor sacrificio.[669]

Probablemente fueran también esos aspectos del secretariado de Serena los que reanimaron la confianza de los jóvenes fascistas en el partido, confianza que se sostenía sobre la convicción de que el partido totalitario era la institución fundamental de estado nuevo. Si los otros experimentos totalitarios parecían estar más avanzados, eso se debía, según los jóvenes fascistas, precisamente a que en los otros regímenes totalitarios el problema de los vínculos entre estado y partido había sido "desde sus orígenes planteado y resuelto en clara ventaja, como era lógico, del Partido".[670]

En la política de Serena los jóvenes fascistas creyeron ver el comienzo de una nueva etapa de la revolución totalitaria. Y para ellos eso quería decir que el partido debía volver a discutir antes que nada su posición en el estado, retomando la iniciativa revolucionaria también en lo tocante al estado, para imponer a

este último, concebido principalmente como aparato burocrático, la coherencia moral de la "observancia totalitaria". El tema antiburocrático, muy recurrente en el debate acerca del partido, sólo involucraba parcialmente una crítica a la elefantiasis burocrática del PNF, mientras que era cada vez más insistente la polémica contra la burocracia estatal vista, con argumentos similares a los de De Stefani, como la peor y más fuerte enemiga de la "constante revolución": juicio que se compartía por completo en el interior del partido, donde se denunciaba abiertamente "el arbitrio y el indiscutido poder que hoy en día tiene la burocracia estatal".[671] Entre las razones aducidas para potenciar el rol del partido en el estado, la principal era precisamente la defensa de la primacía de la política, que sólo el partido podía asegurar con relación a la burocracia. Esta cumplía, desde luego, una función "insuprimible y necesaria, pero mera función administrativa", que sin embargo "se vuelve auténtica subversión del estado, toda vez que merced a la burocracia y el método burocrático se pretenda llevar adelante y agotar la función de mando político", que compete a quien tiene el don de "presentir las metas y plegar la historia a su propia voluntad de poderío y de grandeza":

> Así concebido, el mando no puede ser de la burocracia, sino de la clase política, vale decir del elemento que considere el mando político como sacerdotal misión, como milicia en el más alto sentido del término, clase política que tenga un solo objetivo: la idea revolucionaria, inseparable de la idea de grandeza de la Patria, clase política que sea viva encarnación de aquel mismo mito político que pretende concretar en el terreno histórico y político.
> El Partido, depositario y defensor de la idea revolucionaria, es el elemento político del Estado, justamente porque en aquel se encierra la doctrina que permite toda concreción histórica y constituye la criba de cualquier acción gubernamental, doctrina que es el fermento de la acción revolucionaria [...] Por ende, todo debe hacer referencia al Partido, porque sólo aquel garantiza la existencia de un Estado políti-

co, es decir, humano, porque sólo aquel puede garantizar que la acción de los hombres tenderá a superiores finalidades que justifiquen su existencia.
Por eso todo es posible, a condición de que el Partido sea fuerte y eficiente, por eso el primer deber es obedecer y fortalecer al Partido. Garantía de ello es, de por sí, la doctrina de la Revolución y apoyo moral, las propias palabras del mito vivo de la Revolución.[672]

Según los jóvenes fascistas, la corrupción del estado totalitario debía marcar el pasaje desde el estado burocrático hacia el "estado del pueblo", gracias a la organización del pueblo en el partido único, como sostenía Ugo Indrio, vicedirector de *Roma fascista*, semanario del PNF romano, en un artículo que se ganó los elogios de Serena y del Duce:[673]

Pero un estado popular que no sea comunista y en que se exprese tanto la vida totalitaria como la de los grupos y de los individuos –no oprimiendo, sino ennobleciendo la conciencia personal– necesita de las aristocracias regidoras, producidas por el propio pueblo. En el Partido deben aunarse esas aristocracias, no ordenadas y cerradas en castas, sino en perpetua renovación y confluyentes desde las distintas categorías del pueblo.
La función perenne del partido único en el estado totalitario se comprende plenamente, en su sustancia, sólo si se tiene una clara visión de la selección que aquel realiza en el pueblo y en sus propias filas, para dar al estado los hombres que necesita.
Por consiguiente, el estado ya no se manifiesta, como iniciativa y voluntad, por medio de la burocracia, que es un órgano suyo meramente ejecutivo técnico, especializado; sino por intermedio del partido, que no es un órgano suyo, sino que representa el alma y la voz del pueblo. No sólo en la estructura –que por lo demás siempre es secundaria, como medio a fin– sino en la voluntad misma se hace realidad, merced al partido, el estado popular.[674]

En la discusión acerca del partido, los jóvenes fascistas impulsaron aun más a fondo el ataque contra la burocracia estatal, llegando inclusive a invertir, en las interpretaciones más radicales, sin duda sugestionadas por el experimento nacionalsocialista y por el soviético, el principio de subordinación del partido al estado en nombre de la primacía revolucionaria del PNF, que lo ponía "por encima de la ley",[675] como afirmaba otro artículo de *Roma fascista*. El artículo –que es especialmente significativo para comprender la actitud de los jóvenes para con la política de Serena (quien conservó una copia)– comenzaba con una intensa acusación contra la doctrina jurídica "ligada a la vieja concepción del estado y de la vida social" que había sostenido la subordinación del partido al estado "olvidando que [...] el partido también ejerce sobre el estado una acción determinante y constructiva que, en ciertos aspectos y ciertas funciones, lo sitúa por delante del estado y por encima de él". En realidad, la teoría de la subordinación afirmada por la "doctrina jurídica dominante" apuntaba a negar al partido "el ejercicio de una función de dominio y de asignación de pautas, que podía dar lugar a demasiadas revisiones, a demasiadas reconsideraciones, a demasiados controles; también llevaría demasiado pronto la Revolución al interior del viejo orden en torno al cual se habían cristalizado cómodamente intereses de todo tipo y se había formado un cómodo entorno de 'vida calma'". De esa teoría se valió, luego, la vieja burocracia estatal que, identificándose con el estado, apuntaba a doblegar o inclusive a liquidar el partido, tal como –según ese autor– había intentado hacer durante el secretariado de Muti, "época en que había cobrado difusión la impudicia de despojar de toda función que le es propia al Partido y de cuanto le compete para tornarlo –como decían ciertas revistas en boga, las cuales hoy afirman lo contrario– 'puro espíritu'":

> Sin embargo, el curso de la experiencia exige que se arribe a un estado de cosas tal que impida esos abusos y se imponga, prácticamente y sin tantas discusiones, el principio de que el Partido es el organismo dominante del Régimen al cual, ba-

jo las órdenes del Duce, compete el mando, y no la sumisión, sobre la ley y sobre el engranaje burocrático del Estado.

Para afirmar ese principio la institución del Despacho de Estudios y Legislación abría al partido un "inmenso campo de acción", en el cual antes que nada debían afrontarse los problemas concernientes a la posición del partido con relación al estado, que habían quedado sin resolución o confundidos por obra del "equívoco de la subordinación", para darles solución definitiva:

El problema de la "naturaleza jurídica del Partido" ya no deberá quedar a la merced de las libres elucubraciones de la doctrina, sino que habrá de ser definido y esclarecido *ex lege* de una vez por todas. Ese es el primer paso, el punto de partida que desdichadamente, tras veinte años, todavía no se ha dado. Más adelante llegará el turno de la definición jurídica de los "fines" y de las "tareas" del Partido, para evitar los equívocos tan preciados para aquellos habituados ya a sacar ventaja de los "altibajos", humanamente inevitables, de la suerte de ese supremo organismo político. Más adelante será preciso rever la estructura interna del Partido, los lazos entre sus órganos, de la situación de la *burocracia* (por desgracia, todavía cautelada por una cómoda irresponsabilidad) y cualquier otro problema que todavía vuelve fatigoso el trayecto de la Revolución, para cuyo futuro desarrollo en el nuevo orden europeo son necesarios instrumentales perfectos, fluidez de medios, maquinarias administrativas que respondan con exactitud.
Mussolini halló el Estado y lo reformó; pero el Partido es una *creación* directa suya. Es esta, pues, criatura Suya, que debe imponer al Estado todas las reformas radicales subsiguientes necesarias para que se borre todo rastro del antiguo Estado abúlico e insuficiente, que todavía entorpece la acción y retrasa nuestro avance.

El autor del artículo bosquejaba, en síntesis, un auténtico programa para el accionar del partido con relación al estado.

Por lo demás, la suya no era una posición aislada; por el contrario, se reconoció al autor el mérito de "plantear el problema fundamental de la Revolución".[676] En especial, tenía consenso la afirmación de que, por su índole revolucionaria, el partido debía tener en el estado una posición preeminente también en el aspecto jurídico: "Que el partido deba tomar a su cargo, aun en el planteo jurídico, el rumbo de la Revolución es hoy en día dogma. Especialmente después de las recientes medidas; pero ya no todo consiste en ello, sino antes bien en darle en el estado una posición de tajante superioridad por sobre los ministerios y de absoluta autonomía respecto del Estado", insistía el jefe de redacción del semanario universitario romano.[677]

Era motivo habitual en la prensa y la propaganda de los jóvenes fascistas la exaltación de la primacía revolucionaria del partido y el rechazo por las teorías jurídicas que postulaban el principio de subordinación del partido al estado. Para los jóvenes, la transformación del partido en organismo estatal habría sido el final de su misión revolucionaria. Los jóvenes se rebelaban contra esa tesis, y no solo afirmaban la necesidad de la "autonomía esencial" del partido sino que hasta consideraban que "una acción desarticulada, independiente y a veces diríase también antagónica por parte del Partido, con relación a los organismos estatales y a los innumerables entes públicos, sería muy provechosa, tanto al Partido como a ellos mismos",[678] según afirmaba Indrio, en un estudio acerca del partido único que sintetizaba eficazmente las ideas de los jóvenes respecto del partido, el estado y la revolución totalitaria.

En el origen de los "más penosos esfuerzos" a que obligaba la dificultad de definir en términos jurídicos la índole del PNF por parte de "las teorías de los constitucionalistas", Indrio no percibía más que la intención de lograr liquidar el primado revolucionario del partido único en el estado totalitario, valiéndose de la afirmación de que el Partido Fascista estaba al servicio del estado: "Es muy cierto que el partido se halla al servicio del estado; pero –como puntualiza el Estatuto– es el *fascista*, vale decir, ese estado que el partido quiere y crea; no son otros".[679] Y

en cuanto al estado fascista, entre los jóvenes del partido era unánime la certidumbre de que aquel todavía era un edificio incompleto:

> Por último, al hablar de la función del partido en el estado fascista no olvidemos que el estado fascista todavía no es una construcción completa: todavía deben vivir las corporaciones; hay una reforma escolar en pleno desarrollo; hay una reforma de los códigos casi concluida pero llevada adelante con tibieza en el seno de ciertos institutos (en especial la familia); aún sobrevive el Estatuto albertino de 1848, y recién ahora la *Carta del Lavoro* entró a los Códigos. Todavía queda un largo camino por recorrer, entonces, al partido, para hacer realidad su estado antes de dormir burocráticamente satisfecho en sus brazos, tal como desearían los burócratas de la Revolución.[680]

El problema del Partido Fascista y del estado, planteado en esos términos, nunca habría podido encontrar solución en las viejas teorías constitucionalistas, aunque sí en la "nueva teoría del estado nuevo", para la cual era preciso "concebir y plantear al partido como presupuesto y fundamento del estado".[681] Por ello era necesario proceder concretamente, según ese tipo de ideas, a organizar constitucionalmente el partido, porque aquel "era la piedra basal del sistema autoritario y totalitario del estado"; luego, "nuestro destino depende del partido".[682] La anomalía del sistema político fascista, origen de muchos límites y carencias suyos, dependía, para este autor, precisamente de que durante casi veinte años, mientras el partido se iba expandiendo y potenciando cada vez más, "aumentando día a día sus nexos funcionales y estructurales con el estado", permanecía en una suerte de limbo la definición de su naturaleza constitucional: inclusive "las discusiones entre teóricos –señalaba Indrio– se han ido atenuando; no sabemos si [...] por prudencia o bien por inutilidad de ellas, dada la ausencia de cualquier alusión a la definición del problema por ley. En cambio, hoy la instaura-

ción del Despacho Legislativo del PNF y la posibilidad acaso cercana de una ley constitucional acerca del partido vuelven a encender la discusión".[683] Y habida cuenta esa posibilidad, Indrio pasaba de las consideraciones generales a señalar propuestas específicas para plasmar el planteo constitucional definitivo del partido en el estado sin transformarlo en un organismo burocrático, tomando como punto inicial una reforma del partido para adecuarlo al ejercicio de su función:

a) una reducción de los rangos merced a una depuración con amplia revisión de los afiliados;

b) una reforma del sistema de inscripción de los jóvenes en el partido, sin automatismos, pero sobre la base de requisitos específicos, incluida la instauración de un período de prueba.

El problema de la organización totalitaria, para aquellos que tras esa reforma no eran admitidos en el partido por falta de requisitos podía resolverse si se hacía obligatoria la inscripción a los sindicatos. "Por ende, la asociación profesional es totalitaria y obligatoria; la asociación política es selectiva y voluntaria."[684] Pero sin importar cuáles fueran los mecanismos de la reforma, era necesaria para que "el partido pueda vivir ejerciendo realmente su función de organismo *de la constante revolución*, para la cual es necesario que aquel constituya la *aristocracia dirigente, en un estado popular*".[685]

De la reforma del partido a la reforma del estado

No sabemos si esas propuestas fueron sugeridas al autor por la política del partido o si, viceversa, las propuestas de Indrio, que era amigo de Calendoli, fueron tomadas en consideración por el partido. El hecho es que el secretariado de Serena aprestó un proyecto de reforma del PNF, con miras a promulgar una "carta partidaria", cuyas líneas rectoras respondían a los criterios señalados por Indrio. El Despacho de Estudios y Legislación también se hallaba en plena elaboración de "una reformulación sistemática del Estatuto del Partido que, sobre la base de

las recientes disposiciones normativas, actualice y coordine cada uno de sus artículos, definiendo, asimismo, la posición constitucional del Partido, que cada vez cuenta con presencia más directa en la vida del Estado".[686] El esquema general de esa reforma consta en un apunte autógrafo de Serena:

> Elaboración revolucionaria de la doctrina y de la legislación.
> Misión del Partido. Partido y Estado. Carta orgánica del Partido.
> Designación sindicato político. Defensa de la revolución.
> Control y educación de los hombres.
> Colaboración legislativa.
> Estilo fascista. Ilustrar a los principales institutos.
> Acumulación de cargos. Estudiar e impedir ese fenómeno.[687]

Entre los papeles de Serena también se conserva un borrador de reforma del partido, sin fechar, en que se desarrollan algunos de los puntos antes señalados; sin duda debía servir de base para reformar el estatuto. La importancia de ese documento no reside solo en su contenido sino también en los procedimientos seguidos para llegar a definir el proyecto de reforma. De hecho, ese proyecto se elabora merced a la consulta a los secretarios federales, quienes formularon propuestas tomadas en consideración al aprontar el borrador. En esas propuestas consta la voluntad de llevar a cabo una cabal revolución interna del partido que diera por terminado el partido de masas staraceano, modificando de raíz el vínculo entre el partido y los italianos, eliminando el flagelo de la afiliación por razones de trabajo, y devolviendo a la inscripción en el PNF el carácter de una "adhesión de fe". El motivo fundamental de la reforma era político aun antes que organizativo: hacía falta abandonar, como afirmaba el *Federale* de Turín, "el actual concepto de partido de masas, cuya principal función es administrar, asistir y vigilar a sus propios afiliados y llegar al de minoría dirigente", a un auténtico "nuevo partido".

El proyecto preveía una drástica reducción de inscriptos:

"La masa actual de inscriptos (3.600.000) es enorme para un partido revolucionario, que en cambio debería encarnar una *minoría* audaz, fuerza de tracción". Por eso hacía falta aligerar el partido, antes que nada alejando a los "tibios" y a los "pesos muertos"; vale decir, todos los afiliados que no demostraban fe y compromiso mediante la participación en la vida partidaria. Con esa finalidad, las soluciones propuestas eran:

a) una "depuración gradual e ininterrumpida", que debía golpear sobre "aquellos que a priori no sean dignos de militar en él conforme a las pautas revolucionarias; quienes no renuevan su credencial; quienes no participan en las reuniones del pueblo *(adunate)*; etc.": se revocaría su inscripción y se considerarían como no efectuadas las inscripciones más recientes;

b) "encuadramiento de los fascistas –en una primera etapa solo con fines organizativos– en dos categorías, que por lo demás poseerían idénticos derechos y deberes".

Esa reforma debía presentarse a los italianos con una oportuna propaganda:

> Asentar como premisa que la selección no tiene importancia política sino *sólo valor organizativo.* Afirmar que mientras *políticamente* los fascistas son todos iguales desde otros puntos de vista, esto es, con respecto a edades, posibilidades, de la salud, etc., y por ende se considera oportuno hacer una discriminación por edad, por méritos individuales, por aptitudes, por disponibilidad de tiempo, discriminación que lleva a una diferenciación organizativa entre aquellos que siempre pueden estar a disposición para reuniones del pueblo, etc., y aquellos que en cambio no pueden estarlo: convocar a los mejores fascistas de primer orden o pertenecientes a las *formazioni nere* y a los demás fascistas de segundo orden.

Descartado el criterio del voluntariado, que no habría eliminado el riesgo de que "muchos tibios" fueran inducidos a pedir la inscripción en el primer orden "por temor", se señalaban para esa diferenciación las categorías de fascistas que podían

ser asignados al primer orden, según el criterio que podríamos denominar "fe comprobada": dichas categorías eran los escuadristas, fascistas *antemarcia* [de inscripción previa a la "marcha sobre Roma"] y *sciarpe littorio*; los oficiales de la Milicia [MVSN]; los inscriptos con al menos diez años de pertenencia efectiva al PNF "que hayan dado pruebas de poseer fe fascista, cumpliendo misiones o participando activamente en la vida partidaria"; los legionarios y combatientes "que hayan dado pruebas de pronunciada fe"; y por último, los elementos provenientes de las organizaciones juveniles "que hayan combatido y dado pruebas, ocupando cargos jerárquicos, de haber asimilado el espíritu del escuadrismo". Solo para esos fascistas de primer orden se preveía la obligatoriedad del uniforme y el encuadramiento estrictamente militar. Para los restantes fascistas, automáticamente asignados al segundo orden, únicamente se requería la camisa negra.

Otra innovación de especial importancia y significado, prevista como etapa que seguiría a la división de los fascistas en dos categorías, era "reconocer, con resoluciones legislativas, un carácter político a las organizaciones sindicales y a las distintas asociaciones del Régimen, que por tanto deberían quedar en dependencia del Partido y también deberían responder al Partido respecto de la disciplina política de sus inscriptos". Además, debía fijarse el principio de que la pertenencia a los sindicatos y a las asociaciones reconocidas tenía "el mismo valor que la pertenencia al Partido", en el sentido de que "la credencial de dichas asociaciones equivale también, a los fines de concursos, empleos, etc., a la del Partido" y a la vez hacer que los italianos comprendan "con oportuna propaganda [...] que no es precisamente obligatorio estar inscripto en el Partido, que se puede ser excelente ciudadano y ser fascista si se adhiere únicamente a las organizaciones dependientes del Partido, porque se sirve al Régimen en todas partes". En consecuencia, con relación al pedido de inscripción en el PNF para acceder al empleo público y a otros cargos, se proponía "reafirmar el sistema de sindicato político", mediante la solicitud de la credencial del PNF o del vis-

to bueno explícito del partido sólo para los cargos directivos y para los puestos más elevados, mientras que para los cargos y los empleos menores podía bastar pertenecer a las organizaciones sindicales. Una vez establecidas esas medidas, la disminución habría de producirse mediante "la reducción automática voluntaria de los inscriptos en el segundo orden [...] o con una medida por la cual queden bajo otra autoridad todos los pertenecientes al segundo orden en las organizaciones profesionales y declare en decadencia su membrecía en el PNF". Criterios análogos de reparto debían aplicarse para la introducción en el partido de las nuevas promociones con el *reclutamiento fascista*, sin variar el principio de encuadramiento obligatorio de toda la juventud en la GIL, permitiendo transferir al partido solo a una "exigua minoría: los mejores; los demás se dispersarán por las sendas de la organización sindical y de las distintas organizaciones dependientes".

Respecto de este esbozo de reforma fueron consultados los secretarios federales, quienes hicieron varias propuestas referentes a los criterios a seguir para poner en práctica la reducción de partido sin provocar reacciones negativas entre las masas y, al mismo tiempo, para obtener un partido de minoría seleccionada sin perder el control político sobre las masas. Los *Federali* de Bari y de Milán propusieron reintroducir la diferencia que regía en la época del escuadrismo, que distinguía a los inscriptos en *principi* y *triari*. Pero se descartó esa solución porque, según se objetó, "crearía dos tipos de fascistas, mientras que los fascistas deben estar todos en pie de igualdad política, y sentaría las bases de un estado de aprensión y de alarma". El secretario federal de Turín propuso, en cambio, avanzar gradualmente, en cuatro etapas. Durante la primera, debían anularse los decretos que estipulaban la necesidad de la credencial del PNF para obtener empleos y ascensos, de modo tal que "automáticamente se perdería un fuerte porcentaje de afiliados". En un segundo momento, debía pasarse a la división de los fascistas en dos categorías: "colaboradores" y "camaradas"; "los primeros, elegidos en base al principio racial, de la antigüedad de

su inscripción, de los cargos ocupados, etc.; los otros, representantes de la masa". En la tercera etapa, con una resolución legal, los "colaboradores" pasarían a constituir un "nuevo Partido", mientras que la masa de los "camaradas" quedaría encuadrada en la "Organización Nacional Fascista" abarcativa de todas las organizaciones dependientes del PNF. "El nuevo Partido, así aligerado, constituirá el Estado Mayor de la 'Organización Nacional Fascista' y representará a la aristocracia del Fascismo, a la cual se confiará la dirección política de la Nación". La selección entre ambas categorías se habría producido con "criterios rígidos, para evitar que en el Partido nuevo puedan insinuarse nombres que han llevado a la necesidad de reformar el Partido actual". Por último, durante la cuarta etapa, que debía coincidir con la "plasmación integral del Estado corporativo", se produciría el "encuadramiento en masa de todos los ciudadanos en los sindicatos por categoría que tendrán simultáneamente funciones sindicales y políticas, estarán bajo la dirección y la vigilancia de quienes pertenezcan al nuevo Partido cuya credencial y cuya disciplina sustituirían por completo la credencial y la disciplina del viejo Partido".

Para no turbar los ánimos de los fascistas con una reforma que de todas formas introducía un criterio de discriminación, el secretario federal de Ancona proponía hacerle preceder una proclama solemne –"podría hacerlo el DUCE como reconocimiento a la fe demostrada por el pueblo italiano durante este período de guerra victoriosa"– para puntualizar que el encuadramiento en las organizaciones por categoría "equivale –a los fines morales, sociales y éticos– a una adhesión totalitaria e inequívoca del Partido [*sic!*], para lo cual la credencial de una categoría tiene un valor equivalente a la del Partido, que ya no es indispensable para obtener empleo". En la etapa siguiente, para evitar la impresión de que se quiera discriminar entre los italianos ya inscriptos, el *Federale* de Ancona proponía subdividir a los fascistas en *formazioni nere*, constituidas por los mejores (escuadristas, combatientes, jóvenes de fe, etc.) como "núcleo directivo". Sin embargo, todo ello debía producirse con una pers-

picaz preparación de propaganda "tendiente a evitar que se hable de círculo de elegidos, de mejores, de purísimos, etc., porque entonces se llegaría a crear justamente esa escisión que debe evitarse". También el secretario federal romano insistió en lo oportuno de evitar "discriminaciones en perjuicio de una masa de fascistas que determinarían un estado de malestar moral en todos aquellos que se vieran relegados a una categoría de 'tolerados'". Por lo tanto, él proponía la formación de un rango de "'fidelísimos' a la Revolución Fascista, cuyos integrantes se pretenderían permanentemente movilizados en espíritu y acción al servicio de la causa de la Revolución", diferenciados con un uniforme especial, y todos inscriptos en la MVSN. En cuanto a los jerarcas del partido y de las organizaciones dependientes o controladas por el PNF, estos debían ser repartidos "en grados rígidamente equiparados con distintivos de corte único, sólo diferenciados en el color del fondo: ello llegaría a dar mayor énfasis a la estrecha dependencia respecto del Partido de todas las organizaciones en cuestión". Los grados inferiores de la jerarquía debían permanecer abiertos a todos, mientras que los grados superiores se reservarían a los "fidelísimos"; "de ese modo, no se excluiría en absoluto a nadie del acceso a los puestos directivos, y se tendría la garantía de que sería imposible para aquellos llegar sino tras haber brindado amplias pruebas de fidelidad y capacidad".

Así concebida, la reforma hubiera producido, en caso de haberse puesto en práctica, una transformación radical del PNF, en su cuerpo social, en su función y en su actividad. Liberado del peso de una masa inerte, el partido habría recuperado su impulso revolucionario: "El Partido será, entonces, devuelto a su función de conmutador político del Régimen y será representado por una minoría que en verdad constituirá el Partido-acción, el Partido motor, el Partido vanguardia; la gran masa de los italianos se inscribirá, en cambio, en las asociaciones u organizaciones de carácter profesional, emanación directa del Partido". Así, desaparecería "el peligro de sofocación del Partido consiguiente a la inscripción totalitaria del pueblo italiano".

Es difícil imaginar qué consecuencias podría haber tenido la adopción de una reforma de ese tipo, que quedó en estado de borrador. De haberse puesto en práctica, habría producido una conmoción no solo dentro del partido, entre la masa de los jerarcas y de los subordinados, sino que probablemente también habría tenido repercusiones políticas, sociales y psicológicas sobre la vida de millones de italianos y de italianas, habituados desde muchos años atrás a convivir con un partido que había condicionado por completo su existencia. Al reducir drásticamente la cantidad de afiliados, el partido habría echado extramuros, de todas formas, a una gran masa de italianos, para ponerse al reparo en la cima del estado, como en una plaza fuerte, donde una minoría de elegidos, iluminados e inspirados por el mito de la "constante revolución", habría ejercido, bajo la guía del Jefe, la función suprema de "mando único" sobre vastos territorios de una nueva "comunidad imperial". La reforma habría de cambiar radicalmente el partido, transformándolo de organización de masas en un "Orden", como algunos proponían rebautizar el PNF.

En el plan político del secretariado de Serena, así transformado, el "nuevo partido" habría estado dispuesto a retomar su acción revolucionaria, y habría llevado a término la construcción del edificio totalitario, haciendo realidad una nueva reforma del estado, según los lineamientos de un proyecto que de por sí el partido ya había elaborado. De hecho, entre los papeles de Serena se conserva un documento, titulado "*Lineamenti per una modifica della organizzazione statale*" y fechado en Roma el 8 de abril de 1941, inspirado en tres tipos de considerandos:

> *a)* la necesidad de una mejor coordinación de la acción de los órganos estatales en todos los campos de la actividad nacional, y en especial la necesidad de plasmar en el sector económico el mando único de todas las fuerzas productivas de la nación y de su conglomerado imperial;
> *b)* potenciar la acción del Partido, en cuanto el Partido, por esencia y por sus funciones, es el órgano motor del Estado fascista;

c) liberar al DUCE del asedio de los asuntos de poca monta, de modo tal que ÉL pueda dedicar su tiempo preciosísimo a los problemas mayores.

Sobre la base de esos principios, la transformación proyectada preveía antes que nada una reducción de ministerios, según idéntico principio de coordinación funcional que Serena ya había puesto en vigor en el replanteo del partido, circunstancia que confirmaba la hipótesis de quien, ya en la composición del nuevo directorio, con la inclusión de algunos ministros, había intuido la intención de elevar y situar al secretario del PNF en una posición de superioridad con respecto a los demás ministros.

La reforma preveía además instaurar el Ministerio de Economía Corporativa, con cuatro subsecretarías, una por cada sector de la actividad económica nacional (agricultura, industria, comercio y trabajo); la transformación del Ministerio de Comercio y Finanzas en Comisariado de Intercambios y Acuerdos Comerciales, dependiente del subsecretario de Comercio; la abolición del Ministerio de las Corporaciones: sus despachos se transformarían en secretarías autónomas de las corporaciones, mientras que las organizaciones sindicales corporativas habrían seguido funcionando como en las épocas anteriores. Siempre en el sector económico, la reforma preveía la obligatoriedad de la consulta con el Ministerio de Economía Corporativa por parte de los ministerios de Finanzas, de Comunicaciones y de Obras Públicas, "de modo que la dirección de la actividad económica de la nación entera obedezca efectivamente al inderogable criterio de unitariedad". La obligación de la consulta valía también para el Ministerio de África Italiana, en lo atinente a las medidas en materia económica dentro de las zonas "del conglomerado imperial italiano". Por último, la reforma preveía la creación de un Ministerio de Asuntos Militares, para coordinar la actividad de las tres subsecretarías de Ejército, Marina y Aeronáutica.

Con todo, las modificaciones y las innovaciones más importantes concernían a la posición del PNF en el estado, y se pre-

sentaban en el proyecto con un tono que suena como el imperioso decreto de un próximo vencedor:

> Tras tomar en consideración la función y los deberes del Partido en la vida de la nación, los asuntos internos y la cultura popular deben pasar a dependencias del Partido, el cual debe proveer a transformar la policía en un organismo que responda a las necesidades del Estado fascista.
> De dicho vínculo que llega a entablarse entre el Partido y el Ministerio del Interior deriva la necesidad de que también en la periferia cada provincia tenga un solo Jefe, que debería ser el Comisario fascista asistido por dos vicecomisarios: uno para la parte administrativa (actual Prefecto) y el otro para el Partido (actual Secretario Federal). Así, la unificación del centro puede realizarse con gran beneficio de la organización político administrativa de la provincia en la periferia.
> El Partido debería crear para cada rama de la actividad nacional un vicesecretario (equiparado a subsecretario de Estado), de modo que cada uno de ellos pueda dedicarse activamente al estudio de los asuntos tocantes al sector de su competencia.
> Como el Partido representa al pueblo italiano en su totalidad y es el órgano político que pone en acto por intermedio del Estado fascista los principios de la Revolución mussoliniana, resulta evidente que el secretario general del Partido llega a asumir figura y funciones específicas que lo sitúan, con relación a los otros jerarcas del Régimen, en un nivel más elevado.

La plasmación de la reforma del estado proyectada por el partido habría coronado veinte años de esfuerzos pacientes y tenaces, con el triunfo, en estilo sublime, de la "política expansionista" del PNF, sancionando en la dimensión constitucional las mayores ambiciones de su voluntad de poderío. De hecho, las innovaciones habrían modificado sustancialmente el estado de ese entonces, para afirmar política y constitucionalmente el rol central y predominante del PNF con respecto a los demás

ministerios, confiriéndole nuevos y fundamentales poderes en la sociedad y en el estado.

Aun en sus líneas descarnadas, el proyecto de reforma del estado elaborado por el partido es un documento de notable importancia: demuestra no sólo que las múltiples iniciativas de la secretaría a cargo de Serena se concebían y realizaban según una planificación política totalitaria integral, sino que muestra de modo inequívoco que las declaraciones ideológicas más o menos oficiales acerca de la "constante revolución" y la primacía revolucionaria del partido, las cuales se hicieron más densas durante el secretariado de Serena, no eran declamaciones de retórica hueca, sino que representaban fácticamente la decidida voluntad del partido de llevar a término el edificio del estado totalitario con un proyecto de transformación que, sobre "cimientos y portantes del nuevo edificio estatal revolucionario" tendía a "perfeccionar el sistema central, si bien dejaba sin cambios las líneas fundamentales del estado". En realidad, la reforma habría otorgado definitivamente al partido el reconocimiento constitucional de su superioridad, y de ese modo lo habría predispuesto a colectar, en el futuro, la herencia del Duce, el poder de "mando único". En una imaginaria carta constitucional del estado nuevo, concretada según el proyecto del partido, acaso hubiéramos leído, incluido en alguno de los primeros artículos, que "el Partido Fascista, heredero del DUCE, es el intérprete y guía de la constante Revolución. El Estado está al servicio del PNF para poner en acto los ideales de la Revolución fascista".

El plan de reforma proyectado por Serena no se desarrolló ni plasmó porque a poco más de un año de su nombramiento como secretario del partido se abatió sobre él, de improviso, tal como había sucedido con sus predecesores, el "golpe de rayo"[688] del Duce, que del modo acostumbrado truncaba un vínculo de colaboración que juzgaba decepcionante.[689] Por cuanto es dable intuir a partir de varios testimonios, la actitud de Serena como secretario del PNF no se correspondía con la idea que el Duce tenía acerca de esa figura. Al elegirlo, Mussolini había pen-

sado que Serena no habría sido más que un pasivo ejecutor de órdenes. En cambio, el secretario reveló, en sus relaciones con el Duce y en su administración partidaria, cierto espíritu de autonomía crítica, que el Duce no toleraba en sus jerarcas; Serena –recuerda Tullio Cianetti– "poseía, si no otra cosa, la virtud de hablarle con sinceridad y con la sensatez de los nacidos en los Abruzzi".[690] Además, Serena había demostrado ser poseedor de una pronunciada "percepción del partido", y contar con una concepción propia del rol que el partido debía cumplir en el estado fascista, que no contemporizaba con la del Duce. Eso lo llevó a invadir los territorios propios del estado, las áreas de competencia de otros ministerios, provocando, erradamente o no, la hostilidad de los demás miembros del gobierno y de los poderosos del régimen. No fueron infrecuentes las ocasiones en que chocaron el secretario genertal del partido y otros ministros, como sucedió varias veces con Dino Grandi, para ese entonces ministro de Gracia y Justicia,[691] y sobre todo con Buffarini Guidi, subsecretario del Interior, especialmente tenaz al minar la posición de Serena, dejándolo en falso bajo la mirada del Duce. Todo eso llevó a la pronta, imprevista conclusión del secretariado de Serena, a continuación de un violento altercado entre Serena y Tassinari, ministro de Agricultura, causado por la problemática del control de precios y la disciplina de abasto y racionamiento, altercado que tuvo lugar ante la presencia de Mussolini y continuó más tarde, según parece hasta el enfrentamiento físico, en la antesala del estudio del Duce. Mussolini decidió destituir a ambos ministros. Después de desacreditar de modo ostentoso al secretario del partido, negándose durante algunos días a concederle audiencia, tal como era práctica cotidiana, el 26 de diciembre de 1941 el Duce reemplazó a Serena, nombrando como secretario del PNF a Aldo Vidussoni, un joven, y casi desconocido, jerarca de 27 años.[692]

En realidad, el altercado entre Serena y Tassinari sólo fue el motivo ocasional de la cesación de su secretariado. A partir de varios testimonios, consta que el secretario del Interior fue el principal artífice de la liquidación política de Serena, quien

a su vez consideraba a Buffarini Guidi "el enemigo número uno del Régimen".[693] Al comentar el conflicto entre Serena y Tassinari, Ciano –por su parte también en las antípodas de una actitud favorable al secretario del partido– agregaba: "Parece que el Duce está por bajar el pulgar en el asunto de Serena, instigado por Buffarini, quien como siempre trabaja en las sombras. Es una víbora".[694] Y el día siguiente a la destitución de Serena, Bottai anotaba: "*Il Guido* [Buffarini Guidi], socarrón, sonríe entre los pliegues de su acidoúrica papada: despacharon a su enemigo mortal".[695]

Pero más allá de las intrigas del subsecretario del Interior, otros fueron los motivos que indujeron al Duce a decretar repentinamente el final del secretariado de Serena, asestando otro duro golpe al prestigio y a la estabilidad del PNF, mientras se agravaba la crisis general del régimen y crecía rápidamente la desconfianza de las masas hacia el propio Duce. Parece que este último había pensado desde octubre en suplantar a Serena.[696] Según lo que refiere un hagiógrafo del Duce, Mussolini no estaría satisfecho con la gestión de Serena, que reputaba "mediocre administración".[697] Es cuanto menos un juicio sorprendente, si tomamos en consideración la importancia de las iniciativas puestas en marcha por la secretaría de Serena, que, siquiera en sus ambiciones y efectos previsibles –especialmente en materia de reforma del PNF y del estado–, iban mucho más allá de la "mediocre administración", y que sin duda no podían ser ignoradas por el jefe del PNF. La auténtica motivación de la liquidación de Serena es la que el propio Duce dio a Bottai, y puede resumir como epígrafe de cierre, la trayectoria del no resuelto dualismo entre partido y estado en el régimen fascista: "Serena tomó un mal camino, llevando al Partido a enfrentamientos constantes con los organismos del Gobierno".[698]

Apéndice

Documentos

PNF
Despacho de Estudios y Legislación. Informe

Al partido, "defensor y continuador de la Revolución", compete de modo preeminente la tarea de coordinar la acción política del Régimen para potenciar constantemente la idea fascista, tanto en la constitución interna del estado como en el ámbito de la comunidad imperial de Roma.

Para hacer realidad tal impostergable fin desde hace tiempo se había advertido la necesidad de crear un Despacho de Estudios y Legislación del PNF, que estudiase los problemas atinentes a la Revolución Fascista y a sus desarrollos institucionales, amén de mantener la coordinación política en el movimiento legislativo de la Nación.

Para demostrar dicha necesidad sería suficiente tomar en consideración que por Decreto Ley Real núm. 4, datado el 11 de enero de 1937/XV, que otorgó al Secretario del Partido el título y las funciones de Ministro Secretario de Estado, hasta 1941/XIX todavía no se había actuado para determinar las atribuciones del Secretario del PNF en su condición de Ministro Secretario de Estado y que, en cuanto se refiere a las Jerarquías provinciales del Partido, la falta de disposiciones específicas que reglamentaran la competencia específica de los Secretarios Federales posibilitó que se les sustrajeran algunas de las importantes funciones por las que velaban, como las de presidir las oficinas dadoras de empleo, la asistencia y el comité intersindical.

Por lo tanto, con Carta de disposiciones núm. 20 del 11 de diciembre de 1940/XIX se instituyó, en dependencia directa del Secretario del PNF, el Despacho de Estudios y Legislación del Partido.

Dicho Despacho, en su primer año de vida, desarrolló una compleja actividad en dos campos: legislación y estudios.

En lo atinente a la actividad legislativa, el Despacho preparó 31 disposiciones, de las cuales algunas ya son leyes del Estado y otras fueron aprobadas o se hallan en examen de las asambleas legislativas.

Tales disposiciones pueden separarse en cuatro categorías:

1. *Medidas tendientes a reforzar la posición del Partido en el Estado:*

a) Decreto Real núm. 600, del 27/6/1941 XIX, acerca de las atribuciones del Secretario General del PNF como Ministro Secretario de Estado. Esa medida, de especial relevancia desde el punto de vista constitucional, ha establecido en el ínterin que la facultad del Secretario del PNF de proponer resoluciones normativas se refiere a las tareas, a la organización y a la actividad del Partido Nacional Fascista y de las organizaciones y entes dependientes; también ha puesto en vigor el principio de que, con prescindencia de quién las promueva, todas las medidas legislativas que por su alcance político, social y económica se refieran a la acción, las finalidades y las funciones del Partido deben proponerse con el acuerdo del Secretario del PNF.

Para nadie puede pasar inadvertida la importancia de esta última norma, pues, dada la amplitud y la complejidad de las funciones institucionales del Partido, prácticamente no hay campo en que puedan emanarse normas que influyan sensiblemente sobre la vida de la Nación sin que el Partido mismo haya expresado al respecto su punto de vista y su consenso;

b) ley que prescribe la consulta previa al PNF para nombramientos, cargos y misiones de interés público o de alcance político. Con esa medida, todas las personas destinadas a ocupar puestos de cierta importancia en la vida del estado, son sometidas a ponderación previa, por parte de los órganos competentes del partido, tal que asegure una adecuada y eficaz selección y una oportuna distribución de nombramientos, cargos o misiones, propicia para evitar que se superpongan;

c) ley que reconoce a los Jerarcas del PNF el rango de oficiales públicos. Con esa medida se otorga el debido énfasis a la importancia de las funciones públicas que los propios Jerarcas, con espíritu de verdadera abnegación, constantemente desarrollan en interés general. Así, se otorga a los Jerarcas una especial tutela y se les reconoce un especial valor jurídico a los actos por ellos realizados;

d) borrador de ley que incluye al Secretario Federal entre los componentes de la Comisión Provincial de Amonestación y Asignación de Confinamiento y asimismo estipula la intervención de un vicesecretario del PNF en el Comité de Apelación de Asignación de Confinamiento. Con ello se garantiza el necesario enlace entre los organismos de Policía y los del Partido, con fines políticos.

2. *Medidas en materia económica:*

a) Decreto Ley Real núm. 742, del 8 de julio de 1941 XIX, que estableció la eficacia vinculante de los precios fijados por la autoridad pública en materia de productos alimenticios de primera necesidad.

b) Distintas propuestas realizadas al Ministerio de Gracia y Justicia en materia de sanciones penales para la no observancia de las normas referidas al abasto y racionamiento. Por una parte, se solicita la máxima severidad al penar los delitos *per se*, por la otra también se hizo presente la urgencia de proveer a los adquirentes de mercancías a precio superior al fijado por la autoridad las sanciones actualmente previstas únicamente para los vendedores, en aras de reprimir mejor lo que se da en llamar mercado negro; y evitar que las categorías más pudientes saquen ventaja de sus mayores recursos financieros en perjuicio de las categorías desposeídas.

3. *Disposiciones de carácter social:*

a) ley que regula la posición de los representantes del Estado y de los demás entes públicos en sociedades, institutos o establecimientos fabriles. Con dicha medida se creó el nuevo instituto jurídico del "delegado gubernamental" que, en el ámbito de los entes en que representa y tutela los intereses del Estado, tiene una posición de preeminencia por sobre los demás órganos y que al no ser remunerado presenta las máximas garantías de desinterés y objetividad;

b) ley núm. 942, del 17 de agosto de 1941 XIX, que confiere a la Juventud Italiana del Lictorio la asistencia, la educación y el adiestramiento de los huérfanos de guerra. Con ello, el Partido tomó a su cargo –por medio de la GIL– tanto la asistencia material de aquellos que dieron su vida por la Patria, como su formación espiritual y profesional;

c) las normas que fueron objeto de los *Fogli di disposizioni* núm. 101 y 121 del año XIX, que determinan limitaciones al ejercicio profesional por parte de aquellos que, por asumir cargos políticos de gran relevancia, llegan a encontrarse en una situación de incompatibilidad funcional con respecto al desarrollo de actividades en causas, controversias y prácticas que conlleven posiciones enfrentadas a los motivos ético políticos del Régimen y a las finalidades del Estado fascista;

d) plan de ley que instituye el Ente Nacional Fascista de previsión y asistencia para empleados estatales. Base de esa medida fue la asignación por parte del Estado de un subsidio de 200 millones de li-

ras para asistencia médica gratuita a los empleados del Estado y a sus familias. Se unifican las distintas formas de asistencia y previsión al situarlas bajo control directo de las asociaciones dependientes del partido;

e) amén de ello, siempre en el campo social, constante ha sido la obra desarrollada por el Despacho de Estudios y Legislación en las administraciones estatales en la elaboración de disposiciones tocantes al tratamiento económico de las familias de soldados bajo bandera, asignaciones familiares, asistencia a los repatriados desde el África Italiana y desde el exterior, etcétera.

4. *Medidas que atañen al orden partidario y de las asociaciones dependientes:*

a) Decreto Ley Real núm. 69, del 17 de febrero de 1941 XIX, con modificaciones al Estatuto del PNF;

b) ley núm. 85, del 17 de febrero de 1941 XIX, que introdujo reformas a la composición del Consejo Nacional del PNF, convocando para formar parte de él a los presidentes de las Confederaciones fascistas, a los Fiduciarios nacionales de las Asociaciones fascistas y al presidente de la Asociación fascista entre las familias de los caídos, mutilados y heridos por la Revolución;

c) plan de ley tendiente a determinar las tareas institucionales del Comité Olímpico Italiano y a reglamentar su estructura, actividad y facultades;

d) normas concernientes a la revisión de la estructura y funcionamiento del Instituto de Cultura Fascista.

Debe hacerse constar que el Despacho de Estudios y Legislación sometió a examen todas las medidas que se hicieron llegar al Gabinete Nacional, realizando mediante observaciones y propuestas un notable aporte a la actividad legislativa general.

En el ámbito de los estudios se afrontaron problemas de carácter político-social que incidían sobre el desarrollo de la Revolución y sobre la expansión internacional del Fascismo.

Fueron efectuados estudios relativos a la Dalmacia redimida y a los territorios anexados u ocupados por nuestras Fuerzas Armadas.

De gran alcance social son los trabajos realizados, por orden del Secretario del PNF, por la comisión de estudio de los problemas de la montaña, tendientes a entablar una colaboración del Partido con los órganos competentes del Estado en la elaboración de disposiciones ten-

dientes a poner en valor las zonas montañosas y a mejorar las condiciones de vida de los montañeses.

Además, está en pleno estudio la formación de un Código de la Juventud, que constituirá un aporte sumamente notable a la formación de un instrumento unitario para el posterior desarrollo de la legislación acerca de los jóvenes y una indagación original, incluso al comparársela con los estudios similares de otros países.

Por último, se halla en estudio una reelaboración sistemática del Estatuto del Partido que, sobre la base de las recientes disposiciones normativas, actualice y coordine cada uno de sus artículos, definiendo, asimismo, la posición constitucional del Partido, que cada vez cuenta con presencia más directa en la vida del Estado.

Reforma del Partido

La masa actual de inscriptos (3.600.000) es enorme para un partido revolucionario, que en cambio debería encarnar una *minoría* audaz, fuerza de tracción.

El aligeramiento del partido y, por consiguiente, el alejamiento de los "tibios", de los "pesos muertos" podría efectuarse con dos procedimientos que, por lo demás, podrían aplicarse simultáneamente:

a) depuración gradual e ininterrumpida, basada sobre el principio de "esperar emboscados a la gente": esto es, alejar de los cuadros a aquellos que no sean plenamente dignos de militar en él conforme a las pautas revolucionarias; quienes no renuevan su credencial; quienes no participan en las reuniones del pueblo *(adunate)*; etc.: dicho procedimiento podría tener lugar con la tramitación de una "revocatoria de inscripción" e "inscripción reputada inexistente" para aquellos que ingresaron en épocas recientes al Partido;

b) encuadramiento de los fascistas –en una primera etapa sólo con fines organizativos– en dos categorías, que por lo demás poseerían idénticos derechos y deberes.

¿De qué manera efectuar ese encuadramiento y el consecuente reparto?

Ha de descartarse la idea presentada por algunos secretarios federales (Costantino de Bari) y parcialmente compartida por otros (Ippolito de Milán): volver a lo antiguo y subdividir a los inscritos en *principi* y *triari* porque crearía dos tipos de fascistas, mientras que los fascistas deben estar todos en pie de igualdad política, y sentaría las bases de un estado de aprensión y de alarma.

A la necesaria selección podría arribarse, en cambio, del siguiente modo y en las siguientes etapas:

1. Asentar como premisa que la selección no tiene importancia política sino *sólo valor organizativo.* Afirmar que mientras *políticamente* los fascistas son todos iguales desde otros puntos de vista, esto es, con respecto a edades, posibilidades, de la salud, etc., y por ende se consi-

dera oportuno hacer una discriminación por edad, por méritos individuales, por aptitudes, por disponibilidad de tiempo, discriminación que lleva a una diferenciación organizativa entre aquellos que siempre pueden estar a disposición para reuniones del pueblo, etc., y aquellos que en cambio no pueden estarlo: convocar a los mejores fascistas de primer orden o pertenecientes a las *formazioni nere* y a los demás fascistas de segundo orden.

Al efectuar esa distinción no basarse sobre el criterio del voluntariado, peligroso en muchos aspectos, porque podría inducir a muchos tibios a solicitar la asignación al primer orden únicamente por temor.

Como norma general podrían adscribirse al primer orden:

a) los escuadristas, los fascistas *antemarcia* y los *sciarpe Littorio*;

b) los oficiales de la Milicia;

c) aquellos que tengan al menos 10 años de pertenencia efectiva al PNF y hayan dado pruebas de poseer fe fascista, cumpliendo misiones o participando activamente en la vida partidaria;

d) legionarios y combatientes que hayan dado pruebas de pronunciada fe;

e) elementos provenientes de las organizaciones juveniles que hayan combatido y dado pruebas, ocupando cargos jerárquicos, de haber asimilado el espíritu del escuadrismo.

Los restantes afiliados al Partido actual deberían ser adscriptos automáticamente al segundo orden.

Para los fascistas de primer orden se tornaría obligatorio el uniforme, se establecería el encuadramiento estrictamente militar, etc., mientras que para los demás únicamente se requeriría la camisa negra.

2. Una vez efectuada la división entre fascistas de primero y de segundo orden, reconocer, con resoluciones legislativas, un carácter político a las organizaciones sindicales y a las distintas asociaciones del Régimen, que por tanto deberían quedar en dependencia del Partido y también deberían responder al Partido respecto de la disciplina política de sus inscriptos.

Establecer más adelante el principio de que la pertenencia a las asociaciones sindicales y a las asociaciones reconocidas tiene el mismo valor que la pertenencia al Partido, y que la credencial de dichas asociaciones equivale también, a los fines de concursos, empleos, etc., a la del Partido.

A la vez, con oportuna propaganda hacer que los italianos com-

prendan que no es precisamente obligatorio estar inscripto en el Partido, que se puede ser excelente ciudadano y ser fascista si se adhiere únicamente a las organizaciones dependientes del Partido, porque se sirve al Régimen en todas partes.

3. Con las medidas que echarán las bases del aligeramiento del Partido, que podrá producirse de dos modos: con la reducción automática voluntaria de los inscriptos en el segundo orden consiguiente a las medidas antes citadas o con una medida por la cual queden bajo otra autoridad todos los pertenecientes al segundo orden en las organizaciones profesionales y declare en decadencia su membrecía en el PNF. Así, sólo se conservará la afiliación al Partido de los fascistas del primer orden.

4. El Partido será, entonces, devuelto a su función de conmutador político del Régimen y será representado por una minoría que en verdad constituirá el Partido-acción, el Partido motor, el Partido vanguardia; la gran masa de los italianos se inscribirá, en cambio, en las asociaciones u organizaciones de carácter profesional, emanación directa del Partido.

Así, llegará a desaparecer el peligro de sofocación del Partido consiguiente a la inscripción totalitaria del pueblo italiano.

5. En lo que atañe a la introducción de nuevas promociones sin variar el principio de encuadramiento obligatorio de toda la juventud en la GIL, se transferirá al Partido una exigua minoría: los mejores; los demás se dispersarán por las sendas de la organización sindical y de las distintas organizaciones dependientes.

6. En lo atinente a los empleos públicos y los cargos se podrían establecer los siguientes principios: para llegar a los cargos y empleos menores, considerar suficiente la pertenencia a las organizaciones y asociaciones; para los cargos públicos directivos y para los empleos más elevados, reafirmar el sistema del sindicato político: esto es, solicitar la matrícula del Partido y el visto bueno explícito.

Al respecto llegaron observaciones y propuestas de algunos Secretarios federales.

Se resumen las siguientes.

Secretario federal de Turín

Para abandonar el actual concepto de Partido de masas, cuya principal función es administrar, asistir y vigilar a sus propios inscriptos, y llegar al de minoría dirigente, propone la transformación en los siguientes grados:

Primer momento: anulación de los decretos que establecen como requisito poseer la credencial del Partido para obtener determinados empleos o ascensos; automáticamente se perdería un fuerte porcentaje de inscriptos;

Segundo momento: tal como se hizo en otras épocas en el mismo Partido y en el Ejército (reparto Comando y reparto Movilización) dividir a los fascistas en dos categorías: *colaboradores* y *camaradas*: los primeros elegidos en base al principio racial, de la antigüedad de su inscripción, de los cargos ocupados, etc.; los otros, representantes de la masa;

Tercer momento: con una norma legal transferir a los "colaboradores" a constituir un *nuevo Partido* y encuadrar a los "camaradas" en la gran "Organización Nacional Fascista", la cual reagruparía las distintas instituciones actualmente dependientes del Partido.

El nuevo Partido, así aligerado, constituirá el Estado Mayor de la "Organización Nacional Fascista" y representará a la aristocracia del Fascismo, a la cual se confiará la dirección política de la Nación.

La selección entre ambas categorías se hará, desde luego, con criterios rígidos, para evitar que en el Partido nuevo puedan insinuarse nombres que han llevado a la necesidad de reformar el Partido actual;

Cuarto momento: para llegar a la concreción integral del Estado corporativo deberá procederse al encuadramiento en masa de todos los ciudadanos en los sindicatos por categoría que tendrán simultáneamente funciones sindicales y políticas, estarán bajo la dirección y la vigilancia de quienes pertenezcan al nuevo Partido cuya credencial y cuya disciplina sustituirían por completo la credencial y la disciplina del viejo Partido.

Ello se producirá de modo análogo a lo que sucedía en tiempos pasados con el partido socialista, que con pocos miles de afiliados manipu-

laba a millones de trabajadores por intermedio de las Cámaras del Trabajo, y tal como hace hoy la Alemania nazi, que con un Partido reducido en cantidad encuadra y controla, merced al Frente del Trabajo, a la inmensa masa de trabajadores.

Conclusión: Así, se contará en Italia con dos Estados Mayores: uno para el Ejército (Estado Mayor militar) y otro para las actividades civiles (PNF).

Secretario federal de Ancona

Para alcanzar el objetivo haría falta:

1. Proclamar solemnemente (podría hacerlo el DUCE como reconocimiento a la fe demostrada por el pueblo italiano durante este período de guerra victoriosa) que el encuadramiento en las Organizaciones por categoría equivale –a los fines morales, sociales y éticos– a una adhesión totalitaria e inequívoca al Partido, para lo cual la credencial de una categoría tiene un valor equivalente a la del Partido, que ya no es indispensable para obtener empleo.

2. Creada con esa promesa solemne la atmósfera necesaria para aceptar en su significado y valor correctos la reforma que quiere introducirse y, siempre que se evite la subdivisión en fascistas de primero y de segundo orden que podría engendrar el concepto de una tajante discriminación, podría hablarse, antes bien, de *formazioni nere* o "reparticiones tipo" que deberían recibir a los mejores (escuadristas, combatientes, jóvenes que hayan dado pruebas de fe, etc.) y que rígidamente encuadrados, sometidos también a una autodisciplina espiritual y admitidos como concurrentes a cursos regulares, deberían constituir el núcleo directivo.

3. Desde luego, la reforma debe tener su réplica en una inteligente propaganda tendiente a evitar que se hable de *"círculo de elegidos, de mejores, de purísimos, etc."*, porque entonces se llegaría a crear justamente esa escisión que debe evitarse.

4. En lo relativo a los cuadros, la elección de los cuadros del Partido debería ser realizada por quienes forman parte de las formaciones antes nombradas.

La elección de los cuadros en las Organizaciones podría efectuarse también entre los fascistas encuadrados en las distintas categorías.

Secretario federal de la Urbe

El aligeramiento y la formación de la clase dirigente podría alcanzarse –de evitarse discriminaciones en perjuicio de una masa de fascistas que determinarían un estado de malestar moral en todos aquellos que se vieran relegados a una categoría de "tolerados"– del siguiente modo:

1. Formación de una rama de "fidelísimos" a la Revolución Fascista, cuyos integrantes se pretenderían permanentemente movilizados en espíritu y acción al servicio de la causa de la Revolución. Todos ellos deberían tener un uniforme especial y estar inscriptos en la Milicia (formarían parte de dicho rango los inscriptos *antemarcia*, aquellos que hayan prestado fielmente servicio en cargos jerárquicos, etcétera).

2. Todos los Jerarcas del Partido y de las Organizaciones dependientes o controladas podrían ser repartidos en grados rígidamente equiparados con distintivos de corte único, sólo diferenciados en el color del fondo: ello llegaría a dar mayor énfasis a la estrecha dependencia respecto del Partido de todas las organizaciones en cuestión.

3. Los grados inferiores podrían ser accesibles para todos, mientras que los grados superiores quedarían reservados para los "fidelísimos" a la Revolución: de ese modo, no se excluiría en absoluto a nadie del acceso a los puestos directivos, y se tendría la garantía de que sería imposible para aquellos llegar sino tras haber brindado amplias pruebas de fidelidad y capacidad.

4. Para evitar un nuevo cúmulo de escorias, ya alejadas del Partido, haría falta fijar como principio que quienes por más de dos años no se ocuparon de renovar su credencial pierden definitivamente el derecho a inscripción en el PNF y que los Secretarios Federales no po-

drían instruir demandas de revisión contra medidas disciplinarias ya emanadas sin previa autorización del Secretario del Partido.

Secretario federal de Bari

Renueva la propuesta de instituir *principi* y *triari*, lo cual remitiría a los orígenes del movimiento fascista. De los *principi* formarían parte: inscriptos *antemarcia*, los fascistas inscriptos en el Partido desde por lo menos diez años, etc., que llegarían a constituir las "reparticiones tipo"; en cambio, de los *triari* deberían formar parte los restantes inscriptos en el Partido.

Por supuesto, ninguna diferencia de prelación debería establecerse con dicha separación, cuya finalidad sólo sería obtener la selección de los fascistas idóneos desde todos los puntos de vista de entre los no idóneos.

Normas generales

Hay que permanecer fieles a la organización territorial sin perder de vista que la célula de la sociedad es la familia.

Sin embargo, ello no implica renunciar a las otras formas de organización asociativa: por ejemplo, puede crearse una subespecie de organización empresarial donde sea oportuno hacerlo, sin infringir el principio de disciplina.

Con todo, el fascista debe depender directamente del Grupo Barrial.

Acerca de la zona

1. Como base para delimitar la circunscripción de la zona podría tomarse el *mandamento*,* o bien, dada la gran variedad de situaciones locales, podría establecerse por provincia la cantidad de zonas autorizadas.

* Jurisdicción, derogada en los primeros años del "régimen", mayor que una comuna e inscripta en una provincia. Un posible análogo es "departamento". [T.]

El *Federale* Ippolito propone crear zonas compuestas por entre 4 y 6 *Fasci* agrupados del modo más conveniente a los efectos económicos y unitarios del territorio.

2. Hace falta establecer de modo inequívoco las atribuciones de los Inspectores de zona, porque son constantes las interferencias entre Inspectores y Secretarios políticos.

No sobrevalorar la función del Inspector de zona, sino dar especial importancia al Fascio con sus organizaciones y al Grupo Barrial, que el Inspector de zona sólo debe vigilar.

Acerca del *Fascio di Combattimento*

1. Debe constituirse un solo *Fascio di Combattimento* por comuna, salvo excepciones que habrá de autorizar el Secretario del Partido.

En las demás fracciones, barriadas, etc., deben constituirse y funcionar los Grupos barriales, sectores, núcleos, etcétera.

Hace falta fijar la suerte que correrán los Fasci existentes en las localidades no capitales, que son más de 2.000; de hecho, mientras las Comunas del Reino, según el censo del 21 de abril de 1936, son 7.339, los *Fasci di Combattimento* son 9.454.

2. Composición del Directorio del Fascio: hace falta establecer una diferencia entre Directorio del Fascio de la capital provincial y Directorio del Fascio de las demás localidades.

El primero podría no ser funcional, pues en última instancia el Fascio de la capital es una zona donde hay un vicesecretario asistido por algunos camaradas que tienen ciertas funciones de colaboración (sector de la GIL, etc.): podría convocarse para formar parte de su Directorio a algunos antiguos fascistas, que con tareas específicas colaborarán con la vigilancia y la coordinación de las actividades de los Grupos barriales en determinados sectores.

En conclusión, se contaría con cierto funcionalismo (colaboración en la inspección y coordinación de determinado sector) sin que varíe el principio de que el Fiduciario debe estar en correspondencia con el vicesecretario del Fascio.

El Directorio del Fascio de las Comunas no capitales podría ser,

en cambio, funcional, en analogía con la composición de los Directorios Federales.

Al respecto, se hicieron las siguientes propuestas: *Federale* Ippolito: dado que el Fascio de la capital se subdivide en muchas agrupaciones de Grupos barriales llamados zona, podría darse a cada componente del Directorio una función de jurisdicción, de control sobre los grupos barriales; *Federale* Milone: incluir en el Directorio del Fascio a los Fiduciarios de los Grupos barriales o bien a camaradas que se ocupen de algunas actividades de los Grupos barriales (uno para asistencia sanitaria, otro para las controversias, etc.) y que intervienen toda vez que los Grupos no estén en condiciones de llevar a cabo las diligencias pertinentes.

3. Sería oportuno fijar normas para la organización interna del Fascio (despachos, comisiones, colaboradores a disposición, etcétera).

4. El vicesecretario del Fascio de la capital podría ser integrante del Directorio Federal o bien Inspector federal.

Acerca del Grupo barrial urbano

1. El Grupo barrial es la base de la organización: por consiguiente, hace falta valorizarlo e impedir que, especialmente en las capitales de provincia, la Federación compita con el Grupo.

2. Funciones, dotación y sede del Grupo barrial. En los hechos, el Grupo barrial es un organismo que encuadra a los afiliados al Partido: casi siempre lo escoltan ramificaciones, también barriales, de las principales organizaciones del PNF (Fasci Femeninos, GIL, OND). Todo consiste en completar ese contexto político-organizativo también desde el punto de vista administrativo, asistencial, sindical. En sustancia, todas las organizaciones y todos los Entes de interés colectivo deben estar representados en el Grupo barrial. Toda categoría, incluso exigua numéricamente, debe ser cuidada y vigilada por un encargado elegido por el Fiduciario de Grupo entre quienes pertenecen a esa misma categoría.

De la Delegación Municipal a los Entes sanitarios y asistenciales, de las organizaciones recreativas y educativas a las asociaciones sindicales, todo el vasto mecanismo social creado por el Régimen debe te-

ner, en el seno del distrito, su exacta reproducción a escala reducida. Sólo de ese modo podría arribarse a esa totalitaria organización del pueblo que el régimen considera uno de sus máximos objetivos.

Esas necesidades obligatoriamente deberán encontrar una inserción material apta, por intermedio de un conjunto de sedes y de servicios oportunamente vinculados. Por ende, se plantea también un problema de carácter urbanístico, de fácil resolución integral, en los barrios nuevos o en los sometidos a remodelaciones, mientras que en las demás zonas se deberá proceder obligadamente con inteligentes adaptaciones.

Por ejemplo, el Grupo barrial urbano podría plantearse del siguiente modo: en una plaza lo suficientemente espaciosa como para servir a las reuniones populares y provista de instalaciones para audiciones colectivas de programas radiales, deberían surgir, a cada lado, cuatro edificios:

a) la sede del Grupo barrial fascista propiamente dicho;

b) la sede del Fascio Femenino y de las organizaciones asistenciales para la maternidad y la infancia;

c) la sede de las Asociaciones por categoría y del Dopolavoro con campos de juego y salas de espectáculos anexos;

d) la sede de las organizaciones juveniles con sus indispensables instalaciones deportivas.

No lejos de esas cuatro parcelas deberían encontrarse la Delegación municipal, los Entes de protección antiaérea, los servicios de la guardia antiincendios, etcétera.

3. Fuerza de los Grupos barriales: no puede ser fija.

Al asignar la jurisdicción territorial de los Grupos hace falta superar el concepto de barrio; la vida avanza y la lucha entre barrios y el fervor parroquiano no son convenientes.

Al fijar la fuerza de los Grupos debería demostrarse cierta amplitud; por ejemplo, podrían estipularse tres categorías:

a) en los grandes centros: Grupos barriales con entre 2 y 3 millares de inscriptos;

b) en los centros medios: Grupos barriales de 1.500 inscriptos;

c) en los centros pequeños: Grupos barriales de entre 800 y 1.000 inscriptos.

4. En lo referido al funcionamiento, se consideraría oportuno avenirse a la matriculación barrial y a cierta descentralización administrativa, por considerar al Grupo barrial tal como a un Fascio, y eso especialmente en los grandes centros.

5. La Consultoría del Grupo barrial debe tener carácter funcional, en analogía con el Directorio Federal.

6. Hace falta fijar normas para constituir los despachos, las comisiones, etc., del Grupo barrial y para el encargado y los encargados de su Secretaría.

Acerca del Grupo barrial suburbano

Necesariamente debe tener características, fuerza, órganos directivos, etc., distintos de los del Grupo urbano.

La circunscripción podría coincidir con la tradicional económica y religiosa (fracciones, fundos, parroquias, etc.) y deberían tomarse en cuenta las dificultades de comunicación, de fraccionamiento de las viviendas, de los hábitos (mercados, ferias, etcétera).

En cuanto concierne a la sede, como solución ideal, podría construirse con los mismos criterios del Grupo barrial urbano; dadas las menores necesidades, podrían reducirse los complejos edilicios a dos, que aúnen, por una parte, la sede del Partido y las Asociaciones sindicales y de Dopolavoro; por la otra, las correspondientes a los Fasci Femeninos y la GIL.

Como solución inmediata, el Grupo podría encontrar sede en el Dopolavoro, etcétera.

Acerca del sector

Debería tener una fuerza de entre 5 y 10 núcleos, y debería tener un punto de encuentro para los *capi nucleo*, recinto muy modesto, sin administración, sin empleados, sin gastos.

Acerca del núcleo

Consiste en la unidad capilar básica, pues, de momento, no se considera necesario llegar al *capo-fabbricato* [grupo habitacional].

Para delimitar la jurisdicción y la fuerza del núcleo, mientras para la ciudad puede fijarse como parámetro la cantidad de fascistas, para las aldeas rurales debería adoptarse el parámetro de la población: en el campo, el núcleo se cimenta sobre la presencia de al menos un fascista incluso donde hay un cortijo, y este está investido de las funciones de enlace entre los moradores de ese cortijo y el Partido.

En consecuencia: en la ciudad, un *capo-nucleo* cada 20 fascistas; en el campo, uno cada 10-20 familias.

Lineamientos para una modificación de la organización estatal

La veloz evolución de las expresiones de la actividad nacional e internacional somete a los institutos y a la organización estatal a una constante tensión debida al esfuerzo por adecuarse a las modificadas necesidades de la vida del país.

La experiencia ganada por el Régimen en tiempos de paz y de guerra y las aumentadas funciones del Estado con relación al actual período de emergencia y al planteo del nuevo mundo imponen una revisión de nuestro sistema para mejorar su rendimiento y funcionalidad fáctica.

Ese proceso de revisión puede considerarse natural y se impuso a la mente de todos los hombres de estado, aun en los países en que la forma mentis de las clases dirigentes está afectada por pronunciada aversión hacia lo nuevo.

De hecho, la tendencia transformadora en todos los países del mundo se concreta indistintamente en una mayor concentración y coordinación de los poderes del Estado.

Esa tendencia se reveló y se desenvuelve particularmente en el sector económico, donde la esencia de los hechos económicos y el progreso técnico-organizativo constituyen las condiciones más propicias para dejarla en evidencia y ponerla en acto.

En Italia al Estado liberal siguió el Régimen fascista, que asentó las bases y los portantes del nuevo edificio estatal revolucionario.

Por ello, la transformación fue efectivamente sustancial y profunda; y la nueva organización del Estado italiano tuvo en el extranjero imitaciones más o menos felices, que de todas formas prestan testimonio acerca de la fuerza expansiva de las nuevas ideas y del sistema estatal derivado de ellas.

Por ende, para Italia no se presenta el problema de una nueva reforma de gran envergadura; en cambio, surge la necesidad de perfeccionar el sistema central, sin modificar las líneas fundamentales del Estado.

Tres clases de consideraciones insuflaron los criterios adoptados para las modificaciones por introducir en la maquinaria estatal:

a) la necesidad de una mejor coordinación de la acción de los órganos estatales en todos los campos de la actividad nacional, y en especial la necesidad de plasmar en el sector económico el mando único de todas las fuerzas productivas de la nación y de su conglomerado imperial;

b) fortalecer la acción del Partido, en cuanto el Partido, por esencia y por sus funciones, es el órgano motor del Estado fascista;

c) liberar al DUCE del asedio de los asuntos de poca monta, de modo tal que ÉL pueda dedicar su tiempo preciosísimo a los problemas mayores.

Se presenta, pues, a grandes rasgos la transformación proyectada:

– Se instituye el Ministerio de economía corporativa con cuatro Subsecretarías (agricultura, industria, comercio y trabajo) que representan las cuatro ramas de la actividad nacional.

Habida cuenta de que los ministerios de finanzas, de comunicaciones y de obras públicas tienen función eminentemente económica, se vuelve obligatorio consultar al Ministerio de economía corporativa, de modo que la dirección de la actividad económica de la nación entera obedezca efectivamente al inderogable criterio de unitariedad: dicha consulta obligatoria rige también para el Ministerio de África Italiana en lo referente a las medidas en materia económica de las zonas del conglomerado imperial italiano;

– el Ministerio de comercio y finanzas se transforma en Comisariado de intercambios y acuerdos comerciales que actúa bajo dependencia de la subsecretaría de comercio;

– queda abolido el Ministerio de corporaciones y sus despachos pasan a ser las secretarías autónomas de las corporaciones: las organizaciones sindicales corporativas prosiguen su actividad como en épocas pasadas;

– se crea el Ministerio de asuntos militares para coordinar la acción de las tres subsecretarías de Ejército, Marina y Aeronáutica.

Tras tomar en consideración la función y los deberes del Partido en la vida de la nación, los asuntos internos y la cultura popular de-

ben pasar a dependencias del Partido, el cual debe proveer a transformar la policía en un organismo que responda a las necesidades del Estado fascista.

De dicho vínculo que llega a entablarse entre el Partido y el Ministerio del Interior deriva la necesidad de que también en la periferia cada provincia tenga un solo Jefe, que debería ser el Comisario fascista asistido por dos vicecomisarios: uno para la parte administrativa (actual Prefecto) y el otro para el Partido (actual Secretario Federal). Así, la unificación del centro puede realizarse con gran beneficio de la organización político administrativa de la provincia en la periferia.

El Partido debería crear para cada rama de la actividad nacional un vicesecretario (equiparado a subsecretario de Estado), de modo que cada uno de ellos pueda dedicarse activamente al estudio de los asuntos tocantes al sector de su competencia.

Como el Partido representa al pueblo italiano en su totalidad y es el órgano político que pone en acto por intermedio del Estado fascista los principios de la Revolución mussoliniana, resulta evidente que el secretario general del Partido llega a asumir figura y funciones específicas que lo sitúan, con relación a los otros jerarcas del Régimen, en un nivel más elevado.

Roma, 18/4/XIX

Notas

Diez años después. Nuevas reflexiones acerca de la "vía italiana al totalitarismo"

[1] E. Gentile, *Le origini dell'ideologia fascista*, Roma-Bari, 1975 (nueva edición aumentada, Bolonia, 1996); *Il mito dello Stato nuovo*, Roma-Bari, 1982 (nueva edición aumentada, 2001); *Storia del partito fascista. 1919-1922. Movimento e milizia*, Roma-Bari, 1989; *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma-Bari, 1993 (trad. al inglés: *The Sacralization of Politics in Fascist Italy*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1996; trad. al francés *La religion fasciste*, París, Perrin, 2000).

[2] Cf. E. Gentile, *Il fascismo. Storia e interpretazione*, Roma-Bari, 2002 [trad. al castellano: *Fascismo. Historia e interpretación*, Madrid, Alianza, 2004, pp. 87-88; 288-293].

[3] Cf. E. Gentile, *Fascismo. Historia e interpretación*, cit., pp. 77-78.

[4] Ibídem, pp. 79-87.

[5] H. Arendt, *Le origini del totalitarismo*, trad. it., Milán, 1967, pp. 357-358 [*Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 1987.]

[6] Ibídem, p. 430.

[7] Ibídem, pp. 440-442.

[8] G. A. Craig, "Man of the People?", *The New York Review of Books*, 18, 1997.

[9] E. Hobsbawm, *Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991*, Nueva York, 1996, pp. 393-394. [*Historia del Siglo XX 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 1995.]

[10] H. Buchheim, *Totalitarian Rule. Its Nature and Characteristics* (1962), Middletown, 1968.

[11] J. J. Linz, *Totalitarian and Authoritarian Regimes*, Londres, 2000, p. 74.

[12] G. Germani, *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Bolonia, 1975, p. 231.

[13] Ibídem, p. 255.

[14] Gentile, *Il mito dello Stato nuovo*, p. 238 n.

[15] Para una exposición más amplia de mi interpretación del totalitarismo, cf. Gentile, *Fascismo. Historia e interpretación*, cit., pp. 79-87.
[16] R. De Felice, *Le Fascisme. Un totalitarisme à l'italienne?*, París, Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques, 1988, p. 32.
[17] S. G. Payne, Introducción a E. Gentile, *The Struggle for Modernity. Nationalism, Futurism, and Fascism*, Connecticut, Westport, 2003, pp. xv-xvi.
[18] J. Linz, *Fascismo autoritarismo totalitarismo. Connessioni e differenze*, Roma, 2003, pp. 34-35.
[19] Cf. A. Cifelli, *I prefetti del regno nel ventennio fascista*, Roma, 1999; P. Morgan, "The Party is Everywhere: The Italian Fascist Party in Economic Life 1926-1940", *English Historical Review*, febrero de 1999, pp. 85-112; E. Gentile, *Fascismo e antifascismo. I partiti italiani fra le due guerre*, Florencia, 2000; H. Dittrich-Johansen, *Le "militi dell'idea". Storia delle organizzazioni femminili del Partito Nazionale Fascista*, Florencia, 2002; E. Gentile, *Il totalitarismo alla conquista della Camera Alta*, Soveria Mannelli, 2002; *Diritto economia e istituzioni nell'Italia fascista*, volumen a cargo de A. Mazzacane, Baden-Baden, 2002; L. Di Nucci, *Lo Stato fascista e gli italiani "antinazionali"*, en *Due nazioni. Legittimazione e delegittimazione nella storia dell'Italia contemporanea*, al cuidado de L. Di Nucci y G. Della Loggia, Bolonia, 2003, pp. 128-185; *Che cos'è il fascismo. Interpretazioni e prospettive di ricerca*, al cuidado de A. Campi, Roma, 2003; L. La Rovere, *Storia dei GUF. Organizzazione, politica e miti della gioventù universitaria fascista 1919-1943*, Turín, 2003; D. Musdiedlak, *Lo stato fascista e la sua classe politica 1922-1943*, Bolonia, 2003; E. Gentile, "Senato e senatori nel periodo fascista", en E. Gentile y E. Campochiaro (eds.), *Repertorio biografico dei senatori dell'Italia fascista*, Nápoles, 2003, pp. 1-90.
[20] En R. Zangrandi, *1943:25 luglio-8 settembre*, Milán, 1964, p. 1056.
[21] Cf. G. Amendola, *Intervista sull'antifascismo*, volumen a cargo de P. Melograni, Bari, 1976.
[22] Acerca de este tema, véanse en especial las reflexiones de P. G. Zunino, *La repubblica e il suo passato*, Bolonia, 2004.
[23] Cf. D. Gagliani, *Brigate nere. Mussolini e la militarizzazione del Partito fascista repubblicano*, Turín, 1999; L. Ganapini, *La repubblica delle camicie nere. I combattenti, i politici, gli amministratori, i socializzatori*, Milán, 1999.
[24] D. Gagliani, *Brigate nere...*, cit., p. 9.
[25] P. G. Zunino, *La repubblica e il suo passato*, cit., p. 91.

Prefacio a la segunda edición

[26] Cito, a modo de ejemplo, algunos estudios de diversa índole y validez científica, publicados después de 1994: S. Tormey, *Making Sense of Tiranny. Interpretations of Totalitarism*, Manchester-Nueva York, 1995; A. Gleason, *Totalitarism. The Inner History of the Cold War*, Nueva York-Oxford, 1995; M. Cedroni (ed.), *Modernité, Démocratie et Totalitarismes, Simone Weil et Hannah Arendt*, París, 1996; H. Maier y M. Schafer (eds.), *Totalitarismus und Politische Religionen. Konzepte des Diktaturvergleichs*, 2 vols., Paderborn, 1996-1997; *Dictature, Absolutisme et Totalitarisme*, París, 1997; A Söllner, R. Walkenhaus, K. Wieland (eds.), *Totalitarismus. Eine Ideengeschichte des 20. Jahrhunderts*; W. Wippermann, *Totalitaristischen. Die Entwicklung der Diskussion von dem Anfängen bis heute*, Darmstadt, 1997; M. Mazower, *Le ombre dell'Europa. Democrazie e totalitarismi nel XX secolo* (1998), trad. it. Milán, 2000; *Nazismo, fascismo, comunismo. Totalitarismi a confronto*, Milán, 1998; A. Siegel (ed.), *The Totalitarian Paradigm after the End of Comunism. Towards a Theoretical Reassessment*, Amsterdam-Atlanta, 1998; K. D. Henke (ed.), *Totalitarismus*, Dresde, 1999; J. Klotz (ed.), *Schlimmer als die Nazis. "Das Schwarzbuch des Kommunismus" und die neue Totalitarismusdebate*, Colonia, 1999; B. Bruneteau, *Les Totalitarismes*, París, 1999; "Totalitarismus und Liberalismus", *Proklam*, enero de 1999; E. Jesse (ed.), *Totalitarismus im 20. Jahrhundert. Eine Bilanz der Internationalen Forschung*, 2ª ed., Baden-Baden, 1999; M. Helberstam, *Totalitarianism and the Modern Conception of Politics*, New Haven-Londres, 1999; J. J. Linz, *Totalitarian and Authoritarian Regimes*, Londres, 2000.

[27] Cf. E. Gentile, "Alcune considerazioni sull'ideologia del fascismo", *Storia contemporanea*, 1974, 1, pp. 115-125; *Le origini dell'ideologia fascista*, Roma-Bari, 1975 (nva. ed. Bolonia, 1996, pp. 3-49); *Il mito dello Stato nuovo*, Roma-Bari, 1982 (nva. ed. 1999); *Storia del partito fascista, 1919-1922. Movimento e milizia*, Roma-Bari, 1989; *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma-Bari, 1993, 1998.

[28] Cf. E. Gentile, "La politica estera del partito fascista. Ideologia e organizzazione dei Fasci italiani all'estero", *Storia contemporanea*, 1995, 6, pp. 899-956; "La modernità totalitaria", *Le origini della ideologia fascista*, nva. ed., cit.; *La grande Italia. Ascesa e declino del mito della nazione nel ventesimo secolo*, Milán, 1997; "La via italiana al totalitarismo", U. Baldocchi y R. Corbellini Andreotti (eds.), *Sudditi e cittadini. Per uno studio della storia costituzionale italiana*, Manduria, 1997, pp. 107-125; *Fascismo*

e antifascismo. I partiti italiani fra le due guerre, Florencia, 2000; "The Sacralization of Politics: Definitions, Interpretations and Reflections on the Question of Secular Religion and Totalitarianism", *Totalitarian Movements and Political Religions*, 2000, 1, pp. 18-55.

[29] Me limito a señalar aquí los estudios más recientes que atañen mayormente al problema de los vínculos entre partido y estado en el régimen fascista y, en términos más generales, con la interpretación propuesta en este libro: A. De Bernardi, "Il fenomeno del fascismo e le sue interpretazioni", entrada de *Il fascismo. Dizionario di storia, personaggi, cultura, economia, fonti e dibattito storiografico*, publicado bajo la dirección de A. De Bernardi y S. Guarracino, Milán, 1998; L. Giuva, "Gli anni trenta e la guerra", M. De Nicolò (ed.), *La prefettura di Roma (1871-1916)*, Bolonia, 1998, pp. 653-692; P. Morgan, "The Prefects and Party-state Relations in Fascist Italy", *Journal of Modern Italian Studies*, 3, 1998, pp. 241-272; C. Pavone, "Fascismo e dittatura: problemi di una definizione", *Nazismo, fascismo, comunismo. Totalitarismo a confronto*, cit., pp. 67-86 (no es exacto lo afirmado por Pavone en p. 86, esto es, que en *La via italiana al totalitarismo* yo me habría apropiado de la tripartición propuesta por Mijail Manoilesco); F. Piva, *Azienda e partito. Gli operai del poligrafico dello Stato nel periodo fascista*, Roma, 1998; B. Bruneteau, *Les Totalitarismes*, cit.; O. Dahl, *Syndicalism, Fascism and Post Fascism in Italy 1900-1950*, Oslo, 1999; P. Del Lago, *Verso il regime totalitario: il plebiscito fascista del 1929*, Padua, 1999; P. Milza, *Mussolini* (1999), Roma, 2000; D. Musiedlak, *L'état fasciste et la classe politique, 1922-1943*, tesis de doctorado, París, 1999; J. Y. Dormagen, *Les administrations parallèles dans la configuration étatique italienne (1932-1956)*, tesis de doctorado, París, 2000; J. J. Linz, *Totalitarian and Authoritarian Regimes*, cit.; S. Lupo, *Il fascismo. La politica in un regime totalitario*, Roma, 2000; L. Zani, "Famiglie politiche e modernità totalitaria. Il partito unico nel fascismo italiano", *Les Familles politiques en Europe occidentale au XXe. siècle*, Roma, 2000.

1. El Partido Fascista en el análisis político de sus contemporáneos

[30] D. Orlow, *The History of the Nazi Party, 1919-1933*, Pittsburg, 1969; *The History of the Nazi Party 1933-1945*, Pittsburg, 1973; S. G. Payne, *Falange. A History of Spanish Fascism*, Stanford-Londres, 1962.

31 G. Bibes, "Le Fascisme Italien. État des travaux depuis 1945", *Revue Française de Science Politique*, 1968, pp. 1191-1224.
32 A. Aquarone y M. Vernassa (eds.), *Il regime fascista*, Bolonia, 1974, p. 10.
33 Algunas observaciones con respecto al PNF se hallan en el ensayo de P. Ungari, "Ideologie giuridiche e strategie istituzionali del fascismo", *Il regime fascista*, cit., pp. 50-51; mientras que ambos compiladores consideraban (en p. 509) "no muy profundas y exhaustivas" las monografías de Dante L. Germino y de Antonio Gambino sobre el PNF (pp. 95-104 del presente libro).
34 Nueva York-Londres, 1970: el ensayo de G. Germani, "Political Socialization of Youth in Fascist Regimes: Italy and Spain", incluido en pp. 339-379, figura también en G. Germani, *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Bolonia, 1975, pp. 255-306.
35 B. Croce, *Storia della storiografia italiana nel secolo decimonono*, II, Bari, 1964, p. 43.
36 M. Missiroli, "Il partito degli eretici", *Il Secolo*, 12 de noviembre de 1921.
37 G. Dorso, *La rivoluzione meridionale*, Milán, 1969, p. 118 (1ª ed. 1925).
38 Ibídem, p. 124.
39 Ibídem, pp. 129 y 136.
40 Ibídem, p. 141.
41 Ibídem, p. 200.
42 Cf. R. De Felice, *Mussolini il fascista*, II, *L'organizzazione dello Stato fascista*, Turín, 1968, pp. 5-8.
43 L. Salvatorelli, *Nazionalfascismo*, Turín, 1977, p. 65 (1ª ed. 1923).
44 Ibídem, p. 83.
45 Ibídem, p. 99.
46 Ibídem, pp. 103-104.
47 Ibídem, pp. 105-113.
48 G. Amendola, "Cavour e Pansoja", *Il Mondo*, 28 de junio de 1923, cit. en J. Petersen, "La nascita del concetto di 'Stato totalitario' in Italia", *Annali dell'Istituto Storico Italo-Germanico di Trento*, Bolonia, 1975, p. 157. Cf. M. Michaelis, "Giovanni Amendola interprete del fenomeno fascista", *Nuova Antologia*, abril-junio de 1986, pp. 180-209.
49 Cf. en Antonio Gramsci, *Sul fascismo*, volumen al cuidado de E. Santarelli, Roma, 1973, p. 254.
50 S. Tranquilli, "Elementi per uno studio del PNF", *Stato Operaio*, octubre de 1927; "Borghesia, piccola borghesia e fascismo", ibídem, abril

de 1928. Véase también su colaboración en *La seconda conferenza del partito comunista d'Italia. Resoconto stenografico*, París, 1928.

[51] Archivio Centrale dello Stato, *Ministero degli Interni, Direzione Generale di Pubblica Sicurezza, Affari Generali e Riservati*, 1926, Cat. G. 1, b. 95. Circular de A. Turati a los secretarios federales, 18 de junio de 1926.

[52] Tranquilli, "Borghesia...", cit., p. 157.

[53] Ibídem, p. 158.

[54] Ibídem, p. 159.

[55] Ibídem, pp. 156-157.

[56] Ibídem, pp. 159-160.

[57] Tranquilli, "La seconda conferenza...", cit., pp. III-4.

[58] Íd., "Elementi...", cit., pp. 877-890.

[59] Íd., "Borghesia...", cit., p. 154.

[60] Ibídem, p. 156.

[61] Ibídem, pp. 154-155.

[62] Traquilli, "Elementi...", cit., p. 877.

[63] Nueva York, 1928. Cf. J. P. Diggins, *L'America, Mussolini e il fascismo*, Bari, 1972, p. 293; y P. V. Cannistraro, "Il fascismo italiano visto dagli Stati Uniti: cinquant'anni di studi e di interpretazioni", *Storia contemporanea*, 1971, núm. 3, p. 601.

[64] Schneider, *Making the Fascist State*, cit., pp. 42-54.

[65] Ibídem, pp. 113-128, donde Schneider hace un examen de los grupos revisionistas, los disidentes, los fascistas autónomos, los intransigentes y el grupo de "Patria e Libertà" que llegó a ser antifascista.

[66] Ibídem, pp. 115 y 125.

[67] Ibídem, p. 128.

[68] Ibídem, pp. 129-130.

[69] Ibídem, p. 131.

[70] H. W. Schneider y S. B. Clough, *Making Fascists*, Chicago, 1929, pp. 140-143.

[71] Ibídem, pp. 146-152.

[72] Para obtener datos generales, cf. B. Liuzzi, *Il PNF nel diritto pubblico italiano*, Roma, 1930; O. Fantini (ed.), *Il Partito fascista*, Roma, 1931; G. Ambrosini, *Il partito fascista e lo Stato*, Roma, 1934; V. Zangara, *Il partito e lo Stato*, Catania, 1935; O. Fantini (ed.), *Gli Stati europei a partito politico unico*, Milán, 1936; PNF, *Il Partito Nazionale Fascista*, Roma, 1936; A. Marpicati, *Il partito fascista*, Milán, 1935; A. Canepa, *L'organizzazione del PNF*, Palermo, 1939; C. Pellizzi, *Il partito educatore*, Roma, 1941.

[78] Roma, 1928. El libro alcanzó otras dos ediciones, ampliadas, en 1939 y 1940.
[74] El ensayo de Volpe, originariamente escrito como parte histórica del artículo "Fascismo" de la *Enciclopedia Italiana* [la "Enciclopedia Treccani"], más tarde fue publicado, en forma ampliada, en el volumen *La dottrina del fascismo*, editado por el Istituto dell'Enciclopedia Italiana en 1934, y posteriormente en una nueva edición ampliada de 1939. Nuestras citas están tomadas de esa última edición.
[75] Pini, Bresadola, *Storia del fascismo*, cit., pp. 362-363 [Los *questori* son los jefes de policía provinciales, mientras que los prefectos son jefes administrativos, delegados del Ministerio del Interior en las provincias italianas. T.].
[76] Ibídem, pp. 374-377.
[77] Ibídem, pp. 417-418.
[78] Ibídem, pp. 453-457.
[79] G. Volpe, *Storia del movimiento fascista*, Milán, 1939, pp. 70-71.
[80] Ibídem, p. 113 [*ras* –préstamo tomado del amjárico–, y *regolo* <lat. *regolus* –en este caso, vertido como "cacique"– suelen designar con un matiz despectivo o irrisorio a cabecillas y déspotas locales. T.].
[81] Ibídem, pp. 120-121.
[82] Ibídem, pp. 123-124. [En un principio, Mussolini había declarado que "solamente un enemigo que hubiera pasado largas noches pensando algo diabólico contra mí podía llevar a cabo este delito (el secuestro y asesinato de Giacomo Matteotti)". En carta a D'Annunzio, citada en *Carteggio D'D'Annunzio-Mussolini*, volumen al cuidado de R. De Felice y E. Mariano, Milán, 1971, p. 117, afirma: "Me han tirado un cadáver entre los pies. Era pesado: me hicieron tambalear y sufrir". Cambiará de táctica en su discurso del 3 de enero de 1925: "Asumo, yo solo, la responsabilidad política, moral, histórica de todo lo sucedido"; "Si el fascismo es una asociación ilícita, ¡yo soy el jefe de esa asociación ilícita!", T.]
[83] Acerca de la centralidad del papel desempeñado por Mussolini el "Duce", cf. ibídem, pp. 213-214.
[84] E. Schreiber, "Au seuil de l'an XI de l'Ère Fasciste", *L'Illustration*, 3, 10, 17 de septiembre de 1932; íd., "Force et Faiblesse du Fascisme", ibídem, 24 de septiembre de 1932.
[85] E. Reale, "La Situation et la Politique intérieure du Fascisme après dix ans d'existence", separata de *L'année politique française et étrangère*, núm. 30, mayo de 1933.
[86] Ibídem, pp. 19 y 23.

87 M. Lachin, *La IVe. Italie.* París, 1935, pp. 28-36.
88 S. D. (Lelio Basso), "Al di là del caso Caldara", *Politica Socialista,* diciembre de 1934, núm. 2, cit., en S. Colarizi, *L'Italia antifascista dal 1922 al 1940,* II, Roma-Bari, 1977, p. 314.
89 Fascículo de propaganda comunista italiana del 16 de noviembre de 1938, cit. en Colarizi, *L'Italia antifascista...*, cit., pp. 395-396.
90 P. Togliatti, *Lezioni sul fascismo,* Roma, 1973; es la compilación de las clases dictadas por él en Moscú entre enero y abril de 1935.
91 Íd., "Où est la force du fascisme italien?", *L'International Communiste,* 5 de octubre de 1934, reproducido en sus *Lezioni sul fascismo,* cit., p. 168.
92 Ibídem, pp. 19-38.
93 Ibídem, pp. 46-53.
94 Ibídem, p. 59.
95 Ibídem, pp. 55-56.
96 Ibídem, p. 70.
97 Ibídem, p. 57.
98 Ibídem, p. 60.
99 Ibídem, pp. 58 y 65.
100 Ibídem, p. 62.
101 Togliatti, "Où est la force du fascisme italien", cit., p. 172.
102 Carlo Roselli, "Risposta a Giorgio Amendola", *Quaderni di Giustizia e Libertà,* enero de 1932, p. 38.
103 G. Salvemini, "Sotto la scure del fascismo" (1936), *Scritti sul fascismo,* III, al cuidado de R. Vivarelli, Milán, 1974, pp. 342-349.
104 A. Tasca, *Nascita e avvento del fascismo,* II, Bari, 1965, pp. 567-568 (1ª ed. 1938).
105 H. Finer, *Mussolini's Italy,* Nueva York, 1935, pp. 373-375.
106 Originariamente publicado en la *America Political Science Review,* de octubre de 1937, pp. 114-129, luego reproducido, con ligeras modificaciones en H. D. Lasswell y D. Lener (eds.), *World Revolutionary Elites. Studies in Coercive Ideological Movements,* Cambridge, 1965, pp. 179-193.
107 *Atti del PNF,* a. XI E. F. [año noveno de la era fascista = 1932], Roma, s. f.
108 En los estudios de Schneider y Clough había alusiones interesantes a este último aspecto.
109 Finer, *Mussolini's Italy,* cit., pp. 309-336.
110 Ibídem, pp. 337 y ss.
111 Ibídem, pp. 342-343.

112 Ibídem, p. 345.
113 Ibídem, pp. 332-336.
114 Ibídem, pp. 372-375.
115 Ibídem, p. 373.
116 Ibídem, pp. 368-371.
117 Ibídem, p. 371.
118 Ibídem, p. 369.
119 Ibídem, p. 333.
120 Ibídem, pp. 377 y ss.
121 Ibídem, pp. 11-13.
122 Ibídem, p. 161.
123 M. Heller, *Europa und die Faschismus*, Berlín, 1931; cf. J. Petersen, "Il fascismo italiano visto dalla Repubblica di Weimar", *Storia contemporanea*, junio de 1978, pp. 520-523.
124 M. Parmelee, *Bolschevism, Fascism and the Liberal-democratic State*, Londres-Nueva York, 1935, p. 212.
125 S. Neumann, *Permanent Revolution*, Nueva York, 1942, p. 21.
126 H. W. Schneider, *The Fascist Government of Italy*, Nueva York, 1936, p. ix, cit. en Cannistraro, "Il fascismo italiano...", cit., p. 605; E. Lederer, *State of the Masses*, Nueva York, 1940; nueva edición Nueva York, 1960, pp. 92-93.
127 R. Michels, *Corso di sociologia politica*, Milán, 1927, pp. 91-104, reproducido en su *Antologia di scritti sociologici*, al cuidado de G. Sivini, Bolonia, 1980, pp. 227-239. El tema fue analizado por Michels en términos sustancialmente similares en su ensayo "Some Reflections on the Sociological Character of Political Parties", *American Political Science Review*, 1928, pp. 753-772.
128 L. Sturzo, *Italy and Fascism*, Londres, 1926; E. von Beckerath, *Wesen und Werden des faschistischen Staats*, Berlín, 1927, pp. 146-157.
129 O. Hintze, "Dallo Stato nazionalborghese allo Stato impresa", en R. Ruffilli (ed.), *Crisi dello Stato e storiografia contemporanea*, Bolonia, 1979, pp. 60-63.
130 R. Pelloux, "Les Partis politiques dans les Constitutions d'après-guerre", separata de la *Revue du Droit Public et de la Science Politique en France et à l'Étranger*, abril-junio de 1934, pp. 8-9.
131 Ibídem, p. 32.
132 B. Mirkine-Guetzévitch, *Les constitutions de l'Europe Nouvelle*, París, 1938, pp. 54-55.
133 Lederer, *State of the Masses*, cit., p. 18. Con respecto al problema

de las masas en la "moderna tiranía", véanse también las perspicaces observaciones de Nicola Chiaromonte (pseud.: Sincero), "La morte si chiama fascismo", *Quaderni di Giustizia e Libertà*, enero de 1935, pp. 20-60.

134 Cf. L. Rougier, *Les Mystiques politiques contemporaines et leurs incidences internationales*, París, 1935.

135 M. Prélot, *L'Empire Fasciste*, París, 1936, p. 204.

136 Ibídem, pp. 85-86.

137 Ibídem, p. 208.

138 Ibídem, p. 228.

139 Ibídem, p. 220.

140 Ibídem, p. 228.

141 Ibídem, p. 231.

142 Ibídem, p. 209.

143 París, 1935.

144 Ibídem, pp. 3-4.

145 Ibídem, p. 7.

146 Ibídem, pp. 11-14.

147 Ibídem, p. 91.

148 Ibídem, p. 95.

149 París, 1936.

150 Manoïlesco, *Le parti unique*, cit., p. 208.

151 Ibídem, p. 29.

152 Ibídem, pp. vii-xii, 36-43, 46-48.

153 Ibídem, pp. 135 y ss.

154 Ibídem, p. 123.

155 Ibídem, p. 206.

156 Ibídem, pp. 75 y ss.

157 Ibídem, pp. 156-157.

158 Ibídem, pp. 76-77.

159 Ibídem, p. 79.

160 J. J. Linz, "Totalitarian and Authoritarian Regimes", en Fred I. Greenstein y Nelson W. Polsby (eds.), *The Handbook of Political Science*, III, Reading, 1975, p. 199.

161 Nueva York, 1942. La tipología de Manoilesco está explícitamente presente en Maurice Duverger, *Les partis politiques*, París, 1951 [*Los partidos políticos*, México, FCE, 1957, I partiti politici, trad. it. Milán, 1970].

162 Neumann, *Permanent Revolution*, cit., pp. 121 y ss.

163 Ibídem, pp. 126-132.

164 Ibídem, p. 138.
165 Ibídem, pp. 73 y ss.
166 Ibídem, pp. 79-83.
167 Ibídem, pp. 94-95.

2. Después de 1945: memorialística y primeros intentos de análisis histórico

168 "Per una storia del costume fascista", *Il Ponte*, octubre de 1952, p. 1137.
169 Nos referimos, en especial, a las memorias de Luigi Federzoni, publicadas en *L'Independente* desde el 30 de mayo al 2 de agosto de 1946, y más tarde reproducidas, con cortes y modificaciones, en L. Federzoni, *Italia di ieri per la storia di domani*, Verona, 1967; M. Rivoire, *Vita e morte del fascismo*, Milán, 1947; C. Rossi, *Mussolini com'era*, Roma, 1947; G. Bottai, *Vent'anni e un giorno*, Milán, 1949 (nueva ed. Milán, 1977); E. Galbiati, *Il 25 giugno e la MVSN*, Milán, 1950; Y. De Begnac, *Palazzo Venezia. Storia di un regime*, Roma, 1950; M. Rocca, *Come il fascismo divenne una dittatura*, Milán, 1952; las memorias de Giovanni Giuriati publicadas en *Settimana Incom Illustrata* desde el 31 de diciembre de 1955 al 11 de febrero de 1956, ahora reproducidas, en su versión original e integral, en G. Giuriati, *La parabola di Mussolini nei ricordi di un gerarca*, al cuidado de E. Gentile, Roma-Bari, 1981.
170 Bottai, *Vent'anni e un giorno*, cit., pp. 37-44.
171 Ibídem, p. 38.
172 Ibídem, p. 42.
173 Ibídem, p. 45.
174 Ibídem, pp. 25-35.
175 Ibídem, pp. 42-43.
176 "Il Partito", *Critica Fascista*, 15 de noviembre de 1939.
177 Acerca de este problema, remitimos a lo ya señalado en la introducción a Giuriati, *La parabola di Mussolini*, cit., pp. vi-viii.
178 Roma, 1953-54.
179 Florencia, 1954.
180 Pini, Susmel, *Mussolini...*, cit., III, p. 237.
181 Tamaro, *Venti anni di storia*, cit., II, p. 456.
182 Milán, 1962.
183 Ibídem, p. 173.

184 Ibídem, pp. 38-41.
185 Ibídem, p. 46.
186 Ibídem, pp. 106 y ss.
187 Ibídem, pp. 117 y ss.
188 Ibídem, p. 134.
189 Ibídem, pp. 139-141.
190 Ibídem, pp. 150 y ss.
191 Ibídem, p. 164.
192 Ibídem, p. 173.
193 Ibídem, pp. 186-187.
194 Ibídem, p. 188.
195 Minneapolis, 1959.
196 Entre las investigaciones más recientes acerca del totalitarismo desde el punto de vista politológico, cf. Linz, "Totalitarian and Authoritarian Regimes...", cit., pp. 187-252; K. D. Bracher, "Totalitarismo", artículo de la *Enciclopedia del Novecento*, VII, Roma, 1984; D. Fisichella, *Totalitarismo*, Roma, 1987; E. F. Paul, *Totalitarianism at the Crossroads*, Londres, 1990; D. Peschanski, "Le concept du totalitarisme", en D. Peschanski, M. Pollak, H. Rousso, *Histoire politique et sciences sociales*, Bruselas, 1991, pp. 189-214.
197 Duverger, *I partiti politici*.
198 R. Aron, *Démocratie et totalitarisme*, París, 1965, pp. 93, 233 y 238-239. (Reproduce un ciclo de lecciones dictadas entre 1957 y 1958.)
199 H. Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, 1981, pp. 505-509 [corresponde al vol. 3, *Totalitarismo*; ed. orig. Nueva York, 1951. Gentile cita según trad. it.].
200 Cf. Germino, *The Italian Fascist Party...*, cit., pp. 132-133.
201 Ibídem, p. 144.
202 Ibídem, pp. 174 y ss.
203 Ibídem, pp. 16-17.
204 Ibídem, pp. 15-16.
205 Ibídem, p. 31.
206 Gentile cita según la trad. it., *I tre volti del fascismo*, Milán, 1966.
207 Ibídem, p. 429.
208 Ibídem, pp. 430-431.
209 Ibídem, p. 434.
210 Ibídem, pp. 440-441.
211 Ibídem, pp. 367 y 317-318.
212 Ibídem.
213 Ibídem, pp. 444 y ss.

214 Ibídem, p. 450.
215 Ibídem, p. 451.

3. Las investigaciones y el debate en la historiografía de los últimos treinta años

216 E. Santarelli, *Storia del movimento e del regime fascista*, Roma, 1967; E. Ragionieri, "La storia politica e sociale", en la *Storia d'Italia* de la Editorial Einaudi, IV, 3, Turín, 1976; G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna*, VIII-X, Milán, 1978-1984; D. Veneruso, *L'Italia fascista (1922-1945)*, Bolonia, 1981; A. De Grand, *Breve storia del fascismo*, Roma-Bari, 1983.
217 Cf. por ejemplo F. Cordova, *Le origini dei sindacati fascisti*, Roma-Bari, 1974; B. Uva, *La nascita dello Stato corporativo e sindacale fascista*, Asís-Roma, s/f; G. Sapelli, *Fascismo grande industria e sindacato. Il caso di Torino 1929-1935*, Milán, 1975.
218 Cf. A. Acquarone, "La milizia volontaria nello Stato fascista", *La Cultura*, 1964, pp. 259-274, ahora reproducida en *Il regime fascista...*, cit., pp. 85-111; E. Valleri, "Dal partito armato al regime totalitario: la Milizia", *Italia contemporanea*, octubre-diciembre de 1980, pp. 31-60.
219 Cf. M. Giuntella, "I Gruppi universitari fascisti nel primo decennio del regime", *Il movimento di liberazione in Italia*, abril-junio de 1972, pp. 3-38; F. De Negri, "Agitazioni e movimenti studenteschi nel primo dopoguerra in Italia", *Studi storici*, 1975, núm. 3, pp. 733-763; P. Nello, *L'avvanguardismo giovanile alle origini del fascismo*, Roma-Bari, 1978; N. Zapponi, "Il partito della gioventù", *Storia contemporanea*, julio-octubre de 1982, pp. 569-633; C. Betti, *L'Opera Nazionale Balilla e l'educazione fascista*, Florencia, 1984; S. Bartoloni, "Il fascismo femminile e la sua stampa: la 'Rassegna Femminile Italiana' (1925-1930)", *Nuova DWF*, 1982, núm. 21, pp. 143-169; D. Detragiache, "Il fascismo femminile da San Sepolcro all'affare Matteotti (1918-1925)", *Storia contemporanea*, marzo-abril de 1983, pp. 211-251; L. Goglia, "Fascismo d'esportazione", *Storia-dossier*, julio-agosto de 1988; M. Fraddosio, "La donna e la guerra. Aspetti della militanza femminile nel fascismo: dalla mobilitazione civile alle origini del SAF nella Repubblica Sociale Italiana", *Storia contemporanea*, diciembre de 1989, pp. 1105-1181.
220 Cf. V. De Grazia, *Consenso e cultura di massa nell'Italia fascista*, Roma-Bari, 1981. [Los *dopolavoro* gerenciaban las actividades recreativas y asistenciales para los trabajadores.]

221 Cf. P. V. Cannistraro, *La fabbrica del consenso. Fascismo e Mass Media*, Roma-Bari, 1974; E. Gentile, *Le origini dell'ideologia fascista*, Roma-Bari, 1975; D. Marchesini, *La scuola dei gerarchi*, Milán, 1976; T. M. Mazzatosta, *Il regime fascista tra educazione e propaganda 1935-1943*, Bolonia, 1978; M. Ostenc, *La scuola fascista italiana durante il fascismo*, Roma-Bari, 1981.
222 A. Aquarone, *L'organizzazione dello Stato totalitario*, Turín, 1965.
223 Ibídem, pp. 34-35.
224 Ibídem, pp. 45-46.
225 Ibídem, p. 47.
226 Ibídem, p. 175.
227 Ibídem, p. 176.
228 Ibídem, pp. 182-183.
229 Ibídem, p. 263.
230 Ibídem, p. 302.
231 Ibídem, p. 164.
232 R. De Felice, "Giovanni Preziosi e le origini del fascismo (1917-1931)", *Rivista storica del socialismo*, 1962, núm. 17, pp. 545-546.
233 R. De Felice, *Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo*, Turín, 1972, pp. 64-65.
234 Íd., *Mussolini il rivoluzionario*, Turín, 1965, p. xxii.
235 Íd., *Mussolini il fascista*, I, *La conquista del potere*, Turín, 1966, p. 20.
236 Ibídem, p. 170.
237 Ibídem, p. 115.
238 Ibídem, pp. 427-429.
239 Ibídem, pp. 438-439. Acerca de las relaciones entre PNF y prefectos, el único estudio de conjunto sigue siendo el de R. C. Fried, *Il prefetto in Italia*, trad. it., Milán, 1967, pp. 150-183.
240 Ibídem, pp. 584-585.
241 De Felice, *Mussolini il fascista*, II, cit., pp. 55 y ss.
242 Ibídem, p. 66.
243 Ibídem, pp. 190-191.
244 R. De Felice, *Mussolini il duce*, I, *Gli anni del consenso*, Turín, 1974, p. 224.
245 Íd., *Mussolini il fascista*, II, cit., p. 192.
246 Ibídem, pp. 297-298.
247 Ibídem, pp. 299-300.
248 Ibídem, p. 314.
249 De Felice, *Mussolini il duce*, I, cit., p. 199.
250 De Felice, *Mussolini il fascista*, II, cit., p. 177.

251 Ibídem, p. 179.
252 Ibídem, p. 188.
253 Ibídem, p. 180.
254 Ibídem, pp. 195-200.
255 De Felice, *Mussolini il duce*, I, cit., p. 209.
256 Ibídem, p. 211.
257 Ibídem, p. 226.
258 Ibídem, p. 217.
259 Ibídem, p. 227.
260 Ibídem, p. 221.
261 Ibídem, pp. 299-300.
262 Ibídem, p. 225.
263 Ibídem, p. 228. [Cf. *Inf.*, XXVII, 119-20: "né (...) puossi / per la contradizion che nol consente". Se refiere a conceptos inconciliables. T.]
264 De Felice, *Mussolini il duce*, II, *Lo Stato totalitario*, Turín, 1981, p. 707.
265 Íd., *Mussolini l'alleato*, I, *L'Italia in guerra 1940-1943*; II, *Crisi e agonia del regime*, pp. 972-973.
266 Ibídem, p. 898.
267 Ibídem, p. 976.
268 De Felice, *Mussolini il duce*, I, cit., p. 180.
269 Íd., *Mussolini il fascista*, II, cit., pp. 8-10.
270 A. Lyttelton, *La conquista del potere*, trad. it., Roma-Bari, 1974, pp. 3-4.
271 Ibídem, p. 241.
272 Ibídem, p. 86.
273 Ibídem, pp. 357-358.
274 Ibídem, pp. 270-273.
275 Ibídem, pp. 283-287, acerca de la corriente disidente; pp. 292-301, acerca del revisionismo.
276 Ibídem, pp. 436 y ss.
277 Ibídem, pp. 483 y ss.
278 Ibídem, pp. 494-498.
279 Ibídem, p. 688.
280 Ibídem, p. 689.
281 Ibídem, p. 690.
282 E. Ragionieri, "Il partito fascista (appunti per una ricerca)", en *La Toscana nel regime fascista*, I, Florencia, 1971, p. 82.
283 G. Galli, *I partiti politici*, Milán, 1974.
284 Ibídem, pp. 231-239.
285 Ibídem, pp. 251-252.

286 Ibídem, pp. 253-255.
287 W. Schieder, "Die Strukturwandel der faschistischen Partei Italiens in der Phase der Herrschaftsstabiliserung", en íd. (ed.), *Faschismus als soziale Bewegung*, Hamburgo, 1976, pp. 69-69.
288 M. Palla, *Firenze nel regime fascista (1929-1934)*, Florencia, 1977, p. 28.
289 Entre los estudios recientes de historia local del fascismo que dedican mayor atención al rol del PNF durante el período del régimen, señalamos en especial, más allá de las colaboraciones incluidas en *Storia in Lombardia*, núms. 1-2, 1989, y en *Italia contemporanea*, septiembre de 1991: R. Martinelli, "Il partito nazionale fascista in Toscana. 1939-1943", *Italia contemporanea*, marzo de 1985, pp. 33-54; M. Storchi, "Un Ventennio reggiano", *Contributi*, núms. 19-20, 1986, pp. 120-283; M. Zangarini, *Politica e società a Venezia in epoca fascista*, Verona, 1986.
290 M. Saija, *Un "soldino" contro il fascismo*, Catania, 1981, pp. 7-10.
291 V. Cappelli, "Politica e politici", en *Le regioni dall'Unità a oggi. La Calabria*, Turín, 1985, p. 542. [*Popolari* se refiere a integrantes del Partito Popolare Italiano, fundado en 1919 por L. Sturzo e A. De Gasperi.]
292 Ejemplo típico, pero por cierto no ejemplar, de esa tendencia es un estudio acerca de Nápoles durante el período fascista (P. Varvaro, *Una città fascista. Potere e società a Napoli*, Palermo, 1990), en el que resulta oportuno detenerse, porque es el primer estudio de historia local que, en su prefacio, promete "una reconstrucción global de la organización totalitaria de una ciudad fascista" (p. 11). El autor parece no menospreciar la importancia del totalitarismo fascista. De hecho, sostiene que pocas otras veces "como en la época fascista prevaleció [...] la imposición de un modelo unitario sobre la configuración centrífuga del sistema regional italiano" (ibídem); repetidas veces habla de "afirmación del sistema totalitario" (p. 126), de "régimen totalitario de masas" (p. 203), de "instauración del régimen totalitario" (p. 205), de "años del totalitarismo" (p. 209). E inclusive, de las reflexiones de la conclusión, llegamos a saber que la dictadura fue "una etapa fundamental en el desarrollo de la sociedad local" (p. 204); que "la innovación consiste en la conversión de todo el conjunto de actividades sociales en elementos de participación política"; que en los años treinta se hizo realidad "el pasaje de una sociedad de individuos y de comunidades espontáneas a una sociedad de grupos organizados y de masas" (p. 215). El autor también afirma que con "la llegada de ese nuevo régimen el impulso para el cambio se radicaliza, poniendo en marcha una serie de transformaciones en cadena dentro de la esfera de las

mentalidades, de las relaciones económicas, de la vida social"; por ese motivo el fascismo "cumple, pues, con ambos requisitos de la teoría modernizadora: en sentido restrictivo, como etapa de aceleración del cambio; en términos más amplios, como proceso global de transformación de la economía, de la sociedad, de la política" (p. 219).

Esos son juicios ciertamente innovadores, con respecto a las evaluaciones tradicionales, y también críticamente muy espinosos en el marco de una interpretación del totalitarismo fascista, siempre que, desde luego, expresiones como "sistema totalitario", "totalitarismo", "participación política", "modernización" tengan, para quien las emplea, algún significado saliente para el fenómeno estudiado. En el caso que nos ocupa, cabe dudar al respecto, tan pronto como el propio autor desmiente la validez de esos juicios, al tiempo que invierte, en la misma conclusión, su interpretación, sin percatarse de la estridente contradicción en que encallará. De hecho, él pone a la par de los juicios ya citados las más trilladas observaciones acerca del "proceso totalitario incompleto" (p. 81), hablando de "renuncia [del fascismo] a una proyección local del modelo totalitario" (p. 78); de "paréntesis totalitario" (p. 203); de "contexto de estasis generalizada" porque "el encuadramiento de la casi totalidad de la población activa en las asociaciones políticas, sindicales, de *dopolavoro* y deportivas del régimen sólo incide en medida marginal sobre las modalidades de involucrarse políticamente de los estratos sociales burgueses y populares" (p. 216); de "superficialidad de la ideología totalitaria que fagocita la adecuación pasiva antes que una adhesión consciente e institucionalizada" (p. 222).

Frente a esos juicios contradictorios, el totalitarismo fascista, del que tanto se habla en ese ensayo, queda para el lector, y por cuanto nos parece también para el autor, como un objeto de carácter indefinido o, por lo menos, de irrelevante evanescencia. Con todo, eso no debería causar sorpresa, más allá de las contradicciones de juicio, en la medida en que para el autor parece ser un imperativo ignorar, al ocuparse de totalitarismo fascista, la problemática de los orígenes, de la índole y de los objetivos de ese totalitarismo. En efecto, al trazar sus conclusiones no falta siquiera el estallido petardista de una ritual polémica contra la supuesta "invasividad de las fuentes históricas del fascismo", que llevaría a "entender erróneamente la envergadura de la brecha entre fenómenos de movilización de masas y procesos de adhesión orgánica, vale decir, entre propósitos y concreciones del régimen totali-

tario". Dicha "invasividad" –de la que, como por lo demás es inevitable, no se salva siquiera el ensayo en cuestión– habría llevado a quien ahora escribe a tomar "con plena arbitrariedad", e incluso "antes de corroborar la efectiva conclusión de la parábola totalitaria", el totalitarismo "como término de interpretación de la política de masas del fascismo" (p. 214). Como prueba de esa arbitrariedad, el autor cita, extrapolándola del contexto de la línea argumentativa que la acompaña, una afirmación nuestra acerca de la tendencia del totalitarismo fascista "a transformar a las masas en una colectividad organizada impregnada de mitos fascistas y partícipe entusiasta de los emprendimientos de poderío decididos por el Duce". Por su parte, el autor, haciendo gala de ignorar lo observado varias veces por nosotros, y también en el texto citado por él, respecto del vínculo entre mito y realidad en el totalitarismo fascista, cree refutar esa afirmación –mientras que en realidad no hace más que parafrasearla– aseverando que "el rasgo más original del fascismo es representado más bien por el intento de uniformar las conductas a un modelo de referencia ideológico, en el afán de imponer una organización centralizada y monocrática a las distintas manifestaciones de la vida urbana" (p. 215).

293 Cf. P. Nello, "La vocazione totalitaria del fascismo e l'equivoco del filofascismo liberale e democratico. Il caso di Pisa (1919-1926)", *Storia contemporanea*, junio de 1989, pp. 393-446; agosto de 1989, pp. 661-664; P. Giovannini, *"Tutto da abbattere, tutto da creare". Le origini del fascismo nella provincia pesarese (1919-1922)*, Bolonia, 1993.

294 Cf. *supra*, n. 219. De destacada importancia, en el ámbito de las investigaciones acerca de la política del Partido Fascista, son nuevas vetas de indagación respecto de aspectos específicos hasta ahora ignorados o descuidados por los estudiosos, como por ejemplo los referidos a la actuación del PNF en las colonias y la militancia fascista femenina durante los años del régimen, que modifican sustancialmente las interpretaciones de la historiografía tradicional acerca del PNF. La importancia de las organizaciones del PNF en las colonias fue puesta cabalmente en evidencia en sus rasgos generales por Luigi Goglia ("Fascismo d'esportazione", cit., pp. 14-15): "La intromisión del PNF tendía [...] sistemáticamente a pasar los límites y entrar en la vasta área de competencia de la administración colonial, tanto que la acción del PNF en el África colonial italiana bien puede confirmar a ese partido como organismo, si bien fuertemente desprovisto justamente a escala de producción y de debate político, omnívoro y omnipresente, y pres-

tar testimonio de cuán grande era, junto a la sólida y capilar capacidad de control social y político, su proyección en conquista de fronteras siempre nuevas para su poder en la sociedad y en el estado.
"Y después de la conquista de Etiopía el Partido Fascista conformó en las colonias italianas un auténtico polo de poder que, más que escoltarlo, estaba en competición con el civil y el militar. Otro tipo de contradicción refleja el conflicto entre el activismo de tendencia totalitaria del PNF y la realidad colonial, consistente en el impulso para organizar bajo una divisa política a los colonizados, lo que en cierto modo equivale a modernizarlos, a otorgarles, si bien extrañada y distanciadora, una embrionaria conciencia política que, a la larga, al topar contra la legislación racista de 1938, que taxativamente apartaba a los ciudadanos regnícolas arios de los árabes libios y de los judíos libios y de los súbditos coloniales de la AOI [África Oriental Italiana], podía generar una reacción completamente contraria a la deseada".
En cuanto concierne al problema de la militancia femenina en el Partido Fascista, una nueva perspectiva de interpretación surge de las investigaciones de Maria Fraddosio acerca de aspectos generales y específicos de la política fascista para con la mujer, como, por ejemplo, el papel de la mujer en la movilización civil en la segunda mitad de la década de 1930 y durante la Segunda Guerra Mundial, hasta la experiencia de la República Social ("La donna e la guerra. Aspetti della militanza femminile nel fascismo: dalla mobilitazione civile alle origini del SAF nella Repubblica Sociale Italiana", cit., p. 1106): "En el partido –señala acertadamente Fraddosio– coexisten, seguramente hasta que se desploma el régimen, expresiones de sus dos matrices: la nacionalista, conservadora, y la *movimentista*, vitalista, "revolucionaria"; dos mentalidades, de las que mana un ideal de nueva femineidad fascista que puede circunscribirse en el trinomio esposa-madre-ciudadana. En cuanto al arquetipo de esposa y madre, cara al hombre y al político Mussolini, este revela su ductilidad y su ambigüedad, directamente ligadas a los momentos y a las urgencias de las situaciones".

295 Zapponi, "Il partito della gioventù", cit., pp. 575 y 578.

296 Cf. A. Spinosa, *Starace*, Milán, 1981; S. Setta, "Achille Starace", en *Uomini e volti del fascismo*, volumen al cuidado de F. Cordova, Roma, 1981, pp. 445-472.

297 H. D. Fornari, *La suocera del regime*: "La vita e la carriera politica di Roberto Farinacci il jerarca fascista 'più fascista del duce'"; trad. it., Mondadori, Verona, 1972; íd., "Roberto Farinacci", en *Uomini e volti del*

fascismo, cit., pp. 215-241; trad. it., Milán, 1972; primera versión, Mussolini's Gadfly; Roberto Farinacci, Nashville, Vanderbilt University Press, 1971; íd., P. Morgan, "Augusto Turati", ibídem, pp. 475-519; R. Chiarini, *L'armonia e l'ordinamento. L'ascesa del fascismo nella Brecia di Augusto Turati*, Milán, 1988; P. Corsini, *Il feudo di Augusto Turati. Fascismo e lotta politica a Brescia (1922-1926)*, Milán, 1988.

298 Giuriati, *La parabola di Mussolini*, cit., pp. xxxii-xli.

299 F. W. Deakin, *Storia della repubblica di Salò*, trad. it., Turín, 1962; título original: *The brutal friendship. Mussolini, Hitler and the fall of Italian Fascism*, Londres, 1962; G. Bianchi, *Perchè e come cadde il fascismo*, Milán, 1982.

300 J. J. Linz, "Some Notes Toward a Comparative Study of Fascism in Sociological Historical Perspective", en W. Laqueur (ed.), *Fascism. A Reader's Guide*, Londres, 1976, pp. 43 y ss.

301 J. Petersen, "Elettorato e base sociale del fascismo italiano negli anni Venti", *Studi storici*, julio-septiembre de 1975, pp. 627-669.

302 P. Farneti, "La crisi della democrazia italiana e l'avvento del fascismo: 1919-1922", en J. J. Linz, *La caduta dei regimi democratici*, Bolonia, 1981, pp. 205-249.

Para ese tipo de análisis, y para el estudio de la clase dirigente fascista, se cuenta fundamentalmente con el volumen de Mario Missori, en *Gerarchie e Statuti del PNF*, Roma, 1987. Hacen útiles aportes al estudio de la clase política fascista local M. Zangarini, "La composizione sociale della classe dirigente nel regime fascista. Il caso di Verona", *Italia contemporanea*, julio-septiembre de 1978, pp. 27-47; D. Comini, "Ricerche sulla classe politica bresciana nel periodo fascista (1923-1938)", *La resistenza bresciana*, abril de 1980, pp. 5-35; G. Rochat, "Rapporti di potere nella Ferrara fascista", *Rivista di Storia contemporanea*, octubre de 1982, pp. 605-649; M. Palla, "I fascisti toscani", en *Storia d'Italia. Le regioni dall'Unità. La Toscana*, volumen al cuidado de G. Mori, Turín, 1986, pp. 455-528; M. Serena Piretti, "La classe politica dell'Emilia Romagna durante il ventennio fascista", en *Il PNF in Emilia Romagna*, Milán, 1988, pp. 260-370. En ese ámbito de investigaciones, un aporte especialmente útil lo ofrece la investigación de M. Salvati, *Il Regime e gli impiegati*, Roma-Bari, 1993. Desarrollando, entre otros elementos, las propuestas de Lasswell acerca de la clase política fascista, Salvati llama la atención sobre lo novedoso y la importancia de la formación, en especial durante los años treinta, junto a la burocracia estatal, de una "segunda burocracia", constituida por un "distinto y de envergadura

creciente núcleo de burocracias parapúblicas, estrechamente ligadas al ascenso de la clase política fascista" (p. 42). Más allá de ese tema específico, la indagación de Salvati pone de relieve, confirmando la validez del abordaje interpretativo de la nueva historiografía acerca del PNF, la formación de un "*nuevo* estrato pequeño burgués construido por el fascismo caracterizado no tanto por poseer un diploma o ejercer un oficio (frecuentemente esto *también* está presente), cuanto por su ubicación dentro de una estructura institucional especializada en el manejo político de la sociedad" (p. 53), como era el Partido Fascista. Desde ese punto de vista, no puede menospreciarse, por cierto, el efecto de los cambios innovadores producidos por el Partido Fascista con la formación de una nueva clase política mediante una articulación unitaria extendida por todo el territorio nacional y la amplificación de la red burocrática por intermedio del partido mismo, con el surgimiento, junto a la pequeña burguesía prevalentemente meridional, tradicional reservorio de la burocracia, de un nuevo personal burocrático y pequeño burgués, "pero provisto de nuevas nociones, preferentemente originario de las regiones centro-septentrionales del país y cuya carrera depende explícitamente del vínculo con la política". De hecho, señala Salvati, lo característico de "la obra del fascismo-régimen es la creciente expansión de las redes de enlace entre centro y periferia en todas las instancias del accionar social y, por ende, también nuevas oportunidades de movilidad (territorial y social) a lo largo de los tramos de esa red y una creciente estandarización entre los agentes de enlace". A partir de mediados de los años veinte "y con nitidez cada vez mayor en los años treinta se perfila, pues, en el país una doble escala jerárquica, por primera vez igualmente ramificada desde el centro hasta la periferia; una con eje en la burocracia estatal tradicional, la otra tendiente, en cambio, a ampliar el control de la sociedad sobre la base, sin embargo, de una autoridad cimentada en el estado, pero proveniente, en especial, del monopolio de un poder político ejercido al explotar plenamente la modernización en marcha en el país" (pp. 49-50). Durante el transcurso de los años treinta, se asiste efectivamente, tras la fachada del venerado culto del *sentido del estado* y de la subordinación a aquel, a la "creciente subordinación –no formal, sino práctica, módica, cotidiana– del estado al partido". También mediante el paulatino tránsito de la "*fascistización* de la burocracia [...] a su *partidización*" (pp. 196-197).

303 P. Pombeni, *Demagogia e tirannide. Uno studio sulla forma partito del*

fascismo, Bolonia, 1984. De ninguna utilidad historiográfica es, en cambio, el volumen de R. Lazzero, *Il Partito Nazionale Fascista*, Milán, 1985.

304 Por ejemplo: *Roberto*, en lugar de Renato Ricci (p. 47); *Arienzo*, en lugar de Arangio Ruiz (p. 30); *Oviglio Caradonna* "vota" (p. 31), en vez de Aldo Oviglio y Giuseppe Caradonna; "el oscuro Iti Bacci Fiume" (p. 226) es el fiumano Iti Bacci (Bacich), legionario, miembro del Consejo Nacional de Fiume, director de *La Vedetta d'Italia*, elegido por Giuriati como uno de los dos vicesecretarios del PNF por sus pasados vínculos de colaboración durante la empresa de Fiume: Cf. Giuriati, *La parabola di Mussolini*, cit., p. 130, y también su *Con D'Annunzio e Millo*, Florencia, 1954, pp. 11, 52, 114-115; la reducción de los vicesecretarios del PNF de cuatro a dos no tuvo lugar con Giuriati (p. 226) sino que había sido efectuada por Turati: cf. *Foglio d'ordini*, núm. 55, 1º de octubre VII [1928]; el ingreso de Scorza y Klinger en el directorio no se produjo con Giuriati (ibídem) sino con Turati, etcétera.

305 Ibídem, p. 435.

306 A. Panebianco, *Modelli di partito*, Bolonia, 1982, p. 104, donde se observa acertadamente que "los rasgos organizativos de cualquier partido dependen, además de otros factores, de cómo nació y se afianzó esa organización. Las modalidades de formación de un partido, los rasgos tutelares de su *génesis* están, en efecto, en condiciones de ejercer una gravitación sobre los rasgos organizativos aun a décadas de distancia".

307 Pombeni, *Demagogia e tirannide...*, cit., p. 109.

308 Ibídem, pp. 225-227.

309 En lo relativo a esta diferente evaluación del secretariado de Giuriati y, en términos generales, de su figura política, remitimos a nuestra introducción a Giuriati, *La parabola di Mussolini*, cit. Esas memorias de Giuriati no están citadas en el ensayo de Pombeni.

310 Pombeni, *Demagogia e tirannia*, cit., p. 109.

311 Ibídem, p. 256.

312 Cf. E. Gentile, *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma-Bari, 1993.

313 Aquarone, "La milizia volontaria...", cit., p. 256.

314 Ibídem, pp. 264-265.

315 Cf. R. De Felice, L. Goglia, *Storia fotografica del fascismo*, Roma-Bari, 1981, pp. vii-xx; R. De Felice, *Le interpretazioni del fascismo*, Roma-Bari, 1983, pp. v-xxiii, y sobre todo el capítulo "Il regime di fronte al proprio futuro: il 'totalitarismo fascista'", en *Mussolini il duce*, II, cit.

316 De Felice, *Mussolini il duce*, II, cit., pp. 8 y ss.

317 Íd., *Mussolini il fascista*, II, cit., pp. 300-301.
318 Íd., *Mussolini il duce*, II, cit., pp. 82-84.
319 E. Gentile, *Le origini dell'ideologia...*, cit., pp. 422-428.
320 Cf. De Felice, Goglia, *Storia fotografica del fascismo*, cit., p. xix; De Felice, *Mussolini il duce*, II, cit., pp. 66 y 82.
321 Cf. E. Gentile, "Il partito nel totalitarismo fascista", ponencia presentada en el simposio de la Asociación Mediterránea Latinoamericana (Florencia, 23-27 de noviembre de 1982); "Italian Right-wing radicalism: Myth and Organisation", en R. Bosworth y G. Cresciani (eds.), *Altro Polo. Intellectuals and Their Ideas in Contemporary Italy*, Sydney, 1983; "Il problema del partito nel fascismo italiano", *Storia contemporanea*, junio de 1984, pp. 347-370; "Partito, Stato e Duce nella mitologia e nella organizzazione del fascismo", ponencia en el convenio acerca de *Fascismo e nazionalsocialismo* del Istituto Italo-Germanico di Trento (10-14 de noviembre de 1984), luego incluido en *Fascismo e nazionalsocialismo*, volumen al cuidado de K. D. Bracher y L. Valiani, Bolonia, 1986, pp. 265-294; "La natura e la storia del partito nazionale fascista nelle interpretazioni dei contemporanei e degli storici", *Storia contemporanea*, junio de 1985, pp. 521-607; "Le rôle du parti dans le laboratoire totalitaire italien", *Annales Economie Sociétés Civilisations*, mayo-junio de 1988, pp. 567-591; *Storia del partito fascista. 1919-1922. Movimento e milizia*, Roma-Bari, 1989; *Il culto del littorio*, cit.

4. Partido, estado y Duce en la mitología y en la organización del fascismo

322 F. di Pretoro, "Il nostro 'mito'. La patria e l' impero", *Il Popolo d'Italia*, 5 de julio de 1922.
323 PNF, *La dottrina del fascismo*, Roma, 1936, p. 67.
324 U. Indrio, "Sull'educazione politica degli italiani", *Costruire*, junio de 1942.
325 Cf. E. Gentile, *Il mito dello Stato nuovo*, Roma-Bari, 1982, p. 266.
326 C. Pellizzi, *Problemi e realtà del fascismo*, Florencia, 1924, p. 66.
327 G. Gamberini, "Il Popolo e lo Stato", *Il Popolo d'Italia*, 25 de noviembre de 1926.
328 G. Gamberini, "Sistematizzare la fede", *Il Popolo d'Italia*, 4 de abril de 1928.
329 Para algunos intentos, no siempre persuasivos, de análisis compara-

tivo entre régimen fascista y régimen nacionalsocialista, cf. W. Schieder, "La Germania di Hitler e l'Italia di Mussolini. Il problema della formazione dei regimi fascisti", *Passato e Presente*, núm. 9, 1985, pp. 39-65; *Fascismo e nazionalsocialismo*, volumen al cuidado de K. D. Bracher, L. Valiani, Bolonia, 1986; P. Burrin, "Les structures du pouvoir dans l'Italie fasciste et l'Allemagne nazie", *Annales Economie Sociétés Civilisations*, mayo-junio de 1988, pp. 615-637; M. Bach, *Die charismatischen Führerdiktaturen. Drittes Reich und italienischer Faschismus im Vergleich ihrer Herrschaftsstrukturen*, Baden-Baden, 1990.

330 M. Barberito, "Il Partito e la Scuola", *Costruire*, marzo de 1940.

331 *Venti anni*, Roma, 1942, vol. 1, pp. 147-148.

332 Pellizzi, *Problemi e realtà del fascismo*, cit., pp. 164-165.

333 Íd., *Il partito educatore*, Roma, 1941, pp. 43-44.

334 "Problema politico", *Il Popolo d'Italia*, 15 de diciembre de 1929.

335 N. D'Aroma, *Il popolo nel fascismo*, Roma, 1932, p. 88.

336 E. Ludwig, *Colloqui con Mussolini*, Milán, 1932, pp. 121-122.

337 G. Bortolotto, *Lo Stato e la dottrina corporativa*, Bolonia, 1930, p. 35.

338 P. De Francisci, *Civiltà romana*, Roma, 1939, p. 42.

339 PNF, *Il cittadino soldato*, Roma, 1936, p. 13.

340 G. Bottai, *Incontri*, Verona, 1943, p. 124 (discurso del 4 de mayo de 1930).

341 Cf. E. Gentile, "Il mito di Mussolini", *Mondo operaio*, julio-agosto de 1983, p. 123.

342 PNF, *Il primo libro del fascista*, Roma, 1939.

343 Cf. Gentile, *Il mito di Mussolini*, cit., p. 125.

344 Ibídem, p. 126. [Giuriati alude a un pasaje de interpretación especialmente controversial entre los comentadores: *Inf.*, I, pp. 101 y ss. El significado literal de *veltro* es 'lebrel'. Él es quien habrá de ahuyentar, vencer, a la loba, encarnación de la *cupidigia*. Se propusieron –por mencionar sólo las más afines a la propuesta de Giuriati– muchas identificaciones con personajes contemporáneos a la composición del poema (Uguiccione della Faggiola, Cangrande della Scala, etc.); con Cristo, santos, ángeles o arcángeles; o incluso con el propio Dante. Para mayor detalle, pueden consultarse los comentarios de Boccaccio, Vossler, Olschki o Sapegno. T.]

345 Ibídem.

346 G. Bottai, *Diario 1935-1944*, texto al cuidado de G. B. Guerri, Milán, 1982, pp. 246-247.

347 C. Costamagna, *Storia e dottrina del fascismo*, Turín, 1938, p. 419.

348 Bottai, *Diario*, cit., p. 123 (el destacado nos pertenece).
349 G. Bottai, "I miti moderni", *Critica fascista*, 15 de febrero de 1942.
350 R. Aron, *Teoria dei regimi politici*, trad. it., Milán, 1973, p. 239.
351 Cf. E. Gentile, "Il fascismo fu una rivoluzione?", *Prospettive Settanta*, octubre-diciembre de 1979, pp. 594-595.
352 Cf. J. Petersen, "La nascita del concetto di 'Stato totalitario' in Italia", *Annali dell'Istituto Storico Italo-Germanico in Trento*, 1975, 1, pp. 143-168.

5. El rol del partido en el laboratorio totalitario fascista

353 *Il Popolo d'Italia*, 11 de enero de 1921.
354 M. Piazzesi, *Diario di uno squadrista toscano 1919-1922*, al cuidado de M. Toscano, Roma, 1980, pp. 198-199.
355 Cf. *Il Popolo d'Italia*, 15 de diciembre de 1921.
356 I. Balbo, *Diario 1922*, Milán 1932, p. 43.
357 B. Mussolini, *Opera omnia*, al cuidado de E. y D. Susmel, 35 vols., Florencia, 1951-63, XVIII, p. 437.
358 Cf. *Il Popolo d'Italia*, 4 de octubre de 1921.
359 Cf. E. Gentile, *Storia del partito fascista. 1919-1922. Movimento e milizia*, Roma-Bari, 1989, pp. 494 y ss.
360 Cf. A. Aquarone, *L'organizzazione dello Stato totalitario*, Turín, 1965, p. 101.
361 M. Prélot, *L'empire fasciste*, París, 1936, p. 220.
362 G. Salemi, "L'organizzazione nazionale del partito fascista e i suoi rapporti con lo Stato", *Rivista di diritto pubblico*, 1936, I, p. 325.
363 *Il Gran Consiglio nei primi dieci anni dell'era fascista*, Roma, 1933, p. 24.
364 El texto de los estatutos del PNF desde 1921 a 1938, con otras modificaciones distintas, más el reglamento del PNF de 1938 y las leyes concernientes al Gran Consejo y al PNF, están ahora compilados en el volumen de M. Missori, *Gerarchie e statuti del PNF*, Roma, 1987.
365 Mussolini, *Opera omnia*, cit., XXIV, pp. 141-142.
366 Véase el texto en Missori, *Gerarchie e statuti del PNF*, cit., pp. 367-369.
367 Cf. P. Chimienti, "Il segretario del partito", *Bibliografia Fascista*, octubre de 1932, pp. 595-599.
368 O. Ranelletti, "Il Partito Nazionale Fascista nello Stato italiano", *Rivista di diritto pubblico*, 1939, pp. 37-38.

[369] Acerca de ese problema, cf. L. Schapiro, J. W. Lewis, "The Roles of the Monolithic Party under the Totalitarian Leader", en J. W. Lewis, *Party Leadership and Revolutionary Power in Chine*, Cambridge 1970, pp. 114-145; y L. Schapiro, *The communist Party of the Soviet Union*, Nueva York, 1971, pp. 619-629.
[370] Citado en L. Federzoni, *Italia di ieri per la storia di domani*, Milán, 1967, p. 17.
[371] Cf. G. Gentile, "La legge del Gran Consiglio", *Educazione fascista*, 9 de septiembre de 1928, pp. 513-517.
[372] Mussolini, *Opera omnia*, cit., XXIV, p. 141.
[373] Cf. R. De Felice, *Mussoilni il fascista*, II, *L'organizzazione dello Stato fascista*, Turín, 1968, pp. 187-188.
[374] Esos datos fueron extraídos de una anotación del secretario administrativo del PNF de septiembre de 1930, en el Archivo Giuriati.
[375] *Il Gran Consiglio nei primi dieci anni*, cit., p. 257.
[376] Acerca de esos datos, cf. *Foglio d'ordini* del PNF, núm. 5, 3 de septiembre de 1926; A. Tamaro, *Venti anni di storia 1922-1943*, II, Roma ,1953, p. 223; De Felice, *Mussolini il fascista*, II, cit., pp. 187-188. Acerca de Turati secretario del PNF, cf. P. Morgan, "Augusto Turati", en F. Cordova (ed.), *Uomini e volti del fascismo*, Roma, 1980, pp. 475-519.
[377] Cf. G. Giuriati, *La parabola di Mussolini nelle memorie di un gerarca*, volumen al cuidado de E. Gentile, Roma-Bari, 1981, pp. 131-157.
[378] Obtenemos esas cifras de un cálculo de conjunto a partir de datos biográficos de los jerarcas del PNF, reconstruidos por primera vez por Missori, *Gerarchie e statuti del PNF*, cit., pp. 158-292.
[379] Cf. Tamaro, *Venti anni di storia*, cit., p. 299.
[380] PNF, *Il partito nazionale fascista*, Roma, 1936, pp. 49-51.
[381] Cf. L. Salvatorelli, G. Mira, *Storia dell'Italia nel periodo fascista*, Turín, 1964, p. 390.
[382] Mussolini, *Opera omnia*, cit., XXII, pp. 467-470.
[383] Aquarone, *L'organizzazione dello Stato totalitario*, cit., pp. 74-75.
[384] R. C. Fried, *The Italian Prefects. A Study in Administrative Politics*, New Haven y Londres, 1963, pp. 178 y ss.
[385] Archivio Centralle dello Stato, *Ministero degli Interni, Direzione gnerale di Pubblica Sicurezza* (de ahora en adelante, ACS, MI, DGPS), *Divisione Polizia Politica*, b. 102.
[386] Cf. R. De Felice, *Mussolini il duce*, I, Turín, 1974, p. 202.
[387] Cf. Giuriati, *La parabola di Mussolini*, cit., pp. 299-300.
[388] Archivo Giuriati, apunte de Giuriati, s/f.

389 Cf. T. Cianetti, *Memorie dal carcere di Verona*, Milán, 1983, p. 212.
390 G. Bottai, *Diario 1935-1944*, texto al cuidado de G. B. Guerri, Milán, 1982, p. 128.
391 Cf. Chimienti, "Il segretario del partito", cit.
392 Cf. V. Zangara, *Il partito e lo Stato*, Catania, 1935, pp. 197-204, que enfatiza no poco la figura del secretario del PNF: debe destacarse que el autor, profesor titular de derecho constitucional, era integrante del directorio nacional del PNF, entre 1934 y 1937, y fue vicesecretario del partido desde 1937 a 1939.
393 A. Turati, *Una rivoluzione e un capo*, Roma-Milán, s/f (pero corresponde a 1927), p. 143.
394 Ibídem, p. 38.
395 Cf. E. Gentile, *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma-Bari, 1993, p. 130.
396 ACS, *Segretaria Particolare del Duce, Carteggio riservato*, b. 29, f. 13.
397 Cf. G. Neppi Modona, *La magistratura e il fascismo, in Fascismo e società italiana*, Turín, 1973, pp. 148-149.
398 Cf. G. Parlato, *Il sindacalismo fascista*, II, *Dalla "grande crisi" alla caduta del regime (1930-1943)*, Roma, 1989, pp. 101, 104-107.
399 Cf. C. Toesca di Castellazzo, G. Binello, *Il partito nella vita economica italiana*, Turín, 1938.
400 Acerca de ese aspecto el primero en llamar la atención fue Luigi Goglia, en L. Goglia, F. Grassi, *Il colonialismo italiano da Adua all'Impero*, Roma-Bari, 1981, pp. 221-222 y 234.
401 Respecto de la organización del PNF en las colonias dentro de su "estrategia de expansión", cf. L. Goglia, "Fascismo d'esportazione", *Storia-dossier*, julio-agosto de 1988, pp. 11-17.
402 Cf. C. Giglio, *Partito e impero*, Roma, 1939.
403 *Foglio di disposizioni*, 2 de julio de 1937, núm. 834.
404 Cf. V. De Grazia, *Consenso e cultura di massa nell'Italia fascista*, Roma-Bari, 1981.
405 "Il Partito", *Critica Fascista*, 15 de noviembre de 1939.
406 Bottai, *Diario 1935-1944*, cit., pp. 73-74.
407 "Il giudizio, tratto dal testo inedito delle memorie di Grandi, scritte fra il 1943 e il 1947", en Archivo De Felice, *Carte Dino Grandi*, b. 153, f. 200, con inflexiones menos dramáticas fue confirmato por Grandi en sus recuerdos autobiográficos recientemente publicados: *Il mio paese*, Bolonia, 1985, pp. 554-556. Según Grandi, después de una atenuación de la injerencia del partido durante el secretariado de Muti, los méto-

dos de Starace se reanudaron con mayor impetuosidad a lo largo del secretariado de Serena (ibídem, p. 481).

408 Cf. G. Ciano, *Diario 1937-1943*, al cuidado de R. De Felice, Milán 1980, p. 201.

409 Bottai, *Diario 1935-1944*, cit., p. 161.

410 *Gerarchia*, 1937, pp. 131-132, citado en P. Pombeni, *Demagogia e tirannide*, Bolonia 1984, p. 295.

411 Cf. F. Stramacci, "Sulla riforma della rappresentanza politica nel ventennio fascista: i lavori della Commissione Solmi (1936-38)", *Clio*, 1, 1986, pp. 137-156.

412 U. Bernasconi, "Vita di masse", *Gioventù Fascista*", 1° de mayo de 1934.

413 PNF, *Il cittadino soldato*, Roma, 1936, pp. 23 y 13.

414 D. Detragiache, "Il fascismo femminile da San Sepolcro all'affare Matteotti (1919-1925)", *Storia contemporanea*, marzo-abril de 1983, pp. 211-250; E. Gentile, *Storia del partito fascista 1919-1922. Movimento e Milizia*, Roma-Bari, 1989, pp. 415-418.

415 Cf. de M. Fraddosio, "Le donne e il fascismo. Ricerche e problemi di interpretazione", *Storia contemporanea*, febrero de 1986, pp. 95-135; íd., "La donna e la guerra. Aspetti della militanza femminile nel fascismo dalla mobilizatione civile alle origini del SAF nella Repubblica Sociale Italiana", *Storia contemporanea*, diciembre de 1989, pp. 1105-1181; también E. Mondello, *La nuova italiana*, Roma, 1987.

416 Entrada "Gioventù Italiana del Littorio" del *Dizionario di politica*, publicado por el PNF, Roma 1940, p. 304.

417 ACS, PNF, *Situazione politica per province*, b. 13, Pavia, informe del Secretario Federal, 22 de julio de 1937.

418 Cf. N. Chiappetti, *Il Fascio di combattimento e il gruppo rionale fascista*, Roma, 1937.

419 Citato en M. Palla, *Firenze nel regime fascista 1929-1934*, Firenze, 1978, p. 200.

420 Instituto A. Gramsci, Archivo del Partito Comunista, 1181/1, *Informations sur la situation italienne et le travail du PCI*, 25 de septiembre de 1934.

421 ACS, PNF, *Situazione politica per province*, b. 10, Nuoro, informe del Secretario Federal, 25 de junio de 1935 y 23 de enero de 1936.

422 Cf. P. Nello, *L'avanguardismo giovanile alle origini del fascismo*, Roma-Bari, 1978; C. Betti, *L'Opera nazionale Balilla e l'educazione fascista*, Florencia, 1984.

423 N. Zapponi, "Il partito della gioventú. Le organizzazioni giovanili del fascismo 1926-1943", *Storia contemporanea*, octubre de 1982, pp. 569-633; Tracy H. Koon, *Believe Obey Fight*, Chapel Hill y Londres, 1985; acerca de las relaciones entre el partido y el Ministerio de Educación nacional, cf. M. Ostenc, *La scuola italiana durante il fascismo*, Roma-Bari, 1981.

424 Archivo Serena, *Relazione sull'attività della GIL nell'anno XIX.*

425 Cf. Zapponi, "Il partito della gioventù...", cit., p. 572.

426 Turati, *Una rivoluzione e un capo*, cit., pp. 130-131.

427 Cf. *Atti del PNF, 29 de octubre-28 de octubre XII E.F.*, III, Roma s/f., pp. 80-81.

428 Cf. "Il Centro di preparazione politica. Il Partito per i quadri dirigenti della Nazione", *Libro e Moschetto*, 6 de enero de 1939.

429 Cf. entrada "Gruppi universitari fascisti" del *Dizionario di politica*, cit., p. 400; M. Giuntella, "I Gruppi Universitari Fascisti nel primo decennio del regime", *Il movimento di liberazione in Italia*, abril-junio de 1972, pp. 3-38; P. Nello, *"Il Campano". Autobiografia politica del fascismo universitario pisano (1926-1944)*, Pisa, 1983.

430 C. Marcucci, "La conquista dei giovani", *Stato Operaio*, agosto de 1934.

431 Discurso del 28 de marzo de 1926 incluido en Mussolini, *Opera omnia*, cit., vol. XXII, p. 100.

432 ACS, *Segreteria particolare del Duce, Carteggio riservato*, b. 41.

433 Ibídem.

434 S. Minocchi, "Mistica del Partito", *Rivoluzione*, 20 de enero de 1940, GUF de Florencia.

435 U. Indrio, "Idee sul partito unico", en *Nuova civiltà per la nuova Europa*, Roma, 1941, p. 258.

6. El edificio inconcluso. El estado totalitario del fascismo

436 Acerca de la institución de la Cámara de los Fasci y las corporaciones, cf. F. Stramacci, "Sulla riforma della rappresentanza politica nel ventennio fascista: i lavori della Commissione Solmi (1936-38)", *Clio*, enero-marzo de 1986, pp. 137-156; F. Perfetti, *La Camera dei fasci e delle corporazioni*, Roma, 1990.

437 A. Giannini, "La fase attuale della dottrina dello Stato", en *Studi giuridici in onore di Santi Romano*, I, Padua, 1939, p. 52.

438 Ibídem, p. 48.

439 Ibídem, p. 53
440 R. Lucifredi, "In tema di principii generali dell'ordinamento giuridico fascista", *Stato e diritto*, septiembre-diciembre de 1940, pp. 312-340.
441 Ibídem, p. 334.
442 *Stato e diritto*, marzo-abril de 1940, p. 7.
443 Bottai, Introducción a *Studi giuridici in onore a S. Romano*, cit., p. 3. Acerca de Bottai como ideólogo del estado totalitario, cf. E. Gentile, *Il mito dello Stato nuovo*, Roma-Bari, 1982, pp. 205-239.
444 Cf. *supra*, capítulo 4, n. 351.
445 B. Mussolini, *Opera omnia*, al cuidado de E. y D. Susmel, 35 vols., Florencia, 1951-63, XXI, p. 425 (discurso del 28 de octubre de 1925).
446 PNF, *Il Gran Consiglio nei primi cinque anni dell'Era Fascista*, Roma, 1927, p. xi.
447 Mussolini, *Opera omnia*, cit., XXIV, p. 142 (discurso del 14 de septiembre de 1929).
448 B. Mussolini, "La dottrina del fascismo", en sus *Opera omnia*, cit., XXXIV, p. 119; el original del texto de Gentile, con las modificaciones de Mussolini se conserva en el Archivo de la Fundación Gentile, fasc. "B. Mussolini".
449 M. Morgagni, "Il 'trittico' di Turati", *Rivista illustrata del Popolo d'Italia*, marzo de 1927.
450 Cf. Perfetti, *La camera dei fasci e delle corporazioni*, cit., p. 355. El propio Costamagna, al publicar en 1939 una nueva edición del volumen *Storia e dottrina del fascismo*, sustituyó con la expresión "estado totalitario" la expresión usada previamente: "Estado Nuevo".
451 Cf. V. Crisafulli, "'Regime di massa' e diritto pubblico del nostro tempo', *Stato e diritto*, marzo-abril de 1940, p. 54.
452 E. Crosa, "Sulla classificazione delle forme di governo", en *Studi giuridici in onore di Santi Romano*, cit., I, p. 460.
453 Cf. G. Lucatello, "Profilo giuridico dello Stato totalitario", en *Studi giuridici in onore di Santi Romano*, cit., pp. 585-586.
454 G. U. Bruni, "Sul concetto di Stato totalitario", *Lo Stato*, mayo de 1939, pp. 257-258.
455 Ibídem.
456 Lucatello, "Profilo giuridico...", cit., p. 580.
457 G. D'Eufemia, "Sulla equazione Stato corporativo-Stato totalitario", *Rivista del lavoro commerciale*, I, 1940, p. 505.
458 B. Brunello, "Forme ed esigenze dello Stato totalitario", *Archivio della cultura italiana*, 1940, p. 237.

459 Ibídem, pp. 237-238.
460 Bruni, "Sul concetto di Stato totalitario", cit., p. 261.
461 S. Panunzio, *Teoría generale dello Stato fascista*, Padua, 1939, p. 471.
462 Ibídem, p. 560.
463 C. Curcio, "Lo Stato-partito", en la entrada "Partido" del *Dizionario di politica*, cit., III, p. 381.
464 S. Malvagna, "Posizione costituzionale del PNF", en la entrada "Partito Nazionale Fascista" del *Dizzionario di politica*, cit., III, p. 392.
465 U. Prosperetti, "La posizione del PNF nell'ordinamento dello Stato", *Stato e diritto*, enero-febrero de 1941, pp. 47-50.
466 C. Mortati, "Sulla posizione del partito nello Stato", *Stato e diritto*, julio-octubre de 1941, p. 279.
467 Ibídem. Acerca del problema del Partido Fascista en la interpretación de Mortati, cf. F. Lanchester, "Il periodo formativo di Costantino Mortati", en *Il pensiero giuridico di Costantino Mortati*, volumen a cargo de M. Galizia y P. Grassi, Milán, 1990, pp. 205-214.
468 Para una amplia reseña de esa literatura, cf. P. Pombeni, *Demagogia e tirannide*, Bolonia, 1984, pp. 327 y ss.
469 Panunzio, *Teoria generale...*, cit., p. 567.
470 C. Pellizzi, *Il partito educatore*, Roma, 1941, p. 43.
471 Costamagna, *Storia e dottrina del fascismo*, cit., p. 575.
472 C. Costamagna, "I cosiddetti 'principi generali' del diritto fascista", *Lo Stato*, marzo de 1940, p. 103.
473 *La Legislazione Fascista nella XXIX Legislatura 1934-1939 (XII-XVII)*, vol. I, Roma, sin pie editorial, pp. 12-13.
474 P. Chimienti, "La qualifica costituzionale di 'Duce' al Capo del Governo in Regime fascista", *Gerarchia*, julio de 1938, pp. 443-449.
475 Ibídem, p. 448.
476 Ibídem.
477 Ibídem, p. 449.
478 Cf. P. Biscaretti di Ruffia, "Lo Statuto del PNF dell'anno XVI", *Archivio di diritto pubblico*, 3, 1938, pp. 566-569.
479 "Atti della "Commissione Solmi' (1936-1938)", en Perfetti, *La Camera dei fasci e delle corporazioni*, cit., p. 228 (corresponde a la sesión del 2 de abril de 1937). También en el borrador del informe, preparado por Solmi, se especificaba que el "Duce del Fascismo, Jefe del Gobierno, formará parte con pleno derecho de la nueva Cámara: sólo Él, en cuanto Persona, como ideólogo y sumo *condottiero* de la Revolución [...] El individuo Duce del Fascismo no puede confundirse en el siste-

ma, que impone para los restantes miembros de la Asamblea el automatismo en sus funciones" (ibídem, p. 382).

480 Pagliaro, artículo "Duce" del *Dizionario di política,* cit., I, p. 830.

481 Cf. De Felice, *Mussolini il duce,* II, cit., p. 38.

482 Archivo Serena, *Il PNF nello Stato,* p. 5.

483 Panunzio, *Teoria generale...,* cit., p. 518.

484 C. P., "Il Duce del Fascismo", *Il Diritto fascista,* mayo-junio de 1940, p. 168.

485 *Il Diritto Fascista,* noviembre de 1939-febrero de 1940.

486 Mendozza Cesare Lineamenti giuridici dell istituto del Duce del Fascismo Capo del Governo, Padova, Cedam, 1943.

487 Ibídem, p. 57.

488 Sulla qualifica del "duce", cf. R. De Felice, *Mussolini il duce,* II. *Lo Stato totalitario 1936-1940,* Turín, 1981, pp. 36-38; Pombeni, *Demagogia e tirannide,* cit., pp. 308-309, 398-399, 420-421. En cuanto a la literatura fascista sobre ese tema, cf., sobre todo, Mendozza, *Lineamenti giuridici,* cit., con numerosas referencias bibliográficas.

489 Pellizzi, *Il partito educatore,* cit., p. 30.

490 Chimienti, "La qualifica costituzionale di 'Duce'...", cit., p. 444.

491 Ibídem, p. 446.

492 Ibídem.

493 Cf. Mendozza, *Lineamenti giuridici,* cit., pp. 94 y ss.

494 Panunzio, *Teoria generale...,* cit., p. 153. Tampoco para Donati la propuesta del Gran Consejo era vinculante, cf. D. Donati, "Divisione e coordinamento dei poteri nello stato fascista", *Archivio di diritto pubblico,* I, 1938, p. 19.

495 C. Mortati, "Esecutivo e legislativo nell'attuale fase del diritto pubblico italiano", *Rivista di diritto pubblico,* I, 1940, p. 301.

496 G. Menotti de Francesco, "Il governo fascista nella classificazione delle forme di governo", *Studi guiridici in onore di Santi Romano,* cit., p. 485.

497 Ibídem, pp. 485-486.

498 Ibídem.

499 Mendozza, *Lineamenti giuridici,* cit., p. 87.

500 Ibídem.

501 Ibídem, p. 89. Resulta interesante observar que la circunstancia para una revocatoria de ese tipo, citada como ejemplo, prefiguraba la situación del 25 de julio, pues hipotizaba precisamente el caso de una divergencia entre el Duce y el Gran Consejo: en esa circunstancia, el rey podía intervenir, entre otras maneras, sustituyendo a los miembros

del Gran Consejo "cuando considere que no deja de subsistir la unidad de la Nación en torno a la persona del jefe del Gobierno, para la cual justo él fue convocado a ocupar ese cargo; en vez de ello, puede suplantar al propio Jefe, cuando considere que Aquel ya no se halla en la condición política de Duce del Fascismo" (ibídem, p. 102).

502 G. Lavaggi, "Il duce del fascismo capo del governo", *Costruire*, agosto de 1939, p. 308; Biscaretti di Ruffia, "Lo Statuto del PNF dell'anno XVI", cit., pp. 270-275.

503 Lavaggi, *"Il duce del fascismo..."*, cit., p. 309.

504 Ibídem, p. 308.

505 Cf. Biscaretti di Ruffia, "Lo Statuto del PNF...", cit., p. 569.

506 C. A. Biggini, "La Camera dei Fasci e delle Corporazioni nel nuovo ordinamento costituzionale", en *Studi giuridici in onore di Santi Romano*, cit., p. 559.

507 Ibídem, p. 561.

508 Mendozza, *Lineamenti giuridici*, cit., p. 54.

509 Ibídem, pp. 69-70.

510 Acerca de las actitudes antimonárquicas del PNF y de Mussolini, cf. R. De Felice, *Mussolini il duce*, vol. II, pp. 14-42.

511 Mendozza, *Lineamenti giuridici*, cit., p. 173.

512 Costamagna, "I cosiddetti 'principi generali' del diritto fascista", cit., p. 102.

513 C. Costamagna, *Dottrina del fascismo*, Turín, 1938, p. 454.

514 Panunzio, *Teoria generale...*, cit., p. 519 n.

7. La constante revolución. El proyecto totalitario de Adelchi Serena

515 ACS, PNF, *Situazione politica per province*, b. 1, fasc. "Genova", nota informativa de Génova, 22 de noviembre de 1939. [Durante el "régimen", *Voi*, del lat. postclás. *vos*, en su valor de plural de cortesía o mayestático, era sustituto de rigor para *Lei*, tratamiento formal en tercera persona singular equivalente a *usted* castellano. También se había elevado a norma el *saluto romano*. T.]

516 Carta a Serena.

517 ACS, *Ministero degli Interni, Direzione Generale di Pubblica Sicurezza* (de ahora en adelante, MI, DGPS), Divisione Polizia Politica, 1927-44, b. 223, nota informativa enviada desde Roma, 2 de noviembre de 1939.

518 ACS, PNF, *Situazione politica per province*, b. 7, fasc. "Milano", nota de una fiduciaria, Milán, 9 de enero de 1940.
519 Ibídem.
520 ACS, MI, DGPS, Divisione Polizia Politica, 1927-44, b. 223, nota informativa, Milán, 26 de enero de 1940.
521 C. Ciano, *Diario 1937-1943*, al cuidado de R. De Felice, Milán, 1980, p. 356, nota del 4 de octubre de 1939.
522 Ibídem, p. 362, nota del 30 de octubre de 1939.
523 Ibídem, p. 378, nota del 29 de diciembre de 1939.
524 Ibídem, p. 386, nota del 13 de enero de 1940.
525 Ibídem, p. 390, nota del 28 de enero de 1940.
526 Cf. G. Bottai, *Diario 1935-1944*, al cuidado de G. B. Guerri, Milán, 1982, p. 179, nota del 12 de marzo de 1940.
527 Ibídem, p. 179.
528 Ciano, *Diario*, cit., p. 411, nota del 26 de marzo de 1940.
529 Ibídem, p. 412.
530 Biblioteca "A. Mai", Bergamo, Archivo Capoferri, *L'azione del PNF nell'anno xvii*, p. 8. Acerca de Capoferri como regente del PNF, cf. G. Parlato, *Il sindicalismo fascista*, II, *Dalla "grande crisi" alla caduta del regime (1930-1943)*, Roma, 1989, pp. 141-143.
531 Ibídem, *Discorso al rapporto di Bari* (19 de septiembre de 1940), p. 12.
532 Ibídem, p. 7.
533 Ibídem, p. 5.
534 Ibídem, p. 10.
535 Ibídem, pp. 14-15.
536 *Discorso al rapporto...*, cit.
537 *L'azione del partito...*, cit., p. 3.
538 Bottai, *Diario 1935-1944*, cit., p. 181 (nota del 26 de marzo de 1940).
539 B. Mussolini, *Opera Omnia*, al cuidado de E. y D. Susmel, 35 vols., Florencia, 1951-1963, XXX, p. 36.
540 *Critica Fascista*, 1º de diciembre de 1939.
541 Cf. Bottai, *Diario*, cit., p. 226, nota del 2 de octubre de 1940.
542 Ciano, *Diario*, cit., p. 473.
543 Adelchi Serena nació en L'Aquila el 27 de diciembre de 1895. Su padre era orfebre; su madre era comerciante mayorista. Cuando estalló la Gran Guerra, se contó entre los promotores de las agitaciones estudiantiles en su ciudad, a favor de la intervención. Participó en la guerra como voluntario y, por su acción en el frente, obtuvo el grado de *capitano dei bersaglieri*. No bien concluyó la guerra retomó sus estu-

dios, se graduó en Nápoles en Jurisprudencia en 1920 y se orientó a la actividad forense, que abandonó cuando se dedicó por completo a la política, adhiriendo al fascismo.
Serena no fue un fascista "de la primera hora", pues su adhesión al fascismo se remonta a febrero o marzo de 1921; tampoco fue, en sentido estricto, un escuadrista, aunque tomó parte en algunas expediciones, y no comandó columna alguna en la "marcha sobre Roma", adonde se dirigió el 30 de octubre para participar en el desfile de "camisas negras".
En ese mismo ámbito del fascismo de los Abruzzi, su figura aparece inicialmente en segundo plano con respecto a otros exponentes de relieve nacional, como Giacomo Acerbo y Alessandro Sardi, quien para esa época era el jefe del fascismo aquilano. El ocaso político de Serena empezó después de la llegada del fascismo al poder. Secretario del *Fascio* aquilano desde 1922 a 1923, miembro del directorio federal desde 1922, organizador y cónsul de la 130ª legión de la MVSN en 1923, fue elegido diputado para la *XXVII legislatura* [período parlamentario], por la lista de minoría aliada del "listone", y fue reelegido para los dos períodos siguientes; pero su actividad se limitó a algunas intervenciones esporádicas.
Desde 1926 hasta 1934, ocupó el cargo de *podestà* en L'Aquila. Su nombre aparece marginalmente en las disputas y en los combates que en 1926 pusieron en crisis al fascismo aquilano y llevaron a la expulsión de Sardi del PNF. Sin embargo, justamente a partir de esa fecha se produjo la afirmación política de Serena dentro del PNF: secretario federal en 1928-1929, en 1932 se lo nombró miembro del directorio nacional, fue comisario extraordinario de la federación romana en 1933, y, al final de ese mismo año, fue convocado por Starace para ocupar la vicesecretería del PNF, cargo que conservó hasta octubre de 1939, cuando se lo nombró ministro de obras públicas, que también dejó, para asumir como secretario general del PNF. Cuando presentó la renuncia a este último cargo, Serena pidió al Duce ser enviado al frente bélico, y vivió los últimos años del régimen en Croacia, donde lo sorprendió el armisticio del 8 de septiembre.
No adhirió a la República Social. Vivió clandestino en Roma, donde, desde enero a junio de 1944, tomaría parte, bajo el nombre de Alberto Scerni, en actividades partisanas antialemanas. Una vez terminada la guerra, no intervino en política activa. Murió en Roma el 29 de enero de 1970.

544 Cf. T. Cianetti, *Memorie del carcere di Verona*, volumen al cuidado de

R. De Felice, Milán, 1983, p. 348; V. Panunzio, *Il "secondo fascismo" 1936-1943*, Milán, 1988, p. 133.

545 Ibídem.

546 ACS, *Ministero della Cultura popolare*, b. 216, nota informativa enviada desde Roma, 31 de octubre de 1940.

547 R. De Felice, *Mussolini l'alleato*, vol. 1, tomo 1, Turín, 1990, p. 308.

548 Archivo Pellizzi, *Ispezione senza preavviso alla federazione dei fasci di combatimento di Grosseto, 25 gennaio XIX.*

549 ACS, SPD, CR, b. 39, fasc. "A. Serena", informe del *federale* de Agrigento, 18 de octubre de 1941.

550 Ibídem, informe de la situación en Sicilia, octubre de 1941.

551 Archivo Serena, *Appunto per il Duce*, Roma, 20 de noviembre / XIX.

552 Confidential US State Department Central Files, *Italy, Internal Affairs 1940-1944*, University Publications of America, 1989, *reel 3*, W. Phillips a Sumner Welles, 21 de marzo de 1941.

553 "Analisi e prospettive politiche in un documento del 1941 riveduto da Togliatti", a cargo de G. Amendola, *Critica marxista*, enero-febrero de 1958, p. 91. El régimen –continuaba el documento– "ejerce una influencia importante sobre masas relativamente vastas de la población trabajadora en las ciudades y en el campo. Desde luego, su influencia no es tan profunda y consecuente como entre la juventud; sin embargo, debe reconocerse que también la masa de obreros y campesinos que no fue ganada por los fascistas queda bajo una profunda influencia ideológica. Puede sostenerse que en términos generales la condición de los trabajadores empeoró. Pese a ello, no puede menospreciarse que el fascismo, gracias a sus variadas actividades sociales, logró la miseria en una escala jerárquica amplia, tampoco que en esa miseria el trabajador siempre tiene la impresión de que alguien vela por él, para ayudarlo en su sustento. El fascismo supo organizar la vida y la actividad social de los estratos trabajadores de modo que ninguna expresión importante quede por fuera de su control".

554 Archivo Pellizzi, *Relazione al segretario del partito sulla ispezione alla federazione dei fasci di Siracusa (12-13 de enero de 1941-XIX).*

555 Archivo Serena.

556 P. Succi, "Nostro documento", *Rivoluzione*, 2 de junio de 1941.

557 "Il Partito lievito della Nazione", *Costruire*, febrero de 1941.

558 V. Olivieri Sangiacomo, "I principi generali etico-politici dello Stato fascista e la loro difesa", *Lo Stato*, julio de 1941, p. 272.

559 A. De Stefani, *Confidenze e convinzioni*, Bologna 1941. La importan-

cia de ese escrito llamó la atención a De Felice, *Mussolini il duce*, II, cit., pp. 65-66, 219-221; íd., *Mussolini l'alleato*, vol. 1, tomo II, cit., pp. 962-964. A ese escrito, en lo relativo al partido, ya se había referido A. Tamaro, *Venti anni di storia 1922-1943*, III, Roma, 1954, p. 419.

560 Ibídem, p. 19.

561 Ibídem, p. 20.

562 Ibídem, p. 22.

563 Ibídem, pp. 24-25.

564 Ibídem, pp. 23-24.

565 Ibídem.

566 Ibídem, pp. 22-23.

567 Ibídem.

568 Ibídem, p. 25.

569 Ibídem, p. 23.

570 Ibídem, p. 25.

571 "Partito e Stato", *Battaglie fasciste-Conquiste d'Impero*, 29 de octubre de 1941; el destacado nos pertenece.

572 La direzione, "Un programma", *Lo Stato*, octubre de 1941, pp. 387-388.

573 Fondazione Ugo Spirito R. Marzolo, *Memorie inedite*, p. 333.

574 Archivo Serena, apunte autógrafo sin fecha.

575 *Il partito per la guerra*: número especial del *Notiziario Settimanale dell'Ufficio Stampa del PNF*, 28 de octubre de 1941, p. 6.

576 Archivo Serena, *Servizio Terre Oltremare. Relazione sulle principali attività svolte durante l'anno XIX.*

577 Archivo Serena, *Rapporto ai segretari federali* (26 de julio de 1941).

578 Archivo Serena, PNF, Directorio Nazionale, Roma, 6 de junio de 1941, *Annotazioni.*

579 Archivo Serena, *Rapporto sull'Organizzazione capillare.*

580 Archivo Serena, Secretaría política, anotación para el *Foglio di disposizioni*, 4 de diciembre de 1941.

581 Ibídem, p. 7.

582 ACS, PNF, *Direttorio Servizi amministrativi*, b. 270, fasc. 22, *Relazione dei rapporti interregionali tenuti a Roma ed a Reggio Calabria alle fiduciarie dei Fasci femminili* (Roma, 17 de julio de 1941).

583 Archivo Serena, *Relazione sui Fasci Femminili.*

584 Archivo Serena, "Ufficio studi e legislazione", *Relazione*, 20 de diciembre de 1941, p. 7.

585 Cf. N. Zapponi, "Il partito della gioventù", *Storia contemporanea*, octubre de 1982, p. 572.

586 Archivo Serena, *Relazione sulla GIL.*
587 Ibídem, p. 5.
588 "I nuovi collegi della GIL", *Notiziario Settimanale dell'Ufficio Stampa del PNF*, I, núm. 19, p. 29.
589 "Funzione politica dei GUF", *Notiziario Settimanale dell'Ufficio Stampa del PNF*, I, núm. 13, p. 19.
590 Ibídem, *Corso di preparazione politica.*
591 Archivo Serena, *Relazione sintetica sull'attività dei GUF nell'anno XIX*, p. 7.
592 Ibídem, p. 10.
593 Archivo Serena, *Relazione sintetica sull'attività dei GUF nell'anno XIX*, p. 1.
594 *Il partito per la guerra*, cit., p. 7.
595 En su discurso ante el directorio nacional del PNF, el 8 de mayo de 1942, Mussolini dijo: "Tras haber leído y leer atentamente todo cuanto se escribe acerca del problema de los jóvenes (bajo la gestión de Serena se dijo que se debía discutir, pero también al respecto cabría hacer reservas), debo reconocer que no hay gran cosa, y sobre todo nada hay que pueda sumarse a nuestras tablas rectoras" (Mussolini, *Opera omnia*, cit., XXXI, p. 68).
596 Cf. G. Longo, "L'Istituto nazionale di cultura fascista durante la presidenza di Giovanni Gentile", *Storia contemporanea*, abril de 1992, pp. 181-282.
597 Archivo Serena, Istituto Nazionale di Cultura Fascista, *Relazione sull'attività dell'anno XIX*, p. 6.
598 Ibídem, p. 1.
599 "Il rapporto di Serena ai presidenti provinciali dell'Istituto di cultura fascista", *Gazzetta del Popolo*, 4 de enero de 1941.
600 Archivo Serena, Istituto Nazionale di Cultura Fascista, *Relazione...*, cit., p. 3.
601 PNF, *Foglio di disposizioni*, núm. 152, 14 de julio de 1941.
602 Desde hacía varios años los grupos científicos estaban en funciones en la sección palermitana del INCF, por iniciativa del profesor Paolo Fortunati, como especifica C. Pellizzi ("A proposito dei gruppi scientifici dell'Istituto Nazionale di Cultura Fascista", *Civiltà fascista*, 1941, p. 544). Cf. G. Longo, "La presidenza di Camilo Pellizzi all'Istituto Nazionale di Cultura Fascista (1940-1943)", *Storia contemporanea*, diciembre de 1993, pp. 930 y ss.
603 "Funzione rivoluzionaria dei Gruppi scientifici, "*Notiziario Settimanale dell'Ufficio Stampa del PNF*, I, núm. 15, p. 15.

604 Cf. G. Lucatello, "La fonction de la propagande politique dans l'État totalitaire et son organisation dans les États Italien et Allemand", en su volumen *Scritti giuridici. Nuova raccolta,* al cuidado de A. Reposo, N. Olivetti Rason y L. Pegoraro, Padua, 1990, pp. 243-315. (Ese ensayo fue publicado, entre 1939 y 1941, en la *Revue du Droit International.*)

605 Acerca de los conflictos entre Pellizzi y Serena, cf. Longo, "La presidenza di Camillo Pellizzi", cit., pp. 942-944.

606 Ese memorando, enviado a Carlo Ravasio, vicesecretario del PNF durante el secretariado de Aldo Vidussoni, se conserva en el Archivo Pellizzi y lleva la fecha *1943* escrita a lápiz; pero a partir de su contenido y de algunos datos incluidos en el texto consideramos que fue escrito y enviado a inicios de 1942, algunos meses después de la renuncia de Serena a la secretaría del PNF.

607 Archivo Serena, anotación del 19 de diciembre de 1940.

608 Ibídem, *Relazione sull'attivitá svolta nell'anno XIX dai servizi ed uffici dipendenti dal vice segretario del PNF Augusto Venturi.*

609 Ibídem, p. 2.

610 Ciano, *Diario,* cit., p. 537 (entrada del 22 de septiembre de 1941).

611 Archivo Serena.

612 Bottai, *Diario,* cit., p. 277 (entrada correspondiente al 5 de julio de 1941).

613 "Dinamica del partito", *Notiziario Settimanale dell'Ufficio Stampa del PNF,* I, núm.1, suplemento núm. 2, p. 1.

614 "La rivoluzione continua", *Notiziario Settimanale dell'Ufficio Stampa del PNF,* I, núms. 8-9, p. 3.

615 M. Pintus, "Commentario", *Conquiste d'Impero,* diciembre de 1940, pp. 26-27.

616 M. Pintus, "Calendario", *Conquiste d'Impero,* diciembre de 1940, p. 27.

617 Archivo Serena, *Relazione sulla prima riunione dell'Ufficio Studi e Legislazione del PNF,* 10 de enero de 1941.

618 "Funzione dell' 'Ufficio Studi e Legislazione del PNF' ", *Notiziario Settimanale dell'Ufficio Stampa del PNF,* I, núms. 16-17, p. 23.

619 "L'Ufficio Studi e Legislazione del PNF", *Notiziario Settimanale dell'Ufficio Stampa del PNF,* I, núm. 22, p. 26.

620 PNF, *Foglio di disposizioni,* núm. 20, 11 de diciembre de 1940. Del despacho formaban parte Ernesto Eula, Mario Talamanca, Enrico Toro, Giancarlo Ballarati, Arrigo Lanzara, Teresio Olivelli, Vittorio Zincone.

621 PNF, *Foglio di disposizione,* núm. 39, 6 de enero de 1941; núm. 109, 8 de mayo de 1941; núm. 119, 21 de mayo de 1941.

622 Archivo Serena, "Ufficio Studi e Legislazione", *Relazione*, p. 1.
623 ACS, *Ministero della Cultura popolare*, b. 79, circulares del inspector del PNF Jefe del Despacho de Estudios y Legislación. Circular núm. 24/002-24/107, 7 de enero de 1941.
624 "L'Ufficio Studi e Legislazione del PNF", *Notiziario Settimanale dell'Ufficio Stampa del PNF*, 1, núm. 22, p. 26.
625 Ibídem.
626 ACS, *Presidenza del Consiglio dei Ministri*, 1940-1943, fasc. 1.7.17253.
627 Archivo Serena, "Ufficio Studi e Legislazione", *Relazione*, cit. p. 3.
628 En esa disposición quedaban comprendidos los nombramientos de *podestà* y consultores comunales, de *presidi* [jefes administrativos] y *rettori* [altos funcionarios] provinciales, de presidentes, consejeros administrativos y directores generales de los entes paraestatales, más allá de su constitución y denominación, así como de los entes e institutos de derecho público sometidos a la tutela o a la vigilancia del estado o en usufructo de constantes aportes provenientes del estado; de las empresas anexas y de las sociedades con participación accionaria del estado al menos en la mitad de su capital; de presidentes y demás dirigentes de asociaciones sindicales, instituciones de asistencia y beneficencia.
629 Archivo Serena, "Ufficio Studi e Legislazione", *Relazione*, cit. p. 3.
630 "Il partito nello Stato", *Notiziario Settimanale dell'Ufficio Stampa del PNF*, 1, núm. 22, p. 6.
631 Archivo Serena, *Appunto per il duce*, Roma, 20 de noviembre de 1940.
632 Archivo Serena, *Lettera del prefetto di Verona al segretario federale*, Verona, 14 de diciembre de 1940.
633 Ibídem, *Lettera del segretario federale a Serena*, Verona, 21 de diciembre de 1940.
634 Ibídem, apunte sin fecha.
635 Ley núm. 695, de diciembre de 1941.
636 PNF, *Il partito nello Stato*, cit., p. 7.
637 Ibídem, "Ufficio Studi e Legislazione", *Relazione*, p. 3.
638 En cuanto a las demás medidas legislativas en el ámbito económico y sociales tomadas por el Despacho, véase la documentación en apéndice.
639 Archivo Serena, "Ufficio Studi e Legislazione", *Relazione*, cit., p. 2.
640 M. Pintus, "La comissione consultiva dell'Ufficio Studi e Legislazione del PNF", *Conquiste d'Impero*, 29 de diciembre de 1940.
641 C. Pellizzi, *Il partito educatore*, Roma, 1941, p. 26.
642 Ibídem, p. 30.

643 Ibídem, p. 32.
644 Archivo Pellizzi, "Principi e ragioni del fascismo", conferencia dictada por Pellizzi en la Deutsche italienische Gesellschaft de Berlín, sin fecha (pero corresponde a 1942).
645 *Il Diritto fascista*, agosto de 1941, p. 231.
646 G. Calendoli, "Il Partito fascista e lo Stato", *Dottrina fascista*, octubre-noviembre de 1941, pp. 30-58. Considerar ese artículo una suerte de "manifiesto" ideológico del partido de Serena en lo atinente a la problemática de sus relaciones con el estado nos autoriza, además, que el propio Calendoli haya sido autor del capítulo acerca de la doctrina del fascismo y del capítulo acerca del PNF –en parte reescritura de dicho artículo–, incluido en el primer volumen de la publicación oficial *Venti anni*, editada por la oficina de prensa del PNF (Roma, 1942).
647 Ibídem, p. 35.
648 Ibídem, p. 43.
649 Ibídem, p. 45.
650 Ibídem, pp. 47-48.
651 Ibídem, p. 46.
652 Ibídem, p. 49.
653 Ibídem, p. 57.
654 Ibídem, p. 255.
655 "Agire", *Vent'anni in armi*, 27 de septiembre de 1941.
656 "L'azione del Partito per i prezzi", *Roma fascista*, 31 de julio de 1941.
657 A. Presenzini Mattoli, "Degli 'uomini nuovi'", *Roma fascista*, 25 de diciembre de 1941.
658 D. Vanelli, "Il Partito vuole gerarchi non funzionari", *Roma fascista*, 1º de mayo de 1941.
659 D. Vanelli, "L'ora del Partito", *Roma fascista*, 13 de septiembre de 1941.
660 G. Magnoni, "Lo stato nuovo di Mussolini", *IX Maggio*, 25 de octubre de 1940.
661 "Punti d'incontro", *Roma fascista*, 7 de agosto de 1941.
662 G. Stasi, "La Rivoluzione è affidata al Partito", *Roma fascista*, 8 de mayo de 1941.
663 Cf. E. Gentile, *Il culto del littorio*, Roma-Bari, 1993, pp. 157 y ss.
664 Archivo Pellizzi, *Fiaccole sull'Algau*, diciembre de 1941.
665 P. Succi, "Della coscienza civica", *Rivoluzione*, 5 de enero de 1941.
666 Camicia Nera, "Non confondere il pubblico con il privato", *Roma fascista*, 20 de mayo de 1941.

667 "Fronte economico", *Notiziario Settimanale dell'Ufficio Stampa del PNF*, I, núm. 15, p. 4.
668 "La rivoluzione continua", *Notiziario Settimanale dell'Ufficio Stampa del PNF*, I, núm. 11, suplemento núm. 1, p. 1. Ese artículo fue reproducido por la prensa fascista provincial: cf. "Vivere nel partito", *Il Ferrucio* (hoja de órdenes de la federación provincial de Pistoia), 4 de julio de 1941.
669 Archivo Serena.
670 M. Pintus, "La meta del Partito: lo Stato rivoluzionario", *Roma fascista*, 5 de junio de 1941.
671 Archivo Serena, nota del 28 de agosto de 1941.
672 M. Barberito, "Il Partito nello Stato e per lo Stato", *Costruire*, enero de 1941, p. 34.
673 Cf. U. Indrio, *Da "Roma fascista" al "Corriere della Sera"*, Roma, 1987, p. 89.
674 U. I., "Dallo Stato burocratico allo Stato di popolo", *Roma fascista*, 24 de julio de 1941.
675 M. T., "Il Partito al di sopra della legge", *Roma fascista*, 1° de mayo de 1941.
676 Cf. V. A., "Il Partito, la legge e la Rivoluzione", *Roma fascista*, 5 de junio de 1941.
677 Pintus, "La meta del Partito: lo Stato rivoluzionario", cit.
678 U. Indrio, "Idee sul partito unico", *Nuova civiltá per la nuova Europa*, Roma, 1941, p. 255.
679 Ibídem, p. 251.
680 Ibídem, pp. 256-257.
681 Ibídem, pp. 251-252.
682 Ibídem, pp. 246-247.
683 Ibídem, p. 250.
684 Ibídem, p. 260.
685 Ibídem, p. 261.
686 Archivo Serena, "Ufficio Studi e Legislazione", *Relazione*, cit., p. 7.
687 Archivo Serena, apunte sin fecha.
688 La expresión pertenece a Bottai, *Diario*, cit., p. 293 (nota del 27 de diciembre de 1941).
689 En sus monólogos con Yvon De Begnac, Mussolini habría declarado: "Debo convenir en que las cuatro experiencias que siguieron a la administración Starace me decepcionaron. Acaso no sea culpa de Serena, Muti, Vidussoni o Scorza. La culpa reside en los sucesos que nos

están involucrando" (Y. De Begnac, *Taccuini mussoliniani*, texto al cuidado de F. Perfetti, Bolonia 1990, p. 472).

690 T. Cianetti, *Memorie dal carcere di Verona*, cit., p. 348. Acerca de la "sinceridad" de Serena con relación al Duce, cf. Ciano, *Diario*, cit., p. 495 (anotación correspondiente al 27 de enero de 1941). A propósito de las relaciones entre Serena y Mussolini, un colaborador del secretario del partido escribió en sus memorias: "El carácter cada vez más imperioso de Mussolini, que con Starace y Muti se había habituado a no tolerar que lo contradijeran, mientras que como buen nacido en los Abruzzi Serena, equilibrado pero testarudo, si bien era un inteligente ejecutor de las órdenes del Jefe, por quien profesaba una ilimitada, aunque no ciega devoción, se negaba a hacer de mera correa de transmisión. Interpretaba correctamente la función del Partido, como en su momento Auguto Turati, en su calidad de centro propulsor del conjunto de la vida nacional con función de crítico de todas las desviaciones que pudieran tener lugar, tanto en el ámbito de la doctrina como en el de su aplicación práctica en cualquier sector de la vida pública" (Marzolo, *Memorie inedite*, cit., p. 454).

691 Cf. D. Grandi, *Il mio paese. Ricordi autobiografici*, volumen al cuidado de R. De Felice, Bolonia, 1985, pp. 480-497, 610.

692 Serena intentó en vano que el Duce lo recibiera para dar explicaciones acerca de su choque con Tassinari: "Esta mañana habría deseado referir a Vos –escribía a Mussolini el 23 de diciembre– en materia de una vivaz prosecución de la discusión del Comité Interministerial de anoche. Mas, visto que tal reporte no ha tenido lugar Os ruego tengáis a bien recibirme dentro de Vuestra jornada para exponer ante Vos, con aquella lealtad que conocéis en mí, los términos del episodio, en pro de evitar posibles deformaciones". Y en una carta inmediatamente posterior, escrita después de esa malograda audiencia con el Duce, el secretario dio su versión del incidente:

> "Duce,
>
> tras la reunión de anoche la discusión relativa a la disciplina de los precios en el aprovisionamiento de las fuerzas armadas, no bien salí Vuestro estudio me dio alcance el camarada Tassinari, quien en tono vehemente y ante algunos colegas, me lanzó esta invectiva: 'ha sido un desleal'.
>
> Sorprendido y tocado por la no provocada insolencia me vi obligado a retrucar la injuria con ásperas palabras, recordando tam-

bién al camarada Tassinari que en mi calidad de Secretario del Partido sentía que era deber mío cumplir por entero con mi deber y sólo era responsable ante el Duce de mi obrar y de mis afirmaciones.
En breve, ese fue el antipático episodio que de ninguna manera habría podido evitar, mas hube de padecer, sin culpa ni provocación alguna por mi parte, en reverencia de mis funciones.
Vos solo, DUCE, podéis ponderar si yo pude haber merecido el epíteto de "desleal" que me destinó el camarada Tassinari. Más que nada me pesa la amargura de sustraeros siquiera un minuto de Vuestro intenso trabajo" (ACS, *Segreteria particolare del Duce, Carteggio riservato*, b.39).

693 Bottai, *Diario*, cit., p. 351 (anotación del 11 de enero de 1943).
694 Ciano, *Diario*, cit., p. 570 (entrada correspondiente al 23 de diciembre de 1941). Al día siguiente, Ciano registró la reacción del propio Serena: "Serena, a quien he visto pasado el mediodía, sigue diciendo que fue una intriga con origen en Buffarini, quien manipulando por medios oblicuos y desleales ya tendría en su poder al Duce. Daría, bajo el pretexto de beneficencia, más de 100.000 liras por mes a Petacci, sobre la cual acciona por intermedio de un tal Donadio, cuya intervención no queda en claro. En definitiva, Serena dice que alrededor del Duce se formó una banda de tintes petaccianos, manejada desde las sombras por Buffarini y asistida por De Cesare, quien día a día adquiere influencia y obra de modo siniestro. Está tranquilo a su respecto: sólo desearía que se tomara cuanto antes una decisión, pues no considera útil para la dignidad del Partido que se deje *mijoter* al Secretario durante tan largo espacio de tiempo" (Ibídem, pp. 570-571).
El general Paolo Puntoni, primer *aiutante di campo* del rey, da una confirmación adicional de la hostilidad de Buffarini Guidi, como causa de la dimisión de Serena: "Referí a Su Majestad –anotaba en su diario el 20 de diciembre– lo que me ha dicho anoche Hazon [comandante general de carabineros]: que se va delineando un disenso cada vez más agudo entre Buffarini y el secretario del partido, Serena. Buffarini, para derribar a su adversario, se valdría de un extraño mecanismo: buscar, sin que las interesadas llegaran a saberlo, ganarse la simpatía y el apoyo de Donna Rachele y, por otra parte, el de Petacci" (P. Puntoni, *Parla Vittorio Emanuele III*, Bolonia, 1993, p. 80).
695 Bottai, *Diario*, cit., p. 293 (anotación del 27 de diciembre de 1941).

[696] Cf. Puntoni, *Parla Vittorio Emanuele III*, cit., p. 76 (anotación del 15 de octubre de 1941).
[697] De Begnac, *Taccuini mussoliniani*, cit., p. 480.
[698] Bottai, *Diario*, cit., p. 294 (entrada correspondiente al 31 de diciembre de 1941). El propio Mussolini confirmó esos motivos en su informe ante los secretarios federales a principios de 1942; tal como, una vez más, relata Bottai, el Duce aludió al "desfasaje de Serena, a interferencias, a usurpaciones de prerrogativas" (ibídem, p. 295, entrada correspondiente al 4 de enero de 1942).